

3 1761 06743199 9





OBRAS COMPLETAS

DEL

DUQUE DE RIVAS





El Duque de Rivas

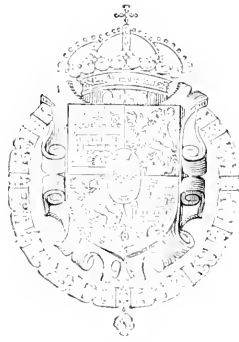
Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

OBRAS COMPLETAS
DE
D. ÁNGEL DE SAAVEDRA
DUQUE DE RIVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ilustradas con dibujos de D. APELES MESTRES

TOMO PRIMERO



BARCELONA
MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMEROS 309 Y 311

1884

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

P4
6560
A1
1884
+1



PROLOGO

Non parit, et non habet: etiam more victor,
Sed Deus ipse canit: nihil armamentis resultat:
Non montana sacris distinguunt juba versus.
T. CALPURNIO SILCO. — *Eccl. l.*

Tiempo han sido los amantes de las letras destituidos por renuidas y publicadas con algún esmero y corrección las *Obras completas del Duque de Rivas*, suma y compendio de las varias modificaciones que durante medio siglo ha experimentado, en sus dotes más peculiarmente características, la literatura castellana. Al darlas hoy a luz, el editor, no sólo satisface una necesidad natural del sentido común, sino que procura acrecentar la fama del gran poeta, historiador y gran poeta (cuyo mérito celebran, al par de nosotros, las demás naciones cultas), y da feliz comienzo a la noble empresa de difundir, en elegantes tipos, los más notables productos debidos al saber o al ingenio de nuestros compatriotas. Ocioso fuera, por lo tanto, encarecer la importancia de la obra, ocioso alabar al editor, cuando el editor ha tenido presentes para dar con tal principio a su *Biblioteca*.

Si la gran desigualdad del Duque de Rivas no abasó desde luego elección tan acertada, justificárala sobradamente, ya los varios géneros de escritos en que ha ejercitado su pluma el ilustrado autor de *Don Álvaro* y de *El Mozo Orgulloso*, ya en el estudio de todos ellos para facilitar el conocimiento de un período literario fecundo en provechosas hiles intelectuales, y rara vez apreciado con justicia. Merece a esta última consideración, y en consecuencia a la que precede, el elogio de los méritos de que ha de constar la obra, todas las que pertenecen a un mismo género, el editor ha estimado indispensable establecer el orden cronológico dentro de cada rama especial, y, hasta donde era posible, con relación al conjunto. De este modo, no sólo se evita la repetición de los mismos datos, sino que ha ejercido en el alma del poeta el espectáculo de la sociedad en que ha vivido, sino se verá palpablemente de qué manera se ha ido efectuando el íntimo desarrollo de sus facultades, y hasta qué punto los sucesos de la fortuna y el torbellino de los gustos han condicionado o transformado sus gustos y sus tendencias.

Esta elaboración intelectual, que hace brotar de una misma fuente raudales de la más diversa índole, y, sin darse cuenta de ello, descubre el misterioso eslabón que, por un procedimiento lícito y natural, enlaza en el espíritu de un solo hombre las más opuestas ideas y los más contrarios principios, es por extremo curiosa y ofrece ancho campo a la meditación, sobre todo cuando se verifica en seres destinados por la Providencia a dejar rastros luminosos en este mundo. Si hay tarea más acreedora y fructífera que la de examinar profanamente como algunos lo han querido, a las preocupaciones de su tiempo o con los falsos sistemas contrarios para la práctica del mayor número, modelándose en ocasiones al tenor de sus antojos, burlándose otras veces de sus caprichos, o subyugando al imperio de su fuerza creid-ra.

Por mucho que el vago espista de la moda india en los cánticos del poeta; por mucho que con las ideas y formas artísticas suecla lo que con otros objetos tiene ab-tráctas... esto es, que varían en sus condiciones de uso según las muchas lúmenes que experimentan los caprichos de la muchedumbre predominante... lo cierto es que el poeta no se rebela, no por eso es menos cierto que, a despecho de las arbitrarias mutaciones del gusto, la inspiración verdaderamente hija del alma, la que es fruto de un sentimiento arraigado en lo más profundo del corazón, ó de una viva creencia, subsiste por sí sola; prevalece en el mundo de la fama, cuando la fama llega a ser fútil y arrastra por el polvo al numeroso cortejo de los imitadores, cuando nace, en fin, el patetismo, cuando los caracteres heredan eufemice y profanan, significa sea momentáneamente) el andar superficialísimo de todas las épocas.

En este caso se encuentran las obras del Duque de Rivas, Ricas en inspiración, engendradas en un alma de poeta, vivificadas al calor de sentimientos verdaderos, y viven y vivirán por el buen gusto, a despecho de las pasajeras exigencias de la moda, y sean cuales fueren los lunares que puedan empañar á veces sus perfecciones. Pasaron afortunadamente desapercibidos para el espíritu de pueblo, lo menos literario, de ilustre crítico, de erudito y de político, hacia exclaimar al ilustrado editor de *El Morco expósito*, que el distinguido ingenio que nos ocupa hubiera querido renunciar todos los ejemplares de los dos tomos de poesías que publicó en Madrid en 1820 para entregarlos á las llamas, para hacerles purgar el crimen de manifestar «la tiranía influyente» de su poderío sobre la libertad de imprenta, «y así evitar á desamparar la senda arbitrariamente marcada por los preceptistas.» Seméjante exageración, justificada hasta cierto punto en 1824, no sería disculpable en manera alguna veinte años después, cuando el espíritu crítico, llevaba muchas veces á un escepticismo deplorable, ha venido á reemplazar la ardiente fe del espíritu revolucionario. Este escepticismo, que hoy día amenaza destruir el genio que aspira incansablemente á desentrañar el pensamiento de las creaciones del arte; que descubre la recalcitrante generación de las ideas y el móvil de los afectos, cuando no desconfía de sí mismo, cuando no lleva la duda á los términos de la incredulidad, cuando no se arroja en brazos del fanatismo de secta, ó del cálculo egoísta, que sacrifica la verdad en aras de una hipótesis, ¿cómo puede haberse elevado á sublimar la belleza, arriesgando en el concepto de las gentes el valor del mero positivo. Ensayados los límites de su horizonte, borradas las sistemáticas preocupaciones de esencia, que gradualmente arregló á una misiva pauta el grupo de las obras de índole menos conforme, la crítica no pide hoy á los frutos del ingenio, respecto á la forma exterior, sino que se limite á expresar el sentimiento que naturalmente exige atendido el carácter y circunstancias del pueblo y de la época que los produce. Por esta causa me parece en alto grado plausible que no haya realmente el Duque de Rivas el precepto que en 1834 le atribuyó su censor, acerca de sus primeras composiciones, y juzgo que ha hecho muy bien en encabezar con ellas esta *Colección*, para demostrar á los lectores que el ingenio de Rivas no se limitó á transmitir á las generaciones futuras los nobles fundamentos de su fama literaria.

[illegible][illegible]

No entraron en número los hechos en que la dignidad como actor el Duque de Rivas, o que han sido parte a decidir de los primeros y diversos destinos de su existencia. Semante empujó tan importantes fuerzas, ha sido un método y llevado a cabo por persona más competente en el más alto conocimiento, y un gran campo de notorias interesantes.

En las últimas páginas del libro se encuentran al Sr. Pastor Díaz, inserto a continuación del presente Prólogo. Sin embargo, reservámonos para cuando concluya a mi propósito de dar una historia libre de las obras que he de comprender esta Causa, añadir, para corroborar lo que he dicho en párrafos anteriores, que sin salir del presente volumen podemos agregar con exactitud la lista de los autores que han tratado de la si se quiere, *la causa de los hombres*, que según la metáfora usada, constituyen la personalidad humana del Duque de Rivas.

Si como a algunos se asegura, el deber de buen sentido, inextinguible para vivir en la sociedad, transi-
do con el espíritu que la anima y resignarse a las con-
diciones que establece, aunque se mueva a la vida
levadura de algunos vicios, harta desgracia merece
el escrito, que respirando otros diferentes senti-
mientos, dice: "Y si yo soy un hombre de bien, de
genera, lo que yo he de hacer es plantearme de
nuevo con el yo, doctrina, plantar una semilla de
no ha de ser el poeta, como en las tradicio-
nes que estimas fastos y ante las cosas, natural en todos
ejemplos, sino el sendero de vida que va a la vida,
y tiene, si siempre pereciera, el mundo de la imo-
latura, por lo que yo he de hacer es plantar una
semilla de vida, que no es la vida." Nada sobre-
de los naturales, se glosa de la linización como
el misterio a un sistema; en este caso se encon-
tran las primeras producciones del Duque de Ray, se
la a este punto de vista de ser juzgada, si se
las ha de cumplir y ya que en términos más

[illegible]

más ha contribuido á que fructificase su ejemplo, no podrá ser apreciada en toda su latitud, si nos concretamos á buscarla exclusivamente en la poesía lírica, destinada por naturaleza á satisfacer la necesidad que experimenta el alma de contemporizar con la expresión de sus propios sentimientos; medi- caza para recordos de un suceso el vasto y complicado conjunto de los afectos e intereses populares de una gran nación; personalismo, como resultado de la emoción particular de un solo individuo. Por el contrario, *la poesía laica*, el *romance histórico* y el *drama* contienen elementos que pueden darnos á conocer íntegramente lo que la lírica nos revela de un modo limitado. Apelemos, pues, á ellos, y veremos con cuánta razón ocupó el Duque de Rivas el primer lugar entre los regeneradores de la poesía española de nuestros tiempos.

Si el arte poético de más importancia y magnitud, despreciadas las dramáticas, es, sin duda alguna, *El Moro expósito*, poema leyenda escrito bajo el influjo de las nuevas teorías y destinado á servir de bandera en la revolución literaria, consecuencia natural de la revolución política realizada no bien dejó de existir Fernando VII. Esta obra, entuzasada en Maltay conchada en París, es única de su especie en nuestro parnaso: no se parece á nada de lo que la literatura española haya producido en tanto se ha escrito después en tradiciones análogas. Mucho siento que los estrechos límites de un premio no permitan extender más allá de lo que el brillante prólogo de D. Antonio Alcalá Galiano con que salió á luz por primera vez, lo que ha de acompañarla en la presente edición, es, más que examen detenido de sus bellezas y defectos, apreciación general de doctrinas y de sistemas. Pero aun á riesgo de dar en prolojo y de parecer difuso, he de apuntar algunas ideas de las que han despertado en mi lectura, bien que fuera necesario hacer algunas consideraciones para valorar con exactitud los quilates de su mérito.

Término medio entre la epopeya y la novela; engalanada alternativamente con los atributos de ambos géneros, y ostentando rasgos líricos de belleza extraordinaria, *El Moro expósito* halla revestido de un carácter particular, no bien definido todavía, aunque propio y extraño lo haya combinado y juzgado repetidas veces. Ligado á la verdad divina por el espíritu providencial que le corona; á la verdad humana por la pintura y desarrollo de los caracteres y pasiones; á la verdad histórica por la descripción del colapso, y á la verdad poética por las descripciones e imágenes, el poema en cuestión, novela en cuanto á la distribución de los sucesos, y de interés y movimiento dramático, más activo de lo que exige la epopeya, tiene extrañamente, en tanto de los poemas antiguos, y á veces, no obstante, las condiciones de tal epopeya, presentando el conjunto de las creencias, hábitos, costumbres e ideas de la España del decimo siglo. Epico en la unidad del asunto en las variadas personificaciones de los rasgos inconcuentemente en pugna en el bel retrato de la vida interior y de los elementos sociales de dos pueblos diferentes, y en el contraste que resulta de dos civilizaciones distintas, hijas de dos relaciones diversas, de moldearse simultáneamente en un mismo suelo, falta á lo que exige este linaje de poemas, en la carencia de concentración de sus fundamentos esenciales y en la denudada independencia relativa de las partes de que se compone. Sin embargo, los caracteres de los personajes que intervienen en la fábula se hallan, generalmete, muy simpatizados en un tipo abierto, y las pasiones están pintadas, hasta en sus menores detalles fisiológicos, con la evidente verdad de la naturaleza. Por eso al leer esta interesante producción, basada en el trágico suceso de los siete infantes de Lara y en el casto y heroico amor de Ruy Velázquez, nos sentimos atraídos á las bellas ciudades que pone en relieve, y á las montañas que rodean, y á la vida que daría entre la población de los Califas, en las feroces campañas de Córdoba, y á las escenas, en medio de la luz y la poesía del Castillo, al hogar de aquellos hombres de guerra tan duras e impudables en sus vencimientos.

No diré que como el más bello romance francés, *Le conte de la Fontaine*, impudable y elevándose á las alturas de las obras maestras de la literatura, que bien examinada y estudiada, rápidamente, imprevisiblemente, y con el efecto que en el de algunos escritores, que la Fátal elocuencia en el lapso de un capítulo, y que la más inconscientemente bellas. *El Moro expósito* es la parte lírica. Concebida en un tipo poético, que la hace como un cuento de hadas, en el que la vida humana se convierte en un mundo de fantasía, que se refugia en los rasgos líricos de la poesía, porque es emoción de gusto, para volver á tener otra arena con mayor espacio, debe ser en el mundo de los hechos á su verdadera luz, que sea ante la atención del desvelado de esta obra es con plácido entusiasmo.

Da. Donde el crítico francés no ha visto sino efectos de la ciega mano de la *Fatalidad*; donde ciertos españoles de nómbrada nota falta de preparación y de acierto, podrá encontrar cualquiera que tiene en la consideración detenidamente, no sólo una hermosa y hermosa y hermosa, sino el cumplimiento racional de la idea generadora del conjunto, reducida á manifestar simbólicamente la justiciera sabiduría de la *Providencia*.

Este simbolismo, que no han sabido quererlo ver los censores, y al que ha llegado el autor, quizá sin previa deliberación de hacerlo, por una rara intuición de la filosofía del arte, es tanto más perceptible, de tantísimo trascendencia, cuanto que se pone á cada paso de manifiesto por medios naturales y sencillos, sacados las más veces del libre ejercicio de las pasiones humanas. Para descubrirlo basta simplemente querer verlo, ya en el errático hecho del diestro esclavo le Gaijar, ya en la infidelidad doméstica de Ruy Velázquez ó en la pérdida de su hijo, alzado del intento de su palacio; ya en el frustrado enamoramiento de Maltay, ya en las impresiones de Elvira, que roban seriedad y esfuerzo al Sr. de Barbadillo; ya en la peregrina final, que arrebató el enamorado maneblo la dicha de enlazar con la que ahora, á cuyo padre ha dado muerte. Esta especie de remordimiento que nace, crece y sube por un momentáneo arranque de respeto filial, único modo de lograrlo, una pasión verdadera, que alienta en el corazón de Ruy Velázquez, á la memoria de su padre (causa de sus desventuras, pero padre suyo al fin y muerto á manos del que idolatró), es de gran belleza moral y deja honda impresión en el ánimo de los lectores.

Por lo demás, apartando el prosaico amancebamiento en que el autor se deja caer algunas veces; la exuberancia de lirismo con que otras emboraza la narración; la excesiva frecuencia de los diálogos en que incurre con frecuencia, dando ocasión á versos sueltos y malos; la excesiva prolijidad de varias descripciones, y el poco partido que ha sacado de ciertos contrastes, apenas indicados someramente; la poética diversidad de tonos que emplea y el tacto exquisito con que busca y encuentra el origen de lo maravilloso en un resaca peregrino, en la superstición, la creencia en el pueblo de aquellos tiempos, imprimen en esta poesía (análisis de la obra en el espíritu profundamente español que lo anima en la esencia y en la forma) un carácter exclusivamente suyo, sean cuales fueren las ráfagas de aires extraños que hayan podido mezclarse á la atmósfera que le da vida. En resumen: *El Moro expósito* es la síntesis de la Edad media española, en uno de sus períodos más laboriosos, de lucha y de reconquista, juzgada con severa imparcialidad, resguardada por decirlo así, con sus virtudes y virtudes, con sus preocupaciones y creencias, con su heroísmo y su barbarie, con toda su poesía. Que espectáculo más ingenioso, más patriótico, más eficaz para despertar de su letargo á los que por tantos años habían dormido el sueño de la imitación exótica!

Y si de *El Moro expósito* pasamos á las obras representadas en el teatro, en las dos últimas, más inmediatas y activas que las de los demás géneros literarios (como que se dirige á la vez á gran número de personas, aun nos parecerá más clara la diferencia que se advierte entre el Duque de Rivas clásico y el romántico, entre el imitador y el que vuela con libre impulso: pero se hará más perceptible á los ojos del menos perspicaz el influjo provechoso y de justo desahogo en el cambio de las doctrinas dramáticas, en el nuevo rumbo seguido por los ingenios consagrados al cultivo de la escena.

Las obras, ó, hablando con más propiedad, los ensayos teatrales de la primera época de nuestro autor, que han llegado á mi noticia, consisten en las tragedias *Atahualpa*, *Atahualpa*, *Doña Blanca*, *El Duque de Aquitania*, y *Malch-Adhel*, escritas desde 1814 á 1821, y publicadas en los últimos años del primer tomo de la segunda edición de *Prosa*, que dio á luz en Madrid este mismo año (21). En 1822 entró al fallo del público de la corte una nueva tragedia, *Lanzarote*, que fué extraordinariamente aplaudida, y durante su permanencia en Maltay de 1825 á 1830 escribió otra que no conozco, *Aras Guando*, y la comedia *Tanto va al cuerno cuanto va al cuerno*, en el mismo consumo. Lo que se escribió en 15 de marzo de 1819 uno de los hombres más autorizados entonces por su erudición y buen entendido, don Antonio Ranz Román, distinguido traductor de las *Fuertes paradas* de Plutarco (3).

No hablare de las tres primeras tragedias de que hago mérito, porque no tengo á la vista ni *Atahualpa*, ni *Atahualpa*, ni el perdición de los desastres políticos de 1823 el manuscrito de *Doña Blanca*. Pero basta para juzgar el mérito del autor el consumo de lo que se escribió en 15 de marzo de 1819 uno de los hombres más autorizados entonces por su erudición y buen entendido, don Antonio Ranz Román, distinguido traductor de las *Fuertes paradas* de Plutarco (3).

Comparando el benevolento dictamen de este señor crítico de la escena clásica con las dotes que realmente caracterizan á *El duque de Aquitania*, *Malch-Adhel* y *Lanzarote*, se puede fácilmente venir en conocimiento de la limitada importancia de tales ensayos, en los que, sin fuerzas aun para salir del angosto cauce de la imitación, aspira el poeta á conseguir cierta originalidad, presintiendo instintivamente el verdadero destino de sus facultades. No quiere esto decir que las obras trágicas á que aludo sean relativamente inferiores á la generalidad de las que entonces se escribían; pero ni alcanzan el vigor y pintoresco estilo de las de Cienfuegos, ni están á la altura del *Idalgo*, de Quintana, ni la más popular y aplaudida de la época, que el poeta que tiene cierto calor verdadero, debido al espíritu patriótico que la produjo, llega á competir con *La*

álame en el texto, que todavía se halla inédita. El señor Ranz Román, respondiendo desde Caliz á una consulta del autor, se expresa del siguiente modo:

«Todo lo demás que V. dice sobre el sistema que ha adoptado para escribir tragedias que no sean caladas sobre un particular modelo, sino que lleven consigo cierta originalidad, guardando en ellas escrupulosamente la verosimilitud, contrastando los caracteres, observando las reglas de las unidades, acrecentando el interés en la grandiosa disposición del progreso de la fábula, disponiendo un desenlace de nuevos artificios posibles, tonando del teatro francés y del italiano lo que respectivamente es laudable en cada uno, y cuidando de que el lenguaje sea puro, correcto y adornado convenientemente según el género de poesía que se cultiva: todo este repertorio que es tan maravillosamente pensado, y también nuevo á decir, que he leído en V. grandiosa disposición para ejecutarlo, hasta donde á nuestra limitación le es dado alcanzar. Por tanto, lejos de aconsejar á V. que se contente con los ensayos hasta aquí hechos, le exhorto en tanto puedo, á que prosiga sufriendo en esta arena con la esperanza de ser coronado.

En las muestras que V. ha dado, las acciones están bien concebidas, no hay escenas superfluas, el diálogo es animado, fluido y muy sostenido; y si hay descuidos, no son de los muy reparables en que se falta á las reglas del arte, que ya es muchísimo. Del principio trascendentalismo de no perder de vista la verosimilitud, se derivan las más de ellas, y V. es cuidadosísimo en guardarla, lo que dará siempre mucho valor á sus composiciones. Las reglas, en efecto, no se ocupan en prevenir defectos que en prescribir bellezas. Dícen, cuando más en la parte positiva, que tales y tales lances, como los reconocimientos y mudanzas de fortuna, bien preparados y manejados hacen maravilloso efecto; pero no señalan ni pueden señalar el momento oportuno de su uso, y en esto está toda la dificultad. Así las reglas no alimen ni desajenan el buen sendero; notan, si muy bien los malos, pero no indican el modo de evitarlos. Las bellezas las ha de sacar cada uno de su propio fondo; y por esta razón se diversifican tanto en las obras de ingenio los que trabajan en un mismo género, y aun sobre un mismo argumento.

«Pasando ya á hablar, sobre este fundamento, de las dos tragedias, en las que desea V. sea yo su Aristarco, le aseguro con toda la verdad que á mi entender en las dos *Doña Blanca* y *Malch-Adhel* el asunto todo el partido que era posible. La historia es conocida, y V. se ha valido con maestría de todas sus circunstancias, haciéndolas servir para dar realce á la acción, sobre todo, la aparición del pastor está muy bien traída y manejada. Tales sucesos son muy propios para acrecer el terror; y en este drama, cuando la historia no le hubiera ofrecido, era preciso haberlo inventado, porque faltan todos los otros medios teatrales de gran efecto. Los caracteres, que son los que la historia da a los principales personajes, están bien pintados y sostenidos. Con todo, en *Doña Blanca*, dice V., me descontenta el que esta infeliz reina no interesa tanto como yo quisiera; y no extraño que V. se explique así, porque yo observo también que no interesa tanto al deseo de los amantes, como el de la infeliz reina. Aquí esta infeliz princesa nada tiene que hacer, y sólo la consuetudines como una corte inocente caen en las garras de un lobo, en cuyo favor se trabaja para que este no acabe de desdazarla. Reflexione V. que estas situaciones, puramente pasivas, de los principales personajes, de suyo son poco trágicas; á no que con ellas se hayan podido coleccionar otros caracteres que fueran más activos como son los que tienen un dental muy inmediato; en el cual caso toman estas también la calidad de personajes principales, que es lo que sucede en las tragedias de los griegos.

(1) Mr. CARLOS DE MAZAD. Véase la *Revista de diez minutos* perteneciente al 15 de febrero de 1814.

(2) La primera se hizo en Caliz en 1813, y el primer tomo de la segunda se imprimió también en Madrid en 1820.

(3) Los lectores agradecerán sin duda que les traiga á continuación la parte de la carta á que se

écuela de Padilla, de Martínez de la Rosa, escrita a impulsos del mismo espíritu alusivo de *creencias nuevas*. No obstante, *Leonor* (aunque en realidad de verdad histórica nada tenga que ver con la justicia de Aragón, víctima de su entereza) se ha sostenido con éxito en nuestros teatros hasta hace poco. Yo mismo la he visto en mis primeros años causar gran sensación en el público, mereciéndome algunas políticas en que abunda y que tan bien responden a los sentimientos de la multitud, embriagada de placer en los primeros días de la restauración liberal de 1834.

Las demás se encuentran, pero más o menos, en el mismo caso que *El duque de Aquitania*, cuyo principal personaje es la milésima transfiguración del espíritu de Orestes (desnudo de la majestad y grandeza con que brilla en la sublime creación del trágico griego), y cuyo plan es tan densamente sencillo, como el fastidioso los resortes que originan las peripecias, y anudado en su entonada composición el lenguaje de los interlocutores.

Cuando el príncipe de nuestros oradores políticos, el terso y abundante Galiano, escribía en París el sesudo preloquio de *El Moro expósito*, analizando con sagacidad y con profundo conocimiento los resortes había sido el clasicismo importado, y los frutos que iban dando en otras naciones las ideas románticas, norma del duque de Rivas al escribir su poema; cuando Toreno, Burgos, Trueta y Cossio, Martínez de la Rosa, el mismo duque de Rivas, Galiano, Canga-Arriaguel y muchos otros españoles ilustres embudaban las anacronismos que el renacimiento moral y político de nuestra patria, un escritor sagaz, modesto, lleno de entusiasmo por el arte, levantaba su voz en el silencio general, en medio del alarín que en que yacía la inteligencia dentro de los límites de la Península, aventajando en elevación de miras a cuantos le rodeaban, para dar a conocer a los lectores de este filósofo las diferencias esenciales de las doctrinas clásica y romántica, predicando arrojadamente la libertad en el corazón del más sofocante absolutismo; abriendo camino a la independencia del teatro en los momentos en que para juzgar las comedias eran buscados los teólogos.

Este hombre, cuyo *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica en la decadencia del Teatro Antiguo Español*, y sobre el cual uno que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito penúltimo (1) encierra en muy breves páginas lo más fundamental y sustancioso de las teorías generalizadoras; este hombre, menos popularmente aplaudido que el inimitable Fígaro, aunque de más alta patria y de mayor solidez y profundización en materias filosóficas-literarias, no sólo fue el verdadero precursor de la nueva escuela, anticipándose a todos en la predicación de sus doctrinas, sino rayó en una altura donde no consiguen rayar después ni el mismo ecleto Larra, ni ninguno de los que al estallar la revolución poética se encargaron de dirigir la opinión a la alcaidía de la crítica, y los fervorosos sectarios de la nueva ley. Sin los esfuerzos heroicos, no bien apreciados todavía, de D. Agustín Durán, para quien la poesía no es otra cosa que el modo ideal de expresar los sentimientos humanos (2); sin la singular constancia con que se lanzó a la arena como campeón firme y decidido de nuestro antiguo teatro y del espíritu eminentemente nacional y liberal que lo produjo; sin sus vastos conocimientos estéticos, difundidos arrojadamente cuando nadie se curaba en España de tales cosas, tal vez hubiera sido más difícil a la dramática de la regeneración naturalizarse en nuestro suelo; acaso hubiera escandalizado más a ciertos espíritus metecidos y rutinarios la aparición en la escena del dramático de Rivas titulado: *Don Alvaro de la fuerza del sino*.

Hasta que surgió esta obra, no indecible, como algún crítico ha dicho, sino clara y definible sobre todas las de su especie, el romanticismo se había limitado nosotros a importar algunas de Dumas, Víctor Hugo y Delavigne, las primeras de las cuales causaron una revolución en el verdadero estético y gritos de indignación y de espanto en la crítica petrificada. Es verdad que *La Conjuración de Venecia*, de Martínez de la Rosa, y el *Macbeth*, de Larra, precedieron a *Don Alvaro*, insinuando favorablemente en el ánimo del público; pero aunque abandonaban el carril antiguo y eran fríos del aliento regenerador, carecían del vigor estético que forma una revolución de un solo golpe, decidiendo para siempre de los destinos de un sistema. Por otra parte, en *La Conjuración de Venecia* y en *Macbeth* se advierte timidez, recelo de hervir muy descomulgando la susceptibilidad de las tradiciones consagradas; y en literatura como en política la indecisión es la muerte, sobre todo cuando en las que son bastante activas de suyo las necesidades del mayor número para no consentir que sirva de remora a sus expansiones el nudo y

calculado propósito de una contemporización insustentable.

Don Alvaro presenta una nueva faz de la idea generadora de *El Moro expósito*, desarrollada en más amplia esfera y sellada con el sello de una originalidad más profunda; es la verdadera y más valiente personificación de nuestro romanticismo, no semejante al francés, no idéntico con el alemán, distinto del italiano y del inglés, más que en ninguna de sus producciones. En esta peregrina creación, acaso la más notable por su nacionalidad de todos nuestro teatro, que *Don Alvaro* no ha sido juzgado todavía según merece, es cosa que nadie ignora, que yo no podré hacerlo como es debido, fuera inútil mencionarlo. Pero dejando tal empeño a quien sabrá salir airoso de tanta empresa, voy a ocuparme de lo que exige el presente escrito, concurriendo a los muchos trabajos posibles la exposición de mis opiniones sobre este drama extraordinario.

Inútil fuera describir minuciosamente el giro que ha dado el autor al desarrollo de su feliz pensamiento. En España todos conocen esta obra, asunto de acaloradas polémicas; y no hay uno de cuantos piensan y leen que no se haya ocupado en una de sus lecturas. En otros países, donde se prestan siempre las creaciones que salen de la esfera de lo vulgar y que caracterizan un género por sí solas. Limitarme, pues, a indicar los fundamentos principales de la acción, para tener un punto de partida al quitarlo, de la manera diminutiva que me es dado hacer, sus singulares condiciones.

Don Alvaro, rico, apuesto y generoso, bien que de misteriosa procedencia (los ojos de todo el mundo, se enamora ardentemente en Sevilla de la hija del marqués de Calatrava. Corresponde en su amor, y deseoso de poseer a la que adora, piensa en ofrecerle su mano; pero el Marqués, de ilustrísimo linaje y muy satisfecho de tales amores, saca a su hija. Se le ocurre al padre, con el consentimiento de la pasión que no estimaba conveniente. Don Alvaro entonces riñe con oro a los criados de Leonor, y, favorecido por ellos, dispone rotaría de la hacienda de su bondadoso padre para desposarse en el pueblo más inmediato. Leonor vacila, pero en el momento en que, fascinado por su amante, se decide a seguirle, se ve a la par con el que idolatra, y es sorprendente el Marqués, avisado oportunamente de cuanto ocurre, la indignación del anciano llega a su colmo viéndolo aludido en la estancia de su hijo. Don Alvaro saca una pistola para tener a raya a los criados del marqués. Tienbla Leonor por su padre, tiembra por su amante; y en el momento que este, reconociendo que aquél *hizo desecho* por la fuerza, se acerca a él, para arrojarle en tierra la pistola, dispara el arma fatal y hierne mortalmente al Marqués, que espira maliciando a la hija desventurada.

Recordado de las heridas que recibió en aquella noche inviduable luchando con los fieros criados del Marqués difunto, D. Alvaro sigue las banderas de la venganza, pensando de que si él muere, el muerto y ameliando sucumbir en los combates. Allí, bajo el nombre de D. Fadrique de Herberos, da cima a las más altas proezas; allí salva la vida al mayor de los hijos del Marqués, que había ido en su busca con nombre supunto, ardiendo en sed de venganza; y no bien el acto de tanta gratitud y amor, se termina, cuando el que se desolaba por la muerte, cuando el nuevo marqués de Calatrava descubre que su amigo es el seductor de su hermana y matador de su padre, lo insulta, lo desafía y muere a sus manos en el duelo. Leonor, en tanto, huyendo de sí misma, se refugia en la vida penitente y procura expiar su falta lejos del mundo y de los hombres, bajo las alas protectoras de la religión, en las montañas de un desierto, donde se forma un monasterio convento de los Angeles, situado a media legua de Hornachuelos. Allí había sido transportado el mismo D. Alvaro, mal herido por unos saltadores, y de él era religioso cuatro años hacia (cumpliendo el voto que formó en Veletri, al escapar del suplicio que le aguardaba por haber muerto a don Carlos, el desgraciado que se desolaba por la muerte de un embozado caballero. Era don Alfonso de Vargas, hijo segundo del Marqués. Sediento de venganza como su hermano, había recorrido la América en busca del seductor, había roto el misterio de su origen, y venía a perseguirlo hasta en aquel asilo sagrado, donde bajo el nombre de Padre Rafael procuraba expiar su culpa de seductor. Allí, cuando ya Alvaro había sido por las sugestiones infernales y se sobreponía a ellas. Sin embargo, acusado, escarnecido por el último de los Vargas, pierde la fortaleza del espíritu; y, trunfando el instinto de la razón, empuña la espada que aquél le ofrece, sale con el del convento, salvan la cerca que defiende el sagrado asilo de Leonor, y a la vista de la crucifixión, donde se halla para todos, a la luz trunfante del relampago, cruzan los aceros y cae don Alfonso bañado en su propia sangre.

A las voces imperiosas de D. Alvaro pidiendo auxilio espiritual para el moribundo, la mujer penitente, sorprendida en el silencio de su guionado retiro, hace señal en demanda de socorro y desciendo de los riscos a presenciar el más horrible

crudo. Reconoce a D. Alvaro, llama a D. Alfonso, a quien ella cree desahogado y juzgado este, al verla en aquellos brazos que se ciñen a ella, y al lado del matador de su padre, ultrajando su memoria, hace un último esfuerzo y le atraviesa el corazón. La comunidad llega a este punto cantando las divinas oraciones; y cuando D. Alvaro, por el dolor del vertigo de la desesperación, sube a la torre y se precipita, la voz de los religiosos se levanta, como perfume celestial que para a todos, clamando: *Mercenada, Señor, misericordia!*

Tal es, en resumen, el fundamento de esta obra, la sublime.

Ahora bien: para muchos gentes, y aun para algunas que se precian de instruidas y que lo son, *Don Alvaro* reproduce el fatalismo de los griegos y no tiene más objeto que pintar la impotencia del ser humano para luchar con la predestinación de su existencia. El autor mismo ha debido creerlo así, cuando ha decorado su obra con el sobrenombre de *La fuerza del sino*, frase que formula una creencia — una superstición, si se quiere — latente en todos los pueblos del mundo, y que se da a conocer de varias maneras, ya disociando entre los milagrosos *destinos escritos* por el cielo, ya presentando *Dios a sí Dios quiere*. De todos modos, y atento a que no puedo dilucidar este punto, porque fuera indispensable para eternamente detenerse en largas consideraciones, debo hacer una observación que acredita con superiores son las intuiciones del genio a los propósitos mismos del hombre, y como el que las divino que las habían pensado realizar los cálculos del talento.

El autor que, a de dír por lo que expresa el segundo título de su obra, se había propuesto pintar la tiranía del destino sobre la libertad de las acciones humanas, que no otra cosa es la superstición de la *fuerza del sino*, se desvía de su propósito al presentar la idea de la predestinación, como ya he dicho, otra faz de la justicia providencial visible en *El Moro expósito*, no abandonando el héroe a los horrores de una predestinación criminal ineluctable como la de Egipto, sino condenándolo a sufrir las consecuencias del fatalismo del error voluntario, digámoslo así, que por una vez le permite al libre albedrío de la voluntad, no cuando la razón no los detiene al borde de alguno de ellos.

Si D. Alvaro no hubiese intentado robar una hija a su padre, con más o menos dichos propósitos, ciertamente que no habría tenido ocasión de hacer uso de la pistola que asesina al marqués de Calatrava. Si Leonor hubiera abrazado la fortaleza que pudo tener para llegar, no empujando por una prematura falta de obediencia, al término de su disciplinable amor, no habría sido causa de la muerte de su padre y de la desgracia y pérdida de todos los suyos. No es, pues, la *fatalidad*, no es el *sino* el que impulsa a D. Alvaro, por un sendero del que no podía apartarse, a la muerte de su padre, siendo azares de la fortuna. Válgase. Entre el mal y el bien, entre el sentimiento del deber y el desvarío de la pasión existe gran diferencia, y don Alvaro es libre de escoger el camino que más le plazca. Si escoge mal, como ha de lograr el bien! Si deja en todos los trances de la vida que el arrebatado de las pasiones se sobreponga al milagro benéfico de la razón, como él mismo se desolaba por la desdichada, ¿verdad es que se necesitan fuerzas de gigante para sostener esta lucha, cuando la organización material contribuye al alimento y desarrollo de las pasiones violentas; pero, moralmente hablando, todos los hombres están obligados a ser grandes; todos tienen, si las buscan, bastantes fuerzas en su voluntad, bastante imperio en su alma para sobreponerse a las sugestiones del instinto.

Lo mismo que D. Alvaro nos enseñan D. Carlos y D. Alfonso. Desde el momento en que reciben noticias de la pérdida de su padre, solo viven para la venganza. (Que extraño, pues, que persiguiendo a un escar de carne a escar de carne, se desolaban tanto, que a tanta razón mal conducida, podía tener menos desastrosa consecuencia. (No es ella el castigo providencial merecido de los que aspiran a castigar una falta, causa de un crimen a cierto modo involuntario, dando rienda suelta a pasiones tan mal templadas y recias como la que ha originado el error mismo, y harlo más difícil, porque son tan fuertes para todos, a la vez, que los hombres, que a tanta razón mal conducida, podía tener menos desastrosa consecuencia.)

De que a este drama preste la idea de la Providencia, y de que es un símbolo cristiano singularmente definido, merece al juicio de las pasiones y de los sucesos que se manifiestan a los ojos perceptible, hallamos ejemplos en cada una de las acciones que se nos ofrecen, que a tanta razón mal conducida, podía tener menos desastrosa consecuencia. Basta poner alguna atención en el verdadero móvil de los acontecimientos que a primera vista parecen fruto de la casualidad, cuando no del mal sino del protagonista, para conocer que las malas lanchas de que son víctimas las personas que se desolaban por la fatal predestinación de cada uno de ellos, sino al

(1) Impreso en 1828.

(2) Véase el citado *Discurso*.

que con tanta sinceridad he aplaudido en el cuadro de la posada del *D. Alvaro*. Como escritor de viajes nos ofrece la descripción de sus excursiones a *Pesto* y al *Vesubio*, en estilo ameno y brillante. Como didáctico, sus *Discursos Académicos*, de sana doctrina y elocuente vena. Como político, sus *Discursos Parlamentarios*, alguno de los cuales es de gran mérito (1), y por los que nos es fácil comprender que no le faltan condiciones de orador ni de repúblico. Finalmente, en los años de 1847 y 48 escribió bajo el cielo hermoso de Nápoles la historia de la *Sublevación capitaneada por Masaniello* (2), obra destinada también a formar parte del último tomo de los presentes (3).

Dice el sabio Agustín Thierry (*Homero de la historia*, como lo apellida Chateaubriand) que la historia nacional, no sólo es para todos los hombres de un mismo país como una especie de propiedad común, como una porción del patrimonio moral que cada generación que desaparece lega á la que le reemplaza, sino que ninguno debe transmitirla tal como la recibió y todos se hallan obligados á añadirle alguna cosa en claridad y certidumbre. El Duque de Rivas, fiel á este precepto, lo ha seguido felizmente, procurando esclarecer uno de los más importantes periodos de nuestra dominación en Italia. Emulo de los grandes líricos y dramáticos de los siglos XVI y XVII, ha querido emular también á los Melos y Mendozas, cobijando generosamente el laurel de Tucídides y de Tácito, de Jenofonte y de Livio.

La historia, mejor dicho, el drama terrible y sangriento que ofrece á nuestros ojos en este concienzudo *Estudio* (4), no es de tal naturaleza que, abriendo el corazón de siglos pasados, descubre el sendero marcado á las naciones por la Providencia. Y sin embargo, qué cuadro para el político y para el filósofo! ¡Qué lección tan severa y tan amarga para los gobiernos y para los súbditos!

Los excesos de un poder imprevisor y arbitrario siembran en el abatido pueblo de Nápoles la semilla venenosa del descontento, y establecen un lamentable divorcio entre el representante de la autoridad y los que ven con dolor que se abusa de

su obediencia pasiva. Pero como la razón suele no ser consejera de la fuerza, los vireyes, que se juzgan omnipotentes y que cierran los ojos al espectáculo de las convulsiones casi periódicas de sus esquilinados súbditos, prosiguen en el desacertado sistema de vejaciones, hasta que el sufrimiento se agita y las masas populares estallan para romper el yugo que las oprime.

Un hombre del pueblo, un pescadero miserable, dotado de audacia y genio, Masaniello, en fin, se pone al frente de los sublevados, los dirige con destreza, y consigue, merced al influjo que llega á ejercer en la multitud, libertarla de gabelas é imponer su voluntad y hasta sus caprichos al lugarteniente del rey, alzanlose en el espacio de breves horas á dictador, y convirtiéndose en absoluto señor de los mismos que poco antes le trataban como á esclavo. Tan brusca transición desordena el juicio del plebeyo jefe de las turbas, y el robo, el saqueo, el asesinato, la desolación, la ruina forman el cortejo que sigue por todas partes á los que se habían levantado en nombre de la justicia para poner coto á los abusos de sus opresores.

Los extravíos de la revolución talaran poco en desacreditarla; y los mismos que rompieron sus diques son los que, cediendo á bajas pasiones, se encargan de su exterminio. El que ocho días antes era llamado libertador del pueblo, entre aclamaciones y vitores; aquel cuyos más absurdos y horroresos decretos eran obedecidos ciegamente con la rapidez del rayo; el que recibía culto idolátrico de la multitud, es asesinado cobardemente por sus camaradas, y sus restos mortales escaraneados van á dar en un muladar, para ser al día siguiente santificados por la voltería muchedumbre que los había cubierto de lodo. La muerte del pescadero, lejos de poner fin á los trastornos y desastres, los desvencadena más; y hasta que no se suicidó la revolución, fatigada de sí misma y sofocada por la intemperancia de sus vicios: hasta que el maquinavelismo no consiguió que la chusma, rota en parcialidades, perdiese con la unidad la fuerza; hasta que las acertadas medidas que supo dictar oportunamente la prudencia no lograron frenar el reulido atleta de la muchedumbre, la razón no volvió á reinar en su imperio, ni el monarca de España á asegurarse en la posesión de una de sus más ricas provincias, casi perdida para él pocos meses antes por la impericia y vanidad de sus prepotentes delegados.

Para trazar este cuadro con exactitud, el autor ha consultado cuantas obras importantes (impresas y manuscritas) han hecho conmemoración de tales sucesos. Ni se reduce á exponerlos desordenadamente, sino asciende á buscar el origen de aquellos trastornos en sus fuentes verdaderas. — A fin de que podamos comprender mejor cuáles eran las vejaciones que sufrían las clases pobres de Nápoles y cómo la mala dirección de los gobernantes, y principalmente la del virrey duque de Arcos, ocasionó los alborotos y escándalos de que aquel reino fue víctima desde julio de 1617 hasta abril de 1648,

traza en los primeros capítulos el cuadro de su organización municipal y desastrosa situación económica, conduciéndonos á lo interior de su vida doméstica para enseñarnos cuáles eran las necesidades de aquel pueblo, sus instintos, sus preocupaciones, sus sentimientos y creencias. Además, el erudito historiador, no contento con describir exactamente la organización municipal napolitana y los principales caracteres de la vida íntima de sus moradores, de sus odios y rencillas, nos pone en el secreto de la organización política del virreinato, y nos descubre todos los gérmenes del volcan que debía estallar en breve inflamado por las iras populares.

En sus juicios jamás inclina la balanza del lado de sus particulares aficiones, jamás se ve exagerado espíritu de nacionalismo. Recto, como debe serlo todo juez y como lo son muy pocos historiadores, se coloca en el mejor punto de vista, y examina la conducta de los hombres y la marcha de los sucesos con relación á las circunstancias que influyen en las opiniones de los unos y daban impulso á los otros. Para él tan púmbles como los absurdos del duque de Arcos y de varios de sus prohombres, como el furioso desenfreno de la demagogia y la liviandad de los mercaderes de patriotismo. Profundo conocedor del corazón humano, pinta á veces un carácter de una sola pincelada, é individualiza magistralmente los principales rasgos de la fisonomía moral de cada uno de ellos. ¡Con cuánta verdad no están retratadas la irresolución y astucia del duque de Arcos, la ambición no ménos astuta de Genovino, la impetuosidad de Masaniello y los sentimientos conciliadores de Toraldo!

Pero una de las cosas que más resplandecen en esta obra es la elegancia y brillantez del estilo. Fácil, natural y sencillo, el autor sabe dar rapidez y movimiento á sus narraciones, manteniendo siempre vivo el interés y haciéndonos creer que está pasando á nuestra vista lo que leemos. Sus cuadros son bajo-relieves coloridos que no sólo engañan los ojos sino el tacto, cuando desconfiados de su verdad nos acercamos á tocarlos para convencerlos de que no han sido las que hemos visto invenciones del cerebro. En suma, el Duque de Rivas ha logrado colocarse en este libro á la altura de los historiadores más notables de nuestra patria, y de lo que hoy exige la ciencia, *luz de verdad y maestra de la vida*, según la atinada calificación de Marco Tulio.

He llegado al término de mi propósito, examinando con rapidez las obras del historiador, del poeta, del literato; el biógrafo hablara á continuación del guerrero, del repúblico, del prócer. ¡Felices aquellos que, como el autor de *Don Alvaro*, puedan exclamar, aludiendo á sus obras inmortales,

« Pasma aborta,
Admirando-se n' arte a natureza! »

MANUEL CAÑETE.

(1) El que pronunció en el Estamento de Próceres sobre la exclusión de la rama de don Carlos á la sucesión de la corona.

(2) El título con que se publicó en Madrid este libro, en 1848, es el siguiente: *Sublevación de Nápoles capitaneada por Masaniello, con sus antecedentes y consecuencias hasta el restablecimiento del gobierno español*.

(3) Para el cual se ha encargado de escribir un *Prólogo* el Sr. don Juan Eugenio Hartzenbusch.

(4) La apreciación de esta obra histórica (traducida más de una vez á diferentes idiomas y modestamente apellidada *estudio* por el autor) es extracto en su mayor parte de la que publiqué en *El Herald* en 1849.

ESCRITA Y PUBLICADA

HASTA EL AÑO DE 1842

(4) Es muy común en Caribba la cizga de media o bronce dorado del ar. angel San Rafael su patrono.

En esto amanecía: los tambores hacían general por todas partes el ruido: estaban encima. El Duque, dando un doloroso abrazo a su hermano moribundo, dispuso que trajeran un carro del país para alegrarle de allí, con otros siete guardias heridos, sobre cuya suerte velaba con no menos ternura que sobre la de su hermano. Y para ir más desahogado a donde le llamaban los clarines, rogó al sub-brigadier D. Julián Pobeda y al guardia Mendinueta que acompañaran a Ángel, uno de cada uno se hacían ido muriendo por el camino: solo se continuaba firme y animoso en situación tan horrible. La confusión crecía por momentos. Pobeda y Mendinueta entraron con él en el carro para asistirle más de cerca, y apresuraron la fuga. Pero el camino real se puso a poco intransitable con el número de fugitivos, carros, cañones y bagajes que llegaban precipitadamente por los caminos. Al andar chocaron con los franceses, deteniendo y acuchillando a aquellas agudadas turbas. Oíanse sus voces y el estruendo de los pistoletazos: los criados de Pobeda y Mendinueta, que seguían el carro con los caballos de sus años, les rogaron que se pusiesen en salvo y abandonasen al herido; pero aquellos pundonorosos caballeros y leales amigos, con heroica resolución negaron a los criados los capos con que podíanse quedados ellos con su compañero para perecer con él. Era Pobeda de Duinell, conocía la tierra, y dispuso tomar otro rumbo. Con ruegos, amenazas y ofertas obligó al carretero a dejar el camino real y a seguir a campo traviesa la dirección de aquella villa. La misma confusión favoreció sus intentos, y después de vencer mil obstáculos para atravesar aquellas llanuras, llegaron al amanecer a Villacahán, donde descendiendo el herido, y hecha la segunda cura, se halló más repuesto y animoso. A su estancia en aquel pueblo compuso después aquel bello romance que empieza

Con once heridas mortales,

Hecha pedruzcos la espada

que anda impreso en sus poesías, y que saben muchos de memoria. Pasó allí tres días; prosiguió su viaje con más seguridad por el camino de Montorn; regresó Mendinueta en busca de sus estándares, a meterse en nuevos peligros y a anunciar al duque que su hermano quedaba en salvo; y después de once días de penosísimo viaje, llegó Pobeda con el herido a Baeza.

Había en aquella ciudad la más esmerada asistencia, y al cabo de veinte días hallóse muy repuesto, menos de la lanza en el pecho y otra en la náduca que le tuvo once algunos años, y sintiéndose con fuerzas, pasó a Córdoba, donde estaba la duquesa su madre. Su recibimiento en aquella ciudad deló su sacrificio y lionaje en gran manera. Muchos gentes salieron a esperar al camino, y en las calles se detuvo muchas veces su carruaje por la muchedumbre que se agolpaba a verle y victorearle. El entusiasmo popular recompensaba largamente en aquella época de verdadero patriotismo los servicios militares y la sangre derramada en las batallas.

El ruido de la casa paterna apresó su conmovedor entusiasmo por la frecuencia con que volaba la sangre temerosa en las frentes, que la larva produjera algún funesto resultado en peligrosas heridas. Alzóse precipitadamente ciñatizallos. Pero a principios del año de 1810 forzaron los franceses el paso de Sierra Morena, y se derramaron por Andalucía. R. tiróse D. Ángel con su madre a Málaga; deteniéndose allí momentáneamente. Abello, que había sublevado la población contra las autoridades leales, se puso a la cabeza de la insurrección, y pronto le empujaron a no poder saltar, y después de perder sus caballos, armas y dinero, tuvo que esconderse con su familia en la noche, distrayendo años y días a meditación de recursos, en la miserable barra de un peñal del Perchel. Sacos de esta angustia de una posesión un oficial español, pasado a las francesas, y algunos meses antes había estado en el balneario y en la casa de la duquesa, a la que él había ido a visitar, y desvalió. Este hombre se corrió el desdoro por una vez, y se halló en D. Ángel y a la algarida duque a poco que con nuevos supuestos, caballos y dinero, se dio a la fuga por la costa a Gibraltar, a donde le hallaron finalmente. Pasó desde allí a Cádiz, en donde duró por los meses de julio y agosto, y se dio a la fuga por la costa a Gibraltar, a donde le hallaron finalmente. Pasó desde allí a Cádiz, en donde duró por los meses de julio y agosto, y se dio a la fuga por la costa a Gibraltar, a donde le hallaron finalmente.

En esto amanecía: los tambores hacían general por todas partes el ruido: estaban encima. El Duque, dando un doloroso abrazo a su hermano moribundo, dispuso que trajeran un carro del país para alegrarle de allí, con otros siete guardias heridos, sobre cuya suerte velaba con no menos ternura que sobre la de su hermano. Y para ir más desahogado a donde le llamaban los clarines, rogó al sub-brigadier D. Julián Pobeda y al guardia Mendinueta que acompañaran a Ángel, uno de cada uno se hacían ido muriendo por el camino: solo se continuaba firme y animoso en situación tan horrible. La confusión crecía por momentos. Pobeda y Mendinueta entraron con él en el carro para asistirle más de cerca, y apresuraron la fuga. Pero el camino real se puso a poco intransitable con el número de fugitivos, carros, cañones y bagajes que llegaban precipitadamente por los caminos. Al andar chocaron con los franceses, deteniendo y acuchillando a aquellas agudadas turbas. Oíanse sus voces y el estruendo de los pistoletazos: los criados de Pobeda y Mendinueta, que seguían el carro con los caballos de sus años, les rogaron que se pusiesen en salvo y abandonasen al herido; pero aquellos pundonorosos caballeros y leales amigos, con heroica resolución negaron a los criados los capos con que podíanse quedados ellos con su compañero para perecer con él. Era Pobeda de Duinell, conocía la tierra, y dispuso tomar otro rumbo. Con ruegos, amenazas y ofertas obligó al carretero a dejar el camino real y a seguir a campo traviesa la dirección de aquella villa. La misma confusión favoreció sus intentos, y después de vencer mil obstáculos para atravesar aquellas llanuras, llegaron al amanecer a Villacahán, donde descendiendo el herido, y hecha la segunda cura, se halló más repuesto y animoso. A su estancia en aquel pueblo compuso después aquel bello romance que empieza

estado mayor de los ejércitos, entró D. Ángel como aduto en el estado mayor general, que se estableció cerca del gobierno, y tres meses después con plaza efectiva de ayudante segundo.

Agitada y azarosa había sido la vida de nuestro protagonista en las fatigas y vicisitudes de aquella campaña. Había cretamente en los trabajos de la guerra de sotra con que absorber y ocupar toda la actividad del cuerpo y el entusiasmo de la juventud primera. La dirección belicosa que debían haber tomado todos los espíritus y todas las pasiones; los temores continuos; los frecuentes reveses, las largas marchas y penosas fatigas corporales, poco espacio podían dejar a los vuelos de la imaginación y al estudio de aquellas artes, para cuyo cultivo la naturaleza siempre el ingenio se recombinaba. Sin embargo, nuestro D. Ángel no había dejado, en medio de los trabajos de la campaña, sus ocupaciones favoritas, y los mismos extraordinarios sucesos, o los variados enraños que a su vista se desarrollaban, acoloraban a veces su fantasía. El entusiasmo es más que la sensibilidad. Es esta una cualidad meramente pasiva, la otra fecunda, activa y creadora. Los sentimientos, los afectos, los y delicadamente impresionables sienten mucho, gozan o padecen mucho, viven más vida que los otros hombres; pero pueden absorber en sí mismos esa vida, y como los cuerpos negros la luz, guardar en su propio corazón sus impresiones. El entusiasmo les hace recibir para reflejarlas, para comunicar a todos los demás lo que en sí no cabe y rebosa. El entusiasmo no siente sino se inspira en solo vida, suena no solo arie, quema no solo escucha, canta, y después de mirar, junta. Don Ángel Saavedra, primero que militar, había nacido entusiasta, porque había nacido poeta. Necesitaba cantar lo que sentía, pintar lo que miraba. No había dejado de hacer versos y cuadros. Ni los unos ni los otros eran entonces buenos; pero no importaba. No era la época de la perfección, era la del estudio, la del progreso. Los artes son también una especie de guerra, y solo los que han combatido en esa liza saben cuán dura es a veces. En las batallas del genio la lucha no es el triunfo, y también en sus reveses hay mérito y gloria. Muchos grandes talentos, como muchos grandes capitanes, han empezado por derrotas que no dejan de ser hazañas. Nuestro poeta no podía hacer entonces obras maestras; pero sus producciones mantenían y animaban la polia, ya haciendo ligeros retratos de sus compañeros, y alguna vez de sus patrones, ya tomando apuntes de grupos de soldados, caballos y cañones; de escenas militares o de vistas y paisajes, todo, si no con gran maestría, con mucha inteligencia, animación y verdad.

Esta facilidad de escribir y práctica de dibujar, hicieron singularmente apreciable en el estado mayor, que sus efectos le encontraron el negocio de topografía e historia militar. Y sus heridas, su vivacidad, su carácter blando, y su trato jovial y ameno le granjearon el cariño de todos sus compañeros. Escribió entonces con mucho acierto los resúmenes históricos formados sobre los partes oficiales de los ejércitos, que se presentaban mensualmente al gobierno, documentos preciosos para la historia de la guerra de la independencia, que habían desaparecido o yacían sepultados en algún archivo; publicó una defensa larga y razonada del estado mayor, contestando a un boletín que pareció en Cádiz contra aquel establecimiento; redactó varias exposiciones y memorias al gobierno sobre la organización del cuerpo; y fue el relator y director de la gran exposición de los estados mayores que se publicó semanalmente en Cádiz con general aceptación en todo el año de 1811.

Por estas ocupaciones facultativas no abandonaba sus predilectos estudios. La amistad que entonces contrajo con el conde de Noroña, gobernador de Cádiz, con don Juan Nicasio Gallego, y el trato frecuente con don Manuel José Quintana, don Juan Rodríguez Arizasa, don Juan Francisco Martínez de la Rosa, con otros esclarecidos literatos, avivaron su pasión por la poesía, haciéndole progresar cada día, sino en la inventiva y originalidad, hasta donde no se atrevía a lanzarse entonces, sí en la corrección y pureza del lenguaje, en la fluidez y sonoridad de la versificación, en la profundidad y elevación de los pensamientos. Distínguese ya por estas obras *El Pío Juan*, poema de cuatro cantos, en buena octava, que fue muy leído y aplaudido, y siguiendo al mismo tiempo su inclinación al dibujo, no solo ejecutaba planos y croquis por obligación de su empleo, sino que concernía todas las noches a la academia de Cádiz a estudiar el modelo vivo y a copiar algunas buenas escenas de la escogida colección que aquel establecimiento poseía.

Nuestro don Ángel había nacido artista, poeta,

caballero; pero a pesar del papel que le ha tocado hacer, y que no lo ha desempeñado mal, en la escena de los negocios públicos, creemos que a esta fecha el mismo pensará que no había nacido para ocuparse en materias políticas, y que fue como una aberración en el destino de su vida, la parte de hombre público que le ha cabido en suerte. El cuadro fatal de la revolución debió lanzar a todos de su órbita y arrabatarlos de su momento, de su centrada y fatídica carrera. La política ha sido, para los talentos de esta época, el genio malo que los ha perdido, el influjo que le ha tenido por largos años paralizadas y en postración sus fuerzas más vitales, que le ha abatido contra la tierra las alas de su vuelo generoso. Afortunadamente ese cometa naciente se alzó y se disipó, y la juventud, sacando prebendo de su órbita en sus protervas violentas sacudidas. Las letras y las artes, las ciencias y las masas, han dejado a ese funesto meteorito marchar solo, y ahora, cuando más arrebatado parece que camina, gira ya sin los brillantes satélites que otro tiempo arrastraba, y su sulfurosa lumbre ilumina solo las regiones de la ignorancia y de la vanidad. Los presuntuosos y los vanos, los que se complacían en hablar, los hombres de mala instrucción estaban preocupados de los sentimientos que habían despertado en todos los corazones los sucesos de la guerra, los desórdenes del reinado anterior y la catástrofe de la familia reinante, amalgamado todo con las ideas y teorías que la revolución francesa había esparcido en la sociedad. Don Ángel había respirado el aire de guerra, los combates; respiraba ahora la atmósfera de la isla galitana y de la sociedad allí reunida, y sin apécherlo el mismo, la revolución se inoculó en sus venas. Había mirado la independencia como el mayor bien de su patria, y la vuelta de Fernando al trono de sus mayores, como el remedio de todos los males pasados, como el principio de una nueva época de regeneración y de guerra. Los sentimientos de independencia habían venido los nombres y las esperanzas de Constitución y de Libertad. Creía, como todos, que los gobiernos que se habían sucedido desde el alzamiento eran la causa de los desastres de la duración de aquella guerra desoladora. Las Cortes era la palabra mágica que simbolizaba el único remedio de los males. Los buenos que le acompañaban, participo naturalmente del entusiasmo, y ninguno que evitaba su reunión. Las sesiones de aquel Congreso a que asistía constantemente, fueron su primera escuela de política. La ardiente fantasía del poeta simpatizaba naturalmente con los fogosos arranques de los nuevos triunfos. Todo lo que se le figuraba reformas merecía sus aplausos, y alzó con calor las más exageradas ideas del partido liberal. Las doctrinas, como el cólera morbosum más fulminantes y vehementes en el punto de que empezaban y cuando tienen una esfera reducida de acción. Cádiz fue entonces el foco general del cólera político, y adoleció de él gravemente nuestro don Ángel. Varios versos satíricos, y algunos artículos que publicó en el *Redactor general*, fueron el resultado de aquel entusiasmo. La Constitución del año 1812, el período de la primera de la inteligencia humana, el monumento más grande de su sabiduría, y el cimiento más sólido de la grandeza y prosperidad nacional. Pero prueba del extravío de estos sentimientos, es que aquellos artículos y aquellos versos no han sobrevivido a los días de vértigo en que nacieron. El cantor de Maffra, el poeta de los bellos romances, y que celebró después en versos inmortales los castillos sucesos y las glorias tradicionales de la nación española, se burlaría tal vez hoy si pasara la vista por las producciones que le inspiraron sus primeros amores con la revolución y con la libertad; mejores eran sin duda los que, más mozo todavía, había compuesto a su primer quejido.

No cesaron en Cádiz sus tareas militares. Ascendió a ayudante de campo, y fue el primer comandante coronel electivo, desempeñó varias comisiones importantes; se halló eventualmente en la batalla de Chiclana, a donde fue de orden de la regencia para traer noticias; pero su ardor le llevó a mezclarse activamente en la pelea, antes que atender el inmediato objeto de su comisión. Habiendo entrado el gobierno en algunos recelos de la conducta de Ballesteros, se le ordenó que se retirara, y cuando levantado el sitio de Cádiz y perseguido los franceses, se anotino en Córdoba la división del general Merino, su pretexto de sostener la resistencia de Ballesteros a reconocer a lord Wellington por general en jefe de los ejércitos españoles, envió la regencia a Don Ángel con plenas facultades para atacar aquel Ballesteros. El éxito coronó sus esfuerzos. Por su cooperación y consejo, el general Chevarri reunió el mando, restableció la severidad de la disciplina, y se logró sacar de Córdoba en buen orden la división, después de deponer al general y de prender a los oficiales, principales cabezas y promotores de la insurrección. La guerra tocaba a su fin. El triunfo importaba a la patria. Vicia era el país, el centro de la Península. Don Ángel pretendió ser destinado a la sección de estado mayor que

servía a las órdenes de lord Wellington; pero no pudo conseguirlo, y resintiéndose de nuevo de la herida del pecho que le hacía arroyar sangre por la boca, y aconsejándole los médicos que se retirara en el templeto de clina de Andalucía, pasó a Sevilla destinado al ejército de reserva; y fue a poco comisionado a Córdoba, a mandar y organizar un nuevo regimiento de caballería. Recibida la noticia de la victoria de San Marcial, y de que no quedaba ya un solo francés en el territorio español, se retiró del servicio militar con la consideración de teniente coronel que por sus méritos le correspondía.

A la vuelta del rey Fernando, y abolida por el decreto de Valsecua la Constitución de Cádiz, tuvo Don Angel la rara suerte de no ser perseguido por sus ideas liberales, como al principio se lo había temido. Lejos de eso, el Rey dispuso a ambos hermanos la más cordial acogida, elevó en pública corte sus servicios militares, y concedió a D. Angel el empleo de coronel efectivo de caballería con el sueldo correspondiente, consignado como retirado en la plaza de Sevilla. Establecido en la hermosa capital de Andalucía, pudo aprovechar los ocios de la paz, y consagrarse de lleno a las tareas literarias y al cultivo de la pintura. Las amistades que contrajo con el respetable anciano D. Francisco Sánchez, con el erudito aunque extravagante Vargas Ponce, con el intradito Juan Román y con el poeta D. Manuel María de Arjona, avivaban su afición a la literatura, inspiraban nuevas ideas en su entendimiento, y dirigían sus estudios a moderar la fogosidad de su fantasía. Acaso las mismas inclinaciones que su juventud recibían salidas correctivas de aquellos sensatos varones. Su primer ejemplar era D. Angel un tanto aficionado a torcer, y Vargas Ponce le dedicaba con tal motivo un romance que empieza con este requiebro:

«Bárbaro, que así desluces
Los presentes de natura...
Y en demasío siendo ángel
Tu torpe sanchez te mulla...»

Empero esta adrección, que sin duda era un bien para formar el gusto de nuestro poeta, contribuía no menos poderosamente a cortar los vuelos de su originalidad, y a sujetarle demasiado a seguir el camino trillado de nuestros antiguos clásicos y de sus modernos imitadores; camino a cuyos lados ya no quedaban entonces flores que pudiesen recoger los nuevos peregrinos. Lo menos que podían tener los severos preceptistas de aquella época, eran innovaciones literarias: estaban muy lejos todavía. Los que se llamaron restauradores de nuestra poesía a fines del pasado siglo y principio del actual, hubieran podido con más razón y con más pretensiones más modestas llamarse restauradores del buen gusto poético. Era sin duda un gran progreso, un inmenso progreso, después del siglo de decadencia en que yacía postrada la literatura española desde el advenimiento de la casa de Borbon al trono de Castilla: Melendez, Jovellanos, Quintana, Arjona, Gallego y Lista, eran ciertamente poetas.

Ellos volvieron a versificar con la robustez, la resonancia y el vigor, la dulzura y la armonía de Garcilaso, de Quevedo, de León, de Villegas, de los Argensolas, de Illoja y Herrera. Pero demasiado desdichados de la antigua poesía nacional, demasiado amantes de la belleza de las formas, y sacrificando a ella sin duda la grandeza de los asuntos, parecían que no podía haber en su extraviado novedad en los pensamientos y en la manera de sentir; y no puede negarse, por muy reconciliados que ahora nos hayan puesto con la antigua esencia los excesos de la actual anarquía, que era algún tanto académica imitativa, y no muy rica de originalidad y de jago la literatura que recomendaban por modelo.

Nunca había sido muy original, muy profunda ni muy elevada la poesía que se llamó andaluza. Lejos de tener el carácter de espontaneidad que debía darle aquel clima tan poético en suyo, y donde brotan los versos como las flores, sus principales y más celebrados maestros habían cerrado los ojos, y no sabemos si el corazón. A las bellezas de aquella naturaleza magnífica, todavía más que rústica, para ir a beber sus inspiraciones en los poetas de la moderna Italia ó de la antigua Roma. El mismo Herrera y Roja son notables por no tener color local. Sus imitadores fueron áridos e insipidos.

Eternos amores y palidas galanterías, tratados a la manera antigua, sin entusiasmo, sin profundidad, muchas veces sin pasión y sin ternura, eran el tema obligado de sus versos. Respecto de la naturaleza de sus escenas y de sus pinturas, aparecen más pobres todavía. Los colores de la aurora, y las plateadas ninfas de los ríos, los jazmines y las rosas de los campos, son el repuesto de sus galas y el arsenal de sus descripciones. Los poetas del Cuadro no habían tomado nunca por sus aguas al mar inmenso que effe sus playas; jamás se habían extasiado ante los grandiosos e imponentes cuadros de Sierra Morena, ó de las perpetuamente nevadas cumbres que circundan a Granada; jamás se habían

inspirado por la impresión honda y melancólica de aquellas llanuras que se desdibujan dilatadas y monótonas bajo un cielo purísimo sin relieves como las montañas. Jamás habían evocado las sombras de las generaciones que cultivaron en otros tiempos aquel riquísimo suelo; jamás habían oído las voces que suenan todavía en los monumentos romanos, en los palacios árabes, en las ruinas de los vándalos, ó en los castillos y torres de los conquistadores godos; jamás habían reflejado en sus amanuenses versos aquel sentimiento de languidez y de voluptuosidad que hasta el pueblo, más poético allí que sus poetas, exhalaba en sus romances, en sus cánticos y en sus playetas.

La historia en sus diversos períodos no les había dado nada. Los conquistadores del Nuevo-Mundo no habían encontrado ninguna riqueza poética en las alturas de los Andes, en las palmeras de las Antillas, en los inmensos bosques de aquellos ríos más grandes todavía, ni en los palacios de Moteczuma y de los hijos del sol. La religión que elevó la maravillosa catedral de Sevilla, y que decoró sus naves con los magnos lienzos de Mirillo, no había hablado al corazón de los poetas el mismo idioma que el sus contemporáneos versos los otros poetas del mismo Herrera, para celebrar a D. Juan de Austria, pone sus labios en boca de Apolo, é introduce todas las declamades de la mitología, escuchando las alabanzas de aquel que, en las sangrientas aguas de Lepanto, tremolaba el estandarte de la Virgen del Rosario. Toda la poesía española se había resentido del carácter académico de la poesía clásica. Los romances, principal vestigio de la poesía nacional, los romances, en que se han conservado todas las glorias tradicionales de nuestro país, y en los que han compuesto los mismos siglos y las generaciones mismas las magníficas ejemplares de los Bernartos y de los Cules, de los Guzmánes y Almanzores, eran desleñados por los grandes maestros, y crítico ha habido entre los otros que los declaraban que de servir para asuntos heroicos y graves. Porque era trivial y popular su forma, porque no se ajustaban bien a su tono y a su estado las Venus y los Cupidos, Palas Atenas, y el histónico Marte, habiábase creído igualmente triviales y no á propósito para calzar el alto coturno poético los asuntos que en ellos habían sido tratados; y por contrario, las tragedias, y las comedias, que no podían prescindir del acompañamiento obligado de las imágenes mitológicas y encanajarse del yago de la imitación pagana. Los mismos poetas que poco há mencionamos, y que tanto ensuciaron el campo, y con nuevos pensamientos aumentaron la riqueza de la poesía, trabajaban por coartar su propiamente, y por hacerlos más artificiosos, y por hacerlos más artificiosos, mostrábanse duramente severos é intolerantes en sus críticas, y no eran para abrir nuevos caminos sus lecciones, en oposición tal vez con sus ejemplos.

Don Angel Saavedra empezó a escribir bajo la influencia de estas ideas y de esta escuela. Los autores precedidos de estas ideas y de estas escuelas, los autores de las tragedias, y las comedias, y los autores de los griegos y de los romanos; la política de las revoluciones modernas transportada al foro de Roma, ó a las repúblicas griegas; tal era el fondo de la poesía que había cultivado: tal era el carácter distintivo de las composiciones de nuestro autor. A fines de 1813 había publicado un drama, que las ideas que le inspiraron, habiéndole llevado, pero que no son leídas hoy. Don Angel añadió un volumen más de poesías académicas, de imitaciones de Herrera ó de Petrarca, a los muchos que habían salido. Era una maceta más en el recordado jardín de la literatura imitativa y convencional, eran plantas de esta sin color propio, sin raíces en la tierra, y don Angel Saavedra, cuando parase a cultivarlas, se inclinaba al aire libre, y luego al fecundo de su propia inspiración y fantasía.

Su inclinación le arrastraba a escribir para el teatro, y en el teatro siguió la misma senda y la misma escuela literaria y filosófica. A fines del año de 1811 compuso la tragedia ATALFA, que, si no le valió como escenas, ni como descripciones, ni como estro, le valió para la censura. No era para desentender un contratiempo que podía borrar su autor propio, y dio a poco otra tragedia titulada: ALFAR, de éxito prodigioso en el teatro de Sevilla, y que obtuvo mayores aplausos y éxito más entusiasmo que otras obras posteriores del autor, trabajadas con más estudio, pensadas con más concepción y decorada, y verificadas con más corrección y estro. Siguió a estas DOÑA BLANCA, aplaudida también, aunque no tanto como la anterior. Escribió luego, aunque no dió al público, EL CIELO DE AQUÍ Y DE ALLÍ, desolada imitación del Orfeo de Alfieri, y MALA HUELGA, obra escrita con más juicio, y pensada con más filosofía. Con estas dos tragedias, y con EL CIELO DE AQUÍ Y DE ALLÍ, y con otras producciones líricas, meaos, pienso hacer en 1819 la segunda edición de sus poesías, sujetándolas para ello a la censura y corrección de D. Juan Neasca Gallego, convalido entonces en la Cartuja de Jerez, y que conociendo ya, en medio de la inercia de su primera obra, las grandes cualidades

de poeta que adornaban a D. Angel, hacía grande aprecio de sus versos y de sus talentos. Y mereciendo su idea, Noventa y dos años de alguna manera de la influencia que pesaba sobre su ingenio, que no tenía acaso las notas necesarias para elevarse a más altura que sus modelos en el campo de la imitación clásica, estamos muy dantes de creer que Saavedra lo fuera ya entonces y en aquella literatura un poeta muy distinguido, y que podía serlo más todavía. Su versificación era correcta, porque nunca lo ha sido; pero era ya suavosa, rica y armoniosa, y siempre fácil, era a veces no igualmente elevada y vigorosa. Sus producciones dramáticas pertenecían a la escuela francesa, y alguna vez se recuerda en sus escenas la lectura de Alfieri, escuelas que Gienfuegos y Quintana habían introducido, no sin gloria y sin mérito, en el teatro español, y que tanto como el talento de estos poetas, había contribuido a poner en boga el género trágico del ilustre Marmoz. Las tragedias con que había enriquecido nuestro D. Angel la escena española no eran obras maestras; pero no serenos nosotros los que juzgamos que si hubiera continuado por aquella senda, no hubiera llegado al grado de CORNELIO. Volvamos al mismo grado de perfección y de belleza que en el de Calderón y de Moreto.

Pero la edición de estas poesías no tuvo efecto hasta dos años después. Entre tanto había ocurrido la revolución política que tuvo por resultado el establecimiento de la Constitución de 1812. Italia y España en Madrid D. Angel y su familia, en el teatro español, y que tanto como el talento de estos poetas, había contribuido a poner en boga el género trágico del ilustre Marmoz. Las tragedias con que había enriquecido nuestro D. Angel la escena española no eran obras maestras; pero no serenos nosotros los que juzgamos que si hubiera continuado por aquella senda, no hubiera llegado al grado de CORNELIO. Volvamos al mismo grado de perfección y de belleza que en el de Calderón y de Moreto.

Pero la edición de estas poesías no tuvo efecto hasta dos años después. Entre tanto había ocurrido la revolución política que tuvo por resultado el establecimiento de la Constitución de 1812. Italia y España en Madrid D. Angel y su familia, en el teatro español, y que tanto como el talento de estos poetas, había contribuido a poner en boga el género trágico del ilustre Marmoz. Las tragedias con que había enriquecido nuestro D. Angel la escena española no eran obras maestras; pero no serenos nosotros los que juzgamos que si hubiera continuado por aquella senda, no hubiera llegado al grado de CORNELIO. Volvamos al mismo grado de perfección y de belleza que en el de Calderón y de Moreto.

Pero la edición de estas poesías no tuvo efecto hasta dos años después. Entre tanto había ocurrido la revolución política que tuvo por resultado el establecimiento de la Constitución de 1812. Italia y España en Madrid D. Angel y su familia, en el teatro español, y que tanto como el talento de estos poetas, había contribuido a poner en boga el género trágico del ilustre Marmoz. Las tragedias con que había enriquecido nuestro D. Angel la escena española no eran obras maestras; pero no serenos nosotros los que juzgamos que si hubiera continuado por aquella senda, no hubiera llegado al grado de CORNELIO. Volvamos al mismo grado de perfección y de belleza que en el de Calderón y de Moreto.

Don Angel Saavedra empezó a escribir bajo la influencia de estas ideas y de esta escuela. Los autores precedidos de estas ideas y de estas escuelas, los autores de las tragedias, y las comedias, y los autores de los griegos y de los romanos; la política de las revoluciones modernas transportada al foro de Roma, ó a las repúblicas griegas; tal era el fondo de la poesía que había cultivado: tal era el carácter distintivo de las composiciones de nuestro autor. A fines de 1813 había publicado un drama, que las ideas que le inspiraron, habiéndole llevado, pero que no son leídas hoy. Don Angel añadió un volumen más de poesías académicas, de imitaciones de Herrera ó de Petrarca, a los muchos que habían salido. Era una maceta más en el recordado jardín de la literatura imitativa y convencional, eran plantas de esta sin color propio, sin raíces en la tierra, y don Angel Saavedra, cuando parase a cultivarlas, se inclinaba al aire libre, y luego al fecundo de su propia inspiración y fantasía.

Su inclinación le arrastraba a escribir para el teatro, y en el teatro siguió la misma senda y la misma escuela literaria y filosófica. A fines del año de 1811 compuso la tragedia ATALFA, que, si no le valió como escenas, ni como descripciones, ni como estro, le valió para la censura. No era para desentender un contratiempo que podía borrar su autor propio, y dio a poco otra tragedia titulada: ALFAR, de éxito prodigioso en el teatro de Sevilla, y que obtuvo mayores aplausos y éxito más entusiasmo que otras obras posteriores del autor, trabajadas con más estudio, pensadas con más concepción y decorada, y verificadas con más corrección y estro. Siguió a estas DOÑA BLANCA, aplaudida también, aunque no tanto como la anterior. Escribió luego, aunque no dió al público, EL CIELO DE AQUÍ Y DE ALLÍ, desolada imitación del Orfeo de Alfieri, y MALA HUELGA, obra escrita con más juicio, y pensada con más filosofía. Con estas dos tragedias, y con EL CIELO DE AQUÍ Y DE ALLÍ, y con otras producciones líricas, meaos, pienso hacer en 1819 la segunda edición de sus poesías, sujetándolas para ello a la censura y corrección de D. Juan Neasca Gallego, convalido entonces en la Cartuja de Jerez, y que conociendo ya, en medio de la inercia de su primera obra, las grandes cualidades

(1) He aquí un soneto en que le daban los días aquel año:

Tú a quien afable concedió el destino,
Digna orfenda a tu ingenio, se le llama
Manejr del Aminta castellano
La dulce lira y el pan del diamo.

Vibrando el plectro, y afinando el lazo
Legras, Saavedra, con dulzura mano
Vencer las glorias del autor trovano
R dar las gracias del pintor de Utrano.

Legrado, y legre yo, si más melancólico
Se me muestra de la aspra fortuna
Que hoy no me deja en bland y en blando.

Tier nuevas coronas a tu frente
Ya esclarecida por tu ilustre mente,
Ya decorada del laurel de Marte.

donde acaso mas que la benignidad de la atmósfera, calmaron sus dolencias los consuelos y ternura de sus solícitos amigos, no fue entre ellos el menos tierno y cariñoso el ilustre escritor, cuya biografía le ha cabido en suerte. De sus labios mismos oyo alguna vez la interesante narracion de algunas de sus vicisitudes y desgracias, en aquellas deliciosas noches de que solo pueden formar idea los que las

hayan pasado en los encantados patios de Sevilla, entre columnas de marmol y macetas de flores, y arboles y fuentes, y en la sociedad de amigos y de hermo-sas, tan amena como aquellos jardines. Los recuerdos que de esto nos quedan van unidos á la grata memoria del Duque. Por eso quizá nos hayamos detenido alguna vez en circunstancias minuciosas, cediendo sin querer al recuerdo de nuestras

conversaciones, y repitiendo acaso las reflexiones mismas que entonces se nos ocurrían. Complacido, como el que cuenta sus propias adversidades, acaso hemos creído á veces que tendrían para todos la importancia que para nuestro corazon. La amistad puede habernos hecho prolijos: un consuelo nos queda, y es que el temor de parecer por ella parciales, nos ha hecho ser constantemente severos.



POESIAS SUeltas Y POEMAS CORTOS

ROMANCE

En una yegua tordilla,
Que atrás deja el pensamiento,
Entra en Córdoba gallardo
Atarfe el noble guerrero.

El que las moriscas lunas
Llevó glorioso á Toledo,
Y torna con mil cautivos,
Y cargado de trofeos.

Las azoteas y calles
Hierven de curioso pueblo,
Que en él fijando los ojos,
Viva, viva, está diciendo:

Las moras en los terrados
Tremolan cándidos lienzos,
Y agua de azahar dan al aire,
Y sus elogios al viento.

Y entre tan festiva pompa,
Siendo envidia de los viejos,
De las mujeres encanto,
De los jóvenes ejemplo:

A las rejas de Darája,
Darája la de ojos negros,
Que cuando miran abrasan,
Y abrasan con sólo verlos,

Humilde llega y rendido
El que triunfante y soberbio
Fué espanto de los cristianos,
Fué gloria de sarracenos.

Mas ¡ay! que las ve cerradas,
Bien distintas de otro tiempo,
En que damascos y alfombras
Las ornaron en su obsequio.

Y al mirar tales señales,
Turbado reconociendo
Que mientras ganó batallas,
Perdió el amor de su dueño:

Con gran ternura llorando
Quien mostró tan duro pecho,
Vuelve el rostro á sus cautivos,
De esta manera diciendo

« Id con Dios, que ya sois libres,
Desde aquí podeis volveros;
Y llevad vuestros despojos,
Que á quien presentar no tengo.

» Pues no es razon que conserve
De sus victorias recuerdo
Quien al tiempo de ganarlas
Perdió de Darája el pecho. »

Año 1806

ROMANCE CORTO

Luz de esta ribera,
Graciosa zagala,
Más linda que el día,
Más bella que el alba:
Tu rostro divino,
Tu risa, tu gala,
Mil pechos cautivan,
Mil cuellos enlazan.
Si asoma en Oriente,
Las sienes orladas
De cándidas rosas,
La fresca mañana;
De tu rostro copia
Las tintas de grana
Con que el cielo pinta,
Con que el prado esmalta.
Si el carro de Febo
Las cimas nevadas
Con su lumbré dora,

Con sus rayos baña;
De tu faz hermosa
Las luces no iguala.
Si Flora risueña
La veste gallarda
Desprende olorosa
Descoge lozana;
Imita tu talle,
Remeda tu gracia.
Favonio amoroso,
Que bate las alas,
Robando á las flores
Y dando á las auras
Balsámico aroma,
Tu risa retrata.
Mas ¡ah! tus ojuelos,
Tormento del alma,
¿Quién puede copiarlos,
Quién puede, zagala?

1806

CANTINELA

Febo se retiraba,
Casi espiraba el día,
Y la noche llegaba;
Su fresca lozanía
Marchitaba á la rosa,
Mustio quedaba el prado,
Y el ave sonora
Dormida y silenciosa
En el olmo acopado;
Cuando mi ninfa hermosa
Salió á la fresca vega.
Y de sus ojos bellos
A la lumbré radiante,
Y al esplendor brillante
De sus lindos cabellos,

De nuevo se desplega
La rosa ya adormida
Cobrando olor y vida:
Torna el florido prado,
Que ya estaba enlutado,
A matizar sus flores,
Y á esparcir mil olores:
Y las ya unidas aves
Dulces trinos suaves,
Cantando dulcemente,
Y vuelve de repente
A comenzarse el día:
Que al ver á mi señora
Juzgaron que venia
Nuevamente la Aurora.

1806

ROMANCE CORTO

Hermosa zagala
De Vénus envidia,
Que abrasas las almas,
Los pechos cautivas,

Y allá en Manzanares,
Graciosa y esquiva,
Encantas y alumbra
Sus frescas orillas:

Escucha mi acento,
 Permite á mi lira
 Que cante tus gracias,
 Que el alma me hechizan.
 Ya Febo esplendente
 Anuncia tu día,
 Y al orbe marchito
 Su lumbré ilumina.
 Y Flora gallarda,
 Del mundo alegría,
 Risueña en tu obsequio
 Los prados matiza.
 Y el Céfito blando
 Las flores agita,
 Y aromas esparce
 Y aromas respira.
 ¡Oh! goza felice,
 Bellísima ninfa,

Beldad y placeres,
 Amor y alegrías.
 Y mil y mil veces
 Al mundo tu día
 Renueven los ciclos,
 Con mil y mil dichas.
 En tanto que insana
 La suerte enemiga
 Sañuda conmigo
 Su furia ejercita.
 Conmigo infelice,
 Que ausencia prolaja
 De tí me separa.
 Mi bien, mi delicia.
 De tí por quien arde
 Con llamas activas
 Mi pecho, que adora
 Tu imagen divina.

18-7

SONETO

Misero leño, destrozado y roto,
 Que en la arenosa playa escarmentado
 Yaces, del marinero abandonado,
 Despojo vil del ábrego y del noto.

¡Cuánto mejor estabas en el soto,
 De aves y ramas y verdor poblado,
 Antes que envanecido y deslumbrado,
 Fueras del mundo al término remoto!

Perdiste la pomposa lozanía,
 La dulce paz de la floresta umbrosa,
 Donde burlabas los sonoros vientos:

¿Qué tu orgulloso afán se prometía?
 ¿También burlarlos en la mar furiosa?
 Hé aquí el fruto de altivos pensamientos.

18-7

ROMANCE

Hermosísima zagala,
 Cuyos ojos divinos
 Abrasan con dulce fuego
 El alma y el pecho mío:

Tus gracias son el encanto
 De un corazón que te rindo:
 Por tí vivo solamente,
 Para tí sola respiro.

Léjos de tí no reposo,
Que es ¡ay! mi mayor martirio,
No escuchar tu blando acento,
No ver tu talle pulido.

La luz del claro planeta,
Cuyo refulgente brillo
Da matices á las flores,
Verdor al bosque sombrío,

Vida al delicioso prado,
Esplendor al cristalino
Arroyuelo, gozo al mundo,
Y á las aves regocijo;

Para mí es tiniebla oscura,
Si esos tus ojuelos lindos
No me iluminan graciosos,
Con su mirar expresivo.

Las sombras en que la noche
Envuelve al orbe marchito,
Son para mí claro día,
Si ante tus plantas me miro.

Y si, oh zagala, no fuere
Verdadero mi cariño,
Maldiga Pan mis ovejas,
Maldiga mis corderillos,

Maldiga los verdes prados,
Maldiga los altos riscos,
Maldiga los frescos sotos,
Dó pasta el ganado mío.



SONETO

Gallardo alzaba la pomposa frente
Hiedras y antiguas parras tremolando,
El álamo de Alcides, despreciando
La parda nube, y trueno y rayo ardiente;

Cuando de la alta sierra de repente
Desprendido huracan bajó silbando,
Que el ancho tronco por el pié tronchando,
Lo arrebató en su rápida corriente.

Ejemplo sea del mortal, que vano
Se alza orgulloso hasta tocar la luna,
Y se juzga seguro en su altiveza:

Cuando esté más soberbio y más ufano
Vendrá un contrario soplo de fortuna
Y adios oro, poder, favor, grandeza.

AL ARMAMENTO

DE LAS

PROVINCIAS ESPAÑOLAS CONTRA LOS FRANCESES

¿A dó se encumbra con altivo vuelo
 El ronco són de mi inocente lira,
 El blando mirto de que está adornada
 Tornándose en laurel?... ¿A dónde osada
 Lleva su acento?... Elévase hasta el cielo,
 Y al impulso del númen que la inspira,
 Ya ni penas suspira,
 Ni amorosos sonidos
 Entona, ni ternezas, ni placeres,
 Ni arrullos de Citeres;
 Sino muertes y horrores y alaridos,
 Dando tal fuerza á su encumbrado aliento,
 Que cual bética trompa atruena el viento.

Pero ¿qué agitacion mi pecho siente?
 ¿Qué turbacion embarga el alma mia?...
 Ya por el ancho espacio me sublimo,
 Y en los campos etéreos el pié imprimo,
 Jamás hollados por humana gente.
 Llego á la esfera donde nace el día,
 Allí mi fantasía
 Cercano mira al cielo;
 Y cual neblí, que hasta la parda nube
 Veloz y altivo sube
 Con presuroso arrebatado vuelo,
 Así atrevida mi soberbia planta
 A los rojos celajes se adelanta.

Entre las rotas nubes estoy viendo
 El suelo hispano y su gallarda gente
 En fiera llama arder, y miro á Marte
 Enarbolar feroz el estandarte,
 Y escucho de su carro el sordo estruendo,
 Y en la rueda gemir el eje ardiente.
 La cuadríga ferviente
 Se agita, y corre y suda. Ya las fieras
 Escuadras alzan bético alarido;
 Al hórrido sonido
 Despléganse pendones y banderas,
 Y ensordecen del aire las regiones
 El tambor y clarín con roncós sonos.

¿Cómo trocarse de repente pudo
 El inerte sufrir en que yacias,
 Oh dulce patria, el hondo abatimiento,
 En tan glorioso y bético ardimiento?
 ¿Cómo triunfar pudiste del sañudo
 Destino, que ofuscó tus claros días?
 ¡Ah! Las alevosías
 De pérfidos tiranos
 Despiertan y dan temple á las naciones.
 Al fin los corazones
 Se cansan de gemir, cobran las manos
 Fuerza entre las cadenas y el despecho
 Da arrojo y furia al ofendido pecho.

Sí, Galia; sí, tu horrenda tiranía,
 Tu alevé trato y pérfidas traiciones
 Sacaron á la opresa y triste España
 Del hondo sueño. Tiembla de su saña,
 Tiembla. No importa que tu furia impía
 Arda en innumerables escuadrones;
 No importa que aprisiones
 Con astucia inelmente
 Sus príncipes; no importa que furiosa
 En Mantua congojosa
 Abras de sangre cálida un torrente,
 Pues tu crueldad produce patriotismo,
 Virtudes, libertad y alto heroísmo.

¡Venganza! dice el animoso viento
 En las cavernas cóncavas zumbando,
 ¡Venganza! dicen las bramantes olas
 Al azotar las playas españolas.
 ¡Venganza! dice el alto firmamento
 Horrisonas tormentas agitando.
 Venganza contra el bando
 De los Galos traidores,
 Que escondiendo el puñal entre la oliva,
 Con furia y saña altiva
 De amigos se tornaron opresores,
 Volviendo alevemente sus abrazos
 En férreos grillos y en traidores lazos.

Al ronco són de guerra y de venganza
 El Turia, el Bétis, el Guadiana, el Duero,
 Y el Segura, y el Ebro levantando
 Las frentes, y á sus hijos convocando
 Para empuñar la vengadora lanza.
 Llenan de mudo asombro el orbe entero.
 Al estruendo guerrero,
 Del Cid los sucesores
 Cubren el cuerpo de luciente malla,
 Y en horrenda batalla
 Renuevan el valor de sus mayores;
 Y grita el pueblo Astur, y por la sierra
 Retumba el eco de venganza y guerra.

Cuerpos armados y armaduras brota
 El espacioso campo de Castilla:
 Las tumbas de los héroes se estremecen:
 En Sagunto y Numancia resplandecen
 Los españoles de la edad remota,
 Y lumbré celestial en ellos brilla.
 Los hijos de Sevilla
 Sobre la invicta espada
 Del gran Fernando, horror del agareno,
 De constancia y honor henchido el seno,
 Juran vengar la patria profanada;
 Y recuerda su arrojo y alta gloria
 De Alfonso y de las Navas la memoria.

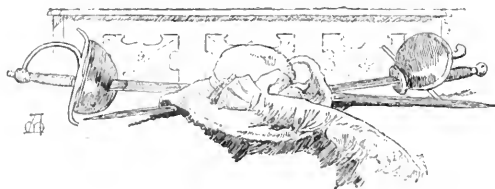
Salve, fuerte Aragon.... Oh fiel Sansueña:
 Alza hasta el cielo la almenada frente;
 Gloria inmortal tendrás. Tus torreones
 Burlarán los feroces escuadrones,
 Como el hervor del mar la inmensa peña.
 Y el Ebro ufano en su veloz corriente
 Gozoso arrastrará la altiva gente

Que envanecida y fiera
 Intente derrocar tu poderío:
 Pues el desnudo y brio
 De tus heroicos hijos por do quiera
 Muerte y espanto sembrará en las haces,
 Y ahuyentará las águilas audaces.

Como al impulso del furioso viento
 Desparece la espiga ya tostada,
 Envuelta en remolino polvoroso,
 Así la hueste del francés doloso
 Se abate y desaparece en un momento,
 Del ardor español arrebatada.
 Y huye desalentada,
 Y es vana la carrera
 Del bélico animal, y el reverbero
 Del morrión guerrero,
 Y de la cota refulgente y fiera,
 Que al valor de la Hespéria se ha humillado
 El potro, y la coraza, y el soldado.

Hoy correis, españoles, á la gloria,
 Y brillará de vuestro honor la llama,
 Ejemplo siendo al orbe, y mudo espanto.
 De San Quintin, Pavía y Camposanto
 Se reproduce la feliz memoria.
 Se reverdece la triunfante rama;
 Y logrando la fama
 Que alcanzan los varones,
 Que de la esclavitud y abatimiento
 A fuerza de ardimiento,
 Y de sangre, libertan las naciones;
 En eterno padron que al tiempo asombre
 Vivirá siempre vuestro heroico nombre.

En un campamento, 1808.



A LA VICTORIA DE BAILEN

Horrendas huestes la fragosa cumbre
 Oprimen de los montes Marianos,
 Y bajan hácia el Bétis orgullosas.
 Del carro apolinar la viva lumbre
 Envuelta en negro polvo se oscurece.
 La tierra se estremece,
 Y retumban las cumbres, y los llanos,
 Y las selvas umbrosas
 Al clamor de la trompa resonante,
 Al ronco estruendo de las armas fieras,
 Al bélico alarido,
 Y al crujir los arneses de diamante.
 Poblado de pendones y banderas
 Arde el aire en relinchos encendido,
 Y deslumbran y pasan á lo léjos
 De los bruñidos cascos los reflejos.

¿Quiénes son los belígeros varones?
 ¿Quiénes son, y dó van? ¿Cuál es su intento?
 ¿Qué buscan estas bárbaras legiones?
 ¿Son acaso los hijos de la tierra,
 Que otra vez mueven guerra
 Al cielo con sacrilego ardimiento?
 Ya se acercan, ya llegan presurosas
 Y dejan de la sierra la agria frente
 Inundando las vegas silenciosas,
 Cual rápido torrente.
 Ya se ven sus enseñas sanguinosas,
 Y sobre ellas el águila altanera
 Tiende las alas con audacia fiera.

¡Ay, que son los feroces asesinos,
 Que el Carpetano suelo
 Sembraron inhumanos
 De llanto y luto, de orfandad y duelo!
 Vedlos, vedlos ufanos
 De su negra traicion alarde haciendo,
 Tintas de sangre cálida las manos,
 Venir estas campiñas destruyendo.
 Y su adalid, que osado
 Busca nuevas naciones
 Que envolver en pesados eslabones,
 De matanzas y horrores no saciado,
 Del Bétis huella el llano delicioso,
 A su corriente audaz se precipita,

Y las huestes indómitas agita,
 Y extendiendo los ojos codiciosos
 «¿Dó está, exclama, de Hespéria el poderio?
 Presa hoy toda será del brazo mío.»

Pero ¿qué sordo estruendo se levanta
 En la imperial Sevilla y su contorno?...
 Huye, infeliz, con voladora planta;
 Escucha el rauda viento
 De belísono són henchido en torno.
 ¡Ay, que tu aleve intento y furia loca,
 Y tu altivez provoca
 Al supremo Hacedor, al Dios, que dueño
 De los orbes de luz, si vuelve airada
 La excelsa frente tórnanse á la nada!

Ya levanta la diestra omnipotente,
 Y aprieta el rayo ardiente,
 Y agita las sonoras tempestades
 El silboso huracan. De su venganza
 Con la temible lanza
 Arma contra tu orgullo de la España
 Al ángel tutelar, que la blanda
 Con inmortal poder, con justa saña
 Y con celeste ardor; y recorriendo
 Montes y valles, bosques y llanuras,
 Va á sus hijos llamando á la pelea.
 Y se tornan las rejas en espadas,
 Y lanzas brota el suelo, resonando
 Su voz por la espaciosa Andalucía,
 Hierve en valientes haces denodadas,
 Contra tí y tus guerreros conjuradas.

El noble monstruo, que abortó el tridente,
 Relinchando ardoroso,
 El grave peso siente
 Del gallardo español, que esgrime osado
 El acero lustroso,
 De virtud, de valor, de enojo armado.
 Ya llegan en tu busca, Dupont fiero,
 Las fuerzas españolas
 Al campo de Bailén, y en los pendones,
 Que abatieron del bárbaro agareno
 Las blancas lunas y enrespadas colas,
 Tremolan los castillos y leones.

Guerra en el monte, en la llanura hay guerra,
 Y guerra por dó quier: desde la frente
 De la enriscada sierra
 Hasta el mar de occidente,
 Que azota el alto muro gaditano,
 La lívida Belona
 Con sangriento clarín guerra pregoná.
 ¿Y aún osas resistir?... En vano, en vano
 Ordenas tus horrendos escuadrones,
 Y animas la cuadríga resonante
 De tu carro fatal. Si las regiones
 Que el Mosa, el Rhin, el Vístula y Danubio
 Riegan, de tu señor besan la planta,
 Y gimen con oprobio en servidumbre,
 De Hespéria á los valientes campeones
 Tu poder colosal no les espanta.
 Y con radiante lumbré
 La antorcha del valor arde en sus pechos,
 Y dejarán deshechos
 Los eslabones de la vil cadena,
 Que el tirano que al mundo dicta leyes
 Desde el esclavo Sena,
 Y abate tronos, y cautiva reyes,
 Quiere imponer á España osadamente,
 Con negra astucia y con armada gente.

¡Ay, cuánto de congoja y mudo espanto
 Reina ya entre tus bárbaros guerreros,
 Oh Galia injusta, al ver el poderío,
 El denuedo y el brio
 De los varones ínclitos iberos!

Vuela fogoso el andaluz caballo,
 Y el jinete revuelve la cuchilla
 Tus tímidas escuadras arrollando.
 El vaciado metal aborta el rayo,
 Y muertes lanza, y tu soberbia humilla
 La atmósfera purísima atronando.
 Los espumosos hórridos torrentes,
 Que de las altas cumbres se derrumban
 Arrastran las corazas refulgentes,
 Y tronchados aceros
 De tus soldados fieros.
 Crece el horrible estrago,
 Tristes ayes retumban,
 Y de francesa sangre un grande lago
 Son de Bailén los campos, ya cubiertos
 De rotas armas, y guerreros muertos.

Tuyo es el triunfo, España, patria mia,
 Y de tus hijos el laurel sagrado.
 Venció tu valentía
 Y tu justo furor; y ya no es dado
 Al francés resistir, que sin aliento
 Con débil llanto sus mejillas moja,
 La espada inútil humillado arroja,
 Y tórnase su orgullo en vil lamento.
 Victoria suena el viento,
 Y victoria repiten los collados,
 Y victoria los bosques destrozados,
 Y el raudo Bétis grita
 Victoria, y en el mar se precipita.

1808





ROMANCE

Con once heridas mortales,
Hecha pedazos la espada,
El caballo sin aliento,
Y perdida la batalla,

Manchado de sangre y polvo,
En noche oscura y nublada,
En Antigola vencido,
Y deshecha mi esperanza,

Casi en brazos de la muerte
El laso potro aguijaba
Sobre cadáveres yertos,
Y armaduras destrozadas.

Y por una oculta senda
Que el cielo me deparara,
Entre sustos y congojas,
Llegar logré á Villacañas.

La hermosísima Filena,
De mi desastre apiadada,
Me ofreció su hogar, su lecho
Y consuelo á mis desgracias.

Registróme las heridas,
Y con manos delicadas

Me limpió el polvo y la sangre,
Que en negro raudal manaban.

Curábame las heridas
Y mayores me las daba,
Curábame las del cuerpo,
Me las causaba en el alma.

Yo, no pudiendo sufrir
El fuego en que me abrasaba,
Díjele: Hermosa Filena,
Basta de curarme, basta.

Más crueles son tus ojos,
Que las polonesas lanzas;
Ellas hirieron mi cuerpo,
Y ellos el alma me abrasan.

Tuve contra Marte aliento
En las sangrientas batallas,
Y contra el rapaz Cupido
El aliento ahora me falta.

Deja esa cura, Filena:
Déjala, que más me agravas;
Deja la cura del cuerpo,
Atiende á curarme el alma.

En el hospital de Baza, 1800.

ROMANCE

Entre verdes olivares
Y deliciosos verjeles
Bétis grave y caudaloso
Se desliza mansanamente,

Despues de besar la planta
De los muros cordobeses,
Decoro de Andalucía,
Y antiguo alcázar de reyes.

En su orilla venturosa,
Al tiempo que el sol luciente
Da lugar á las tinieblas,
Y en el mar de Atlante muere,

Celinda, ausente y llorosa,
Mira al cielo, se enternece,
Mira á las flores, suspira,
Mira al agua, y perlas vierte;

Y al contemplar en el río,
Sollozando muchas veces,
Abre sus divinos labios,
Y de este modo hablar suele:

Id, aguas puras,
Id á Sevilla,
Buscad en ella
Mi amor y vida.
Mirad que ausente
No hallo alegría.

Decid á Silvio
Que torne aprisa,
Decid que siempre
Me veis la misma,
Firme, constante,
Tierna, sencilla.
Decid que torne
Por su Celinda
Pronto, si hallarla
Quisiere viva.
Id, aguas puras,
Id á Sevilla,
Buscad en ella
Mi amor y vida.

Esto, Celinda graciosa,
Repetía muchas veces,
Dando luz á los peñascos,
Y á las arboledas verdes.

Y en una ocasion el río,
Murmurando, como suele,
Con las menudas arenas,
Respondiéndola de esta suerte:

¿Cómo quieres que apresure,
Díme, hermosa, mi corriente;
Si me paran tus ojos,
Y tus gracias me detienen?

129

SONETO

Ojos divinos, luz del alma mia,
Por la primera vez os ví enojados;
¡Y ántes viera los Cielos desplomados,
O abierta ante mis piés la tierra fría!

Tened ¡ay! compasion de la agonía
En que están mis sentidos sepultados,
Al veros centellantes é indignados
Mirarme, ardiendo con fiera impía.

¡Ay! perdonad si os agravié, perderos
Temí tal vez, y con mi ruego y llanto
Más que obligaros conseguí ofenderos:

Tened, tened piedad de mi quebranto,
Que si tornais á fulminarme fieros
Me hundireis en los reinos del espanto. 1212

AL CONDE DE NOROÑA

¡Oh Conde! pues tu lira
Unida al són de tu divino acento,
Calma del mar la ira,
Y el soplo agitador del raudal viento,
Y pasma del tonante
La enrojecida diestra fulminante;

¿Por qué tu voz sagrada,
Que con divino ardor y alta grandeza
Entonó entusiasmada
La discordia levanta su cabeza
Cuando te oyó Castilla,
Y retumbó la octava maravilla:

Por qué el horrible estruendo
No canta de Mavorte, y su pujanza,
Y el silbido tremendo
De la robusta y tembladora lanza,
Y el són estrepitoso
De su carro sangriento y polvoroso?

Y cual Belona fiera
Aguija la cuadríga resonante,
Y gime en la carrera,
Y suda y cruje el eje rechinante,
Hollando sus rodadas
Cuerpos sangrientos, armas destrozadas?

Suelta otra vez al viento
La viva lumbre que tu pecho encierra.
Y suba al firmamento,
Y asombre y pame la sangrienta tierra.
Y tu acento resuene,
Y el orbe todo de tu ardor se llene.

Y entre sangre y horrores
La gloria ensalza del valiente ibero,
Y mil y mil loores
Al ronco són del atambor guerrero
Canta á la noble saña,
Que esclarece los términos de España.

Y este nombre sagrado
Llévalo por do quier, desde el oriente
En púrpura bañado,
Hasta do esconde el sol su clara frente,
Y de uno al otro polo
Resuene el nombre de la España solo.

Alto asunto á tu canto
Las glorias de Sansueña y de Gerona
Te ofrecen, con espanto
De los que baña el Sena y el Garona;
Que contra su arrogancia
Ven renacer los héroes de Numancia.

Canta de Talavera
Y de Bailén los triunfos y victorias,
Que allí la Galia fiera
Vió marchitarse su laurel y glorias.
Y dí el denuedo y brio
Del albionés, azote del impío.

¡Oh! si me fuera dado
El númen que en tu pecho se derrama,
Y el ardor desusado
Con que tu heroica cítara se inflama,
¡Cuál de la patria mía
Las hazañas y triunfos cantaría!

Mas ¡ay! que intento en vano
Cantar las iras del fogoso Marte,
Que con sangrienta mano
Va tremolando el hórrido estandarte;
Porque mi ebúrnea lira
Encantos del amor sólo suspira.

Aunque á la guerra dura
Tengo mi edad florida dedicada,
Y lleno de bravura
Tal vez empuño la tajante espada,
Y con brazo membrudo
Vibro la lanza y el doblado escudo;

Y revolviendo el freno
Del monstruo altivo, que abortó el tridente,
De sangre y polvo lleno,
Me ha visto el sol ardiente
Hollar la muerte fiera
Del aurífero Tajo en la ribera:

No es duro el pecho mío,
Ni se aplice con sangre, luto y llanto,
Ni con el són impío
De la trompa, que infunde horror y espanto;
Que sólo sus delicias
Son de Vénus los gozos y caricias.

Dióme naturaleza
Sensible corazón, pecho amoroso,
Y con dulce terneza
De Citeréa el fuego delicioso
Me prohíbe que cante
El ardor de Belona fulminante.

La inocente voz mía
Sólo sabe cantar tiernos amores,
Y la pura alegría

De los risueños campos y las flores,
Y fiestas pastoriles,
Y los gratos cuidados juveniles.

Pero tú, egregio Conde,
A quien Apolo la sagrada frente
Entre laurel esconde,
Canta los hechos de la hispana gente;
Triunfará del olvido
De tu pecho y tu cítara el sonido.

1812

SONETO



El oponer mi pecho no me asusta
Del preñado metal al ronco estruendo,
Que entre dudosa lumbre y humo horrendo
El golpe lanza de la parca injusta.

No me amedrenta, no, la faz adusta
Del duro cautiverio, ni estar viendo
Las encrespadas olas combatiendo
El corvo lado de mi frágil fusta.

No temo de la nube bramadora
El rudo trueno, y rayo relumbroso,
Que vibra la alta diestra vengadora:

Sólo me deja yerto y temeroso
El ver al dueño á quien mi pecho adora
Siempre enojado, siempre desdenoso.

1810

A AMIRA

Hondo mar espumoso,
Que de la luna la argentada planta
A besar presuroso
Subes, con ronco hervor que al orbe espanta,
Combatiendo tus olas
Las extendidas costas españolas:

No agites más tu seno
Al influjo del carro de Lucina,
Cuando de plata lleno
A tus inestables límites se inclina,
Ni obedezcas sañudo
El fiero enojo del invierno crudo.

De hoy más sólo obedece
A los ojos de Amira enardecidos,
A ella sola le ofrece
De tu seno los dones escogidos,
Y según quiera Amira
Muéstrate en calma, ó muéstrate con ira.

Si la ves enojada
Al punto hinchado y proceloso y fiero
Forma espuma salada,
Brama ferviente, rómpete altanero,
Y estas peñas azota,
Y con ellas airada te alborota.

Y por darle venganza
Une tus ondas con el rauda viento,
Sobre el polo te lanza,
Apaga el sol, combate el firmamento,
Y el orbe se estremezca,
Y que vuelva á la nada le parezca.

Mas si sus ojos bellos
Están en calma dulce y placentera,
Mira y contempla en ellos
El alma ilustre, que su ardor modera,
Y domado y sujeto
Ten á estas playas de Hércules respeto.

Y claro y cristalino
Sirve de espejo de su rostro amable,
Y su encanto divino
Siente en tu seno turbio y alterable,
Y al punto te esclarece,
Y á la luz de sus ojos resplandece.

Y con manso ruido
Sube por esta orilla afortunada,
Hasta llegar rendido
A la planta de Amira delicada,
Y presenta á sus ojos
Corales y esmeraldas por despojos.

Y esta ribera amena
Al rojo despuntar del claro día
Deja de conchas llena,

De caracoles y de espuma fría,
Y de menuda plata,
Que mil veces la luz en sí retrata.

Sí, ronco mar undoso,
Sólo en tí tenga influjo y eficacia
El semblante amoroso
De Amira encantadora, cuya gracia
Y beldad peregrina
Estas dichosas costas ilumina.

Así gritó Nercó,
Los marinos caballos agitando,
El piélago Eritréo
En su carro de nácares sulcando,
Al verte, oh bella Amira,
Por quien tanto amor arde y suspira.

Cádiz, 1812

SONETO

Viene en pos del invierno perezoso,
La hermosa primavera y bella Flora,
Que el prado esmalta y el vergel colora,
Bañando el aura en bálsamo oloroso.

En pos de oscura noche, el luminoso
Resplandor viene de la blanca Aurora,
Que la alta cumbre de los montes dora,
Rasgando el negro manto tenebroso.

Después de la borrasca embravecida
Sosiega el mar la plácida bonanza,
Y al nauta torna la quietud perdida.

Todo infeliz algun consuelo alcanza:
Sólo yo ¡ay triste! acabaré mi vida,
Sin gozar tan dulcísima esperanza.

1812

CANTILENA

Por un alegre prado
De flores esmaltado,
Y de una clara fuente
Con la dulce corriente
De aljófares regado;
Mi dueño idolatrado
Iba cogiendo flores,
Más bella y más lozana
Que ninfa de Diana.
Los risueños amores
En torno la cercaban,
Y en su falda jugaban.

Y en tanto que ella hermosa
Ora un clavel cogía,
Ora una linda rosa,
Ora un tierno jacinto;
Más flores producía
Aquel fresco recinto
Orgullosa y ufana:
Pues al punto otras tantas,
Como tronchó la mano
De mi dueño tirano,
Brotaron á sus plantas.

1812

SONETOS

Lleno el pecho de orgullo y ufanía
Mis gloriosas hazañas contemplaba.
Cicatrices aún frescas ostentaba,
Y soberbios despojos oprimía.

Las lides do me hallara recorría,
Los que venció mi brazo numeraba.
Mi acero vencedor me recreaba,
Y con loca arrogancia así decía:

¿Quién podrá, más que yo, que he combatido
Con tan fieras naciones?... Duro acero
Es ya mi corazón, nunca rendido.

Oyólo Amor, el rostro placentero
De Lesbia me mostró, quedé vencido.
Y lloro esclavo, y á sus plantas muero.

Oh amiga noche, oh noche deliciosa,
Dulce madre del sueño regalado:
Tu manto de diamantes tachonado
Descoge por el aura vagarosa.

Esparce tu cabello silenciosa
De beleño balsámico empapado,
Y descienda Titón al mar sagrado,
Que su fulgente luz me es enojosa.

Su lumbré anhele con cansado empeño
El que la vida de los vientos fia,
O el que sigue de Marte el torvo ceño:

Que á mí no puede serme grato el día,
Pues sólo de las gracias de mi dueño
Gozo á favor de tu tiniebla fría.



EL PASO HONROSO

POEMA

CANTO PRIMERO

Canto el amor, la noble gentileza
Del valiente y gallardo caballero,
Que cautivo se vió de una belleza
Armada siempre de rigor severo:
Y que para rendir tanta esquiviza,
Dando muestra de amante y de guerrero,
En Orbigo triunfando, eterna fama
Logró y el premio de su honesta llama.

II

Dios de Amatunte, númen poderoso,
Que en la diestra enojada del tonante
Logras helar el rayo rigoroso,
Que dió castigo á Encélado arrogante:
Pues inspiraste el hecho valeroso
Que hoy el destino quiere que yo cante,
Mi pecho inflama, dame aliento y brio,
Y al tiempo venza el rudo canto mio.

III

Y tú, divina Lésbia, á quien adora
Mi ardiente pecho, que por tí suspira,
Concédeme tu gracia encantadora,
Y oye mi acento que á agradarte aspira.

Da tu auxilio á mi voz, hazla sonora,
Templa las cuerdas de mi ebúrnea lira,
Y el triunfo y las hazañas de un amante
Hoy me permite que en tu obsequio cante.

IV

El rey don Juan segundo de Castilla
En Medina del Campo, en su palacio,
Y en un salon en donde el arte brilla
Y adorna en torno su anchuroso espacio,
Bajo rico dosel, en régia silla
De púrpura y marfil, de oro y topacio,
Acompañado de su corte estaba,
Y una lucida fiesta celebraba.

V

De una señaladísima victoria
Que contra los pendones africanos,
Cobrando nombre eterno y alta gloria,
Ganaron los valientes castellanos,
Celebrábase acaso la memoria
Por el rey, por el pueblo y cortesanos:
Y en el salon con gala y alegría,
Música y danza y gran concurso habia.

VI

Cuando el són de una ronca trompa oyeron,
Y en pos de cuatro heraldos en la sala
Diez armados guerreros entrar vieron,
Que Marte en majestad no les iguala.
Los instrumentos luego enmudecieron
Al ver lorigas en lugar de gala.
Y el rey atento y todos admirados
Fijan los ojos en los diez armados.

VII

Uno de ellos, que el jefe parecía
Y de los otros nueve iba delante,
A todos excediendo en gallardía,
Aún más resplandeciente que el diamante.
Una argolla de hierro descubría,
Que enlazaba su cuello, y con talante
Gentil alzó del yelmo la visera,
Y al concurso mostró la faz guerrera.

VIII

Dejóse ver don Suero de Quiñones,
Valiente, afable, ilustre caballero,
Conocido por ínclitas acciones,
Y por ser en las lides el primero;
De esclarecidos timbres y blasones,
Tan tierno amante como buen guerrero,
Y en su gallardo aspecto y compostura
Pareció más que humana su figura.

IX

Cinco lustros apenas contaría
El juvenil guerrero ya famoso,
Y en su lozana faz resplandecía
Ansia de gloria, espíritu hazañoso.
Ostentando su noble bizarría,
En medio del concurso numeroso,
Mirando al rey que lo escuchaba atento,
Así le habló con mesurado acento,

X

«Monarca de Leon y de Castilla,
Egégio rey, esclarecido Marte,
A cuyo nombre pálido se humilla
El que ostenta la luna en su estandarte,
Y dobla el orbe todo la rodilla,
Sin atreverse á más que á respetarte:
Dígnate de escuchar mi suerte triste,
Y de hacerme feliz, que en tí consiste.

XI

«Cual es en todo el mundo voz y fama
Tengo, señor, rendido el pecho mío
A una soberbia desdeñosa dama,
Que paga mis amores con desvío:
Mi corazon con su desden se inflama,
Está á sus piés humilde mi albedrío;
Y miéntras más ingrata y más esquivia,
Más y más me encadena y me cautiva.

XII

«Por servirla, en la guerra de Granada,
Como sabeis, señor, lidié desnudo
El brazo diestro, que la noble espada
Manejar de este modo mejor pudo:
Allí en obsequio de mi ingrata amada
Hendí el turbante y destrocé el escudo
De Aljarfe Abhen-Habuz, y allí mi lanza
Humilló su denuedo y su pujanza.

XIII

«Ni esta hazaña, gran rey, ni otras acciones
Que en honra suya y gloria del Estado
Ejecuté, siguiendo tus pendones
Con duro pecho y brazo no cansado,
Ni mi constante amor ni mis razones
Trastornar pueden mi siniestro hado;
Pues mi bella enemiga tiene el pecho
De helada nieve y duro mármol hecho.

XIV

«Viendo mi esfuerzo y mi constancia vana,
Me declaré de su beldad cautivo,
Y ella más insensible, más tirana,
Aumentó su rigor y ceño esquivo;
Y como mi absoluta soberana
Con esta argolla en ademan altivo
Ciñó mi cuello, y me mandó que fuese
Su esclavo, y como tal que la sirviese.

XV

«Cuatro veces despues la selva umbrosa
Se vió de flores y verdor cubierta,
Y otras tantas la escarcha rigorosa
Mustió el prado dejó, la fuente yerta;
Y siempre hallé á mi dama desdeñosa,
Firme mi amor y mi esperanza muerta;
Y al verme de este modo aprisionado,
Mi libertad por fin he concertado.

XVI

»Hoy mi señora exige nuevamente
 Por rescate del hierro que me enlaza,
 Y por lograr su amor, si es que inclemente
 El destino mi dicha no embaraza,
 Que mis hazañas y mi fama aumente,
 A su vista rompiendo en ancha plaza,
 Por espacio de treinta días enteros,
 Lanzas con los más bravos caballeros.

XVII

»Razon es, oh monarca esclarecido,
 Que el cautivo concierte su rescate,
 Y que el amante que tan firme ha sido,
 De coronar sus pensamientos trate.
 Para justar vuestro permiso pido,
 Y que campo me deis para el combate,
 Que yo con estos nueve hidalgos quiero
 La liza mantener el mes entero.

XVIII

»Ellos tambien igual licencia piden;
 Todos son mis amigos y parientes;
 Sólo para ayudarme aquí residen
 Con duros brazos y ánimos valientes;
 Con su honra siempre las empresas miden;
 Darán asombro á las extrañas gentes,
 Y gloria á vos, señor, que estos vasallos
 Sólo vos digno sois de gobernallos.»

XIX

Dijo, y todo el concurso fija atento
 En él los ojos, y cual sorda suena
 Al blando soplo de apacible viento
 La verde pompa de la selva amena,
 Se oye rumor confuso en un momento,
 Que del estrado en derredor resuena,
 Por la soberbia y rica cuadra cunde,
 Y al arteson dorado se difunde.

XX

El excelso monarca aficionado
 A tanto amor y tanta gallardía,
 Quedó un rato suspenso y admirado
 Dudando si el permiso le daría;
 Y consultando el caso no esperado
 Con los hombres de cuenta que allí había,
 Con don Alvar de Luna y don Manrique,
 Y con el almirante don Fadrique;

XXI

Dió afable su real consentimiento
 A aquellos esforzados campeones,
 Y desde su dosel y régio asiento
 Contestó de este modo á sus razones:
 «Digno de un pecho noble es vuestro intento,
 Valeroso don Suero de Quiñones,
 Yo os permito justar en mis estados
 Con vuestros nueve deudos esforzados.

XXII

»Príncipes convidad y caballeros,
 Campo elegid y publicad carteles,
 Y vengan españoles y extranjeros
 A aumentar vuestros triunfos y laureles.
 Poned las condiciones y los fueros,
 Nombrad á la estacada jueces fieles,
 Y vuestro amor á un tiempo y el rescate
 Lograd, pues son los premios del combate.»

XXIII

Entonce el caballero agradecido
 Acata al rey con humildosa muestra,
 Y dice: «Oh gran monarca esclarecido,
 Si tanto os interesa la honra nuestra,
 Sólo una nueva gracia humilde os pido,
 Y es que vos presidáis en la palestra;
 Pues estando, señor, á vuestra vista
 No habrá poder que al nuestro se resista.

XXIV

»El campo elijo cerca de la puente
 Que de Orbigo da paso al claro río,
 Entre Astorga y Leon; allí valiente
 Reto á todos y aplazo el desafío,
 Por ser el paso de la extraña gente
 Que viene á vuestro reino y señorío
 A visitar al gran patron de España,
 En cuyo nombre emprenderé mi hazaña.

XXV

»Sólo pongo, señor, por condiciones,
 Que todos los valientes caballeros
 Que á libertarme vengan de prisiones,
 Y á demostrar sus ánimos guerreros,
 Tres lanzas romperán, sin más acciones,
 Conmigo ó con mis bravos compañeros;
 Teniendo que salir de la estacada
 A la tercera lanza quebrantada.

XXVI

»Si hay alguna que cause grave herida,
O en tierra caballero derribare,
Dejará la carrera por cumplida,
Sin que nadie otra cosa demandare.
El que pierda caballo en la corrida,
O alguna pieza del arnés quebrare,
Caballos hallará por mí aprestados,
Y completos arneses acerados.

XXVII

»Si por la puente dó la justa nuestra
Se mantiene pasare alguna dama,
Y no lleva quien salga á la palestra
A combatir por ella y por su fama;
El blanco guante de la mano diestra
Dejará en mi poder, si es que no inflama
A algun guerrero que presente fuere,
Y por ella y el guante combatiere.

XXVIII

»Para jueces del campo aquí nombrados
Dejo á Pedro de Barba y Gomez Arias,
Ambos por altos hechos afamados,
Y conocidos por acciones varias:
En prudencia y saber son consumados
Y hechos á decidir armas contrarias:
Por lo tanto, á su fallo ha de ajustarse
El que quiera en la tela señalarse.

XXIX

»Quince soles sin falta ántes del día
Del gran patron y apóstol de la España,
Y otros quince despues, mi compañía
Mantendrá con sus armas la campaña.
Y agora, alto señor, la intencion mia
Y la convocatoria de esta hazaña
Publicaré por las naciones fieles,
Llevando estos heraldos mis carteles.»

XXX

Aprobó el rey don Juan las condiciones,
Y luego los clarines resonaron,
Y los diez famosísimos varones
Al monarca la mano le besaron.
Los instrumentos con alegres sonos
El hazñoso intento celebraron,
Y con los reyes de armas que trajeron
Don Suero y sus valientes se volvieron.

XXXI

Siguió el sarao, la danza y alegría,
Y aquel grave concurso alborozado
Ansiando llegue de la justa el día,
Por ver triunfar al noble enamorado.
Todos aplauden su alta bizarría,
Y no hubo dama alguna en el estrado
Que á doña Luz la esquivá no envidiase
La suerte de que Suero la obsequiase.

XXXII

Unas alaban el amor constante
Del firme y valeroso caballero,
Otras mil le quisieran por amante,
Y todas hablan sólo de don Suero:
Cuál rendida celebra su semblante,
Cuál su valor y su ánimo guerrero,
Y no hay quien por feliz y venturosa
No tenga á doña Luz la desdenosa.

XXXIII

Por una gran llanura dilatada
Que la famosa Astorga señorea,
Y con verdosa grama entapizada,
Y con pomposas hayas se hermosea;
De Orbigo la corriente sosegada
Entre flores y sauces serpentea,
Cubierta de frondosos matorrales,
Espadañas y espesos carrizales.

XXXIV

Entre Astorga y Leon una anchurosa
Y antigua puente oprime las arenas,
Divide la corriente sonora,
Y enlaza las dos márgenes amenas.
Y á su lado una selva deliciosa
Do los rayos del sol entran apénas,
Alza pomposa la gallarda frente,
Que agita grave el apacible ambiente.

XXXV

De las ninfas bellísimas del río
Es grato albergue, y plácido recreo
Do los pastores en el seco estío
Huyen los rayos del ardor Febéo;
Y aún penden de algun tronco alto y sombrío
Rotas armas en forma de trofeo
De pasados encuentros, y olvidados
Yacen viejos arneses destrozados.

XXXVI

En esta selva y sitio delicioso
El esforzado Suero de Quiñones,
Elige campo para el paso honroso
Con sus nueve esforzados campeones.
Y manda levantar un suntuoso
Palenque, con tablados y balcones
Para teatro de la accion valiente
Y para asiento á la curiosa gente.

XXXVII

Cubierto el bosque está y el campo lleno
De afanadora gente: quién trabaja
En nivelar el desigual terreno,
Quién el circo anchuroso en torno ataja,
Quién de troncos despoja el soto ameno,
Quién los pilares con primor encaja,
Quién con vistosas telas y follajes
Adorna los soberbios balconajes.

XXXVIII

El són del hacha, el golpe del martillo,
El tráfago, el bullicio y el estruendo
Ahuyentan de la selva al pajarillo,
Aquella soledad poblada viendo:
Y los faunos y ninfas al oïllo
Ver profanada su mansion temiendo,
Aquellos en las grutas se ocultaron,
Y estas en los cristales se lanzaron.

XXXIX

Miéntras todo se apresta y se compone,
Publican por los reinos extranjeros
Los heraldos las fiestas que dispone
Quiñones con sus bravos caballeros.
No hay pueblo donde ya no se pregone
El cartel de la justa, y los guerreros
De todas las naciones se apresuran,
Y probarse en la lid todos procuran.

XL

¡Cuánta gala, riqueza y ataujía,
Cuántos caballos, tarjas y armaduras,
Cuánta empresa, penacho y armería,
Cuántos arneses, telas, bordaduras,
Cuánto jaez de seda y pedrería,
Cuántos motes, esmaltes y pinturas
En todas las naciones dispusieron
Así que los carteles recibieron!

XLI

No para los olímpicos famosos
Donde Neron mostró su vil destreza,
Ni para los circenses suntuosos
En que ostentaba Roma su grandeza,
Ni en los juegos de armas que hazañosos
Por lucir su denuedo y gentileza
Carlomagno y los suyos celebraron,
Tanta riqueza y gala se juntaron.

XLII

Ya la dulce risueña primavera
Daba lugar al caluroso estío,
Tostada se mostraba la pradera
Y más escaso de caudal el río:
La fiesta se acercaba, y placentera
La gente á presenciar el desafío
En número infinito concurría,
Ansiando ver el señalado día.

XLIII

El soberbio palenque descollaba
De Orbigo dominando la ancha puente,
Y una gran plaza en torno rodeaba
Con gradas en el orden competente.
Cuatro grandes balcones levantaba
Al Norte, al Sur, á Oriente y á Occidente,
Con barandas, alfombras y florones,
Y de ormesí bordados pabellones.

XLIV

Ya el campo estaba lleno de alegría,
De pajes, de caballos, de escuderos,
De damas bellas como el claro día,
De príncipes y armados caballeros.
El plazo de la justa se cumplía,
Y ya aprestan la malla y los aceros
Los nueve con el ínclito Quiñones,
Ensayando los lances y ocasiones.

XLV

A la primera luz del sol siguiente
Todo dispuesto y preparado estaba,
Y don Suero en su dama tiernamente
Con amoroso afán siempre pensaba:
Y lejos del bullicio impertinente
Su desden y dureza lamentaba,
Vagando solo por el bosque umbrío
Sobre la orilla del sereno río.

XLVI

Era la estiva y perezosa siesta,
Y del fulgente sol los resplandores
Marchitada dejaban y traspuesta
La lozana belleza de las flores;
Y sólo respetaban la floresta
Donde Suero pensaba en sus amores,
Donde de sus ensayos descansaba,
Y á la siguiente lucha se aprestaba.

XLVII

De un álamo á la sombra deliciosa,
Sobre las flores y la fresca grama,
Oyendo la corriente sonora
Que entre flexibles juncias se derrama,
Anhelando empezar su justa honrosa
Para ablandar su endurecida dama,
Estaba el gran don Suero reclinado.
De varios pensamientos contrastado.

XLVIII

El murmullo del agua fugitiva,
El dulce són de las pintadas aves,
La hora de siesta, la calor estiva,
Y la fragancia de las flores suaves,
Y el gran cansancio de la pena esquiva,
Y el duro peso de las armas graves,
Dieron al caballero breve sueño,
Guardado por el céfiro halagüeño.

XLIX

Y á la par que el reposo regalado
Por sus gallardos miembros se extendía,
Suspensos los sentidos, sin cuidado
Volaba su fogosa fantasía:
É imaginó escuchar un acordado
Són, que en torno con célica armonía
Del silencioso bosque resonaba,
Y algun grave portento presagiaba.

L

Creyó ver lentamente suspenderse
De Orbigo la corriente sosegada,
Con nueva luz el aire enrojecerse,
Aclararse la selva enmarañada,
Los juncos y espadañas conmovirse,
Cobrar vida la orilla engalanada,
Y entre la juncia el agua cristalina
Levantarse con forma peregrina.

LI

Poco á poco los plácidos raudales
Se alzaban en columnas trasparentes,
Sobre argentados ricos pedestales
Adornados de conchas diferentes.
Subiendo por el aire los cristales
Eran ya capiteles refulgentes,
Y sobre las columnas con presura
Se tornan en soberbia arquitectura.

LII

Una cúpula excelsa y atrevida
Forman ciñendo el anchuroso espacio,
De hielos y mariscos guarnecida,
Y cerrando un riquísimo palacio:
Cornisas y arquitrabes de bruñida
Plata con los florones de topacio
Ostenta, y guarnecidos de corales
Los atrevidos arcos laterales.

LIII

Las puertas de marfil son fabricadas
Con estrellas de acero y con follajes,
Sobre robustos pernos sustentadas,
Y adornadas de perlas y balajes;
De refulgentes broncees trabajadas
Las verjas y volados barandajes,
Y de limpia esmeralda el pavimento
Que sirve á la gran máquina de asiento.

LIV

Admira tan grandiosa arquitectura
Don Suero, y tanto brillo y régio adorno,
Cuando temblando el soto y la llanura
Brilla con nueva luz aquel contorno:
De música celeste la dulzura
Se aumenta, y más distinta suena en torno,
Y de ninfas un coro se aparece
Y á sus plantas el suelo reflorece.

LV

Cintas de perlas, áureos ceñidores
Los juveniles pechos enlazaban,
Frescas guirnaldas de fragantes flores
Las frentes placenteras coronaban:
Y de las bellas formas los primores
Túnicas sutilísimas guardaban,
Dejando el albo pié desenlazado
Para triscar por el verdoso prado.

LVI

Cantan mil himnos, tocan instrumentos,
Y gallardas bellísimas y esquivas,
Ligeras más que los delgados vientos,
Danzan y juegan ledas y festivas.
Esparce sus dulcísimos acentos
El ala de las auras fugitivas,
A cuyo són asida de las manos
Aparece una turba de Silvanos.

LVII

Formaron con las ninfas grato coro,
Y bailes y dulcísima armonía,
Y alternan voces con cantar sonoro
De métrica cadencia y melodía:
Cuando un Triton con las escamas de oro
En el atrio del templo aparecía,
Y dando aliento al caracol torcido
Los vientos atronó con su sonido.

LVIII

Al bronco són los coros enmudecen,
Y las ebúrneas relumbrantes puertas
Sobre los recios goznes se estremecen.
Y con ronco estridor quedan abiertas:
Del templo las estancias resplandecen
De piedras preciosísimas cubiertas,
Y en medio un alto trono se levanta
Do el arte á la materia se adelanta.

LIX

En dos fulgentes urnas reclinada
Del rio la deidad majestuosa
Se muestra en él de juncias coronada,
Con apacible faz respetuosa:
En la siniestra mano recostada,
Gira en torno la vista poderosa,
Y al ver el coro á su señor presente
Las rodillas inclinan y la frente.

LX

Un rato, del cabello luengo y cano
Y de la blanca barba sacudiendo
Menudas perlas con la diestra mano,
Estuvo los perfumes recibiendo:
Y diligente un rústico Silvano
Una alfombra riquísima tendiendo,
Bajó por ella el sacro Dios y dijo
Al coro que le adora inmóvil y fijo:

LXI

«De este bosque sagrado y escondido
Y de mi rica orilla habitadores,
El convocaros á mi corte ha sido
Para calmar los sustos y temores
Que en vuestros sacros pechos han nacido
Al mirar esos troncos vívidores,
Con quien en vano el viento combatía,
Humillar su pomposa lozanía.

LXII

»No juzgueis que sacrílegos mortales
Pretenden profanar vuestra morada,
Ni perturbar mis plácidos cristales,
Ni oprimir mi corriente sosegada:
Descansad pues, oh séres inmortales,
Nunca mi gloria ví más afianzada,
Y esas gentes que veis, á darnos nombre
Vienen, y fama que á Saturno asombre.

LXIII

»Mañana apenas el risueño Oriente
Con rosado matiz anuncie el día,
Admirareis un jóven eminente
Singular en amor y en valentía:
Treinta veces del sol el carro ardiente
Alumbrará su noble bizarria,
Y lo verá por fin triunfar dichoso
De un guerrero atrevido y orgulloso.

LXIV

»La resonante trompa de la fama
Su nombre librárá de torpe olvido,
Después que rinda á la severa dama
A cuyos piés há tiempo está rendido:
Ella su pecho y corazón inflama,
Y por ella esta hazaña ha discurrido...
La rendirá, y en premio de su brio
Será su esposo y cesará el desvío.

LXV

»De esta preciosa union, lustre de España,
Saldrá una descendencia esclarecida,
Terror del Agareno en la campaña
Y de Marte y de Temis protegida:
En cuanto el sol alumbrará y el mar baña
Respetada será, será temida:
Que á manejar la pluma y noble espada
La tienen ya los hados destinada.

LXVI

»Y un tiempo llegará que en su ribera
Mire nacer el Bétis caudaloso
Un descendiente de esta union primera,
Que á Marte seguirá con pecho honroso:
Y entre el estruendo de Belona fiera,
Le dará Apolo el plectro sonoro,
Para que en alto metro y graves sónes
Haga eterna la hazaña de Quiñones.»

LXVII

Cesó el númen: y así que el nombre oyeron
Las ninfas entonaron expresivas
Himnos, que los silvanos repitieron
Con dulce acento y con sonoros vivas:
Nuevas fiestas y obsequios dispusieron
En danzas concertadas y festivas...
Mas don Suero de gozo se estremece,
Despierta y la vision desaparece.

LXVIII

Atónito la vista en torno gira
Silencioso, pasmado y aturdido,
Y la corriente sosegada mira
Cual siempre caminar con manso ruido.

Vuelve á mirar confuso y más se admira,
Y entre esperanza y dudas confundido
No sabe qué pensar de aquel ensueño,
Agüero favorable de su empeño.

LXX

Recorre nuevamente las razones
Que del labio del númen ha escuchado,
Prometiéndole triunfos y blasones,
Y que será su amor recompensado:
Y al recordar que ofrece á sus acciones
Eterna fama y nombre no olvidado,
Alentado y ufano y satisfecho
Inflama más y más su heróico pecho.

LXX

Y notando que el sol su lumbre pura
En los mares de Ocaso sumergia
Enlutando los montes y llanura
Y dando paso á la tiniebla fría;
Se retiró del soto con presura
A buscar su gallarda compañía,
Y á dar reposo al ánimo valiente
Para empezar la justa al sol siguiente.





CANTO SEGUNDO

De cándidos jazmines coronada
En Oriente brilló la ansiada Aurora,
Resuena en la floresta la alborada
Con dulce melodía encantadora:
La muchedumbre inmensa alborozada
Al ver llegar la deseada hora,
El perezoso sueño desechando,
El espacioso circo va ocupando.

II

Sonoras trompas, dulces instrumentos,
Huecos timbales, roncós tamborinos
Plácidos hinchén los delgados vientos,
Retumbando en los montes convecinos.
El són bélico cunde por momentos,
Apréstanse caballos y padrinos;
Ya se abre la estacada y presurosos
Cabalgan los guerreros valerosos.

III

Febo inmortal desde su carro ardiente
De viva lumbre y majestad vestido,
Los puros resplandores de su frente
Derrama por el ámbito extendido:

Enciende los confines del Oriente,
Y á presenciar el hecho esclarecido
Con nuevo brillo sale y aparece,
Y grande más que nunca resplandece.

IV

Bajo rico dosel en régia silla
El monarca don Juan acompañado
De altos señores majestuoso brilla,
Presidiendo el palenque levantado.
Al claro condestable de Castilla
Y á otros hombres de cuenta tiene al lado,
Y cercano del rey está dispuesto
A los jueces del campo ilustre puesto.

V

En el otro balcón que lindas flores
Le dan adorno, en ricas almohadas
Con bordadura, flúeos y labores
De perlas y oro ardiente recamadas,
Las damas de los diez mantenedores
De sus dueñas están acompañadas,
Cubiertas de hermosura y pedrería,
Y respirando amores y alegría.

VI

Y de la suerte que en verjel ó prado
Entre una y otra flor pintada y bella
El matiz de la rosa nacarado
Al rojo amanecer brilla y descuella,
Del aljófar del Alba rociado,
Y á todas vence la hermosura de ella;
Así en medio de tanta ilustre dama
Álzase la que á Suero el pecho inflama.

VII

Más que la rozagante Aurora hermosa
La ingrata y bella doña Luz estaba;
En sus mejillas de jazmin y rosa
La fresca y linda juventud brillaba.
Eran perlas su boca deliciosa
Donde el amor gozoso se ocultaba,
Y el albo pecho y cuello torneado
De nieve candidísima formado.

VIII

Arpones de Cupido eran sus ojos,
Y en la alta frente blanca como el día
El cabello negrísimo en manojes
Con broches de diamantes suspendía:
Blanco vestido con follados rojos
De vellorí brocado y pedrería,
Y un rico ceñidor de oro labrado
Ostentaba en el talle delicado.

IX

¿Tal gallardía, tanta gentileza
Qué humano corazón no encadenara?
¿A quién tan alta y singular belleza
Con amoroso fuego no abrasara?
¿Qué pecho, quebrantada su dureza,
Al ver aquellos ojos no temblara?
¿Quién aquel talle y faz graciosa y bella
Pudiera ver, sin palpar por ella?

X

Sólo yo, Lesbía mía, sosegado
La viera, porque á tí rendido adoro,
Y fuera doña Luz puesta á tu lado
La plata comparada con el oro.
Perdona si encarezco en el traslado
De su beldad y gracias el tesoro;
Que á ella la pinto, pero tengo hecho
Tu retrato bellísimo en mi pecho.

XI

Ocupa en torno la curiosa gente
Terrados, graderías, balconajes,
Todos muestran el ánimo impaciente
Por ver salir los bravos personajes:
Suenan un ronco murmurio sordamente,
Brillan mil vistosísimos ropajes,
Todos esperan ya la seña, cuando
Mandan los jueces pregonar el bando.

XII

Publícase, y al punto se enarbola
La insignia de don Suero de Quiñones,
Y por el viento plácido tremola
Su estandarte con timbres y blasones.
En sus tiendas el peto, yelmo y gola
Se ciñen los fortísimos varones,
Requieren los caballos y la espada,
Y se aprestan á entrar en la estacada.

XIII

Divinas ninfas del Castalio coro:
Dadme favor, engrandeced mi canto,
Dad nuevo aliento á mi clarín sonoro,
Y ponga al tiempo volador espanto.
Miradme gratas, vuestra luz imploro,
Conceded á mi pecho el fuego santo,
Inspiradme los hechos esforzados
De los diez caballeros afamados.

XIV

Suena el clarín, retumba el vago viento,
Enmudece el concurso numeroso,
Y cuatro reyes de armas al momento
Entraron en el circo polvoroso:
Blancos potros con rico paramento
Y vestido de púrpura costoso
Llevan, y en los riquísimos broqueles
De Quiñones los ínclitos cuarteles.

XV

En pos de los heraldos, tañedores
De púrpura vestidos y brocado,
Con cintas y plumajes de colores
Entraron en el circo alborozado,
Tocando dulces flautas y atambores
Con alto són alegre y concertado,
Y diez palafreneros les seguían
Que de mano diez potros conducían.

XVI

Y luego en la estacada se aparece
De ricos-homes y altos personajes
Don Suero acompañado, y respandece
Seguido de escuderos y de pajes:
Confusa gritaría al cielo crece,
Cunde por los dorados barandajes
Y el concurso al mirar su gallardía,
¡Viva! mil veces, ¡viva! repetía.

XVII

De un potro cordobés azabachado,
Con un lucero en la espaciosa frente,
Rige el freno de plata salpicado,
Que temple y doma su rigor ferviente:
Lleva terciada sobre el diestro lado
La ponderosa lanza, y el fulgente
Peto, que el noble pecho le rodea,
Ofusca el brillo de la luz febéa.

XVIII

Ligera adarga en el siniestro brazo
Con adornos de esmalte guarnecida
Maneja con gentil desembarazo.
Sin que las riendas gobernar le impida:
Pendiente en medio de un gracioso lazo
Por cuerpo de su empresa está esculpida
Una argolla de hierro, y un lebrero
Que dice así: *Librarne de ella quiero.*

XIX

La vencedora fulminante espada,
Terror y espanto del altivo moro,
Al lado izquierdo ostenta colocada
En el rico tahalí bordado de oro.
Sobre el alto crestón de la celada,
Que es de piedras preciosas un tesoro,
De plumas blancas el penacho ondea,
Do Favonio se mece y se recrea.

XX

En pos del claro Suero de Quiñones
Brillan sus nueve bravos caballeros,
Sobre negros aligeros bridones,
Ceñidos de fortísimos aceros:
En los altos fulgentes morriones
Llevan blancos penachos y plumeros,
Y en todo á la del jefe semejante
Lanza, empresa, y adarga rutilante.

XXI

'Son los nueve: Alvar Gomez el osado,
Lopez Zúñiga, Diego Benavides,
Sancho de Ravanal afortunado,
Diego Bazán acostumbrado á lides,
Gomez de Villacorta gran soldado,
Pero de Nava en fuerzas nuevo Alcides,
Lope de Aller, y el joven Pero Ríos
Feliz en sus empresas y amoríos.

XXII

Por séquito llevaban veinte pajes
Con escudos de timbres y blasones,
Ornados de riquísimos ropajes,
Y oprimiendo hermosísimos bridones,
Que moviendo garzotas y plumajes
Arrastran rapacejos y borlones
De paramentos de ormesi bordados,
Con cifras y cuarteles recamados.

XXIII

Y cerrando la grave comitiva
Entra en el circo un carro primoroso,
Que en ruedas vistosísimas estriba
Con exquisito adorno artificioso:
Un enano gobierna desde arriba
El tiro de caballos animoso,
Y es su carga de yelmos y de arneses,
Lanzas de guerra, tarjas y paveses.

XXIV

Luego que con alardes y escarceos
Este acompañamiento hizo la entrada,
Después de dar en orden tres paseos
En torno recorriendo la estacada;
Entre aplausos y gratos victoreos,
Despejó la comparsa engalanada,
Y los nueve también se retiraron,
Y al caudillo la plaza le dejaron.

XXV

¡Amor, tirano amor! ¡Cuán misterioso
Es el impulso de tu aguda flecha!
En vano el corazón más cauteloso
Huye tu fuego y tu poder desecha:
El pecho más altivo y desdeñoso
Si tu arco corvo y tu rigor le acecha,
Al fin rendido por su rey te aclama
Y alienta sólo tu tremenda llama.

XXVI

Ya, oh Lesbía mía, del amor el fuego
 Empieza á arder en doña Luz la altiva
 Y siente un interior desasosiego
 Que su desden altísimo derriba.
 Y ya á tanta constancia y tanto ruego
 Siente ceder su condicion esquivo,
 Y mirando á don Suero palidece
 Y admira su cariño y lo agradece.

XXVII

El que pretenda ser correspondido
 Logrando quebrantar una altiveza,
 Siga el objeto á quien esté rendido
 Con anhelo constante y con firmeza,
 Y en mirando su afán agradecido
 Tenga por cierto que su dicha empieza;
 Que de agradecimiento amor se viste
 Y vence el pecho así que le resiste.

XXVIII

Sólo en la tela el inclito don Suero
 Hirió el ijar del potro belicoso,
 Que obedeciendo al acicate fiero
 Bufó, se enarmonó, partió furioso:
 Detúvose de pronto el caballero
 A la mitad del circo polvoroso
 Y apoyado en su lanza inquieto espera
 Quien probarse en la lid primero quiera.

XXIX

Cuando por la otra puerta entró atrevido
 Un caballero ricamente armado,
 El arnés con labores esculpido
 Y de piedras preciosas adornado:
 El soberbio crestón de oro bruñado
 Lleva con plumas jaldes coronado,
 Y una lanza gruesísima blandía
 Con denodado esfuerzo y gallardía.

XXX

Era alemán, Arnaldo se llamaba,
 De la selva bermeja caballero,
 Y con jaldes adornos manejaba
 Un tostado alazán fuerte y ligero.
 En el siniestro brazo levantaba
 Ancho escudo, y en él por timbre fiero
 De siempre-viva una florida rama,
 Y este gallardo mote: *Así mi fama.*

XXXI

Partido el sol, están los justadores
 Frente á frente, y el pueblo numeroso
 Admira los vislumbres y labores
 Del uno y otro arnés esplendoroso:
 Ansiando que los bélicos clamores
 Den la señal del choque peligroso;
 Y doña Luz la espera cuidadosa,
 Y pálida tal vez la faz hermosa.

XXXII

Suena el clarín, y en ristre la arandela
 Y la tarjeta en alto levantada
 Tiñen de sangre la estrellada espuela,
 Y arrancan con presteza arrebatada:
 Uno y otro bridon furioso vuela,
 La tierra gime, tiembla la estacada,
 Y con tan recio golpe se encontraron
 Que á un tiempo entrambas lanzas quebrantaron.

XXXIII

Toman otras más gruesas y fornidas,
 Revuelven animosos, y don Suero
 Afloja diestro las tirantes bridas
 En busca del germano caballero;
 Este también las riendas extendidas
 Sale á encontrallo en ademán ligero,
 Y Quiñones con garbo y gran pujanza
 En su gorjal rompió la dura lanza.

XXXIV

Rotas ya tres, según las condiciones,
 El extendido circo despejaron,
 Y dando aplauso á entrambos campeones
 Balconajes y gradas resonaron.
 Y otros dos valentísimos varones
 En la palestra con denuedo entraron;
 Siendo uno de ellos Ravanal dichoso,
 Que sale á mantener el paso honroso.

XXXV

Era el conquistador Pero Zapata,
 De Aragón caballero, que un tordillo
 Oprime audaz, y muestra de escarlata
 El paramento con riqueza y brillo.
 Sobre el alto crestón de blanca plata
 Lleva un penacho rojo y amarillo,
 Y en la adarga un volcán pintado había,
 Y *Ved mi pecho*, el rótulo decía.

XXXVI

Tomando campo al uno y otro lado
Hizo señal la trompa: valeroso
Ravanal con el cuerpo soslayado
Encontró al de Aragon firme y brioso:
Con su lanza el escudo le ha pasado,
Abollándole el peto poderoso;
Y sin romper las picas revolviéron,
Y con nuevo furor se acometieron.

XXXVII

Zapata á Ravanal en la cimera
Dió un atrevido bote con su lanza,
Y el pomposo penacho le echó fuera
Con gran destreza y singular pujanza.
Ravanal que se vió de tal manera,
Ardiendo en vivo fuego de venganza
Al de Aragon cargó con saña altiva,
Y del arzon lo saca y lo derriba.

XXXVIII

Luégo al punto los jueces decidieron
Cumplida la carrera, aunque furiosos
Volver de nuevo al lance pretendieron
Ambos á dos guerreros orgullosos:
Pero que obedecer la ley tuvieron,
Y al ver que el sol sus rayos luminosos
En el remoto ocaso recogía,
Cesó la justa hasta el siguiente día.

XXXIX

Para más diversion y mayor fiesta
Músicas y banquetes se ordenaron,
Iluminando el circo y la floresta
Y las horas en danza se pasaron:
Hasta que en no aprendida dulce orquesta
Las aves á la aurora saludaron,
Que otra vez empezó la justa honrada,
Y se ocupó de nuevo la estacada.

XL

Salió por defensor del paso honroso
Diego Bazan ansioso de batalla,
Y por conquistador entró animoso
Liñan cubierto de luciente malla.
Un cervuno revuelto muy brioso
Con duro freno rige y avasalla,
Y lleva verde y oscuro el equipaje,
Y verdes los adornos y el plumaje.

XLI

Un áncora rompida en el escudo
Pintó por cuerpo de su triste empresa;
Por mote, *Mi esperanza*; y con forzado
Brazo blandía un asta dura y gruesa.
En cuanto oyó el clarín partió sañudo,
También Bazan arranca á toda prisa;
Se encuentran, y ambos firmes en las sillas
Pasan hechas sus lanzas mil astillas.

XLII

Toman otras al punto, y atrevidos,
Lleno de sangre el bárbaro acicate,
Se encuentran nuevamente enardecidos,
Ansiosos de acabar aquel combate.
Rompiéronse las tarjas, y ofendidos
De que á la par la suerte los maltrate,
A un tiempo en ristre ponen la arandela
Y arriman al bridon la roja espuela.

XLIII

Bazan, alta la punta de la lanza,
Abolló de Liñan el alto almete.
Liñan sin aturdirse, con pujanza
La punta por las placas le entremete.
Sepáranse de nuevo, y en venganza
Ardiendo cada cual fiero acomete,
Y al batir el ijar Liñan altivo
Rompió una acion y se le fué el estribo.

XLIV

De este modo acabada la carrera,
Alvar Gomez ocupa la estacada,
Y por conquistador entra de afuera
El bravo don Gutierre de Quijada.
Su arnés resplandeciente reverbera
Como un lucero; lleva engalanada
Con plumas varias que lozana mueve
Una yegua más blanca que la nieve.

XLV

Una fénix, volando renacida
De en medio de la hoguera, ha colocado
Sobre la tarja de oro guarnecida,
Y este mote discreto y apropiado:
La llama que me abrasa me da vida.
Y ostentando en la cuja al diestro lado
Alta fornida lanza, inquieto espera
El ronco són de la trompeta fiera.

XLVI

Sonó por fin, y cada cual encaja
La pica en ristre, pone contra el pecho
El ancho escudo, y con la punta baja
A buscar al contrario va derecho.
Alza la yegua polvorosa braja,
Y un ardiente volcan su dueño hecho
A Alvar Gomez encuentra en una greba,
Y el muslo le desarma y se le lleva.

XLVII

Alvar Gomez al punto ardiendo en ira
Vuelve otra vez en contra de Quijada,
Que aunque el cuerpo soslaya y lo retira
Recibe sobre el yelmo la lanzada.
Aturdido del golpe atrás se tira,
Deja la brida casi abandonada,
Y la yegua, espantada y recelosa,
Se empina y bufa, y bota temerosa.

XLVIII

En sí vuelve Quijada, y de la suerte
Que hollada sierpe por villana planta
El cuello enhiesta amenazando muerte,
De pronto del letargo se levanta,
La brida coge, aprieta el asta fuerte
Y sobre los estribos se adelanta:
Gomez le espera firmes las rodillas,
Y ambas lanzas volaron en astillas.

XLIX

No pudieron justar más largo rato:
Dejaron la estacada, y vino á ella
Lope de Aller, de Marte fiel retrato,
Luciendo su armadura limpia y bella.
Y con gran pompa, gala y aparato
Aún más resplandeciente que la estrella,
A conquistar entró Feire de Adrada,
Con una tersa cota bien templada.

L

Fatiga los ijares de un castaño
Obediente á la brida y á la espuela,
Con paramento de purpúreo paño
Bordado de menuda lantejuela.
En la cimera por adorno extraño
Una enerespada crin ondulosa vuela:
Su empresa es una fresca hermosa caña
Y el mote: *Frágil, y á la vista engaña.*

LI

Ya el sol con tibia luz desde Occidente
En los bruñidos petos reflejaba,
Cuando el són de la trompa de repente
Del fiero acometer la seña daba.
Uno y otro guerrero el potro ardiente
Aflige, y la tarjeta levantaba;
Se encuentran, y con fuerte pecho y brazos
Hacen saltar las lanzas en pedazos.

LII

Y otras nuevas tambien rompidas fueron
Al último crepúsculo del día,
Y los dos justadores mantuvieron
Su excelsa fama y alta nombradía.
Las armas con la luz se concluyeron,
Pues ya la sombra de la noche fría
Lenta saliendo de su fresca gruta
Monte, prado, ribera y bosque enluta.

LIII

Y entónces los ilustres justadores
Visten brocado, y quítanse la malla,
Y olvidando los bélicos furores,
Y el horrendo rencor de la batalla,
En taburetes de tejidas flores
Y en ricas mesas de pulida talla,
Disfrutan del banquete, donde brilla
La flor de la nobleza de Castilla.

LIV

Y al són del arpa y del laud en tanto
Algun cantor con entusiasmo entona,
En grave metro y en sonoro canto,
Los hechos de que España se blasona:
Las hazañas que al mundo dan espanto,
Y que del norte á la abrasada zona,
Y del ocaso al apartado Oriente
La gloria ilustran de la hispana gente.

LV

Sonó allí el nombre excelso de Pelayo,
Mantenedor de la cristiana lumbré:
Y el de Rui Diaz, el que en vil desmayo
Hundió de Agar la fiera muchedumbre:
Y el de aquel jóven, fulminante rayo
Del francés orgulloso, que en la cumbre
Del Pirene vengó el honor de España,
Eternizando el timbre de Saldaña.

LVI

También, oh docto esclarecido Mena,
Honor del Bétis, de mi patria gloria,
Al són del arpa allí tu voz resuena

Cantando hazañas de la hispana historia:
Ya el gran saber del infeliz Villena,
Ya del conde de Niebla la memoria,
Ya dejando de Marte los horrores
Dulces placeres, plácidos amores.





CANTO TERCERO

La fresca aurora con fulgor divino
El Oriente esclarece, preparando
Al sol radiante el eternal camino
Rosas en él y perlas derramando:
Y á su matiz y aspecto peregrino
El sueño huye de la luz temblando;
Suenan las trompas, y al combate llaman,
Y los pechos magnánimos inflaman.

II

A mantener audaz el noble paso
Villacorta salió, soldado fuerte,
Largo en hazñaas, en hablar escaso,
Y de moros azote, horror y muerte.
Demostró su destreza en este caso,
Y tres lanzas rompió con buena suerte
Con el aragonés Francisco Faces,
Terror tambien de las moriscas haces.

III

Benavides despues su gentileza
Mostró dentro del circo y estacada,
Quebrantando tres lanzas con destreza
En su competidor Jofre Cabada.

Y Zúñiga tambien su alta nobleza
Probó, y dejó su fama acreditada,
Justando con el bravo Juan de Soto,
Que salió sin brazal y el yelmo roto.

IV

Y á sostener la liza entró gallardo,
Pero Nava el valiente y el forzado;
Conduce su corcel á paso tardo,
Y es trasunto del sol su limpio escudo.
Cuando con paramento rojo y pardo,
En un caballo altísimo y membrudo,
Bayo, con cabos negros y brioso,
Salió á la lid Abreó el jactancioso.

V

Era de Portugal, de ánimo fiero,
De dura condición, feroz semblante,
Diestro en el manejar lanza y acero,
De proporción y miembros de gigante:
Turbulento, indomable y altanero,
Atrevido, insolente, amenazante;
Despreciador de ajena valentía,
Y lleno de soberbia altanería.

VI

Fuertes armas ostenta el orgulloso,
Y en lugar de penacho en la cimera
El fiero cráneo y parda piel de un oso,
A quien muerte tal vez él mismo diera.
De un refinado fresno alto y nudoso
Su gruesa lanza fabricada era:
Y un águila en la tarja pintó al vivo,
Y este soberbio mote: *Aún más altivo*.

VII

Los senos de la tierra retemblaron
De jinete y caballo al duro peso,
Y los espectadores recelaron
Disgusto grave de fatal suceso.
De su feroz aspecto se turbaron,
Viendo que á Nava lleva tanto exceso:
Mientras este tranquilo gloria nueva
Espera muy gozoso de esta prueba.

VIII

Sonó el clarín, y silbadora flecha
Del arco corvo y de robusta mano
No parte más veloz y más derecha
Que Nava contra el fiero lusitano.
Este también con cólera deshecha
Rompe el ijar del pisador lozano:
Se estremece el concurso al ronco estruendo,
Y el polvo va la luz oscureciendo.

IX

Nava firme y seguro en los arzones
Sobre el estribo diestro se suspende;
Alza el escudo, bate los talones,
Y entrambas bridas al caballo extiende:
Y librando su peso en las acciones,
Sobre el peto enemigo el asta tiende,
Llegando con tal ímpetu á encontrallo
Que derribó al jinete y al caballo.

X

Del modo que en el agria y alta frente
De Moncayo se mueve y desencaja
Al golpe atronador del rayo ardiente
Peñasco inmensurable, se desgaja,
Y por la falda al valle de repente
Haciendo estrago con estruendo baja;
Así á impulso de Nava en presto vuelo
Jayan, lanza y caballo vino al suelo.

XI

De Orbigo retemblaron las riberas
Al grave golpe y són de la armadura,
Retumbaron las grutas de las fieras,
Y resonó el estruendo en la llanura:
Todos con alto aplauso y lisonjeras
Palmadas celebraban la ventura
Del gran Nava, que ufano y satisfecho
Con gallarda altivez le late el pecho.

XII

El portugués, corrido y de ira ciego,
Levantarse procura, y rebramando
Lanza por boca y ojos vivo fuego,
La abollada visera deslazando.
Sus parciales y amigos corren luego,
Y en descompuesto són el grito alzando
A Nava insultan con audacia fiera,
Pidiendo que no valga la carrera.

XIII

Imprudentes á todos desafían,
Y ardiendo en ira anhelan la venganza.
Unos la ardiente espada requerían,
Otros aprestan la nervuda lanza.
De Nava los parientes acudían,
Crece la confusion, ya no hay templanza,
Cunde de la discordia el vivo fuego,
Y no se escucha la razón ni el ruego.

XIV

El monarca irritado al punto ordena
Que éntre á calmar los ánimos don Suero:
La trompeta real á bando suena,
Y entra en la plaza el noble caballero.
A su mando la turba se serena,
Y al ver su rostro y su ademán severo,
Y al escuchar del rey el nombre augusto
Bajan las armas, cálmase el disgusto.

XV

Como cuando en Océano espumoso
El uno y otro desatado viento
Cubre el cielo de luto tenebroso,
Removiendo del mar el hondo asiento:
Si alza la faz Neptuno poderoso
Agitando el tridente, en el momento
Cálmase el huracán, las nubes huyen,
Y las hinchadas ondas se destruyen.

XVI

El discreto don Suero de Quiñones
 Por dejar todo bando apaciguado,
 Recuerda las juradas condiciones
 Y torna el circo á su primer estado.
 Y Abréo nuevamente los arzones
 Ocupando vencido y despechado,
 Acompañado de su gente osada
 Confuso se salió de la estacada.

XVII

Entró en ella el gallardo Pero Rios,
 Que el blando bozo le apuntaba apénas....
 ...¿Por qué, tierno doncel, en desafíos
 Tus delicados brazos hoy estrenas?
 Si sólo entre placeres y amoríos,
 Y en las batallas del amor serenas
 Tienes tu blando pecho ejercitado,
 ¿Por qué, dí, te presentas hoy armado?

XVIII

Tú, feliz en amor, con mil canciones
 Al suave triste són de la vihuela
 Arrastras femeniles corazones,
 Y por su ardor el tuyo se desvela.
 ¿Por qué entras hoy en lid con los varones,
 Y así ensangrientas la redonda espuela?...
 Pero ¡ah! que eres gallardo, y noble, y mozo,
 Y las armas te causan alborozo.

XIX

Ufano la estacada recorriendo,
 Mirando á los balcones y á las gradas,
 Las altas plumas del crestón meciendo,
 Con ricas armas de oro salpicadas,
 Mil almas juveniles va rindiendo
 Por su lozano garbo conquistadas;
 Y su dama, turbada y cuidadosa,
 Ya lo mira risueña, ya celosa.

XX

Cuando por otro lado á paso lento,
 En un morello hermoso y enlutado
 Con negro y amarillo paramento,
 Colores del crestón empenachado,
 Entró mostrando duelo y sentimiento,
 Ceñido de un arnés empavonado,
 El desgraciado Lope de Ferrara,
 A quien una gran pena acongojara.

XXI

Rendido amaba á la infeliz Estrella,
 Del reino esclarecido valenciano
 Gallarda y discretísima doncella,
 Que iba á premiarle con su hermosa mano.
 Mas ¡ay! que estando en sus jardines ella
 Sola y cerca del mar ¡hado tirano!
 Unos corsarios bárbaros surgieron,
 Robáronla atrevidos, y partieron.

XXII

Él desde entónce en llanto sumergido
 De triste negro luto se vestía,
 Que el cautiverio de su bien perdido
 En dolor abismado le traía.
 De negro lleva su broquel bruñido,
 Y en medio dél de empresa le servía,
 Por mote, *Mi ventura*, y esmaltada
 Una rosa marchita y deshojada.

XXIII

Corrió tres lanzas con el tierno Rios,
 Que aunque no ejercitado en esta prueba
 Su misma ilustre cuna le da brios,
 Y por escudo la fortuna lleva.
 Si ántes era famoso en amoríos,
 Hoy por armas adquiere fama nueva,
 Y llevando mil almas cautivadas
 Deja el circo entre aplausos y palmadas.

XXIV

El claro sol los rayos de su frente
 Ostentaba en zenit enrojecido,
 Cuando el pesado caluroso ambiente
 Una trompa agitó con su sonido:
 Y entró en el circo apresuradamente
 El faraute Guarín, y dirigido
 A los jueces, teniendo al vulgo atento,
 Les dijo de este modo en alto acento:

XXV

«Sabed, oh jueces, que en el paso ha entrado,
 Sin que venga con ella caballero,
 Una hermosa señora, que á su lado
 Un paje trae no más y un escudero.
 La condicion prescrita le he avisado,
 Y dando azote al palafren ligero
 Detrás de mí se acerca á la estacada,
 A entregáros la prenda señalada.»

XXVI

Y en el momento fué la tela abierta,
Y suspenso el concurso numeroso
Esperaba que entrara por la puerta
La dama, que ha llegado al paso honroso.
Y de un velo blanquísimo cubierta,
Y vestida de luto, en un brioso
Palafren con riquísimos jaeces
Llega por fin delante de los jueces.

XXVII

Llevaba en pos vestido de amarillo
Con franjas, afollados y lazadas,
Sobre un lozano potro, un pajecillo
Adornado con plumas encarnadas.
Y en un fogoso pisador morcillo
Con las crines en plata entrelazadas,
Un escudero, por decoro, anciano
De lengua barba y de cabello cano.

XXVIII

Los suaves sonoros instrumentos
Con armónico són la saludaron,
Dando solaz á los delgados vientos,
Que en torno mansamente resonaron.
Y los espectadores muy atentos
A la dama los ojos asestaron,
Y ella llegó á los jueces y alzó el velo,
Y descubrió por rostro un claro cielo.

XXIX

La fresca juventud bella y lozana
En su lindo semblante relucía,
Y sus mejillas cual de nieve y grana
Con púdico rubor enrojecía.
Más bella que aparece á la mañana
La clara luz con que comienza el día
Muestra su frente, y sus hermosos ojos
Pueden al mismo amor causar enojos.

XXX

En alta y dulce voz aunque turbada,
Bajando entrambos soles con mesura,
Saludando al Monarca recatada,
Así dijo con noble compostura:
«Oh jueces de este campo y estacada,
Doña Leonor de Castro, sin ventura,
Sola y viuda, es la que veis delante,
Y que os entrega su derecho guante.

TOMO I.

XXXI

«Sí, oh jueces, á vosotros hoy lo entrego,
Y sin tener quién luego lo rescate,
Que á vivir mi marido Alfonso Vega
Lo recobrara en singular combate:
Mas la desdicha que mi vida anega
Ha dispuesto el destino se dilate
Hasta tal punto, que una prenda mía
Os doy, que á vivir él no os la daría.»

XXXII

Dijo; y les entregó su diestro guante,
Y recordando á su valiente esposo
Regó de dulces perlas el semblante,
Tornándole más bello y más hermoso.
Todo pecho sintióse palpitante
Al advertir su llanto doloroso
Y ella dejó caer el blanco velo
Para ocultar su amargo desconsuelo.

XXXIII

El ilustre don Juan de Benavente,
Deudo del claro Suero de Quiñones,
Atento la miraba frente á frente
Escuchando su llanto y sus razones:
Y el dulce amor allá en su pecho siente,
Que nunca pierde amor las ocasiones,
Y ardiendo en fuego de amorosa llama
No separa los ojos de la dama.

XXXIV

Y desde su balcon en alto acento
Gritó: «Ilustre señora, el brazo mío
Rescatará la prenda en el momento,
Que por vos quiero entrar en desafío.»
Y más veloz que el mismo pensamiento,
Que amor aumenta su gallardo brio,
De los jueces del campo en la presencia,
Para entrar en la lid pide licencia.

XXXV

Se la dieron al punto, y la señora
Gracias por su gentil cortesanía,
Y él con dulces requiebros la enamora,
Pues ocultar su llama no podía.
Ella con leda faz encantadora
Lo agradece cortés, y se reía;
Y sube de las damas al terrado,
Y á armarse va el don Juan amartelado.

XXXVI

Salió á la tela á mantener la lucha,
Y á recoger la prenda de la dama
Zúñiga altivo, que con honra mucha
Quiere aumentar su merecida fama:
Espera un rato, y á la fin se escucha
La ronca trompa que al combate llama,
Dando señal de que en aquel instante
Llega el guerrero que defiende el guante.

XXXVII

Cuando en torno cercado de padrinos,
En un tordo hermosísimo rodado,
Con espaldar y peto diamantinos
Entró el gran Benavente enamorado.
Suenan flautas y huecos tamborinos,
Y cubierto de plumas y brocado
Gentil recorre en torno la palestra,
Con noble aspecto y denodada muestra.

XXXVIII

De terciopelo carmesí bordado
Con oro y con vistosa argentería
El capellar en el siniestro lado
Lleva con gracia y gala y gallardía:
El arnés refulgente dibujado
Con engastes de rica pedrería,
Y un penacho en el yelmo relumbrante,
Y allí enredado de la dama el guante.

XXXIX

Los brazales y grevas buriladas
Brillan con mil destellos refulgentes,
Y un cinturón ostenta con lazadas
De piedras preciosísimas lucentes:
Y por entrambos lados derramadas
Borlas y cintas del borren pendientes,
Y en el remate de su lanza brillo
Da al aire un recamado pendoncillo.

XL

De tanta gala y tanta gallardía
Úfano, y del jinete que le oprime
El fogoso tordillo que regía,
Las herraduras en el campo imprime,
Y con altos relinchos encendía
El aura, mientras el suelo tiembla y gime
Al duro golpe del ferrado callo
De tan hermoso cordobés caballo.

XLI

Todos aplauden su gallarda muestra,
Y apartados padrinos y escuderos,
Toma campo hácia un lado en la palestra
Despidiendo mil claros reverberos.
Doña Leonor turbada se demuestra
Viendo á punto de lid los caballeros:
Don Juan la mira, y le saluda ella,
Tiñendo de rubor su frente bella.

XLII

Sonó el clarín y ufano Benavente,
Y Zúñiga gozoso y denodado
Arrancan de su puesto de repente,
Con el escudo en alto levantado:
Ambos á dos se encuentran frente á frente,
Y don Juan con el cuerpo soslayado
A Zúñiga tocó con tal pujanza
Que hizo pedazos la fornida lanza.

XLIII

Volvieron á la lid, y ambos rompieron
Las picas al encuentro resonante,
Y todos con palmadas aplaudieron
Su garbo y su denuedo relevante.
Entrambos de la liza se salieron,
Y don Juan fué á entregar el libre guante
A la dama que afable agradecida
Por su valor le dió gracias rendida.

XLIV

Y mirando su prenda rescatada,
Aunque el sol al ocaso descendía,
No detuvo ni un punto su jornada,
Como don Juan ansioso pretendía.
¡Triste del pobre amante que á su amada
No logra detener!... ¡Ay del que fia
En amor pasajero, y del que adora
Dama que huye al momento que enamora!

XLV

Pero confusa y sorda gritería,
Vivas, y aplausos, y altos instrumentos
Forman sonoro estruendo que cundía
Por los delgados apacibles vientos.
Porque otra vez con noble bizarría
Y ricos recamados paramentos
Entra en el circo el ínclito Quiñones,
Caudillo de los nueve campeones.

XLVI

Don Bueso de Solis afortunado
Sale á la lid en un caballo overo,
Que en el frondoso Bétis se ha criado,
Fuerte, revuelto, altísimo y ligero.
Celeste capellar lleva bordado,
Y celestes la banda y el plumero:
Y un corazon do un áspid hace presa,
Y el mote, *celos*, lleva por empresa.

XLVII

Cesa el murmullo, calla y enmudece
El concurso la ronca trompa oyendo,
Cuya señal horrisona obedece
Uno y otro varon la asta blandiendo.
El uno y otro potro se enfurece,
Y batiendo la arena en ronco estruendo
Fué el encuentro tan recio y tan sañudo,
Que don Bueso perdió lanza y escudo.

XLVIII

Se apartan, y volviendo á la lid fiera
El caballo que á Suero conducia
Se empina, y tasca el freno de manera,
Que ni á brida ni á espuela obedecia.
Parar quiso don Bueso en la carrera,
Pero estaba muy cerca y no podia,
Y aunque desenristrar quiso la lanza,
Al gran Quiñones con la punta alcanza.

XLIX

Destrozóle el siniestro guardabrazo
Y sus labores estampó en la arena,
Y levemente hiriéndole en un brazo,
Traspasado quedó de amarga pena.
Don Suero con gentil desembarazo,
Teñido en sangre y con la faz serena
Mira á su dama, vuelve, y á don Bueso
Consuela, no ofendido del suceso.

L

Doña Luz cuidadosa con semblante
Inquieto aquel desastre atenta mira,
Y pierde la color, y un corto instante
El bello rostro de la lid retira.
Vuelve á mirar turbada y anhelante,
Alza tal vez los ojos y suspira,
Y aunque quiere ocultar su llanto y pena
De lágrimas la faz demuestra llena.

LI

Triste silencio en el concurso mudo
Difúndese con súbito cuidado,
Porque nadie tranquilo mirar pudo
Aquel lance imprevisto y malhadado.
Sólo Suero desprecia el golpe crudo,
Y alzada la visera y alentado
Recorre en torno el circo, el susto aleja
Y la palestra entre los suyos deja.





CANTO CUARTO

Era la noche, y lánguida y luciente
Desde el alto cenit sus luces daba
Lucina, y en la plácida corriente
De Orbigo cristalino reflejaba.
En dulce y fresco y apacible ambiente
Las altas alamedas agitaba,
Y bañado en letárgico beleño
Al orbe daba silencioso sueño.

II

No hay danzas, ni saraos, ni festines
Que solemnicen el pasado día,
Pues á todos los bravos paladines
La desgracia del jefe entristecía.
Ni las dulces vihuelas y violones
Prestan su triste y grave melodía
A endechas, á sollozos y á canciones
Hijas de enamorados corazones.

III

Reina el hondo silencio en la llanura;
Interrumpido sólo por el río
Que camina al través de la espesura
Con grave són y manso señorío:

Grato reposo goza á su frescura
El inmenso concurso y gran gentío
Que concurriera á ver la noble fiesta,
Y que en torno ocupaba la floresta.

IV

Los nobles y valientes caballeros
Que ya en la lid sus armas han probado,
Deseñidos los bélicos aceros
Se entregan al reposo regalado:
Y si hay alguno que rigores fieros
Llore de amor con pecho amartelado,
En su soberbia tienda recogido
Al fin consigue el sueño apetecido.

V

Doña Luz en la suya acompañada
De su amiga constante doña Elvira
Inquieta, pesarosa, desvelada
De la pasada accion habla y suspira:
Pues de Suero la herida desgraciada
El sueño de sus párpados retira,
Que la vertida sangre la enternece,
Y de ella nace amor, y ella lo acrece.

VI

Quiñones agitado y pesaroso,
Dentro de su pabellon, triste y herido
Tampoco goza del comun reposo,
De varios pensamientos combatido:
No le tiene su herida cuidadoso,
Ni sus fieros dolores abatido,
Sólo teme que acaso esté su fama
Empañada á los ojos de la dama.

VII

Tal vez recuerda el lisonjero sueño
En que de Orbigo oyó la profecía,
Que el éxito feliz de su arduo empeño
Y el premio de su ardor le prometia:
Pero ¡ay! que vaticinio así halagüeño
Ilusion de su mente lo creia:
Y juzga inútil su hazañoso intento
Y húndese en afanoso abatimiento.

VIII

Afligido, turbado, pesaroso,
Por aquietar su acongojado pecho,
Hablar quiere á su dueño desdenoso,
Y salta fuera del mullido lecho.
Mas reflexiona al punto temeroso
De su resolucion no satisfecho,
Y como respetar sabe quien ama,
Antes quiere el permiso de su dama.

IX

A Vanguarda su paje ó escudero,
Y que desde la infancia le servia,
Llamó el amartelado caballero,
Que en vivo amor su corazon ardia:
Y le dijo: «Mi amigo, vé ligero
Al pabellon de la señora mia,
Y humillado á los piés de su grandeza
Cuéntale mi dolor y mi tristeza.

X

»Dile que ausente de sus ojos bellos
No encuentro cura á mi sangrienta herida,
Que mi remedio está cifrado en ellos,
Pues son árbitros solos de mi vida:
Que me permita venturoso vellos,
Pues gozando su lumbré esclarecida,
Cesará mi dolor, y el brazo mio
Para otra lid recobrará su brio.»

XI

Iba á marchar el eficaz Vanguarda,
Mas don Suero confuso le detiene,
Que de pronto su pecho se acobarda,
Y por osado este mensaje tiene.
Juzga que en él á doña Luz no guarda
El decoro y honor que le conviene,
Teme ofenderla, y mudo y sin aliento
Se agita entre uno y otro pensamiento.

XII

Piensa acercarse al rayo de la luna
Al pabellon donde su dama vela,
Y el áspero rigor de su fortuna
Cantar al triste són de la vihuela:
Y en amantes endechas, de una en una
Sus penas explicarle. Mas recela
Enojarla tal vez, y no se atreve,
Y aunque toma el laud el pié no mueve.

XIII

A escribirla por fin se determina,
Dobla el terso papel, toma la pluma,
Medita un rato, y á formar no atina
De discretas palabras breve suma:
Mil nuevas expresiones imagina,
Y la afanosa pena que le abruma,
Despues que escribe borra, y piensa y vuelve,
A expresar de este modo se resuelve:

XIV

«Hlustre y hermosísima señora,
Cuyo cautivo soy con gloria mia,
Y á quien mi corazon humilde adora
Rendido á vuestra noble gallardia:
De que os moleste á tan extraña hora
Perdonad os suplico la osadía:
Pues si vuestro consuelo no buscara,
Mi triste vida al punto se acabara:

XV

»De vuestro amor está mi pecho herido
Más que mi brazo del tajante acero:
En vano al dulce sueño auxilio pido,
Que huye de mí su encanto lisonjero.
Y al verme de este modo combatido
Por todos lados del destino fiero:
Quiero buscar en vos, señora bella,
Muerte, ó consuelo de mi infausta estrella.

XVI

»¡Ay! si gozara el bien de estar postrado
A vuestra hermosa planta, el brazo mio
De su herida fatal fuera curado,
Y recobrara su poder y brio.
Mas ya que tanto bien no me sea dado
Ruégooos (¡tan poco de mi suerte fio!)
Que me mostreis, señora, si os agrada
La justa en vuestro obsequio comenzada.

XVII

»Que aunque la ciega Diosa en la postrera
Lid á mis armas dió fatal desgracia,
Mi ardiente pecho, alta señora, espera,
Si de vuestros dos soles con la gracia
Me auxiliáis grata en la ocasion primera,
Mostrar con nuevo esfuerzo y eficacia
El modo con que debe complaceros,
Quien se atreve á justar por mereceros.»

XVIII

No escribe más, firma el papel, lo sella,
Y al escudero se lo da, y encarga
Lo entregue al punto á su enemiga bella,
Unico alivio de su suerte amarga.
Parte Vanguarda; y su enemiga estrella
Y la carrera de sus males larga
Recuerda el paladin, teme el mensaje,
Mas ya no puede detener al paje.

XIX

En medió la floresta sobre un prado
Revestido de flores y verdura
Un régio pabellon hay levantado,
Que á todos aventaja en hermosura.
De rico terciopelo está colgado,
Cubierto de exquisita bordadura,
Y es entre todos el que más descuellu,
Digna mansion de doña Luz la bella.

XX

Acompañada en él de doña Elvira
Recibe el pliego de su esclavo herido;
Por él pregunta ansiosa, y áun suspira
De rubor el semblante enrojecido,
Mas al notar que su desden espira,
Y que está su rigor casi perdido,
Furiosa y altanera se arrepiente,
Y en contestar á Suero no consiente.

XXI

¡Oh femenil orgullo, cuánto creces
Si un discreto desden no te combate!
Mientras te halagan más, más te enfureces,
Y áun el poder de amor tu fuerza abate:
Escollo altivo de la mar parecés
Firme de aguas y vientos al embate;
Pero no, no hay dureza comparada
Con la que ostenta una mujer rogada.

XXII

Vanguardia fiel en pretender insiste
Llevar contestacion para su dueño;
Doña Luz le desecha y le resiste
Con firmeza indomable y duro ceño.
Ya va á marchar el escudero triste
Sin esperanza de lograr su empeño;
Mas doña Elvira lo detiene y llama,
Y así le dice á la inflexible dama:

XXIII

«¡Oh, doña Luz! sin duda fabricado
De mármol insensible fué tu pecho,
O alguna fiera loba te ha criado
En tosca gruta y en sangriento lecho,
Cuando el llanto de un tierno enamorado
Tu severo rigor no ha satisfecho.
¡Ah, señora! modera tu altiveza,
No opongas al amor tanta dureza.

XXIV

»¿Es posible ¡ay de tí! que un fino amante
Así deseches con cruel desvío?
¿Su constancia y valor no son bastante
Para templar tu desdenoso brio?
¿No le has visto por tí quedar triunfante
En uno y otro honrado desafio?
¡Ay!... ¿Por tu causa derramar no viste
La ilustre sangre de tu esclavo triste?

XXV

»Muévate á compasion si no la llama
Que allá en su corazon has encendido,
Las lágrimas al ménos que derrama,
Y el verle ahora por tu causa herido.
Lástima ten de quien tan firme ama,
De quien con tanto honor ha combatido,
Curarlo sólo tu ternura puede,
Ten piedad de él, respuesta le concede.»

XXVI

Cesó llenos de lágrimas los ojos,
Y doña Luz también las derramaba,
Y sus mejillas, cual carmines rojos,
Encendidas de amor manifestaba:
Y deponiendo el ceño y los enojos,
Que ya su hermoso pecho se abrasaba,
Tras un corto silencio, de repente
Lanza un suspiro de su labio ardiente.

XXVII

Y trémula y turbada se encamina
A un bufete magnífico dorado,
Cuya labor de talla peregrina
Cubre en parte tapete de brocado:
Sobre él, de tersa hermosa venturina
De concha y de oro y nácar enchapado,
Rico escritorio está, que esparce al viento
De ámbar pérsico gris el suave aliento.

XXVIII

Y allí escribe á la luz de un candelero
Estas discretas sábias expresiones,
Contestando á su amante: «Caballero,
Las hazañas y altísimas acciones
Del que es tan buen galán como guerrero
Placen siempre á los nobles corazones.
Y un revés de fortuna no es bastante
A empañar vuestra gloria relevante.

XXIX

»Mucho merecen vuestro amor y aliento,
Noble Quiñones; continuad osado,
Pues que tanta constancia y ardimiento
Nadie puede mirarlos sin agrado.
Y para que ciñais vuestro sangriento
Brazo, en la última justa desgraciado,
Os mando ese vendaje, ilustre Suero;
Vendad la herida que os causó el acero.»

XXX

Selló el papel, y de su talle hermoso
La banda descendió que lo ceñía,
Banda de terciopelo primoroso
Recamada de blanca argentería:
Y la da al escudero, que gozoso
Postrado ante sus piés la recibía,
Y le encarga la dama que en un lazo
De su señor la ciña al fuerte brazo.

XXXI

Partió veloz el eficaz Vanguarda,
Mientras Quiñones tímido azaroso,
Y despedido su venida aguarda,
Temiendo un desengaño riguroso.
Impaciente imagina que ya tarda,
Cuando ve al escudero que gozoso
Llega y le anuncia plácidas noticias
Pidiendo alborozado las albricias.

XXXII

Al mirar el billete idolatrado
Y la banda, en placer Suero se anega,
Rompe el sello, que besa enajenado,
Y á la lectura del papel se entrega.
Dos veces lo leyó, dos, y encantado
Al palpitante corazón le allega;
Torna á leerlo, y á besarlo torna,
Y casi tanta dicha le trastorna.

XXXIII

Y regala un limpiísimo diamante,
Que honrar pudiera la real sortija,
Al escudero; y pídele anhelante
De su mensaje relacion prolija.
Y en la banda bordada rutilante
El envidioso pensamiento fija;
Y ufano prenda tal no trocaría,
Del orbe por la inmensa monarquía.

XXXIV

En tanto ya la luz del rojo oriente
Los celajes en púrpura esmaltaba,
Y de Titón la esposa refulgente
El lecho conyugal abandonaba:
Resonó la alborada de repente,
El viento en armonía se bañaba,
Las aves á la aurora saludaron,
Y el sueño de la tierra desterraron.

XXXV

Al concertado són tembló don Suero
De su herida fatal casi olvidado,
Y de la trompa el resonar guerrero
Se escuchaba por uno y otro lado;
Armóse con presura el caballero
Ver ansiando á su dueño idolatrado,
Y tornar á la lid, y nuevamente
Demostrar su pasión pura y ardiente.

XXXVI

Los balcones y gradas se llenaron,
Y marchan á la lid los paladines;
Zúñiga fué el primero á quien miraron
Entrar al ronco són de los clarines.
Y sus fieros encuentros retumbaron
De la extendida plaza en los confines.
Y luego á mantener salió animoso
Villacorta, y despues Arias famoso.

XXXVII

Tambien justaron á la luz siguiente
Gomez, Aller, Bazán y Benavides.
Y los cuatro con ánimo valiente
Aumentaron su fama en estas lides.
Al otro sol siguió la justa ardiente,
Y el bravo Nava, semejante á Alcides,
Rompió tres lanzas, y abolló esforzado
Un arnés refulgente y acerado.

XXXVIII

Y luego Pero Rios atrevido
Tornó á lidiar, y aunque perdió una greba
Tras un largo combate muy reñido,
El triunfo alcanza y los laureles lleva.
Suero tambien, aún no restablecido,
Vino despues á la esforzada prueba.
Y el yelmo destrozó y arnés y escudo
De Torrens, catalan fiero y forzado.

XXXIX

A la siguiente aurora el ronco estruendo
De trompas, añafes y atambores
Llamó al honroso paso, enardeciendo
Los pechos de los nobles justadores,
Que las lanzas gruesísimas blandiendo,
Y acosando los potros corredores,
Sembraron por la plaza las riquezas
De sus arneses y templadas piezas.

XL

Seguió á otro sol la justa, y en la tela
Entró Bazán, mas fué tan desgraciado
Que perdió en el encuentro la rodela,
Lidiando con Negrete el afamado.
Y luego Aller, cuyo caballo vuela,
Quedó con todo el muslo desarmado,
Sin poder resistir la gran pujanza
De Alfonso Deza y de su dura lanza.

XLI

Y así con varios lances y altos hechos
Su noble esfuerzo y su valor mostraron
Los atrevidos castellanos pechos,
Y su nombre y su fama acrecentaron:
De astillas, y de plumas y deshechos
Arneses la ancha plaza entapizaron,
Y veintinueve luces se cumplieron.
Y hazañas mil ejecutadas fueron.

XLII

Llegó el último dia señalado
De la famosa justa y paso honroso.
Y el carro Apolinar de luz cercado
Apareció en Oriente esplendoroso;
Inmensísimo pueblo se ha juntado
A ver el fin del hecho glorioso,
Ocupando las gradas, y ya suena
La ronca trompa que la lid ordena.

XLIII

Entró en la tela el ínclito Quiñones
Caudillo de los nueve caballeros,
Y tablados y gradas y balcones
Le tributan aplausos lisonjeros:
Y el del crestón moviendo los airones,
Y luciendo la malla y los aceros,
La argolla ostenta al cuello, y en un lazo
La banda de su dama atada al brazo.

XLIV

De un alazan ligero y poderoso,
Que del Bétis pació la verde grama
Oprime el lomo, y el bridon furioso
El aura pura con su aliento inflama;
Digno sólo de dueño tan glorioso,
De tanto esfuerzo y de tan clara fama,
Con chapas adornado y rapacejos
Despide brillantísimos reflejos.

XLV

Y ufano con el alto personaje,
Que lleva, y que templar sabe su brio,
Apénas de oro y sedas el rendaje
Sujeta su altivez y poderío:
El costoso riquísimo equipaje
Ostenta con pomposo señorío,
Alza menuda braja, y á su empuje
Lanza, escudo y arnés relumbra y cruje.

XLVI

El sol á la mitad de su carrera
Derramaba su fúlgido torrente,
Y áun al honrado paso no viniera
Ningun conquistador. Y ya impaciente
Don Suero en medio de la plaza espera
Y la tardanza del combate siente,
Pues anhela su pecho generoso
Dar á su noble empresa fin glorioso.

XLVII

Apolo declinaba disgustado
De ver ocioso al ínclito guerrero,
Cuando sonó el clarín, que alborozado
El corazon dejó del caballero:
Y entró en el circo por el diestro lado,
Con doble arnés y con aspecto fiero,
Un guerreador fornido y corpulento,
Mostrando gran valor y osado aliento.

XLVIII

Esberte Claramonte se llamaba,
Ilustre aragonés, duro y altivo,
Que sólo en sangre y muertes se gozaba,
De vista ardiente y pecho vengativo:
Los encantos de amor menospreciaba,
Que jamás de Acidalia el fuego vivo
Sintió en su corazon feroz y osado,
A guerra y á venganza acostumbrado.

XLIX

No lleva en el broquel mote ni empresa
De amor ó de amistad ó gallardía,
Que su pecho por nadie se interesa,
Y ni amante ni amado ser quería:
Y en el fulgente escudo sólo expresa,
Por timbre de su noble jerarquía,
Campo de gules y una faja sable,
Y un dragon escamoso y formidable.

L

Este monstruo de horror y atrevimiento
En un caballo altísimo y membrudo
Entróse por la tela á paso lento,
La asta blandiendo en ademan forzado:
Paró de pronto, y con audaz acento
Vuelto á Quíñones, díjole sañudo:
«¿Y qué, solo á la lid un caballero
Viene á probar mi fulminante acero?»

LI

«¿Tú solo ante mi vista aquí te pones,
Femenil guerreador?... que salgan luégo
A ayudarte tus bravos campeones,
Y á perecer á impulso de mi fuego.
Salgan si tienen honra y son varones:
Salgan, sus... hasta verlos no sosiego...
A los diez reto... á todos desafío,
Que uno es muy poco para el brazo mío.»

LII

«Pero no, no saldreis, que ya os asusta
Mi voz terrible semejante al trueno,
Y no queréis conmigo entrar en justa,
De espanto y de pavor henchido el seno:
No es lo mismo mirar mi saña adusta
Que hacer alarde del amor sereno,
Y vosotros que en él ardeis menguados,
Quedareis de mi brazo escarmentados.»

LIII

Dijo y blandió la lanza poderosa,
Y crujió la durísima armadura;
La multitud pasmada y silenciosa
Tiembla de ver tan desigual bravura:
Y doña Luz, turbada y congojosa,
Pálida y llena de mortal tristura,
A sí propia se culpa, y demudada
Mira á su amante en medio la estacada.

LIV

Los nueve denodados caballeros,
Que con ultraje tal se ven retados,
Ardiendo en honra aprestan los aceros,
En venganza justísima inflamados:
Mas se oponen los jueces, que severos
Les dicen, y los dejan aquietados,
Que al caudillo la lid le toca en suerte,
Quien de este modo respondió al Esberte:

LV

«A la verdad, altivo caballero,
No es propio de valientes infanzones
Decir denuestos cuando el noble acero
Puede excusar palabras y razones:
No me pasma tu tono audaz y fiero
Ni asusta á mis ilustres campeones...
Mas vamos á lidiar, que muy contento
Quiero probar tu decantado aliento.»

LVI

Y Claramonte entónces que lo mira
Con menosprecio, dice: «Pues el hado
A que llegue tu fin sólo conspira,
Prepárate á morir, desventurado.»
Y á tomar campo al punto se retira.
Suero tambien le toma al otro lado,
Y mira al rostro de su hermosa dama,
Y amor le anima y el honor le inflama.

LVII

Atónito el concurso numeroso
De tímido pavor cubre el semblante,
Esperando ya el éxito dudoso
Del fiero choque horrendo y resonante.
Suenan el ronco clarín estrepitoso,
Y al escuchar la seña, en el instante
Uno y otro guerrero aguija y vuela,
Alto el escudo, en ristre la arandela.

LVIII

No dos contrarios silbadores vientos
Se encuentran en Océano extendido
Alzando sus hondísimos cimientos,
Con ronco hervor y horrisono zumbido,
Como los dos con ánimos violentos,
Obedeciendo al bélico sonido
Chocaron, levantando densa nube
De ardiente polvo que hasta el cielo sube.

LIX

Esberte con tal ímpetu á Quiñones
Tocó en el pecho con la dura lanza,
Que casi le sacó de los arzones,
Tal era de su fuerza la pujanza:
Le abolló los esmaltes y florones
Del ancho peto, que de lleno alcanza,
Y resbalando luégo al guarda-brazo,
Le destruyó la banda y rompió el lazo.

LX

Dió el pálido concurso un alarido
Creyendo que Quiñones muerto fuera,
Y doña Luz, con el color perdido,
En lágrimas amargas prorumpiera.
Suero, que ve su lazo desprendido,
El bello lazo que su amor le diera,
Y en el suelo su aljófár derramado,
Jura venganza en ira trasportado.

LXI

Queda orgulloso Claramonte y fiero,
Y su victoria como cierta mira:
Arde en venganza el inclito don Suero,
Mira á su dama y ánimo le inspira:
Y animado y valiente va ligero,
Lleno el pecho de noble y justa ira,
A trabar nuevamente la contienda
Con Esberte, que viene á toda rienda.

LXII

Don Suero en los estribos se levanta
Y por inútil la tarjeta arroja,
Y ansioso de batalla se adelanta
La lanza en ristre, y con la rienda floja:
Y al de Aragon hirió con furia tanta,
Que la acerada punta en sangre roja
Pasó de parte á parte el pecho fiero
Del jactancioso bárbaro guerrero.

LXIII

Del modo que alto roble en la montaña,
Después de resistir del rauda viento
La silbadora resonante saña,
Intentando escalar el firmamento,
Con estruendo y pavor de la campaña
De ardiente rayo herido, en un momento
Cae destrozado, de la misma suerte
Cayó ante Suero el furibundo Esberte.



LXIV

Resonaron mil vivas y canciones
Con regocijo de uno y otro lado,
Elogiando al bravísimo Quiñones,
Que al orgulloso deja castigado.
Desocupa el caudillo los arzones,
Viendo que, pues el sol ya se ha ocultado,
Ha dado cima á su esforzado intento,
Y así á los jueces dice en alto acento:

LXV

«Ya, oh jueces, mi rescate veis cumplido,
Quitarne puedo el hierro que me enlaza,
Pues que mi libertad he conseguido
Lidiando á vuestra vista en esta plaza »
Dijo: y con brazo fuerte del erguido
Cuello la argolla rompe y desenlaza,
Y levantada en alto la demuestra
Al concurso que ciñe la palestra.

LXVI

Y con los nueve ilustres justadores,
Llamados desde entónces de la fama,
Cercado de padrinos y señores
Sube al balcon de quien su pecho inflama:
Y al sonar de añafes y atambores,
Sin argolla se rinde ante su dama,
Quien le dice con rostro ruboroso:
«Alzad, noble Quiñones, sois mi esposo.»

Chico, 1812.



A LA VICTORIA DE ARAPILES

Levanta, oh Tormes, la divina frente,
 Coronada de juncias y verbenas,
 Y convoca tus ninfas y pastores
 Y de tu orilla la dichosa gente,
 Que rotas son tus hórridas cadenas.
 Y entonando dulcísimos loores
 Canta á los vencedores,
 Que en tu auxilio volaron
 Con tal denuedo y ardoroso brio,
 Que al verlos se turbaron
 Las numerosas huestes del impío,
 Y desaparecieron asustadas
 Como nubes del cierzo arrebatadas.

Mira, oh Tormes, triunfante en tu ribera,
 Al hijo de Belona, al anglo fiero,
 Libertador glorioso de Castilla,
 Al que Bengala victorioso viera,
 A quien el Ganges la cerviz humilla,
 Al que es pavor de Galia en Tajo y Duero.
 Mírale precedido
 De la victoria por doquier. Su lanza
 Hoy sirve de instrumento á la venganza
 Del cielo tronador, y protegido
 Del furibundo Marte
 Libertará la España,
 Llevará su estandarte
 A la vana Lutecia,
 Y del francés humillará la saña,
 Ofuscando las glorias de la Grecia.

El soberbio tirano de la tierra
 Ve que el Breton restaura los castillos
 Presas de su furor; intenta osado
 Al mismo firmamento mover guerra;
 Junta sus haces, habla á sus caudillos,
 Y en sus huestes sin número fiado:
 «Corred, volad, les dice encarnizado;
 Oprimid nuevamente
 El Agueda y el Duero, y Guadiana.
 Mi fuerza omnipotente
 Vuelva á triunfar, y la nacion hispana
 Tiemble de mi rencor; los insulares
 De estas tierras lanzad, surquen los mares
 En sus naves huyendo
 Mi fiero enojo y mi poder tremendo.»

Dijo; y cual suele á la ardorosa lumbre
 Del flamígero carro luminoso
 Deshacerse la nieve amontonada
 Del gran Moncayo en la elevada cumbre;
 Que con sonido raudo, en espumoso
 Y rugidor torrente desatada,
 Corre precipitada,
 Arrebatando los peñascos rudos
 Y los troncos membrudos,
 Y cubre con presura
 El valle, el monte, el soto y la llanura;
 De este modo las haces orgullosas
 Heridas de su acento se agitaron,
 Corrieron presurosas,
 Y á obedecer á su señor volaron.

Ya inundan las Castillas,
 Oh Tormes, y en tus márgenes amenas
 Estampando las huellas sanguinosas,
 Y esgrimiendo las bárbaras cuchillas,
 Asolar amenazan las almenas
 De la española Aténas,
 Y al verlas dice ufano
 El feroz adalid: «Por más que intente
 De mi furor insano
 Minerva defender esa muralla,
 Su esfuerzo es impotente
 Contra mi poderío,
 Contra este acero y contra el brazo mío.»

Mas ¡ay, que su soberbia el cielo airado
 Deshizo, como suele ardiente fuego
 Deshacer seca arista! Y el valiente
 Breton de enojo armado
 Salió á su encuentro luégo;
 Y el brazo del Señor omnipotente,
 Que no tolera al vano y orgulloso,
 De palma y de laurel ciñó la frente
 A Wellington glorioso.
 Cayó el galo á su vista, de la suerte
 Que al rudo empuje del sañudo viento
 Altivo cedro, cuya excelsa cima
 Tocaba en el sublime firmamento,
 Y se ve en un momento
 Roto, sin hojas, mustio, destruido,
 Y su orgullo deshecho y abatido.

El poder de la Galia destrozado,
 Rotas sus huestes, rota su esperanza,
 Y en roja sangre su adalid bañado,
 Huye desalentado,
 Huye de la venganza
 Del anglo vencedor. La lanza fiera
 Arroja el polonés, y huye anhelante,
 El soberbio bridon aguija en vano,
 En vano tiende el brazo y la cuchilla;
 Que al vencedor se humilla,
 Y ante el inglés triunfante
 En la sangrienta arena,
 O le alcanza la muerte ó la cadena.

Los bravos adalides,
 Que en tantas fieras lides,
 Y en Jena y Austerlitz triunfantes fueron.
 Con mudo espanto y con asombro huyeron.
 A Wellington miraron,
 Y su desnudo y brazo no vencido;
 Y mudos se turbaron,
 Y su antiguo valor quedó en olvido.
 Mil falanges gimieron prisioneras,
 Rompiéronse del fuerte las banderas,
 Y el ferviente cañon, mudo y cautivo,
 Al vencedor altivo
 Sigue, y rechina sobre el eje ardiente,
 Con tardo paso, entre vencida gente.

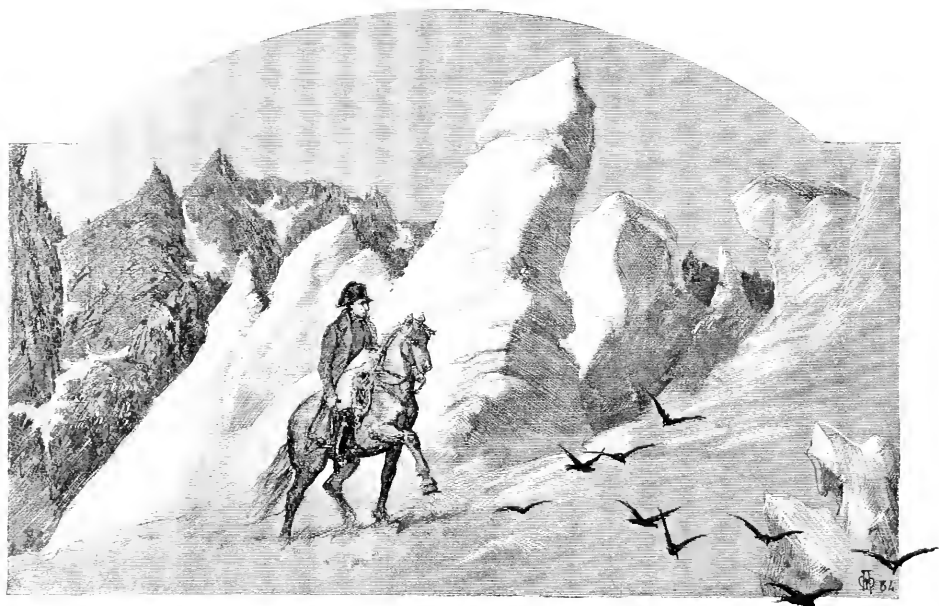
1812.

ROMANCE CORTO

Dulces ilusiones
 De amor y consuelo
 Que hicistes las dichas
 De mi incauto pecho:
 ¿Dónde habeis huido
 Con curso ligero,
 Como niebla leve
 Que arrebató el cierzo?
 ¿Por qué bienes tantos,
 Que juzgaba eternos,
 Fueron más fugaces
 Que engañoso sueño?
 Mal haya quien cifra
 Su dicha y su anhelo
 En falsas promesas
 De volubles pechos:
 En blandas caricias,
 Que aleves mintiendo,
 Traidoras ocultan
 Horrible veneno.
 ¿Dónde están, ingrata,
 Dónde tus extremos?
 ¿Dónde tus ofertas?
 ¿Dó tus juramentos?
 ¡Ay de mí infelice,
 Que en amor ardiendo,
 Bebí de tus labios
 Engaños sin cuento!
 ¡Ay, tú me robaste
 Mi bien, mi sosiego,
 El alma y la vida,
 Con halago tierno:
 Tú me los robastes
 Y ufana riendo,

Te gozas ahora
 Con mi llanto acerbo.
 Oh, mujer terrible,
 Más que el tigre fiero,
 ¿Por qué me inspiraste
 Tan horrible incendio,
 Si era nieve helada
 Tu alevoso seno?
 ¿Por qué me ofrecías
 Aquel mar inmenso
 De dichas sin tasa,
 De amores eternos?...
 ¡Cruel!... ¿Te complaces,
 Tu gozo está puesto
 En hacer dichosos
 Tan sólo un momento,
 Porque sean mayores
 Sus desdichas luego?...
 Juegas con las almas,
 Desgarras los pechos,
 Ofreces delicias,
 Das sólo tormentos;
 Inspiras amores,
 Estás libre de ellos,
 Y haces infelices...
 ¡Bárbaro recreo!
 Sigue, ingrata y dura,
 Tanto mal haciendo,
 Mientras yo mezoquino,
 Y abrasado y ciego,
 Perdido te adoro,
 Y en llanto deshecho,
 Muriendo á tus plantas
 Tus triunfos completo.

1814



NAPOLEON DESTRONADO

¿En dónde, en dónde, oh Sena esclarecido,
El que de duelo y orfandad cubría
Tus márgenes, está? ¿Dó está el aleve,
Que hizo tu excelso nombre aborrecido
En cuanto alumbra el sol, y el mar enfria?
¿El que con planta impura
El dosel profanó de Clodoveo,
Y ardiendo en el deseo
De ver gemir ante sus piés la tierra,
El orbe conmovió con cruda guerra,
Dejó desiertos tus mezquinos lares,
Y de sangre inundó regocijado
El ancho mundo y los profundos mares?

Alzó la frente bárbara el impío,
Y de la antigua Galia en los escombros
Aseguró los piés; la torva vista
En derredor tendió; y «¿al brazo mio
Quién habrá tan osado que resista?
Ni áun el rayo de Dios me causa asombro,»
Dijo Napolcon. Al carro horrendo
De Mavorte feroz subió arrogante,
Agitó la cuadriga resonante,
Y á su terrible estruendo
Los robustos temblaron,
Los altos y los fuertes se humillaron,

Que de terror y asombro el orbe llena,
Como rauda torrente
Que rompe hinchado el cauce que lo enfrena.

El Nilo vió su encono fulminoso,
Y de cálida sangre enrojecida
La frígida corriente,
Arrastró al mar undoso
Rompidos carros, miembros palpitantes,
Cascos hendidos, bárbaros turbantes.
Los Alpes vieron su enriscada frente
Vilmente hollada, y su poder deshecho;
Y las fértiles cumbres de Apenino
Se humillaron tambien, y con despecho
Vieron la muerte del poder latino.
El Danubio despues las turbias ondas
Volvió medroso á su primera fuente;
Que al monstruo vió talar ambas riberas.
Y el Vístula pasmado,
Su curso entre carámbanos cubria,
Del belisono estrépito asustado.

¡Ay, que el genio del mal al Mediodía
Revuelve su furor!... Ya sus banderas
Las cumbres del adusto Pirineo
Profanaron tambien, y el nuevo Atila
Pisa de Iberia la mansion tranquila

¿Y qué, gran Dios, no miras al impío?
 ¿No escuchas al blasfemo
 Decir: «Ni al rayo temo;
 ¿Quién podrá resistir al brazo mío,
 Quién contra mí levantará la frente,
 Si yo soy el señor omnipotente?»

Mas ¡ah! que ya su iniquidad el colmo
 Llenó de tu bondad, y ya tu ira
 Prepara la venganza y el castigo.
 Alzad á Dios las manos ¡oh naciones!
 A quien de sangre y de dolor y espanto
 Cubrió el bárbaro atroz. Vuestro enemigo
 También lo es de su nombre sacrosanto.
 Y con fragor tremendo
 Del huracán sobre las negras alas
 El carro del Señor viene corriendo,
 Y rásганse las nubes, y agitando
 El mar hinchado sus bramantes ondas,
 El enojo de Dios está anunciando.
 Pálido el sol suspende el movimiento,
 Y se estremece el alto firmamento,
 Que Jehová empuña la trisulca llama,
 Y por los raudos vientos se derrama
 Su acento, semejante
 Al trueno retumbante
 Abortador de rayos,
 Y al estruendo de carros y caballos,
 Que corren á la lid, y dice: «Sea
 Castigado el soberbio,
 Y confundida su impiedad se vea.»

El mandato de Dios obedeciendo,
 España apresta sus valientes haces
 Contra la iniquidad. Y los britanos
 Las regiones del mar luego cubriendo
 Con el número inmenso de sus naves,
 Y oprimiendo las crespas y altas olas,
 Se unieron á las huestes españolas,
 Que gallardas volaron al combate:
 Y su denuedo abate
 El gran poder del bárbaro, y huyeron,
 Y con pavor cayeron,
 Como á los piés del segador las mieses
 En los tostados campos de Castilla.
 Los que triunfos le dieron tantas veces,
 Los satélites fieros que acaudilla.

También el lusitano airado y fiero
 Los combatió y triunfó. Luego ligere

Corre á la lid el guerrador, que habita
 En la Zembla polar al sol vedada;
 Corre al combate el indomable Escita,
 Que en el Rifeo monte,
 Señor eterno de erizada nieve,
 La amarga sangre de las fieras bebe;
 Y vuelan á la lid los que vencieron
 En Praga y en Rosbac: que la venganza
 Del Dios de Abraham los llama á la pelea,
 Y arma sus diestras de invencible lanza.

Oye el tirano el gran rumor, y vuelve,
 Y el rayo vengador siente en su seno
 De mudo espanto lleno:
 Y teme, y tiembla, y calla, y palidece,
 Se hiela, y se estremece,
 Y mira por doquier á sus guerreros
 Huir desalentados
 Arrojando la malla y los aceros.
 Y al ver hollada la corriente fría
 Del espumoso Rheno, y á tí, oh Sena,
 Libre de la cadena,
 Que con tus propios hijos te imponía,
 Cayó precipitado
 Del trono con horrores sustentado.

Canta conmigo, oh Galia venturosa,
 Dulcísimas canciones,
 Himnos de gratitud al Sér eterno,
 Que al yugo te arrancó. Cantad, naciones,
 La gloria del Señor. Su fuerte diestra,
 Que de Senacherib hundió la frente,
 Y que en la mar rugiente
 Sepultó á Faraon con mudo espanto,
 Ha confundido al bárbaro orgulloso
 Que os llenó de dolor, de sangre y llanto,
 De luto y de viudez..... ¡Ah, que no fuera
 Capaz mi rudo acento
 De ensordecir el animoso viento
 Y el ronco hervor del piélago espantoso!
 Al atrevido azor alas pidiera,
 Y con ellas volara presuroso,
 Sin temer de Titan la viva lumbre,
 De Piriné á la elevada cumbre,
 Y allí al són de la citara de Apolo
 Entonara canciones de alegría,
 Que sonaran en uno y otro polo,
 Y donde nace, y donde muere el día.

ROMANCE

A esconder su lumbre pura
En ocaso caminaba
Febo hermoso, entre celajes
Matizados de oro y grana;

Cuando orillas de la mar,
Ni quieta ni alborotada,
Aunque sus blancas espumas
A las peñas azotaban;



A un tronco, que en la ribera
Una borrasca lanzara,
Tirsi, ausente y afligido,
Amarró su pobre barca.

Y en tanto que con los remos
Juegan las olas amargas,
Salpicando placenteras
Del corvo lado las tablas,

De este modo al manso viento,
Que en las rocas y en las aguas
Retozaba bullicioso,
Refrescando aquellas playas,

Cantó el triste pescador,
Sin que nadie le escuchara,
Lanzando un tierno suspiro
De lo profundo del alma:

¡Ay de mí! que vivo ausente
En esta costa lejana,
De aquellos divinos ojos,
Por quien mi pecho se abrasa,

Y que tal vez cuando vuelva,
Después de ausencia tan larga,
Encontraré desengaños
Si el corazón no me engaña;

Pues aunque mi amado dueño
Me juró eterna constancia,
Cuando de sus dulces brazos
Me separó la desgracia,

Y aunque escuché sus gemidos
Y ví sus amantes ansias,
Cuando el cierzo mi barquilla
De su vista arrebató;

Es mujer, estoy yo lejos,
Amadores no le faltan,
Y cuando no ven los ojos,
Se hiela el pecho, y el amor se cansa.

Lleva mis lamentos tristes
Y estas dudas que me asaltan,
Céfiro blando, á aquel suelo
Donde está su hermosa causa.

Y si orillas de los mares
Ves la que me abrasa el alma,
Aún puesto en mí el pensamiento,
De mi amor aún no olvidada;

Díle que mire á las rocas,
En quienes no hacen mudanza
Ni de la mar los embates,
Ni de los vientos la saña.

Que á ser firme aprenda de ellas,
Y que aprecio jamás haga
De las ondas variables,
Ejemplo de la inconstancia:

Pues ora risueñas juegan,
Y las arenas esmaltan
Con caracoles y conchas,
Y con espumas de plata;

Y ora con estruendo horrible,
Ennegrecidas, hinchadas,
Castigan la misma arena,
Que ántes humildes besaban.

Díscelo así, manso viento,
Díscelo, si es que te encargas
De tristezas de un ausente...
Mas ¡ay! no le digas nada,

Que es mujer, estoy yo léjos,
Amadores no le faltan,
Y cuando no ven los ojos,
Se huela el pecho, y el amor se cansa. 1814

ESPAÑA TRIUNFANTE

COMPOSICION PREMIADA POR LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE SEVILLA

Goza feliz, esclarecida España,
En dulce paz los ínclitos laureles
A tu constancia y tu valor debidos:
Del bélico furor la horrenda saña
Supieron derrocar tus hijos fieles,
Que de valor y de lealtad vestidos,
Volaron atrevidos
A defender tu libertad augusta,
Y á tus plantas rindieron
A los audaces, que agresión injusta
A tu excelsa grandeza hacer quisieron.

¡Ay, cuán en vano el opresor del mundo,
Desde la enhiesta y enriscada cumbre
De Pirene, sus ojos espantosos
Tendió á tu fértil suelo! Furibundo,
De sus haces juntó la muchedumbre,
Y á sus caudillos fieros y ambiciosos,
En tu daño animosos,
Les dijo: «En sangre inúndense estos llanos:
Señor de España sea:
Y atada, y con cadenas á las manos
Su gloria al carro de mi triunfo vea.»

Tronó la áspera cima, y retumbaron
Las cóncavas cavernas á su acento,
Cual suena el ronco mar. Las forajidas
Huestes al campo ibero se arrojaron,
Del modo con que suele el rauda viento
Arrojarse á las selvas extendidas,
Y á las mieses crecidas:
Mas de pronto su saña contuvieron,
Y «sinceros amigos nos finjamos,
Y es más seguro el triunfo,» se dijeron;
«El puñal entre olivas escondamos.»

TOMO I.

¡Heróicos Carpetanos! ¡Gloria eterna
A vuestro egregio y esplendente brio!
Vuestro nombre al través de las edades,
Con luz inextinguible y sempiterna
Brillará, cual la estrella del estío
En medio de la niebla. Las maldades,
Las negras falsedades
De los pérfidos galos conociendo,
Libertad y venganza
Gritasteis denodados, y el horrendo
Monstruo tembló vuestra inmortal pujanza:

Inermes, y sin trompa ni estandarte,
Sin doble cota, ni bruñido acero,
Disteis el pecho á la tremenda muerte.
Pasmó vuestro denuedo al fiero Marte;
El valiente gimió, rindióse el fuerte,
Y huyó cobarde el bárbaro guerrero,
Y el caballo ligero
Con las espuelas tímido afligía.
Ni edad, ni sexo ¡oh gloria!
Ocioso estuvo en tan infausto día:
¡Día de horror y de eternal memoria!

Vuestro valor, vuestro heroísmo empero
Cedió á la muchedumbre, que orgullosa,
La máscara del todo derribando,
Vengó su afrenta con estrago fiero.
Desarmada la diestra poderosa,
Que armada huyeran de pavor temblando,
Entre el pérfido bando
Os llevaron... ¡Ay Dios!... En sangre triste
Feroces se bañaron...
¡Oh blanca luna, con horror lo viste!
¡Oh mayo, tus verjeles lo lloraron!

Salve, mártires santos, inmolados
 Por la quietud del mundo... ¡Oh tú, Velarde!
 ¡Oh Daoiz!... ¿Qué pecho virtuoso
 Al prorumpir en nombres tan sagrados,
 En patriotismo y gratitud no arde?
 Cual de leve centella presuroso
 El fuego desastroso,
 Agitado del ábrego sonante,
 Con destructora llama
 Y estallidos y horror, en corto instante
 Por la tostada Céres se derrama;

Del mismo modo vuestra sangre ardiente
 Se extendió por los términos de Hesperia,
 Germinando heroísmo y osadía.
 Gritó venganza la asturiana gente,
 Y resonó venganza Celtiberia:
 Guerra y venganza el Turia repetía,
 Y venganza decía
 El viento ronco en la imperial Toledo;
 Y guerra el padre Bétis
 Dende Segura con marcial denuedo,
 Hasta llegar al término de Tétis.

¡Bailén!... ¡Bailén! Tus selvas aún blanquean
 Con los despojos de la excelsa gloria
 Que Bética ganó con alto nombre.
 En los siglos futuros, cuando sean
 Otras generaciones, tu memoria
 Será padron que al crudo tiempo asombre:
 Cuando tu suelo escombre
 Con dura reja el labrador cansado,
 Huesos enmohecidos
 Y rotas armas volcará el arado,
 Estallando con lúgubres sonidos.

Al punto el paso de los bueyes lentos
 Detendrá el labrador, y allí juntando
 Sus hijos, les dirá: «Ved, hijos míos,
 Aquí tenéis patentes los cimientos
 De nuestra independencia.» Y recordando
 Tanta hazaña sin par, tan altos bríos,
 Y los copiosos ríos
 De sangre allí vertida, ilustres hechos
 Contará de los béticos varones;
 Y de los jovencillos en los pechos
 Palparán los tiernos corazones.

¡Venerables escombros y ruínas
 De eterna gloria! ¡Sin igual ejemplo
 De heroísmo y constancia! ¡Oh tú, Gerona!
 ¡Oh Sansueña!... Cantad, musas divinas,

Cantad del Pindo en el sagrado templo
 Estos nombres de honor... Allí Belona
 Sus huestes amontona
 En vano; que su furia se quebranta
 Cual onda hinchada contra altiva peña.
 Oh fama, ó enmudece, ó sólo canta
 Los nombres de Gerona y de Sansueña.

Tamames, y Abisval, y Talavera,
 Y Chiclana, y Valencia, y Arapiles,
 Y donde fué Manresa desgraciada,
 Y Lerín: y Sampayo, y Albuhera,
 Campos de horror á los traidores viles,
 Que osaron profanar la patria amada:
 Correrá apresurada
 La serie de los siglos; tronos, reyes,
 Mares, planetas, se verán mudados,
 Cambiando el orbe sus eternas leyes,
 Mas nunca tales nombres olvidados.

Glorioso Herrasti, heróico La-Carrera,
 Alvarez inmortal... ¡Ah! Desde el cielo
 Do á par de los Pelayos y Guzmanes,
 Coronados de palma duradera,
 Gozais ya, libres del humano velo,
 El galardón debido á los afanes
 Con que los capitanes
 Suben de gloria á la sublime cumbre:
 Permitid que mi labio humilde os nombre,
 Aunque el brillar de vuestra viva lumbre
 Pasmé mis ojos, y mi pecho asombre.

Inclita patria, España generosa:
 Así tus hijos el robusto pecho
 Al hierro agudo por librarte dieron.
 Estos el gran poder de la orgullosa
 Galia dejaron á tus piés deshecho,
 Y su furor y su altivez rompieron,
 Y fuertes la rindieron,
 Como en el alto Líbano acerada
 Segur rinde del cedro la alta cima,
 Que de pomposos ramos adornada
 A las tronantes nubes se sublima.

Ellos, ellos, oh patria, derrocaron
 Al opresor de la anchurosa tierra,
 Su soberbia cual humo disipando,
 Y del fiero invasor la furia hollaron
 Con sangre y hierro y con constante guerra;
 Y hazaña con hazaña entrelazando,
 Al augusto Fernando
 Volvieron denodados á tu suelo;

Y con él juntamente en dulce día
 Tu grato afán, tu placido consuelo,
 Y la paz, y el descanso, y la alegría.

Álcese en la elevada y agria frente
 Del nimboso Pirene un monumento,
 Que domine el Tirreno, y mar de Atlante,
 Aún más que los egipcios eminente.

Y el bélico furor allí sangriento
 Con cadenas de bronce resonante
 Atado, el rechinante
 Diente ejercite en férreos eslabones;
Y á tí, España, la paz, á tí debemos,
 Allí escriban del mundo las naciones.
La dulce libertad en que nos vemos.

1814

AL MISMO ASUNTO

¿Quién podrá dignamente
 Cantar tu heróico nombre, ¡oh patria mía!
 Y tu gloria esplendente,
 Aún más que el claro día,
 En cuanto alumbrá el sol, y el mar enfria?

Tú sola, egregia España,
 Al opresor del mundo te opusiste,
 Despreciando su saña;
 Y sus lauros volviste
 En vil oprobio, y su furor rompiste;

Como el áspera roca
 Rompe del ronco mar onda rugiente,
 Que con audacia loca,
 Y rápida corriente
 La embiste, y su furor es impotente,

Tembló la enhiesta cumbre
 De Pirene, los valles retumbando
 A la gran muchedumbre,
 Que en tu daño volando
 Fué tus tranquilos campos inundando.

Mas ¡ay! la Galia fiera
 De tu valor y esfuerzo temerosa,
 Cubrió la faz guerrera
 Con máscara engañosa,
 Brindándote amistad y paz dolosa.

Y luego alevemente
 Cuando te vió adormida en sus halagos,
 De tu sangre inocente
 Con bárbaros estragos,
 Hizo en tu triste suelo horrendos lagos.

El tardo Manzanares
 Fué el primero que vió tu alevosía;
 Después que entre sus lares
 Te acogió, Galia impía,
 Y aún los brazos amigos te extendía.

Mas ¡oh furor! entónces
 Víctimas mil cayendo á tu cuchilla,
 Viste pechos de bronce
 Dó no cupo mancilla;
 Sí gloria eterna que por siempre brilla.

Y de aquellos torrentes
 De sangre heróica que cruel vertiste,
 Millones de valientes
 Nacer contra tí viste
 Y el justo pago á tu traición cogiste.

El sacrosanto fuego
 Del odio y la justísima venganza
 Voraz contra tí luego
 Cundió, sin más tardanza
 Que llama, que á la seca miés avanza.

Y animosos volaron
 Los hijos de la hispana monarquía,
 Y ansiosos se saciaron
 De sangre tuya impía,
 Abatiendo tu orgullo y ufanía;

Como suele violento
 En el alto Moncayo peñascoso,
 El resonante viento
 Abatir el añoso
 Pino, que a cieo alzabase orgulloso.

Y seis veces cumpliendo
 Su curso la cuadriga refulgente,
 Estuvo siempre viendo
 En tu daño inclemente
 Gozarse leda la española gente.

Bailén, y Talavera,
 Tamames, Abisval, Heras, Chiclana,
 Sempayo y Albuhera;
 ¡Ay, que la voz humana,
 Que intenta pronunciarlos os profana!

¡Oh campos de victoria,
Do los hesperios ínclitos pendones,
Lograron alta gloria!
Eternas bendiciones
Os darán mil y mil generaciones.

Y «Aquí fué la venganza,
Al miraros dirán; aquí rindieron
Su bárbara pujanza
Los que alevés quisieron
La patria encadenar, aquí cayeron.»

¡Oh Sansueña! ¡oh Gerona,
De la española independencia escudo!
Vuestro valor pregoná,
Hollando al tiempo crudo,
Tanta ruína con silencio mudo.

Vuestra gloria esplendente
Venciendo de los siglos la espesura,
Brillará eternamente,
Cual brilla en noche oscura
Del sangriento Orion la lumbré pura.

Inmortales varones
Que de constancia y heroísmo armados
Siguiendo los pendones

De la patria, inmolidos
Fuisteis en sus altares adorados:

Salve y quietud, ¡oh manes!
De vuestra ilustre sangre el fiel tributo,
Vuestro valor y afanes
Dieron opimo fruto:
Dígalos el Sena, y su amargura y luto.

Su poder indomable
Hundióse á vuestro esfuerzo sin segundo,
Cual peña inmensurable
Húndese al mar profundo,
Herida por el rayo furibundo.

¡Oh patria! excelsa España,
Goza, goza feliz tantos laureles,
Que á pesar de la saña
De los hados crueles,
Ganaron para tí tus hijos fieles.

Sí; ya tu régia planta
Sobre rompidas armas estribando,
Y la inicua garganta
De tu opresor hollando,
La admiración del mundo estás gozando.



SONETO

Librase al soplo del airado viento
 Con vuelo raudó, con mortal latido,
 Huyendo arrebatada hácia su nido,
 La tímida paloma sin aliento.

Huye porque del alto firmamento
 De entre cárdenas nubes desprendido,
 Sobre las pardas alas sostenido
 Baja en su busca el alcotan sangriento.

Pero cuando la sigue cariñoso
 Tierno palomo con arrullo blando,
 Amorosa le aguarda y palpitante.

Toma de ella lección, ¡oh dueño hermoso!
 Del que fuere enemigo huye volando;
 Mas no de mí, que soy tu fino amante.

1814

ROMANCE

Por en medio de una vega,
 Que dos risueños collados
 Defienden del ronco impulso
 De los cierzos y los austros,

Corre entre juncias y helechos
 El Genil gracioso y manso;
 Para dar al padre Bétis,
 No tributo, sino abrazos.

En su márgen venturosa,
 Do sólo el céfiro blando,
 O descansa entre las flores,
 O mece sauces y lauros,

Tiene el mayoral Antimio
 Su choza, aprisco y rebaño,
 Con pastores que aventajan
 A los que á Arcadia habitaron.

Hay también pastoras lindas,
 Y zagalas de tal garbo,
 Que el sol, absorto en sus gracias,
 Suspénde al verlas el paso.

Y cuando gallardas triscan
 Por las selvas y los prados,
 Ora en pos de los corderos,
 Ora ligeras danzando;

A sus plantas brota el suelo
 Alelíes y amarantos,
 Carmines, gualdas, jacintos,
 Lirios, violetas y nardos.

Con ellas vive Dorila,
 Mucha gracia y pocos años,
 Tormento de corazones
 Y de las almas encanto.

Pues desde que allá en un bosque,
 O de Amatunte ó de Pafos,
 El hijo de la alma Vénus,
 Con otros niños jugando,

Perdió por pueril descuido
 Sus flechas, aljaba y arco;
 Encontrándose sin armas,
 Corrido y avergonzado,

Vino á Genil, y en los ojos
 De Dorila el Dios tirano
 Ocultóse, y ellos solos
 Le sirven de fuego y dardos.

Yo los contemplé ignorante,
 Fijéme en ellos incauto,
 Y soy su víctima triste...
 Pastores, tened cuidado.

1815

EPISTOLA

A DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE ⁽¹⁾

He recibido tu donosa carta,
Que es de elogios tal vez y vituperios,
Y en un todo extremosa y lengua sarta.

Pues ni soy acreedor á los dicterios
Tan acres, que me escribes, dulce amigo,
Ni á encomios tan gigantes y tan serios.

Mas la amistad que te enlazó conmigo
A tus ojos agranda mis acciones,
Aun las que juzgas dignas de castigo.

Oye siquiera cuatro reflexiones,
Con que espero sin duda contentarte;
Pues jamás te negaste á las razones.

Muéstrasme que ha podido incomodarte,
Aunque sin causa, amigo, suficiente,
(Como no he de tardar en demostrarte)

El saber que me he puesto ante la frente
Del útil toro con caballo y pica,
Hiriéndole con ánimo valiente.

Mas esto, aunque desbarro fuera, ¿implica
Con el seguir las huellas de Lucano,
O que abandono el Pindo testifica?

El adherirme á un uso, sea villano,
Que reina en este suelo, ¿has entendido
Que marchite, cual suele en el verano

El fuego de Titan enardecido
Las yerbas y las flores, mis virtudes,
Si es que algunas al cielo le he debido?

Razon será que al punto, ¡oh Vargas! mudes
De dictámen, si es tal el que has formado,
Pues se pasa de injusto, no lo dudes.

Recuerda el griego ilustre y celebrado,
Amor de las helénicas beldades,
Que fué gloria de un siglo aventajado.

Hablo del famosísimo Alcibiades,
Discípulo de Sócrates divino
Y varon cual no han visto las edades;

A quien, si damos crédito al latino
Cornelio, y á Plutarco el candoroso,
Mil vicios y virtudes dió el destino.

Y todo en grado heróico. Valeroso
Defensor de su patria, noble escudo
De libertad, pulido, generoso,

Dado á las artes, elocuente, agudo,
Le vió con pasmo la ilustrada Atenas.
Sobrio, feroz, y luchador membrudo,

Sufridor de trabajos y de penas
Le admiró Esparta. Ahogado en los placeres,
De galas y perfumes, que aun apénas

Pudieran tolerarse en las mujeres,
Cubierto, y muelle y sin rubor yaciendo,
Vil juguete de Baco y de Citeres,

A los mismos persianos excediendo,
En Persia se mostró: porque sabia,
Segun iba los pueblos recorriendo,

Acomodarse á aquello que veía.
Culto ateniense fué; duro espartano;
Vicioso persa: todo lo reunía.

No por lo dicho juzgues que tan vano
Soy, que al hijo de Clynyas me compare,
Que estar yo loco entónces fuera llano.

Ni presumas, amigo, que yo ampare
Con tal ejemplo vicios perniciosos:
Lo malo es malo donde quier se hallare.

(1) Es contestacion á un bello romance que escribió este literato al autor, criticándole su afición á torrear en el campo y á derribar vacas á caballo con la garrocha, diversion muy grata á los jóvenes andaluces de aquel tiempo. El romance empezaba así:

Bárbaro que así desluces
Los presentes de natura,
Y en demonio, siendo ángel,
Tu torpe sandez te muda:

Antes que tus nobles prendas
Empañe tanta locura,
La plebeja y vil garrocha
Niega á tus manos, y escucha: etc.

Pero á veces á rostros muy hermosos
Un pequeño lunar no les afea;
Por la inversa, los hace más graciosos.

Y cuando nuestra vista se recrea
Por un jardin florido, que lozana
Flora con sus matices hermosa,

Entre la rosa de color de grana,
Y los claveles, murtas y azucenas,
Nos gusta la amapola aunque villana.

Y tal vez en las selvas más amenas
Grosera y ruda zarza hace contraste
Grato, con laureos, chopos y verbenas.

Pero en verdad, amigo, no acertaste
En juzgar delinquí; no he delinquido:
Sin duda de mi accion no te enteraste.

Si hubieras, Vargas, por mi mal sabido
Que en ancho circo destrocé inclemente
Lozano toro á la labor nacido;

Si hubiera yo, siguiendo la corriente
De una costumbre bárbara que aún dura
Y que introdujo la africana gente,

Gozádome, enemigo de natura,
En verter sangre y en ajeno daño,
Con llanto de la triste agricultura,

Tu enojo y tu rigor no fuera extraño,
Y el orbe entero abominar debiera
Tan gran barbaridad, crimen tamaño.

Si á tu noticia por ventura hubiera
Llegado que yo estaba confundido
Entre la turba vil, baja y torera,

Cual suele tanto noble envilecido,
Que perdiendo el respeto á sus mayores
Desmiente su linaje esclarecido;

Si yo, que al són de trompas y atambores,
Cabe el Tajo mi patria defendiendo,
Desprecié de Belona los horrores,

Y el fulminante brazo sacudiendo,
Por lo ménos mostré no ser cobarde,
Ajena y propia sangre allí vertiendo,

Ahora degradado hiciera alarde
De empuñar vil estoque contra un toro,
Fuera justo el enojo que en tí arde.

Sin duda entónce el virgíneo coro
Que habita el alta cumbre de Helicon
Me negara indignado su tesoro.

Mas nada de esto ejecuté; perdona:
Escucha y notarás, amigo amado,
Que mi delito la razon lo abona.

El Bétis cristalino y sosegado
Con su corriente plácida y serena
Riega el suelo andaluz afortunado.

En él derrama grato á mano llena
El cielo bienhechor sus ricos dones
Y reina siempre primavera amena.

Selvas de rosas, bosques de limones,
Se encuentran por doquier, grama y verdura,
Con mil maravillosas producciones.

Parece que concede la natura
Más virtud á esta tierra venturosa,
Que á cuantas ven del sol la lumbre pura.

La fuerza de estas aguas poderosa,
La que encierran llanuras y collados,
Y una especie de magia prodigiosa,

Comunican tal fuego á los ganados,
Que en ellas nacen y que en ellos crecen,
Que apenas pueden ser nunca domados.

Los tiernos novillejos ya parecen
Toros cuyo furor el bosque aterra,
Y de fieras el torvo aspecto ofrecen.

En tal estado de la madre tierra
No se avienen, sufriendo la coyunda,
A abrir los senos donde el pan se encierra.

Es primero preciso que confunda
La fuerza humana tanta lozanía,
Tornándole útil bucy de fiera inmundia.

En vano un hombre solo tentaria
Domar su furor y alta braveza,
Victima de su arrojo se veria.

Para lograrlo apela á la destreza,
Sagaz se vale del bridon ardiente,
De su rápido impulso y ligereza.

Para defensa empuña solamente
Ligera lanza; en pos del toro adusto
Se arroja, le acomete de repente,

Y sin que su fiereza le dé susto,
Le acosa hasta que logra derribarlo
Y triunfa en fin de su furor robusto.

Este medio tan sólo hay de domarlo
Para la necesaria agricultura,
A que le plugo al cielo dedicarlo.

En esta ocupacion, que es harto dura,
Y oficio indispensable, aunque penoso,
Ayudé á los vaqueros por ventura.

No cual dices insano y rigoroso
Destrocé el animal que es grato á Céres,
Antes bien le hice á Céres provechoso.

Con esta explicacion, pues justo eres,
Verás que ha sido injusto tu juicio
Y no condenarás tales quehaceres.

¡Ay! ¡Cuánto más terrible es el oficio
De fatigar las selvas y los prados,
Siguiendo de Lucina el ejercicio!

¿Qué daño, ó crueldad, hombres malvados,
Os dan, decid, las aves inocentes,
Y los tímidos ciervos y venados?

¿Por qué los arroyuelos transparentes
Teñís de sangre con furor vertida
De sencillos y tímidos vivientes?

¿Por qué dejais el aura ensordecida
Imitando los rayos y los truenos,
Y la luz con el humo oscurecida?

No solamente, ¡oh gran maldad! serenos
Vierten sangre los duros cazadores,
Sino de gozo y complacencia llenos.

Tal vez sencilla y tierna con clamores
La tórtola publica su tormento,
O llora celos, ó celebra amores.

Tal vez en delicioso arrobamiento
La paloma á su amante ya se entrega
O en pos tiende las alas por el viento,

Y el plomo silbador y raudo llega
Que el hombre duro y montaraz fulmina,
Y su amor y su vida á un punto siega.

Y cuando por el llano y la colina
A la cuitada liebre persiguiendo
El bridon con la espuela desatina;

Y cuando con clamor y horrible estruendo
Los montes y las selvas ensordece
A la inocente cierva sorprendiendo,

El hombre, ¿fiera horrible no parece?
¡Cuál exalta la rabia de los perros
Y sangre y destruccion sólo apetece!

¡Cómo el refugio de los altos cerros
Busca la corza mísera y cobarde,
Y las cuevas y lóbregos encierros!

Mas ¡ay! no halla un asilo que la guarde
Del plomo ó de la flecha matadora,
O del furor que en los lebreles arde.

Yo he visto ¡oh Dios! cómo la cierva llora
Cuando siente su pecho traspasado,
O sin vigor la planta voladora.

Yo escuché su gemido y he temblado...
La gula de los hombres insaciable
Tan horrendo ejercicio ha fomentado.

¿Y nadie ¡oh vicio! lo miró execrable?
¿Ni aun tú mismo que adusto me condenas?
¡Opiniones del mundo miserable!

Yo causo á un bravo toro daño apenas,
Para tomarlo productivo y bueno,
Y tú de horror y compasion te llenas;

Y elogiarás tal vez al que sereno
Llena de sangre el monte y la llanura,
Para saciar su vientre ó el ajeno.

Mas si tu enojo, oh Vargas, por ventura
Le motivó el juzgar que abandonaba
De las artes y musas la cultura,

Y que del todo al todo me entregaba
A estas rústicas duras diversiones,
Harto imbécil tu mente me juzgaba.

¡Pues qué! ¿Pueden jamás los corazones
Que siquiera una vez hayan sentido
De las musas las tiernas impresiones

Abandonarlas en el hondo olvido
Y huir de sus halagos placenteros?
¿Quién tan bárbaro, díme, acaso ha sido?

Yo las amé rendido en los primeros
Años de mi existencia, las he amado,
Y amaré sus encantos lisonjeros.

Mi placer ellos siempre y mi cuidado
Han sido y lo serán. Ni los horrores
Del fiero Marte en que me ví empeñado,

Ni de la adversa suerte los rigores,
Ni mis fatigas y penosos males,
Ni del mundo falaz los sinsabores,

El culto de las musas celestiales
Me hicieron olvidar, pues mi consuelo
Fueron siempre sus gracias divinales.

Y ahora que vivo en mi paterno suelo
Donde moraron siempre, ¿imaginaste
Que no han de ser mi gozo y mi desvelo?

Pronto conocerás que te engañaste
Cuando escuches mil himnos y canciones
Cual jamás en mi cítara escuchaste.

Y cuando el tuyo y otros corazones
Al ver de doña Blanca el fin lloroso
Sientan de espanto y pena sensaciones (1);

Pues Melpómene heroica el horroroso
Suceso de esta reina desgraciada
Ha inspirado á mi acento lastimoso.

Ni tengo á la pintura abandonada,
Que el lienzo maticé con los colores
Retratando á Lucrecia desmayada,

Luchando con la muerte y sus horrores,
Y aquella heroica sangre derramando,
Salud de esclavos, muerte de opresores.

Ya miro que te vas desenojando,
Y que como á las flores manso viento,
La risa está tus labios halagando...
¿No es verdad, Vargas? dí, ¿quedas contento?

Córdoba, Marzo, 1817.

(1) Esta tragedia, titulada *Doña Blanca*, la tercera que escribió el autor, se ha perdido, desapareciendo el manuscrito en el robo que padeció su equipaje en el río de Sevilla el día de San Antonio del año 23.



AL REY NUESTRO SEÑOR (1)

QUE SE DIGNÓ PRESENCIAR EL EJERCICIO GENERAL DE LOS ESCUADRONES DE LA GUARDIA DE SU REAL PERSONA,
HONRÁNDOLOS EN SEGUIDA CON PONERSE Á SU CABEZA

Dad, sagradas deidades de Helicon,
Vuestro sublime aliento al pecho mío,
Para cantar al ínclito FERNANDO.
Llegue mi voz á la encumbrada zona,
Del abrasado Sur al Norte frío
Su nombre por la esfera derramando;
Y la lira pulsando
En las alas del viento,
El estruendo hervoroso
Del mar venza mi acento,
Y el ronco trueno, y huracán silboso;
Y el nombre augusto de FERNANDO suene,
Y de un polo á otro polo el orbe llene.

Tu excelso nombre, oh Rey, oh Rey amado,
Predilecto de Dios, que al monstruo horrendo,
Que al abrazarte en bárbaras cadenas
Tornó el abrazo fraternal, airado
Lanzó su rayo vengador, hiriendo
Aquella torva frente; y ni aún apénas
Su nombre existe... Escenas
De dolor y de gloria,
Y á un tiempo de alegría,
¿Cuál llenais mi memoria
En este fausto y apacible día!...
¿Dó me arrebató el núnen sacrosanto,
Que el tiempo que ya fué torna á mi canto?...

Estas plazas, oh Rey, de Mantua Augusta,
Yo ví de sangre y mortandad cubiertas,
Cuando en hierros tus hijos te miraron.
Aquí la furia alevé y saña injusta
De tu opresor se vieron descubiertas,
Y sus haces beligeras temblaron.
Ardorosos gritaron
Tus valientes: *Venganza*;
Armas les da su brío,
Arrojan la pujanza

Del triunfador, y su alto poderío;
Y mancebos, y vírgenes, y ancianos
Sangre cálida ostentan en las manos.

Y entre tanto que Dios era tu escudo,
Custodiando tu vida idolatrada,
Y tu apenado pecho confortando,
Al arcángel su lanza dió, ceñudo
Miró, y tembló la angélica morada,
El trueno de su enojo retumbando;
Y el aquilon bramando,
Al ministro glorioso
De la ira omnipotente
Condujo presuroso,
Más brillante que el sol en el Oriente,
Sobre sus alas al hesperio suelo,
Sin tí en triste orfandad y hundido en duelo.

Y en la yerta, enriscada y agria cumbre
Del nivoso pinífero Fonfria
Dió el grito de la guerra. Retumbaron
Las hondas cuevas, y la viva lumbre
De su frente ofuscó la luz del día.
El acento tus hijos escucharon,
Y en tu auxilio volaron
Los de Turia, y de Ibero,
Y de Genil, y Betis,
Y de Miño, y de Duero,
Y los que baña la azulada Tetis,
Y los de Tajo, y los de la alta Sierra,
Y á la venganza van gritando: *Guerra*.

Y cual suele el Océano espumoso,
Por cien contrarios vientos agitado
Alzar ferviente con horrible estruendo
Montañas bramadoras, y furioso
Combatir el escollo agigantado,
Y hundirlo en el abismo; tal, ardiendo
En enojo tremendo,
Las huestes se lanzaron
Sobre tus opresores:
En sangre se inundaron
Valles y cumbres: hórridos clamores
Retumban por doquier; y armas y saña,
Y exterminio y horror cubren á España.

(1) Esta composición, escrita á insinuación del Rey, y que tuvo la honra de ser leída á SS. MM., teniendo la bondad la misma Reina de alumbrar con una vela que con sus reales manos alcanzó de un candelabro, no mereció la aprobación del juez de imprenta, quien prohibió su publicación. Este incidente ocasionó una polémica muy original entre el autor y el juez, en que intervino el célebre literato D. Manuel María de Arjona, y que divirtió mucho al rey Fernando. Quien finalmente cortó generosamente la controversia, mandando terminantemente la impresión.

¡Ay, cuánto afán, y hazañas, y fatigas
 Costaste á tu nación!... todo lo inunda
 De la devastacion el gran torrente;
 Y como el segador abate espigas,
 El filo de la muerte furibunda
 Troncha esforzados... ¡Ay! cuánto valiente
 A su impulso inclemente
 Cayó, cual en la sierra
 De Moncayo los pinos,
 Si el Noto le hace guerra,
 Y ciento á ciento arrastra á remolinos!
 Mas no cesa la lid: do mil perecen,
 Otros mil á vengarlos aparecen.

En castillos las chozas de pastores,
 Los cayados en lanzas se tornaron.
 Nadie evita el combate. Hundido el muro,
 Ni se rinde á los broncez tronadores;
 Las huestes rotas nueva lid buscaron:
 Y no hay ceder. En el silencio oscuro
 El Orion y Arturo
 Ven combatir. La aurora
 Ve combatir. La lumbre
 Del sol desde que dora
 De Pirineo la fragosa cumbre,
 Hasta que hunde en el mar su carro ardiente.
 Ve combatir á la española gente.

De los que en el combate perecian
 Los manes, aún de sangre salpicados,
 Desde las rotas nubes alentaban
 A los que en él tenaces persistian,
 Y contra el fiero Marte denodados,
 Y contra el infortunio peleaban,
 Y constantes clamaban:
No haya tregua. Y sañudos
 Y firmes no cedieran,
 Y los embates crudos
 De la áspera fortuna resistieran;
 Como suele en los montes de Castilla
 Al huracan la octava maravilla.

Confusion, heroismo, sangre, duelo,
 Altísima constancia, valentía,
 Infortunios, amor al rey Fernando
 A un tiempo llenan el hispano suelo...
 ... Mas ¿dónde, dónde vas, oh lira mía,
 Desastres y fatigas recordando,
 Si estamos ya gozando
 El premio delicioso,
 El suspirado fruto
 De tanto hecho famoso,

De tanta privacion, de tanto luto?
 Y roto ya, oh mi rey, tu cautiverio,
 Eres el gozo de tu heroico imperio.

Sí; ¡oh placer! El canto de victoria
 Resuena en vez del bélico alarido
 En el orbe español. El dulce acento
 De los himnos de paz y eterna gloria.
 Sucede al trueno y hórrido estampido:
 Triunfado ha la virtud. Suave contento
 El terrible lamento
 Tornóse; y ya Fernando,
 Con su familia augusta,
 Felice gobernando
 A los leales, que la rabia injusta
 Del dragon destruyeron, goza ahora
 La ternura de un pueblo que le adora.

Musas, Musas, él es. Miradle al frente
 De los gallardos, fieros escuadrones,
 El purísimo sol oscureciendo
 Con su régio esplendor. La refulgente
 Espada empuña... ¡Qué!... ¿Temblais, naciones?...
 Desechad el temor, que no el horrendo
 Mavorte en ira ardiendo
 La da á la diestra fuerte,
 Ni están de nuevo abiertas,
 Dando paso á la muerte,
 Del doble Jano las terribles puertas.
 Es pacífico alarde... Mas no en vano
 Temblais aún de un alarde castellano.

Egregio rey, el escuadron guerrero,
 Que en pos de tí resplandeciente brilla,
 Fué el brazo de la muerte en tu defensa.
 ¡Ah, cuántas veces desnudó el acero,
 Como saben los campos de Castilla,
 Y se arrojó á la lid!... Horrible ofensa
 La multitud inmensa
 Sintió á su excelso brio.
 Los fuertes se turbaron,
 Llenos de espanto frio,
 Y su altivez osada doblegaron,
 Huyendo de esos nobles vencedores.
 Cual cierva de los canes ladradores.

En contra del poder y la fortuna
 El Tajo presenció su alta osadía,
 En los campos do Antígola azulea.
 Sin esperanza de vencer alguna,
 ¡Cuál se lanzaron el aciago día,
 Sembrando horror y asombro, á la pelea!

Eterno el nombre sea
De los nobles gloriosos...
La horrible muchedumbre
Despreciaron sañosos:
Y al trasmontar del sol la viva lumbré,
Sonó el clarín, volaron atrevidos,
Y deshechos quedaron, no vencidos.

Salve, heróico escuadron; salve, oh valientes:
Yo entre vosotros combatí. Alentado,
Vuestro ejemplo santísimo siguiendo,
Con mi sangre aumenté la vuestra ardiente
Que aquel suelo regó... ¡Cuánto esforzado,
En lid tan horrorosa combatiendo,
Arrebató el horrendo
Cuchillo de la muerte!...
Firmes contrarestando
La embravecida suerte,
Gritaban al caer: *Viva Fernando*.
Y los que no doblasteis las cervices,
¡Cómo ostentais lustrosas cicatrices!

¡Oh sombras de los mártires primeros
De la inmortal Madrid: sagrados manes
De los que en mil batallas desastrosas,
Víctimas fuisteis de los hados fieros!
Venid: de vuestros ínclitos afanes
Ved el ansiado fruto. En albas rosas
Y palmas victoriosas
Ceñid la excelsa frente,
Y vagando en el viento,
Ved de la hispana gente

El placer, y gozaos en su contento,
Y acatad al gran rey, por quien gloriosos
Rendisteis los alientos generosos.

Alza la frente, humilde Manzanares,
De juncias y verbenas coronada,
Y mira á tu señor augusto, armado
Más gallardo que Marte. Mil cantares
Las ninfas de tu márgen fortunada,
Broten ledas del labio delicado;
Y del jóven amado
Entonen los loores,
Conmoviendo su canto
Los árboles y flores
De tus orillas con sabroso encanto;
Y tú, esforzando el divinal aliento,
Entona un viva, que ensordezca el viento.

Corra tu voz por la anchurosa Hesperia,
Y *viva el rey*, repita el castellano;
Y *viva*, el pueblo astur. *Viva*, resuene
En el fuerte Aragon, en Celtiberia,
Y lo repita el leve valenciano,
Y en la encantada Turdetania suene.
La Península llene;
El piélago profundo
Pase, y *viva Fernando*
Repita el Nuevo Mundo,
El mar del Sur los *vivas* escuchando.
Y en cuanto alumbra el sol y el cielo abarca,
Viva tu nombre, altísimo monarca.

1817

SONETO



NIERNO pesar, amargo abatimiento,
Pintado está en tu rostro, oh Nise hermosa,
Porque la cruda suerte rígorosa
De tí aleja tu amor. ¡Duro tormento!

Suspiros das al compasivo viento,
Llanto á tu faz envidia de la rosa,
Late tu seno, tu alma no reposa:
¡Feliz quien mereció tal sentimiento!

No más, ¡ah! que la pena ha de acabarte,
¿Y quién podrá vivir si te perdemos?
Que tu atliccion moderes ¡ay! te pido...

Mas ¿para qué me canso en consolarte,
Si eres mujer, y pronto esos extremos
Serán risa, desprecio, burla, olvido?

1817

LA BORRASCA, A LAUSO

¡Ay, cuál el turbio mar hierve espumoso,
Y estas peñas altísimas quebranta,
Y se entumece hinchado, y se levanta
Compelido del ábrege silboso!
¡Cuál su furor espanta!

Bramando viene el huracan sañudo,
Y las cóncavas grutas espantosas
Retumban á lo léjos temerosas
Al hórrido fragor del trueno rudo,
Y gimen congojosas.

La negra nube enluta el alto cielo;
Y el súbito relámpago encendido,
Y el rayo por los aires desprendido
Llenan de asombro y de pavor el suelo,
Pasmado y confundido.

¿Y sacas, pobre Lauso, tu barquilla?...
¿No ves del mar el sordo movimiento?
¿No oyes gemir el animoso viento?

Vuelve, misero, vuélvete á la orilla:
Muda, muda de intento.

Vuelve, infelice, vuelve á la ribera...
¿Qué intentas ¡ay! sin esperanza alguna?
¿Cuando á besar la planta de la luna
Sube con ronco hervor la espuma fiera,
Quieres tener fortuna?

Mira estas playas, mira estas arenas
Cubiertas de vestigios de altas naves,
De gruesos troncos, y de leños graves,
De quebrantados mástiles y entenas,
Y de robustos traves.

Guarte, mi Lauso, guarte, que las olas
Destrozarán tu leño miserable,
Advierte que su furia inexorable
No respeta de régias banderolas
El orgullo indomable.

1817



SONETO

En este bosque por la vez primera,
Turbado dije á Virta: Yo te adoro;
Y ella bajó la frente, que orna el oro,
Y gozoso rubor su faz tiñera.

Sentada en ese tronco placentera,
Siempre, me dijo, te amaré, Lidoro:
De aquella fuente al lado, en dulce lloro
De mí celosa acaso prorumpiera.

De aquel fresno á la sombra deliciosa
En coloquios de amor la siesta ardiente
Pasé con ella ufano y satisfecho.

Mas ¡qué recuerdos!... ¡ay! ¡Virta engañosa!
Existen bosque y tronco y fresno y fuente;
Y no mi amor en tu mudable pecho.

1817

EL TIEMPO

¡Ay, cuán fugaz el tiempo presuroso
 Las silenciosas alas extendiendo
 Huye á nunca volver! El brazo duro
 Sacude airado, el hierro poderoso
 De su segur terrible revolviendo,
 Y á su impulso tremendo
 En polvo se resuelve el fuerte muro;
 Tronos, imperios y poder perecen,
 Astros desaparecen,
 Mares se tornan fértiles llanuras,
 Altos montes en piélago profundo,
 Y se trastorna cuanto encierra el mundo,
 ¡Cuántas generaciones,
 Cual niebla leve, en nada se tornaron!
 Y en yermas soledades,
 Y en pantanos y selvas tenebrosas
 Magníficas ciudades,
 Ilustradas un tiempo y poderosas.

Períclitas naciones
 Del misterioso Nilo habitadoras,
 ¡Miseras!... ¡Cuán fugaces
 Vuestra grandeza y vuestra gloria fueron!
 Como suelen los bravos aquilones
 Las nubes arrastrar, así las horas
 Os llevaron en pos, y en hondo olvido
 Aun vuestros nombres sin piedad hundieron.
 En vano en vos nacieron
 Las fuentes del saber. Cual encendido
 Relámpago veloz desaparece:
 Apenas en las nubes resplandece,
 Tal vuestra ilustracion: así el sañudo
 Rigor del hado en sus eternas leyes
 Lo decretó. ¿Qué fué de vuestros reyes
 Sabios, y poderosos, y temidos
 Que todo el orbe dominar quisieron?
 ¡Ay! de la dura parca al hierro agudo
 Su vano orgullo y su altivez rindieron:
 De oscuridad sus nombres se cubrieron.

¿Dó están, en dónde la opulenta Tiro,
 Y la ilustrada y la gloriosa Atenas,
 Y la altiva Micenas,
 Llanto de Troya?... ¿Dónde está de Epiro

El colosal poder?... Un dia fueron,
 Mas ya hasta sus ruinas perecieron.

¡Ay! que mi atormentada fantasía
 Sobre las alas rápidas del viento
 Vuela á aquellas regiones do algun día
 Genio, y saber, y gloria colocaron
 Su triunfador asiento,
 Y al mundo refulgentes deslumbraron:
 Donde la rica cuna
 De dulce libertad rodó primero,
 Mecida por el coro de virtudes,
 Y halagada tambien por la fortuna.
 Mas ¿qué encuentra? ¡oh dolor! sombras y luto,
 Y al Eurotas hundido entre arenales,
 Que despedido al mar lleva el tributo:
 Al mar, que solitario ronco brama,
 Y entre desnudas rocas se derrama,
 Y de amargas espumas hoy blanquea
 Desiertas playas donde fué el Pireo;
 Y ni ve los laureles de Platea,
 Ni ve de Salamina el gran trofeo,
 Ni escucha los acentos divinales
 De entusiasmo y de ardor... Silencio y muerte,
 Y esclavitud no más halla asustada,
 Que así le plugo á la terrible suerte.

Asilo un tiempo de los lares frigios
 Despues terror del quirinal imperio,
 Infelice Cartago:
 Diéronte cuna horrores y prodigios,
 Pusiste al ancho mar en cautiverio,
 Y de entrambas Hesperias fuiste estrago;
 Ahora ni indicio vago
 De tí puede encontrar el peregrino,
 Y el ábrego ardoroso
 Arrebata en confuso remolino
 Sedienta arena en tu desnudo suelo.
 ¿Dónde hallaré tus poderosas naves?
 ¿Dó tus huestes pavor del Aventino?
 ¿Ni aún duran los hundidos arquitrabes;
 Y tronchadas columnas, que las llamas
 Perdonaron tal vez, y referian
 Mudas su fin aciago y desastroso?
 Sepultólas el suelo que oprimian.

No ostentes, Roma ufana,
 Tus famosas ruínas,
 Triste esqueleto de gigantes glorias.
 Si cuidadosa examinas
 Tanta reliquia vana
 De gimnasios y termas, arcos, templos,
 Verás son desengaños vividores,
 Verás que son ejemplos,
 Que el tiempo destructor ha perdonado
 Para ser escarmiento á los mortales.
 Mas ¿dónde, dónde están ¡tristes memorias!
 Los cónsules, tribunos, dictadores,
 Y altos emperadores,
 Que cercados de triunfos y victorias
 Incienso divinales alcanzaron,
 Y á sus piés la fortuna encadenaron?
 Sobre sus tumbas olvidadas crece
 El solitario cardo, entre las piedras
 Hendidias penden las bastardas hiedras,
 Que con triste silbido el viento mece,
 Y en las horas nocturnas
 El cárabo afligido,
 Que acaso anida en las volcadas urnas,
 Esparce por las sombras su alarido.

Así existen los restos suntuosos,
 Que, oh Roma, guardas y aún altiva ostentas:
 Así existen columnas y colosos.
 ¿Pero por consolarte acaso cuentas
 Con que así durarán con gloria tuya?
 ¡Ay! verás pronto su total ruína,
 Serán desmoronados,
 Y en vil polvo tornados;
 Que de Saturno la cruel guadaña,
 Que todo lo confunde y extermina,
 Aún en vestigios sin piedad se ensaña.

Nada se tornarán... ¿Dónde me lleva
 A dónde mi dolor?... ¿Por qué mi mente
 En amargos recuerdos hoy se ceba,
 Sin advertir el mal que está presente?
 ¿Qué importa que pasaran
 Tantos imperios, tan excelsas glorias,
 Que fueron y no son?... Nosotros mismos
 Yaceremos en fin: en soledades
 Se tornarán tambien estas ciudades
 Que hora son nuestro encanto:
 Se hundirán del no ser en los abismos,
 Ni quedarán memorias
 De que aquí descollaron. Los verjeles,
 Hora nuestra delicia,
 Se tornarán malezas y pantanos,
 O ronco mar, que roto entre bajíos,
 Hierva y brame, y asombre á los navíos.
 Museos que Minerva ve propicia,
 Alcázares que habitan los tiranos,
 Templos y torres, puentes y murallas,
 Caerán, caerán entre las fieras manos
 Del tiempo asolador. Cuanto hora existe
 Todo perecerá, cual perecieron
 Altas naciones que en el mundo fueron:
 ¿Quién el empuje de la edad resiste?

Como el raudo torrente
 Nace en la sierra y corre en la llanura,
 Y por más que se oponga á su corriente
 Ora un profundo valle,
 Ora de antiguo bosque la espesura,
 Ora una alta colina ó fuerte muro,
 Abre espumoso á su carrera calle
 Hasta llegar al mar; de aquesta suerte
 Corre el orbe á los brazos de la muerte.





ROMANCE

Oculto entre la espesura
De recios troncos sombríos,
Que, aunque de musgo se adornan,
De su vejez dan indicios;

Besando negras pizarras
Con manso y blando rúido,
Corre Bembézar humilde,
Sin presunciones de río.

En su márgen escondida,
Mientras retozan lascivos
Sobre la yerba y las flores
Los cándidos corderillos;

De pechos en el cayado,
Con semblante pensativo,
Contempla aquellos lugares
El infelice Lorindo.

Un año de aquella orilla
Le tuvo ausente el destino,
Y hora vuelve donde encuentra
En vez de amores desvíos.

Al fin, rompiendo el silencio
En que yace sumergido,
Prorumpo de esta manera
Con lágrimas y suspiros:

Riberas donde otro tiempo
Tan venturoso me he visto,
Bosques espesos y ocultos
De mis delicias testigos,

Dulces aguas, que suspensas
Visteis los amores míos:
Aquí mis encantos fueron;
Y hora es sólo mi martirio.

Ya desdeñosos me miran
Aquellos ojos divinos,
Que dan color á estas flores,
Que dan á estas peñas brillo.

Y al rigor de su desprecio
Vengo á morir ¡hado impio!
En estos mismos lugares
Donde gocé sus hechizos.

Aún en las blancas cortezas
De estos álamos altivos
El de Virta con mi nombre
Entrelazado diviso.

¿Por qué no los han borrado
Las lluvias de enero frío,
Ya que en el pecho mudable
Borró ausencia mi cariño?...

Mas ¡ay! que los respetaron,
Para que con mudo grito
A Virta llamen ingrata,
Y desdichado á Lorindo.

Reciba grato mi lloro
Vuestro seno cristalino,
Dulce raudal apacible,
De mi amor trasunto vivo.

Aquí teneis nombradía,
Y entre juncias y carrizos
Tributo os dan mil arroyos.
Gozais el nombre de río;

Pero en dando cortos pasos
Con el Betis confundido,
Bembézar ya nadie os nombra,
Porque así el hado lo quiso.

Tal sucedió á mis amores:
Aquí inocente y tranquilo
Los gozaba, imaginando
No verlos jamás marchitos:

De este suelo la desgracia
Me apartó, y al punto mismo
Pasaron cual vos, se hundieron
En torpe y oscuro olvido.

1810

LETRILLA

¿Te vas y me dejas,
Traidor, fermentido?
¿No hiere tu oído
Mi amargo gemir?

Escucha mis quejas,
Detente, inhumano...
Mas ¡ay! que es en vano
Tu fuga impedir.

El alma, la vida
Me llevas contigo,
Cruel enemigo,
Perverso amador.

En penas sumida
Me dejas y ries,
Y ufano te engries
Al ver mi dolor.

Lorindo engañoso:
¿Es mármol tu pecho?
¿De bronce está hecho
Tu seno cruel?

¡Traidor! ¡alevoso!
Delicias brindabas,
Y horrendo ocultabas
Ponzoñas y hiel.

Aléjate, ingrato,
Desprecia mi acento,
Que vaga en el viento
Sin nada valer.

Tu pérfido trato
De gozo te llene.
Mi mal te enajene
Con fiero placer.

No importa, algun día
Será mi venganza,
Que á todos alcanza
La flecha de amor.

Rendido á una impía
Veráste muriendo:
Y entónces riendo
Veré tu dolor.

1818



A OLIMPIA

DEDICÁNDOLE VARIAS COMPOSICIONES

Oye afable, hermosa Olimpia,
De mi lira los acentos,
Y á tu ternura recuerden
Que tu amor vive en mi pecho.

Estas son ¡ay! las canciones,
Los afortunados versos,
Que el Tajo y el Manzanares
En sus jardines oyeron;

Cuando junto á tí dichoso
En llama feliz ardiendo,
Sólo anhelando agradarte,
Mi labio los daba al viento.

Si algo valen, dulce Olimpia,
Es porque resuena en ellos
Tu nombre, y porque lograron
Serte gratos aquel tiempo.

Benigna acógelos: oye
Cual te están siempre diciendo
Que tú sola eres mi encanto,
Que en mí tu amor será eterno.

Y si el destino sañudo
De tí me aparta violento,
Robándome tus caricias,
Dejándome llanto y duelo;

Ora los climas helados
Alumbren tus ojos bellos,

Ora á la zona abrasada
Dé vida tu blando aliento;

Recuérdente mis afanes,
Tu amor, mi delirio ciego,
Mi constancia, tu ternura,
Mi dicha y tus juramentos.

Y aquellos veloces días
De encanto y delicias llenos,
En que las floridas selvas
Arder nuestras almas vieron,

Y escucharon silenciosas,
Cómo tu labio de fuego
Me ofreció constancia eterna,
Triunfadora de los tiempos.

¡Ay! si tanto consiguieran,
¡Ilusiones de consuelo!
Que al despertar en tu mente
De nuestro amor los recuerdos,

Se humedecieran tus ojos,
Y palpitara tu seno,
Y lanzaras un suspiro,
De mi fe constante en premio...

Entónces ¡ah! no trocará
Estos mis humildes versos
Por los laureles de Taso,
Ni por las glorias de Homero.

1819.

SONETO

¡Ay, que de vuestro labio purpurino
Aterrado escuché, temblante y mudo,
Que iba á romperse para siempre el nudo
Con que mis dichas enlazó el destino!

Antes hendiendo el aire cristalino
Descienda tronador el rayo agudo
Sobre mi frente misera, y sañudo
Me confunda en humoso remolino.

¿Y qué, Olimpia cruel, has olvidado
Mi amor, tus juramentos?... ¡fiera suerte!
¿Y tú los romperás con brazo airado?...

¿Por qué ántes de mirarte y de quererte,
Al hondo sueño del sepulcro helado
No me arrastró la compasiva muerte?

1819.

A OLIMPIA

¡Ay, cuánto tiempo en inquietud sombría
 Mi pecho palpitó, desde que el fuego
 De tus divinos ojos y semblante
 Hirió con su esplendor el alma mía!
 Y yo infeliz, y deslumbrado, y ciego,
 No alcanzaba á saber lo que sentía:
 Y de tí léjos, tímido y errante,
 Sin notarlo, en tu amor mísero ardía.
 Tal vez en las entrañas de la tierra
 Así se oculta y ceba, y arde, y crece
 La llama asoladora,
 Que al fin hendiendo la fragosa sierra,
 Ardiente y tronadora
 En volcan horroroso resplandece.

Buscando la quietud, al pecho mío
 Del escondido amor arrebatada,
 Del Bétis olivoso
 Las márgenes amenas,
 De sacros bosques y verjeles llenas,
 Pisé confuso, y sin hallar reposo.
 Del apacible río
 Las transparentes ondas sosegadas,
 Sus frescas alamedas silenciosas,
 Del vagaroso céfiro agitadas
 Al rojo amanecer, las lindas flores
 Risueñas, olorosas,
 Que en ellas blandamente se mecían,
 Su fragancia ostentando y sus colores,
 Nada á mi mente, nada le decían:
 A mis ojos natura muerta estaba,
 Y en lágrimas mi rostro se inundaba.

Ora hácia las arenas
 De gloria y triunfos y escarmiento llenas,
 Que azota el mar undoso gaditano,
 Mis plantas me arrastraban nuevamente,
 Pensando hallar del alma
 La paz perdida y la tranquila calma
 A vista del magnífico Océano.
 El giro de los mares de Occidente
 En vano el pensamiento me ocupaba;
 En vano procuraba
 Exaltar mi agitada fantasía
 El espacio sublime de las ondas;
 Ya cuando hirviendo con salobre espuma,
 Al cierzo bramador se entumecía,
 Y alzando al ciclo las arenas hondas,
 Los ásperos escollos combatía;

Ya cuando adormecido
 El cielo de zafir puro y sereno
 Reverberaba plácido en su seno:
 Mas nunca mis pesares
 Conseguiste aquietar, dios de los mares,

Tal vez rendido á mi afanar tornaba
 Del regío Manzanares á la orilla,
 Y necio imaginaba
 Que el fausto y pompa, en que orgullosa brilla
 La gran ciudad, señora
 De dos mundos, calmara con su encanto
 Mi mortífera pena roedora.
 Mas ¡ay! en los magníficos salones
 De oro y púrpura bárbara adornados,
 So las soberbias cimbrias y artesones
 De refulgentes tintas esmaltados,
 Y en plazas, y en liceos, y en jardines,
 El frío tedio y el pesar infando
 Mi corazón estaban devorando.

¿Y qué, dije, será que las estrellas
 Vieron con ceño el infelice día
 Que empecé á respirar?... ¿Será, oh destino,
 Que siempre el hombre en misera agonía
 Arrastre su existir?... Si esta es la suerte
 Que guardan los arcanos
 A la raza infeliz de los humanos,
 Ven sin tardanza, ven, ¡oh dulce muerte!
 Siega piadosa la garganta mía,
 Descanse al ménos en la tumba fría.

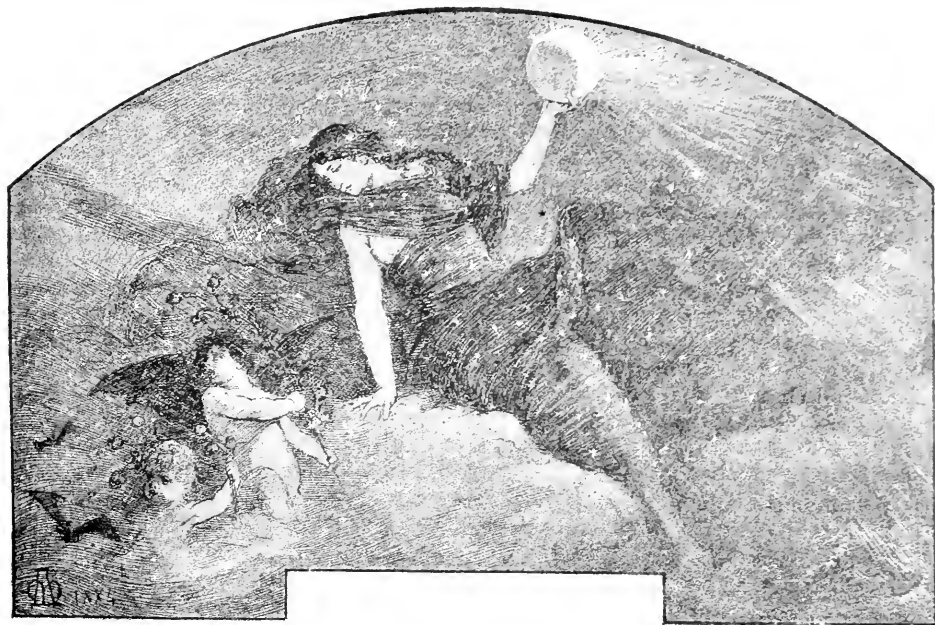
Cuando tornas, Olimpia, á esta ribera,
 Bella como la luna refulgente,
 Que en apacible y grata primavera,
 Cándida ostenta la argentada frente,
 Y lánguida y luciente
 Desde su carro azul derrama brillo,
 Al través de las nubes plateadas,
 Del blando cefirillo
 Con vagarosas plumas agitadas,
 Te ví, y me estremecí; torné á mirarte,
 Y el denso velo que mi amor cubriera,
 Rasgóse de repente, y descubierta
 Miré mi corazón, y en él patente
 La oculta causa de mi angustia fiera.
 Y reventando el escondido fuego,
 Tronó como un volcan, tu amor buscando,
 Y tu amor, y tu amor sólo anhelando.

Yo entónces mudo, y pavoroso, y yerto
 No sé lo que sentí... Vuelvo, y turbado,
 De horrible duda y timidez cercado,
 Pero en alas de amor, á tí me allego,
 Y mi calma, y mi paz, y mi sosiego,
 Y mi dicha te pido,
 Abrasado en tu amor y confundido.
 Y ¡oh delicioso instante,
 De ventura y placeres el primero!
 Tu divino semblante
 Ví de rubor purpúreo enrojecido,
 Latir tu seno cándido y turgente,
 Tu labio balbucir, tu altiva frente,
 Emula acaso del mayor lucero,
 Blandamente inclinarse, y un suspiro
 De tu boca de rosa
 Escuché, fui feliz, y al punto huyeron
 Oculto tedio y pena silenciosa
 Y tristeza y afán. Los que ya fueron
 Objetos mudos á mi triste mente,
 Me hablan al corazón. Fragantes flores,
 Verdes arbustos, árboles sombríos,
 Claros arroyos, cristalina fuente,
 Súaves amorosos ruseñores,
 Noche pura, serena, sosegada,
 Ronco hervoroso mar, sonoros ríos,
 Aurora de azucenas coronada,
 Eterno luminar padre del día,
 Amenas soledades,
 Opulentas magníficas ciudades,
 Ya herís mi fantasía,
 Y os contemplo y admiro,
 Que por doquier amor y amores miro.
 ¡Oh, cuántas sensaciones deliciosas

Alberga el corazón, correspondido
 Del dulce bien que le eligió natura!
 ¡Cuán feliz es el alma ardiente y pura,
 Que es de un sincero amor dichoso nido!
 ¡Cuán venturoso yo!... Mas ¿qué tremenda
 Imágen espantosa
 Me asalta el pensamiento?... ¡Olimpia mía,
 La vida es tan fugaz, tan presurosa!
 Jamás ansié la eternidad, y lento
 Juzgaba el vuelo de los años mudo.
 Mas ¡ah! desde que aliento
 El aura del placer y la alegría
 Siempre á tu dulce lado,
 Desde que tú me hiciste afortunado,
 ¡Cuán rauda, cuán ligera
 Encuentro de las horas la carrera!
 Sí, miro con pavor que el tiempo crudo,
 Que todo lo sepulta inexorable
 En el no ser oscuro y espantable,
 Airado nos acecha
 Cual fiero cazador con dura flecha
 A las tiernas amantes tortolillas,
 Que en la florida rama
 Se acarician sencillas,
 Ardiendo en dulce y venturosa llama.

Las matizadas y risueñas flores,
 Que en nuestro redor brotan ahora,
 Desmayadas, marchitos sus colores,
 Al fin caerán. La planta voladora
 De la edad hollará nuestros amores,
 Y el hielo, y la aridez, y al fin la muerte...
 ¡Ay! llegará el momento de perderte!





ELEGÍA

Noche terrible y tenebrosa, ¿dónde
La pura luz que encanta el alma mía,
De mis ojos tristísimos se esconde?

¿Dó están ¡ay! mi consuelo y mi alegría?
¿Dó mi Olimpia cruel, que así me deja
En hondo afán, en mísera agonía?

Quando el carro del sol huye y se aleja
A los desiertos mares espumosos,
Acude grata á mi amorosa queja;

Y ya en sus altos cercos vagarosos
Las pálidas estrellas resplandecen,
Resaltan los luceros relumbrosos:

Y mis ojos con llanto se oscurecen,
Porque no encuentran á su dueño amado,
Y en triste sombra ¡ay miseros! perecen.

¿En dónde estás, mi bien? desalentado
Corro en tu busca con dudosa planta,
Y torno, y no te encuentro, desdichado.

¿Quién te roba á mi amor con fuerza tanta
Que á arrancarme no vienes compasiva
El áspero dogal de la garganta?

¿Tal vez, tal vez la saña vengativa
De algun duro tirano te detiene,
Y que consueles mi afanar te priva?

¿Tal vez me has olvidado, y te entretiene
Alguno más dichoso?... ¡Oh Dios!... Perdona:
Siempre el tierno amador recelos tiene.

Noche, noche terrible, tu corona
De altas estrellas hunde en Océano,
Y contigo el horror que me aprisiona.

Y brille en el Oriente el soberano
Resplandor de Titan, y su luz pura
Rompa de mis sospechas el arcano:

Y vuelva yo á gozar de la hermosura
De mi Olimpia adorada, y su ternura
Compense mi afliccion y mi amargura.

Vuela, oh noche fatal, y con presteza
Llévate mi tormento y mis temores,
Y de mis crudos hados la aspereza.

Y á tí, sueño apacible, de tus flores
Una guirnalda tejeré olorosa,
Si templas mis cuidados reedores.

Ven ¡ay! ven á mi ruego. Presurosa
Huirá la noche en viéndome en tus brazos,
Y calmarás mi angustia congojosa.

Tú sabes dulce apresurar los plazos
De penas y dolores: ven llamado
Y envuélveme amoroso entre tus lazos.

Mas ¡ay! que huyes tambien apresurado,
Y te alejas de mí con rauda vuelo
De mis ásperas penas asustado.

Y la noche reacia enluta el cielo,
Y retarda cruel su paso mudo,
Como si se gozara en mi desvelo.

Volad, horas terribles... ¡Oh sañudo
Furor del hado!... Noche perezosa,
Jamás cual hoy sentí tu rigor crudo.

Ya me asaltó tu sombra temerosa
En medio de las ondas de Océano,
En tempestad horrisona y fragosa,

Y desprecié la furia del mar cano
Y el ronco són del desatado Noto
Y el negro aspecto del escollo insano.

Y ví tranquilo al tímido piloto
Pálido alzar al alto firmamento
Temblantes manos y ferviente voto.

Tambien tendiste por el vago viento
Tus negras alas y tu sombra triste
Con silencioso y presto movimiento,

Y entre yertos cadáveres me viste
Herido, y combatir la muerte fiera,
Y pavor á mi pecho no impusiste.

Y pasé de tu plazo la carrera
Entre confusa plebe amotinada
Del aurífero Tajo en la ribera.

Y la pasé con planta fatigada
Solo, descaminado, perseguido,
Huyendo del poder la fuerza airada:

Mas nunca, ¡oh noche! tan tremenda has sido
Para mi corazon; nunca tan lenta
Para darme tormento has discurrido.

¡Ah! que ya al escuchar cual se lamenta
Mi espíritu abatido se entenece,
Y recoge sus sombras y se ausenta.

Sí, ya el rosado oriente se esclarece,
Y la primera luz del nuevo día
A mis cansados ojos resplandece.

Saca tu blanca faz, aurora fria,
Y muéstrame do está mi Olimpia hermosa,
Y consuela risueña el ansia mía.

Mas si la airada suerte rigorosa
De su luz para siempre me ha privado,
No ostentes, no, la tuya esplendorosa,
Déjame en noche eterna sepultado.

1819.



ROMANCE

¿Ves, Olimpia encantadora,
Cuán amorosas las hiedras
Enlazan los recios troncos,
Que Tajo apacible riega?

Pues del tiempo el curso airado
No rompe union tan estrecha;
Antes con vínculos nuevos
Más la afirma y encadena.

En mis inocentes años,
 Cuando mis contentos eran
 Correr tras las mariposas
 Por esta risueña vega,

Deshojar las rosas lindas,
 Que esmaltaban sus florestas,
 Y hacer casitas y torres
 Con este barro y arena;

Ya ví estos troncos vestidos
 De las mismas fieles hiedras,
 Aunque tal vez más lozanas,
 No en union ménos estrecha.

¡Cuántos mayos han pasado
 Desde aquel tiempo! Contempla
 Cuántos sucesos diversos,
 Cuáles trastornos y guerras.

Fuentes que ví engalanadas
 De claros raudales llenas,
 Míralas rotas y hundidas,
 Y abandonadas y secas.

Los edificios soberbios
 Que honraban estas riberas,
 Yacen en tristes rüinas,
 Que de espanto el pecho llenan;

¡Y qué de altivos colosos
 Que tocaban las estrellas,

Fugaces desaparecieron
 Como la delgada niebla!

¡El curso de pocos años
 Cuál ha mudado esta tierra!
 Jóven soy, más yo la he visto,
 De lo que hoy es bien diversa.

¿Y sólo el amor subsiste
 Que enlazó estas alamedas
 Con los venturosos nudos
 Que tan firmes se conservan?...

Lo que eterno parecía,
 Deshízose con presteza,
 Y sólo duran los troncos
 Abrazados de las hiedras.

Y si alguno se ha secado,
 No le abandonaron ellas;
 Y si hay alguna marchita,
 Ellos firmes la sustentan:

Como diciendo á la muerte:
 No tenemos tu crudeza,
 Que mientras el uno exista,
 Los lazos seguros quedan.

¡Ay! ejemplo de los nuestros,
 Oh mi Olimpia, siempre sean:
 Y así unidas nuestras almas
 Vivan edades eternas.

Avonnet., 1819

SONETO

Olimpia bella cual la fresca Aurora,
 Gentil más que la cándida azucena
 Que de fragancia y granos de oro llena,
 En el verjel descuella triunfadora:

Ten compasion de quien rendido adora
 Tu imágen celestial, y la cadena
 Que en mi cuello infeliz áspera suena,
 Torna en guirnalda que me envidie Flora.

Sí, Olimpia, sí: tu plácida hermosura
 No puede en sí abrigar alma de acero,
 Muévate mi pasión sublime y pura.

Premie tu amor mi amor firme y sincero;
 ¡Ay! si te muestras á mi llanto dura,
 Verás, cruel, como á tus plantas muero. 1819

ROMANCE

¿Qué importa, adorada Olimpia,
Que la suerte nos arranque
De las riberas de Tajo,
Y nos lleve á Manzanares?

¿Qué importa mudar de sitio,
En tanto que no se aparten
Nuestros tiernos corazones,
Nuestras firmes voluntades?

No las flores matizadas
Que en estas orillas nacen,
Dando contento á los ojos,
Dando fragancia á los aires,

No las frescas alamedas
Que se elevan arrogantes,
Pobladas sus verdes cimas
De canoras dulces aves,

No de Tajo delicioso
Los apacibles raudales,
No los pintados verjeles
Que adornan su rica márgen,

Causan el dulce contento,
Forman el gozo envidiable,
Que se anida en nuestras almas
Sencillas, tiernas y amantes.

Doquiera, adorada Olimpia,
Que el destino nos arrastre,
Allí seremos dichosos,
Mientras amor nos enlace.

Goce yo la pura lumbre
De tus ojos divinales,
Goce ver tu hermoso seno
Siempre por mí palpitante;

Oiga tus ardientes labios
Decirme amores suaves,
Suspirar celosas quejas,
Constancia eterna jurarme;

Y mas que el hado enemigo
Furioso nos arrebaté
A las arenas de Libia,
O á las nieves de los Andes.

1819

A OLIMPIA

Dulce señora mía,
Más lozana y gentil, y más hermosa,
Que al despuntar el día
Se muestra por abril purpúrea rosa:
¡Cuán venturoso vivo
Desde que soy de tu beldad cautivo!

¡Félice cautiverio
Más que la libertad! De él no saliera
Si el soberano imperio
Del anchuroso mundo me valiera,
Que es triunfo glorioso
Eslavo ser de dueño tan hermoso.

El soberbio tirano,
A quien se humilla el apartado Oriente,
Y perlas el mar cano
Tributa, y Tíbar oro refulgente,
Su alta soberanía
Gozoso por mi suerte trocaria.

Porque ¿quién ¡oh señora!
Puede anhelar más gloria, que humillado
Mirar la encantadora
Beldad vuestra, rindiendo encadenado
El alma y albedrío
A vuestro delicioso señorío?

Y contemplar humilde
La majestad y gracia del semblante,
Y el fuego irresistible
De los modestos ojos, y el crispante
Y nítido cabello
Que orna la frente y el gallardo cuello?

Y ese pecho divino
Que vence en candidez al alba pura,
Y el talle peregrino,
Y el soberano todo y compostura,
Y la mano de nieve,
Y el brazo de alabastro, y el pié breve?

Y ¿qué dicha más alta
Que escuchar embebido vuestro acento,
Do esplendente resalta
El noble y generoso entendimiento,
Que os dió naturaleza,
La discrecion uniendo á la belleza?

Si mil cuellos contara,
Todos á vuestro yugo, ¡oh mi señora!
Ufano presentara;
Pues desque á vuestra planta encantadora
Me rendí por cautivo,
Feliz, glorioso, y envidiado vivo. 1517

CANTILENA

Mil veces venturoso
Y mil, amada Olimpia,
Quien goza tus encantos,
Y para tí respira.
Suspirar á tu lado,
Mirar tu faz divina,
Ver palpar tu seno
Que es de Dione envidia,
Sentir el dulce rayo

Con que tus ojos brillan,
Enardecer tu pecho,
Llenar tu fantasía,
Escuchar de tu boca
Palabras expresivas,
Merecer tus cuidados,
Disfrutar tus caricias,
Fuera ¡ay! el bien supremo
Y el colmo de mi dicha. 1519.

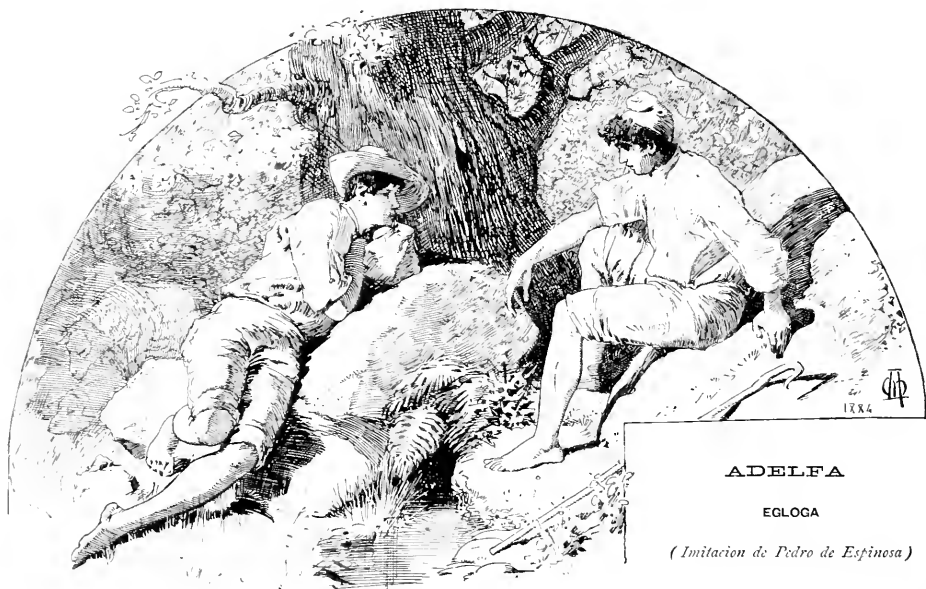
SONETO

Jamás marchite tu beldad lozana
El tiempo volador, Olimpia mía:
Tus ojos siempre al luminar del día
Ofusquen, y tu frente á la mañana.
Brille eterna en tu faz la nieve y grana,
Y placeres revuelen á porfía,
Trisquen las gracias, y el amor sonría
En torno á tu belleza soberana.

Y el claro sol en el risueño oriente,
Mil y mil veces de esplendor vestido,
Tu fiesta anuncie grato refulgente:

Mas venga ¡ay! á mirar correspondido
Por tí, mi tierno amor puro y ardiente,
De los tiempos triunfando y del olvido. 1519.





ADELFA

EGLOGA

(Imitación de Pedro de Espinosa)

Poeta—Lauriso—Mirtilo

POETA

Si el ronco acento de la lira mía
 Consiguió venturoso interesarte,
 Olimpia bella como el claro día,
 Tu amor cantando, y el furor de Marte;
 Estos humildes versos, que Talía
 Me dictó acaso, logren agradarte:
 Y escucha al són de la campestre avena
 De mis zagales la canción serena.

Una cansada y perezosa siesta
 Cuando el ardor del encendido Febo
 Las fuentes disminuye, el campo tuesta,
 Y no consiente á los ganados cebo;
 A buscar el ambiente en la floresta,
 Lauriso, gallardísimo mancebo,
 Orillas de un arroyo sossegado
 Encaminó su retozon ganado.

Tal vez allí gozando la frescura
 El gracioso Mirtilo se encontraba.
 Ambos jóvenes eran, y en dulzura
 Para el canto, ni Pan les igualara.
 Al pié de un olmo cuya verde altura
 Les daba grata sombra, y de la clara
 Corriente al resonar, así cantaron,
 Y las Ninfas del bosque lo escucharon.

LAURISO

No sólo allá en las cortes y ciudades
 Ejerce el crudo amor sus tiranías,
 Ni el insano rigor de sus crueldades
 Ostenta en las florestas y alquerías;
 En los pechos también de las deidades,
 Y entre las ondas de las aguas frías,
 Del duro amor el insaciable fuego
 Enciende con su flecha el niño ciego.

Por verde prado y suelo delicioso,
 Que Flora esmalta con matiz divino,
 Para unirse á Neptuno proceloso
 El ancho Bétis tuerce su camino.
 Y á registrar su estado poderoso
 Sacó la faz del seno cristalino
 Una tarde tal vez, y acaso viera
 A la zagala Adelfa en su ribera.

Sus ojos al momento el Númen ama,
 Que le abrasaron con su dulce fuego,
 Y ardiendo del amor en viva llama
 Perdió la régia calma y el sosiego.
 Su tierno pecho con la ausencia inflama,
 Y á fuer de amante con humilde ruego
 Sale á la orilla, y entre blandas flores
 Así rendido explica sus amores:

MIRTILO

Vuelve ¡oh mi sol! alegre esta ribera
Con pura luz de tus hermosos ojos.
Torna, zagala; tu crueldad no quiera
Con desdenes causarme más enojos.
Ven á gozar tranquila y placentera,
A tus plantas rendida por despojos,
De mi riqueza la abundante fuente,
Que para tí la guardo solamente.

No nacen en mi orilla carrizales,
Ni frágiles helechos, ni espadaña:
Mosqueteros y mirtos y rosales
Son los que mi corriente copia y baña.
Sauces, olmos, laureles eternos
Pueblan en vez de la flexible caña
Mi alegre márgen, que en mi régio asiento
Jamás groseros vástagos consiento.

Jacintos y claveles carmesíes,
Rojos carmines, blancas azucenas,
Morados lirios, jaldes alhelíes,
Frondosas parras, frígidas verbenas,
Y maravillas, gualdas y turquíes,
Esmaltan mis dos márgenes amenas,
Que desde el punto que tu ausencia vieron
Mustias quedaron, su esplendor perdieron.

Por lo mejor de Hesperia se derrama
Mi corriente feliz, en todo el mundo
Mi poder suena y mi esplendente fama,
Igual á la del piélago profundo.
En cuanto ve del sol la eterna llama
Respétase mi nombre sin segundo:
Y humildes el ocaso y el oriente
Me dan tributo de metal luciente.

Al mismo mar no cedo en poderío,
Que si enojado con mi corva orilla
Salgo, cual suelo por diciembre frío,
El monte enhiesto á mi furor se humilla.
A mi rugiente y espumoso brio
Tiembla asustada la imperial Sevilla,
Y el pino, que es honor de la montaña,
Vuelco en mi espuma como frágil caña.

En medio de mi frígida corriente
De fábrica divina es mi palacio:
Son las columnas plata refulgente,
Son las cornisas nácar y topacio.

Y la soberbia bóveda eminente
Que cierra en torno el atrevido espacio.
Follajes de carámbano, guirnaldas,
Donde brillan turquesas y esmeraldas.

Mis arenas copiosas de abalorio
Y de cándidas perlas y corales:
De los dioses asisto al consistorio,
Que no son más que yo, son mis iguales.
No es mi poder, cual juzgas, transitorio,
Que en las altas esferas celestiales,
Donde Júpiter mora sobre el viento,
Tambien como inmortal tengo mi asiento.

Mas ¿qué es esto sin tí, linda pastora?
¿Qué es esto sin gozar de tus caricias?
Todo por tí lo abandonara ahora
Que en tu amor solo cifro mis delicias.
Zagala, ven: atiende al que te adora,
¿Por qué mi amor ingrata desperdicias?...
¡Ay cuántas ninfas por lograrlo hicieran
Mi gusto, y por felices se tuvieran!

Aglaura, la graciosa Peypoea
El dulce amor que te consagro envidian,
Y unidas con la blanca Galatea
Para ablandarme de consuno lidian:
Mas como amarte mi destino sea,
Sus importunaciones me fastidian:
Harto lo advierten, llóranlo, y cansadas
Se esconden en mis selvas apartadas.

Ven, responde á mi amor... ¿Amas las flores?
Mi márgen con tu luz esclarecida
Te las dará tan lindas en colores
Como tu gusto ó tu capricho pida:
El aura inundarán con sus olores,
Y si de ellas tu frente veo ceñida,
Despreciaré las que desparece Flora,
Las que en el seno brillan de la aurora.

¿Te divierte el cazar? Un bosque umbroso
Consagraré á tu nombre, donde halles
El ágil ciervo, el jabali espumoso,
Mejor que de las sierras en los valles:
Do jamás entre el sátiro amoroso,
Y de altos olmos en torcidas calles
Las tórtolas amantes aprisiones,
O al descanso tranquila te abandones.

¿Quieres mando y poder? Tuyo es el mío.
 ¿Quieres nombre inmortal, eterna fama?
 Los dulces cisnes que en mi curso frío
 El fuego excelso de Helicon inflama,
 De su canto sublime al poderío
 Tu nombre harán eterno, y esta llama
 En que ardo yo por tí... Mas ¿no respondes,
 Y á mi cariño y á mi afán te escondes?..

Ten lástima, cruel, de un desdichado
 A quien arrebataste su sosiego,
 Ven á ser la señora de mi estado,
 Ven á gozar de mi cariño el fuego:
 Si mi excelso poder no te ha obligado,
 Muévate el escuchar mi humilde ruego:
 Cáusete compasión mi tierno llanto,
 Oye al ménos las quejas de mi canto.

LAURISO

Así cantaba el dios; su amarga pena
 Comunicaba al apacible viento;
 Los altos olmos de la orilla amena
 Mostrábanse movidos del lamento;
 El aura leve de fragancia llena
 No causaba en las hojas movimiento,
 Y los azules peces se paraban
 Y los dulces amores escuchaban.

Una tarde tal vez, que de amaranto
 Los celajes levisimos tiñera
 Febo desde occidente, el dulce llanto
 Bétis y el blando ruego repetiera:
 Cuando el hermoso objeto de su canto
 Dejóse ver en la feraz ribera,
 Rozagante llenándose la falda
 De flores, para hacer una guirnalda.

En la ya mustia y marchitada orilla,
 Al ver la linda faz de Adelfa hermosa,
 Con nueva y pura luz el aura brilla,
 Se engulana la selva silenciosa,
 Brota el suelo á su planta manzanilla,
 Y la azucena y la purpúrea rosa
 Tornan á demostrar su nieve y grana,
 Cual si vieran la luz de la mañana.

El manso aliento de Favonio blando
 Tornó halagüeño á conmovier las flores,
 Y las graciosas alas agitando
 Esparció los balsámicos olores.

El amoroso ruiseñor, juzgando
 Que tornaban de nuevo los albores
 Que dan principio al esplendente día
 Sus trinos deliciosos repetía.

Mírala Bétis, torna al llanto luégo,
 Y la inocente Adelfa se sonroja,
 Y el dios ardiendo en insaciable fuego,
 Tanta esquivéz y ceño le acongoja:
 Y al ver que nada alcanza con el ruego,
 Y que la ingrata con su amor se enoja,
 Grabó la planta en la mojada arena
 Hollando el amaranto y la verbena.

«Por fuerza, dice, me querrás, pastora,
 Que yo sabré domar tu ceño esquivo.»
 Y tras ella con planta voladora
 Corre veloz, en ademan altivo.
 Adelfa al verlo cerca, triste llora,
 Y apresura su curso fugitivo
 Tímida, sin aliento, presurosa,
 Cual huye del lebreli cierva medrosa.

Y viendo que la alcanza el dios, alzando
 Ambas manos al cielo: «Diana, dice,
 Que los montes y selvas fatigando
 Tu labio al torpe forzador maldice:
 Recuerda que me ves entre tu bando,
 Sé escudo impenetrable á esta infelice.»
 La diosa oyó su ruego, socorrióla,
 Y en la flor de su nombre convirtiôla.

En esa flor hermosa que conserva
 Triste la faz, la condicion esquiva;
 Bella á los ojos y apacible yerba,
 Mas lleno el tallo de ponzoña activa;
 Graciosa de color, de gusto acerba,
 Del sol resiste la calor estiva;
 No la paze el ganado, ni las aves
 Desde ella entonan cánticos sùaves.

POETA

Esta fué, bella Olimpia idolatrada,
 La cancion que entonaron los pastores
 Miéntras la vega estuvo marchitada
 Del sol con los radiantes resplandores;
 Y viendo que la siesta era pasada,
 Coronados de lauro, mirto y flores,
 Con amorosa muestra se abrazaron,
 Y aquel sombroso sitio abandonaron.

CANTILENA

¿Ves, adorada Olimpia,
Cuán fugaz y ligero
Saturno inexorable
Apresura su vuelo?

A su aspecto sañudo
Todo pasa cual sueño,
Que nada se resiste
A su furor tremendo.

Ríndese el necio orgullo
De los hombres soberbios,
Ríndese el poderío,
Ríndese el alto imperio.

Altivos edificios,
Y pomposos trofeos,
Saber, fortuna, gloria,
Todo lo hunde violento.

Montañas en llanuras,
Ciudades en desiertos
A su impulso se tornan,
Se cambian á su esfuerzo:

Mares en ricos prados,
Prados en mar inmenso:
Todo, todo á su curso
Está, Olimpia, sujeto.

Todo lo está á su furia,
Mas no lo está mi pecho,
Ni el amor ardoroso
En que por tí me quemo.

Deslízanse las horas,
Los días van huyendo,
Corren con paso mudo
Los deleznables tiempos.

Y yo firme te adoro,
Y en más voraz incendio,
Cada instante abrasarse
Mi corazón advierto.

Tal vez el tuyo ingrato
Convertiráse en hielo,
Te cansará mi lloro,
Verásme con desprecio.

Odiarás mi memoria,
Serás ¡ay! de otro dueño:
Y yo triste, y constante,
Me abrasaré en tu fuego.

A climas apartados
Me arrastrará violento
El destino terrible,
O acaso mi despecho:

Y ausente de tus ojos,
Y de tu encanto léjos,
Te amaré desdichado,
Por tí arderá mi pecho.

La vejez enojosa
Vendrá con paso lento
Marchitando las flores
Que hora son tu recreo:

Las ilusiones dulces,
Los goces placenteros,
De su rugosa frente
Huirán, y de su ceño.

Blancos cual nieve pura
Tornará mis cabellos,
Y por tí, Olimpia mía,
Se abrasará mi pecho.

La muerte inexorable
Con su brazo de hierro
Segará mi garganta,
Me hundirá en largo sueño:

Y el alma separada
De mi infelice cuerpo,
Te adorará por siempre
Con un amor eterno.

Y en la callada noche,
Cuando reina el sosiego,
De la argentada luna
Al pálido reflejo,

Vendrá, ya leve sombra,
En las alas del viento,
De Tajo venturoso
A los bosques amenos:

Y con hondo alarido,
Perturbando el silencio
De las tranquilas horas
De reposo y de miedo,

Olimpia, Olimpia amada,
Dirá, y oírlo el eco,
En torno el aura dulce
Olimpia repitiendo.

1819.

SONETO

Por más que el Noto silbador pelea
Con el añoso roble, que eminente
Alza en la selva la pomposa frente,
Vana es la fuerza que en troncharlo emplea.

Por más que el mar horrisono blanquea
Contrastando la roca permanente,
Su inmoble resistir firme y valiente
Muestra cuán vano el combatirlo sea.

Así al suspiro de mi ardiente boca
Miro á mi Aspasia en roble convertida,
Y á mi llorar en inmutable roca.

Y ántes acabará mi triste vida
La desesperacion que en mí provoca,
Que logre verla á mi pasión rendida.

1819

LAMENTO NOCTURNO

Noche serena y pura,
Y vosotras, ¡oh estrellas!
Que brillais en el cielo vagaroso,
Desde la inmensa altura
Trémulas luces bellas
Al suelo dando, y plácido reposo:



Si el llanto congojoso
De amantes desdichados
Escuchais compasivas,
Atended ¡ay! las vivas
Penas que me devoran, y cuidados:

Vereis ¡oh cruda suerte!
Que amo, y amado soy, y ánsio la muerte.

Y tú, luna argentada,
Que blanca resplandeces,
Húmeda, y silenciosa, y sola, y fría
En tu rueda elevada,
Y la nieve esclareces
De las cercanas cumbres de Fonfria;
Tú, que á la diosa mia
Lánguida te asemejas,
Y tú, que amada fuiste,
Y que también vertiste
Llanto de amor en angustiadas quejas;
Oye, que el manso viento
Te llevará en sus alas mi lamento.

¡Ay que en el pecho mío
La más vehemente llama
Arde, que ardió jamás en pecho humano:
La que en su poderío
Con más rigor inflama
La ardiente flecha del amor tirano!

Y el dueño soberano
 Por quien me abraso y muero,
 No esquivo y desdenoso,
 Sino blando, amoroso,
 Cual yo, siente el ardor del niño fiero,
 Y ambos nos abrasamos,
 Y en un mar de desdichas naufragamos.

La horrenda tiranía
 De los hombres crueles
 Frustra las miras del benigno cielo,
 Y en mísera agonía
 Pone dos almas fieles,
 Que en amarse cifraban su desvelo,
 Y en llanto y desconsuelo
 Las hunde airada y fiera,
 Y bárbara se aplice
 Al mirar cual deshace
 Los lazos que natura entretejiera,
 Siempre contradiciendo
 Sus sábias miras, con rigor tremendo.

¿Y puede algun contento
 Gozar el pecho mio?...
 Juzgadlo vos, del cielo lumbres claras,
 Que escuchais mi lamento,
 En vuestro cerco frio,
 Compadecidas de mis penas raras.
 Amor, si incienso y aras
 Te elevan los humanos,
 Y cual Dios los admites,
 ¿Por qué, dime, permites
 Que manden en tu fuego los tiranos,
 Robándote caricias,
 Y tornando tormentos tus delicias?

Avecillas dichosas,
 Que en vuestro pobre nido
 Hallais á vuestro gusto compañía,
 Y tiernas, y amorosas,

Sueño no interrumpido
 Gozáis tranquilas hasta el nuevo día:
 Sin que la fuerza impía
 A entregar os obligue,
 Con bárbaros rigores,
 Vuestros dulces amores,
 A quien os tiraniza y os persigue:
 Vosotras, de mi pena
 Juzgad, y del dolor que me enajena.

¡Oh hiedras fortunadas!
 En el bosque sombroso
 Libres naceis, y libres os es dado
 Buscar enamoradas,
 El árbol generoso,
 Que ha de verse con vos engalanado:
 Y el tronco bienhadado
 Abrazais cariñosas,
 Sin que el poder sañudo
 Os obligue á otro nudo,
 Y así creceis lozanas y pomposas,
 Siendo en las soledades
 Ejemplo del amor largas edades.

Mas ¡ah! que ya el oriente
 La soñolienta aurora
 Esmalta, con sus puros rayos de oro,
 Y de púrpura ardiente
 Los celajes colora,
 Y aun inunda mi faz amargo lloro.
 Ya huye el alto coro
 De lustrosas estrellas,
 Que oyeron mi agonía:
 Pero aunque venga el día,
 ¿Pueden cesar mis ásperas querellas?
 ¡Ay! jamás mi quebranto
 Puede aliviarse, ni cesar mi llanto.

1813.

ROMANCE CORTO

Apacible río,
 Venturoso Tajo,
 Que por la ancha vega
 Te deslizas manso:
 Deten tu corriente,
 Retarda tu paso,
 Y de estos jardines
 Goza los halagos.

Mira que en Toledo
 Te están aguardando,
 Armados de furia
 Desnudos peñascos,
 Que romper descan
 Tus cristales claros.
 ¿A qué te apresuras
 Por ir á encontrarlos?...

Detente, detente;
 ¿No ves cuán lozanos
 Los olmos pomposos,
 Los tilos y lauros
 Sus hojas te ofrecen,
 Te tienden sus ramos,
 De sombra te cubren,
 Te brindan descanso?
 Si tantas caricias
 No bastan acaso
 A parar tus aguas,
 Venturoso Tajo,
 Saca el pecho fuera,
 Y el cabello cano
 De musgo y corales,
 Y flores ornado:
 Verás la belleza
 Del bien que idolatro.
 Verás á mi Olimpia
 Gallarda triscando

Por estos verjeles,
 Florestas y prados,
 Y al ver de sus ojos
 Los ardientes rayos,
 Que vencen la lumbre
 Del rey de los astros,
 Su boca risueña,
 Su pecho nevado,
 Su cándido cuello,
 Su talle gallardo;
 Detendrás gozoso
 Tus raudales mansos,
 Y el rico tributo
 Que das á Oceano;
 Por verla, admirarla,
 Gozar sus encantos,
 Rendirle tus dones,
 Llamarte su esclavo.

1819.

ROMANCE

¿Por qué pretendes, ingrata,
 Que se esparzan por el viento
 De mi labio las canciones,
 Y de mi lira los ecos?

¿Cómo ha de cantar quien vive
 Condenado á llanto eterno?
 Canten los que son dichosos,
 Lloren los que no en silencio.

¿Son por ventura los días,
 Son los felices momentos,
 En que embebida escuchabas
 Mis amores y mis versos?...

¿Son las horas fortunadas,
 En que en dulce llama ardiendo,
 Por mí lloraron tus ojos,
 Por mí palpitó tu seno?

¿Son los instantes de gloria,
 En que todo el universo,
 Envidiando mis fortunas,
 Las contemplaba con ceño?...

¿Son por dicha?... ¡Oh Dios!... Perdona:
 No sé si son, ó si fueron,
 Tu corazón te lo diga,
 Pregúntaselo á tu pecho.

Si no son... ¡horrible idea!
 Antes, retumbando el trueno,
 Lance sobre mí cuitado
 La llama voraz del cielo.

Si no son, mira y contempla
 El mar de horrores inmenso,
 En que sumerges mi vida,
 De mis amores en premio.

Mira dó están tus promesas,
 Dó tus amantes extremos,
 Dó tus lágrimas falaces,
 Que tan felice me hicieron.

Y gózate en mis desdichas,
 Si se cifra tu contento
 En atormentar las almas,
 Y en envenenar los pechos.

Y al escuchar en mi lira
 Las canciones, que otro tiempo
 Canté, de ilusiones dulces
 De eterna ventura lleno;

Recuerda con risa amarga
 Mi amor y delirio ciegos,
 Y cuán feroz has jugado
 Con mis firmes sentimientos.

1819.

LAMENTACION

¡Ay! que en mi labio demudado y frío
 El delicioso canto
 Se torna sollozar, el crudo llanto
 Inunda el pecho mío,
 Y con trémula mano
 Del arpa de marfil recorro en vano
 Las dulces cuerdas de oro,
 Que mudas no responden,
 Y sus ecos esconden,
 Tal vez medrosas de mi acerbo lloro.
 ¿Y qué, amable armonía,
 Tu bálsamo suave así me niegas?
 ¡Oh! ven á consolar el alma mía.

¡Cuán tierna y grata en las frondosas vegas
 De Tajo delicioso
 Me prodigabas tu sonoro encanto:
 Cuando á la par de mi tirano hermoso
 Los verjeles y selvas recorria,
 Al despertar la rozagante aurora,
 Al vivo ardor del luminar del día,
 Al extender su tachonado manto
 La noche sosegada,
 Y al blanco brillo de apacible luna!

¡Ay, áspera fortuna,
 Y cuán fugaces fueron
 Las horas de placer!... Ellas volaron
 Con ala rapidísima, y huyeron,
 Y mi dicha y mi bien me arrebataron.
 ¿Y ya no son los plácidos instantes
 De una ventura, que eternal creía?...
 ¿Los momentos pasaron
 En que inundado de dulzor mi seno,
 Del labio ardiente de mi bien bebía
 Amor, delicias y fatal veneno?

¿No son?... ¿No tornarán?... ¡Horrible idea!
 Antes la muerte su guadaña vibre
 Sobre mi cuello, y el amparo sea
 Que de tormento tan atroz me libre.
 No son, no tornarán; hartos lo afirman
 Tu aspereza y desden, ¡oh bella ingrata!
 Ya no palpita tu divino pecho
 Al escuchar mi voz, ya en dulce llama
 No arden tus bellos ojos al mirarme
 Temblando de congoja y de despecho.
 El tedio por tus venas se derrama,
 Y se pinta en tu ceño desdeñoso,
 Cuando escuchas mi acento lastimoso;
 Y te desdeñas ¡ay! de consolarme,
 Y huyes de mi gemido,
 Cual de sierpe maléfica al silbido.

¡Qué afán!... ¡Cielos! ¿Acaso
 Mi constante pasión, mi fe sincera
 Merecen premio tal?... Inadvertido
 La ví, la amé, y el alma, el alma entera
 Le dí, y el corazón... ¡Oh cuán dichoso
 Al ser suyo me hallé!... Cuando anhelante
 Su pecho palpitante
 Felicidad sin fin brindando al mío,
 A sus blandas caricias
 Un mar desconocido de delicias
 Presentóse á mi ciego desvarío!...
 En él ¡ay! me arrojé, y en él dichoso
 Ví arder sus ojos de esplendor vehemente,
 El amoroso afán orlar su frente,
 Y escuché de su labio purpurino:
*¿Quién ama como yo? Jamás mi seno
 Sintió cual siento de ventura lleno;
 Tú eres el bien que me formó el destino.
 Tales palabras mágicas brotaron*

De la boca de Olimpia, y en mi pecho
Ciego delirio y perdicion sembraron.

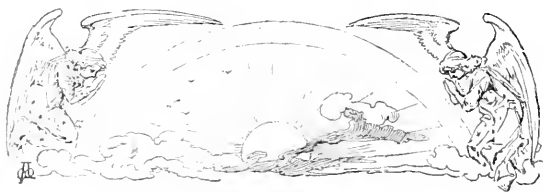
Ciego delirio y perdicion. ¡Ay triste!...
Su ardor y sus palabras, ¿qué se han hecho?
¿Qué se han hecho?... ¿Lo dudo?... Nunca existe,
Y ellas viven tambien. Su labio hermoso
Jamás vertió el aroma ponzoñoso
De vil simulacion. Fiel me asegura
Que premia mi pasion sublime y pura,
Que me amará sin fin, y que algun dia...
¡Oh ilusion que embriaga el alma mia!

Mas ¡ay! ¿Si ella me adora,
Si mi felicidad solo es su anhelo,
¿Qué turba ¡oh Dios! su faz encantadora?
¿Qué motiva su llanto y su desvelo?
Tal vez le mueven mis amargas penas,
Tal vez enjuga mi abundante lloro,
Me prodiga caricias,
Renueva mis delicias,

Fe constante me jura,
De su amor me asegura,
Soy dichoso un instante,
En guirnaldas se tornan mis cadenas,
Y á su amor me abandono palpitante;
Cuando de pronto miro
Morir el fuego que en sus ojos brilla,
Marchitarse la rosa en su mejilla.
Velar su frente el tedio, y un suspiro
En sus labios ¡ay! suena,
Y por más que advertida la refrena,
Alguna acerba lágrima aparece,
Que sepulta mi dicha, y me estremece.

¡Ah, qué cruel tormento!...
Mas ¿adónde me arrastra mi delirio,
Que en bárbaro martirio
Deslizarse las lentas horas siento?...
¡Ay!... ¡Olimpia!... Perdona mis querellas,
Y no te ofenda mi pasion con ellas.

1819





Á OLIMPIA

¡Ay! que mi pecho mísero te adora,
Y ardo como jamás por tí perdido.
Ingrata y hermosísima señora.

¿Y me abandonarás? ¿Y en hondo olvido
Sepultarás mi dicha, y los amores
Que tanto tiempo tu delicia han sido?

Tente, tente, cruel, y no las flores,
Que con mano afanosa cultivaste.
Siegues hoy, despreciando sus colores.

No apagues ¡ay! la llama que cebaste
Tú misma, sí, tú misma con tu fuego,
Y que guardarla eterna me juraste.

Muévate á compasion mi humilde ruego.
Mi bárbaro penar, y el crudo llanto
Con que tus manos y tus plantas riego.

Mira cómo la fuerza del quebranto
Mi juventud agosta, y lentamente
Me arrastra hácia los reinos del espanto.

Mira sin lustre mi lozana frente,
Mi faz de angustia y palidez cubierta,
Y mi labio marchito y balbuciente.

Y en tan terrible turbacion no acierta
Más que á gemir mi acongojado pecho,
Gemir que indignacion en tí despierta.

¡Oh terrible mujer! ¿Y qué se han hecho
Tus promesas, tus lágrimas traidoras?
¿Qué fuerza nuestros lazos ha deshecho?

Pasaron ¡ay! fugaces, voladoras,
De encanto, de placer y de alegrías
Las fortunadas apacibles horas.

Huyeron ¡ay! los venturosos días
En que anhelante, enardecida, loca,
Constancia sin igual me prometías:

En que escuchando de tu ardiente boca
Tanto amor, tan sagrado juramento,
Te juzgaba más firme que la roca.

Y levantaba osado el pensamiento
A un delicioso porvenir, fundando
Altas soberbias torres en el viento.

Mas ¿para qué mi mente recordando
Aquellas ilusiones engañosas,
Está mis crudas penas agravando?

¿Por qué intento con quejas lastimosas
Lograr, beldad cruel, que no desvies
De mí tu amor y gracias deliciosas,

Si desprecias mi acento, y te sonries
¡Oh bárbara crueldad! al llanto mío,
Y de tu triunfo con placer te engries?

¡Tirano amor!... ¡Ah ciego desvarío!...
¿Do apagaré este ardor que me devora?..
¿Dónde huiré, dónde de tu ceño impío?

¿Iré tal vez con planta voladora
A la Zembla polar al sol vedada,
Do noche eterna entre las nieves mora?

¡Ay! que el rigor de aquella mar helada
No templará mi fuego: en sus riberas
Arderá mi pasión infortunada.

¿En frágil nave surcaré las fieras
Aguas del Ponto horrisono y rugiente,
Despreciando sus ondas altaneras?

En el desierto mar, del Occidente
En las remotas playas sólo amarte
Y quejarse sabrá mi pecho ardiente.

¿Cuál es del orbe extenso aquella parte
Do tu amor no me siga y tus rigores;
Do logre ¡ay Dios! del corazón lanzarte?

Huiré, cual de los duros cazadores
Cierva infeliz, á quien taladra el seno
Enherbolada flecha entre dolores,

Que huye, y su daño aumenta, y el veneno
En las entrañas lleva, y de gemidos
En vano deja el bosque oscuro lleno.

Muerte, muerte y no más. Encrudecidos
Tal remedio los hados me presentan,
Y sus decretos se verán cumplidos.

Tus altivos rigores, que se aumentan
A la par de mi fuego inextinguible,
Las penas, que en mi pecho se alimentan,

Ya me arrastran con fuerza irresistible
Al seno oscuro de la tierra fría,
De eterno sueño á la mansion terrible.

Sáciese tu crueldad y saña impía:
Pronto verá mi tumba esta ribera,
Que engañada envidió la dicha mía.

Y condolidos de mi suerte fiera
Entonarán sobre ella los pastores
Cánticos mil con lira lastimera.

Y esparcirán piadosos blandas flores,
Y aquí, llorando exclamarán, *reposa*
Una inocente víctima de amores.

Y entonces tú contenta y orgullosa,
Y con tu triunfo bárbaro engreida,
De mi sepulcro rústico la losa
Vendrás á hollar con planta envanecida.

SONETO

Lauro y triunfos consiga el ambicioso,
Que de viudez y de orfandad seguido,
Dejando el orbe en llanto sumergido,
Sirve á Marte sañudo y horroroso.

A costa de su sueño y su reposo
Gócese el vil tirano en el gemido
Del miserable, que á sus piés rendido
Le acata, y le maldice rencoroso.

Logre un mar de riqueza inagotable,
Pues que riqueza inútil sólo adora,
El avaro mezquino y detestable:

Y déjenme gozar de mi señora
Los dulces ojos, la sonrisa amable,
Y el brillo de su faz encantadora,

1819.

BREVEDAD DE LA VIDA

De flores odorantes coronada,
De Zéfiro en las alas vagarosas
Viene la rozagante primavera,
De la gallarda Flora acompañada.
Matízase risueña la pradera,
Brotan amarantos, lirios y claveles,
Abre su seno cándido la rosa,
Se engalanan florestas y verjeles,
Los árboles pomposos se coronan
De frescas hojas y canoras aves,
Que dulces himnos á la luz entonan,
Llenando el aura de sus trinos suaves.

En pos el seco estío
Marchitando los campos aparece,
Y el don de Ceres ardoroso tuesta,
Retarda el paso el impetuoso río,
Y amarillea en torno la floresta.
La selva más repuesta
Busca el ganado con sediento anhelo;
Que el padre de la luz el viento inflama,
Marchita flor y rama,
Y lanza sus ardores contra el suelo.

Viene luego gozoso
El otoño ostentando sus racimos:
El huerto delicioso
Rinde frutos opimos
A Priapo y Pomona,
De pámpanos hermosos se corona
La Bacante gallarda, corre y canta,
El tirso revolviendo,
Los cabellos al aire desparciendo,
Y el prado huella con lasciva planta.

Mas ¡ay! En pos sañudo
Con faz marchita y con rugosa frente,
Llega el invierno crudo
En los brazos del ábrego rugiente,
Que de sus pardas alas
Granizo aterrador sacude al suelo.
El prado abruma de erizado hielo,
El monte oculta entre tronantes nubes
La cumbre helada que luciente brilla.
Desnudo de su pompa el bosque umbroso
Se encorva al peso de la intensa nieve;
Y el Bétis orgulloso

Rompe altanero por su corva orilla
 Emulo de Neptuno proceloso,
 Y soberbio se atreve
 A las nobles almenas de Sevilla;
 Y ganados, y chozas, y pastores,
 Y antiguos puentes, y robustos pinos,
 Barcas y pescadores
 Arrastra horrendo en raudos remolinos.

¿Qué se hicieron las flores odorantes
 De la lozana hermosa primavera?
 ¿Qué las espigas del fecundo estío?
 ¿Qué de otoño las frutas abundantes?
 ¿Es esta ¡oh Dios! es esta la pradera
 Que tan risueña estuvo? ¿Es este el río,
 Que aorable vi jugar en sus orillas
 Con gualdas y moradas florecillas?

Sí, Dalmiro, estos son: así girando
 Los días sin cesar lo mudan todo,
 Y van las estaciones alternando.
 Pero ¿qué importa que en vejez la tierra
 Llore su brillo y su verdor deshecho
 Por las lluvias, y hielos, y huracanes,
 Que con tanto rigor le mueven guerra?
 Pronto se amansarán, y satisfecho
 De su furia el invierno,
 Renacerá la hermosa primavera,
 Y tornarán los deliciosos días,
 Y brillará apacible el claro cielo,
 Y cobrará su juventud primera
 Regocijado el suelo:
 Que eternas nunca son las nieves frías.

No así las estaciones presurosas
 De la vida infeliz de los humanos,

Por más que los halague la fortuna,
 Se renuevan también. ¡Ay! prestas huyen
 Para nunca tornar! Las deliciosas
 Risas, y dulces juegos de la cuna
 Vuelan fugaces sin volver: las gracias
 De la primera edad desaparecen;
 El entusiasmo, el fuego que engrandecen
 La juventud lozana,
 Se disipan cual sombra á la mañana,
 Y nunca tornan á brillar. ¡Ay! nunca.
 Las dulces ilusiones,
 Que encantan los sensibles corazones,
 Y un mar inmenso de delicia ofrecen,
 ¡Cielos! también perecen
 De la vejez al ceño rigoroso,
 Que con brazo de hielo
 Los encantos que hicieron delicioso
 A nuestra vista el existir deshace:
 Y rasga el grato velo,
 Y horrenda se complace
 En mostrarnos de espinas erizado
 El mundo, y de maldades habitado.

¡Y es tan corto el espacio, oh cruda suerte,
 Que media entre las risas placenteras
 De la cuna inocente, y los horrores
 De la torva vejez! Dalmiro, advierte
 Cuál las horas deslízanse ligeras,
 Llevando en pos de nuestra edad las flores.
 Apenas ¡ay! la primavera hermosa
 De alegre juventud gozar me es dado,
 Y ya de mí se aleja presurosa...
 Detente por piedad.... ¡Ah!... no me atiende
 Y huye, y léjos de mí su vuelo tiende,
 Y se apresuran á correr los días,
 Y van con ellos las delicias mías.

1819.

A OLIMPIA

Arde el fogoso oriente
 En púrpura bañado
 Con la encendida luz del nuevo día,
 Y la aurora esplendente
 Sale del mar sagrado
 Ostentando su encanto y gallardía;
 La crencha de ambrosía
 Celestial empapada
 Desaparece al viento vago,
 Vuela al risueño halago
 De Favonio su veste engalanada:
 Y te mira envidiosa,
 Que eres tú más lozana y más hermosa.

En tu frente serena
 Nace y cándida brilla
 La dulce y pura luz de la mañana:
 La nieve y la azucena
 Esmaltan tu mejilla,
 Templando el fuego de la tiria grana.
 Tu boca soberana
 Vence á la blanda rosa,
 Que abre el preciado seno
 De frescas perlas lleno,
 Y de suave fragancia deliciosa:
 Y si Febo aparece
 La lumbre de tus ojos lo oscurece.

Y la celeste llama,
 Por cuyo robo gime
 El aherrojado Prometeo, ¿dónde
 Más luciente se inflama
 Que en esa alma sublime,
 Tanto que á tu belleza corresponde?
 ¿Qué á tu ingenio se esconde
 Del piélago profundo
 Del gran saber humano?
 Regir tu hermosa mano
 Debiera el cetro del extenso mundo,
 Encantador portentoso
 De gracia y de beldad y entendimiento.

¡Oh si grato el destino
 Pulsar me concediera
 De Terpandro la cítara sonora,
 Y aquel estro divino
 En mi pecho encendiera,
 Que aventaja á la lumbré de la aurora!
 Mi voz encantadora
 El orbe llenaria,
 Tal vez sobrepujando
 A la que resonando
 En los labios de Píndaro algun día
 De Grecia en las ciudades,
 Aún dura combatiendo las edades.

Entónces, sólo entónces
 De entonar me juzgara
 Digno tu nombre, que rendido adoro.
 Y eterno cual los bronce
 Mi acento resonara,
 Cantando de tus gracias el tesoro.
 Y el sacrosanto coro
 De la Eliconia cumbre
 Se humillara á mi canto,
 Y se escuchara en cuanto
 Regocija del sol la viva lumbré:
 Y desde los triones
 Al sur se difundieran mis canciones.

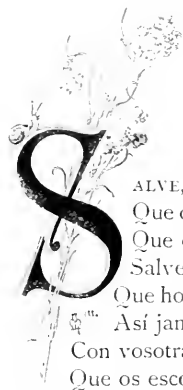
Mas ¡ah! que al contemplarte
 Engrandecerme siento,
 Y el fuego que en mi pecho amor enciende
 Me anima ya á nombrarte,
 Y á tu nombre mi acento
 Por el espacio fúlgido se extiende.
 Ya mis ojos no ofende
 Del sol la lumbré pura,
 Y los vientos me llevan
 Entre celajes á la inmensa altura,
 Do mi lira brillando
 De Iperion la luz está ofuscando.

Y á tu encanto divino
 Giro el espacio leve,
 Esparciendo tu gloria al ancho mundo.
 El enhiesto Apenino,
 Señor de eterna nieve,
 Resuena ya á mi voz. El mar profundo
 Tu nombre sin segundo
 Hervoroso repite.
 Eridano sonando,
 Y tu beldad cantando,
 Deslizaráse al seno de Anfitriote:
 Y el Tíber tus loores
 Escuchará envidiando mis amores.

Y pues tu nombre solo
 Tan alto me sublima,
 Ilustre y hermosísima señora,
 Que el rutilante Apolo
 En la parnásea cima
 Celoso escucha ya mi voz sonora;
 Pues de la destructora
 Segur del tiempo airado
 Por tí libre se mira
 Mi humilde y ruda lira,
 Ceñida en torno de laurel sagrado:
 Sólo se escuche en ella
 Tu nombre y mi pasión, Olimpia bella.



A LAS SIEMPREVIVAS



SALVE, divinas flores,
 Que ornais la más gallarda y linda frente,
 Que el sol mira en su curso dilatado:
 Salve, y gratas oid vuestros loores,
 Que hoy esparce mi labio al puro ambiente.
 Así jamás airado
 Con vosotras el dueño idolatrado,
 Que os escogió para su adorno bello,
 Os separe del nítido cabello,
 Do brilláis gloriosas
 Con pompa vuestra y con envidia mia,
 Perpétuas venturosas,
 Encanto de mi ardiente fantasía.

¿Y qué dichoso amante
 Os puede ver sin anhelar ¡oh flores!
 Que á vuestra duración sea semejante
 La de sus placidísimos amores?
 Sí, hermosas siemprevivas,
 No sujetas del tiempo á los rigores
 Ni al vuelo de las horas fugitivas.

Apacibles, serenas
 Ostentais la beldad que os dió natura,
 A la par de la rosa fresca y pura,
 De lirios y fragantes azucenas,
 Y del clavel ardiente,
 Emulo de la llama refulgente,
 Y de las otras flores variadas,
 Que esmaltan los verjeles y enramadas;
 Y tal vez todas con desden os miran,
 Porque os negara Flora
 El brillo y los balsámicos olores
 De sus graciosas alas,
 Y las risueñas galas,
 Que pomposas ostentan y colores.

Mas ¡ah qué necio orgullo y ufantía!
 Comparen su beldad fugaz y leve
 Con vuestra eternidad; un plazo breve,
 El del más corto y pasajero día,
 Ve nacer y morir á las más de ellas;
 Y las que acaso porque no tan bellas

Ni encantadoras son, tienen del cielo
 Más larga vida y dilatado vuelo,
 O del cierzo helador al silbo horrendo,
 U al granizo tremendo
 Y á las nieves esquivas,
 Y á la aspereza del diciembre frío,
 O á los áridos soplos del estío
 Mueren al fin.—¿Y cuál, oh siemprevivas,
 Por más amada que de Flora sea
 Y más aroma y resplandor posea,
 Conserva su matiz puro y lozano,
 Si de su débil tallo el rudo viento
 La separa violento,
 O alguna dura y despiadada mano?
 Sólo en vosotras tal poder se encierra
 ¡Oh predilectas hijas de la tierra!

Naceis y no morís... ¡Ah! Mi ventura
 Será eterna cual vos?—Vosotras sólo
 Naceis y no morís. Por esto acaso
 Mi Olimpia idolatrada
 Para adornar su espléndida hermosura,
 Que no se admira igual de polo á polo,
 Os prefirió advertida;
 Y os concedió su frente delicada
 En guirnalda lucida
 Placenteras ceñir; y os dió á su seno
 De viva lumbre y de ternura lleno,
 Donde os miro dichasas
 Envidiables latir y arder. Decidme,
 Decidme... ¿Mi ventura
 Es tal, que sois emblema glorioso,
 Emblema que mis dichas asegura,
 De la constancia de su pecho hermoso?

En él vive mi amor... Cual vos eterno
 Jamás se apagará?... Divinas flores,
 Flores encantadoras,
 ¡Ay! servidle de ejemplo á todas horas,
 Y no marchite el tiempo los amores,
 Que son del alma mia,
 El afán, el encanto y la alegría.



A OLIMPIA

Olimpia, ¿dónde estás?... En vano, en vano
 Mis ojos llenos de abundante lloro
 Ansiosos en buscarte se fatigan,
 Que no te ven. Mi labio balbuciente
 Con alto acento sin cesar te nombra,
 Y no respondes. ¡Ay!... Corro anhelante,
 Y de un secreto impulso arrebatado,
 Llego tal vez al sitio en que descuella
 Tu soberbia mansion, y á las paredes,
 Que tu ternura y mis delicias vieron,
 Les pregunto por tí. Recorro en torno
 Su recinto exterior, y al ver cerradas
 Las altas puertas por do tantas veces
 Entré ardiendo en amor, con pié turbado
 A adorar tu beldad esclarecida;
 Y al notar el silencio pavoroso
 Que dentro reina, y al mirar las losas
 De do arrancando la sonante rueda
 Te alejó á mi cariño; el crudo llanto
 Mi faz inunda y mi angustiado pecho.
 Y mis trémulos miembros desfallecen,
 Hielo mortal discurre por mis venas,
 Y giro en derredor la vista, y solo
 Me encuentro en ciega y espantosa noche,
 Y en yerma soledad. ¿Qué es el bullicio
 Del numeroso pueblo, que estas calles
 Y plazas llena, y afanoso ocupa
 Pórticos y talleres? ¿Qué es su estruendo
 Al ausente amador? Silencio mudo
 Que ni hiere su triste fantasía,
 Ni despertarle logra del letargo
 En que se encuentra el triste sumergido.
 ¿Qué es ¡ay! la luz del sol, cuando á su lumbré
 No gozo de tu vista encantadora?
 ¡Cómo agradable su esplendor divino

Era á mi corazón, cuando anhelaba
 Que ardiera en el zenit, para dichoso
 A tus plantas volar, mi amor pintarte,
 Disfrutar tus caricias deliciosas,
 Y ora á tu lado en las frondosas selvas
 Ardoroso vagar, ó los liceos
 Contigo recorrer, ó bien cobarde
 Examinar tu espléndida belleza,
 Y cual vive esculpida aquí en mi pecho,
 Al lienzo trasladarla, el amor mismo
 Grato mi mente y mi pincel guiando!
 ¡Ay! á tu lado, en tu presencia hermosa,
 Escuchando tu acento donde brilla
 La gracia y discreción, ¡cuán dulcemente
 Se deslizaban horas apacibles
 De gozo y de placer! Risueñas horas,
 ¿Dónde os podré encontrar?... ¿Y dónde ¡oh cielos!
 Aquel sabroso y celestial encanto,
 Que por todas mis venas discurría
 Al verla, al admirarla? ¿Dónde el dulce
 Palpitar de mi pecho, y de mi labio
 La timidez cuando turbado, ardiente,
Te adoro, en voz sumisa pronunciaba?...
 ¿Dónde los juegos, dónde los halagos?
 ¿Dó las riñas de amor, que pasajeras
 Como las nubes del sediento estío,
 Daban doble valor á las delicias,
 Que en pos mi dicha sin igual colmaban?
 ¡Oh momentos de encanto y de ventura!
 ¿Cuándo á mí tornareis?... Dulces momentos,
 Momentos deliciosos, ¿acompaña
 Vuestra memoria, por mi bien, á Olimpia;
 Y en tanto que en ligero y rauda curso
 El campo corre, los collados pasa,
 Cruza los ríos y de mí se aleja,

Vuestra memoria y la memoria mía
Llenan su corazón, su pecho ocupan,
Y atrás le hacen volver los ojos bellos
Turbios de llanto, y anhelar que un poco
Se retarde la rápida carrera?

¿Y lo debo dudar?... ¡Ay! Aún sonando
En mi abatida mente está el gemido
Que al viento dió mi Olimpia al despedirse
De mis amantes brazos... Blanca luna,
Tú nos viste, tú sola compasiva
En trance tan cruel, y en lloro amargo
Y en un mar de dolor ¡ay! sumergidos.
Tú escuchastes su amor y sus palabras,
Y tú sus ardorosos juramentos;
Y su divino labio nunca supo
Engañar, ni fingir. Sí, tú nos viste
Separarnos ¡oh Dios!... A pocas horas
El destino feroz embravecido
Me arrebató á mi Olimpia, y en pos de ella
Todo mi bien y la ventura mía.
Y en mi confuso y abismado seno
Vertió el negro raudal de la amargura.

Riberas del humilde Manzanares,
Do la primera vez la viva lumbré
De sus ojos gocé: si visteis gratas
Nacer esta pasión pura y eterna
En que me abraso mísero; si afables
Visteis mi ardiente amor recompensado,
Y á mi felice, de mi hermoso dueño
Al lado encantador, de lindas flores
La frente orlada, y de festivo gozo
Y de dulces placeres rodeado:
Vedme ahora solo, y demudado y yerto
Cual solitaria tórtola viuda,
Que en lo repuesto de la oscura selva
Llora su bien perdido, y mustia y sola
En la alta rama donde fué su dicha,
Su arrullo esperece y su gemido al viento,
Al débil rayo de menguante luna.
Ved trocados los plácidos cantares,
Con que un tiempo solaz os dí, en clamores
Llorando ausente de mi Olimpia amada;
E invocar congojoso y despechado,
El agudo cuchillo de la muerte.

Mas, ¿qué pronuncio? ¿Olimpia! ¿Dó me arrastra
Mi afanoso penar? ¿Por qué pretendo
Acorotar de mi vida la carrera,
De una vida que tengo consagrada
Solo á tu eterno amor: ¡ah! de una vida

Tuya, sí, toda tuya?... ¿Qué es la ausencia
Cuando se ama cual yo? ¿Qué es la distancia,
Cuando del dulce bien que el alma adora
Vive en el corazón la hermosa imagen,
Y á esperanzas dulcísimas se entrega
El constante amador? La áspera frente
Alza en medio del mar el firme escollo:
Giran en derredor de su agria cima
Las borrascosas apiñadas nubes
Con horrisonos truenos retumbando,
Y sobre él lanzan las copiosas lluvias
Y el rayo abrasador: á combatirlo
Viene bramando el huracán sañudo,
Mientras hinchadas las rugientes olas
Embisten sus hondísimos cimientos:
Y él inmutable y fuerte no vacila,
Y permanece firme, levantando
Hasta los cielos la desnuda cumbre,
Y un siglo y otro siglo lo contempla
Triunfador de las furias de Océano,
Y de las sonoras tempestades.
Tal mi pasión será; tal la firmeza
De mi constante enamorado pecho,
Formado sólo para amar á Olimpia.

En vano el tiempo, en vano la distancia,
En vano los rigores de fortuna
Mi amor combatirán: arderá eterno,
Triunfando de la ausencia y del olvido.
Sí, separado de mi Olimpia amada
Invariable la amaré. Si al verme
Léjos de su beldad lloro, mi llanto
Me será de placer y de consuelo.
Suspiraré, y el viento vagaroso
Le llevará en sus alas mis suspiros.
Y por magia de amor, por misteriosa
Oculta simpatía á un mismo tiempo
Tal vez nuestros amantes corazones
Palparán: un pensamiento mismo
Llenará nuestras mentes: un anhelo
Arderá en nuestras almas, y los nudos
Con que amor nos unió, ni el cielo santo
Con todo su poder podrá romperlos.
Así entre ardientes ilusiones gratas
Y entre recuerdos, pasarán las horas
De esta separación; y en pos el día,
El día ansiado brillará, en que afable
El destino á mi Olimpia me devuelva.
En sus ardientes deliciosos brazos
Lograré el premio á la constancia mía,
Tornaré á ser feliz... ¡Dulce esperanza!
¡Esperanza que inunda el pecho mío

De encanto celestial!... Serás cumplida;
 Mi Olimpia lo juró. Girad ¡oh cielos!
 Girad apresurados, y traedme
 Tan grato porvenir. Y tú entretanto
 Quédate á Dios, oh cítara, que ufana
 Cantaste mis dulcísimos amores,
 Dando solaz á selvas y jardines
 Y agradando feliz al bien que adoro.
 Quédate á Dios pendiente de este lauro,
 Que no oso ausente requerir tus cuerdas.

Quédate á Dios, y si amoroso viento
 Te hiere, el nombre de mi Olimpia amada
 Blandamente repite. Y nadie osado
 Con mano impura á profanarte llegue.
 Que cuando vengan los risueños días
 En que torne mi bien á esta ribera,
 Otra vez grata me darás tus sonos,
 Para cantar felice y envidiable,
 Su constancia, y su amor, y mi ventura.

1826.

A LA ADELFA

¿Qué flor de cuantas pinta,
 La primavera hermosa,
 Y en sus jardines placentera ofrece,
 Competir puede con la amable tinta,
 Que en tu sencillo cerco resplandece,
 Adelfa congójosa,
 Pompa y adorno del ardiente estío?

Ostente en vano la risueña rosa
 El juvenil matiz, cuando el rocío
 Plácido borda su lozana frente;
 El fragante clavel ostente en vano,
 Orgullosa y ufana,
 La viva llama que su tez colora;
 Tu dulce y melancólica ternura
 Más vale que la espléndida hermosura,
 Que á la rosa y clavel concede Flora.

Pues si al brillar en plácida alegría
 Inspiran sus colores
 Encanto delicioso;
 Tú, ¡oh reina de las flores!
 Que adornan el verano,
 Honda melancolía,
 Gérmén del sentimiento y la poesía,
 Das al que te contempla cuidadoso.
 Rosa y clavel con presuroso vuelo
 Nacen apenas cuando ven su muerte,
 Y larga vida á tí te dió la suerte,
 Por emblema tal vez del desconsuelo.

A tí te es dado hácia el sublime cielo
 Alzar la noble frente coronada,
 Del álamo pomposo
 Emula, que en la orilla fortunada
 Del gran Guadalquivir crece; tus hojas
 Imitan las del lauro generoso,
 Y á los rayos del sol no te acongojas.

Como le aviene al vulgo de las flores;
 Antes cuando su llama
 Por los tostados campos se derrama,
 Naces, y ostentas puros tus colores.

Si niegas á las auras suave aliento,
 Ni bañas con aroma delicioso
 Su espacio vagaroso,
 Eres gloria perpétua y ornamento
 Del suelo afortunado que engalanas;
 Y ni á las nieves canas
 Del invierno rugoso y aterido,
 Ni del cierzo al bramido
 El verdor de tus ramas se marchita,
 Ni tu tronco despojas
 De lisos tallos y de verdes hojas.

¡Oh bella flor, amable, delicada,
 Que suspendes mi mente y la enajenas
 Cuando vagando incierto,
 Con alma atormentada
 De infatigables penas,
 Te encuentro solitaria en el desierto!
 ¡Oh linda flor, que encantas
 Mi ardiente fantasía,
 Cuando me llevan débiles mis plantas,
 Ya al despuntar, ya al trasponer del día,
 En busca de consuelo á los jardines!
¡Ay!... al mirar ansioso
 Las breves alas de tu cerco hermoso,
 Que amor, no amor risueño y fortunado,
 Sino amor desdichado,
 Tiñe en lánguida púrpura apacible,
 ¡Cuál palpita mi seno
 De amargura, de afán, de penas lleno!

C. 1826.

SONETO

ANTES DE PARTIR

Ojos divinos, cuya lumbre pura
Mi pecho inflama, ilustra y esclarece,
Semblante celestial donde florece
La beldad, la inocencia y la dulzura,

Soberano conjunto y compostura,
Que más que humano angélico parece,
Lozana juventud, que resplandece,
Y orna con gracias mil tanta hermosura:

¡Ay! si en la proscripción y acerbo llanto
Que á mí infeliz eterno me prepara
La adversa suerte embravecida tanto,

De vuestra lumbre celestial gozara,
De vuestro hechizo y delicioso encanto
¡Cómo de la fortuna me burlára!

Gibraltar, 1823.

EL DESTERRADO

¡Ay! Que surcando el mar en nave ajena
Huyo infelice de la patria mía,
Tal vez, ¡oh cruda inexorable suerte!
Para nunca volver... Aspero suena
El recio vendaval, y espira el día.

¿Y qué? ¿á la nueva luz ya no he de verte,
Hermosa Hesperia? No: sañudo el viento
Me arrebató violento,
Y me aleja de tí. Ya no tus playas
Consolarán mis ojos, que anhelantes
Se perderán por las inmensas ondas...
Aquellas son las altas atalayas
De los Tartesios montes. No te escondas,
¡Oh sol! deten, deten tu carro de oro,
Detenlo por piedad, y no tu lumbre
Tan presto robes á la adusta cumbre
De las montañas del tostado moro.

Allí Cádiz, allí. — Salve alta cuna
De libertad, esclarecida roca
Do se estrelló la bélica fortuna

Del gran Napoleon: templo algun día
De Pluto y de Citeres,
Emporio de riquezas y placeres,
Pompa y escudo de la patria mía:
Salve mil veces. — Pero ¡cuán mudado
Lo mira el mar que lo adoró postrado,
Y cuán mudado yo!... Solo, desierto
Descubro el ancho puerto,
El fortísimo muro derruido,
Y al vago viento ¡oh mengua! desparcido
Pabellon extranjero en sus almenas
De silencio y pobreza y luto llenas.
¡Siglo de execración! Mas ¿son aquellos
Apacibles collados
Los campos encantados,
Que de eterno verdor Flora entapiza,
Y por do Bétis claro se desliza?...
Mis ojos no me engañan: sí, son ellos:
Guadalquivir aquel. Yo te saludo,
Y yo te adoro, ¡oh rey de Andalucía!
Tu vista templó mi destino crudo,
Tu vista embarga ¡ay Dios! el alma mía.

La excelsa, poderosa y régia frente
 Ciñes de oliva y lauro: tu corriente
 De Turdetania espacia en las vegas;
 Doquier jardines deliciosos riegas.
 Por lo mejor del mundo se dilata
 Tu copioso raudal, y siempre el cielo
 En tus cristales puro se retrata,
 Que nunca enturbia ni entorpece el hielo.

¡Oh cuán ufano á la ancha mar te arrojas,
 Tú que apacible mojas
 Y reverberas en remansos puros
 Los de Córdoba insigne antiguos muros!
 En ellos ví del sol la luz primera,
 En ellos apacible la fortuna
 De oro y marfil me adormeció en la cuna.
 ¡Quién tan mudable entónces la creyera!
 Allí, inocente niño, en tus orillas
 Me viste recoger piedras pintadas,
 Caracoles y hermosas florecillas:
 Despues, jóven lozano, las pisadas
 De ferviente bridon grabé en tu arena,
 Recorriendo tus selvas encantadas.
 Mayor despues, mi cítara escuchastes
 Cantando hazañas, ó llorando amores,
 Y tal vez de mi acento te prendastes,
 Y ceñiste mi sien de hiedra y flores.

¡Ay, en tu márgen bella
 Riqueza, amor, aplausos á porfía
 Gocé, cuando mi estrella
 Su adverso influjo pérfida escondía!
 Claro Guadalquivir: tú que me viste
 Anegado en placeres, ahora (advierte
 Lo inestable de la suerte)
 Mírame pobre, desgraciado, triste,
 Errante, peregrino,
 Surcar el Ponto huyendo sin destino.

Tal vez en tu ribera
 Aún habrá quien lamente mi infortunio,
 Compadeciendo mi desgracia fiera.
 Y acaso entre tus ondas
 Puede que algunas lágrimas escondas,
 Que habrá la amistad santa derramado,
 Al pronunciar mi nombre desdichado.

No más, no más: mi corazón mezoquino
 Se desgarró en mil ásperos tormentos
 Y sucumbe al dolor. Amargo llanto
 Turba mis ojos... Pero ya ¿qué importa,

Si nada pueden ver? Indiferente
 El sol á mi anhelar y humilde ruego,
 Apagó ya su rutilante fuego
 En los remotos mares de occidente...
 Mas ¡ay! aún con placer hiere en mi oído
 El estruendo lejano de las olas,
 Que se estrellan con hórrido bramido
 En las amadas costas españolas.

¡Oh patria! ¡Ingrata patria!... tú me arrojas
 Con furor espantoso de tu seno,
 Premiando así mi amor. Yo con mi sangre
 Torné las mieses de tus campos rojas,
 Y salpiqué con ella tu terreno,
 Tu independencia y gloria sustentando.
 Yo combatí constante contra el bando
 Del fanatismo bárbaro y sañudo;
 Y mi labio, aunque humilde, tal vez pudo,
 Tu libertad preciosa defendiendo,
 Hacer temblar al despotismo horrendo.
 Plegue al destino que risueño un día
 Torne á brillar en que tu oprobio veas,
 Y libre y grande y venturosa seas,
 Mientras yo errante tu ignominia lloro,
 Y huyendo ¡ay Dios! de tí, tu nombre adoro.

Para siempre tal vez, para siempre
 Hoy te pierdo, ¡oh mi patria querida!
 Y á arrastrar voy la mísera vida
 En destierro espantoso y cruel.

Por piedad, por piedad, rauda viento,
 De tu soplo modera la saña,
 Que me aleja feroz de mi España,
 Impeliendo el velero bajel.

Calma, pues, por lo ménos piadoso
 Mientras tienda la noche su velo,
 Hasta que ardan las nubes del cielo
 Con los rayos del próximo sol.

Pueda entónces tornar anheloso,
 Aunque sea en confuso horizonte,
 A mirar de mi patria algún monte,
 Aún á ver el terreno español.

Mas no: redobla tu furor violento,
 Y de esas playas de terror y espanto
 Aléjame piadoso, rauda viento.
 No las torne yo á ver. Ni sobre ellas
 Vuelva á lucir Titan. Lóbrego manto
 De noche atroz envuelva eternamente

Ese suelo de horror, y no lo alumbre
 Más que la opaca lumbre
 De rayos y de pálidas centellas,
 Que aborde negra tempestad rugiente.
 No es ya mi patria, no... ¡Patria!... No existe
 Donde sólo hay opresos y opresores.

¡España!... España fué... ¡recuerdo triste!
 Fué, cuando independiente
 Tantos siglos brilló, y usos y leyes
 O más ó ménos sábias la rigieron;
 Y á su temida frente
 Coronas de laurel siempre añadieron
 Sus fuertes hijos y sus nobles reyes.
 Mas ya ¡oh baldon! cuanta virtud y gloria
 Albergaba en su seno
 Huyó, desapareció: queda el terreno
 De tiranos poblado y de invasores,
 Y de esclavos indignos de memoria,
 Que el yugo vil merecen,
 Y el rigor y la afrenta que padecen.

¿Quedan aún buenos?... Vedlos fugitivos
 Por yermos y por ásperas montañas,
 No hallar ni en las cabañas
 Asilo, humanidad. Vedlos gimiendo
 En bárbaras cadenas,
 O entre espantosas penas
 En infame patíbulo muriendo,
 Sin que nadie reclame la venganza.
 ¡Oh vil degradacion!... No hay esperanza,
 Reparacion no hay ya. No: el despotismo
 Su huella destructora ufano imprime
 Desde Calpe hasta el agrio Pirineo,
 Y hunde el nombre español en el abismo:
 Y es de los fieros déspotas recreo
 Ver cual la humanidad desmaya y gime.

Vivan, gócense pues: su trono asienten
 En medio de los hombres degradados,
 Que viles los aplauden y consienten,
 Y su furor redoblen los malvados.
 Redóblenlo, y los Galos invasores
 Hagan de los traidores,
 Que sus falanges pérfidas llamaron,
 Infames siervos.....
 Multiplíquense horrores y delitos
 En ese suelo de terror y espanto,
 Y del cielo malditos
 Sus habitantes todos,
 Infamia eterna, degradado llanto,
 Pobreza vil y deshonrosa muerte
 Su eterna sea, su inmutable suerte.

El Austro abrasador sople ardoroso,
 Yermando las campiñas y llanuras,
 Y sus cosechas destruyendo opimas,
 Del hambre y de la peste asoladoras
 Seguido por doquier. Brame furioso
 El huracan en las enhiestas cimas,
 Y arrastre antiguas selvas y espesuras,
 Y hasta los brutos que en sus senos pacen,
 Y el Bétis, y el Ibero, y cuantos nacen
 De claras fuentes y la España riegan,
 Y su suelo infelice fecundizan
 Y de flores lo visten y matizan,
 Rios y arroyos bienhechores, sean
 En sangre convertidos. Sus raudales
 Olas de sangre al mar lleven bramando,
 Las márgenes tornando
 Desiertos y espantosos arenales.

Tiemble la tierra horrisona gimiendo,
 Y ciudades enteras en sí hunda.
 Entre lóbregas nubes se confunda
 La luz del sol, y en su lugar ardiendo
 Cometas espantables,
 La atmósfera turbando,
 Estén iras celestes presagiando.
 De los héroes los restos venerables
 En las antiguas tumbas se estremezcan,
 Y las losas hendiendo.
 Colosales espectros aparezcan,
 Y vuelen, maldiciendo
 A sus infames nietos,
 A otra mansion donde el honor impere,
 Y do yazcan los sacros esqueletos,
 Sin que ignominia su reposo altere.

Y las de aquellos, que virtud y gloria
 Y amor de patria ilustres albergaron,
 Y libertad gritaron,
 Y por ella animosos combatieron,
 Hasta que abandonados y vendidos,
 Mártires de la patria perecieron,
 De un populacho necio escarnecidos,
 Y el furor de los déspotas cebando,
 Sombras insignes; en la noche oscura
 Cruen los campos. Y hórridos gemidos
 Por las ciegas tinieblas derramando,
 Clamen *sangre y venganza* en largos ecos:
 Y los cóncavos huecos
Sangre y venganza horrendos resonando,
 Esa mansion de esclavos amedrenten,
 Y á sus tiranos turben y atormenten.

Y sople la discordia. Sus furores
 Enciéndanse doquier. Guerra de muerte,
 Sin fruto entre oprimidos y opresores,
 Y déspotas y esclavos, arda impía.
 Y nazcan nuevos crímenes y horrores,
 Y delitos sin fin de día en día.
 Hasta que horrorizada
 Sus leyes interrompa
 Naturaleza, se estremezca y rompa
 La basa de diamante,
 Do estriba de Pirene la gran sierra,
 Que del golfo Tirreno al mar de Atlante
 Los brazos tiende, y cual en tiempo antiguo
 A la infeliz Atlántida, hunda á España
 En los senos del mar con cuanto encierra,
 Quedando sólo escollos y bajíos,
 Do estrelle el ronco mar su hirviendo saña,
 Y de que huyan medrosos los navíos.

Tiranos, invasores
 Y pueblos degradados
 No existan: sepultados
 Se miren en la mar.

Y en ella se confunda
 El misero terreno
 De iniquidades lleno
 De reptiles vivar.

¡Ah, qué afán delicioso alzarse siento,
 Que todo el corazón enseñorea,
 Y calmando un momento
 Mi espantoso martirio,
 Me arranca del delirio
 En que pudo arrojarme mi tormento!
 ¿Adónde los fantasmas voladores
 Que mi frente ardentísima cercaban?...
 Huyen, desaparecen, se deshacen,
 Y en pos llevan mis bárbaros furores,
 Y objetos nuevos á mis ojos nacen.
 ¡Madre!... ¡Adorada madre!... ¡Dulce nombre!
 Que el alma me arrebató y enajena,
 Y de delicias mis sentidos llena!
 ¡Ay! Vives, y me amas,
 Y por mí, triste, en angustiada pena
 Lágrimas de dolor sin fin derramas.
 Hermanos ¡ay! hermanos, que yo adoro
 Con todo el corazón, y á quien mi suerte
 Condena atroz á interminable lloro:

Y tú, tierna beldad, que has encendido
 La llama en que he de arder hasta la muerte,
 Angélica divina, más hermosa
 Que nace predilecta de Cupido
 En el desierto purpurina rosa:
 Y vosotros también, fieles amigos,
 Dulcedumbre y consuelo de mi vida,
 Objetos todos de mi amor ardiente...
 ¿Endónde, en dónde estais?—Pero ¿qué escucho?
 Por la ferrada prora dividida
 Alguna onda rugiente
 Pudo tal vez al estrellarse?... Acaso
 El ronco viento entre la parda lona
 Y los mástiles... pudo... ¡Oh gran portento!
 No es el silbar del viento,
 No es el hervir del mar. Es el acento
 De los objetos que mi amor implora...
 No es ilusión: son ellos, corresponden
 A mi anheloso afán, y me responden:
 «¡Infeliz! Aquí estamos, en España,
 En este suelo do la luz primera
 Te fué dado gozar, y ardiendo en saña
 Ahora maldices con audacia fiera.
 Aquí estamos, aquí, y en las mansiones
 Que te vieron nacer, y en los verjeles
 Donde tus dichas fueron;
 Y en ellas de consuno lamentamos,
 Y con nosotros mil y mil varones,
 Que del honor la senda no perdieron,
 La suerte desdichada,
 Que los hados crueles,
 A tí y á otros mejores previnieron.
 Y fervorosos votos levantamos
 Por tí y por esta patria infortunada,
 No delincuente, no: sí malhadada.

Aquí, en España estamos,
 Do suena el dulce hablar que tú mamaste.
 Do las nobles costumbres que heredaste
 De tus mayores, viven,
 Y nuestro culto sin cesar reciben.
 En esta patria, en fin, que desconoces,
 Y para quien pidieron, con extrema
 Rabia, tus labios bárbaros y atroces
 Al cielo vengador el anatema.»

No más... ¡Ah! por piedad, no más. ¡Oh acentos
 Que fuerais mi tesoro y mi alegría,
 Y en hórridos tormentos
 Ahora despedazais el alma mía!!!
 Basta, basta. ¡Qué horror!... ¿Mi labio pudo?...
 ...¿Por qué, furia infernal, emponzoñado?...

.. ¿Y no se abre la mar, la nave se hunde,
Y á mí, monstruo infeliz, traga y confunde?
¡Patria!... ¡Patria! Perdon, ¡patria!... ¡Adorado
Nombre!... ¿Y pude un momento yo insensible
Ser á tu encanto celestial?... Mi pena
¡A qué hondo precipicio y sima horrible
Me llegó á conducir!... ¡Desventurado!
¡Patria! ¡España infeliz! ¡Amada España!
La sencillez de tus incautos hijos
No su degradacion causó tus males;
Y pérfidos traidores,
Y tiranos, y alevos extranjeros,
Que uniendo contra tí su astucia y saña
Tu libertad naciente te robaron,
Y tu nombre y tu gloria mancillaron.

Mas tiemblen; que sus triunfos pasajeros
Serán; aún no te faltan vencedores.
Y ¡ay! de los cazadores
Cuando el leon que ataron con injuria,
Ruja, y ardiendo en poderosa furia,
Rompa los fuertes nudos opresores,
Que sus miembros fortísimos ligaran.
Porque hundido en la fiebre lo encontraran.

Sí, patria, el númen que á mi labio ardiente
Da su grandeza y poderoso aliento,
Por la etérea region lleva mi mente;
A mis ojos patente
Pone tu suelo todo. No traidores
Y cobardes lo pueblan solamente,
No. Millares de buenos y esforzados
En él descubro, cuyos brazos fuertes,
Aunque á duras cadenas amarrados,
Aguzan el puñal de la venganza,
Y en honra ardiendo y fulminando muertes,
Los hierros de ignominia quebrantando,
Te limpiarán de inicuos extranjeros,
Te librarán de tus tiranos fieros,
A tus hijos espúreos castigando,
Y tu nombre y tu gloria restaurando.

Será: que en el sagrado firmamento
Lo tiene escrito el dedo omnipotente,
De luz con caracteres inmutables.
¡Decreto celestial, que el alma mía
Embarga de placer y de esperanza!...
¡Ah! De tu cumplimiento,
¿Cuándo en Oriente brillará el gran día?
Ley sempiterna que los orbes mueve,
Haz que en espacio breve
Las esferas girando,

Traigan su ansiada luz. ¡Ah! llegue cuando
Del ardor juvenil, que espira, aún llenas
Latan con fuerza y robustez mis venas:
Y aún conserven mis brazos poderío,
Para, esgrimiendo la fulmínea espada,
El yugo de mi patria idolatrada
Ayudar á romper con noble brio.
Puedan en sangre infame de extranjeros
Y en el castigo atroz de los tiranos
Empaparse mis manos,
Y mis ojos saciarse los primeros.

¡Cuán gozoso otra vez, oh patria mia,
Por tí mi sangre verteré, gritando:
Libertad, y venganza, y proclamando
Tus nuevas glorias! y el hermoso día
Que (cual en otro tiempo yo te viera
En San Marcial de lauro coronada),
Te admire Vidasoa en su ribera,
Volaré del riscozo Pirineo
A la cumbre de eterna nieve orlada,
Y con la sacra lira de Tirteo,
Tu triunfo cantaré, sobrepujando
La voz del huracan, á las naciones
Libertad anunciando,
Al tremendo rugir de tus leones.

Mas si la injusta embravecida suerte
O leyes inmutables del arcano
Alejan ¡ay! el suspirado día
De la reparacion, ¡ah! venga al ménos
Antes que airada la sañuda muerte,
De su guadaña con potente mano,
Descargue el golpe en la garganta mia.
De lágrimas de amor mis ojos llenos,
¡Oh dulce España! tus campiñas vean;
Aun cuando blancos los que ahora ondean
Rizos oscuros por mi cuello y frente
De la parca inclemente
Miren alzada la cuchilla aguda,
Y abierto el lecho de la tumba muda.

Pise otra vez tu suelo, patria amada,
Libre, rico, feliz, independiente,
Y aunque para mí yermo, sin amores,
Deudos, ni amigos, sus sepulcros pueda
Visitar y regar con llanto y flores.
Y en la natal ribera,
(Tal vez ¡oh Dios! entónces, cuán mudada
A impulso de los años voladores)
Por do Guadalquivir manso camina,
A la luz silenciosa de Lucina,

Que resbala por plácidos alcores
 Y en la riza corriente reverbera,
 Logre yo al aura dar la vez postrera
 Mis últimas canciones
 Al són del arpa de marfil: oyendo
 A mi labio cantar, patria, tu gloria
 Los hombres que aún no son. Y maldiciendo
 Con ellos la execrable atroz memoria
 De tus hijos indignos y traidores,
 Que ya no existirán, de los tiranos
 Que ahora te ligan las robustas manos,
 Y de los extranjeros invasores;
 Romperé el arpa y moriré dichoso
 Bajando á hallar el eternal reposo
 Al lado de mis ínclitos mayores.

Bella Hesperia, patria mia,
 Embriagado en la esperanza
 De que has de tener venganza
 Mis pesares templaré.

Llegue el suspirado día,
 Mírete yo venturosa,
 Libre, triunfante y gloriosa,
 Y contento moriré.

*A bordo del paquete inglés Francis Fro-
 ling, en Mayo de 1824, al salir de la bahía de
 Gibraltar con rumbo al O. al ponerse el sol.*

A LAS ESTRELLAS

¡Oh refulgentes astros! cuya lumbré
 El manto oscuro de la noche esmalta,
 Y que en los altos cercos silenciosos
 Girais mudos y eternos:

Y ¡oh tú, lánguida luna! que argentada
 Las tinieblas presides y los mares
 Mueves á tu placer, y ahora apacible
 Señoreas el cielo:

¡Ay cuántas veces, ay! para mí gratas
 Vuestro esplendor sagrado ha embellecido
 Dulces felices horas de mi vida
 Que á no tornar volaron!

¡Cuántas veces los pálidos reflejos
 De vuestros claros rostros derramados,
 Húmedos resbalar por las colinas
 Ví apacibles del Bétis;

Y en su puro cristal vuestra belleza
 Reverberar con cándidos fulgores

Admiré al lado de mi prenda amada,
 Más que vosotros bella!

Ahora al brillar en las salobres ondas
 Solo y mísero, prófugo y errante,
 De todo bien me contemplais desnudo,
 Y á compasion os nuevo.

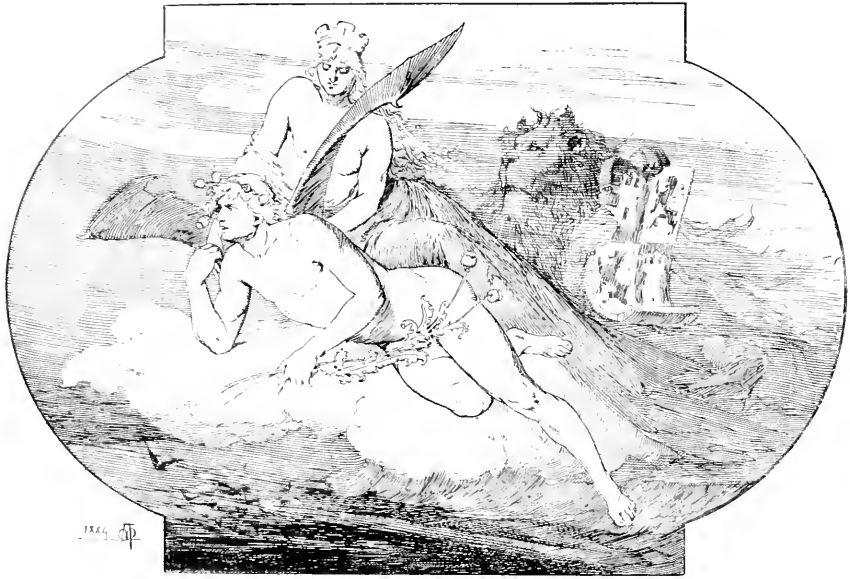
¡Ay! ahora mismo vuestras luces claras
 Que el mar repite y reverente adoro,
 Se derraman tambien sobre el retiro,
 Donde mi bien me llora.

Tal vez en este instante sus divinos
 Ojos clava en vosotros, ¡oh lucientes
 Astros! y os pide con lloroso ruego,
 Que no altereis los mares.

Y el trémulo esplendor de vuestras lumbres
 En las preciosas lágrimas ríela,
 Que esmaltan ¡ay! sus pálidas mejillas,
 Y más bella la tornan.

En el Océano, 1824.





EL SUEÑO DEL PROSCRIPTO

Oh sueño delicioso,
Que hace un momento tan feliz me hacías,
¿Huyes y me abandonas inclemente,
Y en el mar borrascoso
Tornas á hundirme de las ánsias mías?...
¡Ay!... Los fugaces cuadros que mi mente
Há un instante en tus brazos contemplaba,
Los juzgué realidad, y mis pesares
Y mi destino bárbaro olvidaba:
Y ¿todo fué ilusión?... vuelve halagüeño,
Vuelve, oh consolador, oh dulce sueño.

Por tu mágico influjo llevado,
Yo me he visto en mi patria adorada,
No de sangre y de llanto inundada,
No cubierta de luto y de horror;

Sino libre, triunfante, felice,
Como un tiempo que huyó presuroso,
Cual celaje risueño y hermoso,
Al soplar huracan bramador.

Encantadas riberas de Bétis,
Sacros bosques de adelfas y rosas,
Apacibles colinas graciosas,
Há un momento que en vos me encontré;

Y tranquila ilustrando ese cielo
De zafiro á la luna fulgente,
Rielar en la riza corriente,
Resbalando por flores miré.

¡Oh consuelo de todas mis penas!
A mi lado mi Angélica estaba,
Que con voz celestial entonaba
Dulces himnos de gloria y de amor.

Y yo ufano pulsaba la lira,
A su voz y á su encanto obediente,
Y al oírlos el plácido ambiente
No agitaba ni rama ni flor.

¡Cuántas sombras de amantes dichosos,
Que otro tiempo aquel suelo habitaron,
Juzgué ver que á los dos nos cercaron
Escuchando la dulce canción!

¡Ah! Mis penas horribles cesaban,
Y en mi vida feliz y contento
Fuí jamás, como el corto momento
De tan grata fugaz ilusión.

Pero ¡ay desventurado!
Era sueño engañoso,
Que voló presuroso,
Y ahora es mayor mi mal!

Son ilusion mis dichas,
Son realidad mis penas:
Así feroz lo ordenas,
¡Oh destino fatal!

Despierto súbito,
Y me hallo prófugo
Del suelo hispánico
Donde nací;

Donde mi Angélica
De amargas lágrimas
Su rostro pálido
Baña por mí.

Y en vez del bálsamo
Del aura plácida
Del cielo bético,
Que tanto amé;

Las nieblas hórridas
Del frío Támesis
Con pecho mísero
Respiraré.

L'Indice, 1824.

CRISTÓBAL COLON



Un mar desconocido ronco brama
Movibles montes indomable alzando,
En un desconocido cielo inflama
Negras tormentas huracan silbando,

Y alto renombre y vividora fama
En ignotas regiones anhelando,
Cruza aquel caos, quebrantada y sola,
Nave pequeña, sí, pero española.

Con faz serena, con robusta mano,
Y la vista clavada en occidente,
Rige el timon un genio sobrehumano,
Predilecto de Dios omnipotente;
Domador de las furias de Océano,
Digno caudillo de española gente,
Que, de fe y de esperanza llena el alma,
Sabe que para él sólo hay una palma.

La busca y la hallará: que el mar y el viento
Flacos estorbos son. Raya un aurora
Despejando un no visto firmamento,
Y el sol un monte azul descubre y dora.
Es América... *Sí, logré mi intento.*
Grita el piloto audaz, y en voz sonora
Exclaman cielo y tierra y mar profundo:
VIVA COLON, descubridor de un mundo.

L'Indice, 1824.



FLORINDA

CANTO PRIMERO

EL BANQUETE Y LA PRISION

I

Casi en mitad de la extendida España,
De Toledo saluda las almenas,
Y los peñascos do se empinan baña
Tajo, que envuelve en oro sus arenas;
Y luégo entre tomillos y espadañas,
Y por feraces márgenes amenas
Deslizándose, gira sosegado
Sobre un risueño y delicioso prado.

II

Rica verja de bronce los confines
De un anchuroso espacio en él cercaba,
Do entre bosques, estanques y jardines
Un palacio soberbio descollaba.
Sus cuadras y dorados camarines
El balconaje liberal mostraba,
Al esplendor de antorchas y blandones,
Que ardientes alumbran los salones.

III

Era el alcázar de Florinda: habia
Una cena magnífica dispuesta,
Para pasar hasta la luz del día
En gozo y en placer, en danza y fiesta.
En medio de un salon, que de armonía
Llenaba suave combinada orquesta,
Las regaladas mesas se encontraban,
Y exquisitos manjares presentaban.

IV

En su reedor prelados, personajes,
Caballeros, señoras, dueñas, damas,
Ostentando riquísimos ropajes,
Y acaso ardiendo en amorosas llamas;
Hidalgos, escuderos, guardias, pajes,
De oscuros nombres y dudosas famas,
Esperaban al rey, por tributarle
Obsequio, y de su amor felicitarle.

V

Que ¡oh mengua! por su mal aquella corte
No era ya digna del linaje godo;
De aquel que tuvo á la virtud por norte,
Virtud con que venciera al orbe todo;
Pues olvidada de su antiguo porte,
Dormida de los vicios en el lodo,
Cercada se verá, cuando despierte,
De un mar de sangre, cautiverio y muerte.

VI

Llega el rey con su hermosa; altos sitiales
Bajo dosel de púrpura ocuparon,
Y magnates y damas principales
Con vivas su presencia celebraron:
En oro y preciosísimos cristales
Manjares deliciosos circularon,
De mil blancas antorchas á las lumbres,
Que brillaban por muros y techumbres.

VII

Galan y enamorado era Rodrigo,
Y rey que los reparos atropella,
Queriendo al orbe todo hacer testigo
De su ventura y amorosa estrella;
Y la severidad del tiempo antiguo
Con ceño mira y desdénoso huella;
Que el que adora á una linda y alta dama,
Goza también en publicar su llama.

VIII

Estaban á la mesa Alfonso, Eurico,
Y Rugero, Armengol, Teudo y Favila,
Y Walia, descendiente de Alarico;
Gala, Eduvigis, Toda y Pudentila,
Y cuantos de linaje claro y rico
En su centro tener la corte estila;
Y todos al monarca celebrando,
Y á Florinda bellísima admirando.

IX

Opas también, hermano de Witiza,
De Toledo arzobispo, cuyo osado
Pecho ambición indómita esclaviza,
Llegó al festín después de comenzado;
Y aunque el semblante y el mirar suaviza,
Cauto, sagaz y á bandos avezado,
Su palidez, sus ojos y su frente
Muestran que su interior combates siente.

X

Mezclado entre la turba, que asistía
Como cortejo, escolta y aparato
De los magnates, que en la sala había
Disfrutando el festín y el regio plato,
Un incógnito entróse, á quien cubría
Armadura completa sin ornato,
La espada en cinto y baja la visera,
Cual si un soldado de la guardia fuera.

XI

A uno de los pilares arrimado,
En que estribaba el artesón del techo,
Estaba del bullicio separado,
Con los brazos cruzados sobre el pecho;
Y como en él ninguno ha reparado,
De cuanto pasa en torno está en acecho;
A la dama y al rey atento mira,
Y se le abrasa el corazón en ira.

XII

Álzase, del monarca confidente,
El joven Teudo, ilustre y generoso,
Que á Gala amaba; invoca de repente
La atención del concurso numeroso;
Y un tazón de oro y piedras refulgente
De castellano néctar espumoso
Llena, y dice: «Brindemos, oh señores,
Por el rey, por Florinda y sus amores.»

XIII

Y Rodrigo el primero el labio toca
Al rico cerco, que el tazón orlara,
Y de Florinda la divina boca,
En donde la del rey, también tocara;
Y dando vueltas el licor se apoca
De mano en mano, hasta que al cabo pára
En las trémulas ya del viejo ilustre
Rubén, hebreo, de las ciencias lustre.

XIV

Era docto Rubén en las estrellas,
Insigne en nigromancia; y se decía,
Que lo futuro conociendo en ellas,
Venideros sucesos predecía;
Que un familiar espíritu sus huellas,
Sujeto siempre á su saber, seguía;
Que sombras evocaba, y que los puros
Astros obedecían sus conjuros.

XV

En la corte alto crédito gozaba
Por su edad grave y su profunda ciencia,
Y en el banquete silencioso estaba,
Con modesto ademán y continencia.
La barba que en el pecho le ondeaba,
Cual blanca nieve, daba á su presencia
Gravedad y decoro, y un ropaje
Ancho, negro y talar era su traje.

XVI

Apénas el tazón toma espumante,
En pie se pone pálido y temblando,
Sus ojos lanzan fuego, y palpitante
Lo arroja, la ancha mesa salpicando;
Y con voz ronca al trueno semejante,
«Oh Dios! exclama, oh Dios! qué estáis brindando?
Sangre llena esta copa, sangre, y miro
Sangre doquiera que la vista giro.»

XVII

«Esta opulenta mesa se convierte
En espantable y espaciosa tumba:
El horrendo alarido de la muerte
En estas altas bóvedas retumba...
Varones, desechad el sueño inerte:
De la guerra el estruendo en torno zumba.
¡Ay! son lutos las galas y libreas,
Y estas antorchas funerales teas.»

XVIII

Callaron todos, y Rodrigo helado
Torna los ojos á Florinda bella,
Y en su faz el terror viendo pintado,
Al mágico maldice y á su estrella;
Y de mil pensamientos contrastado,
Pálido de su amada el rostro sella,
Y sus lágrimas bebe, y con los brazos
Le ciñe el cuello en ardorosos lazos.

XIX

Cuando de pronto aquel desconocido,
Que armado y encajada la visera,
Entre la muchedumbre confundido,
Apoyado al pilar permaneciera;
La brilladora espada embravecido
Empuña y saca de la vaina fuera,
Y á la mesa se lanza fulminante,
Atropellando cuanto ve delante.

XX

Una estocada furibundo tira
Contra el pecho del rey, ronco gritando:
«Teme, tirano, la celeste ira
»Que mi brazo terrible está animando.»
A un lado el cuerpo súbito retira
Rodrigo, y en la silla hirió, quedando
En su espaldar riquísimo clavada
La vengadora, fulminante espada.

XXI

Dió la bella Florinda un grito agudo,
Creyendo que su amante fuera muerto;
Levántase el monarca airado y mudo;
Tiembla Don Opas demudado y yerto.
Agítase el concurso, y al sañudo
Incógnito, con ciego desconcierto,
Se arrojan Teudo y otros personajes,
Ayudados de guardias y de pajes.

XXII

Al ver su rostro, alzada la visera,
Lanza un grito Florinda y viene al suelo,
Que hondo desmayo de ella se apodera:
Queda Rodrigo cual inmóvil hielo;
Tiembla Teudo el osado; Opas se altera;
Húndense todos en espanto y duelo;
Pues de Florinda al padre venerando,
Al conde Don Julian están mirando.

XXIII

Halla el viajero en la desierta arena,
Do imperios yacen del perdido Oriente,
Inculta soledad de escombros llena,
De ruínas que el tiempo hundió inclemente:
Tendido el roto mármol donde apenas
Los rastros del cincel la edad consiente,
Columnas derribadas y arquitrabes,
Ya nido á serpientes y á nocturnas aves:

XXIV

Y destructoras hiedras y bastardos
Musgos brotar por juntas y labores,
Sus hojas escondiendo y tallos pardos
Del arte sobrehumano los primores;
Y alzarse mira solitarios cardos
Sobre ricos mosaicos de colores,
Y oye cuál llora tanto desconcierto
La voz desconsolada del desierto.

XXV

Pero en medio del campo de la muerte,
Del estrago del tiempo desastroso,
Triunfador de la edad y de la suerte,
Ve enhiesto en bronce lívido coloso,
(Que más que el mármol el metal es fuerte)
Y en él hiedras y musgo ponzoñoso
Prender no logran, ni saciar su saña
De los siglos voraces la gadaña.

XXVI

Así en la corrupcion que á España inunda,
Sólo se mira libre de su estrago
El conde Don Julian, cuya profunda
Virtud vence del vicio el torpe halago.
Llora la destruccion que le circunda,
Llórala, sin saber ¡ay! que el aciago
Día se acerca, en que su honor le quite,
Y en crímenes sin fin le precipite.

XXVII

En vano opone su virtud sublime
Y su ejemplo á la furia de los vicios,
Que á su patria infeliz hunde y oprime,
Llevándola á espantosos precipicios;
Pues nada alcanza; despedido gime,
Y tiempos esperando más propicios,
Retirado en el Bétis entre tanto
Oculta su dolor y justo llanto.

XXVIII

Sólo anhelaba (es padre y es prudente)
A Florinda sacar, á su hija hermosa,
De Toledo infeliz, y del torrente
De vicios de la corte peligrosa;
Pues cumplió el tercer lustro, y eminente
Crece en beldad, y aunque alta y generosa
Brilla en virtud, es prenda la hermosura,
Que do escándalos hay no está segura.

XXIX

¡Y cuán leal su corazon le advierte!...
¡Padre infeliz!... pues ya la infortunada
Hora llegaba, en que enemiga suerte
Preparaba á Florinda recatada
Amor, deshonor, perdimiento y muerte;
Y para él la senda desastrada,
Por do traicion, venganzas y maldades
Van á la execracion de las edades.

XXX

En su alcázar antiguo la doncella,
Entre damas ilustres, y al cuidado
De dueña venerable, creció bella,
Separada del mundo depravado.
Allí más pura que luciente estrella,
Y con nombre de todos respetado,
Inocente, feliz, sola vivía,
Y de la corte ni aún hablar oía.

XXXI

Estaba cual la rosa del desierto,
Que nace, brilla, y su esplendor lozana
Ostenta y su fragancia al cielo abierto,
Al rojo despuntar de la mañana,
Ignorando si el mundo está cubierto
De otras rosas tambien, y si la humana
Industria en los verjeles á las flores
Cautiva, por gozar de sus olores.

XXXII

¡Cuántas veces la luna plateada,
Al asomar por cándido celaje,
Reflejando en la cumbre empizarrada
Del alcázar y altísimo almenaje,
Junto al muro sorprende disfrazada
La persona del rey, en tosco traje,
Luz lejana observando sin juicio,
O algun vago rumor por un resquicio!

XXXIII

Y tal vez descuidada la divina
Beldad, que un rey la accecha, simple ignora,
Y pulsa con la mano alabastrina
El arpa de marfil, dulce y sonora;
Y en delicada voz (porque imagina
Que nadie ha de escucharla) encantadora
Himnos tan puros, como lo es su pecho,
Al cielo envía, al recogerse al lecho.

XXXIV

El amador, temblando, la vihuela
Melancólica y dulce requiriendo,
Que ha escuchado su acento le revela,
Amorosas endechas respondiendo;
Y como ¡simplecilla! no recela
Las redes que el amor le está tendiendo,
Que es de algun jardinero el canto entiende,
Y á la voz y á la letra incauta atiende.

XXXV

A la corte á brillar sale Florinda
Por su mal; que la cándida azucena
Vive, y vive gentil, lozana y linda
En lo repuesto de la selva amena;
Pero de allí arrancada, á que se rinda
Su alta beldad natura la condena,
Por más que brille una hora en el florero
Y la envanezca aplauso pasajero.

XXXVI

El aura del deleite suave y blando
La doncella infeliz goza, y no advierte
Que su noble virtud se va agotando,
Porque respira el aire de la muerte.
Ya el retiro apacible despreciando,
Y la pureza de su antigua suerte,
Discrecion y beldad lucir le agrada,
Y el verse en concurrencias celebrada.

XXXVII

El árbol más altivo y generoso,
Que en el bosque entre mil se alza y descuella,
Por más que se defienda desdeñoso
Del atractivo de la hiedra bella;
Cuando al abrazo aleve y engañoso,
Los que en torno lo cercan, ceden de ella.
No escapa de sus nudos, y enredado,
Cual los demás, parece sofocado.

XXXVIII

Florinda arde, ¡infeliz! noble combate
Contra el amor su virtuoso pecho;
Mas quien de combatir con amor trate,
Sólo trata de ser roto y deshecho.
Su invencible poder la fuerza abate
Que la doncella opone sin provecho;
Y por Rodrigo se le abraza el alma,
Logrando amor la triunfadora palma.

XXXIX

¡Ay! ¡cayó al fin!... Levántase orgullosa
Antigua torre que la edad venera;
Triunfó de asaltos mil firme y gloriosa,
Y encumbra su almenaje á la alta esfera:
El suelo tiembla acaso, y poderosa,
Sobre su inmensa base persevera;
Ni de los siglos el rigor sañudo
Romper sus gruesos murallones pudo.

XL

Pero humilde tal vez nace en la sierra
Escaso arroyo, y corre y se encamina
Al pié del templo fuerte de la guerra,
De la torre que al cielo se avecina;
Y baña en derredor su seca tierra,
Y con clara corriente cristalina
La adula reflejándola, y mil flores
Produce en sus cimientos vividores.

XLI

Al mismo tiempo, mudo y alevoso,
Lentamente socava los sillares,
Que el fiero empuje de huracan sañoso
Resistieron, y esfuerzos militares;
Y de las yerbas que brotó en el foso,
Con la raíz, las piedras angulares
Penetra, y las quebranta, y al fin hunde
El torreón, y en polvo lo confunde.

XLII

—Y el padre ¡desdichado!... Pronto aviso
Le dió don Opas, con infame intento
De ponerle en tan alto compromiso,
Y hacerle de sus iras instrumento.
Corrió don Julian; voló, que quiso
El daño prevenir; pero al momento
Llegó ¡infeliz! en que Florinda es dama,
Y nada puede restaurar su fama.

XLIII

En una fuerte torre aprisionado
Se ve, como leon que en jaula estrecha
Ruge en furor ardiendo, y despechado
Terrible fuego por los ojos echa.
En ella entró, y en ella encarcelado
Quedó (visto lo poco que aprovecha
Ni sangre, ni virtud, ni valentía),
Al despuntar la luz del nuevo día.

XLIV

«Yo lo ví, yo lo ví: ¡destino horrible!
Mi alcázar, que fué templo esclarecido
De virtud y de honor incorruptible,
En lupanar infame convertido.
Y á mi vil ofensor aborrecible,
De esa inicua mujer, que mi hija ha sido,
Entre los brazos... ¡Cielos!... ¿Y aún respira?...
¿Y yo no estoy vengado?... ¡Oh negra ira!

XLV

»Día de maldicion eterna fuera
Aquel que padre me llamé: maldito
El instante en que ví la luz primera,
Y de mi enlace el sacrosanto rito.
¿No llega, justo cielo, hasta tu esfera
De mi dolor el clamoroso grito?...
¡Oh Dios! ¿por qué mi brazo más certero
No supo fulminar el noble acero?

XLVI

»¡Godos, godos! Salid del sueño insano;
Ved manchadas mis canas virtuosas
Por vuestro aleve y bárbaro tirano:
Temblad los que teneis hijas hermosas.
¿No me escuchais, y mi lamento en vano
Se pierde entre estas sombras pavorosas,
En donde, sin venganza, es ya mi suerte
En infamia esperar la tarda muerte?

XLVII

»No será, que en el alma aún tengo brio
Para librarme del destino horrendo.»—
Así dijo, y bañado en sudor frio,
En desesperacion y en ira ardiendo,
Los brazos tiende con intento impío
Por las ciegas tinieblas, y cogiendo
Una daga, que oculta guardar pudo,
Grita ronco, empuñándola sañudo:

XLVIII

«Pues que no supo castigar mi espada
Al mortal, que ofenderme osó el primero,
Acabe mi existencia degradada;
Durar no debe en deshonor tan fiero.
Librame de esta vida emponzoñada,
Rompe mi corazon, tajante acero.» —
Dice, y alzando la resuelta mano
Va á esconder en su pecho el hierro insano.

XLIX

—Sí, cuando la esperanza, del mezquino
Mortal último apoyo, atroz deserta,
Y de reparacion no hay ya camino,
Y de oprobio la vida está cubierta,
Baje el hombre al sepulcro, que el destino
A él le llama, con voz terrible y cierta.
Mas ¿quién puede perder toda esperanza
En mundo tan sujeto á la mudanza?

L

Tenerla debe el que agraviado arde,
Guardarla debe el que infeliz respira,
Y de firme constancia hacer alarde
Cuando á la suerte embravecerse mira:
Aunque es valor morir, es de cobarde
Pecho tambien, si á la venganza aspira,
Buscar la muerte, pues reposo alcanza
Sólo el que muere, pero no venganza.

LI

—Ya el desechado conde en golpe horrendo
Va á desgarrar su corazon ardiente,
Cuando de los cerrojos el estruendo
Inesperado escucha de repente,
Y que las dobles puertas van abriendo,
Y lentos pasos que se acercan, siente,
Y de lejana luz el brillo escaso,
Por los resquicios penetrando acaso.

LII

La accion suspende atónito, y «La suerte
Víctimas, dice, ofrece al brazo mio:
Vengan, y cara comprarán mi muerte.
Gracias, cielos, os doy, doblad mi brio:
Antes, agudo acero, de esconderte
En mi pecho infeliz, copioso rio
De sangre verterás de infame bando;
Y soy feliz, pues moriré matando.»

LIII

Hácia la puerta arrojase furioso
Para herir al que osare entrar delante:
El rumor de los pasos pavoroso
Se acerca con la antorcha relumbrante:
Caen las pesadas barras, el mohoso
Cerrojo tardamente rechinante
Resbala en las argollas resonando,
Las bóvedas su estruendo duplicando.

LIV

Ya se estremece la ferrada puerta,
Y sobre goznes del orin pesados,
Gimiendo ronca y tarda, queda abierta,
Y los ojos del conde deslumbrados,
Pues de lámpara escasa á luz incierta,
Cuando espera encontrar hombres armados,
Ve una hermosa mujer con blanco velo,
Que parece venir del almo cielo.

LV

Tal vez al desdichado á quien oprime
La maldad de la tierra, así piadoso
Del pesar un momento le redime
El encanto del sueño delicioso:
Y en él, en forma angélica y sublime,
Le envía el justo cielo bondadoso
Virgen celeste, que de luz vestida,
Con purísimos goces le convida.

LVI

Mudo y absorto don Julian quedara,
Y á doblar la rodilla se previene,
Cuando el velo cayendo de la cara
De la beldad que á consolarlo viene,
Ve á los reflejos de la antorcha clara,
Que pálida y temblando ante sí tiene
A Florinda infeliz, á su hija hermosa,
Que ni labio ni planta mover osa.

LXII

Reconócela el conde desdichado,
Y lanza un ronco horrisono alarido,
Que conmoviera el torreón alzado,
Por los lúgubres ecos repetido;
Y con el brazo inexorable armado
Del hierro matador, enfurecido
Hácia Florinda bárbaro se lanza
Ciego, á empezar en ella su venganza.

LXIII

Pero ¡ay! al descargar el golpe fiero,
Pierde su furia la indignada mano,
Y desmayada suelta el crudo acero,
Que es padre al fin el irritado anciano;
Y dando otro alarido lastimero
La espalda y rostro vuelve, y al cercano
Muro lo aplica y de la luz lo oculta,
Y en horrendo silencio se sepulta.

LXIV

Florinda no respira, y fría y yerta
Su planta vacilar mísera siente.
En el umbral se apoya de la puerta,
Y en ella inclina la marchita frente;
Cuando el padre, cual suele el que despierta
De horrendo sueño, dice de repente
Con ronca y honda voz, y acento oscuro,
Y sin el rostro despegar del muro:

LXV

«Complácete, malvada; tu obra mira,
Si es que á gozarte en mi deshonra vienes.
Aquí al que quiso la celeste ira
Que te engendrara, para afrenta tienes.
Mas porque con la infamia que respira
Tu corrompido pecho, no envenenes
Esta mansion de honor, huye al momento,
Pues para herirte me faltó el aliento.»—

LXVI

«Señor, que de otro modo ¡ay Dios! no osa
Esta infeliz llamarnos, con turbada
Voz le dice Florinda temerosa,
A salvar vuestra vida idolatrada,
A daros libertad vine anhelosa.»—
«Devuélveme mi honor, infortunada,
Que vida y libertad sin él no quiero,
Interrúmpela airado el padre fiero.

LXVII

«Señor, la jóven sollozando exclama,
Si es que puede mi sangre, sangre impura,
Vertida restaurar mi nombre y fama,
Este pecho rasgad con mano dura,
Matad á esta infelice que os infama;
Herid, herid, señor; mas de esta oscura
Prision salid, salvad ¡ay! vuestra vida,
Con mi muerte en su honor restablecida.»

LXVIII

Así diciendo se derriba al suelo,
Las trémulas rodillas abrazando
Del padre, hundida en crudo desconsuelo,
Y un torrente de lloro derramando.
Mísero el padre, convertido en hielo
Se alza del muro, mírala, y temblando
Ya va á echarle los brazos; mas le agita
De repente el furor que su alma irrita.

LXIX

A la infeliz Florinda de sí arroja,
Y en tierra la confunde con fiereza.
Ella los piés paternos besa y moja,
En ellos inclinando la cabeza.
El padre... es padre al fin... Tanta congoja
Templa ya de sus iras la braveza;
Gime en el interior de su hondo pecho,
En contraste tan áspero deshecho.

LXX

Ya más no pudo el desdichado conde,
No pudo más; y con entrambas manos
En su rostro las lágrimas esconde,
Y todos sus esfuerzos ¡ah! son vanos;
Que el corazón más duro al fin responde
De natura á los ecos soberanos,
Y de lo mismo que ejecuta ajeno,
A su hija estrecha en su abismado seno.

LXXI

Y, «sí, dice, sí, aún puedes, hija mía,
Lavar tu honor, mi bendición ganarte,
Enmendar el baldón á que á la impía
Suerte plugo indignada condenarte;
Y de tu madre .. ¡oh Dios!.. la sombra fría,
Que miro cuál te sigue á toda parte,
Pronta, ¡qué horror! á maldecirte airada,
Tener reposo y paz, verse aplacada.

LXVII

»Álzate, jura por el cielo santo,
Jura ante el Dios terrible y justiciero,
Ejecutar al punto, al punto, cuanto
De tí exigir por desagravio quiero:
¿Lo juras?...» —Y Florinda en mudo espanto
Tiembla, y en lloro amargo y lastimero
Se deshace. Y «¿lo juras, infeliz?
¿Lo juras?» otra vez el padre dice.

LXVIII

Entónces ella, lánguida, marchita,
Con débil y honda voz, «padre, lo juro,»
Prorumpo; y tal horror su pecho agita,
Que viene á dar de espaldas contra el muro.
Sin verlo don Julian, se precipita
Sobre la daga, que en el suelo duro
Yace á sus piés, la coge, y de esta suerte
Ronco prosigue y respirando muerte:

LXIX

«Cumple, hija de mi amor, tu juramento:
Toma esta aguda y vengadora daga,
Y tu brazo con ella en el momento
Del vil Rodrigo el corazón deshaga.
Vuela, y cuando tornares, y sangriento
Muestre que á tu ofensor dió justa paga;
Por tu esfuerzo traerás restituida
Honra á tu padre, y libertad, y vida.»

LXX

No las celestes bóvedas rompiendo,
Con repentino trueno resonante,
Rayo trisulco y vengador, cayendo
A los piés de la dama palpitante,
Su corazón hundiera en tan tremendo
Espanto, como el nombre de su amante
Del padre en boca, y el mandato horrible,
Y el juramento bárbaro y terrible.

LXXI

Y trémula, y bañada en sudor frío,
Y cárdeno el semblante, y erizados
Los cabellos, y en fuego hondo y sombrío
Reluciendo los ojos espantados,
Ni ve, ni habla, ni escucha. El conde impío
Mírala, y sus furores renovados,
La ase del brazo, y con feroz acento,
«¿Faltas, dice, infeliz, al juramento?...

LXXII

»¿Mi honor y el tuyo á restaurar te niegas?...
¿Te gozarás en mi suplicio infame?...
O la suya, ó mi muerte: no hay más treguas:
O mi sangre, ó la suya se derrame.»
Y Florinda, «¿A qué Furias ¡ah! me entregas?
Dice, ¡oh padre!... si padre es bien te llame.
¡Qué horror!... ¿yo asesinar á mi Rodrigo?»
«¡Tuyo!!! el padre gritó, yo te maldigo.»

LXXIII

Mortal desmayo á tan terrible acento
A la dama infeliz sobrecogiera:
Vela caer el padre, y al momento
Revuelve contra sí la daga fiera:
Cuando llega Don Opas sin aliento.
De su sañudo brazo se apodera,
Y, «salvaos, exclama, de la muerte,
Venid, oh conde, aprovechad la suerte.»

LXXIV

Empero el arzobispo, que no había
En el tendido bulto reparado,
Míralo, y pierde toda su osadía,
De que aquella es Florinda cerciorado.
Y, «¿A dó, padre infeliz, tu saña impía
Te condujo?» prorumpo horrorizado.
Y gime Don Julian, y dice fiero:
«Mi maldición ha sido, no mi acero.»





CANTO II

LOS PRESAGIOS

I

Con un potro, un arnés y un escudero,
Que el arzobispo al conde ha procurado,
Libre hácia el claro Bétis va ligero,
De intentos de venganza acompañado:
Que el pensamiento siempre lisonjero,
Nueva esperanza ofrece á su cuidado
En deudos y en amigos, y no duda
Que hallará en ellos importante ayuda.

II

Va la incansable voladora Fama,
A cuyos ojos nada oculta el mundo,
Y cuya voz confusa se derrama
Por cuanto cercan cielo y mar profundo;
Del atrevido rey la amante llama,
El agravio del conde furibundo,
Y en el festín su arrojo infortunado,
Ha por España toda publicado.

III

Y toda España (¡oh síntoma de muerte!)
Burló tal vez de la afliccion paterna.
¡Triste del pueblo, á quien su triste suerte
Tanto á la infamia y corrupcion prosterna,
Que necio ríe y necio se divierte
Con los vicios de aquel que lo gobierna,
De un anciano en la faz al ver el lloro,
Y ultraje torpe al femenil decoro!

IV

Del Bétis olivoso á la ribera
El conde llega, y á Híspalis famosa,
Y á su palacio, donde inquieto espera
Sus gentes ver en turba numerosa;
Pero una y otra luz pasa ligera,
Y en soledad se mira congojosa,
Y ni deudos, ni amigos, ni parciales
Del alcázar penetran los umbrales.

V

¿Qué es esto?... ¿dónde están?... ¡desventurado!
 Hé aquí los hombres, Don Julian: advierte
 Cuál los que te cercaban fortunado,
 Huyen, cuando contraria ven tu suerte.
 Favor, gloria, poder te roba el hado;
 No hay ya de tí esperar, no hay ya temerte;
 Y cuantos por muy tuyos se vendieron,
 De tu fortuna, y no de tí lo fueron.

VI

Aunque el desaire advierte, su venganza
 Le inspira disimulo: con presteza
 Convoca, aún alentado de esperanza,
 De Híspalis y Vandalia á la nobleza.
 Mas pronto en tierra ve su confianza;
 Cobarde abatimiento, vil bajeza,
 Degradacion, infamia, vicios, dolo,
 Esclavos sin pudor hallando sólo.

VII

Gime el padre infeliz, y su hondo pecho,
 Ya espantoso volcan, rabia respira;
 Y temblando de horror y de despecho,
 Así ronco exclamó y ardiendo en ira:
 «¡Patria infeliz!... tus hijos ¿qué se han hecho?...
 ¿Dó están?... ¿dó están?... son estos que aquí mira
 Mi indignacion, esclavos de Rodrigo?...
 Si estos tus hijos son, yo te maldigo.»

VIII

Al atroz frenesí que su alma irrita,
 Su alcázar abandona, á Híspalis deja,
 En caballo veloz salta, y le agita,
 Y los ijares con furor le aqueja,
 Y en busca de la mar se precipita:
 Pues su rencor ardiente le aconseja
 De Hesperia huir, para buscar el modo
 De exterminar al rey y al pueblo godo.

IX

Llega al último término de España,
 A las costas que el mar sañudo azota,
 Y en las arenas que hervoroso baña,
 El potro deja, que cansado trota,
 Tiende la vista á la húmeda campaña,
 Y una pequeña barca, no remota
 Amarrada descubre en la ribera,
 Entre las algas y la espuma fiera.

X

Comenzaba la noche, ronco el viento
 En nubes oscurísimas bramaba;
 El mar con sordo són y movimiento
 Espantosa borrasca presagiaba;
 Mas no desiste el conde de su intento,
 Y arrojarle á las ondas sólo ansiaba:
 Tanto le era la patria aborrecible:
 ¡Ay del que llega á estado tan terrible!

XI

Era el batel de humildes pescadores,
 Que en un chozo inmediato se acogían,
 Cuando del mar horrendo los furores
 El sustento buscar les impedían.
 De la hoguera los rojos resplandores,
 A que las pobres redes recorrian,
 Llamaron la atencion del conde fiero,
 Y al albergue infeliz marchó ligero.

XII

Halla á los pescadores, que asustados
 De su aspecto temblaron pavoroso;
 Y mándales audaz, que apresurados
 Aprestando la barca, al proceloso
 Mar se entreguen, y á climas apartados
 Le conduzcan al punto. El peligroso
 Aspecto de las ondas y los vientos
 Muéstranle, que es contrario á sus intentos.

XIII

Pero empuñando la fulmínea espada,
 Obedecer sin replicar ordena,
 Van á la barca, que aunque está amarrada,
 La resaca la arrastra por la arena.
 Era horrenda la noche, contrastada
 Del hervoroso mar la playa truena,
 La atmósfera se envuelve en negra bruma,
 Silba ronco huracan, brama la espuma.

XIV

Otra vez, «¡ay, señor, que nos perdemos!»
 Dícele con pavor la pobre gente:
 Y otra vez Don Julian, haciendo extremos,
 «Al mar, al mar,» les grita bronceamente.
 Izan la entena, pues, mueven los remos,
 La frágil barca los embates siente,
 Cércala espesa niebla, y ciego el conde
 Huye de España sin saber á dónde.

XV

¿Y Florinda? ¿y Rodrigo?... ¡infortunados!
 Ámanse cual jamás por desventura;
 Abismo son sus pechos desdichados,
 Volcan sus almas, su pasión locura;
 Y á infortunios y horrores entregados,
 Luchan, cual frágil nave en noche oscura,
 Contra ásperos bajíos, azotada
 Del huracan y de la mar hinchada.

XVI

Sienten inexorable á toda hora,
 Que sus entrañas míseras aprieta
 Una mano de hierro abrasadora,
 Que arterias y pulmones les sujeta:
 Y que sus corazones vengadora
 Punza invisible bárbara saeta:
 Respirar quieren, y les huye el aura,
 Que cuanto vive, plácida restaura.

XVII

Anhelante Rodrigo y pavoroso,
 Y tal vez inducido y acosado
 De superior impulso misterioso,
 Por tenerlo ya el cielo decretado;
 Su horrendo afán, su estado desastroso
 Y las desdichas que aún le guarda el hado,
 Consultar con Ruben ansioso anhela,
 Y en busca suya corre y se desvela.

XVIII

Desparecido de la corte había
 Desde el festín infausto el docto anciano,
 Y que escondido estaba, se decía,
 Consultando los libros del arcano,
 En un antiguo alcázar, que existía
 De luengos siglos en mitad de un llano
 Inmediato á los muros de Toledo,
 Inspirando su mole pasmo y miedo.

XIX

Era pública fama, que encantado
 De asombros y prodigios lleno estaba;
 Del curso de los tiempos injuriado,
 Horrible aspecto aterrador mostraba;
 De zarzales y arenas rodeado,
 Nadie acercarse á su contorno osaba;
 De él huían ganados y vaqueros,
 Y tornaban la faz los pasajeros.

XX

Contábase que acaso en la sombrasa
 Noche salían de él largos gemidos,
 Y de horrenda batalla desastrosa
 El rumor de las armas y alaridos.
 Y que si con la niebla tenebrosa
 Iban por desventura hácia él perdidos
 Viajeros ó pastores, no volvían,
 Y en sempiterno olvido se escondían.

XXI

Confusa tradicion el ignorante
 Vulgo guardaba de que aquella fuera
 Mansion de antiguo sabio nigromante,
 Donde grandes tesoros escondiera.
 Otros aseguraban ser constante,
 Que tal encanto en el palacio hubiera,
 Que el que pudiera deshacerlo un día,
 Nombre, aunque infausto, eterno lograría.

XXII

En él se hallaba pues el docto hebreo;
 Y Rodrigo arrastrado por su estrella,
 Arde de consultarle en el deseo,
 Y ya los campos inmediatos huella.
 La blanca luna el resplandor febeo,
 Húmeda y silenciosa, sola y bella,
 Derramaba apacible en la llanura,
 Reinando de los cielos en la altura.

XXIII

Su luz resbala por el pardo muro
 Del inmenso edificio pavoroso,
 Que en parte viste hiedra y musgo oscuro,
 Que en parte desconchado está y ruinoso.
 Almenas le ha robado el tiempo duro,
 En donde grita el cárabo medroso,
 Y leve niebla ciñe blanquecina
 La atalaya, que altísima domina.

XXIV

Alza los ojos y la faz turbada
 Mudo el monarca, y la alta mole mira,
 Y queda yerto, y con el alma helada,
 Y su pecho oprimido no respira.
 No osa mover la planta, que asustada
 Sólo á retroceder temblando aspira;
 Mas prosigue, que el punto era llegado
 Por el cielo inmutable decretado.

XXV

Penetra los espesos matorrales,
Que en torno borran el camino y foso:
El puente, que há mil años las mortales
Plantas no osan pasar, huella medroso.
Los maderos podridos y puntales,
Con su peso cimbrando, rechinoso
Ruido forman: llega á la ancha puerta,
Y el pié á estampar en el umbral no acierta.

XXVI

Resuelto pulsa la mohosa aldaba,
Mas de súbito espanto poseído,
La suelta, y hácia atrás se retiraba.
Una vez y otra vez despavorido.
Al fin (que su destino lo arrastraba)
Da un golpe á su pesar, que repetido
Por patios y ruinosos corredores,
Retumba en largos ecos bramadores.

XXVII

Ya la altísima puerta se estremece,
Y se abre lenta con fragor tremendo:
Oscuro el ancho pórtico aparece
Inhabitado y en silencio horrendo:
Por las junturas de las losas crece
Inculto yerba, frío verdin cubriendo
Gradas de roto mármol; y aunque espanta
Su vista, el rey á hollarlas se adelanta.

XXVIII

Cuando el sabio Ruben, el docto anciano,
De amarillez y de dolor cubierto,
Y una pálida antorcha en la una mano,
Sale para atajar su paso incierto,
Y «¿á dónde, oh ciego rey, corres insano?
Le dice entre gemidos; ¿dó inexperto
Mueves la planta audaz? ¡Ay! que camina
A hallar tu fin, de España la ruina.

XXIX

«Huye, infeliz.»—Mas pálido el monarca,
«No, exclama, no, que á consultarte vengo,
Y en tu saber, que cielo y tierra abarca,
Cifrada sólo mi esperanza tengo.
Consuela mi afanar, ó que la Parca
Esta vida tremenda que mantengo,
Sigue piadosa, y cesen mis delirios,
Y mis remordimientos y martirios.»—

XXX

«¡Desdichado! responde el docto hebreo:
Mis labios sella el áspero destino,
Que potente se opone á tu deseo.
Respeto humilde su querer divino:
Nada puedo decirte; y cuando veo
Cercano ¡ay Dios! el fin de tu camino,
Que revelarlo y que salvarte pueda.
La fuerza de los astros me lo veda.

XXXI

«¡Ay! Mas huye... No pierdas ni un momento,
Que el de la perdición está inminente.»
Rodrigo, en espantoso desaliento,
Por fuerza oculta detener se siente.
Vuelve el mágico á instarle, cuando el viento
Retumba con los sonos de repente
De una campana del torreón, que había
Siglos que nadie resonar oía.

XXXII

A cuyo áspero horrisono tañido
El virtuoso Ruben desconcertado,
«Ya no hay reparacion, dando un gemido
Exclama, no, que el término es llegado.
Entra, si estás de esfuerzo apercebido:
Toma esta antorcha, y un arcon cerrado,
Que encontrarás, descubre: en él tu suerte:
La mía es bajar al reino de la muerte.»

XXXIII

Despareció Ruben: Rodrigo helado
Tiembla, y por mano oculta irresistible
Para retroceder se halla atajado,
Entre las sombras y el silencio horrible:
Y ya, del mismo miedo arrebatado,
Resuélvese á apurar su hado terrible:
Que desesperacion suele y denuedo,
En apuro final, tornarse el miedo.

XXXIV

Ábrense con fragor antiguas puertas,
Y el rey pasa atrevido los umbrales;
Formando sombras con la antorcha inciertas
Columnas y arruinados barandales.
Arcadas atraviesa descubiertas,
Patios llenos de lodo y matorrales:
Sobre quebradas losas se acelera,
Y hállase en la magnífica escalera.

XXXV

Mansa, de mármol negro y ancha asciende.
De polvo, do estampada no ve huella,
Cubierta toda. Osado el paso tiende
Por una y otra de las gradas de ella:
En lo alto un largo corredor se extiende,
Y por atravesarlo se atropella;
Y en la anchurosa cuadra entra temblando,
Y atónito su espacio registrando.

XXXVI

El artesón altísimo aparece
De espectros y de sombras habitado.
De oro y mármol el muro le parece,
Pero uno muerto, y otro deslustrado;
Y en medio de la sala se le ofrece,
Del polvo de la edad entapizado,
Un ancho arcon de cedro carcomido,
Y de mohosas barras guarnecido.

XXXVII

Se acerca yerto, frío, palpitante,
Y la fuerza del astro que le inclina,
Presta á sus brazos el vigor bastante,
Y el arca á descubrir se determina.
Ya la pesada tapa alza anhelante,
Que en los gonces tardísimos rechina;
Y del oscuro seno alzada apenas,
Con són de nube que inflamada truena,

XXXVIII

Entre humo denso y llama aterradora,
Cual es la de las iras del Eterno,
Fantasma colosal, reina y señora
De los vicios que aborta el hondo averno,
Alzase; y á Rodrigo vengadora
Se acerca, con sonrisa del infierno,
Y esgrimiendo un buril de brasa ardiente,
Exterminio grabó sobre su frente.

XXXIX

Y largo estruendo, horrendo resonando,
Cual le oyó el orbe nuevo al alarido
De Leviatán y de su horrible bando,
Por la alta diestra de Miguel vencido;
O cual lo escuchará cuando temblando
Vuelva á ser nada, y del Criador olvido;
El encantado alcázar se estremece,
Y como polvo y humo desaparece.

XL

Hállase el rey en la mitad de un llano,
Do descuellan sepulcros suntuosos,
Que de voraz incendio no lejano
Alumbran resplandores espantosos.
Torna absorto la faz, y el toledano
Muro, y sus altos templos, y famosos
Palacios reconoce, que en horrendo
Fuego desolador están ardiendo.

XLI

Y siente que sus plantas humedece
Sangre, que empapa cálida la tierra;
Y que hácia el Sur retumba, y sordo crece
Clamor de trompas y rumor de guerra;
Y ve que á todos lados se aparece,
Inundando llanura, monte y sierra,
Tropel innumerable de escuadrones
De extrañas y fierísimas naciones.

XLII

El exterminador ángel extiende
Sus alas sobre ellos, y los guía
Con la espada de Dios. Delante hiende
Bramador huracán la niebla fría;
Y en pos su espesa y negra sombra tiende
La noche del error, donde la impía
Esclavitud y la barbarie viven,
Y á devorar al orbe se aperciben.

XLIII

Quiere el mísero huir al acercarse
La fiera multitud, mas de repente
Ve las antiguas losas quebrantarse:
Oye gemir las urnas sordamente;
Y mira de sus senos levantarse,
Ceñida aún de oro y de laurel la frente,
Las sombras de sus ínclitos mayores,
Clavando en él los ojos vengadores.

XLIV

Y esconderse en la niebla vagarosa,
Gimiendo y exclamando en roncos gritos:
«Maldición, maldición para el que osa
Nuestro sueño turbar con sus delitos,
Hundiendo en noche horrenda y desastrosa
Patria y honor, y sacrosantos ritos.»
Más resistir el infeliz no pudo,
Y vino al suelo desmayado y mudo.

XLV

En él por largo tiempo ni aún respira,
Casi cadáver insensible, helado;
Y cuando en sí volvió, solo se mira,
Tendido en medio del desierto prado.
Atónito en redor los ojos gira;
Y no hallando el alcázar encantado (1),
Ni rastro alguno de él, se alza y de miedo
Ahogado el corazón, huye á Toledo.

XLVI

—Florinda en tanto por la selva umbrosa,
Que su palacio y su jardín cercaba,
Como ni un punto la infeliz reposa,
Con su querida Elvira paseaba;
Y en inquieto silencio, congojosa,
Con lloro amargo de dolor regaba
Ambas mejillas, aunque mustias, bellas,
Lamentando el rigor de las estrellas.

XLVII

A un dulce pajarillo, que volando
De árbol en árbol y de rama en rama,
Melancólicos trinos gorjeando,
Sus penas templó, y la atención le llama,
Sigue embebida en el acento blando,
Y en pos se enselva la afligida dama;
Y sin notarlo, lejos los confines
Deja de su palacio y sus jardines.

XLVIII

Y hállese en un collado delicioso,
Manso dominador de la ancha vega,
Que el aurífero Tajo caudaloso
Grato enriquece y apacible riega;
Y do en chozas humildes al reposo
Sencillo pueblo pastoril se entrega,
De inocencia y candor acompañado,
Y de sus fieles perros y ganado.

XLIX

¡Oh, cuán hermosa, y pura, y refulgente
Brilla la luna en el zafir del cielo,
Rielando en la plácida corriente,
Y aljofarando el esmaltado suelo!
¡Qué bálsamo respira el fresco ambiente!
¡Qué silenciosa paz, cuánto consuelo
Del mísero mortal presenta al alma
El campo delicioso en noche calma!

(1) Al final de este poema están las notas que van señaladas con los guarismos correlativos.

L

Y tú, apacible y regalado sueño,
Consolador del mundo, tú que miras
Con espantado y pavoroso ceño
Las pasiones, y de ellas te retiras;
¡Cuán suave, coronado de beleño,
Con alas silenciosas mudo giras
Por la fresca, adormida y ancha vega,
Que á tu encanto dulcísimo se entrega!

LI

Huyes de los soberbios artesones.
Do brilla el oro en cimbras y en follajes:
Huyes de los armados galeones,
Y de los eminentes almenajes;
Y buscas las pacíficas regiones,
Donde chozas humildes de ramajes
Albergan el candor y la inocencia,
Y en ellas ejercitas tu influencia.

LII

El orgulloso y bárbaro tirano,
Que de púrpura y oro oprime el lecho,
Tu dulce néctar solicita en vano,
De recelo y pavor hendido el pecho.
Ya ve la daga en sobornada mano,
Ya el rayo vengador hendiendo el techo.
Ya á impulso popular rotas y abiertas
Cobardes guardias, reforzadas puertas.

LIII

El que sigue feroz al duro Marte,
Abrumado del peso de la malla,
Temeroso procura desecharte
Al rayo de Lucina en la muralla;
Y el que del globo en la remota parte
El oro busca y con la mar batalla,
Si la codicia no, la voz del noto
Le despierta ó el grito del piloto.

LIV

Al sencillo pastor, tranquilo en tanto,
Ni ambición ni codicia le desvela,
Ni odio le turba, ni le inquieta espanto,
Ni envidia vil, ni pérdida cautela;
Y desde que la noche tiende el manto,
Hasta que el pajarillo canta y vuela
Risueño saludando á el alba pura,
Goza en tus brazos celestial dulzura.

LV

El mágico poder obra en la dama
Del feliz espectáculo que admira,
Y el consuelo en sus venas se derrama,
Con el aura inocente que respira.
Siéntase, pues, sobre la fresca grama,
La mano asiendo de su amada Elvira,
Y en éxtasis, que templá sus dolores,
Enjúganse sus ojos brilladores.

LVI

Cuando oye de los perros vigilantes,
Muestras de lealtad, fieles ladridos;
Y á los rayos de Cintia rutilantes,
Sobre yerbas y flores esparcidos,
A un zagal (que con pasos anhelantes
A uno de aquellos chozos reducidos
Se acerca silencioso) ve la dama,
Y su muda atencion despierta y llama.

LXVII

Y en seguida, de un rústico instrumento
La blanda melodía resonando,
Conmovió suave al adormido viento,
Voz á la vega y á la noche dando;
Y un delicioso enamorado acento
A la par de la música sonando,
Hijo de una pasión sencilla y pura,
Así esparció á las auras su dulzura:

LXVIII

«Mi consuelo, mi dicha encantadora,
Más linda que la flor del verde lino,
Y más lozana que la fresca aurora,
Que al sol siembra de rosas el camino;
Dulce zagala, á quien mi pecho adora,
Por mi feliz, dulcísimo destino:
¡Ay, cuánto tarda el venidero día,
Que anhelo pase, por llamarte mía!

LIX

«¡Oh, cuán gallarda ante el altar sagrado
Mañana á dar el premio á mis amores,
Dirigirás el paso recatado,
La sien ceñida de fragantes flores;
Y de la rosa el brillo retratado
En tu inocente faz, con los colores
Del púdico rubor, tu mano tierna
La dicha hará de tu pastor eterna!

LX

»Más bella que la luz de hermoso día
En el zafr del Tajo retratada,
Es tu cándida frente, Alcina mía,
Que parece azucena anacarada;
Y el negro manto de la noche umbría
No ostenta en primavera sosegada
Lucero brillador, ni el mayor de ellos,
Que se compare con tus ojos bellos.

LXI

»¿Cómo Lauso sin tí vivir pudiera,
Encanto, eterno bien del pecho mío,
Más dulce á mi anhelar, que en la pradera
Es el nuevo alcacel á mi cabrió?
La vida sin tu amor, ¿qué me sirviera,
Dueño de mi existencia y mi albedrío?
Sólo á adorarte el hado me destina,
Para amarte nací, gallarda Alcina.

LXII

»¡Ah! ¡cuán dichosos por la selva y prados
Al rojo amanecer los dos saldremos,
Confundidos en uno ambos ganados,
Y los pintados riscos buscaremos;
Y entre amores sabrosos, y envidiados
Del cielo y de la tierra, pasaremos
Días felices, horas placenteras,
En estas dichosísimas riberas!

LXIII

»¡Qué regalos tendrás del amor mío!...
No brillará en la selva flor temprana,
Que no adorne tu frente; cabe el río
Conchas te cogeré cada mañana;
Y en cuanto arrullen por el bosque umbrío,
En la pompa del álamo lozana,
Tórtolas blancas, tenderé mis redes;
Y ya contarlas como tuyas puedes.

LXIV

»Un cervatillo con la piel manchada
De rojo y gris, y con el lomo pardo,
Que encontré la otra siesta en la enramada,
Para ofrecerlo á tu beldad, lo guardo.
En el redil, do encierro mi manada,
Custodiado lo tengo, y sólo aguardo
A que pazca y que trisque: cuando sea
Tuyo, Alcina, verás cuál te recrea.

LXV

»Y en cuanto el sol su luz tienda en el llano,
He de plantar (en sitio que encubierto
Esté del soplo ardiente del solano,
Y de la escarcha del invierno yerto)
Un almendro, que pronto alce lozano
Gallarda cima de verdor cubierto,
Y acuerde en las tempranas primaveras
Nuestras delicias del amor primeras.»—

LXVI

Cesó la voz, y el eco sonoro
Aún los últimos sonos repetía,
Mientras ufano aquel pastor dichoso
Con guiraldas el tosco umbral vestía;
Cuando por él saliendo el dueño hermoso,
Que su llama honestísima encendía,
Ternezas se dijeron con amores,
Cuyo susurro resonó en las flores,

LXVII

Tan inocente amor, dicha tan pura
Compara á los abismos de su pecho
Florinda, y el raudal de la amargura
Hierve en su corazón, roto y deshecho:
Que sólo el que es dichoso, la ventura
De los demás contempla satisfecho;
Pero ¡ay! al infeliz dichas ajenas
La furia le redoblan de sus penas.

LXVIII

Y con ojos que el llanto no humedece,
Y que de aquellas chozas no retira,
Mármol yerto la mísera parece,
Reclinada en el seno de su Elvira;
Hasta que recordando, se estremece,
Rompe en ardientes lágrimas, suspira,
Y prorrumpe con voz que conmoviera
Al cielo, si piedad en él hubiera:

LXIX

«¿Lo ves?... Lo ves?... ¡Oh ciego, injusto hado!
¡Ay!... El amor los hace venturosos;
El mismo amor, que tiene destrozado
Mi pecho con tormentos espantosos.
¿Por qué esta diferencia, cielo airado?
Unos aman, y amando son dichosos,
Y otros aman, y amando los confundes,
Y en mar horrendo de dolor los hundes,

LXX

»Como á mí, triste!.. Cual si crimen fuera
Verse mi corazón á amor sujeto,
O del mortal en manos estuviera
Elegir para amar hora y objeto.
Todo lo rige la celeste esfera:
Inevitable al hombre es su decreto:
Si el cielo con pasiones nos hostiga,
¿De qué delito luego nos castiga?

LXXI

»¿Es que en la corte y entre jaspes y oro
Todo es maldad y horrores, y conserva
El hado de sus dichas el tesoro
Para las chozas de ramaje y yerba?
¿Y por qué á mí infeliz á eterno lloro
Me hizo á la luz nacer la suerte acerba
En Toledo, en alcázares dorados,
Y no en las selvas y apacibles prados?

LXXII

»Alejémonos ¡ay! de estos lugares;
Que tanta dicha me desgarró el alma,
Y aún temo con mis horribles pesares
De esa mansion feliz turbar la calma.»
Dijo, y á los etéreos lumináres
Alzó una y otra sudorosa palma,
Llenas de llanto las mejillas bellas,
Como favor pidiendo á las estrellas.

LXXIII

Apoyada levántase en su Elvira,
Y volviendo los ojos de la vega,
Angustiada á su alcázar se retira,
Y ya á los bosques inmediatos llega.
Advierte en ellos que á lo lejos gira,
Con paso incierto entre la sombra ciega,
Un silencioso bulto, que la espanta,
Y lanza un grito, sin mover la planta.

LXXIV

A cuyo acento viene presuroso
Aquel objeto que su horror motiva:
Quiere Florinda huir, y en el herboso
Suelo su propio asombro la derriba:
Cuando halla que es Rodrigo, que anheloso,
Yerto el cabello, helada la expresiva
Frente, los ojos secos y espantados,
Sostiénela con brazos desmayados.

LXXV

Rodrigo, el infeliz que abrir no osa
Los lábios de terror, y que en horrendo
Secreto guardará la temerosa
Vision, de que turbado viene huyendo;
Ni sabrá cuál la vega es deliciosa,
Que su amada Florinda ha estado viendo;
Que el temor de aumentar su mutua pena,
A silencio azaroso los condena.

LXXVI

Abrázanse gimiendo, y fugitiva
El aura compadece sus dolores:
La selva los contempla compasiva,
Y sin piedad los astros brilladores;
Mientras cruel de su esplendor los priva
La luna, que nacer vió sus amores,
Pues ¡funesto presagio! el rostro oculta
En negra nube, que el terror abulta.

Londres, 1834





CANTO TERCERO

LA VENGANZA

I

Viento setentrional sopla, y gallardo,
Aunque crespes del mar las turbias ondas,
El seno abulta de las lonas pardo,
Sin que la tierra nebuloso escondas.
No te demuestres á mi anhelo tardo,
Que á mis ruegos es justo correspondas,
Pues cantando el rigor de mi fortuna,
En Albion te adormecí en tu cuna.

II

Sí, ya á mis ojos férvido horizonte,
Entre celajes de risueña grana,
Cumbres azules de lejano monte
Muestra al primer albor de la mañana.
Terreno es español!... Alma, disponte,
Disponte á recibir el premio ufana
De tu constancia y padecer, gozando
De amor y de amistad el beso blando.

III

Salve, costas amadas. — ¡Desdichado!...
¡Mísero yo, que en ilusion perdido,
Pude un momento la crueldad del hado
Dar, y mi suerte bárbara al olvido!
¡Ay! el tiempo dichoso aún no es llegado.
Una tremenda voz hiere mi oído,
Voz de infortunio, de despecho y muerte:
¡Oh cuán terrible es la sañuda suerte!

IV

Siniestra voz con temeroso acento,
«Huye, infelice, desde allí me grita,
Que á ver tu patria por mayor tormento
Tu destino cruel te precipita:
Mas no la pisarás, el rauda viento
Que hincha tus lonas y la mar agita,
Te arrebatara ¡infeliz! á otras arenas,
En donde arrastres tu destierro y penas.»

V

¿Dó volveré los ojos? Tú, desnudo
Avila de verdor; tú, cuya frente
De ásperas rocas Hércules membrudo
Alzó, abriendo camino al mar rugiente,
Permite á un desdichado, á quien sañudo
Destino acosa, la angustiada mente
Y la vista tender, para consuelo,
Por tu gran mole que se eleva al cielo (2).

VI

Mas, ¡oh prodigio!.. ¿á quién allá en tu cumbre,
Cual fantasma de muerte, alzarse veo,
Y de sus ojos la tartárea lumbre
Sobrepajar el resplandor febeo,
Como en noche fatal la muchedumbre
De estrellas vence, ardiendo en su apogeo,
Sobre las rotas nubes desiguales,
El sangriento Orion, nuncio de males?

VII

¡Ay, que es el conde Don Julian! Airados
El viento y mar, de la tartesia arena
A los montes del Africa abrasados,
Le condujeron á llorar su pena;
Y desde allí con ojos inflamados,
Y alma de anhelo vengativa llena,
Mira al través de las cerúleas olas,
Y maldice las costas españolas.

VIII

Allí en la cumbre de los riscos yerta,
Su alarido atronando la montaña,
De aquella playa bárbara y desierta
Las sierpes, con pavor, tiemblan su saña;
Y allí le mira el sol, cuando despierta,
Y allí, cuando de luz los orbes baña,
Y allí desde el ocaso al fin del día,
Y allí una y otra vez la noche fría.

IX

Allí tambien le encuentra un mensajero,
Que en pequeño batel de alado pino,
Desde España, cortando el golfo fiero,
Con carta y órden de Don Opas vino;
Del vil Don Opas, que logró mañero
Saber do el conde gime peregrino;
Y en carta astuta de este modo escrita,
A la venganza y la traicion le incita:

X

«Del africa arenosa las regiones
De gloria inundan, y de honor sedientas,
Nuevas valerosísimas naciones;
¿Y tú su vecindad por nada cuentas?
¿No ves que serán tuyos sus pendones,
Si á su ambicion y arrojo representas,
Cuán cerca les ofrece la fortuna
A España rica y sin defensa alguna?

XI

»Marcha en su busca, su valor enciende,
A su cabeza ponte, y sin tardanza
El corto espacio de los mares hiende,
Y á las béticas playas te abalanza.
Harto te digo: de tu mano pende
O restaurar tu nombre ó la venganza
Tener, que tu manchada gloria exige,
O morir en la afrenta: conde, elige...»

XII

Más no leyó: las canas venerables
De la rugosa frente se erizaron,
Y sus ojos, con fuego formidables,
Al mensajero infame fulminaron;
Y asordando los piélagos instables
Con voces, que cual trueno retumbaron,
«¡Yo á mi patria traidor! yo contra España!!!»
Dijo, y huyó por la áspera montaña.

XIII

Mas ¡ay! vano es huir: consigo lleva
El consejo fatal, y allá en su pecho
El oculto veneno entró y se ceba,
Y ya en su corazon el daño ha hecho.
Así en vano á escapar el ciervo prueba
Del dardo que el costado le ha deshecho;
Que no ya el dardo cortará su vida,
Sino la yerba que dejó en la herida.

XIV

Conócelo el astuto mensajero,
Sagaz cual su señor, y al conde airado
No intenta perseguir, antes ligero
Torna á surcar el piélagos salado:
Tal diestro agricultor con cierto agüero,
Cuando en terreno fértil ha sembrado,
Ya no se afana más, porque el tributo
Sabe que le ha de dar la tierra en fruto.

XV

Solo el conde en el áspero desierto,
Vuelve á mirar la seductora carta,
Y nuevo horror le inspira y desconcierto,
Y otra vez de ella el pensamiento aparta:
Que jamás corazon de honor cubierto,
Aunque la patria lo destroce y parta
Con vil persecucion y ofensa grave,
Hacerla presa de extranjerios sabe.

XVI

Tal crimen es, que de pensarlo, el conde,
Aunque irritado, tiembla; y en su pecho
A Opas maldice, y al papel en donde
Ofrece tal venganza á su despecho.
Mas de virtud humana ¿quién responde,
Cuando en horrenda tempestad deshecho
El huracan de las pasiones ruge,
Y audaz la embiste con furioso empuje?

XVII

Casi cien giros completado habia
La tierra en derredor del sol ardiente,
Desde la fuga y el famoso día
En que Mahoma trastornó el oriente (3);
Y en que hermanando astucia y osadía,
Alzó arrogante la soberbia frente,
Cual hombre celestial, y cual profeta,
Que de Dios los decretos interpreta.

XVIII

Obediencia, y amor, y ciego culto
Halló entre gentes rudas, que pensaron
Que el mismo Dios en él hablaba oculto,
Y sus dogmas y leyes abrazaron;
Y cundiendo en los pueblos el tumulto,
Que las nuevas doctrinas motivaron,
Llenó su nombre y gloria el hemisferio,
Que absorto vió nacer un nuevo imperio.

XIX

Un nuevo imperio, que cual suele acaso
Raudito torrente en turbio remolino,
Rompiendo el dique, por el campo raso
Extender bramador su ancho camino;
O como en el desierto tiende el paso
Sobre la llana arena el torbellino;
Nació, creció, elevóse, y furibundo
Combatió al cielo, estremeciendo al mundo.

XX

Pues Mahoma exaltando las pasiones
De las gentes del Sur, y en fanatismo
Abrasando encendidos corazones,
Hizo temblar al firmamento mismo:
Tornó tímidos ciervos en leones,
Inflamó astuto en bélico heroísmo
Pueblos supersticiosos, y con ellos
De altas naciones oprimió los cuellos.

XXI

¡Tanto puede el saber ó la fortuna
De un hombre solo!... y tanto, que aún enciende
Su excelso influjo sin mudanza alguna
En la stirpe feliz que de él desciende.
Así el imperio de la media luna,
Muerto Mahoma, en nueva gloria splende,
Y ven del islamismo las falanges
El fértil Nilo y opulento Ganges.

XXII

Muza conduce al último occidente
Sus vencedoras huestes y pendones,
Y hace que postren al Corán la frente
Garamantas y etiópicas naciones,
Y el pardo Bereber y el Libio ardiente;
Y cubre con invictos escuadrones
La Tingitania y la Numidia, y huella
Las costas, do el Atlántico se estrella.

XXIII

Costas, cuya conquista (ya mirando
La Africa toda á su poder sujeta,
Y sometida del Califa al mando,
Y al culto y á la ley del gran Profeta)
A su hijo Abdalazís encarga, ansioso
Con paterna afición justa y discreta,
Que se ensaye en la lid, y adquiera gloria,
Completando su acero la victoria.

XXIV

Así Getulia por sus montes mira
Rey de las selvas al leon sañudo,
Después que destrozár, ardiendo en ira,
Ganados, perros y pastores pudo;
Cuál de la lid sangriento se retira,
Y á sus cachorros con rugido agudo
Incita á que en los restos fuerzas prueben,
Y en la matanza y destruccion se ceben.

XXV

Jóven Abdaiazís, y aleccionado
Del padre triunfador en la alta escuela,
De fortuna y valor acompañado,
Al ensayo feliz ansioso vuela;
Y cual rayo en las nubes engendrado,
Corre, llega, combate, vence, asuela;
Y ornado de laurel, de gloria lleno,
Torna al abrigo del paterno seno.

XXVI

Con lágrimas de gozo el padre anciano
Al jóven vencedor los brazos tiende,
Y gracias rinde al cielo soberano,
Que en hijo tal su noble sangre enciende;
Y por festejo del valor temprano
Que en el mancebo triunfador splende,
Y de ver completada la conquista,
Fiestas y juegos bélicos alista.

XXVII

No léjos de la playa, en que las olas
Del paso hercúleo brillan, y do enfrente
De las cercanas playas españolas
Avila se avecina al sol ardiente,
Bajo la insignia de las crespas colas
Júntase ufana la guerrera gente,
Que de Mahoma sigue los pendones,
Humillando al Coran tantas naciones.

XXVIII

Y con ellos los pueblos africanos,
Descendencia de Agar, llegan ansiosos,
Ya humildes á los ritos mahometanos,
A presenciar los juegos suntuosos,
Que en unos valles y apacibles llanos,
De palmas y naranjos olorosos
Ornados en reedor, el sarraceno
Va á celebrar, de sus conquistas lleno.

XXIX

Preside el campo Muza, coronado
De los rayos espléndidos de gloria,
Que á su cabello venerable han dado
La constante fortuna y la victoria;
Y en segundo lugar (si lo es su lado)
Brillan, dignos tambien de alta memoria,
Los otros adalides, campeones,
Honor de los lunados escuadrones.

XXX

A contender los premios se presenta
La flor del Asia y Africa, gallarda
Lozana juventud de honra sedienta,
Y á quien tan alta gloria el cielo guarda.
Cuál en potro feroz, que fuego alienta
La carrera del viento juzga tarda,
Y cuál ostenta luchador robusto
Fuerzas, que al mismo Alcides dieran susto.

XXXI

Quién disputa el acierto en la saeta,
Los golpes quién de poderosa maza,
Este al toro feroz postra y sujeta,
Aquel al bravo tigre despedaza:
Otros con ágil pié tocan la meta,
Y todos muestran en la extensa plaza
Fuerzas, y robustez, y valentía,
Destreza, emulacion, alta osadía.

XXXII

Allí, excelso Tarif, la gruesa lanza
Tu brazo triunfador vibró membrudo,
Y tanto trecho rehilando alcanza,
Que do llegó, ninguna llegar pudo,
Y allí con harto orgullo y confianza
Tu cuerpo colosal muestras desnudo,
Oh Zegrí, que desprecias arrogante
De Abencerraj los miembros de gigante.

XXXIII

A ambos en espantosa lucha mira
Desde zenit el sol, y ambos deshechos
Ardeis sañudos en rencor y en ira,
Y en fuertes lazos os teneis estrechos.
El odio innato, que bramando gira
Por vuestras venas y encendidos pechos,
Tal fuerza os da, que iguales en la gloria,
No queda por ninguno la victoria.

XXXIV

Ya los astros os tienen destinada
Generacion, do se conserve y crezca
Esa rivalidad envenenada
Tanto, que envidia su heredad parezca:
Y un tiempo ha de llegar en que Granada
De vuestros nietos al furor perezca,
Cuando discordia atroz así los ciegue,
Que vuestra sangre sus palacios riegue (4).

XXXV

Tambien tú, Abhen-Halí, jóven lozano,
De alfanje damasquino haciendo prueba,
Revuelves el corcel con blanda mano,
Llamando la atencion tu gloria nueva.
¡Ay! que víctima á ser de amor insano
Tu destino cruel te arrastra y lleva
A Córdoba famosa, do tu suerte
Será amar, tener celos, darte muerte.

XXXVI

Sí, yo mismo en el muro derruido
De aquella insigne Córdoba, do el cielo
Me dió el nacer, y que jamás olvido,
He visto las señales de tu duelo.
Aún de tu ingrata Zaida allí esculpido,
Sin que lo ultraje de la edad el vuelo,
Vive el nombre, que trémulo escribiste
Con la daga, que en tí despues hundiste.

XXXVII

Lo he visto, y no sin lágrimas: el pardo
Musgo las letras casi borra, y crece
De hiedra y zarza matorral bastardo,
Que de aquel sitio el defensor parece.
Alza la crencha solitario cardo
Sobre tu ignota tumba, y resplandece
En las piedras tu sangre, mancha oscura,
Que allí á despecho de los tiempos dura.

XXXVIII

¡Cuántas veces tu historia dolorosa,
Infante tierno, me acalló en la cuna!
¡Cuántas despues, ya jóven, con medrosa
Planta, al reflejo de la opaca luna
Visité aquel lugar, donde reposa
Tu ceniza infeliz!... Y aún noche alguna
Mi mente oyó gemidos aterrada,
Y creyó ver vagar tu sombra helada (5).

XXXIX

Quince veces el astro refulgente,
Centro del mundo y causador del día,
La vega iluminó, donde eminente
El valor musulman resplandecía;
Y ya alzando la voz y la alta mente
Hafiz, el noble vate, en quien ardía
La llama celestial, con sacro verso
Cantaba tanta hazaña al Universo.

XL

Cuando el conde infeliz encaminado
Del gran rumor y estruendes militares,
Solo se acerca á la llanura armado,
Por desusadas sendas y ramblares:
Llega, y la inmensa multitud pasmado,
Oculto en los cercanos olivares,
Contempla; y su designio atroz le espanta,
Y aún indeciso suspendió la planta.

XLI

Lanzando empero un hórrido alarido,
Cual espíritu réprobo, que mira
Que ha para siempre la mansion perdido
De la misericordia, ardiendo en ira
Prosigue, de los astros compelido;
Entre la muchedumbre mudo gira,
Y en medio de la liza se presenta,
La vista universal teniendo atenta.

XLII

Su deslustrado peto opaca lumbre
Lanza, como siniestro meteoro,
Que del cóncavo cielo en la alta cumbre
Arde de los planetas entre el coro.
De sus áridos ojos la vislumbre
Brilla, y la faz, que moja escaso lloro,
Como fuego infernal: barba y cabello
El seno escarcha, y emblanquece el cuello.

XLIII

Suspéndese el concurso inmenso, y mudo
Su extraño aspecto admira y continente.
El con la espada bate el ancho escudo,
Y tiembla y calla sin alzar la frente;
Cuando de pronto encárase sañudo
Al asiento de Muza preeminente,
Y en ronca voz, que ensordecer pudiera
Al huracan, habló de esta manera:

XLIV

«Egregio capitán, claros varones
Dignos de dominar toda la tierra:
Nuevas valerosísimas naciones,
Cuyo poder al Universo aterra;
En inútiles pruebas, y en funciones
Desperdiciáis el tiempo, que á la guerra
Deberíais consagrar y á la victoria,
Y á completar vuestra naciente gloria?

XLV

»¿Pensáis que los destinos esplendentes,
Que os guarda el cielo en inmutable arcano
Llenos están, cuando aún existen gentes,
No domadas al yugo mahometano?
¿Vuestros invictos ánimos valientes,
Caben sólo en el ámbito africano,
Y ese vuestro desnudo sin segundo,
Que caber no pudiera en todo el mundo?

XLVI

«Volad á donde os llama la fortuna,
No sea término el mar á vuestra saña,
Y el pendon victorioso de la luna
Amague á Europa, combatiendo á España.
Vecina, rica, sin defensa alguna
Se os ofrece; la luz del sol no baña
Ni mejor parte tiene el orbe todo:
Venid, arrebatadla al débil godo.»

XLVII

Hondo espanto su voz ahogó, y el hielo
 Pasmóle el corazon, cuando su boca
 Nombró á la patria, y temeroso al cielo
 Miró, sabiendo que su horror provoca.
 En el desesperado desconsuelo,
 Que confunde su aliento y le sofoca,
 Ve á la virtud que de él huye y se aleja,
 Y en la eternal reprobacion le deja.

XLVIII

Es tradicion antigua de que en tanto
 Que el traidor alentaba al sarraceno,
 Tembló la España toda, y negro manto
 Robóle el claro sol, bramando el trueno;
 Y que terror secreto y mudo espanto,
 Cayendo repentino, turbó el seno
 De cuantos godos en el orbe habia:
 ¡Tanto funesto fuéles aquel día!

XLIX

Al espirar del conde el vil acento,
 La inmensa muchedumbre el aire llena
 Del confuso rumor que forma el viento,
 Cuando en los valles de Moncayo suena.
 Todos gritan con bárbaro ardimiento:
 «A España, á España, el cielo nos lo ordena;
 Este del gran Profeta es mensajero:»
 Y todos arden en furor guerrero.

L

Sólo el prudente Muza no responde,
 Y aunque el ansia de gloria que le enciende,
 En su faz generosa mal se esconde,
 Hácia su pabellon el paso tiende.
 En tanto que cercando al fiero conde
 La entusiasmada multitud, que entiende
 Ver en él un ministro del Profeta,
 Le agasaja, le admira y le respeta.

LI

Mas él á todo obsequio indiferente,
 Ni ve, ni escucha; que su pecho insano
 El peso abrumador del crimen siente,
 Y torna mudo al olivar cercano:
 Pues si remordimientos no consiente
 Un gran delito en corazon humano,
 Cierta terrible asombro siempre inspira,
 Engendradora tal vez de mayor ira.

LII

Entró la noche, y solo y combatido
 De varios encontrados pensamientos,
 Como cedro en el monte sacudido
 Por bramadores encontrados vientos,
 Muza, adalid prudente y advertido,
 Del conde recordando los acentos,
 No acierta á decidir, y duda y vuelve,
 O miéntras piensa más, ménos resuelve.

LIII

El silencioso sueño por la vega
 Sus alas tiende, ungidas de rocío,
 Y al reposo dulcísimo se entrega
 Y á la quietud el bárbaro gentío.
 En la alta cumbre plácida despliega
 Su lánguido esplendor, húmedo y frio,
 Con tibias luces, la creciente luna,
 Protectora de la árabe fortuna.

LIV

Cuando Muza, agitado y cuidadoso
 (Bien que el sueño halagase sus intentos,
 Renaciendo en las horas del reposo
 Sus altos ambiciosos pensamientos;
 O bien que el cielo, airado y riguroso,
 Avisos no omitiese ni portentos,
 Con que la destruccion, ya decretada,
 Precipitar de Hesperia desdichada)

LV

Vió vestirse de rayos esplendentes
 Las pardas sombras de la noche oscura,
 Y con lampos de luz resplandecientes
 El seno abrirse de la tierra dura;
 Y entre vapores férvidos ardientes
 Alzarse á la region del cielo pura
 El formidable espectro de Mahoma,
 Cual númen infernal que el aire doma.

LVI

Armas, despojos, rayos de la guerra,
 Famas de altas naciones y fortuna
 Huellan sus piés, que estriban en la tierra,
 Miéntras su frente escóndese en la luna.
 Arde el Coran, que al universo aterra,
 En medio de su pecho, cual laguna
 De encendidos metales, y parece
 Que á su presencia el orbe se estremece.

LVII

Muza pasmado la rodilla inclina,
Postrando contra el suelo su semblante,
Cuando la colosal diestra encamina
El grave espectro, y le ase del turbante;
Y las nubes hendiendo, lo avecina
A Avila peñascoso en corto instante,
Y párase con él en la alta cumbre,
Que temblando abortó tartárea lumbre.

LVIII

Y desatando allí con diestra fuerte
El lauro eterno, que su frente orlaba,
Lo arroja; y como flecha de la muerte,
Hendiendo el aire rápido silbaba,
Siniestra luz lanzando: de tal suerte,
Que mísero planeta asemejaba,
A quien el Hacedor con ceño mira,
Y que perdido en los espacios gira.

LIX

Y salvando los mares espumosos,
Cayó tronando en medio de la España,
Cuyos campos y montes espaciosos
Con perniciosa luz alumbra y baña.
A los ojos de Muza codiciosos
Patente haciendo en perspectiva extraña,
¡Oh gran portento! cuanto encierra y cría
La goda miseranda monarquía.

LX

Allí campos y vegas abundantes,
Do ópimas mieses el favonio ondea;
Cumbres allá, donde árboles gigantes
Entre las nubes Aquilon menea;
Aquí llanuras, sotos y odorantes
Prados, donde agua hermosa serpentea,
Adornados de yerbas y de flores,
Poblados de ganados y pastores.

LXI

Allá contempla de ásperas montañas,
Por celestial disposición abiertas,
De ricos minerales las entrañas
Desde el cimientto hasta las cumbres yertas:
Allí mira cual riegan las campañas,
De los dones riquísimos cubiertas
De Minerva y de Baco, extensos ríos,
Que arrastran oro en sus raudales fríos.

LXII

Y por do quier ciudades afamadas,
Altos templos, soberbios edificios;
Mas de gentes cobardes habitadas,
Presa infeliz del lujo y de los vicios.
Las fortalezas ve desmoronadas,
Que del descuido infame dan indicios.
Los arneses yacer de orin cubiertos,
E indómito el caballo en los desiertos.

LXIII

Absorto y en silencio sepultado,
Está el caudillo á la vision atento,
Del formidable espectro acompañado
Dominador de la region del viento;
Y ante sus graves plantas prosternado
Anhela sólo el escuchar su acento,
Pues, aunque en llama ardiendo está guerrera,
Sólo una voz, sólo un mandato espera.

LXIV

Al fin lo oyó, pues que con voz tronante
Cual la tremenda voz de los torrentes,
Gritó: «Allí está el laurel, y allí triunfante
Lo hallarán, si lo buscan, mis valientes.»
No dijo más: el trueno retumbante
Sonó, bramó la mar, los refulgentes
Astros oscurecieronse, de guerra
Sintióse estruendo, y retendió la tierra.

LXV

Cesó el prodigio: Muza confundido
Se halla en su pabellon; mas tanto aliento
Dentro en su corazon siente encendido,
Que conoce el influjo del portento;
Y saltando del lecho: «Obedecido
Serás, oh gran Profeta,» en alto acento
Exclama, y sale al campo, cuando el día
Sus primeros albores extendía.

LXVI

Recorre la llanura: «Guerra, guerra,»
Grita; y las trompas guerra pregonando,
El sueño perezoso de la tierra
Van con las negras sombras disipando.
El pueblo, al ronco són que en llano y sierra
Retumba, diligente recordando,
Repite el grito, y al caudillo aclama,
Y en el furor armigero se inflama.

LXVII

Siente el Conde el rumor, torna á la vega,
Y al ver arder al pueblo mahometano,
A la atroz esperanza su alma entrega
De ver cumplido su rencor insano.
Hiende la multitud, á Muza llega,
Feroz le aprieta la robusta mano,
Y «yo, le dice, yo seré tu guía,
Y tuya la española monarquía.»—

LXVIII

Ya no hay reposo; el campo sarraceno
Hierva, y á preparar se precipita
La audaz empresa; que del ansia lleno
De gloria, el furor bélico lo agita.
Tasca el potro de Arabia el duro freno,
El brillar del acero la luz quita
Al mismo sol, el polvo al aire crece,
Y retumbando el suelo se estremece.

LXIX

Los altos cedros y robustos pinos
Que las cercanas cumbres adornaban,
De las nubes altísimas vecinos,
Y aquellos horizontes circundaban,
Cediendo á la segur, los cristalinos
Mares aborrecidos abrumaban,
Convertidos en naves; y las telas,
Que el Persa matizó, tórnanse velas.

LXX

Ya resuenan las rocas de las playas
Al estruendo y guerrera gritería;
El agua azotan las flexibles hayas,
Y de hervorosa espuma se cubría:
Cortan veloces las cerúleas rayas
Las anchas proras; y del mediodía
Soplando el austro, entre calima y niebla,
El mar de pinos y guerreros puebla.

LXXI

Poco el salobre espacio á tanta quilla,
Y poco á tanta vela es todo el viento:
Jamás vió el ronco mar sobre su orilla
Tanto bajel, ni tan osado intento;
Ni el sol eterno que en los cielos brilla,
Empresa tal desde su firme asiento
Espantado alumbró, ni vió la tierra
Más aparatos de exterminio y guerra.

LXXII

Alzate entumecido, y rebramando
Hunde rugiente en tu abismoso seno
El colosal poder del fiero bando,
Que va el orbe á dejar de asombro lleno.
Tu irresistible empuje ¿para cuándo,
Y tu furor, que desconoce freno,
Y con que cielo y tierras acobardas,
Mar indomable y turbulento, guardas?

LXXIII

Mas, ¡ay! que decidida la fortuna,
A cuya ciega ley sólo obedeces,
Protege los pendones de la luna,
Y paso por tu seno les ofreces;
Y no soberbio mar, sino laguna
De tranquilo verjel manso pareces,
Que como claro espejo reverbera
La plata y el zafir de la alta esfera.

LXXIV

Tal vez sobre las nubes vióse en vano
A Ruben, entre espíritus impuros,
Rombos trazando con la sábia mano,
Para á su voz ligar los astros puros;
Mas sordo estuvo el férvido Oceano
Y el viento al gran poder de sus conjuros:
Que no contrastan voluntad del cielo
La ciencia humana ni el mortal desvelo.

LXXV

Dicen tambien, que al retemblar pasmado,
Viendo venir la inesperada guerra,
Calpe, inmenso peñon, que al cielo alzado
Entre nubes la frente árida encierra;
Avanzóse hácia el mar, desengonzado
Por fuerza oculta de la firme tierra,
Entrándose con pasmo de las olas,
Como á guardar las costas españolas.

LXXVI

Mas crudo el cielo le detuvo el paso,
Y enclavado dejóle, do al presente
Un angosto arenal, hundido y raso,
Mar entónces, lo liga al continente.
Allí, estéril y adusto, aún muestra acaso
Aspecto aterrador, mirando enfrente
Los africanos enemigos montes
Alzarse en los cercanos horizontes. *Gibraltar, 1825*



CANTO CUARTO

LA BATALLA

I

La noche horrenda que el monarca hispano
En el antiguo alcázar se introdujo,
Donde á saber misterios del arcano
La fuerza de los astros le condujo,
Fué la que á guerra al jefe mahometano
Movi6 del gran Profeta el alto influjo;
Y al mismo punto en que grit6 *á la guerra*,
Aquel alcázar confundióse en tierra.

II

Y ¡ay, cuánto luto, abatimiento y llanto
Nació en Toledo el azaroso día,
Que vió deshecho su temido encanto,
Pues que fugaz desaparecido habia!
Pronto del jóven rey el ciego espanto
Los terribles secretos que escondia
Descubrió, y pronto la ligera fama
Por el reino infelice los derrama.

III

Pesa el brazo de Dios irresistible
Sobre el pueblo español; ya su terreno
Gime y se agita con temblor horrible,
Ya lo confunde pavoroso trueno,
Ya lo turba un terror incomprensible,
Ya el aire escucha de clamores lleno,
Ya ve eclipsado el sol, ya opaca y muerta
La luna mira y de vapor cubierta.

IV

Por mustias vegas y marchitos prados
Huyen de sombras leves y fugaces,
Que ver no es dado al hombre, los ganados.
Con las fieras del monte haciendo paces.
Cruzan de noche entre hórridos nublados
Fantasmas blanquecinas, y en voraces
Llamas, que los mortales no encendieran,
Antiguas selvas con asombro ardieran.

V

Yace la plebe en vergonzoso miedo,
Que á la infame nobleza se difunde,
Y á los viles magnates de Toledo
El porvenir oscuro los confunde;
Y como, do hay delitos, no hay denuedo,
En desaliento mísero se hunde
¡Oh baldonosa suerte! España toda:
¡Quién conociera así la estirpe goda!

VI

Don Opas sólo (¡oh fuerza incomprensible
Del espíritu atroz de la venganza!
¡Oh de negra traicion frialdad horrible,
Cuánto vuestro poder inicuo alcanza!)
Don Opas sólo, tanto y tan terrible
Presagio, lisonjero á su esperanza,
Con infernal placer mira y contempla,
Y para nuevos crímenes le templa.

VII

Y tú, que por tu mal naciste hermosa,
Y por serlo, culpable, ¡ay, cuál espanto
Pinta tu faz marchita y congojosa,
Implorando piedad del cielo santo!
Tu estancia de oro y mármol te es odiosa:
Tu lecho potro de tormento y llanto,
Fuego horrible tu amor, tu vida muerte:
¡Oh Florinda infeliz! ¡Oh amarga suerte!

VIII

En vano cruzas con incierta huella,
Buscando algun consuelo, tus jardines,
Donde creciste candorosa y bella,
Envidia de azucenas y jazmines:
Do gozaste despues, por mala estrella,
El aura del deleite en los festines,
Y donde hora los céfiros y flores
Te abrumen y acrecientan tus dolores.

IX

¡Ay, que no son los apacibles dias
En que con la virtud que respirabas,
Cuanto te circundaba embellecias,
Y tus reflejos mismos disfrutabas!
Gozo del cielo en tu interior tenias,
Por eso en los verjeles lo encontrabas:
Huyó con tu virtud, y en vano vienes
En ellos á buscar lo que no tienes.

X

Tan sólo al corazon que está inocente,
Son de placer la matizada alfombra
Del campo, el murmurar de la corriente,
Del bosque ameno la tranquila sombra;
Pero al que atroz remordimiento siente,
Y un espantoso porvenir le asombra,
No alcanza su dulcísima influencia;
Que no hay placer do falta la inocencia.

XI

¿Miras llorando á la argentada luna?
La misma es que te dió sus luces bellas
La noche aciaga, que falaz fortuna
Te hizo perder de la virtud las huellas.
¡Ay! juzgaste tu dicha cual ninguna,
Y que te la envidiaban las estrellas,
Al gozar de tu amante las caricias...
¡Cuán caro es un momento de delicias!

XII

Mas ¿qué escuchaste que te aterra? ¡oh triste!
Un ruiñeñor que entre los ramos trina.
¿Será aquel mismo que en la selva oiste,
Cediendo á la pasión que te domina?...
Cuando loca de amor te estremeciste,
Són celestial y música divina
En tu delirio pudo parecerte,
Lo que ahora són de infierno y voz de muerte.

XIII

¿Y dó tu amante está?... ¿Dónde Rodrigo?
¿De tí se aleja?... tu presencia evita?
No es desamor, cual, por mayor castigo,
Tu mente á imaginar se precipita.
Es que la ira de Dios lleva consigo,
Está en su frente la venganza escrita;
Y por más que en tu fuego se consuma,
Huye de tí, que tu beldad le abruma.

XIV

¿No lo advertiste anoche?... En sueño hundido,
En negra sombra y en silencio mudo
Toledo estaba: de repente oido
Fué en el palacio un alarido agudo.
Teudo corrió al rumor despavorido,
Y tú tambien, temiendo al hado crudo;
¿Y cuál los dos hallasteis á tu amante?
¿Qué os dijo su actitud y su semblante?

XV

Sobre el mármóreo pavimento helado
De un oscuro salon tendido estaba;
El acero á mitad desenvainado
Con mano incierta y trémula empuñaba;
Con débil voz de pecho acongojado
Hondo quejido apénas arrojaba:
Llegasteis, y lo alzasteis, y al momento
Huyó, sin conocerte, á su aposento.

XVI

¿Qué pudo horrorizarle de tal suerte? —
Nadie en palacio penetrado habia.
¿Las alas del arcángel de la muerte
Volar en torno de su frente oiria?
¿Soñó que estaba á punto de perderte?
¿Qué enemigos temió su fantasía? —
Ni él lo dijo, ni nadie ha sospechado
Qué asombro lo condujo á tal estado.

XVII

¿Quién los abismos sondear consigue
De un pecho donde hierven las pasiones,
Cuando el rigor del cielo lo persigue,
Y le aterra con negras ilusiones?...
¿Y es por ventura extraño que atosigue
A los contaminados corazones
Roedor remordimiento, noche y día,
Con cuantas sombras el espanto cria?

XVIII

Entre ellas vive el infeliz monarca,
Y entre ellas los infames cortesanos,
Y de Toledo habitin la comarca,
Y corren á los pueblos más lejanos:
Que en cuanto el cetro de Rodrigo abarca,
Los avisos del cielo soberanos
Claros indicios dan de estar vecina
Al imperio español grande ruina.

XIX

Brama la guerra; el són de los clarines,
Gran tiempo no escuchado, el armamento
Manda, y de Hesperia á los remotos fines
Llega en las alas rápidas del viento;
Y aunque esparce el asombro en los confines
Del imperio español, bastardo aliento,
Que siempre el gran peligro inspira á todos,
Las armas empuñar hace á los godos.

XX

Don Opas el traidor, que de concierto
Con el pérfido Conde está, procura
Aumentar el terror y el desconcierto,
Para ver su venganza más segura;
Y por si acaso en la nacion despierto
Del antiguo valor un resto aún dura,
Que sus inicuos planes contradiga,
Sagaz en prevenirlo se fatiga.

XXI

Astuto sus tesoros prodigando,
El número acrecienta de parciales,
Y fingiendo valor, y aparentando
La palma merecer de los leales,
Arma copiosa hueste y grueso bando,
Y trueca las insignias patriarcales
Por el arnés, nombrándose altanero
De altar y trono el defensor primero.

XXII

Campo marcial, no corte, es ya Toledo;
Todo es armas, penachos y pendones;
Que el vicio torpe y vergonzoso miedo
De honra y valor usurpan los blasones:
Y aunque el arnés no basta á dar denuedo,
Al vestirle los góticos varones,
Hácense jactanciosos é insolentes,
Juzgándose invencibles y valientes (6).

XXIII

Mas como suele en abrasado monte,
Do altos cedros, arbustos, flores, grama,
De humo y terror cubriendo el horizonte,
Tragó voraz la asoladora llama,
Algun roble encontrarse, que aún remonte
(Bien que tostado y pobre de hoja y rama)
La copa al viento; así en España habia
Tal cual varon con honra y valentía.

XXIV

Aunque pocos, las armas empuñaron,
Y en patriotismo y en virtud ardiendo,
Con lo mejor que en torno de sí hallaron,
Pequeñísima hueste componiendo,
A la defensa intrépidos volaron,
A la patria sus vidas ofreciendo;
Mas, ¡oh dolor! su esfuerzo y noble saña
No son bastantes á salvar á España.

XXV

¡Ay del peñasco, que en la excelsa cima
Socava el agua y saca de sus quicios!
Estorbo no hallará que lo redima
De bajar á los hondos precipicios.
¡Ay del Estado, cuyas basas lima
El corroedor halago de los vicios!
De pocos la virtud no lo sostiene,
Si al exterminio despeñado viene.

XXVI

— Entre tanto el valiente sarraceno
Tala del Bétis la apacible tierra,
Sin encontrar á sus furores freno
En altos muros, ni en fragosa sierra;
Y yermo deja su contorno ameno,
Sembrando muerte, y orfandad, y guerra;
Y hasta las torres de Hispalis famosa
Temen la servidumbre desastrosa.

XXVII

Tadmiro en ellas refugiado clama,
 Varios mensajes al monarca envía,
 Diciendo, que cual suele en miés la llama,
 El bárbaro africano se extendía;
 Y el socorro urgentísimo reclama,
 A la corte culpando de tardía.
 Mueven por fin sus ruegos á Rodrigo,
 Y dispone marchar al enemigo.

XXVIII

Ya con Favila de las huestes parte,
 A los béticos campos se dirige:
 En pos agita el viento el estandarte
 Que con intento vil don Opas rige:
 Entre ilustres caudillos se reparte
 La fuerza goda, y lo florido elige
 El Rey para su escolta, guardia y mando,
 Grave escuadron de próceres formando.

XXIX

Tiembla Florinda, al acercarse el día
 De ausentarse su amor, porque en su idea
 Presentimiento triste la advertía
 De cuál la suerte que le aguarda sea.
 Sabe ya que su padre conducía
 De enemigos la bárbara ralea;
 Y de tan negro crimen, que la asombra,
 Causa fatal, y con razon, se nombra.

XXX

Y «si yo origen soy de tantos males
 Y de tantos delitos ¡infelice!
 ¿Por qué las justas iras celestiales
 En mí tan sólo no descargan!» dice.
 Y demudando su rostro las señales
 Del despecho, y frenética maldice
 El punto aciago en que miró á Rodrigo,
 A quien más ama, por mayor castigo.

XXXI

Ya en su delirio vencedoras mira
 Las góticas banderas, y pendiente
 De afrentoso cadalso cuál espira
 El padre, por su causa delincuente:
 Ya al Sarraceno, respirando ira,
 De roja sangre abriendo ancho torrente
 En crudo encuentro, arrebatar triunfante
 Corona y vida á su adorado amante.

XXXII

Otras veces terrible le presenta
 Su atormentada y loca fantasía
 Al padre y al amante, que en sangrienta
 Lid se acometen con fiera impía:
 En lucha tan fatal ¿á quién intenta
 Ayudar la infeliz? ¿Por cuál envía
 Su voto al cielo? De las dos ¿qué espada
 De funesto laurel querrá adornada?

XXXIII

Entre las dos la mísera encontrarse
 Sólo es justo que anhele, y el acero
 De la una y otra con furor cebarse
 Ver en su insano corazón primero;
 Y ansiando á las batallas arrojarle,
 Pide deshecha en lloro lastimero
 A su amante, á su rey, que para escudo,
 Consigo la conduzca al trance crudo.

XXXIV

Pero el monarca, que en el alma lleva
 Presagios de exterminio y vencimiento,
 Y en su interior desmayo, clara prueba
 De que apuró de Dios el sufrimiento;
 Aunque jamás á contrariar se atreva
 De su amor ni el más leve pensamiento;
 ¿Cómo podrá, oh Florinda, complacerte,
 Llevándote á los campos de la muerte?

XXXV

Ya el sol anuncia el azaroso día
 De la separacion: las trompas suenan,
 Y la bélica turba y gritería
 Calles y plazas de Toledo llenan.
 Relinchando con noble lozanía,
 Potros, que en vano halagan ó refrenan,
 Con corvetas y saltos desiguales
 Encienden los hollados padernales.

XXXVI

Huestes y numerosos guerrreadores
 Que al rey ayuden en tan grave empresa,
 Preséntanle ciudades y señores
 De las ricas comarcas que atraviesa.
 Así los ríos hácense mayores,
 Y su caudal en el camino engruesa
 Con los arroyos, venas y torrentes,
 Que les dan sus raudales transparentes.

XXXVII

Altivo ya el monarca y orgulloso
De ver tantas banderas á su mando,
Los montes Marianos presuroso
Pasa, del Bétis la mansion hollando:
Del Bétis que risueño y caudaloso
Lo mejor de la España fecundando,
Besa la régia planta y le saluda,
Y á sus hijos convoca á darle ayuda.

XXXVIII

Ya el regio carro rápido pasea
Los campos encantados y verjeles
De Turdetania, do Favonio ondea
Selvas de olivos, bosques de laureles;
Do jamás reina invierno, donde emplea
Eternamente Flora sus pinceles:
Donde el azahar las auras embalsama,
Y altísimos ingenios Febo inflama.

XXXIX

Al fin Híspalis clara en sí recibe
Al monarca y ejército potente,
Y con apoyo tal, torna y revive
De su terror al áfrico inclemente:
A sus valientes junta, y apercibe
Armas, caballos, y tesoro, y gente,
Mirando, del peligro ya olvidada,
A la tierra, al infierno, al cielo en nada.

XL

A marchar contra el bárbaro agareno
Se preparaba el godo poderío,
Cuando el contorno de Híspalis ameno
Tembló, y la márgen del hercúleo río,
Porque parte del campo sarraceno
Se acerca á provocar el desafío,
Sangre y terror y esclavitud sembrando,
Al ejército hispano despreciando.

XLI

Vense desde los altos torreones
Olivares arder, pueblos, pensiles,
Y entre el humo los árabes pendones,
Y óyense llantos, voces, añafles.
Huyen abandonando sus mansiones,
Sus riquezas, sus huertas, sus rediles,
Las miseras familias y ganados,
De Híspalis á los muros asombrados.

XLII

Tal, cuando por diciembre turbio brama
Guadalquivir, y la limosa orilla
Rompiendo, en la ancha vega se derrama,
Y al más erguido alcor vence y humilla;
Desde los mismos muros (que alta fama,
No ya poder, conservan) gran Sevilla,
Pálidos ví buscar refugio en ellos
A cuantos moran tus contornos bellos.

XLIII

—La afrenta el godo Rey conoce y siente,
De que no todo el grueso mahometano,
Sino pequeña parte osada intente
Correr, ante su vista, monte y llano.
De purpúreo rubor tiñó la frente:
Que el desprecio es dogal de un soberano,
Y resuelve salir á dar castigo
A la audacia del bárbaro enemigo.

XLIV

De los buenos y honrados caballeros
Junta el corto escuadron: que en grande apuro,
No viles cortesanos lisonjeros
Busca un monarca para estar seguro:
Y á encontrar á los árabes guerreros,
Pasa el rastrillo del hispálio muro,
Pues desaliento entre sus godos mira,
Y á entusiasmarlos con su ejemplo aspira.

XLV

De Tablada en los llanos espaciosos,
Que por la márgen bética se extienden,
Halla á los agarenos orgullosos,
Que al verse acometidos se sorprenden,
Mas no dejan la presa: valerosos
A defenderla impávidos atienden,
Y al pequeño escuadron cargan feroces,
Con duras armas y tremendas voces.

XLVI

Trábase cruda lid, cuando aparece,
Cual precursor del rayo en la tormenta
Relámpago que ardiendo resplandece,
Y el mudo asombro y confusión aumenta.
El Conde fiero. A su presencia crece
De ambas partes la cólera sangrienta;
Pero él, del rostro la visera alzando,
Con tronadora voz, dijo gritando:

XLVII

«Pues, cual nunca esperé, tienes, Rodrigo,
Fuerza y valor para esgrimir la espada;
Ven á batalla singular conmigo,
Y la lid se suspenda comenzada;
Ven de mi brazo á recibir castigo...
O ya que mi honra tienes mancillada,
Y por tí mi virtud yace en el lodo,
Quita la vida á quien quitaste todo.»

XLVIII

Calló, y á su señal el Sarraceno
Deja la lid y á un lado se retira.
Al pronto queda el Rey de asombro lleno,
Que la voz del honor lo torna en ira.
Pone al valor de sus vasallos freno:
La lanza arroja, de la espada tira,
Y así gritando, con la espuela aflige
El corcel, y hácia el Conde se dirige:

XLIX

«Aunque al infame golpe del verdugo
Debe un traidor morir, ya que ponerte
Entre mis manos á los cielos plugo,
Tendrás, sin merecerla, honrada muerte.»
Dijo; y dos bravos toros que aún al yugo
Su furia no rindieron, de la suerte
Que el Conde furibundo y el Monarca.
El Tórnes ve lidiar, en su comarca.

L

En despecho y venganza el Conde arde,
Y aunque al ocaso de la edad se inclina,
Sin peligro encontrar que le acobarde,
Ni un punto en fuerzas ni en valor declina.
De pasadas hazañas hace alarde,
Cual de antiguos trofeos parda encina:
Parece escollo de templado acero,
Y osténtase fortísimo guerrero.

LI

Vergüenza, orgullo, juventud lozana
El alma encienden del Monarca godo:
Desde los muros de Híspalis cercana,
Que le contempla ve su reino todo;
Y que de un vil traidor la furia insana
Es quien osa ultrajarle de tal modo:
Y parece al valor que altivo ostenta,
Laurel despreciador de la tormenta.

LII

Varias veces bramando se embistieron,
Sin encontrar en su furor ventaja:
Peligrosos fendientes repitieron
Y agudos golpes con la punta baja.
De sudor los caballos se cubrieron,
Alzando espuma y ardorosa braja,
Y al fin entre la gola y el almete
Del Conde, el Rey la tersa espada mete.

LIII

Y cuando herido don Julian se mira,
Aunque leve fué el daño, en su hondo pecho
Gimió, y ardiendo en espantosa ira,
Redoblando sus fuerzas el despecho,
Un golpe, y otro, y mil furioso tira
Sobre el yelmo real, y á largo trecho
El penacho y corona al aire saltan,
Y el duro suelo con su brillo esmaltan.

LIV

Pierde aliento Rodrigo: el Conde fiero,
Al ver que el regio casco firme pudo
Burlar el filo del tajante acero
Y de su brazo el ímpetu sañudo;
La espada, cual diestrísimo guerrero,
Soltó, la maza enarboló forzado,
Y aunque el yelmo á su golpe se sostiene,
A su golpe el Monarca á tierra viene.

LV

A arrojarse sobre él precipitado
Va el Conde, y á dar fin á la contienda,
Cuando de pronto un caballero armado,
Que desde Híspalis viene á toda rienda,
De broquel prevenido, y sin que al lado
Lanza descuelle ó cimitarra penda,
Y cuyo rostro la visera esconde,
Lánzase entre Rodrigo y entre el Conde.

LVI

Este, que á su victoria estorbos halla,
Y quien se atreva á su furor, no advierte
Que viene sin estoque á la batalla
Aquel soldado; y respirando muerte,
La maza esgrime, á cuyo golpe estalla
(Que no es como el del Rey templado y fuerte)
El yelmo, y rotos el encaje y lazos,
Casco y visera saltan en pedazos.

LVII

Y queda, ¡oh confusion! queda patente
De Florinda infeliz el rostro bello;
Y de gallardos rizos el torrente
Los hombros cubre y el armado cuello.
Hielo y mortal palor muestra su frente,
De desesperacion terrible sello,
Y con agudo acento ¡Padre! grita,
Y al suelo cabe el Rey se precipita.

LVIII

Don Julian, sorpreso, horrorizado,
Un alarido arroja, vuelve el freno,
Y huye, cual si se viera fulminado
De ardiente nube al retumbar el trueno.
Con su imprevista fuga amedrentado,
El escuadron le sigue sarraceno:
Quedan confusos los guerreros godos,
Y á la dama y al Rey acuden todos.

LIX

Los pechos sólo, donde amor reinando
El gran poder ostenta de su llama,
Que las celestes iras despreciando
Entre infortunio y crímenes se inflama,
La emocion que Rodrigo probó, cuando
Tornó á la vida en brazos de su dama,
Lograrán conocer: pintarla excede
Al poder que á mi labio se concede.

LX

Y cuál entre dulcísimas caricias,
De amargura mezcladas y de lloro,
Y entre atroces tormentos y delicias
(Que tal contraste es del amor tesoro)
A tu amador atónito noticias,
Cómo á Toledo y sus salones de oro,
Mujer apasionada, abandonaste,
Y de él en pos venir perdida osaste;

LXI

Y cómo tu belleza encantadora
De Marte con las galas escondiste,
Y sin temer la guerra asoladora
A arrostrar su peligro audaz corriste;

Y cómo al ver la saña vengadora
De tu padre cruel, te estremeciste,
Y entre tu amante y él fuiste muralla,
Término dando á la feroz batalla;

LXII

Quede en su punto aquí, pues que mi acento
De intentar describirlo humilde cede:
Tanta fineza de amoroso aliento
Sólo sentirse, y no pintarse puede.
Almas, á quien el alto firmamento
De la ternura el don fatal concede,
Juzgad ¡ay! lo que pasa en dos amantes
Puestos en circunstancias semejantes.

LXIII

Mas dejemos de amor el eco blando,
Que la trompa guerrera el viento llena
Los cristianos pendones convocando,
Y las haces hispánicas ordena;
Y ya la margen bética dejando,
A buscar á la turba sarracena
Marchan, y á decidir de fuerte á fuerte
En un combate la española suerte.

LXIV

De escuadras la confusa muchedumbre
Campos inunda, y montes y riberas;
El polvo roba al sol su clara lumbre;
Llenan el viento lanzas y banderas.
Retumba el llano y la fragosa cumbre,
Y el ronco estruendo de las armas fieras,
De relinchos, de trompas y atabales
A las bóvedas cunde celestiales.

LXV

Rodrigo, aunque abatida siente el alma,
Y poco en tanta multitud confia,
Y que ya de perder el cetro y palma
Cercano teme el desastroso día;
Aparentando del valor la calma,
Hácia el campo fatal las haces guía,
Llevando á su Florinda hermosa al lado,
No ya encubierta en traje de soldado.



CANTO QUINTO

EL EXTERMINIO

I

A la entrada del campo y llano extenso,
 Por donde Guadalete se apresura
 A dar al mar vecino humilde censo,
 Entre adelfas, palmares y verdura;
 De huestes godas el concurso inmenso,
 Con las tinieblas de la noche oscura
 Se detuvo, sentando sus reales
 Sobre varias colinas desiguales.

II

De esparcidas fogatas los reflejos
 Que en el opuesto lado relucían,
 Y de grande rumor confusos dejos
 Que el nocturno silencio interrumpían,
 De que no estaba el enemigo lejos
 A los caudillos godos advertían;
 Y á defender el campo cuidadosos
 Con valladar atienden y anchos fosos.

III

Brilló la ansiada aurora en el oriente,
 Y el gótico poder y el mahometano
 Se encuentran acampados frente á frente,
 Teniendo en medio el espacioso llano.
 Ambos tocan al arma de repente,
 Y la vaga region del viento vano
 El són de trompas y añafles llena,
 Y hórrido tierra, y mar, y cielo atruena.

IV

La muchedumbre gótica contiene,
 Si no asusta, á los árabes pendones:
 De estos la fama y el valor detiene,
 Y aún pasma á los hispanos escuadrones.
 Ni el uno ni otro campo al llano viené,
 Aunque uno y otro ordena sus legiones;
 Y largo tiempo en actitud guerrera,
 Cada cual verse acometido espera.

V

Confusas voces alza el Sarraceno,
Que cunden por las vegas y collados,
Como retumba pavoroso trueno
Entre los riscos de Pirene helados.
Hondo silencio de presagios lleno
Reina entre los hispánicos soldados,
Cual anunciando horrrisóna tormenta,
Calma pesada oscuro el aire ostenta.

VI

Pero Tarif, que á la árabe grandeza,
De Muza en nombre, rige y acaudilla;
Ordenando sus haces con destreza,
Y viendo el gran furor que en ellas brilla,
Las exhorta, y exalta su braveza
Empuñando la bárbara cuchilla;
Y su tremenda voz sonó de suerte
Que pareció trompeta de la muerte.

VII

Añafíles, bocinas, atabales
La atmósfera purísima atronando,
Y el grito de las furias infernales
Arrojan á la lid al fiero bando.
El monarca español en sus reales
Venir las huestes áfricas mirando,
A ordenar la falange se apresura,
Para bajar también á la llanura.

VIII

La custodia del campo donde deja
Su repuesto, sus tiendas, su tesoro
Y á su hermosa Florinda, á quien aqueja
Hondo pesar y despechado lloro,
Encarga, en tanto que á lidiar se aleja,
Y á contrastar al denodado moro,
Al vil Vernulfo y al traidor don Opas,
¡Oh ceguedad! con sus infames tropas.

IX

Y desde el carro de marfil y acero
De cortadoras hoces erizado,
Que con són de borrasca, más ligero
Que cierzo volador, recorre el prado;
Con rico arnés de claro reverbero,
Y de plumas y joyas adornado,
Cual era entre los godos uso antiguo (7).
A sus huestes también habló Rodrigo.

X

Ya del acometer la seña dando,
Las numerosas hácies precipita
Contra las tropas del contrario bando,
Que vienen á la lid con alta grita.
Nube de agudas flechas, que silbando
Cruzan de entrambas partes, la luz quita
Al sol, el viento gime, y la ancha tierra
Se estremece al bramido de la guerra.

XI

Cual de opuestas montañas se derrumban
Dos hinchados torrentes espumosos,
Y á los profundos valles, que retumban
Con su estruendo, despéñanse furiosos;
Y allí sus aguas, que bramando zumban,
Revuelven, y confúndense hervorosos,
Alzando blanca niebla; así corrieron,
Y así entrambas naciones se embistieron.

XII

Terrible fué el encuentro: parecía
Que los montes riscosos y empinados,
Llegado al universo el postrer día,
Bajaban al abismo despeñados;
Y oyóse tal estruendo, cual se oíría
Cuando, al ver sus cimientos quebrantados,
Atlántida infeliz huyó del mundo,
Tragándola voraz el mar profundo.

XIII

Nube densa de polvo al aire crece,
Que cielo, tierra, mar borra y confunde:
Cual relámpago el hierro resplandece,
El rumor de la lid cual trueno cunde:
¡Tal cuando Marte atroz los embravece,
Y su fuego discordia les infunde,
Y las insanas furias los acosan,
Tormentas contrahacer los hombres osan!

XIV

De las inmensas huestes de Rodrigo,
Ya enardecidas en feroz combate,
Aunque no son lo que en el tiempo antiguo,
Y aunque sangre envenicada en ellas late,
Ni el poder ni el furor del enemigo,
El renacido y noble aliento abate;
¡Tanto el llamarse godo y ser de España,
Honra da en la ocasión, esfuerzo y saña!

XV

De abisinios y negros etiopes
Desbandadas escuadras, do campean
Estaturas y esfuerzos de ciclopes,
Cercar el flanco gótico desean;
Y girando en carreras y galopes
Casi lo desbaratan y rodean;
Pero detienen su gallarda furia
Los leves hijos del florido Turia,

XVI

Que unidos á los diestros baleares,
Cuyas hondas jamás el tiro erraron,
Saliendo de unas quiebras y ramblares,
Sobre ellos de improviso descargaron;
Y con flechas y piedras á millares
A los bárbaros rudos destrozaron,
Que el Nilo en sus riberas ve feroces
Insultar á la luz con necias voces.

XVII

Cerrada y gruesa hueste de egipcianos,
Con largas picas y luciente malla,
Intenta penetrar de los cristianos
El poderoso cuerpo de batalla;
Mas su teson y esfuerzos serán vanos,
Que el godo cual fortísima muralla,
Restos de la romana disciplina,
El choque á resistir se determina.

XVIII

En el ala siniestra en tanto audaces
Al gétulo y masilio caballero
Del Bétis cargan las ecuestres haces,
Cubiertas de armas de templado acero.
Unos y otros resisten pertinaces;
Crece la llama del combate fiero,
Y pretal con pretal, lanza con lanza,
Terrible es de ambas partes la matanza.

XIX

El jóven Teudo con furor pelea,
Y es su brazo ministro de la muerte:
Un pezeño de Córdoba espolea
Rugero, tan gallardo como fuerte.
Aunque anciano Tadmíro, audaz rodea
La aguda espada con dichosa suerte,
Y á Moraicel, asombro del levante,
Destrózale la adarga y el turbante.

XX

Malec asirio con Arnaldo cierra,
Y con la cimitarra de Damasco
(Que de temple mejor no entró en la guerra,
Y que abriera un durísimo peñasco)
Del alto potro lo derriba en tierra,
La pelta hendida y abollado el casco;
Mas con la tersa espada de Toledo
Dió Ervigio noble fin á tal denuedo.

XXI

Abencerraj, tremendo, en otra parte
La maza esgrime de nudosa encina,
Y á los furiosos golpes que reparte,
Las góticas escuadras extermina.
Ni detenerle consiguiera Marte;
Pero Eurico, de fuerte coracina
Vestido y de valor, á hallarle viene,
Y con la pica su furor detiene.

XXII

Por donde el carro de Rodrigo pasa,
No hay resistir, y rápido parece
Bramador huracan que el monte arrasa,
O llama que entre pinos se embravece.
Por otra parte, cuanto encuentra, abrasa
De Tarif el alfanje, y resplandece,
Como el rayo de Dios, cuando arruina
Gigante torre ó colosal encina.

XXIII

Lago horrendo de sangre es la llanura,
De armas y de cadáveres henchido;
Es todo Guadalete sangre oscura,
Y de él se aleja el mar estremecido.
Aún indecisa la batalla dura,
Y en medio de los aires suspendido
El Angel del Señor, pasmado ignora
A quien lleva la palma triunfadora.

XXIV

Igual á cada parte el sol fulgente
Cinco veces miró la lid reñida,
Hasta que al fin por la cristiana gente
Vió á la ciega fortuna decidida.
Desmaya roto el áfrico valiente,
Victoria el pueblo gótico apellida,
Y en todos lados las lunadas colas
Póstranse á las banderas españolas.

XXV

Entónces los intentos infernales,
Que desde tiempo tanto Opas medita,
Descubre; y á Vernulfo y sus parciales
Primero arenga, y contra el Rey excita:
Despues en cuantos guardan los reales,
El miedo siembra, la codicia irrita;
Y cuando al robo y la traicion provoca,
Tu nombre, ¡oh santo Dios! suena en su boca.

XXVI

«¿Así la sangre goda se prodiga,
Para que intruso Rey en torpes vicios,
Manchando el nombre de los godos siga,
Y cavándole nuevos precipicios?
Nuevos; pues aunque el triunfo se consiga
Despues de tan costosos sacrificios,
España queda en brazos de la muerte,
Africa entera, y ofendida, y fuerte.

XXVII

»De Dios el brazo sus invictas haces
Ha conducido de la España al suelo;
¿Por qué pues demostrarnos pertinaces
Contra inmutable voluntad del cielo?
Lograr podemos ventajosas paces,
Y hacer menor de nuestra patria el duelo,
A Rodrigo vicioso abandonando
Y á cuantos siguen su ominoso bando.

XXVIII

»En medio de tan recios temporales
Salud busquemos, y aún fortuna nueva:
Grandes tesoros hay en los reales,
De la avaricia de Rodrigo prueba.
Pues sudor vuestro son riquezas tales,
Y lo propio cobrar nadie reprueba,
Tomadlas sin tardar, cobradlas luego,
Y el campo y valladar consuma el fuego.

XXIX

»Estos soberbios pabellones ardan,
Contra quien Dios pronuncia el anatema,
Porque la causa vergonzosa guardan,
Que nos ha puesto en ocasion extrema.
Qué?... aún piedad y respeto os acobardan?
Yo os juro que de Dios la ira suprema
Ministros de venganza os ha elegido:
Incendiad este campo corrompido.

XXX

»Y volemós á unir nuestros pendones
Con los del conde don Julian: el modo
Es este de encontrar con las naciones,
Que al cabo han de vencernos, acomodo.
Sus fuertes y valientes escuadrones
No se han movido contra el pueblo godo.
Sí en ayuda del Conde, á dar castigo
A los crímenes torpes de Rodrigo.»—

XXXI

Dijo, y robado el campamento habian
Las tropas de traidores roto el freno;
Y en desórden confuso descendian
A dar auxilio al Conde y Sarraceno;
Y altas llamas las tiendas consumian,
Dejando el campo de clamores lleno,
Cuando empezó á mostrarse la fortuna
Contraria á los pendones de la luna.

XXXII

Las huestes vencedoras que escucharon
A su espalda el rumor y vocería,
A inesperado ataque imaginaron
Que nueva gente bárbara venia.
Tornan, y cuando atónitos miraron
La llama que su campo consumia,
Su arrojo triunfador espanto mudo
Vuélvese, y hieló su ímpetu sañudo.

XXXIII

Nótanlo los vencidos musulmanos,
Y aunque temen al ver en la llanura
Nuevas huestes bajar de los cristianos;
Como el Conde traidor los asegura,
Alarido feroz alzan ufanos,
Recobran luego su infernal bravura,
Y mirando á su lado á los traidores,
Tórnanse de vencidos vencedores (o).

XXXIV

Ya no fué lid, fué bárbara matanza
Y exterminio y horror, y completarse
De las iras celestes la venganza,
Y el godo imperio en muerte desplomarse.
Huye de toda Hesperia la esperanza,
Ni ya de salvacion camino hallarse
En el valor ó en la constancia puede,
Que al destino inmutable todo cede.

XXXV

Aún hay, aún hay, quien en furor ardiendo
El nombre godo con teson mantiene,
Y quien muerte á deshonra prefiriendo,
Todo el poder del Africa contiene.
Donde Rodrigo asiste, allí el horrendo
Combate encarnizado se sostiene,
Mientras que los cobardes torpe muerte
Hallan, huyendo en vano de la suerte.

XXXVI

Mas ¿quién es aquel jóven que el primero
Con tal teson persiste en la batalla,
Y contra el campo musulman entero
Se ostenta cual fortísima muralla?...
Desde el principio del combate fiero
Turbantes destrozando, hendiendo malla,
Fué brazo de la muerte, y ahora ufano
Último apoyo del imperio hispano.

XXXVII

A un alazan fortísimo embravece,
Que con feroz aliento el aura inflama:
Su peto sol en el zenit parece,
Sus ojos arden con celeste llama:
Sobre su rico yelmo resplandece
Claro lucero, que esplendor derrama,
Y de su invicta espada en la cuchilla
La hermosa luz de la esperanza brilla.

XXXVIII

Anhelosa lo sigue á toda parte
Con ojos que el dolor y el llanto empaña,
Y sin que de él un punto los aparte,
La sin ventura moribunda España.
Tiembra de verle entre el furor de Marte,
Aunque se goza al admirar su saña;
A él sólo atiende en tan fatal desmayo:
¡Ay, que es el gloriosísimo Pelayo!!!

XXXIX

Salve, hijo de Favila, á quien el ciclo
Destina á restaurar el nombre hispano:
Hoy es el día de exterminio y duelo,
Y contrariar no puedes al arcano:
El de reparacion y el de consuelo
Brillará, y tu valor no será en vano:
Guárdate, deja ya la lid perdida;
Que es de la patria tu preciosa vida.

XL

Ni de Pelayo la invencible lanza,
Ni del honrado Ervigio y de los buenos
El tenaz resistir dan ya esperanza
De atajar á los bravos sarracenos.
Espantosa es de godos la matanza,
De la tierra infeliz los hondos senos
Empapados en sangre retemblaron,
Ayes tristes los aires asordaron.

XLI

A los remotos mares de occidente
El sol horrorizado descendia;
En calma estaba el abrasado ambiente,
Nube cárdena el cielo oscurecia;
De tarde en tarde lampo refulgente
El lejano horizonte confundia:
Bramaba sordo el retumbante trueno,
De terrores el mundo estaba lleno.

XLII

La cuadríga del carro del Monarca
Anhelante no encuentra ya camino
Sobre tantos despojos de la Parca,
Que embarazan el eje diamantino.
En sangre la falcada rueda encharca,
Y el pesado timon de fuerte pino
Rompe, y tropieza respirando espuma,
Y en vano el crudo látigo la abruma.

XLIII

El llanto del despecho la faz moja
Del triste Rey. De la corona rica
Y del soberbio manto se despoja,
Salta del carro, y sangre le salpica:
El cetro, que el Señor le quita, arroja:
Furioso empuña una fornida pica,
Monta en caballo que aventaja al viento,
Y corre al incendiado campamento.

XLIV

Mas, dónde, dónde va?... ¡Desventurado!
Vuelve á morir, ¡oh mísero Rodrigo!
¿No ves que el crudo cielo está cerrado
A toda compasion para contigo?
¿Juzgas que algun consuelo te ha dejado,
Y contra su furor algun abrigo?
Aún no conoces tu tremenda suerte:
Sólo un remedio ya te resta, muerte.

XLV

Cuando ves desplomarse tu alto imperio,
Y cómo te han vendido los traidores;
La flor y gloria del distrito hesperio
Yacer muertas de Marte á los furores;
Tu patria en espantoso cautiverio,
Y tu fama entregada á los horrores
De eterna execración; ¿juzgas que el hado
El consuelo de amor te ha conservado?

XLVI

En su seno la dicha encontrarías
Al lado de Florinda, en el desierto,
Sin echar ménos los pasados días,
De tosca piel y oscuridad cubierto;
Y aún dulcísimas horas gozarías,
Sin temer de Fortuna el rostro incierto;
Como sueños viniendo á tu memoria
Vagos recuerdos de tu imperio y gloria.

XLVII

Vagos recuerdos, que el crisol ardiente
De recíproco amor purificando,
El desprecio trajeran á tu mente
De mundo, hombres, riquezas, gloria y mando;
Y que un momento aún tu tranquila frente
De tinta melancólica bañando,
Te hicieran en el seno de tu hermosa
Verter alguna lágrima preciosa.

XLVIII

Del campo el fuego ya casi extinguido,
Al monarca infeliz fatal señuelo,
Preside entre fragmentos esparcido
A las venganzas últimas del cielo,
Ya han los feroces moros recorrido
Las cenizas y restos de aquel suelo,
Y entre troncos y telas abrasadas
Aun cebado sus bárbaras espadas.

XLIX

Allí queda ya solo el Conde fiero,
Que de su horrendo crimen abrumado,
De la llama al reflejo postrimero
Las ruínas recorre ensangrentado;
Y entre tanto cadáver, que el acero
Y el incendio voraz han destrozado,
Nuevas de su hija inquiere sin provecho,
Agotando la copa del despecho.

L

Tal de tirano vil sombra sangrienta,
Entre sepulcros que pobló su ira,
Al lampo aterrador de la tormenta,
Acaso en la espantosa noche gira.
Allí del exterminio aún se alimenta,
Y sangre y rabia aún con furor respira;
O allí privada del descanso eterno
Apura los suplicios del infierno.

LI

Don Julian con ojos centellantes
Del régio pabellon ve la ruina,
Y sus muertas cenizas humeantes
Angustioso revuelve y examina.
Entre cuerpos ha poco palpitantes,
Y entre espantables bultos imagina
Ver el cadáver de una hermosa dama,
Cuya cabeza consumió la llama.

LII

Pásmasele la sangre, y confundido
Sus miembros de sudor inunda helado;
Y tiembla, y pierde fuerzas y sentido,
Yerto el cabello, el corazón ahogado.
Aunque á saber no acierta quién ha sido
Aquel cuerpo infeliz medio quemado,
Conmoción horrorosa su alma agita,
Y gimiendo sobre él se precipita.

LIII

Hallarse allí con Julian pudiera
El infeliz Rodrigo, si ya el cielo,
Ablandado tal vez, no le opusiera
Piadoso estorbo á su engañado anhelo;
Pues ya casi en los límites se viera
De aquel fatal y desastroso suelo,
Cuando escuadrón de infieles sobrevino,
Que le embiste, atajándole el camino.

LIV

Aunque incógnito y solo allí se mira,
Y sin mengua fugarse puede acaso,
No olvida que fué rey; y ardiendo en ira,
Trata de abrirse con las armas paso.
A llegar á sus tiendas sólo aspira,
Que aún humo esparcen por el aire raso;
Y al potro acosa con la aguda espuela,
Alto el escudo, en ristre la arandela.

LXV

Mas ¡ay! que es uno, los contrarios ciento,
Y ni paso ni fuga encontrar puede.
Revuelve á todos lados con aliento,
Y en constancia y valor ni un punto cede.
Aunque su decision y su ardimiento
Al de un oscuro caballero excede,
No acierta que combate con Rodrigo,
Y le cerca y le estrecha el enemigo.

LXVI

Mas como allá en el circo sevillano
Suele un toro retinto, cuando advierte
Que la vida salvar intenta en vano,
Cara vender la inevitable muerte;
Y embiste audaz al peloton galano
De hombres y de caballos, de tal suerte
Que de sangre y despojos la ancha arena,
Y de terror al gran concurso llena;

LXVII

Fin glorioso el monarca así buscando,
Vibra y revuelve la nudosa lanza,
Y potros y jinetes arrollando,
Muestra hasta dónde su denuedo alcanza.
Dos, cuatro, seis infieles derribando,
De los demás enciende la venganza,
Que armas diversas con furor esgrimen,
Y le estrechan, le atajan y le oprimen.

LXVIII

Resiste en vano el despechado godo,
Hasta que aún más que herido, fatigado,
Pierde el arzon, y en el sangriento lodo
De fuerzas y sentidos cae privado.
Así vencido y destrozado todo,
El bárbaro escuadron apresurado
De Guadalete las riberas deja,
Y su hueste á buscar veloz se aleja.

LXIX

Reina silencio grande en aquel llano,
Do murió la española monarquía,
Y donde hundido el godo soberano
En desmayo letárgico yacía.
El ejército altivo mahometano
A Híspalis triunfador se dirigía,
Los restos de la gótica grandeza
Persiguiendo con hórrida fiera.

LX

Ya de la oscura noche el carro lento
Se acercaba á los mares de occidente,
Cuando en sí torna y al vital aliento
El infeliz Rodrigo de repente,
Porque oye acaso un dolorido acento
Que conmoviendo el silencioso ambiente,
Cual débil voz de congojosa dama
Entre sollozos le despierta y llama.

LXI

Torna en sí, y recobrando sus sentidos
Ve una hermosa mujer y un noble anciano,
Ambos de blancas túnicas vestidos,
Que lentos cruzan por el aire vano;
Y sintiendo en el alma hondos latidos,
Reconoce el semblante soberano
De su Florinda, en quien delante tiene,
Y que es Ruben el que con ella viene.

LXII

Hácia su amor los brazos encamina,
Y estrecha, ¡ay triste! el vagaroso viento:
Tiende á Ruben la mano, y blanquecina
Niebla encuentra, y no más, su amigo intento,
Pero una y otra sombra allí vecina
Siempre ve junto á sí, y el sordo acento
Oye con que una y otra sollozando,
¡Rodrigo! sin cesar están clamando.

LXIII

Advierde que al un lado se desvian,
Y que le llaman. Síguelas ansioso,
Pues gimiendo parece que porfian
En sacarle del campo desastroso.
Por entre los cadáveres le guían,
Y ya del Guadalete sanguinoso
Con ellas apartado, llega á un monte,
Cuando el alba argentaba el horizonte.

LXIV

La luz disipa el prodigioso encanto:
Queda Rodrigo solo; y su postrera
Fortuna, envuelta en misterioso manto
El cielo quiso que ignorada fuera (10).
¿Quién podrá descubrirla?... No osa tanto
Mortal ninguno... Pero no pudiera,
Amante y rey, en tan horrenda suerte,
Otra encontrar más grata que la muerte.

(1) El arzobispo don Rodrigo en el lib. III, cap. 17, y después de él la *Crónica general de España*, que quiere componer el rey don Alonso el Sabio, refiere así esta aventura en la parte segunda, cap. 55: «En la ciudad de Toledo, había un palacio que estaba siempre cerrado tiempo había ya de muchos reyes, é tiene muchas cerraduras: é el rey Rodrigo fizol abrir, porque cuidaba que yacía y algún haber en él. Mas quando el palacio fue abierto, non fallaron en él ninguna cosa, sinon una carta otrosí cerrada, é el rey mandóla abrir, é non fallaron en ella sinon un paño pintado, que estaban en él escriptas letras latinas que decían así: *Cuando aquestas cerraduras serán quebradas, é el palacio é el arca serán abiertos, é los que yacen, lo fueren á ver, gentes de tal manera como en el paño están pintados, entrarán en España, é la conquistarán é serán ende señores*. E el rey, quando aquello vió, pesol mucho, porque palacio fiziera abrir, é fizo cerrar el arca é el palacio así como estaba de primero; é en aquel paño estaban pintados homes de caras, é de parescer, é de manera, é de vestidos, así como agora andan los alárabes, é tienen las cabezas cubiertas con tocas, é estaban caballeros en caballos, é los vestidos eran de muchos colores, é tienen en las manos espadas, é señas, é pendones alzados. E los ricos-homes é el rey fueron espantados por aquellas pinturas que así habien visto.»

Uno de nuestros más antiguos romances cuenta este caso del modo siguiente:

Vino gente de Toledo
Por le haber de suplicar.
Que á la antigua casa de Hércules
Quisiese un candado echar.
Como sus antepasados
Lo solian costumbrar.
El rey no puso el candado,
Mas todos los fué á quebrar,
Pensando que gran tesoro
Hércules debía dejar.
Entrando dentro en la casa,
Nada otro fuera hallar.
Sino letras que decían:
Rey has sido por tu mal:

*Que el rey que esta casa abriere,
A España tiene quemar.
Un cofre de gran riqueza
Hallaron dentro un pilar,
Dentro del nuevas banderas
Con figuras de espantar:
Árabes de caballo
Sin poderse menear,
Con espadas á los cuellos,
Ballestas de bien tirar,
Don Rodrigo pavoroso
No curó de más mirar:
Vino un águila del cielo,
La casa fuera quemar.*

(2) Las primeras octavas del canto tercero fueron escritas á bordo del bergantín inglés *Eschylus* el mes de enero del año 1825, en el Estrecho de Gibraltar, viniendo el autor de Londres con objeto de detenerse pocos días en aquella plaza, y continuar su viaje á Italia.

(3) Taric ben Zeyad hizo la primera entrada ó reconocimiento en la costa de Andalucía, por órden de Muza, en la luna de Ramazan, año 91 de la egira, es decir, en julio de 710; y la segunda, por la punta de Gexira Alhadra, que se llamó después, en honor suyo, Gebal Taric (Gibraltar) ó monte de Taric, el día 5 de la luna de Rageb del año 92. Así resulta de las crónicas árabes que recogió Conde en la *Historia de la dominación de los árabes en España*; pero Mariana dice positivamente que sucedió lo último el año 713 de Jesucristo.

(4) Sabido es que la discordia de Zegries y Abencerrajes facilitó la conquista de Granada á los Reyes Católicos. Es digna de leerse la relación poética de las disensiones de estas dos familias, que escribió, con el título de *Guerra-civiles de Granada*, Ginés Pérez de Hita en dos volúmenes en octavo.

(5) En Córdoba se cuenta una conseja de un cierto moro Abhen-Halí, que dicen se mató por celos de su querida en los jardines del antiguo alcázar, hoy huerta de la Inquisición. Añaden que está enterrado al pié de un antiquísimo naranjo que allí existe, junto al viejo muro y torreones que por aquella parte dominan al río.

(6) «Juntóse á este llamamiento gran número de gente: los que ménos cuentan, dicen fueron pasados de cien mil combatientes. Pero con la larga paz, como acontece, mostrábanse ellos alegres y bravos, blasonaban y aun renegaban; mas eran cobardes á maravilla, sin esfuerzo y aun sin fuerza para sufrir los trabajos é incomodidades de la guerra: la mayor parte iban desarmados, con bondas solamente ó bastones.» MARIANA, lib. VI, cap. 23.

No se diferencia mucho lo que sobre el particular cuentan las crónicas de los árabes, las cuales dicen, que llegó Ruferic (Rodrigo) á los campos de Sidonia con un ejército de noventa mil hombres, número cuádruplo del de los musulimes; aunque éstos les llevaban gran ventaja en la disciplina y armas. En la *Historia verdadera del rey D. Rodrigo*, compuesta, á lo que suena, por Abuleacim Tarif Abentarique, se aumenta el número de los árabes haciéndolos subir á *ciento y ochenta mil hombres de á pié y cuarenta mil de á caballo, sin mucha más gente que servía en el ejército de lo necesario*; mientras el de D. Rodrigo es sólo de *veintitres mil hombres de á caballo y ciento treinta mil infantes*. Cito dicha *Historia* que anda en manos de todos, para hacer ver cuan justamente la calificó Conde de *absurda fábula, publicada por el morisco Miguel de Luna, que la fingió, manifestando su ignorancia en la materia y su impudente osadía literaria*.

(7) «El rey Rodrigo andaba entónces con su corona de oro en la cabeza, é vestido de paños de peso en un lecho (*Mariana lo llama carro*) de marfil que llevaban dos mulos; ca así era entónces costumbre de andar los reyes de los godos.» *Crónica general*, parte segunda, cap. 55. Las de los árabes dicen también, que en la batalla de Guadalete el rey se presentó los primeros días al combate en un carro bélico, adornado de marfil, tirado de dos robustos mulos blancos, llevando su cabeza ceñida de una corona ó diadema de perlas, y con una clamide de púrpura bordada de oro.

»En carro de marfil, envuelto en sedas,
La frente orlada en oro, y más dispuesto
Al triunfo y al festín, que á la pelea,
El sucesor indigno de Alarico
Llevó tras sí la maldición eterna.» (QUINTANA en la tragedia de *Pelayo*).

(8) Sigo en esto á fray Luis de Leon, cuando dice en la *Profecía del Tajo*:

«El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena,
Igual á cada parte:
La sexta, ¡ay! te condena,
Oh cara patria, á bárbara cadena.»

Segun Mariana, fueron siete los días que duró la pelea, ó las escaramuzas, como él lo entiende, y al octavo se dió la batalla campal, conformándose con la *Crónica general*, cuyas palabras son: «Así comenzaron la fazienda, é duró ocho días, que nunca hicieron sinon lidiar de un domingo fasta otro.»

Ni nuestros poetas ni nuestras crónicas van de acuerdo con lo que refieren los árabes en las suyas, pues ellos sólo dan la duración de tres días á la pelea.

(9) «La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del día sin declararse; sólo los moros daban alguna muestra de flaqueza, y parece querían ciar y áun volver las espaldas, cuando D. Opas (¡oh increíble maldad!) disimulada hasta entónces la traición, en lo más recio de la pelea, segun que de secreto lo tenía concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos.» MARIANA en el lugar ántes citado.

Coinciden las crónicas árabes en cuanto dicen que estuvo indecisa la victoria tres días, y que el tercero, viendo Taric que flaqueaban los suyos, los exhortó á morir peleando; con lo que animados, consiguieron un completo triunfo, persiguiendo despues otros tres días á los restos del ejército cristiano.

(10) «Mas los cristianos lidiando é seyendo ya los más dellos muertos, é los otros fuidos, no sabe home que fuese fecho del rey don Rodrigo en este tiempo deste comedio; pero la corona, é las vestiduras é la nobreza real, é los zapatos de oro é de piedras preciosas, é el su caballo, al cual decien Orella, fueron fallados en un tremedal cerca del rio Guadalete sin el cuerpo.» CRÓNICA GENERAL en el capítulo arriba indicado.

Dicha *Crónica*, Mariana y otros historiadores añaden, que en Visco de Portugal se halló doscientos años despues el sepulcro de don Rodrigo, por donde se entiende, que salido de la batalla, huyó á aquel reino. Difiere de esta la relación de los árabes, que dan por cierto haber muerto Taric por su mano, el tercer día del combate, á don Rodrigo, á quien conoció por el caballo y las insignias, mandándole cortar la cabeza, que envió en presente á Muza.



LA MALEDICENCIA

Ya perfume del ambiente,
O ya del jardín estrella,
Lozana rosa descuella
Cuando el sol dora el oriente.
Mas ¡ay! ponzoñoso diente
De insecto alevoso y vil
Muerde su tallo gentil,
Su luz virginal marchita,
Y del trono precipita
A la reina del pensil.

En su seno de cristal,
Puro y sin mancha ninguna,
Ostenta limpia laguna
Otro sol, al sol igual;
Cuando asqueroso animal,
Que anfibio entre juncos yace,
En destrozarse complace
De los cielos el trasunto:
Lánzase al agua y al punto
Todo el encanto deshace.

La luna resplandeciente,
 Rico celestial topacio,
 Vence en el inmenso espacio
 A la estrella más luciente;
 Y cuando al orbe un torrente
 Da de hermosa claridad,
 Mueve el viento sin piedad
 Un oscuro nubarrón,
 Que mancha tal perfeccion,
 Que ofusca tal majestad.

Lozana y fragante rosa,
 Tranquila y clara laguna,
 Bella y esplendente luna
 Es la opinion de la hermosa,
 Y la lengua mentirosa,
 Que deslustra esta opinion
 Hiriéndola sin razon,
 Es el insecto alevoso,
 Es el anfibio asqueroso,
 Es el negro nubarrón.

1825

ENVIANDO UN RAMO DE FLORES A UNA DAMA ENFERMA

Dén á tus ojos contento
 Con sus risueños colores
 Esas olorosas flores,
 Y den bálsamo á tu aliento,
 Ornato de tu aposento

Brillen con solicitud:
 Y ¡ojalá! que tal virtud
 El cielo les concediera,
 Que su presencia te diera,
 Bella ingrata, la salud.

1825

EL FARO DE MALTA

Envuelve al mundo extenso triste noche,
 Ronco huracan y borascosas nubes
 Confunden y tinieblas impalpables
 El cielo, el mar, la tierra:

Y tú invisible te alzas, en tu frente
 Ostentando de fuego una corona,
 Cual rey del cáos, que reteja y arde
 Con luz de paz y vida.

En vano ronco el mar alza sus montes
 Y revienta á tus piés, do rebramante
 Creciendo en blanca espuma, esconde y borra
 El abrigo del puerto:

Tú, con lengua de fuego, *aquí está*, dices,
 Sin voz hablando al tímido piloto,
 Que como á númen bienhechor te adora,
 Y en tí los ojos clava.

Tiende apacible noche el manto rico,
 Que cefiro amoroso desenrolla,
 Recamado de estrellas y luceros:
 Por él rueda la luna.

Y entonces tú, de niebla vaporosa
 Vestido, dejas ver en formas vagas
 Tu cuerpo colosal, y tu diadema
 Arde al par de los astros.

Duerme tranquilo el mar, péfido esconde
 Rocas alevos, áridos escollos;
 Falso señuelo son, lejanas lumbres
 Engañan á las naves.

Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca,
 Tú, cuya inmóvil posicion indica
 El trono de un monarca, cres su norte,
 Les adviertes su engaño.

Así de la razon arde la antorcha,
 En medio del furor de las pasiones
 O de alevos halagos de fortuna,
 A los ojos del alma.

Desque refugio de la airada suerte
 En esta escasa tierra que presides,
 Y grato albergue el cielo bondadoso
 Me concedió propicio;

Ni una vez sola á mis pesares busco
 Dulce olvido del sueño entre los brazos,
 Sin saludarte, y sin tornar los ojos
 A tu espléndida frente.

¡Cuántos, ay, desde el seno de los mares
 Al par los tornarán!... tras larga ausencia
 Unos, que vuelven á su patria armada,
 A sus hijos y esposa;

Otros prófugos, pobres, perseguidos:
Que asilo buscan, cual busqué, lejano,
Y á quienes que lo hallaron, tu luz dice,
Hospitalaria estrella.

Arde, y sirve de norte á los bajeles,
Que de mi patria, aunque de tarde en tarde
Me traen nuevas amargas, y renglones
Con lágrimas escritos.

Cuando la vez primera deslumbraste
Mis afligidos ojos, ¡cuál mi pecho
Destrozado y hundido en amargura,
Palpitó venturoso!

Del Lacio moribundo las riberas
Huyendo inhospitables, contrastado
Del viento y mar entre ásperos bajíos,
Ví tu lumbré divina:

Viéronla como yo los marineros,
Y olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdian,
Malta!!! Malta!!! gritaron;

Y fuiste á nuestros ojos la aureola,
Que orna la frente de la santa imagen,
En quien busca afanoso peregrino
La salud y el consuelo.

Jamás te olvidaré, jamás... Tan sólo
Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre
La benéfica llama,

Por la llama y los fúlgidos destellos,
Que lanza, reflejando al sol naciente,
El Arcángel dorado, que corona
De Córdoba la torre.

Malta, 1828

A LOS EXCMOS. SRES. MARQUESSES DE SANTA CRUZ

EN LA BODA DE SU HIJA TERCELA

DOÑA FERNANDA DE SILVA Y GIRON

No sonará mi acento
En el nupcial festín. ¡Ay!...no me es dado
Del insigne Mirisco (1) al dulce lado
Su cítara pulsar encantadora,
Y enriquecer el viento
Con altos versos y con voz sonora.

¡Oh! si el poder del númen que me inspira,
Y de amistad el fuego sacrosanto,
Que arde en mi pecho, á mi olvidada lira
Dieran tal vuelo y á mi rudo canto,
Que sus ecos llegaran
A la orilla del regío Manzanares...
¡Cuál mis fervientes votos resonaran,
Unidos de Mirisco á los cantares!

En el risueño día
En que Fernanda tímida, inocente,
En las aras del Dios omnipotente
Jura constante amor á un tierno esposo,
Ilustre y venturoso;
Yo su beldad y gracia cantaría.
Yo, que la ví de la apacible cuna
Salir del mar de Cádiz en la orilla;

Y como al lado de la blanca luna
La estrella esplendorosa
De amor adorna el cielo y pura brilla,
Brillar al lado de su madre hermosa.

Yo, que en la márgen del soberbio Sena
La ví crecer, cual crece
Tallo gentil de cándida azucena,
Que el blando aliento de las auras mece.
Yo, en fin, que cuando el áspero destino
Me arrancó fiero á mis paternos lares,
Arrastrándome al hórrido camino
De amargura y dolor, del Manzanares
La ví ninfa gentil; y reclinada
De su madre adorada
En el cándido seno, parecía
Cabe rosa esplendente
Medio abierto pimpollo, que lozano
Al rojo amanecer de hermoso día,
Muestra el matiz de pudorosa frente,
De perlas lleno y de beldad riente.

En el eco lejano
De mi voz sonaría
La dicha excelsa del esposo ufano,
Y de la abuela y padres la alegría;

(1) El Excmo. Sr. Duque de Frias, *Mirisco* entre los arcades de Roma, que escribió al mismo asunto una bellísima composición.

Y la esperanza altísima, que nace
Con tan ilustre enlace,
De nuevos héroes á la patria mía.

Mas ¡ay! mi voz ahogada
Del infortunio por la mano helada,
No puede allá volar, ni aspira á tanto;
Y acostumbrada al llanto,
No acierta á dar al viento
Dulces himnos de júbilo y contento.

Tranquilos vates que las cuerdas de oro,
De la patria en las selvas y jardines,
Os es dado pulsar, y en alto coro
Cantar la pompa y celebrar festines;
Alzad la voz, mientras airada suerte
Me condena al silencio de la muerte.

¡Al silencio!!! Y ¿por qué?... Cuando gozosos
Arder la sacra antorcha de Himeneo,
Y su tercer trofeo
Alzar amor en lazos venturosos,
Ven por tercera vez en sus salones
De Santa Cruz los ínclitos Marqueses;
Cuando barras, castillos y leones
Esperan nuevos héroes, cuyas glorias
Reproduzcan altísimas memorias;
Yo olvido de fortuna los reveses,
Arde mi mente en estro sacrosanto,
Brotó mi rudo labio són divino,
Y es á mi pecho necesario el canto,
Como el agua al sediento peregrino.

Sí, cantaré, ¿Qué importa que no suene
Allá en Madrid mi dolorido acento?
¿Qué importa que no llene,
Entre los brándis y el clamor sonoro
De himnos de gozo y voces de contento.
Un soberbio artesón de cedro y oro?
Sonar la voz del infortunio debe
Con más solemnidad, y en otra escena,
Cuando amistad lo arroba y enajena,
Y á entonar cantos de placer se atreve.

Sí, cantaré sobre estas, que combate
Ronce el púnico mar, peñas desnudas,
Y so la inmensa bóveda del cielo.
El santo fuego que en mi pecho late,
Engrandece mi voz, entre las mudas
Terribles sombras del nocturno velo;
Y las estrellas, contra mí sañudas,
Y la luna menguante
Iluminan mi pálido semblante,

Y brillan en las lágrimas que lloro,
Y de mi lira en el marfil y el oro.

Las gracias, los amores,
La virtud, la alegría
Vengan tan fausto día,
Fernanda, á celebrar;

Y de vírgineas flores
Coronen tu alma frente,
Que como el sol naciente
No halla en el Orbe par.

El fuego honesto y puro
Que arde en tu pecho hermoso,
Mereciendo dichoso
Paterna bendición;

Sea manantial seguro
De placeres sin cuento,
Y siempre con aumento
Arda en tu corazón.

Bendiga el santo cielo
Tu enlace y lo fecunde,
Para que en bien redunde
Del imperio español,

Que espera con anhelo
Bazanes y Girones,
Que lleven sus pendones
Por cuanto alumbra el sol.

Girones y Bazanes,
Que cual Hércules nuevos,
Puedan, cuando mancebos,
Las sierpes sofocar;

Y entre sabios afanes
Crezcan, y á las Españas
Con virtudes y hazañas
Consigan restaurar.

Vence el rugir del mar mi altivo acento,
Y se dilata por su espacio undoso;
Sobre las alas rápidas del viento
Mi canto numeroso
Llega á las playas donde fué Cartago,
Y entre el estruendo vago
De las olas que rómpanse en la arena,
O entre ásperos bajíos,
Suenan los versos míos,
Y el dulce nombre de Fernanda suena.

Sopla el austro fogoso,
Y su nombre y mis versos arrebató,
Entre celajes de luciente plata,
A la cumbre del blanco Lilibeo,
Cárcel ardiente ó bramadora tumba
De los furores del audaz Tifeo;
Y al nombre de Giron esclarecido
Que entre sus riscos cóncavos retumba,
Callan su ronco hervor y su ladrido
Scila y Caribdis de respeto llenas,
Conmuévase Trinacria, y mis cantares
Ledas, cruzando los desiertos mares,
Repiten seductoras las Sirenas...

Mas ¿qué rumor vecino,
Llenando al mudo viento,
Viene á turbar el éxtasis divino,
Y á sorprender mi entusiasmo aliento?
¿Es el breton soldado
Que en los adarves usurpados grita,
De orgullo, astucia y de opulencia armado?

¿Es el rudo piloto moscovita,
Que á zarpar se apresura
Entre las sombras de la noche oscura,
No para dar el rumbo al mar helado
Y á saludar á su aterida tierra;
Sino á llevar el exterminio y guerra,
Y el devorante fuego,
Mintiendo amparo al oprimido griego,
En sus toscos bajeles,
Preñados de ambicion y orgullo insano,
Al caduco otomano,
Y del torpe serrallo á los verjeles (1)?

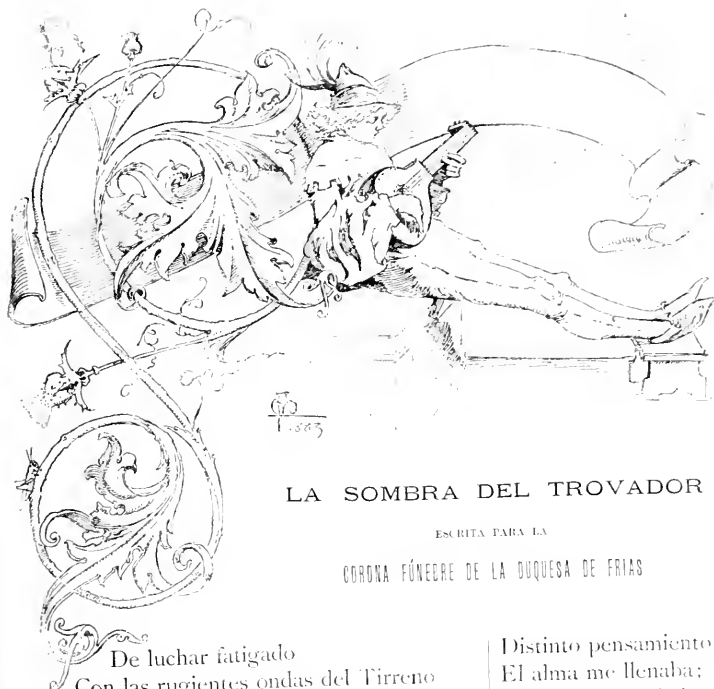
No; que es más noble estruendo
El que en torno rimbomba y sordo cunde,
Pues nuevo ardor difunde
En mi mente, mi canto engrandeciendo,
De los sepulcros venerandos nace,
Que del gran Precursor el templo santo,
Que Malta alzara en su pasada gloria,
Ornan el pavimento y rico muro
De terso mármol y de bronce oscuro,
Entre lauros eternos de victoria
Y nobles timbres del infiel espanto,
Que en respetar el tiempo se complace.

(1) Se escribían estos versos en el momento en que la escuadra rusa, al mando del almirante Heylen, daba la vela para Navarino.

De los sepulcros nace, que entre tanto
Sepulcro de famosos campeones
De todas las católicas naciones,
Héroes hispanos guardan en su seno;
Y en cuyas letras, que la edad no empaña,
Nombres de horror al torvo Sarraceno,
Nombres de gloria á la guerrera España
Se ven, Silvas, y Caros, y Bazanes,
Y Borjas, y Girones,
Pimenteles, Quiñones,
Y Osorios, y Pachecos, y Guzmanes.
De estos, de estas las sombras conmovidas
Al eco de mi voz se alzan gloriosas,
De Fernanda las dichas celebrando;
Y ledas presagiando
Héroes, que con sus hechos rivalicen
Y los insignes nombres eternicen.

¡Oh gloria de Aragon y de Castilla!
¡Qué lampo de celeste reverbero
Perdurable en sus rostros centellea!
¡Qué fuertes armas de templado acero,
Do la cruz blanca refulgente brilla!
¡Qué ricos mantos que el ambiente ondea!...
Tales por conquistar la tumba santa
Los vió lidiar Jerusalem, y tales
Hazañas inmortales
En Rodas, Chipre y Candia ejecutaron,
Y tales rechazaron,
Al ínclito Valetta obedeciendo,
De estas peñas al Turco furibundo,
Cuyo poder tremendo
Era entónces terror del ancho mundo,
Cécanme en torno por el aire vano.....

Así los semidioses revolaban
En derredor del gran cantor troyano,
Y su acento inmortal solemnizaban:
Así hendiendo la niebla circundaban
Al bardo caledon las sombras leves
De los guerreros de Morven y Tura,
Cuando en la noche oscura,
Despreciando los vientos y las nieves,
Sobre los riscos de Loclin sentado,
Pulsaba el arpa al lado de Malvina,
Y la voz ronca del torrente hinchado
Sobrepujaba con su voz divina.



LA SOMBRA DEL TROVADOR

ESCRITA PARA LA

CORDONA FÚNEBRE DE LA DUQUESA DE FRIAS

De luchar fatigado
Con las rugientes ondas del Tirreno
Y con los huracanes bramadores.
Ultimo esfuerzo del invierno crudo,
Cuando mira sañudo
Al sol de majestad y gloria lleno
En su alto trono equinoccial sentado,
Proteger á los céfiros y flores;
Llegué á las verdes olas,
Que reciben del Ródano tributo,
Do triunfó Decio Bruto,
Do vencieron las naves españolas.

A pequeña distancia,
En azuladas cumbres se ofrecieron
Montes y selvas de la rica Francia,
Y mis ojos por ella se extendieron.
Latió mi pecho, ardió mi fantasía,
Nobles altos recuerdos me agitaron,
Y apoderados de la mente mía,
A un siglo que ya fué me trasportaron.

Mas no me presentaba la memoria
Los torrentes de sangre y los horrores
Que aquel hermoso suelo deslustraron;
Ni el coloso, que en él plantó su asiento,
Ni su esplendente y fugitiva gloria,
Ni las palmas y lauros triunfadores,
Que con su pesadumbre lo abrumaron.

Distinto pensamiento
El alma me llenaba;
Mi completo existir embebecia
El que á la vista de Provenza estaba:
Cuna de la moderna poesía.

Salve, suelo feliz, donde rompiendo
Las nieblas de la noche aterradora,
Por uno y otro siglo de furores,
De muerte y servidumbre amontonadas,
Brilló de nuevo la esplendente aurora
Con influjo tan alto, que reuniendo
El valor, el ingenio y los amores,
Tornó el gérmen sagrado
De virtud, y de gloria, y de cultura,
Que de la Europa engrandeció el estalo,
Y cuyo fruto inextinguible dura.
Salve, suelo felice, do la mano
De la beldad, con una flor de oro
(Flor de más precio que el mayor tesoro)
Premió los triunfos del ingenio humano,
Quién sabe si en tus selvas deliciosas,
En el silencio de la noche oscura,
Las sombras vagarosas
Veré de tus antiguos trovadores;
Y de sus altos versos el sonido
Me hará poner en consolante olvido
De mi estrella enemiga los rigores?...
De tal modo decía:

El sol al occidente declinaba:
 Amorosa soplabá
 El aura mansa y suave
 Y hácia la tierra plácida impelia
 Las pardas lonas de mi corva nave.
 Cayendo el ancla con estruendo rudo,
 Bajó á cebar su diente en las arenas;
 El bronce asolador, de paz tronando,
 Dió la ansiada señal: el marinero
 Veloz, ágil, forzado,
 Por las jarcias y mástiles trepando,
 Desnudó las ya inútiles entenas;
 Y lancéme el primero
 A la cercana orilla presuroso;
 Mas los ojos tornando
 Al pabellon glorioso,
 Asilo en mi infortunio y mis pesares,
 Dominador de los extensos mares (1).

Besé la yerba do estampé la planta,
 Y la ciudad dejando esclarecida
 Que á Tiro en opulencia se adelanta,
 Y cuyo griego origen nunca olvida (2).
 Corrí en pos de mis dulces ilusiones,
 A perderme en las selvas y collados:
 Sin llamar mi atencion ni un solo instante
 Los bajeles armados,
 Bélicos aparatos, y pendones,
 Que en la espaciosa playa tremolaban,
 Y á surcar se aprestaban
 El píclago inconstante,
 Para llevar venganza y cruda guerra
 A la abrasada tierra (3),
 Donde esclavo infeliz tuvo el destino
 Bajo el poder del moro furibundo
 Al escritor divino (4),
 Gloria de España, admiracion del mundo.

Ya los remotos mares de occidente
 Del sol ardian en la eterna lumbre:
 Noche apacible el manto desplegaba,
 Y la pálida luna refulgente
 En la celeste cumbre,
 Sobre trono de nácares reinaba.
 Y yo solo vagaba,
 Y mis inciertos pasos recorrían
 Frescas colinas, apacibles prados,

Arroyos sosegados,
 Espesas enramadas
 Y oscuros olivares,
 Que risueñas mecían,
 De rosas y azahares
 Las auras de la noche embalsamadas;
 Y á mi mente traían
 Del Bétis las riberas encantadas,
 Do culto tienen mis paternos Lares.

Con tal recuerdo el triste pecho mio
 Sintióse ahogar, y de mi suerte acerba
 Renovó la amargura...
 ¡Ay! despedido me arrojé en la yerba
 Al pié de un olmo rey de la espesura:
 Y allí en confuso y ciego desvarío
 Mil sucesos pasados
 Y mil vagas escenas
 Cruzaron por mi ardiente fantasía,
 Cual huyendo de vientos desatados,
 De inciertas formas pavorosas llenas,
 Cruzan las nubes en revuelto día.

Cuando de pronto... ¡oh celestial encanto!...
 No fué ilusion de mi agitada frente:
 Yo las ví á la merced del manso viento
 La niebla pavorosa blanquecina
 Y de la noche el sosegado ambiente
 Hender, al claro brillo de Lucina.
 Sí, yo las ví: las venerables sombras
 De los siglos pasados,
 Las sombras de los altos trovadores,
 Que sin ajar las yerbas ni las flores,
 De aquellos ricos prados
 Blandisimas alfombras,
 En torno á mí giraban.

De la luna en confusos reverberos
 Los antiguos ropajes ostentaban
 Las aéreas formas de sus bultos vanos.
 Cuáles galas de ilustres cortesanos,
 Cuáles el peto y casco de guerreros,
 Alta diadema alguna,
 Varias las muestras de áspera fortuna:
 Y todas el laud ó arpa sonora
 Y en la cinta la espada cortadora.
 Absorto estaba á la vision atento,
 De respeto y de asombro el seno henchido;
 Y un confuso alarido
 De alieccion y lamento,
 Que sumiso en el coro resonaba,
 Toda mi sangre de pavor helaba.

(1) Hice el viaje de Malta á Marsella en una goleta de guerra inglesa, que me procuró la amistad del general Ponsomby.

(2) Marsella.

(3) Alude á la expedicion de Argel.

(4) Cervantes.

Y ví á una sombra alzarse, descollando
 Con noble majestad y gallardía
 Entre todas... ¡Oh Dios!... ¡tal vez sería
 La del garrido jóven, que escuchando
 A la voz de la fama
 De Trípoli elegías á la Princesa,
 Ardió en tan nueva y tan vehemente llama,
 Que los hinchados mares atraviesa
 En busca de su amor; mas con tal suerte,
 Que al punto de encontrarla grata y bella
 ¡Ay! á las plantas de ella
 Tronchó su cuello el brazo de la muerte (1).
 ¿O fué el que en Barcelona
 De ciencia gayta estableció la escuela (2)?
 ¿O de Tolosa el Conde glorioso
 Protector de los fuegos floreales,
 Que hermanando la lanza y la vihuela,
 De hiedra entrelazó su alta corona
 Ornada ya de lauros inmortales (3)?

De personaje excelso y generoso
 Era la sombra que se alzó, inspirando
 Respeto en todas ellas; y pulsando
 Un arpa celestial, cuyo sonido
 Del mundo y de los hombres daba olvido,
 Con doleroso acento
 Dió esta cancion al adormido viento:

Orillas del Manzanares
 Todo es luto y lloro amargo,
 Porque su sol refulgente
 Se ha hundido en eterno ocaso.

La alta flor de su hermosura,
 De la Hesperia toda ornato,
 Por el hierro de la parca
 Tronchado yace en el campo.

De su ilustre entendimiento
 El resplandeciente astro
 En la nube de la muerte
 Quedó por siempre eclipsado.

¡Oh dolor! la excelsa esposa
 Del descendiente preclaro
 De los altos Condestables,
 Gloria del imperio hispano,

La insigne y divina esposa
 Del trovador fortunado,
 Que palmas ganó en las lides,
 Y en las academias lauros:

Del sesudo en los consejos
 Y en los combates bizarro,
 Del discreto entre las damas,
 Y entre los varones sabio:

En la fresca primavera
 De sus florecientes años
 Yace del voraz sepulcro
 En el hondo seno helado,

Envuelto en pavor y luto
 Sin luz el mundo dejando,
 Sin alma á su tierno esposo,
 A los tristes sin amparo,

No hay boca que no suspire,
 No hay ojos libres de llanto,
 No hay corazon que no tiemble,
 No hay pecho sin susto y pavor.

Desde el espantoso día,
 Desde aquel momento aciago
 En que tal golpe á la tierra
 Descargó el destino insano.

Llórala el claro Segura,
 Que en sus huertas y en sus prados
 De su niñez venturosa
 Gozó los tiernos encantos.

Llórala el mar que combate
 Los castillos gaditanos,
 Pues la admiró en gentileza
 Envidia á Anfítrite dando.

Llórana el soberbio Sena
 Que vió su beldad ufano,
 Y del Támesis las ondas
 Que sus gracias admiraron.

Nosotros también ¡ay tristes!
 Há poco que disfrutamos
 De la soberana lumbré
 Con que esclareció estos campos.

¡Ah! recordad cuán gozosos,
 La carroza circundando,
 Cantábamos sus loores,
 En amor suyo abrazados.

(1) Godofredo Rudef, príncipe de Blaya.

(2) La poesía provenzal llamada *gay saber* fué muy cultivada en Aragón y Cataluña, especialmente en los tiempos de Alfonso XI y Juan I.

(3) El conde Remond ó Raimundo V.

Eran sus ojos luceros,
Su frente bruñido mármol,
Perlas y coral su boca,
Y su garganta alabastro.

No del arroyo en la márgen
Descuella laurel lozano
Más que su tallo gracioso,
Más que su cuerpo gallardo.

No la aventajara Vénus,
Cuando de Amatunta y Pafos
En las florestas reinaba,
Ceñida la sien de nardos.

Ni cuando la blanda espuma
Surgió del mar argentado,
En concha de nácar y oro,
Con delfines por caballos.

Y con ser tan esplendentes
De su belleza los rayos,
Aún era mayor la lumbre
De su entendimiento claro.

¡Ay! aún las fragantes flores,
Que á su breve pié brotaron,
Perfuman estas praderas,
Brillan con matices varios.

Y ella ¡oh dolor! ya no existe.
No existe!... ¡Oh muerte! tu brazo
Con un golpe tan altivo
Mil gargantas ha segado.

¡Ay!... Si á lo ménos su tumba
Ilustrara estos collados,
Nosotros en torno de ella
De la luna al brillo escaso.

Cantáramos elegías,
Vertiéramos tierno llanto,
Con nuestras arpas y voces
Acento á la noche dando.

Y su generosa sombra
Entre nosotros acaso

Presidiera nuestros coros,
Y premiára nuestros cantos.

Mas no, tesoro tan grande
Es debido al suelo patrio,
Y á las venerandas urnas
De sus mayores preclaros.

Y allí tambien trovadores,
Que el tiempo antiguo ilustraron,
Le tributarán rendidos
Con sus versos holocausto.

Y no sólo los que fueron,
Sino los que son, su canto
Uniendo al del triste esposo,
De ciprés funesto orlados.

Pulsarán la ebúrnea lira
Con universal aplauso
De PIEDAD al dulce nombre
Fama eterna asegurando.

—No sé si cantó más, que un negro velo
Cegó mis ojos: súbito desmayo
Al nombre de Piedad me arroja al suelo
Como herido de un rayo.
Cuando tornó á latir mi ahogado pecho,
Y mis ojos se abrieron nuevamente
Más que á la luz al lloro,
Solo me hallé: y el sol desde el Oriente
Derramaba su fúlgido tesoro.
Alcéme en llanto y en dolor deshecho,
Y dejé el campo aquel, harto seguro
De cuanto visto y escuchado había.
Pues la carrera de mis males larga,
Y mi destino duro
Me han enseñado en experiencia amarga,
Que ilusiones son siempre y vano sueño
Las escenas que ve mi fantasía
De gozo y de alegría,
De dulce dicha y de placer risueño;
Mas que siempre son ciertas las de llanto,
De luto y muerte, y de dolor y espanto.

Marsella, marzo de 1830.





EL CANTO

DEL

RUISEÑOR

¡Qué noche deliciosa!
Plácida oscuridad envuelve al mundo,
Y en letargo profundo
Este ameno jardín yace y reposa.

No alienta el manso viento,
No se mecen las hojas ni las flores,
Y fijas sus fulgores
Las estrellas nos dan del firmamento.

Ni un celaje de gasa
Cruza el espacio vagaroso y leve,
Ni el arroyo se atreve
A murmurar, y silencioso pasa.

No sé qué indefinible
Estas tinieblas y silencio y calma
Difunden en el alma...
Un secreto pavor incomprensible.

Solamente vigila
Un pecho enardecido y amoroso.
En el comun reposo
De noche tan serena y tan tranquila.

¿No escuchas? El lamento
Suena del ruiseñor... Oye cual llora,
Su queja encantadora
En el olmo escondido esparce al viento.

¡Oh cuán dulce martirio
Expresa su dulcísimo gorjeo!
¡Qué afanoso deseo!...
¡Qué fuego, qué pasión y qué delirio!

Pero no son perdidas
Esas frases de amor, que deliciosas
Las auras vaporosas
Repiten á las flores adormidas,

No, que son escuchadas
Por el objeto amado, y en su pecho
El tierno efecto han hecho,
Y van con dulce amor á ser pagadas.

Oye. — Ese rumor leve...
De las hojas y ramas el ruido...
No es el viento, dormido
Yace, y ni las agita ni las mueve.

Es el ala ligera,
Con la que de hoja en hoja y rama en rama
Al amor que la llama,
Vuela del ruiseñor la compañera.

Oyólo, y conmovida
Vuela á hacer la ventura de su amante,
Y vuela palpitante
Por sus ardientes frases encendida.

¿Y á tu pecho de nieve
Ni mis frases de amor hijas del alma,
Ni mi perdida calma,
Ni mi afanoso lamentar conmueve?

. . . No, que mayor ternura,
Más dulce gratitud, más fuego cabe
En el pecho de un ave,
Que en el de una mujer ingrata y dura. 1830.

VERSOS ESCRITOS EN UN ALBUM

Si una cosa muy bonita,
Bella niña, te se antoja
Hallar siempre en esta hoja,
Por mi indocta mano escrita;

El que busques te aconsejo
Quien por arte de Luzbel
Te convierta este papel,
Al mirarle tú, en espejo. 1830.

UN GRAN TORMENTO

Amar ¡ay! sin ser amado
Es horrible maldicion,
Que el cielo en su indignacion
Arroja desapiadado
A un infeliz corazon.

Constímese noche y día
El que desamado ama,
Y piedad en vano clama:
Arder mejor le sería
Del hondo infierno en la llama.

Mira, y cuanto ve delante
Se lo cubre un negro velo,
Y un grito de desconsuelo
Oye agudo y penetrante,
Que dan mar y tierra y cielo,

...¡Infeliz! No arde á sus ojos
El sol, ni apacible ambiente
Su pecho aspira latiente,
Ni ve los celajes rojos,
Que borda el alba en Oriente.

Ni admira el oro y la grana
Del ocaso, cuando arde
En los fuegos de la tarde,
Ni de la estacion lozana
Gozar el magnífico alarde.

Ni oye el delicioso arrullo
De las aves, ni el rumor
De la selva encantador,
Ni del arroyo el murmullo,
Que salta de flor en flor.

Nada: que el objeto helado
De su pasion sólo mira,
Tan sólo fuego respira,
Sólo oye ¡desventurado!
Voces de dolor, de ira.

¿Qué es la vida en el mezquino,
Que á estado tan lastimoso,
Do no hay salud ni reposo,
Le arrastra el feroz destino
O un encanto poderoso?...

Es un horrible tormento,
Como no lo tiene igual
El más doloroso mal,
Ni cupo en el pensamiento
Del tirano más brutal.

¡Oh qué noches! ¡oh qué días
Convulso y sediento pasa!
Ora el pecho se le abrasa,
Ora entre mil agonías
Un puñal se lo traspasa.

Una mano de gigante
De ardiente hierro vestida
Tiene á la garganta asida,
O el corazon palpitante,
Le aprieta y con él la vida.

Y si un instante veloz
Brotó allá en su pensamiento
Una esperanza, al momento
La siega la aguda hoz
Del pertinaz escarmiento.

Cuenta el triste sus martirios,
Que comprendidos no son;
Y habla en vano á un corazón,
Que burla de los delirios
De una profunda pasión.

Al ver sus ojos de fuego
Hielo rígido pintado
En los del objeto amado,
Y en su semblante el despego,
¡Cuál queda desventurado!

Y por respuesta tener
De fogosas expresiones,
Consejos y reflexiones,
O un *no* de nieve, es hacer
Un alma infeliz jirones.

El triste que escuchó tal
Prefiriera haber oído
De una ceraste el silbido,
O la trompeta final,
O del mundo el estallido;

Pues falta tierra á su planta.
Se hunde el cielo sobre él,
Le ahoga un áspero cordel,
Y la existencia le espanta:
¡Oh qué martirio cruel!

Amar ¡ay! sin ser amado
Es horrible maldición,
Que el cielo en su indignación
Arroja desapiadado
A un infeliz corazón.

1830.

UN PADRE

Era oscura la noche, ronco trueno
Bramaba sordo entre apiñadas nubes,
De cuando en cuando lampo refulgente
Horrendo relucía.

Entre impalpables sombras són confuso
Daba la cabellera de los bosques,
Con violencia espantosa sacudida
Por desatados vientos.

El mar entumecido, en los peñascos,
Rompiendo su furor, á las tinieblas
Nuevo horror daba, con su espuma dando
Pálidas llamaradas,

Y del monte cruzando la aspereza,
En los troncos y riscos tropezando,
Sin temor de barrancos ni torrentes,
Baja á la playa un hombre.

Ni el horror de la noche, ni lo recio
Del temporal, que al orbe estremecía,
Le recordaban su abrigado albergue,
Ni acortaban sus pasos.

¡Infeliz!...huye de su patria, y huye
De cuanto amó. Y anhela solamente
O la muerte en la mar, ó en los desiertos
Perder la odiosa vida.

Sí, tiene el corazón envenenado,
Y roto en partes mil, y en él deshecha
Una borrasca estalla, más furiosa
Que la que está afrontando.

Víctima de traiciones y de engaños,
Tornadas en tormentos sus delicias,
Deshechas sus más dulces ilusiones.
¿Qué es la vida á sus ojos?

Maldice el mundo mísero, y maldice
Cuanto nudos al mundo le ligaron.
Y en la playa del mar embravecido
Busca anheloso un barco.

Uno mira á la llama pavorosa
De un súbito relámpago, y brioso
Lo empuja resbalando por la arena
Hasta ponerlo á flote.

No le asusta el bramido de las olas,
Que en los costados rómpense, y lo cubren
De espuma, y mar adentro se lo lleva
La violenta resaca.

Salta en él, arma los delgados remos
Y boga con vigor, y de la tierra,
Que otra vez y otra vez feroz maldice,
Se aleja satisfecho.

Montes movibles humillando, hendiendo,
Ciegas tinieblas, entre espesa lluvia
Volcando, y levantándose en un punto
Entra adentro en los mares.

Un rayo de la luna, penetrando
Entre las negras voladoras nubes,
Atraviesa la atmósfera un instante
Y la tierra ilumina.

El despechado, sin querer, los ojos
A ella revuelve, y como un punto blanco
Una pequeña casa allá en el monte
Ve, y lanza un alarido.

Tornó la oscuridad. — Mas ¡ay! no aparta
De allí el mezquino el pensamiento y mira
Allí de humilde lámpara la lumbre,
Y se le rompe el alma.

Olvida sus agravios y rencores,
El piélago voraz le pone espanto,
Y torna entre peligros horribles
En busca de la tierra.

Y sírvele de faro aquella escasa
Luz, y bogando con robustos brazos
Gime, y trabaja y lucha y forcejea
Contra las bravas olas.

Era padre, era padre: y en su albergue,
(Que es aquel que la luna esclareciera,
Y donde brilla la dudosa lumbre,
Que potente le arrastra),

Dejó dormido en la inocente cuna
Un niño tierno, y su recuerdo solo,
Que en su pecho renace y lo domina,
A la tierra le llama.

Y con vigor y brazos de gigante
Rema y empuja la ligera barca,
En un beso no más del tierno niño
Cifrando su ventura.

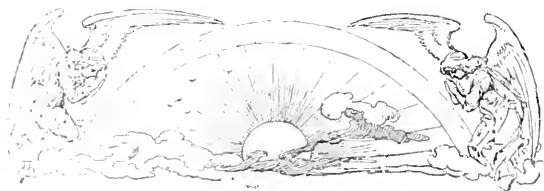
Y anhelando encontrar en su sonrisa
El bálsamo que cure los destrozos
De su deshecho corazón, y olvido
De agravios y rencores.

Ya ve la playa cerca, ya, ya toca
De salvación y de ventura nueva,
Y de perdón y calma y dulce vida
El anhelado puerto.

Mas ¡ay! el viento inexorable empuja
El frágil barco, y espumoso monte,
Que se estrella rugiente en los peñascos,
Lo rompe y lo confunde.

Y á la luz de un relámpago, en la espuma
Que retrocede rápida á su centro,
Con ella reluchando y luego hundirse
Se ve un mísero náufrago.

Y entre el bramido de la mar y el viento
Y el de la lluvia y tempestad horrenda,
Se oyó un agudo acento, por dos veces
Gritar... ¡hijo!... ¡hijo mío!



A MI HIJO GONZALO, DE EDAD DE CINCO MESES

De tu madre en el seno
 Duermes, dulce amor mío,
 Cual perla del rocío
 Duermes en el seno de la tierna flor;
 De mil encantos lleno
 Reluce en tu semblante,
 Cual sol en el diamante,
 De un alma nueva el celestial candor.

Aun en la tierra impura
 Tu pié no se ha estampado,
 Ni han tus manos tocado
 El crudo hierro y corruptor metal;
 Ni ha ofendido á criatura
 Esa boca suave,
 Que pronunciar no sabe,
 Y en que reina pureza angelical.

Ignoras lo que es muerte,
 Y lo que es vida ignoras,
 Mas en tanto las horas
 Contigo mudas caminando van.
 ¡Y cuál será tu suerte!...
 ¿Qué te importa? Risueño
 Gozas tranquilo sueño
 Sin darte el día de mañana afán.

Duerme, prenda adorada;
 Pero de cuando en cuando
 Despierta al beso blando,
 Que te daremos ó tu madre ó yo;
 Y déjame encantada
 Con tu risa inocente
 El alma, que doliente
 Del infortunio el cáliz apuró.

Sí, cuando te sonries
 A mis dulces caricias,
 En un mar de delicias
 Olvido cuanto ha sido y ha de ser:

¿Qué me importa, si ries
 Mirándome amoroso,
 El ceño desdenoso
 De fortuna y las iras del poder?

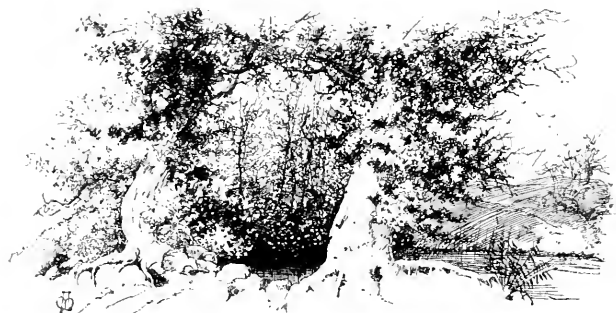
Mas no hay placer completo:
 ¡Ay! siempre que te miro,
 Se me escapa un suspiro,
 Pensando cuál será tu porvenir.
 Misterioso secreto
 Que como tú yo ignoro,
 Que ni el saber, ni el oro,
 Ni la fuerza consiguen descubrir.

Un pimpollo de rosa
 Cae al dulce arroyuelo,
 Que apenas cubre el suelo,
 Durmiendo manso entre una y otra flor:
 ¡Feliz si en él se posa
 Y entre sus juncias prende,
 Y los tallos extiende
 Bajo el abrigo del paterno amor!

Mas invisible, artera
 Con las flores jugando,
 La corriente arrastrando
 Lo va del río al rápido raudal:
 Aun puede una ribera
 Lograr en él, do viva,
 Do un jardín lo reciba
 Y llegue á ser magnífico rosal.

Pero si el turbio río
 Lo lleva al mar... ¡ay triste!
 El huracán lo embiste,
 Las olas lo arrebatan con furor;
 Y perece, hijo mío,
 Bajando al hondo seno,
 O en el salobre cieno,
 Yaciendo al pié de escollo bramador.





EL OTOÑO

Al bosque y al jardín el crudo aliento
Del otoño robó la verde pompa,
Y la arrastra marchita en remolinos
Por el árido suelo.

Los árboles y arbustos erizados,
Yertos extienden las desnudas ramas,
Y toman el aspecto pavoroso
De helados esqueletos.

Huyen de ellos las aves asombradas,
Que en torno revolaban bulliciosas,
Y entre las frescas hojas escondidas
Cantaban sus amores.

¿Son ¡ay! los mismos árboles que há poco
Del sol burlaban el ardor severo,
Y entre apacibles auras se mecían
Hermosos y lozanos?

Pasó su juventud fugaz y breve,
Pasó su juventud, y envejecidos
No pueden sostener las ricas galas
Que les dió primavera.

Y pronto en su lugar el crudo invierno
Les dará nieve rígida en ornato,
Y el jugo, que es la sangre de sus venas,
Hielo será de muerte.

A nosotros los míseros mortales,
A nosotros también nos arrebató
La juventud gallarda y venturosa
Del tiempo la carrera.

Y nos despoja con su mano dura,
Al llegar nuestro otoño, de los dones
De nuestra primavera, y nos desnuda
De sus hermosas galas.

Y huyen de nuestra mente apresurados
Los alegres y dulces pensamientos,
Que en nuestros corazones anidaban
Y nuestras dichas eran.

Y luego la vejez de nieve cubre
Nuestras frentes marchitas, y de hielo
Nuestros áridos miembros, y en las venas
Se nos cuaja la sangre.

Mas ¡ay qué diferencia, cielo santo,
Entre esas plantas que caducas creo,
Y el hombre desdichado y miserable!
¡Oh Dios, qué diferencia!!!

Los huracanes pasarán de otoño,
Y pasarán las nieves del invierno,
Y al tornar apacible primavera
Risueña y productora,

Los que miro desnudos esqueletos
Brotarán de sí mismos nueva vida,
Renacerán en juventud lozana,
Vestirán nueva pompa.

Y tornarán las bulliciosas aves
A revolear en torno, y á esconderse
Entre sus frescas hojas, derramando
Deliciosos gorjeos.

Pero á nosotros míseros humanos,
¿Quién nuestra juventud, quién nos devuelve
Sus ilusiones y sus ricas galas?...
Por siempre las perdimos.

¿Quién nos libra del peso de la nieve
Que nuestros miembros débiles abruma?
¿De la horrenda vejez quién nos liberta?...
La mano de la muerte.

1833.



VERSOS ESCRITOS EN UN ALBUM

Pues tanto, niña, te empeñas,
Voy á contarte una historia
Que me ocurre á la memoria,
Y muy linda por más señas.

Callada me has de escuchar
Y con el ánimo atento,
Pero en tanto que la cuento,
Por Dios, no me has de mirar.

Así, así, mira al balcon,
O en esos claveles rojos
Del florero pon los ojos.
Que voy á empezar, chiton.

Era un punto media noche,
Y en una alta galería,
Que dominaba del Tajo
Las soñolientas orillas,

A la luz de escasa luna
Entre nácares dormida,
Un bulto blanco y movable
De léjos se descubría.

En un jardin inmediato,
Donde entre sombras las brisas,
Si bien halagaban flores,
Suave aroma difundían,

Una voz blanda y sonora,
De ruiñeñores envidia,
De un laud acompañada
Daba á las tinieblas vida.

Y del Tajo en la corriente,
Remontando el agua arriba,
Se divisaba una barca,
Que dos remos impelían:

Y en ella de pié un guerrero,
Cuya armadura bruñida,
Siendo espejo de la luna,
Entre vagas nieblas brilla.

Era el bulto blanquecino
Del corredor doña Elvira,
El que cantaba era un paje,
Y el que en la barca venía....

¡Ay! niña, que me has mirado,
Y al mirarme tú al momento
Se me ha olvidado mi cuento....
No has de ignorancia pecado.

Bien te lo dije, Acabé,
Que al mirarme ojos tan bellos
Tan sólo pensar en ellos,
Y abrasarme en ellos sé.

1835

LA CATEDRAL DE SEVILLA

I

De la fé y del entusiasmo
Soberana produccion,
De tanta generacion
Asombro, respeto y pismo,
Y del mundo admiracion:

Grande y magnifico templo
Digno del Omnipotente,
Que en tí mora eternamente:
Cuando absorto te contemplo
¡Cuán alto vuela mi mente!

Sí, desde el espacio inmenso
Ve tu torre y botareles,
Y de Dios á los doseles,
Entre el humo del incienso,
Subir la voz de los fieles.

Ni la vista audaz que emplea
El águila frente á frente
Con el sol cuando campea
Allá en el zenit desea,
Ni su volar eminente.

Pues que de tí enamorada
Más alto vuela, más ve,
Por las dos potencias, que
Te formaron animada,
El entusiasmo y la fé.

En viva fé y en entusiasmo ardieron
Los no contaminados corazones
De aquellos piadosísimos varones,
Que *levantemos al Señor*, dijeron,
Un templo tal que la futura gente
Por locos nos repule,
Cuando en él reverente
Busque consuelos y oblacion tribute.

A tales palabras luégo
Ardió una generacion,
A quien diera el cielo en don
Un entusiasmo de fuego,
Una fé de exaltacion.

Y un pobre albañil, oscura
Y ya olvidada criatura,
Que ni midió el Capitolio,
Ni estudió en la Grecia, solio
De la docta arquitectura,

De fé y entusiasmo ardiendo
Vió en sueños tu mole santa:
Y acaso tambien durmiendo,
Su mano un ángel rigiendo,
Trazó tu gigante planta.

Y un pueblo todo
Arde, se agita;
Y la mezquita
Despareció.

Pero la torre
Quedó empinada,
Porque manchada
Nunca se vió.

No, que en su cumbre el árabe Almuedano
SÓLO HAY UN DIOS, gritaba;
Y donde la verdad se proclamaba
Era triunfal padron para el cristiano.

II

Sobre la casa hundida de la luna
Plantóse el templo del Señor triunfante,
Como sobre un sepulcro alegre cuna,
Como una santa cruz sobre un turbante.

Un siglo entero de entusiasmo y vida,
Vida de fé, se afina
Y la insigne basilica cristiana
Nace, y álzase erguida,
Hasta escuchar sus bóvedas, *hossana*.

Que aquel siglo de arrojo y energía
Sólo, con sus esfuerzos singulares,
Pudo alzar en los hombros los sillares,
Que oscurecen al sol de medio día.

Otro siglo en pos vino
Aun de entusiasmo y fé, y aventajado

En poder, en cultura y en riqueza,
A dar cima al portento peregrino
Al Dios Omnipotente consagrado:
Monumento de triunfo y de grandeza,
Padron de eternidad para Sevilla,
Admiracion del mundo y maravilla.

Ese templo es una historia
De piedra, que nos dejaron
Dos siglos que ya pasaron,
Pero que aún viven en él.

Pues en él se ve y medita
De su entusiasmo y fé santa,
Y de su poder que espanta,
El vivo trasunto fiel.

III

Dos centurias allí... Despues vinieron
Otras de corrupcion, que ya gigantes
De entusiasmo y de fé no produjeron,
Indignas de memoria.
Aunque ricas, triunfantes,
Y sábias no pudieron
Otra página dar á aquella historia.

Obras monumentales,
Son huellas de los siglos colosales.
Séres aislados nada pueden, nada.
De arbustos que verdean
Ralos aquí y allí por la abrasada
Region inmensa del desierto mudo,
Y con el viento quemador pelean,
Jamás formarse un bosque eterno pudo.

El entusiasmo y fé cuando no abrazan
A todo un siglo, á una nacion entera,
Meteoros son que brillan y que pasan,
Sin el rastro dejar de su carrera.

.....
Ardieron en aislados corazones.
Mas ¿qué es un corazon?... Insigne CANO,
Inspirado MURILLO,
Cuya paleta el brillo
Venció de la paleta de TICIANO,
MONTAÑÉS y BECERRA:
De entusiasmo y de fé fuisteis varones;
Pero solos, aislados en la tierra.
¡Ay! tan sólo os fué dado
En la historia de piedra una expresiva
Guirnalda de laurel y siempreviva

Poner, y en sus sillares estampado
Vuestro nombre dejar, como el viajero
Lo deja en las pirámides grabado.

IV

Mole santa, templo augusto,
Del Omnipotente gloria,
De insignes siglos historia,
Obra de entusiasmo y fé.

¿Quién es el necio, el impío
Que te mira indiferente,
Que sin pasmo reverente
Osa en tí estampar el pié?

.....
¿Quién cuando en pompa de solemne día
Mira un pueblo postrado
Delante del altar de oro, velado
Con blanca nube, que hasta el cielo envía
El sacro aroma del quemado incienso:
Y de tu espacio inmenso
Los ámbitos llenar oye turbado
Tempestades de altisona armonía,
Con que al pausado coro,
El órgano sonoro,
Y las campanas que en los aires zumban
Responden, y tus bóvedas retumban,
Y por encanto superior parece
Que habla tu inmensa mole y se estremece:
¿Quién desconoce estar en la presencia
De la sábia eternal Omnipotencia?...
¿Quién no va allí á pedir con fé victoria,
Y para España independencia y gloria?

Pues cuando del ocaso en los canceles
El moribundo sol entre celajes
Refleja en tus pintados ventanajes,
Y aún dora tus gallardos botareles,
Y de soslayo tu morisca torre,
¿Qué mortal, si recorre
Tus solitarias naves,
No se halla de pavor sobrecogido:
Y al escuchar de las campanas graves
El pausado quejido,
Y clamorosos sonos,
Con que al mundo adormido
Recuerdan las nocturnas oraciones:
Delante del altar que apenas brilla
A la luz amarilla
De misteriosa lámpara: la frente

No hunde en la tierra helada,
Y ora, y teme, y espera, y se anonada?

V

En tí de noche y día,
Si osa entrar el impio,
Se siente de horror frio
El duro pecho helar.

Y que un manto de plomo
Lo abruma y lo confunde,
Y que en tierra lo hunde
Sin poder respirar.

Y en tí de noche y día
El que por la fé vive

Nuevo aliento recibe,
Ensancha el corazon,

Bendice si es dichoso,
Si es desdichado llora,
Y le es consoladora
La voz de la oracion.

Insigne catedral donde Dios vive
Eternamente, donde el cuerpo santo
Del rey conquistador culto recibe,
Do yace el sabio rey, do brilla tanto
Trofeo de victoria:
Encanto, iglesia, monumento, historia:
Mientras más te contemplo y más te admiro,
Más entusiasmo y pura fé respiro.....
Salve, portento santo sin segundo.
Gloria de España, admiracion del mundo.

Sevilla, 1837.



LUCÍA

¡Ay!... nació bella cual la flor temprana,
Que en el jardín despunta con la aurora,
Cuando el celaje volador colora
De oro encendido y de brillante grana
La luz primera del risueño día.
¡Pobre Lucía!

Y creció como crece de azucena
Tallo gentil, hasta elevar la frente,
Que adula y besa el apacible ambiente
De candidez y granos de oro llena,
Cáliz de aroma y líquida ambrosía.
¡Pobre Lucía!

Y dióle el cielo un alma más hermosa,
Que su linda hermosísima presencia,
Y un puro corazon, de la inocencia
Centro y de la virtud más candorosa;
Pero ¡ay! tierno y sensible en demasía.
¡Pobre Lucía!

Y de la primavera en los verjeles
Entró ignorando, simple, que en sus flores
Tal vez se ocultan áspides traidores;
Y que al pié de rosales y claveles
La tierra acaso sus venenos cria.
¡Pobre Lucía!

Y escuchó incauta un labio mentiroso,
Y á una mirada fascinante, aleve,
Su pecho palpitó de pura nieve;
Y fuego blando y dulce y delicioso
Sintió que por sus venas discurría.
¡Pobre Lucía!

Y soñó, desdichada, una ventura
Eterna, y de engañosas ilusiones
Se perdió en las fantásticas regiones,
Y del suave deleite el aura impura
Aroma celestial le parecía.
¡Pobre Lucía!

Y pronto, como tórnase en el viento
El brillador celaje de la tarde,
Que con matices refulgentes arde,
En oscuro borron del firmamento;
Tornóse negra angustia su alegría.
¡Pobre Lucía!

Y en abrojos estériles las flores.
Y los dulces placeres en martirios,
Realidades horrendas los delirios,
Traicion y engaños viles los amores,
Y en noche horrenda el fugitivo día.
¡Pobre Lucía!

Y marchito el carmin de su semblante,
Y escarnecida del maligno mundo,
Y despeñada en su dolor profundo,
Y abandonada del inicuo amante,
La muerte al cielo con afán pedía.
¡Pobre Lucía!

Y pronto la logró, porque no pudo
En su angustioso envenenado pecho
Un corazón vivir roto y deshecho
Del desengaño por el hierro agudo;
Y polvo es ya bajo esta losa fría.
¡Pobre Lucía!

1838.

SONETO

CONTRA LOS ELOGIOS DESMEDIDOS QUE HOY CON TANTA FACILIDAD SE PRODIGAN

¡Fortuna grande! ¡Tiempo venturoso!
Ensánchate y ahueca, patria mía:
Ni un hijo solo tienes en el día
Que no descuelle á guisa de coloso.

Un niño subteniente *héroe glorioso*
Es sin disputa, *honor de tu poesía*
El que escribe dos coplas á su tía,
Todo folletinista *autor famoso*,

Gran orador cualquiera diputado,
Cada bolsista, *insigne financiero*,
Modelo de virtud, todo pelado.

Mas con cosecha tal y tal venero
De hombres, que al mundo tienen asombrado,
¿Cómo eres compasion del mundo entero?

1839.

LA CANCELA

Peculiar es de Sevilla,
De la encantada ciudad,
Que del Bétis en la orilla
Es el emporio y la silla
De la gracia y la beldad:



La primorosa *cancela*,
Que el patio y portal divide,
Y es trasparente cautela,
Que contra importunos vela
Y que la vista no impide.

¿De quién será la invencion?
... De alguna vieja curiosa...
... De alguna madre celosa...
Lo que yo sé es que un ladrón
No pudo inventar tal cosa.

¿Si será red que tendió
El amor sagaz y astuto?
Al ver que es de hierro, no
Cabe casi duda. Yo
Por red de amor la reputo.

Y red tan particular,
De malicia tan artera,
Que se suelen enredar
En ella, de almas un par,
Una dentro y otra fuera.

Delicadísimo encaje
De hierro, cuyas labores
Trasparente cortinaje,
O leve y sutil celaje
Son para unos amadores;

Mientras para otro son muro
De fuerte cárcel impía:
Tú, para mi fantasía
Producto eres de un conjuro,
Un cuadro de hechicería.

En la noche sobre todo,
Que es de portentos esfera,
Véate de cualquier modo,
Para observarte acomodo
Tome ya dentro ó ya fuera.

Desde la calle se ven
Por tu espacio trasparente
A una luz resplandeciente,
Cual no la logró el Eden,
Ni la da el sol en oriente,

Columnas de mármol rico.
Y entre arbustos y entre flores
De vivísimos colores
Una fuente, cuyo pico
De plata murmura amores.

Y allá en sombras misteriosas
En el último confin,
Un fresco oscuro jardín,
Donde estrellas olorosas
Son las flores de un jazmín.

Y entre fragancia y frescura
Suele darnos la cancela
Una voz sonora y pura,
Que sus acentos misura
Con el clave, ó la vihuela:

Y el apacible murmullo
De tertulia bulliciosa,
Y la vista de una hermosa,
De las que son el orgullo
De esta tierra deliciosa.

Como sílfida del aire
Por el patio cruza leve,
Con talle esbelto, pié breve,
Y con andaluz donaire
Que en fuego torna la nieve.

Y si una aparicion tal
Se acerca con interés
A la cancela y portal,
¿De qué mísero mortal
No arrastra el alma y los piés?

Pues desde el patio mirada
La cancela transparente
Es cosa muy diferente,
Mas no ménos encantada
Para el que observarla intente.

Se presenta un cuadro á oscuras
Por do cruzan silenciosas,
Vagas, confusas, borrosas,
Mil fantásticas figuras
De apariencias caprichosas.

Y en donde se ve la noche,
Y se escuchan sus murmullos,
De las auras los arrullos,
Lejano rumor de un coche
Y ladridos y maulllos.

Pasa como fatuo fuego
De algun sereno la luz,
Un grupo sin formas luégo,
Y con pausado sosiego
Un embozado andaluz.

Y la chispa de un cigarro,
Un bulto blanco y ligero,
El santo olio, el animero,
Y los cántaros y el carro
Del aguador callejero.

Y gente se oye que pasa
Fatigada de paseo,
Y la charla nada escasa,
En muy sabroso ceceo,
De familia que va á casa.

De una puerta el aldabon,
Una guitarra...un silbido...
En fin, de la confusion

De una inmensa poblacion
El soñoliento rúido.

Acaso un bulto se ve
Allá en la pared de enfrente,
Que aguarda inmóvil á que esté
Sola la calle, porque
Le es importuna la gente.

Y en cuanto sola la mira,
Tímido hácia la cancela
Ya se acerca y se retira,
Ya finge tos, ya suspira,
Y esperar le desconsueta;

Hasta que dentro la hermosa
Sílfide ó aparicion,
Que tambien una ocasion
Está esperando anhelosa,
Con inquieto corazon;

De la tertulia pesada
Cuando irse al último ve,
Y solo el patio, porque
Al gazpacho ó ensalada
Toda la familia fué;

La encuentra, la seña da,
Y linda se deja ver
Más bien ángel que mujer,
Para el que esperando está
Cansado de padecer.

Entonce el bulto de afuera
Y de dentro la deidad
Van á unirse de carrera,
Y la red de hierro artera
Se atraviesa sin piedad.

Y ambos que blando algodón
Se torne la dura reja,
A quien dan su maldicion,
Piden al amor, que deja
Las cosas como ellas son.



SONETO

LEIDO EN EL LICEO DE SEVILLA LA NOCHE DEL 21 DE JULIO DE 1838, DIAS DE S. M. LA REINA GOBERNADORA

Salve, astro tutelar de las Españas,
De belleza y bondad sol refulgente,
A quien tributa la española gente
Un tesoro de amor, otro de hazañas.

Mientras de excesa luz el orbe bañas,
Grande, augusta, magnánima, prudente,
Y al ángel que nos dió el Omnipotente
En el trono defiendes y acompañas:

Entre el aplauso universal que suena
Desde Gades al alto Pirineo,
Aterrando al traidor, que Dios confunda,

El voto ardiente de lealtad, que hoy llena
Este salon del andaluz Liceo,
Recibe, ¡oh madre de ISABEL SEGUNDA!

A UN ARROYO

Pobre arroyo, de una fuente
Ignorada en lo secreto
De las selvas hijo, y nieto
De un vil peñasco: detente.
¿Do te lleva tu corriente?...
No des, no, ni un paso más.
Mira que engañado estás,
Y pensando eterno ser,
A morir, á perecer
En un breve vuelo vas.

¿No te contenta este prado
En donde eres claro espejo,
Que copia fiel el reflejo
Del celaje nacarado?...
¿Más allá no te has tornado
En culebra de cristal,
Que con paso desigual
Se mueve de flor en flor?...
Párate, y burla el rigor
De tu destino fatal.

Ya eres cítara sonora,
Y con tus acentos suaves,
Acompañas á las aves,
Y das música á la aurora;
Mas tu voz encantadora

A que te quiebras la debes
En conchas y piedras leves:
...¡Ay! no des un paso más...
Si adviertes que roto vas,
¿Cómo á caminar te atreves?

Alucinado con ver
Falaces transformaciones,
Tras de nuevas ilusiones
Te das, menguado, á correr.
El ánsia de engrandecer,
Te hace flores desdeñar,
Riscos y conchas dejar,
Y hácia peñascos desnudos,
E insensibles troncos rudos,
A ser su escarnio, marchar.

Ufano porque otra fuente
Te rinde humilde tributo,
No adviertes que va de luto
Enturbiada tu corriente.
...Ya eres soberbio torrente...
Ya tu voz trueno retumba...
Ya tu raudal se derrumba...
...¿Mas dónde?... En el ancho río,
Que te arrastra raudo y frío
Al mar profundo, á la tumba.

Cuando absorto te examino,
 Cuando en vano mis miradas
 Contar quieren tus pisadas,
 Medir quieren tu camino,
 Ver, ¡ay! la vida imagino
 Del desdichado mortal;
 Pues es á la tuya igual,
 Y me confunde y me asombra,
 La del ente, que se nombra
 Por burla *ente racional*.

Nace como tú inocente,
 Como tú tras sombra vana
 Corre, como tú se afana
 En crecer rápidamente,
 Como tú desde su oriente
 Llega en un punto á su ocaso,
 Como tú pretende acaso
 Que es su vida eternidad,
 Y como tú ¡oh ceguera!
 No ve que todo es un paso.

Y aunque durara cien años
 La infeliz humana vida,
 Fuera un punto su corrida,
 Todo su período engaños,
 Todo su fin desengaños:

Pues bien claro se percibe
 Que sólo se circunscribe
 A un tan rápido momento,
 Que se escapa al pensamiento,
 Lo que de veras se vive.

Lo pasado nada es ya,
 El porvenir no llegó,
 Lo presente es...¿qué sé yo?...
 De entre las manos se va.
 ...¿Con que la vida será
 Sólo lo presente?...¿Y es
 Lo presente nada?... Pues
 La vida del hombre es nada,
 Si se mira despojada
 Del *antes* y del *después*.

Si es la vida en conclusion
 Un solo punto fugaz,
 Un breve sueño falaz,
 Una nada, una ilusion,
 ¿Cómo puede ¡oh confusion!
 Tanto afán y tanto anhelo,
 Tanto susto y desconsuelo
 Tanto angustioso llorar,
 Tanta desdicha encerrar
 En tan corto espacio el cielo?...

1837

SONETO

Detesta Pero-Anton la aristocracia,
 Y títulos y bandas escarnece,
 Pues diz que sólo la virtud merece
 En el aprecio de los libres gracia.

Mas luégo que con arte y eficacia
 En la bolsa ó garito se enriquece,
 Y con poca vergüenza medra y crece,
 Subiéndose á mayores con su audacia;

Ya á su alma la virtud no satisface,
 Ni aún del tesoro el brillo y el provecho:
 Y en bajezas é intrigas se deshace,

Hasta esmaltar blasones en su techo,
 Ser marqués, atrapar un alto enlace,
 Y ornar con cintas el villano pecho.

LAMENTACION

FRAGMENTOS



I

Sí, yo la ví... Mi patria revestida
De hierro alzóse, y admiró á la tierra,
Y diosa de la guerra
Metió en el cielo la cimera erguida.
Alzóse, y levantando la bandera,
Del santo patriotismo,
Despertó el heroísmo
De una raza jamás, jamás cobarde;
Y roca fué valiente
Do se estrelló el torrente
De invencibles guerreros,
Que de triunfos sin cuento haciendo alarde,
Inundaron los límites iberos.

¡Con qué noble constancia y bizarría
En lucha de exterminio
Triunfó gallarda; confundió al coloso,
Cuyo feroz dominio
Rápido por el orbe se extendía;
Y dió á la Europa atónita reposo!

Eternos soles de radiante gloria
Coronaron la reina de dos mundos.
... Mas ¡ay! aquella espléndida victoria
Sólo le dió laureles infecundos.

II

Sus hijos tan valientes,
Tan duros con extraños invasores,
Cuanto dóciles, blandos y obedientes
Con domésticos viles opresores;
Si indómitos y fuertes libertaron
La dulce patria de extranjero yugo,
Necios á séres nulos la entregaron,
Cual se entrega una víctima á un verdugo.
En manos degradadas é impotentes
Tantas glorias recientes,
Tantas glorias antiguas se eclipsaron:
Y hundidos los trofeos,
Y perdidos tan ínclitos afanes,
Lo que no consiguieron los titanes,
Consiguieronlo, oh mengua, los pigmeos.

En fango sepultóse el nombre augusto
De la egregia nacion, hecho jirones;
Su regío manto, y su poder robusto
Se perdió en dolorosas convulsiones.

Y en ellas ¡ay! en mísera agonía
Revuélcase infeliz, despedazada
La gloria de la antigua monarquía,
Doquier del mar y el sol reverenciada.

III

¡Ay!... Vedla, vedla escuálida, doliente,
Rotos sus miembros todos y esparcidos,
Ludibrio de franceses y britanos.
Vedla como cadáver impotente,
Sólo por hijos producir gusanos,
Que se ceban insanos
Con rabia furibunda
En sus entrañas, disputando fieros
De la madre anhelante y moribunda
Los míseros despojos postrimeros.
¡Qué horror! ¡Qué horror!... España ¡dura suerte!
¿Va á lanzarse en los brazos de la muerte?

Puede, que amaga muerte á las naciones,
Que en discordias civiles

Son juguete de viles
Y villanas pasiones:
Cuando las impotentes ambiciones
Y la torpe codicia
De honra, ciencia y virtud el puesto ocupan,
Y hollando la lealtad y la justicia,
La última sangre de los pueblos chupan.
Sí, que tambien perecen las naciones
Y se hunden del olvido en las regiones.
...De ciento, soles de grandeza un día,
Es hoy el Asia tumba.
Y en Africa por yermos arenales,
Do florecieron razas colosales,
El viento abrasador se espacia y zumba.

IV

¿La patria de Pelayos é Isidoros
Desaparecerá?... ¿La denodada
Que desde Covadonga hasta Granada
Holló gloriosa los pendones moros;
La que llevó de ocaso á las riberas
En bajeles triunfantes
La santa cruz de Cristo en sus banderas,
Y el habla deliciosa de Cervantes;
La de valor y de nobleza ejemplo,
Que de fe pura y de lealtad fué templo.
Se hundirá en el no ser?... ¡Oh! no. Piadoso
Mejorará su suerte
Compadecido el Todopoderoso:
La sacará del lecho de la muerte.
Darále un salvador, y alzará el vuelo.
Aun abriga en su suelo
Gérmenes de virtud y fortaleza,
Que si infecundos yacen y esparcidos,
Cuando aparezca el brazo de gigante,
Que el trono hundido y el altar levante,
Tronche de la discordia la cabeza,

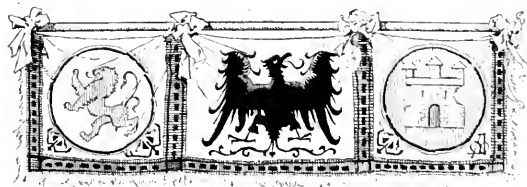
Los partidos confunda,
Y de la libertad santa y fecunda
Asegure el reinado venturoso,
Con gloria y con reposo,
Se reunirán, opimo fruto dando,
Y el español imperio restaurando.

Y si absorto vió el mundo
De un letargo profundo
A España despertar, y valerosa
Su independencia asegurar gloriosa;
La verá de la sima
Do yace levantarse, y poner grima
A aleves extranjeros,
Que sus discordias acaloran fieros,
A sus viles domésticos tiranos,
Y á rebeldes villanos;
Y el trono de sus reyes
Y de su pueblo la grandeza augusta
Afianzar para siempre en la robusta
Baza de la razon y de las leyes.

V

Mas ¿dónde, cielos, dónde
El héroe á tal empresa destinado
Hoy al anhelo universal se esconde?...
...Si por inspiracion me fuera dado
Conocer, admirar en profecía
Al que ha de restaurar la patria mia...
...Yo la espalda violento
Del huracan indómito oprimiera,
Con su empuje subiera
A escalar el sublime firmamento,
Allí audaz robaria
Una pluma del ala de un querube,
Y con líquida luz escribiria
El nombre egregio en la remota nube.

Núm. 1, 1840.



LA ASONADA

Ronco retumba el pavoroso ambiente
Al hórrido bramido
De un mar enfurecido,
Que agita algun espíritu infernal.

Mar hinchado, tremendo, altivo, hirviente
De plebe amotinada,
Que inunda desbocada
Las calles de esta hermosa capital.

Mar de demencia y de ignorante furia,
De pálidos semblantes,
De pechos anhelantes,
De sed de sangre, y bárbara embriaguez.

Es de la humana sociedad injuria
Y baldon que en su seno
Rompa así todo freno
Ignorante canalla tan soez.

Los templos, los palacios, los talleres
Y los sabios liceos,
Y los ricos museos
Tiemblan, ¡oh vilipendio! ¡oh destruccion!

Escóndense aterradas las mujeres,
Al seno palpitante
Estrechando el infante,
Y aumenta su gemir la confusion.

El sabio, el bueno, el justo y el anciano
Los rostros desteñidos
Hablan, no son oídos,
Y los arrastra el popular furor.

Y con indignación ¡esfuerzo vano!
Todo el que es caballero
Empuñando un acero
Al torrente se opone con valor.

Vivas y mueras en horrendos gritos
Lanzan bocas inmundas,
Blasfemias furibundas,
Que hacen la tierra en derredor temblar.

La despechada turba de precitos,
Que suplicios eternos
Apura en los infiernos,
Otras tales no osaran pronunciar.

Vivas dan, ¡y qué vivas espantosos!
A viles criminales,
A inicuos desleales,
A ideas, que ni aun pueden discernir:

A las leyes, que hollando van furiosos,
Al interés mezquino
Del que les diera el vino,
Que entre crímenes deben digerir.

Y ¡qué mueras! ¡Qué mueras, patria mia,
A cuanto de alta gloria
Te corona en la historia
Y te dió del poder la celsitud.

A cuanto Europa te envidiaba un dia,
A cuanto noble y bueno
Aún existe en tu seno,
Al saber, al honor, á la virtud.

¡Ay!...ya agitando la incendiaria tea,
El puñal esgrimiendo,
El aire ensordeciendo
Con la ciega descarga en confusion,

No hay vida, no hay hacienda que no sea
Presa de los villanos,
Que obedecen insanos
A extranjera ó traidora inspiracion.

Libertad sacrosanta; ¡ay! en tu nombre
La horrenda tiranía
De la canalla impía
Triunfa de la tranquila sociedad.

Y sin respeto alguno que la asombre
Mata, roba, arruína,
Incendia, y extermina,
Y grita furibunda: *Libertad!!!*

Malvados, ¿qué queréis?... Mas no malvados,
Ignorantes y viles,
Instrumentos serviles
De una ambición infame y pertinaz,

Con mentira y con vino entusiasmados,
Y con una peseta,
Que una mano secreta,
Extranjera tal vez, os dió falaz:

¿Pensáis alucinados, que mañana
Sereis más venturosos,
Más ricos, más famosos,
Que pan en vuestras casas va á llover?

Ved que fundáis una esperanza vana
En un crimen tremendo,
A cuyo peso horrendo
Más infelices vais mañana á ser.

Ved que sois instrumento despreciable
De cobarde malicia,
De insaciable codicia,
De un envidioso afán, de una traición,

Que con vuestro furor nada hay estable,
Ni riquezas, ni reyes,
Ni religión, ni leyes;
Que hundís en un abismo á la nación.

¿Ciegos seguís en el tumulto fiero?...
...Matad, robad, bartáos,
De crímenes saciáos,
Que vuestros triunfos pasajeros son.

Sólo el de la razón es duradero;
Su inexorable espada,
Por las leyes armada,
Vibrará antes de mucho la razón.

La metralla delitos tan atroces
Castigará terrible,
Y el verdugo inflexible
A los que encienden vuestro insano afán.

O acaso vuestros crímenes atroces
Al muerto despotismo,
De lo hondo del abismo
Vengador y terrible evocarán.

Sí, que ignorantes turbas revoltosas,
De locas ambiciones
Y de iníquas pasiones
Necio juguete ó instrumento vil.

Solamente cadenas afrentosas
Y látigo merecen;
No los frutos que crecen
De la alma libertad en el pensil.

Sevilla, 1849

SONETO

RECETA SEGURA

Estudia poco ó nada, y la carrera
Acaba en abogado de estudiante.
Vete imberbe á Madrid, y petulante
Charla sin dique, estafa sin barrera.

Escribe en un periódico cualquiera:
De opiniones extremas sé el Atlante,
Y ensaya tu elocuencia reventante
En el café ó en junta patrioterá.

Primero concejal, y diputado
Procura luego ser, que se consigue
Tocando con destreza un buen registro:

No tengas fe ninguna y ponte al lado
Que esperanza mayor de éxito abrigue;
Y pronto te verás primer ministro.

A LA REINA NUESTRA SEÑORA

VERSOS ESCRITOS EN EL ALBUM, QUE REGALÓ ÁS. M. EL LICEO DE MADRID LA NOCHE DEL 15 DE DICIEMBRE DE 1843

Angel puro inocente,
Que al regío trono de mi patria subes,
Como el sol refulgente
Sube al zenit, las borrascosas nubes
Venciendo y disipando,
Y bienhechora luz al orbe dando:

Tú el amparo y consuelo
De la angustiosa y abatida España
Serás: pues tú del cielo
Tan sólo puedes aplacar la saña,
Y la tremenda ira
Con que el Dios de venganzas ¡ay! nos mira.

De un pueblo que te adora
En el amor y en las sagradas leyes
Apoyada, Señora,
(Pues son el firme apoyo de los Reyes)
Bajo tu pié quebranta
De la discordia la feroz garganta.

Con mano vigorosa
Rige las riendas del imperio hispano,
Levántalo animosa
Del cieno inundo en que relucha en vano,
Dale paz y reposo:
Esto te pide un pueblo generoso.

Riquezas brota el suelo,
Y riquezas nos dan lejanos mares,
Y riquezas el cielo;
Mas no reposo y paz en nuestros lares,
Y exámine y postrada
Yace esta tu nacion desventurada.

De Otumba y de Pavía,
De Lepanto y Bailén el pueblo es este;
Arde en él todavía

De ingenio y de valor el don celeste,
Y en combates civiles
Se pierden sus esfuerzos varoniles.

Tú sola, refrenando
De impunes rebeliones la osadía,
Que las leyes hollando,
Tornan la libertad en anarquía,
Lograr puedes la hazaña
De dar reposo á la infeliz España.

Y si intentaren fieros
De la discordia acalorar la tea
Alevos extranjeros,
El universo atónito te vea
Cercada de leones
Cuyo rugido aterre á las naciones.

Tuya es la empresa santa
De hacer del pueblo generoso ibero,
Despues de angustia tanta,
De los pueblos ilustres el primero,
Tuya será la gloria,
Y nombre eterno te dará la historia.

Sí, tanta horrenda plaga
Como lanzó en España el hondo infierno,
Que un Angel la deshaga
Y la remedie ya, quiere el Eterno,
Y á tí el hacerlo fia,
Y Angel reparador á tí te envía.

Lógralo venturosa.
Si fundó esta nacion otra Isabela,
Sálvala tú gloriosa
De la discordia insana que la asuela,
Y la fama confunda
La primera Isabel con la segunda.



SONETO

UN BUEN CONSEJO



Con voz aguardentosa garla y grita
 Contra todo Gobierno sea el que fuere,
 Llama á todo acreedor, que te pidiere,
 Servil, carlino, feota, jesuita.

De un diputado furibundo imita
 La frase y ademan. Y si se urdiere
 Algun motin, al punto en él te ingiere,
 Y á incendiar y á matar la turba incita.

Lleva bigote luengo, sucio y cano;
 Un sablecillo, una levita rota,
 Bien de realista, bien de miliciano.

De nada razonable entiendas jota,
 Vivas da ronco al pueblo soberano
 Y serás eminente patriota.

LA PRIMERA VEZ QUE VI A M. B.

Sí, la misma es que mis ojos
 En ilusion vieron vana,
 Ya en los perfiles de grana,
 Que ornan los celajes rojos
 De la encendida mañana;

Ya entre las orlas de espuma
 Del adormecido mar,
 Sobre la arena triscar,
 Leve como leve pluma,
 Y mi pecho encadenar.

Sí, la apacible sonrisa
 De su boca deliciosa
 La ví en la modesta rosa,
 Cuando la ligera brisa
 La acaricia cariñosa.

Y escuché su acento suave
 En el sonoro arroyuelo,
 Que de aljófar borda el suelo,
 Y en los gorjeos del ave,
 Al primer albor del cielo.

Y en sueño fugaz y leve
 La vió mi imaginacion,
 Robándome el corazon,

Cruzar vaporosa y leve,
 Celestial aparicion.

Es la misma.—¡Ah! la encontré
 De la vida en el camino.—
 ...¿Por qué arcano del destino,
 Mi afán entre sombras fué
 Encanto tan peregrino?...

¿Y por qué sin conocerla
 Su imágen me suspendía,
 Y grabada la tenía,
 Mucho tiempo ántes de verla,
 Con fuego en el alma mía?...

¿Quién lo sabe?—Nuestra mente
 No es nuestra. Vuela, medita,
 Se encumbra, se precipita
 A impulso oculto obediente
 Que la contiene ó la incita.

Y lo mismo el corazon:
 Es de bronce ó es de cera,
 Segun la oculta impulsión,
 Que lo calma, ó que lo altera.
 Oscuros misterios son.

Cádiz, 1841

NO HAY REPARACION

Con lágrimas inútiles,
Con estéril ofrenda
La infiel toma la senda,
Que hacia el sepulcro va del que engañó.

Y de ocaso en las cárdenas
Nubes, tumba del día,
Ya el sol la frente hundía,
Cuando al recinto funeral llegó.

Del dudoso crepúsculo
A la luz nebulosa
Cercana ve la losa,
Entre la húmeda yerba blanquear.

Y se acerca impertérrita,
Pues engaño y traiciones
Juzga en sus ilusiones
Con lágrimas y flores reparar.

Cuando se alza terrífico,
Y el corazón le pasma,
De la losa una fantasma,
Bulto blanco de niebla y de vapor.

Con dos ojos fosfóricos,
Que á la pérdida miran,
O esquivándola giran,
Dando en torno siniestro resplandor.

La sangre toda cuájase
De la infiel, que quisiera
Que la tierra se hundiera,
Y la tragara y confundiera allí.

Y más cuando el fantástico
Espectro con profundo
Acento de otro mundo,
Terrible, aterrador, le dijo así:

«En esta tumba, ¡oh misera!
¿Qué reparo pretendes?
¿Acaso no comprendes
Que este recinto profanando estás?

»Los dones y las lágrimas
Al vivo satisfagan,
Si su amor propio halagan,
Pero al muerto, desnudo de él, jamás.

»Cuando convulso y trémulo
Tu engaño sospechaba,
Y aún amante anhelaba
A tu arrepentimiento dar perdon,

»El llanto ahora infructífero,
Y esas flores acaso
Detuvieran el paso
Con que bajé infeliz á esta mansion.

»Mas, tú, entónces frenética
De mi dolor burlaste,
La ofensa redoblaste,
Y me hundiste en el sitio en que me ves.

»¿De tu delirio pérfido
Te arrepientes ahora?...
... Huye de aquí, traidora.
No esta tumba profanes con tus piés.

»En ella, ¿de qué sirvenme
Lloro y dones votivos?...
Vé con eso á los vivos,
Que los reciben con risueña faz.

»Aléjate, retírate,
Pues aquí no hay amores,
Ni aroma dan las flores:
Deja á los muertos en su eterna paz.»

El espectro dispase,
Y cae la triste al suelo,
Donde un monton de hielo
Parece de la luna al resplandor.

Y á la mañana próxima
Junto á la losa yerta
Se la encontraron muerta.
...¿Fue de arrepentimiento ó de terror?



EL SOL PONIENTE

A los remotos mares de occidente
Llevas con majestad el paso lento,
Oh sol resplandeciente,
Alma del orbe, y de su vida aliento.

Otro hemisferio con tu luz el día
Espera ansioso, y reverente adora
Ya un rayo de alegría
Con que te anuncia la risueña aurora.

Sobre ricas alfombras de oro y grana,
Que ante tus plantas el ocaso extiende,
Tu mole soberana
Lentamente agrandándose descende.

La tierra que abandonas te saluda,
El mar tus rayos últimos refleja,
Y la atmósfera muda
Ve que contigo su esplendor se aleja.

Del lozano Posilipo (1) la cumbre
Ya oculta tu magnífica corona.
Pero tu sacra lumbré
Aún deja en pos una encendida zona.

Y aún dora del Vesubio (2) la agria frente
Y aún brilla en el espléndido plumaje
De humo y ceniza ardiente,
Que sube hasta perderse en el celaje.

Y aún esmalta con vivos resplandores,
Y perfila con oro y con topacio
Los nítidos colores
De las nubes que cruzan el espacio;

Pero á medida que de aquí te alejas
Tu régia pompa tras de tí camina,
Y tan sólo nos dejas
Tibia luz pasajera y blanquecina.

Y queda sin color la tierra helada,
Sin vislumbres la mar y sin reflejos,
Y con niebla borrada
Capri (3) se pierde entre confusos léjos:

Mas tambien el crepúsculo volando
Va en pos de tí, y al mar y tierra y cielo
La noche amortajando
Con su impalpable y pavoroso velo.

(1) Gallarda y extendida loma al O. de Nápoles, cubierta de casas de campo y de arboleda.

(2) El volcan que se eleva en medio de una fertilísima llanura al E. de Nápoles.

(3) Isla peñascosa y elevada que está en medio de la entrada del golfo de Nápoles.

¿Y no te siguen del mortal los ojos
Anhelantes, confusos, arrasados;
Y al ver tus rayos rojos
Desaparecer, no quedan consternados?

¿No tiembla el hombre, y puede en su demencia
Al sueño y al placer y á los amores
Darse, sin que la ausencia
Le aterre de tus puros resplandores?...

...¿Quién la seguridad le da patente
(Ni aún el orgullo de su ciencia vana)
De que el plácido oriente
A darle vida y luz vendrá mañana?

¡Ay!... si el Criador del universo, airado
De ver tan sólo en la rebelde tierra
El triunfo del malvado,
Y la inicua ambición, y la impía guerra,

La inmensa hoguera en que ardes apagará
De un soplo, ó de la ardiente
Melena te llevará
A otro espacio su mano omnipotente!!!!...

Mas no, fúlgido sol: vendrás mañana,
Que no trastorna, no, su ley eterna

La mente soberana,
Que formó el universo y lo gobierna.

Mil veces y otras mil vendrás, en tanto
El plazo designado se consuma,
Que el Dios tres veces santo
Dió á la creacion en su sapiencia suma.

Si, volverás y durarás: que tienes
Criatura predilecta el don de vida.
Y hermoso te mantienes,
Burlando de los siglos la corrida.

No así nosotros, míseros humanos,
Polvo que arrastra el hálito del viento,
Efímeros gusanos,
Cuya vida es un rápido momento.

Nuestro afán debe ser sólo al mirarte
Trasmontar y dejarnos noche umbría,
Si aún vivos admirarte
Nos será concedido al otro día.

¡Ah!... ¿quién sabe?... tal vez, sol refulgente
Que has hoy mi pensamiento arrebatado,
Mañana desde oriente
Darás tu luz á mi sepulcro helado. *Nápoles 1844.*

VERSOS ESCRITOS EN EL ALBUM DE P. A.

Tus ojos, ojos no son,
Niña, sino dos navajas
Con que destrozas y rajas
El más duro corazón.

Y tu boca celestial
No es boca, es un vaso lleno
De hechizos y de veneno,
Entre perlas y coral.

Por experiencia lo sé:
Ví tus ojos, y al instante
Con un hierro penetrante
Roto mi pecho encontré.

Tu suave voz me encantó,
Bebí tu sonrisa, y luego
De ardiente ponzoña el fuego
Por mis venas circuló.





MEDITACION

AL INSIGNE POETA NAPOLETANO EL SEÑOR GIUSEPPE CAMPAGNA (1)

¡Ay, con qué confianza,
Desde el risueño oriente de la vida,
El mortal se abalanza
Al mundo, que con goces le convida!

Tan sólo ve delante
Risueños prados y lozanas flores;
Sólo mira anhelante
Fiel amistad y plácidos amores.

En saber y opulencia,
En grandeza, en poder, en gloria y fama
Sólo ve su inocencia
De un magnífico sol la eterna llama.

Avanza fascinado
El pié por la carrera seductora,
Y entra ¡desventurado!
Donde al momento desengaños llora.

(1) A esta composición contestó el señor Giuseppe Campagna con los siguientes versos:

AL CHIARISSIMO DUCA DI RIVAS

RISPOSTA

Quel sublime, quel durevole
Ben che alletta insieme e giova
Ah! d' Adamo la progenie
Sempre cerca e mai non trova.
E qual mostra andar più libero
Essa il cerca ove non è:

Essa il cerca entro le splendide
Mura, all' aura ingannatrice
Delle corti, ove il più misero
Talor sembra il più felice,
E qual mostra andar più libero
Ha più ceppi intorno al pié.

Essa il cerca nel tripudio
Che par gioia ed è tristezza:
Essa il cerca nella tumida
Miserevole ricchezza,

Che la pace e il sonno invidia
All' onesta povertà.

Essa il cerca nella torbida
Luce data alle terrene
Menti: luce che le tenebre
Mal per noi rompendo viene;
Se la rompa e non la dissipa
Anche assai peggior la fa.

A soccorrere l' infanto
Mondo reo, di sangue intriso,
Non creava Iddio le grazie,
Non i vezzi, non il riso,
Non la pompa, non la gloria;
Ma creava la virtù.

La creava e circondavala
De quei raggi onnipotenti,
Che a descrivere non giungono
Gli imperfetti umani accenti,
E che fan del cielo il gaudio
Pregustare all' uom qua giù.

Certo quei che tutelarono
Co' lor petti il suol natio,

Certo quei che il sangue si arsero
Per la fé del vero Dio,
E la nostra alma redensero
Dal servaggio e dall' error,

Sovruman diletto accolsero,
Certo quelli in su la terra:
La tenzone pe' fortissimi
Fù trionfo, non fu guerra;
Il martirio pe' magnanimi
Fù dolcezza, non dolor.

Di virtù mova per l' aiuto
Sentier l' uomo, e tal perletto
Ben godrà qual ei desidera.
Sì, godralo. - I' gliel prometto
Io nel nome di quel Massimo
Che la vita in lui spio.

Sì godralo, ed involarglielo
Non potrà veun, perch' esso
Chiuso allor della letizia
Avrà il fonte entro se stesso:
Nè tal fonte unqua per volgersi
Di fortuna si seccò.

La que juzgó pradera,
Ve que al contacto mismo de su planta
Se marchita y se altera,
Tornándose arenal yermo que espanta.

Y las que desde léjos
Eran flores fragantes, purpurinas,
Aromas y reflejos
Pierden y se convierten en espinas.

Al seno palpitante
A quien su amigo se pregon a estrecha,
Amigo que al instante
Con un puñal el corazon le acecha.

El menguado le fia
Honra, fortuna, nombre y pensamiento,
Y encuentra al otro día
Traicion alevé, estéril escarmiento.

Ve unos ojos de llama,
Y un seno de jazmines palpitante,
Y su pecho se inflama,
Y sueña eternas dichas delirante.

Y las lágrimas bebe
(Mejor fuera un veneno) deliciosas,
Que son sobre la nieve
De un rostro angelical perlas preciosas.

Y rendido á un encanto,
Que sus sentidos todos encadena,
Juzga verdades cuanto
Brotó el labio falaz de una sirena.

Mas cuando el alma tiene
Más rendida á sus piés, y más dichosa,
Un desengaño viene,
Y se halla aislado en cárcel tenebrosa.

Y ve que al alto cielo,
Insensible burlándole, le plugo
Ofrecer á su anhelo
En la forma de un ángel un verdugo.

Destrozado el corazon,
El alma en pedazos rota
Juzga, ¡oh alucinacion!
Que es verdad otra ilusion,
Que descubre más remota.

Y corre el mortal mezquino,
Sediento, ansioso á beber
En las fuentes del saber;
Sin saber que su destino
Es el de ignorante ser.

Así de sed medio muerto
Tras agua y selvas hermosas,
Que son nubes engañosas,
El viajador del desierto
Va con plantas anhelosas.

Libros revuelve, enciérrese, medita
Con vigiloso afán,
Y en un caos sin fin se precipita
Do los martirios de la duda están.

Y sólo ve una luz, luz que le aterra,
Y alumbra el *hasta aquí*,
Que trazó Dios en la infelice tierra
A nuestra inteligencia baladí.

La tiniebla abandona desdeñoso,
Que ciencia juzgó ya,
Y en busca de la dicha y del reposo
En pos de otra ilusion perdido va.

La pompa y riqueza son
Sólo del mortal ventura,
Dice, y corre y se apresura,
Y con alma y corazon
Las solicita y procura.

Ya tesoros inmensos ha logrado.
Sí, ya los consiguió.
¡Cuántos riesgos y penas le han costado!
¿Y qué es lo que con ellos ¡ay! logró?
Susto, inquietud, desvelo,
Y más grande ansiedad que ántes probó.
El corazon se le convierte en hielo,
Marchita su alma está;
Ve que se burla de él feroz el cielo,
Y en pos de otra ilusion perdido va.

Mas un nuevo sol radiante
Que sobre un monte se encumbra,
Lo fascina y lo deslumbra
Y á él dirígese anhelante.

Es el del poder y mando,
Y hasta él es fuerza llegar
Con esfuerzo singular,
Obstáculos derribando.

Por virtudes ó crímenes, no importa,
La cumbre del poder su planta oprime,
Y el sol que el alma le dejara absorta,
Visto de léjos con su luz sublime,
En llama horrenda, que el infierno aborta,
Ve convertido, y despechado gime
Ardiendo en ella ¡miseró! entre horrores,
Ansias, miedos, vigiliás y rencores.

Conoce el triste y lo conoce en vano,
Que allí de los cabellos le ha traído
De un demonio feroz la dura mano,
Y quisiera ¡infeliz! no haber nacido.
Bajar procura de la cumbre al llano,
Pero la escala ¡ay Dios! por do ha subido
Se ha roto, se ha deshecho, y sólo mira
Despeñaderos do los ojos gira.

Cercana tiene otra aún más alta cumbre,
La cumbre de la gloria y de la fama,
Espléndida la ve de hermosa lumbre,
Y con sonora voz le exhorta y llama:

Salta atrevido á colocarse en ella:
¡Cuán pocos lo consiguen! ó le falta
El influjo benigno de una estrella,
Y á un mar de fango y de desprecio salta:

O empujado de próspera fortuna
Se empina, y ciñe de laurel la frente,
Para apurar las penas una á una,
Que causan de la envidia el corvo diente,

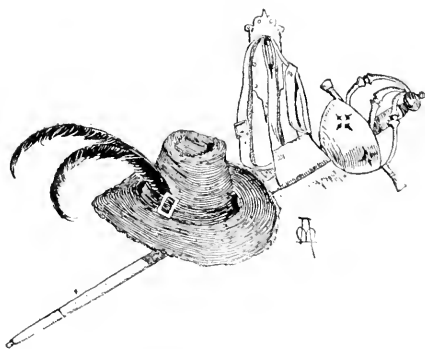
De la calumnia el bárbaro veneno,
De la injusticia infame la osadía,
De la sucia ignorancia el negro cieno
Y de la ingratitud la saña impía.

Destrozado el corazón
El alma en pedazos rota,
Muerta la imaginación,
Ve que en mar de confusión
La barquilla humana flota.

Y torna el triste mortal
Atrás los cansados ojos,
Y ¡oh desengaño final!
Ve sólo un ancho arenal
Sembrado todo de abrojos.

Tal vista le desconcierta,
Se vuelve con ansiedad
En busca de una verdad,
Y encuentra una tumba abierta,
Y detrás la eternidad.

Niñolet. 1844.



RETRACTACION

AL MISMO

Razon tienes, Campagna:
 Tu canto filosófico
 De mi delirio tétrico
 Sábiamente triunfó.

Sí, amigo, sí: se engaña
 El mortal melancólico,
 Que el orbe sólo un cúmulo
 De infortunios juzgó.

Al cabo aún cuando sean
 De este valle las lágrimas,
 El Criador sapientísimo,
 Que le dió vida y ser,

Quiso que en él se vean
 De su piedad sin límite
 Huellas aún más magníficas,
 Que las de su poder.

Y en él trazó una senda
 Por do siguiendo impávido,
 Aun el mortal más mísero
 Logra paz y quietud.

Y ninguno pretenda
 Que no la halla, solícita
 A cada paso muéstrase,
 Es la de la virtud.

El hombre ponga á sus pasiones freno,
 La razon se lo ofrece á cada instante,
 Y pisará triunfante
 Del vicio inmundo el corrompido cieno.

Enciérrase en los términos que plugo
 Dar á su terrenal inteligencia
 A la alta omnipotencia,
 Y se libertará de atroz verdugo.

Cual tránsito veloz mire la vida,
 A un eterno reposo encaminado,
 Y verá sosegado
 Del tiempo breve la fugaz corrida.

Eleve el alma al sér omnipotente
 Despreciando las pompas terrenales,

Y brotará á raudales
 Dulce consuelo en su tranquila frente,

Y amor, no amor impuro y deleznable,
 Y de la caridad el don divino
 Sembrarán su camino
 Con flores de fragancia perdurable.

Tranquila el alma, contento
 Seguirá su corazon
 La antorcha de la razon,
 Y la voz del sentimiento.

Y no perdida su mente,
 Ni su pecho envenenado,
 Admirará entusiasmado,
 El saber omnipotente.

Y en la creacion hallará
 De altos goces inefables
 Las fuentes inalterables,
 Con que el alma saciará.

Arde el oriente en púrpura teñido,
 Y álzase el sol magnífico lanzando
 A torrentes la luz, el adormido
 Mundo de vida y de calor llenando.

Al trono sube del zenit ardiente,
 Un mar de lumbre desde allí derrama,
 Y el orbe, rey, postrado y reverente,
 De la creacion inmensa le proclama.

A darle vida á otro hemisferio el paso
 Tiende con majestad, y le presenta
 Ancho camino el apartado ocaso,
 Y sus tesoros y su pompa ostenta.

¿Y espectáculo tal no encanta al hombre
 Y llamado á gozarlo, es infelice?...
 ...¿Hay mortal que lo mire y no se asombre
 Cuando insensato su existir maldice?...

La noche el manto extiende
 Recamado de estrellas y luceros,
 Y entre celajes nacarados pende
 La luna de argentinos reverberos,
 Modesta, vaporosa.

El aura bulliciosa
Trisca en el mar dormido,
Y en el bosque vestido
De oscuridad se mece;
En letargo profundo
Sumergido parece,
Y en dulce paz el fatigado mundo.

¿Y es para el hombre nada
La noche sosegada,
El trémulo fulgor de las estrellas,
Las nubes que fantásticas y bellas
Cruzan por el espacio,
El disco de topacio,
De la brisa balsámica el aliento,
Y el reposo del orbe soñoliento?
¿Este conjunto mágico ¡infelice!
A su imaginación nada le dice?
¿No conmueve su alma?
¿No la sumerge en deliciosa calma?

Mas no es la naturaleza,
Es el hombre el que hace al hombre
Que de su existir se asombre,
Que deteste su flaqueza.

Es la sociedad.—¡Ay! no:
En ella piadoso el ciclo
Manantiales de consuelo
Perennes aseguró.

¿Hay placer más sabroso,
Cabe mayor ventura
En la humana criatura,
Que el de la dicha ajena socorrer?

Quién da al menesteroso
Alivio; quien el llanto
Enjuga del quebranto,
¿Desventurado se osará crecer?...

Y todos los mortales
Medio de hacerlo tienen,
Si en su pecho mantienen
El fuego de la santa caridad;

Si vicios infernales
La compasión sagrada
No tienen desterrada
De una alma endurecida y sin piedad

Una acción justa y buena
Da tan puro contento,
Halaga el pensamiento
Tanto un acto de noble rectitud,

Que sólo un alma llena
De cieno miserable,
El encanto admirable
Puede desconocer de la virtud.

¿Y las lágrimas sólo
No son un don del cielo,
Si por ajeno duelo
Logran nuestras mejillas esmaltar?

No halla de polo á polo
Mayor consuelo un pecho
Destrozado y deshecho,
Que el de por tierna compasión llorar.

Pues la presencia
De la inocencia
De un tierno niño,
Y su cariño
La dulce calma,
¿No son bastantes á volverle á un alma?

Aquella pura
Dulce criatura,
En cuya frente
De Dios patente
Se ve el aliento,
¿No embalsama, no hechiza el pensamiento?

Si despertando
A un beso blando,
Mira risueño,
¿Quién guarda ceño?
¡Ay! sus caricias
Son un mar insondable de delicias.

Pero un pecho, aunque justo, inexorable,
Por desengaños é injusticias roto,
Brama sañudo, como brama el noto,
Y detesta este mundo miserable.

No encuentra en él venganza, no la encuentra
En el cielo, que insulta y que provoca,
Y en desesperación deshecha y loca
En un abismo de infortunios entra.

Sangre ansía y destrucción, odios respira,
Existe entre venenos y rencores,
Y siempre en derredor sus ofensores,
Turba de espectros y fantasmas mira.

.

Pues bien; tórnese á Dios un solo instante,
Haga un esfuerzo, y diga: *yo perdono*,
Y de repente se haliará en un trono,
Y ángeles sólo mirará delante.

Razon tienes, Campagna:
Tu canto filosófico
De mi delirio tétrico
Sábiamente triunfó.

*

Sí, amigo, sí, se engaña
El mortal melancólico
Que sólo el orbe un cúmulo
De infortunios juzgó.

Nápoles, 1844.

LA APARICION DE LA MERGELINA (1)

Se esconde tras Posilipo,
Entre nubes de grana
La antorcha soberana
Del refulgente sol.
Del Vesubio flamígero
Esmaltando la cumbre
Con la postrera lumbre
Del último arrebol.

Cruzan el viento ráfagas,
Que aún el astro colora,
Perfila, argenta, y dora,
Sobre el espacio azul.
Bulle brisa balsámica
Entre fragantes flores,
Y mece en los alcores
El pino y abedul.

El golfo de Parténope
Es espejo de plata,
Que plácido retrata
El celeste esplendor,
Y la pompa magnífica,
Que al bajar al ocaso
Acompañan el paso
Del astro abrasador.

Pero con vuelo rápido
Tan espléndida escena,
Que tierra y cielo llena,
Despareciendo va.
Y de tibio crepúsculo
Luz densa y blanquecina
Montes, ciudad, marina
Y cielo envuelve ya.

Entónces cuando bórranse
Los mares y collados,
Confundidos, mezclados
En dudoso total;
Y el orbe todo muéstrase
De la misma manera,
Que si al través se viera
De empañado cristal;

Ven mis ojos extáticos
En la arenosa playa,
Junto á la blanca raya
Del adornido mar,
Vaporosa, fantástica
Aparicion divina,
Que da á la Mergelina
Encanto singular.

Erguida como el vástago lozano
De azucena gentil,
Que en las plácidas noches del verano
Señorea el pensil,

Se alza de una mujer encantadora
La forma angelical,
Que en sí todos los dotes atesora
Del poder celestial.

Y tal hechizo se desprende de ella
Y fragancia, y fulgor,
Y en medio á tal atmósfera descuella
De encantos y de amor;

Que miéntras anhelante y confundido,
Sin osarme acercar,
En tierra una rodilla, y abstraído
De tierra y cielo, y mar,

(1) Se llama así en Nápoles la risueña playa, que está entre la *Arbera de Chiaja*, y el monte *Posilipo*.

La contemplo, se cambia mi existencia
En tal contemplacion,
Que arrebatada con mágica influencia
Mi alma á ignota region.

Sus ojos son de un ángel de consuelo,
Por la mar adormida los pasea,
O los eleva al vaporoso cielo,
Y luz divina en ellos centellea;

O á la inmensa ciudad, á quien envuelve
La sombra densa de la noche fria,
Anhelante los torna y los revuelve,
Llenos de celestial melancolía.

O hácia el Vesubio, cuya frente adorna
Rojo penacho de espantosa lumbre,
Girando el cuello de marfil, los torna;
Y afanosa los clava en su alta cumbre.

¿La inmensidad de la creacion admira
En el mar y en el cielo cristalino;
Y cuando á la ciudad los ojos gira,
La obra desprecia del mortal mezquino?...

¿Y cuando á la encendida y agria frente
Los torna del volcan, y en él los clava,
De escondida pasion, que su alma siente,
Mira el trasunto en la encendida lava?

.

¿Quién lo sabe?—Imposible es que consiga
Descubrir un mortal sus pensamientos,
Ni de la llama que en su pecho abriga
Los nobles y escondidos elementos.

Mas yo lo sé: Que mi alma se desata
De los vínculos rudos terrenales,
Cuando se purifica y se dilata
Contemplando sus gracias celestiales.

Y conocer le es dado de la Dea
La mente y corazon, y las regiones
Que aquella velocísima pascua,
Y de este las sublimes sensaciones.

Y pasmada y atónita comprende
Las frases, que veloces y cortadas,
Del labio puro de coral desprende,
Dando vida á las auras regaladas:

Frases como las forma el rumor leve
De líquido cristal que el prado gira,
De blandas flores que el ambiente mueve,
De espíritu impalpable que suspira.

Pero aunque estampa su profunda huella
En mí, y á mi existir da nuevo giro
(Porque así plugo á mi dichosa estrella)
Cuanto entónces contemplo y cuanto miro,

Me es imposible referirlo luégo,
Cuando torna mi espíritu á engastarse
En el humano fango, donde el fuego
Del éxtasis por fuerza ha de apagarse.

Ni el misterio de tales sensaciones
Puede nunca explicar humano labio,
Pues para tanto faltan expresiones
Al más rico lenguaje y al más sabio.

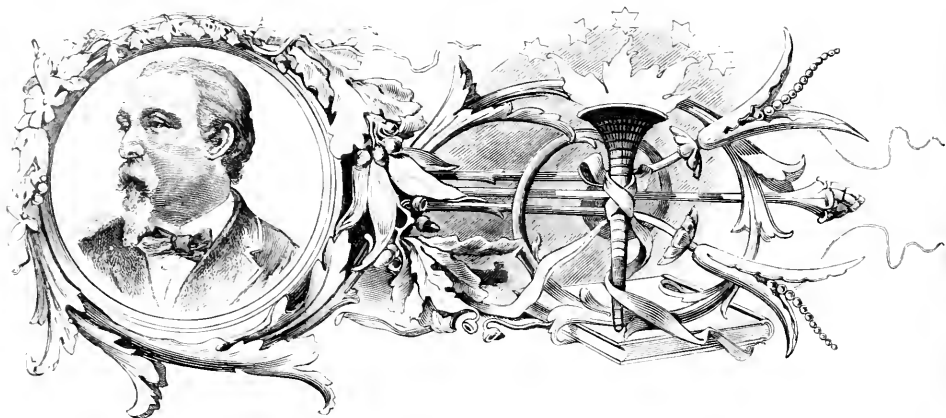
Mas dentro de esta cárcel tenebrosa
El perfume conserva el alma mia
De la contemplacion maravillosa,
Y el vibrar de una angélica armonía.

El crepúsculo se apaga,
Cubre de la noche el velo
La tierra, la mar, el cielo,
Y la aparicion ó maga
Desparece en rauda vuelo.

Y en la arenosa ribera
De negras sombras cercado,
Cual ángel precipitado
De la soberana esfera
Me hallo solo y prosternado.

El nuevo sol veo salir,
Y ansioso anhelo que el paso
Apresure hácia el ocaso,
Para que torne á venir
Otro crepúsculo escaso.

Que en su plazo fugitivo,
Bajo la fascinacion
De la mágica vision,
Es cuando de veras vivo
La vida del corazon.



A D. JOSÉ ZORRILLA

CONTESTACION A LOS LINDOS VERSOS QUE PUBLICÓ, DEDICADOS AL AUTOR, EN EL «HERALDO» DE 30 DE JULIO DE 1844

En estas risueñas playas
En otro tiempo españolas,
Que halagan las mansas olas
De un mar de plata y zafir,
Donde vagan sombras tantas
De alta fama y nombradía,
Que siempre al morir el día
Juzgo en derredor oír:

En esta ciudad de encanto,
Que embriagada en los festines
Duerme en medio de jardines,
Junto al borde de un volcan;
Sin sospechar llegue un día,
Que la trague furibundo,
Como á otras que en lo profundo
De los abismos están;

Llegó á mí tu dulce acento,
Esclarecido poeta,
Donde tu alma se interpreta,
Donde luce tu amistad.

Y vino con sus encantos
Bálsamo á ser de mi pecho,
Nunca, nunca satisfecho,
Siempre, siempre en ansiedad.

Pues si tú tanto recuerdas
Las delicias de Sevilla,
De Guadalquivir la orilla,
Y mi tranquila mansion,
¿Qué haré yo, mi amado amigo,
Qué haré yo, que dejé en ellas
De mis ojos las estrellas,
Las prendas del corazon?

Ni pienses que olvidar puedo
Aquellas fugaces horas,
Tan dulces y encantadoras,
Que presto tuvieron fin,
En que los versos divinos,
Que de tu labio brotaban,
Luz, color, y cuerpo daban
Al aura de mi jardín.

Y el rumor de la arboleda,
De la fuente la sonrisa,
El bullicio de la brisa
Saltando de flor en flor;

Y el general embeleso
Acompañaban tu canto,
De nuestras almas encanto,
Y envidia del ruiseñor.

¡Ay! esa luna lánguida y luciente,
Que de Madrid en el hermoso prado
Arrebató tu mente
A la orilla del Bétis encantado,

Brilla en esta region de artes y amores
Tan hechicera y blanda y deliciosa,
Y por estos alcores
Resbala tan lasciva y vaporosa,

Que parece la reina de este cielo,
Y la diosa del mar de las Sirenas,
Y el númen que da al suelo
De Parténope vida á manos llenas.

De la corona del Vesubio ardiente
Aparece magnífico topacio,
Luégo es resplandeciente
Bajel de plata en el inmenso espacio.

Y al trasmontar la cumbre deliciosa
De Posílipo, el monte de las flores,
Es vírgen pudorosa,
Que huye de los profanos amadores.

Y cuando en zenit campea,
Y platea

Este delicioso Eden,

Y orna con leves encajes

De celajes

Su reverberante sien,

Entre su argentina llama

Derrama

Tal hechizo y tal primor,

Que se convierte este suelo

En un cielo

De delicias y de amor.

El aura es toda ambrosía,
Y de hechicera armonía
Las brisas cargadas van.

Que aquí es armónico el viento,
De la mar el ronco acento,
Y hasta el rugir del volcan.

Mas no imagines, no, caro Zorrilla,
Que mi mente embriagada,
Y mi alma enajenada
Se olviden de Madrid y de Sevilla.

Jamás. — Cuando reposo entre las flores
De mágicos jardines,
O cuando en los festines
Miro bullir bellezas y amadores,

Torno al disco de plata refulgente,
De lágrimas preñados
Los ojos arrasados,
Envidiando su marcha al Occidente.

Y al encanto de Nápoles la espalda
Volviendo desdenoso,
Miro á la luna ansioso,
Que va á darle su luz á la Giralda.

¡Ay si á mis ojos míseros en ella,
Por fuerza prodigiosa,
De mi mirada ansiosa
Les fuera dado el estampar la huella!...

Tú sólo con tu ingenio soberano
Descifrarla sabrías,
Y en sus trazos leerías
Cuánto anhelo estrechar tu amiga mano:

Cuánto las prendas apretar al seno,
Que por mi ausencia lloran,
Y sin mí tristes moran
Del Bétis patrio en el contorno ameno.

Y que encantos jamás habrá bastantes
Ni Circes, ni Sirenas,
Que consuelen mis penas,
Donde no suena el habla de Cervantes.

Madrid, 1811.





A LUCIANELA

SONETO PRIMERO

Cuando el desnudo pié graba en la arena,
Luciana de la alegre Mergelina,
Y su garbo y su gracia peregrina
Envidia en los verjeles la azucena,

¿Qué es la enclenque de perlas y oro ilena,
Que en el landó lujoso se reclina,
Y que con vanidad necia imagina
Que todo lo avasalla y lo encadena?

Tras la humilde y lozana pescadora
Se me va el corazón, se me va el alma,
Y huyen de la altivez de la señora:

Que la beldad, no el lujo, es quien la calma
Turba de un pecho noble y lo enamora,
Y sólo á la beldad rindo la palma.

UNA DECLARACION

¡Ay! que tus ojos de fuego,
Y tu garganta divina,
Y tu gracia peregrina,
Roban á mi alma el sosiego,
Idolatrada Azelina!

Como un rayo de la luna,
Que en noche de primavera
Consolador reverbera
Sobre apacible laguna,
Es tu mirada hechicera.

Y tu aliento es el ambiente
De un jardín embalsamado,
Tu voz el aura del prado,
Tu sonrisa la corriente
De arroyuelo sosegado.

Y tu delicioso seno,
De apretada y pura nieve
Es la copa, donde bebe
Su poderoso veneno
El tirano amor aleve.

Verte es mi dicha mayor,
Mi delicia el escucharte,
Y mi destino adorarte,
...Mas ¡ay! al ver tu rigor
El corazón se me parte.

Lástima á mis penas ten,
Tu amor mi pecho destroza,
Nada en la crueldad se goza,
Y la crueldad no está bien
En una tan buena moza.

¿Quieres un alma abrasada
Que mire su cielo en tí?
¿Quieres encontrarte, dí,
Como jamás adorada?
Pues vuelve la vista á mí.

Vuelve amable á mí la vista,
Y verás, como discreta,
Que es fuerza te comprometa
Un alma ardiente de artista,
Y un corazón de poeta.

Este fuego celestial,
Que enciende mi fantasía,
El estro, que al alma mía

Le da un temple sin igual
Tuyos son, ingrata mía.

Serán humildes despojos,
Si mi pena te conmueve,
De tu pechera de nieve,
De tus rutilantes ojos,
De tu pie pulido y breve.

No pierdas aislada, no,
De tus lozanos verdores
Los encantos y las flores:
Y los perderás si no
Los disfrutas en amores.

¿Qué es un alma sin amor?...
¿Qué es la beldad sin amante?
Una luz sin resplandor,
Una pasajera flor
Falta de aroma fragante.

Deja, pues, el desden, tú,
Y yo que ardiente te adoro,
De amor te daré un tesoro
Más grande que el del Perú,
Pues vale amor más que el oro.

A LUCIANELA

SONETO SEGUNDO

Cuando al compás del bandolin sonoro
Y del crótalo ronco Lucianela
Bailando la gallarda tarantela,
Ostenta de sus gracias el tesoro;

Y conservando el natural decoro
Gira, y su falda con recato vuela,
Vale más el listón de su chinela
Que del rico Perú las minas de oro.

¡Cómo late su seno! ¡Cuán gallardo
Su talle ondea! ¡Qué celeste llama
Lanzan los ojos negros brilladores!

¡Ay!... Yo en su fuego me consumo y ardo,
Y en alta voz mi labio la proclama
De las gracias deidad, reina de amores.

UNA NOCHE DE VERANO

EN EL GOLFO DE NÁPOLES

AL EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*
Por este golfo de plata,
O mas bien mansa laguna
Donde la argentada luna
Su cándido albor retrata;

Por do apresuradas vuelan
Tantas barcas pescadoras,
Con lumbreras en las proras,
Que en el rizo mar rielan;
*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

Aléjame de esta orilla
Do la espuma centellea,
Do á la ciudad lisonjea
La onda que á sus piés se humilla.
Y do los roncós bramidos
De otro mar siempre agitado,
Mar de vivientes formado,
Me atormenta los oídos.
*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

Solo con mi pensamiento,
Y solo tambien contigo,
Entregarme quiero, amigo,
En brazos del manso viento;
Y separado del mundo,
En honda meditacion
Darle á mi imaginacion
Un alimento fecundo.
*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*



¡Cuál la barca blandamente
Se columpia y se desliza
Sobre el agua, que entapiza
Un fósforo refulgente!

El fósforo que los remos,
Que alzas y bajas encienden,
Cuando el mar cortan y hienden
Con sus delgados extremos.

*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

Ya el rumor de la ciudad
La voz del cáos parece,
Y ya mi barca se mece
En medio á la inmensidad.

¡Qué espectáculo sublime
Absorto contemplo y miro!
¡Con qué libertad respiro!
Nada aquí mi pecho oprime.

*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

Miro tendida á mi espalda
De Nápoles la ciudad,
Como dormida beldad
En un lecho de esmeralda.
Y entre vaporosos léjos
Forman apariencias varias,
Sus diversas luminarias
Con sus movibles reflejos.

*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

A mi diestra recostado,
Celador de estos confines
Y de quintas y jardines
Vestido y engalanado,

A Posílipo, veo estar,
Gigante de alta belleza,
En un monte la cabeza
Y los piés dentro del mar.

*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

Y de escoria otro gigante
Y de ceniza vestido,
Se alza á mi siniestra erguido,
Solo, enhiesto, vigilante.
Llama sus cabellos son,
Que agita tímido el viento,
Son tempestades su aliento,
Y su grito destrucción.

*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

Allí al frente inmensa nave
De peñas que dió al través,
Caprí está, y quien tiene es
De este ancho golfo la llave.

Y los montes donde apenas
Sorrento y Castelamar
Se ven, vienen á cerrar
Este mar de las Sirenas.

*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

Italia, Italia, region
Que mejor no alumbra el cielo,
Jardin de Europa, tu suelo
Es tierra de bendicion.

Y de él son lo más hermoso,
Compendio de tu beldad,
De Nápoles la ciudad,
Y su golfo delicioso.

*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

Un toldo de terciopelo
Del firmamento colgado,
Con diamantes tachonado,
Es de este prodigio cielo.

Rueda por él y campea
Un topacio colosal,
Que la region celestial
Esclarece y señorea.

*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

Y diamantes y topacio,
Y toldo repite el mar,
Y se me figura estar
Suspendido en el espacio.

Y que el inmenso vacío
Cruzo, como cruza el ave,
En alas del viento suave,
Y en brazos del albedrío.

*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

La brisa un arpa es aquí,
Do acordes incomprensibles
Espíritus invisibles
Tocan en torno de mí.

Y sus sonos son beleño,
Que suave encanto difunden,
Y que en mis venas infunden
Bálsamo de dulce sueño.

*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

Por las auras arrullado,
Y por las ondas mecido,
Mis penas daré al olvido
Y dormiré descansado.

Venid con solicitud,
Venid á ocupar mi mente
Y á volar sobre mi frente,
Sueños de mi juventud.

*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

Que en este tranquilo mar,
Bajo este apacible cielo,
Y cercado de tal suelo,
Venturas se han de soñar,

Y deliciosos amores,
Que son encanto del mundo,
Dando al olvido profundo
De la vejez los rigores.

*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

Boga, hasta que de oro y grana
Pinte celajes la aurora,
Y este mar tan mudo ahora
Himnos cante á la mañana.

Y deja á mi fantasía,
Que este golfo prodigioso,
Ahora vago y misterioso,
Admire al venir el día.

*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

Y entónces á la ciudad
Ambos á dos tornaremos,

Tú á descansar de los remos,
Yo á volver á mi ansiedad,
Que las horas de ilusión
Siempre son ¡ay! fugitivas;
Y quedan las positivas
Que angustian el corazón.

*Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.*

Nápoles, Junio de 1845.

DESCONSUELO

Por el campo helado y yerto,
Que entre la selva frondosa
Está de la edad briosa,
Y entre el árido desierto
De la vejez angustiosa,

Caminando hácia occidente
Con lento paso avanzaba,
Y abismado meditaba
En lo que tenía enfrente,
Y en lo que tras mí dejaba.

En aquel yermo asolado
Me ofrecía el pensamiento,
Como ráfagas de viento,
Recuerdos de lo pasado
Que al alma daban tormento.

Y en sombras vagas también,
Cual las inciertas figuras
Que entre las nubes oscuras
De la borrasca se ven,
Las ansiedades futuras.

Enfermo, solo, seguía
Combatido y arrastrado
Entre el futuro y pasado,
Y nada en torno veía
Con mi existir enlazado.

Cuando los puros reflejos
Advertí de flor tan bella,
Entre la aridez aquella
Nacida, que desde lejos
Dudé si era flor ó estrella.

Mas al punto en que la ví
Calmóse mi amargo afán;
Porque ejerció influjo tan

Raro, que me atrajo á sí,
Como al acero el iman.

Llegué, llegué... ¡Qué color
Tan puro y resplandeciente
Iluminaba su frente!
¡Con qué fragancia en redor
Embalsamaba el ambiente!

¡Qué perlas de almo rocío
Avaloraban su seno!
Su tallo de pompa lleno
¡Con qué garbo y señorío
Avasallaba el terreno!

Jamás en regio pensil,
Ni en los jardines de Flora
Meció el soplo de la aurora
Otro tallo tan gentil,
Ni flor tan encantadora.

Y cual si alma y corazón
El cielo dado le hubiera,
(Ni aún yo sé de qué manera)
Cariño y tierna afición
Mostróme afable y sincera;

Y que grata habia brotado,
Por disposición del cielo
En aquel ingrato suelo,
De mi pecho lacerado
Tan sólo para consuelo.

¡Ay! á su encanto rendido
Tan dichoso me encontré,
Y en un delirio tal, que
Lo que iba á ser y habia sido
De todo punto olvidé.

Y ciego y loco un momento
Pensé que otra vez me hallaba
En la selva que dejaba
Detrás, y ufano y contento
Que era mortal olvidaba.

Y me figuré posible
Junto á aquella hermosa flor,
Y amparado de su amor,
Del destino irresistible
Burlar el fiero rigor.

Mas su rigor me impelia
A proseguir el camino,
Aunque al encanto divino
De aquella flor me acogia:
Que es muy terrible el destino.

Entónces nueva ansiedad
En mi corazón sentí,
Que era angustia horrenda, sí,
Tanto amor y tal beldad
Dejarme detrás de mí.

Y resuelto á no dejarla,
Y á que conmigo siguiera
La inevitable carrera,
Quise del suelo arrancarla,
Y prestóse placentera.

Mas ¡ay Dios! en el momento
Que mi mano la tocó,
Impetuosa la embistió

Ráfaga de árido viento,
Y en mis manos se agostó.

¡Ay! ¡con qué fieras congojas
Ví por el suelo esparcidas
Mustias, secas, encogidas
Sus ántes risueñas hojas
Rutilantes y encendidas!

¡Con qué horror miré el lozano
Tallo roto y abatido,
Y su follaje caído!
¡Con cuánta ansiedad en vano
Busqué el aroma perdido!

—Los ojos levanté al cielo,
No ví el sol, la noche era:
Y proseguí mi carrera
En más hondo desconsuelo,
Y en soledad la más fiera.

Que en el campo helado y yerto,
Que entre la selva frondosa
Está de la edad briosa,
Y entre el árido desierto
De la vejez angustiosa;

Si aparece una ilusión
Se deshace luego, luego,
Pasa como leve fuego,
Y destroza el corazón,
Que se va tras de ella ciego. *Alfaro, 1845.*

SONETO

¡UN AMIGO!!!

Guarte, ese amigo que te estrecha al seno,
Que ríe si ríes, que si lloras, llora,
Que te adula y te sigue á toda hora
Y á quien te entregas de confianza lleno.

Es vaso alevé henchido de veneno,
Es copa vil que el artificio dora,
Ente infame y ruin, de alma traidora
Y con un corazón de inmundo cieno.

Que un soplo de ambición su pecho anime,
Que tu mérito envidia en él despierte,
Que tu nombre y favor sin fuerza estime,

Que á encontrar bella á tu mujer acierte,
Verás al punto esa amistad sublime
Ser villano puñal, que te dé muerte.



ELVIRA

A LOS SEÑORES DUQUES DE BIVONA, EN LA MUERTE DE SU HIJA DE ESTE NOMBRE, A LOS SIETE MESES DE SU EDAD

EL POETA

¡Ay! con razon mi indócil fantasía
Tenaz se resistió
Al fuego encantador de la poesía
Cuando tu breve vida comenzó.

Enajenados de placer miraban,
¡Miséra humanidad!
Su dicha en tí tus padres, y anhelaban
Versos en tu loor de mi amistad.

Y era mi afán componerlos;
Pero nunca pude hacerlos,
Porque el cielo los inspira,
¡Ay Elvira!

Había ya trazado el cielo
Que tu vida fuese un vuelo,
Chispa que nace y espira,
¡Ay Elvira!

Cuando tierno contemplaba
Cual tu madre te besaba,
Que ahora de aflicción delira,
¡Ay Elvira!

Forjé versos en mi mente:
Pero una mano inclemente
Y oculta rompió mi lira,
¡Ay Elvira!

Y esta mano ¡dura suerte!
La mano era de la muerte,
Que hizo de tu cuna pira,
¡Ay Elvira!

.
.

Botón de rosa bello,
Que apenas en el cáliz asomaba,
Cuando mustio doblaba
Agostado y marchito el blando cuello:

Pintada mariposa,
Cuya vida fué el soplo de un momento:
Vislumbre misteriosa
De momentánea luz que apagó el viento:

No era ¡cielos! mi suerte
Cantar tu vida, á quien marcó el destino
Tan rápido camino,
Sino cantar tu arrebatada muerte.

Porque tu muerte es gloria,
Que te alza de este mundo detestable,
Átomo miserable,
De la inmensa creación perdida escoria;

Y á la mansion te encumbra
De bienandanza y vida sempiterna,
Que con su luz eterna
El rostro santo del Criador alumbra.

Sí, en tu serena frente
De cándidos jazmines coronada,
Veo la señal marcada
De la mano de Dios omnipotente.

De Dios, que te coloca
De eternos serafines en el coro,
Donde al són de arpas de oro,
Himnos modula tu inocente boca.

Y donde... ¿Qué alaridos
Disturban mi profundo pensamiento,
Llenan de horror el viento,
Y hieren penetrantes mis oídos?...

¿Quién á esta estancia llega,
Do contemplan atónitos mis ojos
De un ángel los despojos,
Y resplandor de eterna luz los ciega?...

Una mujer hermosa,
La negra crencha al viento desparcida,
Sin aliento, sin vida,
Penetra estos umbrales anhelosa.

Los bellos ojos secos,
Pero sin luz, abiertos, espantados,
Los labios deslustrados
Hondos lanzando y lastimeros ecos.

¡La madre!... ¡Desdichada!
A apurar viene el último martirio,
Buscando en su delirio
A la que su hija fué, y ahora es ya nada.

LA MADRE

¡Hija!!! Dó estás?..
Allí... Allí.
¿Duermes quizás?
¡Ay!... vuelve en tí...

Dadme, bárbaros, dadme mi hija amada,
Ved que es mi vida su inocente aliento,
Mi gloria su sonrisa idolatrada,
Toda mi dicha su infantil acento.

...Yo la parí:
Yo la adoré...
Yo la perdí!!!

Cielos, volvedme mi adorada prenda,
O dadle fin á mi existencia horrenda.

.....

No ha muerto, no...

.....
Sí, muerta está!!!

¿No alienta ya...

Y aún vivo yo?...

¡Ay!—Estos restos fríos

Devórelos la tumba con los míos.

EL POETA

Llora, madre infelice: llora, llora.
Llorando alivia el corazón hinchado,
Pero la mano omnipotente adora,
Que el bien que te otorgó te ha arrebatado.

Llora, sí; mas bendice resignada
La voluntad santísima y eterna,
Que al orbe inmenso pródiga gobierna,
Que formó el orbe inmenso de la nada.

¿Quién sus inescrutables intenciones
Consigue penetrar?... ¡Ay! los humanos
Olvidan en sus ciegas pretensiones,
Que son del polvo efímeros gusanos.

.....

Abí los restos mortales
De tu hija tienes; conmovido el cielo
De tu dolor, sus leyes eternas
Trastorna, y vuelve en presuroso vuelo
El alma tierna y pura
A darles vida.—Entre los tiernos lazos
De tus maternos brazos
La estrechas con frenética locura.
Tu faz regala con su aliento suave,
Con sus manitas trémulas tu seno,
Y su acento infantil de gracias lleno
Te da tal dicha que mayor no cabe.
Pero torna la vista
A la carrera de dolor y llanto,
Que tu amor egoísta
Le abre de nuevo y temblará de espanto.

¿Cuánto de afán y susto,
De lágrimas imbéciles la aguardan

En la frágil niñez!.. Y cuando arbusto
 Tierno comience á verdear... ¡Oh cielo!
 ¡Qué forzoso desvelo,
 Qué fatigas tan duras
 Para aprender errores,
 Para saber enmascarar el alma,
 Para amoldarse á necias imposturas,
 Y con falsos colores
 Mostrar que busca de virtud la palma!

Y cuando ya lozano
 Tallo de hermosa flor robusto sea,
 Verás cuál la rodea
 De las pasiones el tropel insano.
 ¡Ay cuánta tempestad sobre su frente
 Se agolpará rugiente!..
 ...La sociedad viciosa, y corrompida,
 La atmósfera es de vida
 En que ha de respirar... ¡Cuánto tormento
 Si es buena, si es sensible!
 Y si es dura y malvada
 ¡Qué amargo desaliento!
 ¡De qué desierto horrible
 De arena y hielo se verá cercada!!!

Pues en la edad madura,
 Perdidas las más gratas ilusiones,
 Los vínculos más santos de ternura
 Rotos, despedazados,
 O en dogales tornados,
 De engaños alevosos y traiciones
 Por la mano feroz emponzoñada,
 ¿Cuál será su existencia?... ¡desdichada!

Y luego la vejez, de enfermedades
 Asilo y de disgustos,
 De dolores, de sustos,
 Y de remordimientos y ansiedades,
 A que es forzoso que el mortal sucumba;
 Y la muerte despues... despues la tumba...

Despues la eternidad.

. ¿Y en tan amarga

Y rápida carrera,
 Que hacen los infortunios lenta y larga,
 ¿Quién, madre, te asegura
 Que se conserve pura,
 Que se salve inocente
 El alma de esta niña, que imprudente
 Lanzas de nuevo al piélago iracundo
 Del corrompido mundo?...

¿Quién sabe, quién, si tú, su madre tierna,
 De ese amor insensato compelida,
 La tornas á una vida,
 Que ha de acabar en perdicion eterna?...

.

¿Te hielas? ¿Te estremeces? Basta. El cielo
 No trastorna sus leyes eternas,
 Por complacer el imprudente anhelo
 De los ciegos y míseros mortales.
 No te la volverá.—Muerta ahí la tienes,
 Guirnalda funeral cñe sus sienes...
 Mas conmigo contéplala un momento,
 Y verás que del Dios tres veces santo,
 Que hoy te quiso probar con tal tormento,
 La infinita piedad no te abandona,
 Y un consuelo sin fin te proporciona.

Mira ese rostro de nieve,
 Que ha dos horas destrozaba
 Y horrendo desfiguraba
 Dolorosa convulsion,

Ya sin una sombra leve
 Del angustioso tormento,
 Que de horror y sentimiento
 Te inundaba el corazon.

Míralo tranquilo y bello,
 Sin los dolores del mundo,
 En dulce sueño profundo,
 Que nadie interrumpirá.

Y en la frente el alto sello
 Observa, madre dichosa,
 De la mano poderosa,
 Que el orbe riendo está.

Mira en la boquita bella,
 Antes ¡ay! desfigurada,
 Lívida, ardiente, agitada
 Con la agonía final,

Grabada la santa huella
 Del alma pura, inocente,
 Que á vivir eternamente
 Voló al coro angelical.

Y aunque estos restos mortales
 Pronto serán polvo, nada,
 No quedas, no, separada
 De la prenda de tu amor:

No, que de las celestiales
Mansiones bajará ansiosa
El alma de tu hija hermosa,
A velar en tu redor.

Y cuando triste lamentos
Otras desgracias del mundo,
Y de otro dolor profundo
Tu pecho oprimido esté;

Si acaso de pronto sientes
Inesperado consuelo,
Y nuevas fuerzas que el cielo
Para alabarlo te dé,

Es que de tu Elvira el alma
Te besa, y te da su aliento,
Bajando del alto asiento
Do los ángeles están.

Y renacerá la calma
En tu pecho al suave ambiente,
Que en torno á ti blandamente
Sus alitas moverán.

Y cuando á tus otros niños
(Dios te los guarde y conserve)

Tu afán maternal observe
Del sueño en la dulce paz;

Si ves que sueñan cariños,
Y que sonríen graciosos,
Es que miran venturosos
De su hermanita la faz.

Y porque ella en torno de ellos.
En las horas misteriosas,
Con las alas vaporosas
Gira amante en tornos mil,

Con sus celestes destellos
El espíritu ahuyentando
Del infierno, que acechando
Esté la cuna infantil.

Bendice á Dios: bendícelo, y el llanto
Enjuga, pues que ser has merecido
Madre de un querubín, que el *Santo, Santo*,
Entona ante el Señor, de luz vestido.
En gozo celestial torna el quebranto,
Y repite con labio enardecido
Por la fe santa, que á mi pecho inspira:
Oro pro nobis, venturosa Elvira.

Nápoles 17 de Junio de 1845

FANTASÍA NOCTURNA

AL EXCMO. SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO

El sol siguiendo su eternal viaje
En los mares perdióse de occidente,
Y ya ni en los perfiles del celaje
Dejaba rastro de su huella ardiente.

De oscuridad vestido estaba el suelo,
Mientras nuevo esplendor engalanaba
La inmensurable bóveda del cielo,
Y más rica y más grande se mostraba.

Yo del risueño Vómero (1), en la loma,
Que señorea lo mejor del globo,
Entre un ambiente de fragante aroma
Solo vagaba en soñador arrobó.

Miré en bultos fantásticos los montes
Alzar diversos su contorno vago,
Y el mar á los remotos horizontes
Ir á perderse adormecido lago.

Luégo todo borrarse y confundirse,
Como si de la vida el don perdiera,
Y de alba niebla y de vapor vestirse
Cual si de una mortaja se vistiera.

Mientras que más luceros, más estrellas,
Adornaban el claro firmamento:
Diciéndome la voz de ellos y de ellas:
Aquí la eternidad tiene su asiento.

Sentí aquel estupor indefinible,
La conmoción sin nombre, vaga y fría,

(1) Collado que domina gran parte de la ciudad de Nápoles y su golfo.

Que da la soledad so un apacible
Cielo, despues de sepultado el dia.

Y llegué á imaginar que el globo, helado
Desierto, no albergaba otro viviente
Más que yo: y afligido y aterrado
Volar ansiaba al cielo refulgente.

Pero luégo el rumor hasta mí llega
De la inmensa ciudad que á mis piés yace,
Mezclado al que en las cumbres y en la vega
El aura mansa entre las selvas hace.

Diviso las vislumbres, los reflejos
De luces esparcidas por el llano,
Ya más cerca indicando, ya más léjos,
O lámpara ú hogar de albergue humano.

Y entre niebla borrosa y sombra espesa,
Que apenas puedo penetrar, advierto
Nave, que el mar anchísimo atraviesa
Buscando ansiosa el conocido puerto.

El rumor, y las luces, y el navío
Recuérdanme que el globo está habitado,
Y cambia vuelo el pensamiento mio,
A la tierra de nuevo encadenado.

A la tierra, y apártase del cielo,
Porque siempre esta mísera corteza
De humana carne hacía el mezquino suelo
Hace doblar al alma la cabeza.

Y juzgué ya de danzas y festines
Aquel rumor, que la ciudad derrama;
Las luces ser de quintas y jardines,
O á las que el sabio estudia, y logra fama;

Y que la nave, que las aguas corta,
Preñada de placeres y metales
De otra region, á nuestra playa aporta,
A aumentar nuestros goces terrenales.

Olvidé los luceros, las estrellas...
Y ansié tornar á la ciudad, que ofrece
Goces sin fin, ó dirigir mis huellas
A la luz que á los sabios esclarece.

O hacía el puerto correr, y en los tesoros
Que frescos llegan del pomposo oriente,
Del rico ocaso, de los climas moros,
De placeres saciar mi sed ardiente.

Iba en pos de este anhelo irresistible
A descender de la elevada roca,
Cuando el ala de espíritu invisible,
Que giraba en redor, mi frente toca.

No sé si era un espíritu celeste,
O espíritu infernal, quien de mí en torno
Agitaba las alas y la veste,
Causando en mi interior tan gran trastorno.

Mi mente cambia giro, advierte y piensa,
Y en helado sudor ¡ay! me confundo,
Que aquel rumor de la ciudad inmensa
No es más que el estertor de un moribundo.

Que aquellas luces son las luminarias
Con que el mortal camina al cementerio,
Y las naves fantasmas funerarias,
Que vagan de hemisferio en hemisferio.

Alzo los ojos, que anhelante intento
Nuevo consuelo y luz de las estrellas
En la copa beber del firmamento;
Pero ¡ay! su amparo me negaron ellas.

El instante que yo de la mezquina
Tierra en la faz los ojos puestos tuve,
El claro cielo funeral cortina
Me habia robado de espantosa nube.

Convulso y en temblor deshecho helado,
Erizado el cabello de mi frente,
Y de un viento fortísimo azotado,
Que abortaron las nubes de repente,

Olvido donde estoy. Que existo dudo:
La vista ciega en las tinieblas giro,
La boca abierta, pero el labio mudo,
Y espectros vagos, que me cercan, miro.

Y siento que mis plantas humedece
Fango de sangre; que la cumbre aquella
Que á mis trémulos piés asiento ofrece,
Y que ví al claro sol tan verde y bella,

Es un monton de huesos corroidos
De mil generaciones que pasaron,
Y escombros de cien pueblos destruidos,
Que ni el són de sus nombres nos dejaron.

Y oigo á una parte el grito furibundo
De la espantosa abominable guerra,

Y el rodar de su carro por el mundo
Con trueno tal que al Universo aterra.

De las revoluciones á otro lado
El alarido aterrador y horrendo,
Y el choque entre el futuro y el pasado,
Jamás reposo al orbe consintiendo.

Y escucho por doquier el espantable
De las pasiones alarido agudo,
Que en el género humano miserable
Ceban, sin saciedad, el diente crudo.

Y hieren y atormentan mis oídos
De verdugos y víctimas mezclados
Insultos y dolientes alaridos,
De un siglo en otro siglo duplicados.

Y oigo las espantosas carcajadas
De los infiernos, y el sarcasmo horrible
Con que las negras huestes condenadas
Del mundo ven la situación terrible.

Tantos sones diversos y espantosos,
Que cien tormentas hórridas formaban,
De oscuridad abismos horrorosos
Hendiendo agudos, hasta mí llegaban.

Pero mis ojos nada descubrían:
Tinieblas espesísimas y densas,

Cual si cuerpo tuvieran, me oprimían,
Las regiones del aire hinchendo inmensas.

Cuando de pronto aterradora llama
El ancho cráter del volcan arroja,
Que hasta el cielo enlutado se encarama,
Y alumbrá al mundo con su lumbré roja.

Mas ¿qué alumbrá?... ¡gran Dios! Alumbrá sólo
Un inmenso sepulcro, que se extiende
Devorador del uno al otro polo,
Y en medio á la creación de un pelo pende.

Y en él turbas y turbas de gusanos,
Que entre sí despedázanse rabiosos,
De otros y de otros disputando insanos
Los restos miserables y asquerosos.

Mas todo iba á morir. La ardiente lava,
Que por las agrias cuestas se derrumbá,
Lenta y desoladora se avanzaba
A dar eterna paz á la gran tumba.

No pude más, herido del espanto,
Misericordia, en tanto desconcierto,
Pidiéndole al Señor tres veces santo,
A tierra vine como cuerpo muerto.

Niñoles, 1846.



LA VEJEZ

AL SEÑOR DON TOMÁS RODRIGUEZ RUEÍ

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.*

¿Dó me llevais?... Al resplandor brillante
Que antorchas cien en candelabros de oro
Dan al rico salon.
Del convite las mesas veo delante,
Y de la gula en ellas el tesoro
Lucir su profusion.

De tersa plata en cinceladas fuentes
Los manjares la atmósfera embalsaman
Con sabroso vapor.
En tallados cristales transparentes
Vinos deliciosísimos derraman
Su perfume y su ardor.

Frutas de todos climas y estaciones
En los cestos de esmalte y porcelana,
Brindando miel están.
Y guirnaldas, y ramos, y festones
De flores con que mayo se engalana,
Blandos perfumes dan.

Mas nada es para mí.—Tambien ansioso
Apuré, cuando jóven alentaba,
La copa del festin;
Pero ya delicado y achacoso,
Las fuerzas que mi estómago ostentaba
Tuvieron pronto fin.

Y para mí veneno esos manjares,
Y veneno tambien esos licores
¡Desventurado! son.
Y veneno esas frutas singulares,
Y veneno el aroma de esas flores,
Que agravan el salon.

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.*

¿Qué me trais? corceles vigorosos,
Armas bruñidas de templado acero,
¡Cuán relinchan aquellos orgullosos!
¡Cómo de estas deslumbra el reverbero!

Miro en el aire tremolar banderas,
Veo desfilar gallardos escuadrones,
Oigo tronar bombardas y cañones,
Escucho el són de músicas guerreras.

¿Y qué me importa á mí?—Cuando lozano
Jóven en ansia de la gloria ardia,
Fulminó el hierro mi robusta mano,
Y ayudé al triunfo de la patria mia.

Y un uniforme espléndido, elegante,
Y un caballo mi afan eran tan sólo,
Y del marcial clarin la voz sonante
Mi única y sola ley de polo á polo.

Mas ya mi fuerza á dominar no alcanza
Del potro cordobés el poderío;
Y el terso estoque y la fornida lanza
Caen de la mano cuando pierde el brio.

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.*

¿Qué pretendeis?... Un pueblo numeroso
Atento ocupa la engañosa escena,
Frenético entusiasmo la enajena,
Retiembla á sus palmadas el salon.

El genio de un poeta venturoso
Lo fascina, aprisiona, exalta, enciende,
Y en dominio sin límite se extiende
Su celeste fugaz inspiracion.

¡Oh, cuán grato es mirar correr el lloro
De ternura y amor por los semblantes,
Y el ver los corazones palpitantes
Al poder de los versos celestial!

¿Y qué dicha más grande, qué tesoro
Mayor que los aplausos triplicados,
Y el verse los cabellos adornados
Con corona de lauros inmortal?

No es ya esto para mí.—Cuando son hielo
La sangre, el corazon, la fantasía,
El fuego encantador de la poesía
Se apaga, hielo tórnase tambien.

Un alma sin vigor pierde su vuelo,
Una cascada voz pierde su encanto,
Y no producen conmoción ni llanto
Versos tibios, que se oyen con desden.

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y después el ataud.*

¿Qué pretendéis? ¿Que al bullicioso prado
Baje á gozar las auras de la tarde,
Con el concurso alegre y apiñado
Que entre árboles y fuentes bulle y arde?...

Ya no es para mí grato aquel pasco.
¡Cuánto, oh cielo, lo fué!... Mas ya no llana
Mi atención la alta dama,
Que ostenta en su landó lujoso arreo.
Ni el inglés carruaje,
Que relumbra y chispea,
Ni el volador plumaje,
Ni la rica librea.
Ni el caballo, que ufano se pompea
Entre uno y otro espléndido equipaje.

Ya para mí no es nada el dulce hechizo
De aquel fuego que brilla
Al través del sombrero ó la mantilla,
Y del ligero vaporoso rizo.
De unos ojos que dan ó muerte ó vida,
Soles de un cielo donde amor se anida.

...¿Qué me importan las frases dislocadas,
Que vuelan derramadas
De los grupos que pasan diferentes?
¿Qué de amantes parejas el arrullo?
...¿Qué el continuo murmullo
De aquel mar agitado de vivientes?...

Si algún caballo ó coche me atropella,
Apénas puedo con turbada huella
El peligro evitar. Si por acaso
Unos ojos de luz encuentro al paso,
Huyen ¡ay! de los míos
Apagados, sombríos:
Y ni un semblante grato, una sonrisa,
Ni una frase fugaz mi pecho halagan,
Y las turbas, que vagan,
Me empujan y me oprimen. Ya me pisa
El joven, que siguiendo con los ojos
La causa de su encanto ó sus enojos,

No ve do pone el pié. Ya torna en ceño
Su semblante risueño
La que vuelve un instante
A mirar á su amante,
Y halla mi rostro adusto;
Y ya le causa susto.
La arredra y martiriza
Mi frente de ceniza,
Mi severa mirada,
A la que recatada
Y tímida un billete delicioso
Iba al paso, á entregarle á algún dichoso.
¡Ay cielos!... No respiro
En aquel mundo extraño en que me miro.

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y después el ataud.*

¿A dó me conducís?... Cuando reposo
Han menester mis miembros fatigados,
Carcomidos, helados,
¿Quereis que éntre de un baile en el salón?

Ved qué noche, qué cielo borrascoso:
Las nubes lluvia sin cesar derraman,
Los aguilones braman;
Estas las horas de descanso son.

Mas el aura los suaves instrumentos,
Inundan de dulcísima armonía,
Vencen la luz del día
Las arañas de bronce y de cristal.

¡Qué atmósfera los ricos aposentos
Tan templada y vivífica contienen!
¡Qué dulce encanto tienen!...
Un aura se respira celestial.

¡Qué galas, y qué joyas, y qué flores
Ostentan elegantes damas bellas,
Rutilantes estrellas
De un cielo de placeres y de amor!

Helados, frutas, dulces y licores,
Y el té de China, y el café de Moca,
En el cristal de roca
Nos brinda el ostentoso aparador.

Ya en rauda remolino
De embalsamado viento,
Respirando contento,

Por incierto camino
Las parejas girando en torno están.

Y en un mar de armonía
Se agitan, se revuelven,
Y se alejan y vuelven,
Y cruzan á porfía,
Y en confuso tropel cruzan y van.

Ni la alfombra moruna
De sus plantas se queja,
En pos de sí no deja
Rastro ni huella alguna
La turba que á compás gira el salón.

Hojas del fresco octubre,
Que manso viento lleva
Sobre la yerba nueva,
Que la llanura cubre,
Las parejas que en torno vuelan son.

Vamos de aquí,
La confusión
De este salón
No es para mí.
¡Ay! me marea
El raudo giro
Que en torno miro;
Y cuando ondea
La gasa leve
Como la espuma,
Cuando se mueve
La riza pluma,
Cuando un pie breve
El mío toca,
Y el blando aliento
De hermosa boca
Junto á mí siento,
De abatimiento
Mi alma se llena,
De negra pena
Mi corazón...
Me ahogo, sí...

Vamos de aquí,
La confusión
De este salón
No es para mí.
Ya en él seré
Una fantasma,
Que huela y pasma
A quien la ve.

Vamos de aquí,
No es el salón del baile para mí.

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento
Y la muerte, y después el ataud.*

¡Ay! si el tiempo voraz derrumba y traga
La fuerte torre y la robusta encina,
Si las montañas hunde y arruina,
Sorbe los mares y el volcán apaga,

¿Qué hará del hombre, efímera criatura,
Frágil gusano, polvo deleznable,
Cuyo existir mezquino y miserable
Un rápido momento apenas dura?

Y cuando el mudo curso de los años
Descompone sus fibras y su mente,
Y el corazón helándole, inclemente
De dolores lo cerca y desengaña,

¿Qué es para el hombre el mundo?... Una posada
De que debe partir al otro día.
¿Y cómo sufrir debe la agonía
Un cuerpo, que desplómase en la nada?

Sea de un benigno sol el rayo ardiente,
Que lo restaura un poco, su consuelo,
Un mullido sillón todo su anhelo,
Un báculo su amigo y confidente;

La dieta su regalo, y el reposo
En soledad tranquilo su contento,
Donde pueda entregarse al pensamiento,
O en los brazos de su sueño letargoso.

Y en la misericordia confiado
Del que da luz al sol, vida á la hormiga,
Empuje al huracán, jugo á la espiga,
Y ante quien no hay futuro ni pasado,

El rumor no le asuste de la planta,
De la muerte, que á hollarlo se encamina,
Ni al mirar la segur, que se avecina
Para segar su misera garganta.

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y después el ataud.* Nápoles 1847



EL CAMPO

AL DUQUE DE MONTEBELLO

¿A esto campo llamais? ¿A los verjeles,
Que arregla y que repule un jardinero,
A un bosquecillo á guisa de florero,
Y á tiestos de azucenas y claveles?

¿A un palacio, que puede maravilla
Del arte ser, y se alza á las estrellas,
Con estancias tan anchas y tan bellas,
Y donde el lujo refinado brilla,

Casa de campo la llamais, en donde
El descanso y salud buscáis ansioso,
Y aquel tranquilo y plácido reposo,
Que en la apacible soledad se esconde?

¿Y juzgáis poner tregua á la fatiga
Del mundo, á cuatro pasos de la corte,
Donde de fatuos la importuna cohorte
Os sigue á todas horas y os hostiga?

¿Donde es más atildado vuestro traje,
En donde en sus venenos más esmero
Pone vuestro famoso cocinero,
Y do ostentáis más brillo y equipaje?

Esta vida de moda, titulada
Vida de campo, es vida de artificio,
De loca vanidad, de lujo y vicio,
Que ni al alma ni al cuerpo sirve nada.

Vida de campo es cosa diferente,
Casa de campo es diferente cosa,
Y el que llamar así las vuestras osa,
O no dice verdad, ó está demente.

Para buscar descanso de la corte,
Y en vez de su afanoso movimiento,
Paz, y reposo y plácido contento,
De modo tal que á la salud le importe,

Fuerza es ir léjos de ella, renunciando
Al género de vida que ella impone,
Y donde cuerpo y alma no aprisione
De moda y chismes el dañino bando.

Escondirse en el seno enmarañado
Del bosque, que hizo Dios, en las montañas
Obra de su poder, ó en las cabañas
Aproximarse al primitivo estado.

Admirar la fructífera llanura,
Donde el Omnipotente á manos llenas
Al mísero mortal de sus faenas
Le da en premio sustento con hartura;

Los montes que, gigantes, la alta frente,
De peñascos y encinas coronada,
Esconden en la nube nacarada,
Y el primer rayo gozan del Oriente;

El llano que se viste de amapolas,
La cascada, que entre una y otra peña
Rota, á los hondos valles se despeña,
O de la solitaria mar las olas.

¿Los mosaicos qué son y losas tersas
A las maduras mieses comparados?
¿Qué con la verde alfombra de los prados
Las que tejen solícitos los persas?

¿Qué es del hombre el más grande monumento,
Sus columnas, sus torres y obeliscos,
Si se comparan con los altos riscos,
Puntales del remoto firmamento?

.

Y de un piano aleman el cencerreo,
Y el oscuro clamor de una vihuela,
El canto de la enclenque damisela,
Y de galan raquítico el solfeo,

Allá en la corte apláudanse en buen hora,
Donde todo es ficción, todo mentira;
Pero que se celebren me da ira
Léjos de aquella habitacion traidora.

En el campo escucharse la voz debe
De la naturaleza, y su armonía,
El grave acento de la selva umbría,
Cuando su cabellera el viento mueve.

El estruendo de ronca catarata,
Que se rompe bramando en remolinos,
Por toscas peñas, por robustos pinos,
Y en espuma y en humo se dilata.

El murmullo apacible, que en la oscura
Noche espárce el arroyo entre las flores,
Y el que la brisa forma en los alcores,
Meciéndose en los lechos de verdura.

Los dulces trinos, los gorjeos suaves
Del ruiseñor, que sus amores flora,
Y los himnos que cantan á la aurora
En dulce coro las risueñas aves.

Y si sublime música se anhela,
¿Cuál á la voz del huracan se iguala,
O á la del mar cuando el empireo escala,
O del granizo cuando el campo asuela?

.

Pues, y los elegantes cortesanos,
Que á caballo ó en tilburi, á porfía
Vienen á fastidiaros todo el día,
Y á quitaros el tiempo de las manos,

¿Se pueden tolerar? Y esos festines
Con plata y con *vermeil*, y esos lacayos
Con franjas y cordones en los sayos,
Chupa roja y calzon, guantes, botines,

¿Hay quién los sufra?... Y el paseo en coche,
Y esas ropas de seda recamadas,
Y sorber el té inglés, y hacer *charadas*,
Hasta mucho despues de media noche,

¿Es vivir en el campo?—Yo, si anhelo
Descansar de este mundo bullicioso,
Y en busca de salud y de reposo,
A una agreste mansion dirijo el vuelo,

Rompo todos los hábitos de corte,
Sus palacios, sus mesas y su traje
Olvido, y hasta olvido su lenguaje;
Y la simple verdad sólo es mi norte.

Busco la soledad, que en ella sólo
Se alza el mortal á la serena altura
De la meditacion, y se figura
Dueño de la creacion de polo á polo.

Ya trepo de los montes á la cima,
Despreciador del viento, con la mente
Me lanzo á contemplar el sol ardiente,
Y águila soy que al cielo se sublima.

Y bajo á lo profundo de los valles
A escuchar de la tórtola el reclamo,
Y cruzo libre, como el libre gamo,
Limpios arroyos y torcidas calles.

Y si de aquellas quiebras en el fondo
Me asalta un temor vago, incierto y frio,
No tengo que fingir denuedo y brío,
Y con las liebres tímidas me escondo.

Ya á la par del reptil de verde escama,
Me deslizo en la yerba de los prados,
Donde encuentran mis miembros fatigados
Siempre mullida y deliciosa cama.

Ya fiera del desierto me reputo
Cuando recuerdo agravios y rencores,
Ya para con alevos y traidores
Lecciones tomo del raposo astuto.

Ya de ilusiones blandas y sabrosas,
Vuelo en las alas al humilde nido
Donde su tierno amor han escondido
Las aves inocentes y dichosas.

Si me hielan las brisas de la aurora,
Me restaura del sol la lumbre ardiente;
Si esta me abrasa, el delicioso ambiente
Busco, que en las oscuras selvas mora.

Al despuntar el sol abro los ojos,
Disfruto á mi placer del día entero,
Y cuando va á alumbrar otro hemisfero,
Ya mis miembros del sueño son despojos.

Y si anhelo la humana compañía,
Pues sociales al cabo hemos nacido,
Sin componer ni rostro ni vestido
Ni frases rebuscar de cortesía,

Vóime al chozo inmediato ó á la aldea,
Y converso con rudos labradores,
Y en sus charlas y pláticas de amores
Mi mente se complace y se recrea.

No porque necio abrigue la creencia,
Juzgando verdaderos los idilios
De Moscos, Garcilasos y Virgilio,
Que es la choza el hogar de la inocencia;

Sino porque los rústicos al ménos,
Si hombres al fin, y como tal taimados,
No tienen á la moda enmascarados
Sus conatos ya malos ó ya buenos.

Y á la sana razon es cosa rara
Que se nieguen, y saben por instinto
Juzgar de nuestro humano laberinto
Con gran exactitud y á luz muy clara.

Vivo como ellos viven. Oro y seda
No adornan mi vestido. Es el asco
De mi ajuar y persona el solo arreo,
Sin que otro alguno incomodarme pueda.

Como, como ellos comen, pan moreno,
Caza y legumbres. Bebo vino puro.
Del sol ni del relente no me curo,
Y prefiero al colchon de pluma el heno.

Y despues de dos meses de esta vida,
Más robusto, más jóven, más tranquilo,
Dejo del campo el sosegado asilo,
Contento y la salud restablecida.

Y al bullicio del mundo alegre torno,
Y de la sociedad á las delicias,
Preguntando afanoso las noticias,
Y si ha habido en el orbe algun trastorno.

Así comprendo sólo que útil sea,
Y que así les conviene al cuerpo y alma,
Dando vigor al uno, á la otra calma,
La vida de los campos y la aldea.

Que esta vida de moda y de artificio,
Más que la de la corte refinada,
Siempre será por mí considerada
Vida de vanidad, de lujo y vicio.

Castellamare, Julio de 1817.



A LUCIANELA

SONETO TERCERO

Deja, deja las redes, Lucianela,
Y las áridas playas de los mares,
Y torna á tus dulcísimos cantares,
Y torna á tu gallarda tarantela.

Ven el ídolo á ser de tu plazuela,
Do el mismo amor se inclina en tus altares,
Y á abrasar corazones á millares,
Al compás del pandero y la vihuela.

¿Por qué has de usar de materiales redes
Para enlazar imbéciles pescados,
Que el ser tuyos contemplan suerte dura;

Cuando con otras invisibles puedes
Tantos pechos tener encadenados,
Que cifran en ser tuyos su ventura?

Niépola, 1847.

EPÍSTOLA

Á DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO, CONTESTÁNDOLE Á UNA SUYA DE COPENHAGUE

Recibí tus lindísimos tercetos,
Que rebosan ingenio y poesía,
Cultos, sonoros, fáciles, discretos,

Y han dado gran contento al alma mía,
Que del consuelo de noticias tuyas
Hace ya muchos meses carecía.

Y por más que me digas y me arguyas
Que espacio de escribirme no tuviste,
Mi prevención no es fácil que destruyas.

Allá en Madrid, acaso, ¿no pudiste
Ponerme cuatro letras, ni has podido
El tiempo que en París te detuviste?...

Mas pelillos al mar, pues he sabido
Que has hecho con salud tan gran viaje,
Demos todas las quejas al olvido.

Me pasma y me confunde tu lenguaje,
Y el modo con que pintas esa tierra
En tan tétrico y lúgubre paisaje.

Pues aunque sé que le hacen cruda guerra
De un invierno sin fin la nieve y hielo,
Cosa que sólo con pensarla aterra.

Juzgué sabiendo el ardoroso anhelo
Que en ir allá tuviste, fuera acaso
Un nuevo Eden, un abreviado cielo.

Y aunque de luz, calor, y vida escaso,
País de dulce trato y de cultura,
Agradable á las nueve del Parnaso.

Mas vive Dios, que si es cual la pintura,
Que de él me muestras en tu linda carta,
Completa debe ser tu desventura.

Desde que repasé la lengua sarta
De desdichas, que cuentas, y que creo,
Tu imágen de mis ojos no se aparta;

Y ya tu enclenque personilla veo
Aislada y tiritando entre cristales,
Mirando caer la nieve por recreo;

O de pieles de hirsutos animales
Cubierto hasta la boca y las narices,
Hielos atravesando y lodazales;

O entre estufas, alfombras y tapices
Pasar en las tertulias de esa gente
Dos ó tres largas horas infelices,

Sin que tal sociedad anime ardiente
Amor, ni coqueteo interesante,
Ni un dicho agudo su frialdad caliente;

Sin que un punto el estilo se levante,
Y ó profunda, ó chistosa, ó tierna, ó fina,
Corra conversacion sábia y galante;

En fin, sin que la luz clara y divina,
En esa opaca y detestable esfera,
Brille de la belleza femenina;

Y oyendo los rugidos, por contera,
De una lengua durísima, insonora,
Que áspera y dura aún entre lobos fuera.

Pero haces mal en lamentarte ahora,
Porque tuya es la culpa: el ala encoge,
La mecha aguanta, y resignado llora.

Que aquel á quien dan bien, y mal escoge,
Dice un refran de la española gente,
Por muy mal que le avenga, no se enoje.

Cuando al dejar del Tajo la corriente
(Donde aunque los gallegos te aburrian,
Gozabas claro sol y puro ambiente),

Ir á la hermosa Grecia te ofrecian,
¿Por qué desacordado lo rehusaste,
Creyendo que ofenderte pretendian?

¿Por qué, dí, mentecato, imaginaste
Que Dinamarca era mejor que Grecia,
Y por mudar destino trabajaste?

Si Copenhague fuera otra Lutecia,
Si otra Lóndres... al cabo se comprende.
Tu pretension no hubiera sido necia.

Mas preferir, Leopoldo, el ir allende
El mar del Norte, á no vivir, á helarse,
Y donde ni se goza, ni se aprende,

Sólo puede, perdóname, explicarse
Por falta completísima de seso,
Y como tal con pena lamentarse.

¿Es posible que un hombre de tu peso,
Tan entendido y docto, y aplicado,
Acaso y sin acaso, con exceso,

La cuna á visitar se haya negado
Del humano saber, y el noble suelo
Por tanto ingenio y gloria consagrado?

Allí gozaras trasparente cielo,
Do rueda un sol magnífico, brillante,
Que deja rara vez triunfar al hielo,

Mas que templa su llama fulminante
Con blandas brisas, plácidos rocíos,
Y aún con lluvia benéfica abundante.

Clima tan venturoso nuevos brios
Te hubiera dado, y nuevas ilusiones,
Y tambien nuevos goces y amoríos.

Allí la vid formando sus festones
Entre olivos pomposos, las colinas
Vieras ornar en todas estaciones.

Y aguas puras, corrientes, cristalinas
Cruzar el verde y delicioso prado
De rosas esmaltado y clavellinas:

Y ni un valle risueño, ni un collado,
Y ni un risco siquiera, que orgulloso
No esté de altos recuerdos coronado.

Allí oyeras el sabio, el sonoro
Idioma, aunque del tiempo carcomido,
Que el troyano cantor hizo famoso.

Y si en las claras nubes, embebido
En profundas ó tiernas reflexiones,
Vagaras por los campos distraído,

De Píndaros, de Homeros, de Platones,
Y de Aspasias y Safos te cercaran
Las sombras, ya contigo en relaciones;

Y tu pecho y tu mente se agrandaran,
Y acaso tales obras produjeras,
Que tu nombre, Leopoldo, eternizaran.

Es verdad que en la Grecia no tuvieras
El *boudoir rococó*, ni el *equipaje*
Que en Lóndres y París tener pudieras;

Ni aquel refinamiento en el *menaje*,
Ni acaso el regalado cocinero,
Ni *Urigüen* y *Regnaud* te dieran traje,

Ni de tanto negocio de librero
Las malvadas y nuevas producciones,
Aluvion que se come al mundo entero,

Gozaras; ni tampoco los salones
Tan llenos de elegancia y secatura,
Ni inmensos de teatros las funciones;

Ni el oropel y baladí cultura
De academias, de clubs, de sociedades,
Charlatanismo todo, y farsa pura.

Pero en lugar de tantas vaciedades,
Que son, por más que nos deslumbren, humo,
Y nublados que anuncian tempestades;

En Aténas gozaras el bien sumo
De un clima delicioso, que el primero,
De cuantos el mortal goza, presumo.

Y el esplendor y claro reverbero
De la belleza femenil, que al cabo
Encanto es de la vida verdadero.

Y si de la afición, que tanto alabo
A cultivar las ciencias y las artes
Sigues, como no dudo, siendo esclavo,

Debes de convenir, sin que te apartes
De mi opinión un punto, que la Grecia
Ricos veneros tiene en todas partes,

Do el ingenioso que el estudio aprecia
Pueda saciar su sed, y que es menguado
El que los desconoce ó los desprecia,

Y no tan sólo son de lo pasado
Los recuerdos insignes sus lecciones,
No, que también las da su nuevo estado.

Un pueblo que rompió los eslabones
Que tantos siglos arrastró, anhelante
De libertad alzando los pendones;

Y que la santa cruz plantó triunfante,
Después de larga lucha y de heroísmo,
Sobre la blanca luna del turbante;

Y que resucitando de sí mismo,
Como el Fénix renace de su hoguera,
Asegura en Levante el cristianismo;

¿No es digno de estudiarse, y no ofreciera
A tus meditaciones campo nuevo,
De la activa política en la esfera?

Sí, sí, Leopoldo, asegurarte debo
Que el darte aquel destino fué una gracia,
Y á demostrarlo sin temor me atrevo.

Pues si buscas activa diplomacia,
Para no enmohecerte entre tus socios,
Y lucir tu talento y eficacia,

¿Pensabas encontrar menores ocios,
Mayor actividad en Dinamarca,
Que en la corte de Grecia y sus negocios?...

Esta tan celebrísima comarca,
Donde un pueblo á mitad civilizado,
Y un extranjero y sin vigor monarca,

Luchan entre el futuro y el pasado,
Ardiendo en fogosísimas pasiones,
Tiene en Europa un puesto reservado.

Y sus bandos, partidos y facciones
Una ancha escena ofrecen positiva,
Do representen todas las naciones.

Allí la Inglaterra astuta, activa,
De la discordia en su favor el fuego
Sopla, y á Francia del influjo priva.

Esta por otro lado intenta luego
De su rival descomponer los planes,
Para poder restablecer su juego;

En tanto los caducos musulmanes
La reconquista sueñan con despecho,
Aún juzgando posibles sus afanes;

Mientras que el moscovita está en acecho
De la rica Estambul, y arde en la llama,
Que por tan gran beldad guarda en el pecho.

Y el estudiar tan complicado drama,
¿De fraguar, ocasiones no te diera,
Despachos dignos de renombre y fama?

Pero insistir más largamente fuera
Hacer notable agravio á tu talento,
Y pérdida de tiempo verdadera.

Y concluiré con sólo un argumento,
Contra esa tu elección, que ya te duele,
Y es, si no de razon, de sentimiento.

Al destinarte á Grecia (aunque te huela
Sólo á un corral de vacas, cual se dice
En la lengua que usar el vulgo suele).

¿Tan poca mella en tu memoria hice,
Que de abrazarme el amoroso anhelo,
En esta tierra que el Señor bendice.

No te aguijó para tomar el vuelo,
Y sin andarte en dimes y diretes,
De rondon encajarte en este suelo?...

¡Cuánto al ver asomar los gallardetes
Del buque que te hubiera conducido,
Y sus pomposas gavias y juanetes:

O de humo denso, oscuro, denegrido
La lengua cola, palpitado hubiera
Mi corazon de dulce gozo henchido!

¡Con qué placer del mar en la ribera,
O en el soberbio muelle, estrecho abrazo
Mi pecho con tu pecho confundiera!

Y enganchados despues los dos del brazo,
De las familias de ambos discuriendo,
A quienes une tan estrecho lazo,

Y á Madrid y á Sevilla revolviendo
Nuestra primera charla mal zurcida,
Las cosas y personas confundiendo,

Te hubiera conducido á mi guarida,
Y en ella blandamente descansaras,
Sin anhelar acaso mejor vida.

Y de esta gran ciudad las cosas raras,
Y uno y otro magnífico edificio,
Siendo yo el *Cicerone* examinaras;

Y te hicieran perder casi el juicio
De estas calles y tiendas y paseos
La grande animacion, el gran bullicio,

Luégo en estos riquísimos museos
De las tres artes venerado hubieras
Los más altos y espléndidos trofeos;

Mármoles, que con vida los creyeras,
Bronces, que casi sienten y respiran,
Creaciones del genio verdaderas;

Y frescos antiquísimos, que admiran
Por su dibujo, su color y gracia,
Y do gusto y saber juntos se miran;

Mosaicos, en que estudio y pertinacia
Eternizan colores y perfiles,
Y que pasman los ojos por su audacia;

Y armas, y muebles, é instrumentos viles,
Y trebejos domésticos, mezclados
Con adornos y adobos femeniles:

Objetos que en ceniza sepultados,
O entre lava, ya mármol verdadero,
Diez y ocho siglos fueron olvidados:

Y que nuestro gran rey Carlos tercero
Sacó á la luz, y dióles nueva vida,
Para instruccion del universo entero:

Pues con ellos ha sido conocida
La domesticidad de los romanos,
Y su manera de vivir sabida.

Es gran gusto tener uno en sus manos
Ya un yelmo con su cima y su visera,
De un guerrero de tiempos tan lejanos;

Ya un antiguo velon, ó una salsera;
Ya el collar que adornó de una romana
El torneado cuello y la pechera;

Ya un bote de arrebol, que falsa grana
 Dió de antigua coqueta á la mejilla,
 O iluminó á una vieja cortesana.

¿Y el sentarse de un cónsul en la silla?...
 ¿Y de Salustio (1) ó de otro personaje
 Mirar la palancana ó la salvilla?...

Y no sólo á utensilios del menaje
 De aquellos famosísimos varones
 Dieras, y á sus estatuas homenaje;

Que de este gran museo en los salones
 De las artes modernas lo darías
 También á extraordinarias producciones.

De Sanzio y Buonarrota admirarías
 Las tablas y los mármoles divinos,
 Y á Salvator de Rosa apreciarías.

Y si gustas de rancios pergaminos,
 En esta biblioteca los hallaras,
 Griegos, normandos, árabes, latinos.

Pues y cuando conmigo contemplaras
 De Herculano y Pompeya las ruínas,
 ¡Cuánto, cuánto, Leopoldo, allí gozaras!

Luégo trepando riscos y colinas,
 Y con pié mal seguro y vacilante
 Masas de azufre y lavas ferruginas,

A los hombros altivos del gigante,
 Que hizo el estrago hubiéramos subido,
 Y hasta la hórrida boca fulminante,

Para escuchar el infernal bramido,
 Aterrador cual continuado trueno,
 Voz del fiero Titan allí escondido;

Y vieras cómo lanza el hondo seno
 Cenizas, peñas, llamas, humo ardiente,
 Que ofusca el sol más claro y más sereno;

Y vieras de las lavas el torrente
 Que rojo entre peñascos se derrumba,
 Y que ningun obstáculo consiente.

—¡Ay!... ¿Son de veras los volcanes tumba
 De los rebeldes ángeles, y puerta
 De un bátratro infernal, que en lo hondo zumba?

(1) En las ruinas de Pompeya se ve una linda casa que llaman de *Salustio* y en donde se han hallado muchas preciosidades.

Otras veces al sitio de Caserta
 Dirigierámbos ambos el paseo,
 Y que te fuera grato es cosa cierta.

Tambien es un magnífico trofeo
 De la munificencia soberana,
 Que á Madrid dió el palacio y el museo.

No ostenta el edificio la romana
 Majestad, ni la gracia y proporciones
 De griega arquitectura aún más galana;

Mas tiene respetables dimensiones,
 De mármoles magnífica escalera,
 Y régios gabinetes y salones.

Grandes son los jardines, de manera
 Que te pasas en verlos la jornada,
 Y llega su arbolado á la alta esfera;

Y pura abundantísima cascada,
 Que de un monte derrúmbase eminente,
 Los atraviesa luégo sosegada.

Ni Pórtici te fuera indiferente,
 Do va á buscar de esta ciudad la crema
 En el otoño saludable ambiente.

Y complacencia te causara extrema
 Ver á Castellamare y á Sorrento,
 Donde compuso el Tasso su poema.

Y aún más la gruta azul, raro portento,
 Pues toda ella parece de zafiro,
 Y es de marinas diosas aposento.

Luégo, pudiendo hacer más largo giro,
 Hubiéramos á Analfi visitado,
 Y admirado la hubieras, cual la admiro.

Y por el ancho golfo en bote alado
 Llegáramos tal vez hasta Salerno,
 Patria de Bayalarde endemoniado,

Y cuya vida en comedion eterno
 Tantas veces habemos aplaudido
 En las pesadas noches del invierno.

¡Con cuánto gusto hubieras recorrido
 El templo, con el cuerpo venerando
 De un santo evangelista enriquecido!

En él tambien, del célebre Hildebrando,
Que los reyes domó y emperadores,
En espadas las llaves trasformando,

Y que contra los bárbaros furores
De la ignorancia combatió forzado,
Dando á la Iglesia nuevos resplandores,

La tumba contemplaras: Y no dudo
Que al ver su noble busto allí esculpido
Lo saludaras con respeto mudo.

¡Y cuál despues tu encanto hubiera sido
Las ruínas de Pesto visitando,
Que más de tres mil años han cumplido!

Hácia distinta parte luégo andando,
Por la larga y antigua, y rara gruta
De Posílipo el monte taladrando,

Tomáramos la hermosa y ancha ruta,
Que por Bañoli va y por la marina
Hasta Puzzol, famosa por su fruta.

De Sérapis un templo allí en ruína
Vieras, la celebrada solfatara,
Y un circo de grandeza peregrina.

Y despues las estufas ¡cosa rara!
De Neron, donde á entrar no hay quien se atreva,
Si hasta el quilo á sudar no se prepara.

Cerca el lago de Agnano con la cueva
En donde muere el can, que se aventura,
De lo que hubieras visto hacer la prueba:

Lago, que de un volcan ser se asegura
El extinguido cráter, te daría
Gusto por su amenísima frescura.

Y un poco más allá te gustaría
Ver á Averno, á Lucrino y á Fusaro,
Lagunas que Virgilio conocía.

Y observaras tambien con tiempo claro
En el lecho del mar dormida á Cumas,
Pueblo que la Sibila hizo preclaro.

Y si del mar dejando las espumas,
Del cerro de Camáldula á la frente
Subieras una tarde en que no hay brumas,

Y el sol hácia la tumba de occidente
Lento bajar de majestad vestido,
Vieras por este cielo trasparente,

Te quedaras, Leopoldo, embebecido:
Pues igual espectáculo en tu vida,
Ni aún allá en nuestra patria, has conocido.

Oro es el horizonte, y es fundida
Plata la mar, el aire es grana, y fuego
Cuanto alumbra la llama enrojecida.

Y los celajes pálidos, que luégo
Rubí se tornan, nácar y topacio,
Formas cambiando con gracioso juego.

Aparecen cual fúnebre palacio,
Que honra al cadáver del Señor del día,
Del difunto monarca del espacio.

Y de Ischia la cerviz alta y sombría
Pirámide parece, que levanta
Para sepulcro suyo la mar fría.

Mas si como me temo ya te espanta
De tanto que hay que hacer aquí la vista,
Que aún el placer continuo no se aguanta,

Y dices entre dientes: *Dios me asista,
En no haber ido á Nápoles bien hice,
Pues para tanto andar no hay quien resista;*

Razon es que te calme y tranquilice
Diciéndote, que tales excursiones
No son cual tu temor tal vez te dice.

Pues ó se hacen en cómodos bridones
Obedientes al freno y á la espuela,
O en hombros de robustos lazarones;

O por ferro-carril, ó en carretela,
O en barca, ó en jumento, y hay alguno
Que más que un ave por los campos vuelva.

Ni me ofendas, creyéndote que ayuno
Has á andar así de ceca en meca,
Pues me cuido y me mimo cual ninguno.

Y llevo siempre bollos de manteca,
Un paté de foie gras, Jerez, Champaña,
Jamón, pavo trufado y fruta seca.

Cuando me arrojo activo á la campaña
Para correr por estos andurriales,
Y así obsequiar á un viajador de España;

Que tripas llevan corazon en tales
Excursiones, y estómago vacío
No ve más que fantasmas infernales.

Que no pensaras, Leopoldo mio,
Que ibas tan sólo á ver antigüidades,
Grutas, parques, y páramos confío;

Pues en altas y bajas sociedades
Te hubiera presentado con gran gusto,
Do admiraras tambien raras beldades;

Y no de mal pergeño, y genio adusto,
Sino de gran primor y ameno trato.
Pues decir otra cosa fuera injusto.

Mas vive Dios, Leopoldo, que hace rato
Que en contarte la vida que aquí harías,
Cual si me dirigiera á un mentecato,

Me ocupo, y no te doy noticias mias,
Que pienso deben tanto interesarte,
Pues que de ellas careces largos dias.

Pero ¿qué he de decirte ni contarte?...
Que aquí estoy cada día más contento
Puedo tan solamente asegurarte:

Pues esta gran ciudad es mi elemento,
Y cuatro breves años han corrido
Sin dar á mi madura edad aumento.

Aquí no se envejece, y he vivido
Como el pez en el agua, con la suerte
De ser de altos y bajos aplaudido.

Mas no debo ocultarte ni esconderte,
Que empieza ya la atmósfera á turbarse,
Y que barrunto un temporal muy fuerte.

Esta tierra comienza á conturbarse
De la revolucion con la tormenta,
Y sus dichas verá desmoronarse.

Ya de plebe ignorante y turbulenta
El alarido en estas plazas zumba,
Y bastardas pasiones alimenta.

Y temo se abra la insondable tumba,
Donde el reposo y paz de las naciones
Este siglo maléfico derrumba.

En Palermo han tronado los cañones,
Y si aquí aún están mudos, se ha debido
A oportunas y sábias precauciones,

Y á que este rey magnánimo, advertido,
Concesiones, por cierto extraordinarias
Mas que están á la moda, ha prometido:

Y tenemos aplausos y plegarias,
Milicia, tricolores banderolas,
Vivas, mueras, banquetes, luminarias.

Cosas, que indiferentes por sí solas,
Dan margen á desórden y á exigencias,
Que crecen cual del mar crecen las olas.

Entre tales trastornos y ocurrencias
Ya te figurarás que habré tenido
Compromisos de graves consecuencias,

Que mi tranquilidad habré perdido,
Y que grandes negocios cada hora
Me tendrán abrumado ó aburrido.

Ya un parecer me piden sin demora,
Cual práctico en barullos semejantes,
Ya á un consejo me llaman á deshora.

Y en tan duros y críticos instantes
No estoy yo descontento de mí mismo,
Que haciendo estoy servicios importantes.

Ora calmando un necio patriotismo,
De aquellos que de buena fe caminan
Con intencion sanísima al abismo;

Ora á los que engañados desatinan,
Sin conocer del siglo la tendencia,
Porque hábitos añejos los fascinan,

Aconsejando calma y gran prudencia;
Porque oponer de pronto á tal torrente
Impotentes estorbos es demencia.

En fin, predico con teson ardiente
Respeto al trono y paz, cimiento sólo
De un arreglo oportuno y conveniente.

Mas ¡ay! parece que iracundo Eolo
Ha soltado los fieros buracanes,
Que el orbe agitarán de polo á polo.

Temo grandes vaivenes y desmanes,
Y me asusta el mirar á los ingleses
De la discordia acalorar los planes,

Mientras duermen ó sueñan los franceses,
Cuya débil y necia diplomacia
No ve en peligro aquí sus intereses (1).

(1) Aún no se había verificado en Francia la revolucion que lanzó del trono al rey Luis Felipe.

Dios nos conceda por piedad la gracia
De que no cunda la espantosa hoguera,
Que empieza á arder con insaciable audacia:

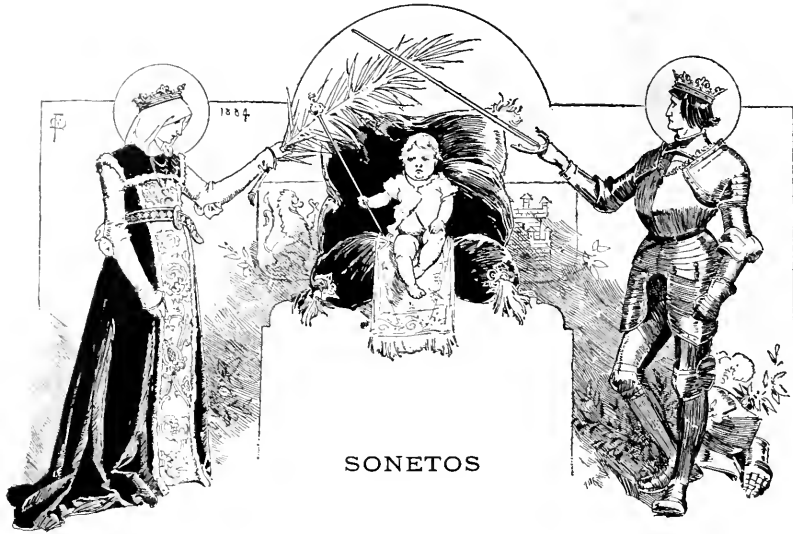
Y que la hermosa Italia á la carrera
No se lance, de paz y dichas harta,
En que un confuso piélago la espera.

Pero va siendo libro lo que es carta,
Y que tenga ya término es forzoso
De estos tercetos la prolaja sarta.

Adios, Leopoldo amado, sé dichoso,
Y pues sabes lo mucho que te quiero
No seas en escribirme perezoso.
Nápoles á catorce de febrero.

1847





SONETOS

AL NACIMIENTO DE S. A. R.
LA AUGUSTA PRINCESA DE ASTURIAS

Astro consolador, niña inocente,
Prenda de paz durable y de ventura,
Duerme en el seno maternal segura,
Bendita del Señor omnipotente.

Las alas de un arcángel refulgente
Sirven de pabellon á tu hermosura,
Mientras, ardiendo en puro amor, te jura
Española lealtad la hispana gente.

Y mientras de los ásperos manglares
De Cuba hasta las crestas de Moncayo,
Y del Japon en los remotos mares

Brilla de la esperanza el dulce rayo,
Y con fervientes vivas y cantares
Te saludan los hijos de Pelayo.

Madrid, 1852.

AL BAUTISMO DE S. A. R.
LA AUGUSTA PRINCESA DE ASTURIAS

Quando en la fuente santa del bautismo
El lucero, esperanza de Castilla,
Purificó la original mancilla
Con despecho y horror del hondo abismo;

Ardiendo en fiel amor y en patriotismo,
El pueblo hispano, hincada la rodilla,
Su lealtad consagróle y su cuchilla,
Su riqueza, su gloria y su heroismo.

Y del celeste trono ante la alteza
Dijo Isabel primera (el pié besando
De Dios eterno, cuya vénia alcanza):

«Yo le doy mi virtud y fortaleza.»
«Y yo (dijo el glorioso San Fernando)
Mi fe ardorosa y mi invencible lanza.»

1852.



LA NOCHE BUENA EN PARIS Y EN MADRID

EL AÑO 1857

ROMANCE DEDICADO A LA TERTULIA LITERARIA DE LOS EXCMOS. SRES. MARQUESES DE MOLINS

Ya son las diez... ¡ay qué noche!
No es la *buena* para mí.
Cae mucha nieve... ¡Qué frío!
Es imposible salir.

Ahora en la calle del Prado
Aquella copia feliz
Recibirá á los poetas.
Él amable, ella gentil.

Vive Dios, que estoy mohino
Porque no me encuentro allí.
A disfrutar con mi gente
Del obsequio de Molins.

Esta noche yo trocará
Los encantos de Paris
Por la sociedad querida
Y el succulento festín.

¡Que no encuentre alguna bruja
Que me lleve de espolín.
Cuando á caballo en su escoba
Vaya esta noche á Madrid!...

¡Que en Licenciado Torralba
No me pueda convertir,
Aunque sea el mismo demonio
Locomotora de mí!...

Si por telégrafo eléctrico
Los hombres pudieran ir,
No faltára, que estuviera
Ya de patitas allí.

Pero pues no encuentro bruja
Ni demonio volatin,
Ni embeber puedo mi todo
En un alambre sutil.

Vaya el alma, vaya el alma
Ya que no el cuerpo á Madrid:
Mi imaginacion la lleve.
Alma, disponte á partir.

Y aunque la cabalgadura
Es un relámpago, al fin
Atravesar tanto espacio
Tampoco es grano de anís.

Bueno será reforzarla,
Prudente aguijarla, y
Darle á lo ménos un pienso,
Que no se niega á un rocin.

(*Entra un criado*) Hola, Santos.—¿Qué me quiere?—
—De aquel jago de la vid
Que el Guadalete transforma
En rica esencia de Oñir.

Trae dos botellas.—El diablu
Lléveme consigu si
Entiendu lu que me pide.
Santos, eres un mastín.

Vino de Jerez, te pido.
—Ahora, señor, lu entendí.
—¿Qué gallego tan idiota!—
—Las butellas traígu aquí.—

—Destápalas.—Voy al punto,
Que el toruzon prevení.—
—Tirabuzon, dí, gran bestia.—
Pues esu, quise decir.—

—Dame, dame. ¡Qué fragancia!
Puede á un muerto revivir.
Eh, Santos, déjame solo:
Vete, que voy á Madrid.—

—Nu va á tumar mala turca
Mi amu; y luego hablan de mí:
Lu que veu es que ningunu
Echa el vinu en el candil.— (*Vase*)

Pues quedo solo, bebamos,
Cuatro ó seis copas ó mil:
Las que sean necesarias
Para ponerse así, así.

¡Cuál la lámpara refleja
En esta copa gentil!
¡Cómo chispea el vinillo!...
Venga á verme ¡uf! la bebi.

Otras dos por el gargüero
Deslícense sin sentir,
Aunque hace sus cosquillitas
Al bajar el picarín.

Vaya otra copa... ¡Qué año!
Otras dos más... ¡Por San Gil!
Que este Jerez es un néctar:
Mal año para el chablí.

...¿Trajo dos ó trajo cuatro
Botellas el galopin
De Santos?... Yo cuatro veo...
Tanto mejor para mí...

A más moros, más ganancia,
Dijo nuestro padre, el Cid;
Y á más botellas, más vino,
Cualquiera puede decir.

Vive Dios, que estoy más fuerte
Que el castillo de Gaucin,
Que soy más locuaz que Lopez,
Más duro que el gran Visir.

Más galan que Gerineldo,
Más fresco que un alhelí,
Más rico que Salamanca
Y más sabio que Merlin.

Y voy á privar... caramba,
Que me caigo; y en un tris
Que no se vuelque la mesa;
Una botella rompí.

No importa, verterse el vino
Siempre es agüero feliz.
Tambien he roto dos copas...
Muy torpe soy, pese á mí.

¡Qué resplandor dan las luces!
¡Cómo se mueve el tapiz!
Los figurones parece
Que vienen vino á pedir.

Pues no les daré una gota,
Que para gente muslim
No es mi Jerez, ni aun la zupia
Del ventorrillo más vil.

¡Cómo me pesan los ojos!...
Reclinaré en el cojín
La cabeza... ¡ay Dios, qué sueño!
Buenas noches; me dormí.

SUEÑO

EL ALMA A CABALLO EN LA IMAGINACION

Esta es la calle del Prado;
Y esta la casa, no hay duda.
Entro sin llamar; las almas
Entran por la cerradura.

En la antesala no espero;
Pues ni gaban ni capucha
Tengo que emperchar; las almas
Hacen los viajes desnudas.

Ya escucho el rumor alegre
De la festiva tertulia;
Todas las voces conozco
En la algazara confusa.

Entro en el salon... ¡Qué gusto!
Lo que me aflige y conturba
Es el no comunicarme
Con la gente que le ocupa.

Allí está la chimenea,
En el rincon: la circundan
Las consabidas butacas,
Mesas, estantes, pinturas.

Todo está, todo, en su sitio
Como la Noche Buena última;
Y los mismos concurrentes
Y la mismísima bulla.

¡Cuán gallarda la Marquesa,
Con esa gracia, cual suya,
Festeja á todos!... ¡Qué afable
El amo de casa, busca

Los modales más corteses
Y las maneras más pulcras
De hacer de la Noche Buena
Buena noche á su tertulia!

¡Hola! ¡Qué linda, qué guapa
Está allí la niña rubia
Con su bella madre! Siento
El tener la boca muda;

Porque si no un requebrajo
Les encajara á ambas juntas.
Tambien está María Antonia,
Y mi afecto la saluda.

¡Oh buen Breton, padre insigne
De nuestra cómica musa!
Ya estás con tu cigarrillo
Disputando con Ventura.

Venturita de la Vega,
El de persona menuda,
Y el que brota entendimiento
Por todas sus coyunturas.

¡Qué aticismo en cuanto escribe!
¡Qué buen gusto en cuanto busca!
Mas, ¡qué dolor! la pereza
Lo anonada y lo espachurra.

Rubí, mi compadre, ¿cómo
Está mi ahijado?... ¿Hay alguna
Comedia en planta, de aquellas
Que tanto tu nombre encumbran?

Segovia, el ex-cónsul, vaya...
¡Y qué carnes tan enjutas!
¿Por qué, siendo alto maestro,
Estudiante te intitulas?...

Allí está Pedro Madrazo,
Facha linda y pudibunda.
¡Qué bonitos versos hace
Y qué bien que los modula!

Y allí su cuñado Ochoa,
El de la melena hirsuta,
Escritor afable y bueno,
Crítico de fácil pluma.

Campoamor con sus *Doloras*,
¡Qué originales, qué pulcras!
Y con trivial apariencia,
¡Qué sentidas, qué profundas!

Don Antonio Galiano
Con cara de quinta angustia
Y turulato y torcido,
Ahora llega á la tertulia.

A los amos de la casa
Delante tiene y los busca,
Tropieza con una silla,
Algún velador trabuca,

Se acerca á la chimenea
Y se le quema la punta
Del pañuelo... que llevarlo
Fuera del bolsillo usa.

Primer orador de España,
Y que adquirió fama suma
Ya en odas de sentimiento
Y ya en décimas de burlas.

¿Quién es aquel que leyendo
Con la mano el rostro oculta?
Nicomedes Pastor Díaz...
Gallego de noble enjundia.

Siento no poder hablarle,
Que afición le tengo y mucha,
Por su bondad y talento,
Altas prendas que lo ilustran.

¡Hartzenbusch! allí lo miro,
La más erudita musa
Y la más tersa y más clara
De las que en Madrid relumbran.

¡Don Antonio Gil! mi amigo
Constante en todas fortunas.
Viejo está, pero no muere,
Porque su Guzman lo escuda.

Calle... Cervino! tan bueno,
El poeta de los curas,
Y el que escribe en buena prosa
Metamórfosis muy chuscas.

Hablando está con Tejada,
Modesto jóven, que busca
Y que ya encontró dichoso
Del gran Quevedo la ruta.

¡Hola! Alarcon, ya te veo,
De buen autor te gradúa
Tu *Hijo Pródigo*, comedia,
Que en altas dotes abunda.

Y allí está Ferrer del Rio,
Que á Cárlos tercero adula;
Y Aureliano, concienzudo
En cuanto escribe y estudia.

Y Rosell, que un justo premio
Ganó en literaria lucha;
Y Nosedal, que alta fama
Ha alcanzado en la tribuna.

Y Tamayo, buen ingenio,
A quien Melpómene arrulla,
Con Virginia la modesta,
Con doña Juana la ilusa.

Allí está también Pacheco,
Orador de grande altura,
Y Cañete, el que maneja
Tan doctamente la pluma.

Y está el devoto Tejado,
Cuyas doctas prensas sudan
Para combatir errores,
Maldades y desventuras.

Buen Amador de los Rios,
Que los viejos libros buscas,
Como la abeja las flores,
Pues rico jugo les chupas:

Tu *Historia de los Judíos*
Clara fama te asegura,
Y al Marqués de Santillana
Ya sospeché que lo adulas.

¡Hola! Cueto, mi cuñado,
El de la persona pulcra,
Correcto, entendido, fácil
En cuanto escribe ó dibuja.

Aquel es Selgas, ingenio,
Que esgrime de corte y punta,
Delicioso cuando cala
En vez de yelmo capucha.

Hablando está con Pedroso,...
Tal vez arreglen y urdan
Darnos solaz y consuelo
Con otro arsenal de pyas.

Buen Estrella, poeta osado,
De entonacion muy robusta,
Cuida de que el periodismo
No te anonade y te hunda.

Antonio Flores, discreto,
Feliz ocurrencia es tuya
En las tres virtudes santas
Dar noble campo á tu pluma.

Te confieso, Florentino,
Que tu Quevedo me gusta;
De la vez los achaques
Tambien, aunque ya me abruman.

Valerita, Valerita,
El de la inmensa lectura
Y de vena tan graciosa,
Tan fácil, tan andaluza.

¿No te acuerdas del Vesubio?
Ni de Puzoli y su gruta?
Ni de los pasados días,
Que te eché tantas pelucas?

Dacarrete, no te escondas,
Que hay gran mérito en tu musa
Y lindas cosas leías
En mis reuniones nocturnas.

Eulate, bravo marino,
Que la dulce lira pulsas
De Madrid en los jardines
Y en los manglares de Cuba.

Navarrete, ¿y tú qué miras,
Qué escudriñas y qué buscas
Para contarlo á Fernandez
Y que él lo cuente á las turbas?

Pero no eres maldiciente,
Tienes muy cristiana enjundia,
Y sabes *decir* favores
Sin saber decir injurias.

Fray Gerundio, Fray Gerundio,
Mucho tu Historia me gasta:
Tu gloria y la de la España
Andarán ya siempre juntas.

Y Martinez de la Rosa,
¿Porqué no está en la tertulia?
...Se me olvidaba, es Ministro.
Esto es, persona difunta.

Que en vez de tratar amigos
Y gozarse con las musas,
Con enemigos combate
Y perece entre las furias.

¿Y mi Enrique? ¡ay! ahora llega:
¡Qué noble y gentil figura!
Voy á revolver en torno
De su cabellera rubia,

Y de aquella hermosa frente
Por do nada innoble cruza,
Donde hay tanto entendimiento,
Donde se albergan las musas.

¡Ay! si adivinar pudiera
Que en rededor le circunda
De su padre el alma ¡cielos!
Cuál se ensanchara la suya.

Mas ¿qué ocurre? ¿Por qué advierte
Tal confusion y tal bulla?
Porque han dado ya las doce
Y está revestido el cura.

¡Cómo cura! es un Obispo,
El que hoy honra la tertulia,
Y decir quiere la Misa,
Que del Gallo se intitula.

Voy á besarle la mano,
Pues gran respeto me inculca,
Que es de la diócesis padre
Donde se meció mi cuna.

A Misa, á Misa, ¡Qué lindo
Está el Altar! y me gusta,
Cosa es al fin de Mariano,
Ver la gótica casulla.

¡Y qué buen efecto hace
El acorde que modula
Ferraz con tanta destreza
Y con expresion tan pura!

Humillémonos rendidos
A la Omnipotencia suma:
El cuerpo y sangre adoremos
De aquel Cordero sin culpa.

Ite, missa est... Pues vamos.
Gloria á Dios en las alturas,
Paz en la tierra á los hombres
Y cena y broma: *alleluya*.

A cenar, Mariano dice,
A cenar, dice la turba;
Y del comedor la puerta
Ya se traga la tertulia.

¡Qué mesa tan elegante!
¡Qué espléndida! ¡Qué profusa!
¡Qué limpia! ¡Qué apetitosa!
¡Qué abundante! así me gusta.

Pavo y perril la presiden;
Pavo, se entiende, con trufas;
Luégo están salmon y anguillas
Y, por supuesto, las truchas.

Pero no falta la sopa
De almendra, como se usa
De inmemorial en España,
Que es sopa de antigua alcurnia.

Pues los vinos de Alicante,
Burdeos, Jerez... Me angustia
Ser alma por esta noche,
Porque el alma no manduca.

Si aquí estuviera mi cuerpo,
Que segun decia Porrúa

Tiene estómago más fuerte
Que el avestruz y la grulla,

Hiciese honor á la cena,
No en rábanos y aceitunas,
Sino en cosa de más jugo,
De más sustancia y más punta.

¡Qué queso tan exquisito!
¡Qué frescas y ricas frutas!
¡Qué almíbares! ¡Qué bizcochos!
¡Qué tortas, qué confituras!

¡Y el turrón omnipotente...!
¿Quién, turrón, no te saluda,
Si más que al mayor monarca
Te hacen la corte y te adulan?

¿Quién...? turrum... tum... tum... ¿qué es esto?
¿Qui est là? ¡Qué baraunda!
¿Quién osa hacer tanto ruido?
¿Quién mi descanso perturba?—

—Suy yo, señor, la antesala
Está sin velon, á oscuras,
Y tropecé y me he caidu,
Y algo rompí, pese á Judas.—

—Y ¿á qué vienes, mentecato?—
—Cumu ya ha dadu la una,
Vengu á ver si su celencia,
Se queda así ú se desnuda.—

—A que te rompa la crisma
Vienes, gran bribon, sin duda.
¿Y no sabes que has robado
Mi delicia y mi ventura?—

—Yu nada rubé, pur Cristu,
Lu que me dice me asusta.—
—Vete, maldito, á tu cuarto.—
—Aún nu ha durmidu la turca.

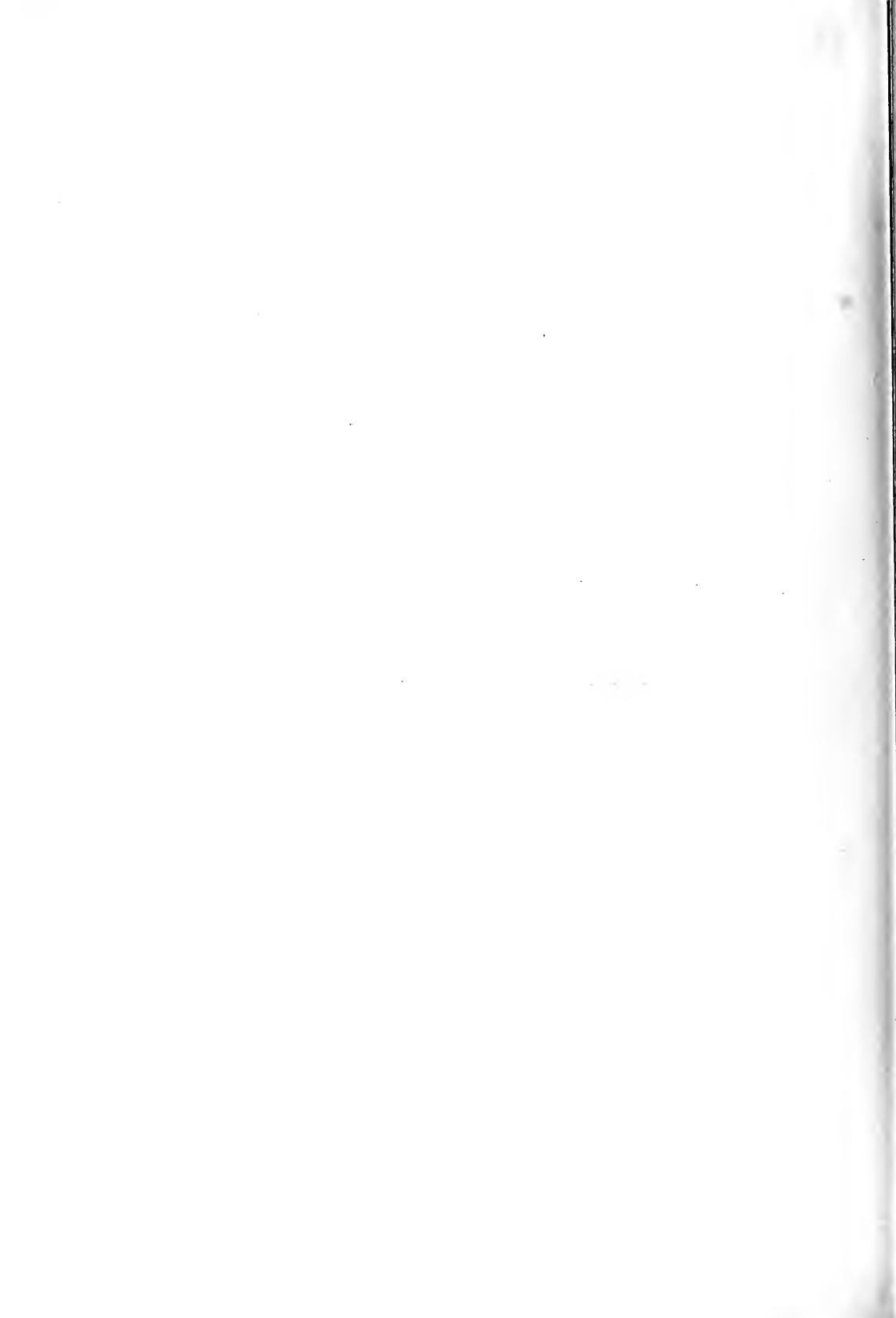


EL MORO EXPÓSITO

O

CORDOBA Y BURGOS EN EL SIGLO DECIMO

LEYENDA EN DOCE ROMANCES



TO THE RIGHT HON.

JOHN H. FRERE,

ETC., ETC., ETC.

MY DEAR SIR,

I hope I am not guilty of presumption when I beg dedicate the following pages to you. That they are hardly entitled to appear under the sanction of a name so deservedly high in the annals of literary criticism, I fully know; yet I cannot help thinking that—poor as the tribute is which I here pay to you—it will be kindly accepted; not only because of your constant partiality to the author, but likewise because you have pointed out, and led me into, the path in which I have entered, I am afraid, with more boldness than success.

Your friendship has cheered me in the gloomiest days of my exile. Your extensive knowledge and excellent literary taste has made that friendship no less useful than it was pleasing to me. Your love of my own dear country has been combined, in my case, with the feelings of concern in my misfortunes and interest for my improvement, which I am proud of having excited in you, and the effects of which I have felt and do still feel. In you the counterpart of the observation of Tacitus may be exemplified: *If it is natural in men to hate those whom they have injured, it is no less natural for them to love those whom they have benefited.*

I fear, I repeat, that I have not profited by your benefits as I ought—certainly not to the full extent of my wishes. Yet, whatever improvement there is in my poetical taste, it is owing to you, and will, I am sure, meet with your approbation and encouragement. At the same time, however, that I claim, and rely upon your benignity, I invoke your justice. By passing sentence upon my faults, you will contribute to my future amendment. To judge of my labours, no one is better qualified than you are: with your well known classical erudition and acquaintance with the principles and beauties of general poetry, you combine a very remarkable and intimate knowledge of the language and literature of Spain—such, indeed, as few Spaniards can boast. And, as it usually happens, you are not only deeply skilled in, but likewise partially fond of our Castilian legendary lore. From all those circumstances, you are no less the natural judge than patron of my *Castilian foundling*. I commit him therefore to your care, and beg to avail myself of this opportunity to put you in mind of the feelings of gratitude and esteem and warm affection, with which I remain,

MY DEAR SIR,

Your obliged and obedient servant.

ANGEL DE SAAVEDRA

Paris, 1 December 1833

Veio outra idade, outros pensamentos, occupaçoẽs, estudos, livros, prazeres, desgostos, afficções—tudo o que compoe a variada tea da vida,—e da minha tam trabalhosa e trabalhada vida!—tudo isso passou; e no meio de tudo isso, la vinha de vez em quando uma hora de solidao e de repouso,—e as noites da minha infancia e os romances incultos e populares da minha terra a lembraremme, a lembraremme sempre..... e comecei a pensar que aquellas rudes e antiquissimas rapsodias nossas continham um fundo de excellente e lindissima poesia nacional, e que podiam e devian ser aproveitadas.

J. B. GARETTE, *em la carta que sirve
de prólogo á su ADOZINDA.*



ROMANCE PRIMERO

Ninguno cierre lla puerta,
Si Amor viérete a llamar,
Que no le ha de aprovechar.

Versos de un villancico de Juan de la Encina.

En ferias, romerías,
Toros y zambras,
Estad alerta siempre,
Niñas incautas;
Que en los bullicios
Amor como ratero
Logra sus tiros.

Anónimo.

¿QUIÉN mi sueño interrumpe?... el grato sueño,
Dulce consolador de las desgracias!...
¿Es el ronco huracán, que por influjo
De mi estrella enemiga el mar levanta,

Para que estos peñascos, donde asilo
Busqué infeliz tan lejos de mi patria,
Hinchado embista, y con bramantes ondas
Y con furor horrisono deshaga?—

No; que tranquila en el celeste espacio
Reina la luna, de luciente nácar
Entre celajes, y en el mar riela,
Que duerme mudo en las vecinas playas (1).

¡Mas mi nombre escuché!... ¿Quién lo pronuncia?
¿Qué celestial ardor mi mente exalta?...
Te reconozco en fin, oh grave acento,
Y el fuego reconozco que me abraza.

ANGÉLICA. ¿no escuchas el sonido
De las solemnes voces que me llaman?
Voces son de otra edad... Mira una sombra,
Que lenta cruza las oscuras auras,

Girando en mi redor... Mi fantasía
Rápida como el viento vuela, salva
Los apiñados siglos, y altos nombres
De los sepulcros y del polvo saca.

(1) Al final de cada romance se encontrarán las notas que reclaman las llamadas.

¡Córdoba insigne!... ¿dónde tu grandeza,
Dónde está tu poder?... ¿Con quién su saña
Mostró el tiempo voraz como contigo,
Y la ciega Fortuna su inconstancia?

De tu templo á los mármoles pregunta
Y á las antiguas vividoras palmas,
Que de la edad triunfando y de los vientos,
Con noble majestad las frentes alzan:

Pregúntalo tambien al silencioso
Guadalquivir, que hoy riega solitarias
Las extensas llanuras, donde fueron
Los jardines y alcázares de Zahara:

Y te dirán cuál fué tu poderío,
Que indestructible y firme lo juzgaban;
Mas que pasó, como al soplar del cierzo
Las leves nubes por el cielo pasan.

De tu alta gloria en los risueños días,
Cuando atónito el orbe te aclamaba
Reina feliz del musulman imperio,
Cuna de ciencias, de guerreros patria:

Cuando tus arruinados torreones,
De los siglos despojo, y tus murallas,
Do el cárabo nocturno anida y gime
Entre cardos incultos y entre zarzas,

Eran trono esplendente de fortuna,
Corte de Hixen, y templo de la fama;
En el palacio de Almanzor crecía
Un jóven de presencia muy gallarda,

Pero infeliz. El bozo delicado
Apénas su semblante hermoso esmalta,
Y ya la mano atroz de la tristeza
Le rompe el corazon, le aprieta el alma.

Naturaleza de sus ricos dones,
Liberal y benigna, le dotara;
Beldad, y robustez, y lozanía
Su juventud ternísima acompañan:

El cielo afable engrandeció su mente
Con alto ingenio, concedió á su alma
Virtudes y dulzura, y á su pecho
El gérmen de las ínclitas hazañas:

Ni le niega Fortuna sus favores,
Pues goza del cariño y de la gracia
Del insigne Almanzor, en quien el peso
Del imperio musulmíco descansa.

Mas, ¡ay!... un velo misterioso encubre
Su incierto origen: del soberbio alcázar
En los jardines desvalido infante
Se halló al nacer... ¡oh suerte desdichada!

Si con ansia de gloria late altivo
Su corazon; si ilustres esperanzas
Se atreve á concebir, y noble gozo
Su hermosa frente y sus mejillas baña,

De pronto el azaroso pensamiento
De que al crimen tal vez ó á la desgracia
Debe el vivir, sus ilusiones borra,
Nubla sus ojos, y su faz espanta.

Así cuando en zení, su pompa ostenta
Y argentado esplendor la luna ufana,
Oscura nube llega silenciosa,
Y toda su beldad ofusca y tapa:

O si gozoso al estrellado cielo
Tranquilo estanque plácido retrata,
Inoportuno soplo repentino
La imágen borra, y el cristal empaña.

Su afanoso dolor y oculta pena
Al paso de la edad crecen y avanzan,
Después que en flor, la embravecida suerte
Le robó su consuelo y su esperanza,

Pues cuatro veces bosques y jardines
De frescas hojas y de flores varias
Engalanó la rica primavera,
Triunfadora de hielos y de escarchas,

Desde que el duro brazo inexorable
Del ángel de la muerte arrebatara
Todo su encanto al cordobés imperio,
Y al Hagib (2) Almanzor su tierna hermana.

—Era Zahira una princesa insigne,
De aquellas que la mano sacrosanta
Del cielo bienhechor concede al mundo,
Para consuelo de la especie humana.

Bella como el lucero refulgente,
Fin de la noche y precursor del alba,
Y cual la flor hermosa del desierto,
Melancólica siempre y retirada,

Pasó los días de su vida breve
Léjos de la opulencia y de las galas
De la espléndida corte; aunque el imperio
Idolo y gloria suya la aclamaba.

En el albor de sus primeros años,
Reina de la belleza y de la gracia,
Brilló tal vez en fiestas y en liceos,
Y en los jardines plácidos de Zahara;

Mas de ellos pronto huyó, cual brilla y huye
Luciente exhalacion; y de su alcázar
Sólo dejaba el muro y los jardines
Para el lloro enjugar de las desgracias.

De consuelos dulcísimos tesoro
Y de bondad celeste era su alma,
Do servidumbre, ancianidad, pobreza
Benéficos apoyos encontraban.

Cuando al grande Almanzor, su ilustre hermano
Que ornado de laureles y de palmas,
De Hixcen el cetro á su placer regía,
Turbaba el pecho embravecida saña;

De la amable Zahira los halagos
Su generoso corazón calmaban,
Como la nube bienhechora templó
Del astro abrasador la estiva llama.

Sí al volar á dormir bajo la sombra
De la misericordia soberana,
Dejó huérfano el mundo, ¿el triste pecho
Del garzon infeliz cómo quedara?

Ella cuidó de sus primeros días,
Y él en su seno el sueño de la infancia
Logró felice entre amorosos besos,
Y al tierno arrullo de caricias blandas.

Ella de su palacio en los jardines
En sus pueriles juegos se gozaba,
En su flexible corazón semillas
De honor y de virtud sembrando sábia.

¡Ay, cuántas veces, mientras él gozaba
Tejiendo ramilletes y guirnaldas,
Con amable inocencia recogía
Fragantes yerbas, florecillas varias,

Zahira contemplando las facciones
De aquel rostro infantil y tiernas gracias,
De un oculto dolor sobrecogida,
Bañó el semblante en lágrimas amargas.

Cuando volando las fugaces horas
La luz de la razón brilló en el alma
Del fortunado Huérfano, su anhelo
Fué de rico saber engalanarla.

A Zaide, á Zaide, cuyo fuerte brazo
Fué en otro tiempo apoyo de la patria,
Terror de los cristianos escuadrones,
Y gloria de las lunas musulmanas,

Y que en la edad madura disgustado
De la pompa del mundo y de las armas
En el retiro y en la paz vivía
Felice en su castillo de la Albaida;

A Zaide, que modelo de virtudes
Y de las ciencias luz Córdoba aclama,
Los tiernos años del gracioso niño
Con discreta elección prudente encarga.

Así se entrega á diestro jardinero
La generosa y delicada planta,
Que debe al cielo remontar un día
Con fruto opimo las frondosas ramas.

Mas de Zahira la contraria estrella
Le niega el ver cumplida su esperanza,
Y al sueño eterno en sus mejores años
Con encubierto impulso la arrebató;

Pues cumplir las catorce primaveras
Apénas vió á su Huérfano del alma,
Creciendo en robustez y lozanía,
De ciencia y de virtud bajo las alas,

Un secreto penar, que el crudo diente
Ejercía feroz en sus entrañas,
Certando el vuelo á sus preciosos días,
La hundió en las sombras de la tumba helada.

Y cuando los instantes de la vida
Conoció que la fuga apresuraban,
Reuniendo en sí los últimos alientos,
Resplandores de lumbré que se apaga,

Al mancebo y á Zaide, que postrados
Al pié del lecho consternados callan,
Con voz lánguida pide que se acerquen,
Y que escuchen sus últimas palabras.

Haciendo despejar el aposento,
Do el ángel Azrael (3) victoria canta,
A los físicos doctos que la cercan
Y al lloroso tropel de sus esclavas;

Por la postrera vez sus bellos ojos
Con luz ardieron de celeste llama,
Y tendiendo los brazos en su seno
Estrechó á aquel objeto de sus ansias:

Y con labio anheloso: «Hijo, le dice,
Hijo (que nombre tal el cielo manda
Que te dé en este instante), en otro suelo
Una sagrada obligacion te llama.

Crece en valor... y cuando llegue el día...
Zaide... tú cuidarás...» La huella helada
De la muerte feroz selló su boca,
En ronco hervor tornando sus palabras.

Mas aún con ojos y con brazos muestra
Los últimos anhelos de su alma,
Y dejando en las manos del mancebo
Una sortija que á la suya arranca,

Cual tierno lirio que el arado troncha,
Quedó, en silencio lúgubre la estancia,
Y el Huérfano infeliz entre los brazos
Del triste Zaide, á quien las fuerzas faltan.

Desde aquel día de terror y espanto,
¡Cuán diversos afectos agitáran
Al jóven desdichado!... A describirlos
Mi humilde verso y mi poder no alcanzan.

Contempla absorto la fatal sortija,
Que de su corazón jamás aparta,
Y el secreto escondido que contiene,
Quiere arrancarle á fuerza de mirarla.

Ni un momento se van de su memoria
De Zahirá las últimas palabras,
Y le turban el sueño, y en su mente
Son espectros confusos y fantasmas.

Una vez y otra vez en vano á Zaide
Ruega y conjura, que con mano franca
Y amiga rasgue el tenebroso velo
De tantas dudas, de zozobras tantas.

Mas Zaide á sus preguntas no responde,
O suspirando y con amor le abraza,
Y, «Crece, crece, le contesta sólo,
Y aprende á fulminar la dura lanza.»

Ya diez y nueve veces visto habia
De Ramazan las ceremonias vanas
La luna en la mezquita celebrarse,
Donde hoy los ritos de la Iglesia santa,

Desde que entre las murtas á este jóven,
En el jardín del opulento alcázar,
Recien nacido infante, lo encontraron
Unos esclavos á la luz del alba;

Y manejaba ya con diestra mano
El dócil potro y corva cimitarra,
Aplausos consiguiendo en las escuelas,
Y pruebas de valor é ingenio daba;

Cuando Almanzor, ardiendo en el deseo
De dejar sucesores de su fama,
Y de dar de su estirpe generosa
Nuevos apoyos á su ilustre patria,

Trató el enlace de su amado hijo
Abdimelik (que en poco sobrepasa
La edad de aquel Expósito, á quien vive
Por amistad unido y semejanza)

Con la hermosa, y honesta, y tierna Habiba,
Bella como la luz de la mañana,
De Omar, Walí (4) glorioso de Toledo,
Hija heredera y única esperanza.

Con aparato régio y régia pompa
Se celebró la boda en el alcázar,
Y en los anchos jardines de la Almunia,
Que á los esposos regaló el monarca.

Era un palacio que de bronce y mármol
En la márgen del Bétis descollaba,
Y sus ricos jardines y alamedas
Al delicioso Eden aventajaban;

Y hoy ni áun se sabe el sitio donde fueron,
Ni el corvo arado sus cimientos halla:
¡Con tal furor su huella asoladora
En tí, Córdoba ilustre, el tiempo estampa!

A celebrar tan venturoso enlace
Cuantas naciones el Corán aclaman,
Y el nombre insigne de Almanzor respetan,
Concurren con riquezas y con galas.

De Persia los tejidos matizados,
Los aromas y bálsamos de Arabia,
Las perlas y corales del Oriente,
Los metales espléndidos de España,

Del Africa las pieles y las plumas,
Cuanto el orbe produce, cuanto alcanzan
La codicia, el valor, el poderío,
Cuanto puede inventar la industria humana;

Todo reunido en Córdoba enriquece
De tan nobles linajes la alianza,
Que el pueblo numeroso entusiasmado
Bendice con fervor y ansioso aguarda;

Pues rico, triunfador, grande, felice,
Del lujo amigo y de la pompa vana,
Los públicos festejos le enloquecen,
Las fiestas y espectáculos le exaltan.

Pero la prenda que valor más alto
Y mayor precio á tal enlace daba,
Era el feliz amor, que en los esposos
Vehemente ardía con honesta llama:

Amor, cuyos progresos y dulzuras
De Abdimelik amigo, presenciaba
El Expósito triste, para aumento
Del oculto dolor que le taladra.

Late su tierno pecho contemplando
Las dichas que á su amigo se preparan
Y concibe el consuelo y las delicias,
Que da el amor recíproco á las almas:

Delicias que jamás tendrá la suya...
¡Quién, quién ha de escuchar sus dulces ansias,
Huérfano desdichado, que á otro suelo
Una escondida obligación arrastra!...

Para la boda el tiempo señalado
Llegó en la hermosa luna de Giumada (5).
Que trajo la apacible primavera
A presenciar la fiesta y celebrarla.

Al rojo amanecer de hermoso día,
Cuando del sol apenas esmaltaba
La clara lumbre en la vecina sierra
De la fragosa cima las pizarras,

Después que al Almueden (6), de la mezquita
En el alto alminar, con voces altas,
No hay más que un solo Dios, venid, oh fieles,
A adorarle venid, ronco gritaba:

El estruendo de trompas y atabales,
Panderos, añfiles y dulzainas
Anunciaron al orbe, que aquel día
Al júbilo y placer se destinaba.

Mil cautivos cristianos recobraron
Su libertad en tan feliz mañana,
Que Almanzor generoso sin rescate
Sus cadenas benéfico desata.

Parientes del Hagib cien caballeros
Con las marlotas de esplendente grana
Y con blancas garzotas los turbantes
Corren de la ciudad calles y plazas,

En revueltos caballos berberiscos,
Cándidos cual la espuma con que esmaltan
Los frenos y pretales, adornados
De cascabeles de sonora plata.

Y desterrando el perezoso sueño
Con la estruendosa y plácida alborada,
«Viva, gritando van, los claros nombres
De Abdimelik y Habiba edades largas.»

El pueblo en derredor de ellos se agolpa,
Y repite los vivas, y engalana
Pórticos, rejas, torres y azoteas
Con alfombras, damascos y guirnaldas;

Y la alegría bulliciosa tiende
Por toda la ciudad risueñas alas,
Y cunde la confusa muchedumbre.
Y en vivas á Almanzor se inunda el aura.

Pues sus altas proezas, sus laureles,
La gloria que su brazo da á la patria,
La justicia y virtud con que gobierna,
La proteccion con que el saber ampara.

Su generosa condicion, su aspecto,
Su nombre y los recuerdos de su hermana.
Qual genio tutelar le representan
Al pueblo musulman, que lo idolatra.

Cuando ya el sol sus rayos estendia,
Abriéronse las puertas del alcázar
Del potente Almanzor, saliendo de ellas
Doce guerreros con lucientes armas.

Eran los doce jeques y adalides,
Que al Hagib en la guerra acompañaban,
Y que á su lado con insígenes hechos
Dieran asunto al canto de la Fama.



En lozanos corceles, que pomposos
Pausados mueven la ligera planta,
De dos en dos siguiendo un estandarte,
Montes de acero, silenciosos marchan.

Despues veinte lindísimas doncellas,
Que á las eternas Huris (7) deslustrarán,
Cubiertas hasta el pié de blanco lino,
Con ricas tocas que hasta el suelo bajan,

De azahares, y jazmines, y perpetuas,
Y frescos arrayanes coronadas,
Siguen, cantando deliciosos versos
Al dulce són de sonoras flautas.

Unas llevan perfumes olorosos
En braseros de esmalte y filigrana,
Otras de flores lindos ramilletes,
Otras de oro y marfil ligeras mazas.

De este coro de vírgenes Kerima
Era bello adalid, y descollaba
Entre ellas en beldad y en gentileza,
Como en el bosque la garbosa palma.

En pos, cercados de altos personajes,
Nobles matronas y gentiles damas,
Los jóvenes esposos aparecen,
Ofuscando del sol la lumbré clara.

Habiba hermosa, cuya faz divina
Como la rosa del abril temprana,
Rojo matiz de pudoroso encanto
De inestimable resplandor esmalta,

Ostenta larga ropa rozagante
De rica seda del color del alba,
Do brillan, como brillan los luceros,
Lazos de aljófar, flores de esmeraldas.

Las luengas trenzas, que hasta el suelo llegan
Aventajando al oro de la Arabia,
Recoge en parte delicada toca,
Y de cándidas rosas la guirnalda;

Y de ella pende, y por el aire ondea
Gallardo velo de tejida plata,
Prendido con un rico camafeo,
Y un penacho gentil de plumas blancas.

De gruesas perlas y zafiros lleva
Cubierta la hermosísima garganta,
Los bellos brazos, el pulido talle,
La fimbria de la veste y las sandalias.

Abdimelik la lleva de la mano,
De los dulces afectos de su alma
Dando indicios los ojos, en que brilla
Del puro amor la inextinguible llama.

El insigne Almanzor, á cuya vista
Respetuoso el pueblo se postraba,
Y Omar, gloria tambien del Islamismo,
A los tiernos esposos acompañan;

Mostrando en sus semblantes generosos
El gozo que en sus pechos se dilata,
Y que el amor del mando y de la gloria
Al paternal amor ceden la palma.

El anciano Cadí (8) con verdes ropas,
Pacífico semblante y luenga barba,
Con ellos va, la pompa presidiendo,
Y seis pajes en pos con alabardas;

Y entre un tropel, vistoso por sus trajes,
De libertos, de esclavos y de esclavas,
Treinta etiopes de atezados miembros,
Y descubierta la anchurosa espalda,

Y en los nervudos brazos y en los cuellos
Fuertes argollas de bruñida plata,
Llevan cargados los robustos hombros
De cedro y de ciprés con grandes arcas,

En que va el acidaque (9) de la esposa,
Y los ricos presentes y las galas,
Vajillas, telas, pieles y alcatifas,
Que los deudos y amigos le regalán.

Otros conducen en pequeños cofres
De azabache embutidos y de nácar,
Ambares y perfumes, ricas joyas
Y hermosas plumas de colores varias.

Y cerrando esta grave comitiva
Veinte mancebos en hileras marchan,
Todos de las familias más ilustres,
Y del imperio todos esperan;

Vestidos de morado, blanco y verde,
Y amorosas empresas recamadas,
Gallardos llevan con gentil despejo
Al hombro las ligeras azagayas.

Capitan de esta noble compañía,
De muchos á despecho y con no extraña
Sorpresa y con envidia, era el mancebo
A quien su origen infeliz degrada.

Mas Almanzor potente lo dispuso,
Abdimelik lo quiso, y esto basta:
Que el favor de tan altos personajes
Aun montes más difíciles allana.

Por lo mejor de Córdoba atraviesa
La rica y lucidísima comparsa,
Hollando arena y esparcidas juncias,
Olorosos mastranzos y espadañas;

Y entre los vivos del inmenso pueblo,
Que á pié, á caballo, con vistosas galas,
Se agolpa presuroso á todos lados,
Y hierve en calles, pórticos y plazas.

Y desde los terrados y alminares,
Garridas moras olorosas aguas
Y deshojadas flores dan al viento,
Al mismo punto en que los novios pasan.

Llegan á la magnífica mezquita,
Que en medio de naranjos y de palmas,
De Abderraman eternizando el nombre,
Oscurecia al templo de la Caaba (10):

Y concluido el azalá (11) escucharon
Con gran silencio la leyenda santa,
Que desde el alminbar (12) de cedro y oro
Pronunció el Almoerí (13) con voz pausada.

Abundantes limosnas repartieron,
Cuando se terminaron las plegarias.
A hospitales, hospicios y prisiones,
A doncellas, á huérfanos y ancianas.

Y con toda la ilustre comitiva
La mezquita dejaron, y la marcha
Dirigieron gozosos á la Almunia,
Do con su corte Hixcen los esperaba:

Pues aunque nunca los palacios deja
Y encantados jardines de Zahara,
Las riendas del gobierno abandonando
De su valido al celo y mano sabia:

Para mostrar de su favor lo firme,
Y la tierna amistad que le consagra,
Quiere á la boda y al nupcial banquete
Con su presencia dar más lustre y fama.

En medio de espaciosas alamedas
Guadalquivir con sus risueñas aguas
De la Almunia el magnífico palacio
Como en luciente espejo retrataba.

Donde en un gran salon, cuya techumbre,
De oro cubierta y de labores varias,
En cien columnas de lustroso mármel
Con ricos capiteles descansaba,

Cuyos frisos, recuadros y cornisas
En esmaltes lucientes adornaban
Sentencias del Corán, y cuyo suelo
Era bruñidos jaspes de Granada;

A los tiernos esposos y á los padres
Recibe grato el cordobés monarca:
Tiende á Alinanzor la mano, á Omar saluda,
Y á Abdimelik y á Habiba afable abraza:

Y del regío turbante desprendiendo
Magnífico joyel, do se encerraba
De gran virtud un talisman antiguo,
A la modesta novia lo regala.

Ante el soberbio pórtico anchuroso
Un cuadrado jardin, al que cercaba
Verja de limpio bronce, se extendia,
Todo alfombrado de olorosas plantas;

Donde, entre cuatro sonoras fuentes,
Que en conchas de alabastro recobraban
Los copiosos raudales que esparcian,
Iris formando por las frescas auras,

A la sombra de un toldo delicado
De leve seda de color de grana,
En tapetes y alfombras levantinas
El soberbio festin dispuesto estaba.

En él ocupa el preeminente puesto
Hixcen el poderoso: seis esclavas
Sobre él suspenden el soberbio palio,
Que en seis varales de marfil descansa:

Y á ambas partes dos niños berberiscos,
En pebeteros de bruñida plata,
Queman preciosos bálsamos de Persia,
Y perfumes suavísimos de Arabia.

Toman asiento á un lado y otro lado,
De brocado en costosas almohadas,
Los esposos, los padres, las doncellas,
Los mancebos tambien, las nobles damas,

Y los Amires (14), y Giafar con ellos,
De Córdoba Wacir (15), del regío alcázar
Supremo alcaide, y padre de Kerima,
Del coro de doncellas capitana.

Allí el jóven Zeir tambien se asienta,
A quien por su señor Túnez aclama;
Con todos los excelsos personajes
Que al cordobés imperio lustre daban;

Y miéntras los esclavos les presentan,
En fuentes de oro y de cristal en tazas,
Los manjares y frutas exquisitas,
Licores y conservas delicadas;

Los ilustres ingenios la alta gloria
De Hixcen en nobles versos celebraban,
De Alinanzor y de Omar justos loores
A la excelsa virtud y á las hazañas;

Y la beldad de la modesta Habiba,
De Abdimelik la venturosa llama,
El poder celestial de la hermosura,
Y del feliz amor las alabanzas.

Allí cantaste tú, morisco Homero,
Jusef-Aben-Harum, al són del arpa;
Tú, cuyo claro ingenio immortaliza
Ambos poemas de la guerra y caza.

Asunto de tu canto los amores
Fueron de Halewa hermosa, y tus desgracias,
Y lágrimas piadosas arrancaste,
Y lágrimas vertiste al recordarlas.

Tambien Aben-Isá, que en el Oriente
Consiguió por su verso ilustre fama,
Y Alhasan, y Albuker allí cantaron,
Y Lobna bella, y el anciano Obada (16).

En los bosques, praderas y jardines
Mesas cubiertas de manjares hallan
El pueblo, los cautivos, los esclavos,
Los monteros del rey, su noble guardia,

Y hierve entre los árboles y flores
La inmensa muchedumbre; y por el aura
Cunde la voz del popular contento
Al confuso rumor de orquestas varias.

Cubren el río y su cristal esconden,
Con toldos y vistosas enramadas,
Y flámulas de seda y gallardetes,
Ligeros botes y movibles barcas.

Desierta quedó Córdoba aquel día,
Y en silencio sus calles y sus plazas,
Que en los jardines plácidos de Almunia
Toda su poblacion gozosa estaba.

El sol, á su pesar, siguiendo el curso
Que el dedo omnipotente le señala,
Se hundió en el mar Atlántico, y la luna
En todo se esplendor suplió la falta.

Acabado el banquete se cubrieron
Los cuatro frentes del inmenso alcázar,
Y del parque las verjas, y del bosque
Los árboles de ardientes luminarias.

Y en tropel ordenado comenzaron
Por todos lados bulliciosas danzas,
Donde clases y nombres confundidos,
Todo era regocijo y algazara.

Tenaz dolor en tanto, horribles penas
Del huérfano infeliz rompen el alma,
Las fiestas y la pompa de aquel día
Aumentando el rigor de sus desgracias:

Pues corazones míseros que esconden
Una profunda y dolorosa llaga,
Sienten más el rigor de sus latidos,
Cuando á los otros el placer exalta.

Jamás con tal vehemencia en su memoria
De Zahíra las últimas palabras
Reproducidas vió, nunca su pecho
Sintió más la orfandad desconsolada.

Entre el bullicio popular se encuentra
En un desierto, y sin objeto vaga
Por aquellos jardines espaciosos
Entre la multitud regocijada.

Ni oye de las orquestas la dulzura,
Ni bailes ve, ni mira luminarias,
Ni busca á sus amigos: mudo y solo
Pausado gira con incierta planta.

Piensa en su origen degradado, oscuro,
Piensa en Zahíra, y piensa en que le llama
Un terrible destino, más terrible
Por el misterio que le encubre y guarda:

Pero piensa tambien en la belleza,
Lozana juventud, modestia y gracias
Que adornan á Kerima, y en su seno
Siente una conmocion que le acobarda.

De Zaidé al lado, en solitarios bosques,
Entregado al estudio y á la caza,
O pensativo siempre y retirado
De Almanzor en lo interno del alcázar.

Es la primera vez que al mundo sale;
Y ni la régia fiesta, ni las galas,
Ni el espléndido lujo y aparato,
Ni la augusta presencia del monarca

Llamaron su atencion: Kerima sólo
En el banquete su atencion fijara,
Y ella no más en tan variado día
Fué de sus pensamientos soberana.

Mira cual crimen el haber dejado
Tantas horas su origen y desgracias
En hondo olvido, y por cerrar su pecho
A toda otra impresion, suda y trabaja.



¡Vanos esfuerzos!... sí, le ocupa todo
Ya de Kerima la beldad gallarda;
Reconócelo el triste confundido,
Y de su propio corazón se espanta.

Piensa ver ¡desdichado! que la sombra
De Zahíra le sigue y amenaza,
Y que en torno le acosan y rodean
Espantosos espectros y fantasmas.

La espalda apoya á un solitario tronco,
Falto de fuerzas en tan gran borrasca,
Los brazos contra el pecho ahogado cruza,
La frente inclina, y consternado calla.

Almanzor, que benigno y despojado
Del aparato y gravedad, andaba
Acalorando entre el gozoso pueblo
El general contento, cerca pasa.

En tan triste actitud junto á aquel tronco
Descubre acaso al Huérfano, se pára,
Y se acerca; y asiéndole la mano,
Cariñoso le dice estas palabras:

«¿Qué es esto, capitán de los donceles?
Flor de la juventud, ¿por qué no bailas?...
Ven, yo te buscaré tal compañera,
Que no te pese, y que me des las gracias.»

Y al través de confusa muchedumbre,
Sin esperar respuesta, lo arrebató
A un risueño verjel, donde reunido
Lo más ilustre de la corte estaba.

Allí Kerima con Giafar su padre
En asiento de mármol descansaba,
Y el mancebo Zeir también con ella,
Que en aquel punto de danzar acaban,

Y dícele Almanzor: «Bella Kerima,
De las nobles doncellas capitana,
Con este capitán de los donceles
Debes lucir tu gentileza y gracia.

»Sal, y baila con él, que más gallardo
Compañero es difícil que encontraras.»
Giafar en Almanzor y en aquel joven
Ojos que anuncian la sorpresa, clava:

Los suyos honestísimos al suelo
La modesta Kerima humilde baja,
Y de Zeir en el semblante brillan
Confusa turbación, oculta saña.

Sonriese Almanzor, y persistiendo
En que mire Kerima al joven grata,
Ase del brazo á la gentil doncella,
Y con un suave impulso la levanta.

Los Amires é ilustres caballeros,
Y las matronas y las nobles damas
En rededor se agolpan, deseosos
De ver una pareja tan galana.

Pocos conocen al garzón gallardo,
Que á sí ha llamado toda la jornada
La atención general; y la pregunta
De *¿quién es?* sin respuesta en torno vaga:

Pues los que le conocen, no ignorando
Su origen y el favor del Hagib, callan:
Sólo Giafar á pronunciar se atreve,
Un expósito vil, aunque en voz baja.

Pero Almanzor confúndele al momento,
Mirándole con ojos como brasas,
Y diciendo en voz alta y firme á todos:
«No hay más que preguntar: este es MUDARRA.»

Tal era el nombre pues de aquel mancebo
Que ya los ojos del concurso encanta,
Viéndole al lado ilustre de Kerima,
Diosa de la belleza y de la gracia.

Pronto al són de los suaves instrumentos
Los tiernos brazos con modestia enlazan,
Y al compás de los crótulos sonoros
Airosos mueven la ligera planta.

Almanzor, que embebido los contempla,
Dice á Giafar: «¡Qué copia tan gallarda!...
Parece que el destino venturoso
Para unirlos por siempre, los formara.»

Tembló el feroz Giafar, desconcertado
Del Hagib Almanzor á las palabras,
Como quien ve á sus pies horrenda sima
Del súbito relámpago á la llama:

Mas del Hagib temiendo el poderío,
Se esfuerza en ocultar su pánico y rabia,
Y aumenta el odio que al gallardo joven
Tiene hace tiempo, sin saber la causa.

¡Cuán distintos afectos entre tanto
En la gentil pareja dominaban!
A Kerima un afán desconocido
Le agita el pecho, le conmueve el alma;

Y el Huérfano, al asir la mano hermosa,
De cerca al contemplar belleza tanta,
Y al enlazar con temblorosos brazos
El talle peregrino, se abrasaba.

El compás de la música perdieron,
Se encontraron sus ojos veces varias,
Amor encadenó sus corazones,
Sonó alto aplauso, concluyó la danza,

Y recibiendo elegios lisonjeros,
Con grande turbacion ambos se apartan:
Volvió Kerima al lado de su padre,
Y al lado de Almanzor volvió Mudarra.

Seis días prosiguieron los convites,
Bailes, festejos, músicas y zambras;
Seis días que pasaron tan veloces
Como los de placeres siempre pasan.

Durante todos ellos de Kerima
El Expósito ilustre al lado estaba,
Y ambos nutrieron en sus almas puras
De una ciega pasión la ardiente llama.

Para dar fin á tan famosas fiestas
Dispúsose de Córdoba en la plaza,
Celebrando la union de los esposos,
Una corrida de sortija y cañas;

Y cuando el sol en el zenit brillando
De luz torrentes á la tierra daba,
El ronco són de trompas y clarines
Cundió de el suelo hasta las nubes altas,

Llamando á la confusa muchedumbre,
Que en sordo estruendo se agolpó á las gradas;
Y las damas de cuenta y personajes
Ocuparon balcones y barandas.

En el más eminente, engalanado
Con pabellones de risueña grana,
Cordonajes y fluecos de oro y seda,
Y estrado de orientales almohadas,

Los dos esposos, Almanzor con ellos,
Y Omar, cubiertos de costosas galas,
Giafar con su Kerima, y lo más noble
De la corte de Hixcen asientos hallan.

Por ilustres mancebos, que aún no habian
Estrenado su pecho en las batallas,
Se dispuso la fiesta, demostrarse
Diestros ansiando en manejar las armas.

Divididos están en dos cuadrillas,
Y un jefe cada cual gobierna y manda;
Era jefe Zeir de la primera,
Jefe de la segunda era Mudarra.

De rojo y amarillo, y con penachos
Hechos de rojas flores de granada,
Los que obedecen á Zeir, se muestran
Sobre revueltas yeguas africanas.

Bajo los alquiceles llevan cotas
De hojas sutiles de bruñida plata,
Y de su cabo la amorosa empresa
Con esmalte esculpida en las adargas:

Era un sol en zenit resplandeciente,
Y un águila que en él la vista clava,
Y en derredor este arrogante mote:
¿Quién donde miro yo, mirar osara?

De verde y de morado va vestida
La cuadrilla del huérfano Mudarra,
Y son flores de adelfa los penachos,
Y las ceñidas cotas pavonadas.

En cordobeses potros alazanes,
Que en la arena pausados el pie estampan,
Llevan todos conformes las empresas
Con el jóven caudillo que los manda.

Es una oscura y borrascosa noche
Con un lucero que su horror aclara,
Y ¡*Ojalá que su luz la niebla rompa!*
La letra que relumbra en las adargas.

Al són de belicosos instrumentos,
Por partes diferentes en la plaza
Entran ambas cuadrillas, y el aplauso
Y el rumor popular asorda el aura.

Júntanse en la mitad del ancho espacio,
Al balconaje en que Almanzor estaba,
Hacen la reverencia, y en seguida
Dan tres vueltas en torno á la estacada.

Al compás de las tronpas y atabales
Mézclanse ambas cuadrillas y se enlazan,
Y una marcial escaramuza enredan,
Y mil figuras de vistosa danza.

Ora forman un círculo extendido
Al pausado galope, ora se apartan,
O se embisten, y prestos retroceden,
O ya de dos en dos á escape pasan:

Mostrando agilidad y gentileza,
Y cómo los caballos avasallan,
Que obedientes al freno y acicate,
Corren, se empinan, se revuelven, paran:

Descollando entre todos los mancebos
Por su destreza y su beldad Mudarra,
Que la atencion del pueblo numeroso
Roba, y los ojos del concurso encanta.

—Un muro artificial al lado habia
De firmes traveses y de gruesas tablas,
Y enfrente ambas cuadrillas se ordenaron,
Armadas ya de ponderosas lanzas.

A ejemplo de sus cabos los jinetes
En los grandes estribos se levantan,
Echan el brazo atrás con gallardía,
A sacudir los fresnos se preparan;

Y dando un grito agudo, á un tiempo mismo
Todos las picas con esfuerzo lanzan,
Que el viento como aristas penetrando,
Dan contra la fortísima muralla.

Otras en pos despiden, y otras luego,
Y las agudas puntas aceradas
Hacen temblar la máquina, la rompen,
Y los gruesos tablones desencajan.

Brazo ninguno con tan alto brio
Suelto sacude las fornidas lanzas,
Ni mano alguna el blando freno rige,
Como el brazo y la mano de Mudarra.

Cuantas picas arroja, rehilando
Destrozan y atraviesan gruesas tablas,
Y si un duro pilar acaso topan,
Los penetrantes hierros lo traspasan.

El muro viene á tierra derribado
Cubriéndose de astillas la ancha plaza:
Así la miés opima desaparece,
Si el granizo la embiste y la anonada.

De esclavos un tropel y de cautivos
Con gran presteza los despojos saca,
Y con agudos dardos los mancebos
Se acometen y hieren las adargas;



Y luego uno con uno se encontraron
En vez de picas con ligeras cañas,
Que al herir en los pechos y paveses,
En menudos pedazos se quebrantan.

Ya el sol al occidente descendia,
Y para fin de la marcial jornada,
A correr la sortija ambos caudillos,
Mudando de caballo, se preparan.

En una flecha, cuyo agudo hierro
A un erguido pilar clavado estaba,
Sendos anillos de diamante penden,
Cada cual en la punta de una banda.

Las dos cuadrillas á una y otra parte,
Dejando el campo libre, se separan;
Y el primero Zeir empuña altivo
Una delgada y primorosa lanza.

En un overo de tendidas crines,
Que apenas cabe en la anchurosa plaza,
La rienda floja, el acicate á punto,
La pica en ristre, á la sortija marcha;

Y más veloz que el mismo pensamiento,
Y seguro del triunfo, se abalanza;
Pero en la flecha con la punta toca,
No en la sortija, y desairado pasa.

Revuelve lleno de vergüenza y furia,
Rompiéndole al overo las ijadas,
Y otra vez yerra el golpe, porque el brazo
Iba temblando de despecho y rabia.

Por la tercera vez la suerte intenta,
Y la yerra también. En tierra clava
Con gran furor la reformida pica,
Se da en la roja frente una palmada,

Da injustos sofrenazos al caballo,
En cuya sangre el acicate baña,
Y sin más esperar, á toda rienda
Corrido se salió de la estacada.

El numeroso pueblo de él no cura,
Teniendo ya los ojos en Mudarra,
Que sale á ver si acaso es más dichoso,
En una yegua como nieve blanca.

Recorre en un galope sosegado
Y con gran timidez la extensa plaza:
Hondo silencio en el concurso reina,
Que inmóvil verle triunfador aguarda;

Y cuando llega enfrente á la sortija,
Pica la yegua leve como el aura,
Que cual la vista rápida parece
Que no toca la arena con la planta,

Pero el jinete á fuerza de cuidado
Lleva la punta de la pica baja,
Y aunque va firme el puño en la arandela,
Deja atrás la sortija, y no la ensarta.

El Hagib Almanzor muestra disgusto,
Giafar lo mira con sonrisa amarga,
Demúdase Kerima, el gran gentío
Manifiesta inquietud; mas todos callan.

El garzon sin turbarse, de la yegua
El grueso cuello y crespa crin halaga;
La rienda acorta, afirma los estribos,
Atrás el capellar airoso aparta,

Y con los ojos fijos en la prenda,
Y la mano en el cuello de la lanza,
Con despejo y con noble gallardía,
A escape y sin temor de nuevo arranca.

La acicalada punta en el anillo
Introduce, y tras sí gallardo saca,
Hendiendo el aire y dándole vislumbres,
Cual leve exhalacion, la rica banda.

Un grito de placer en torno suena;
El Hagib del balcon el cuerpo saca,
Sin pensarlo Giafar (aunque al momento
Se arrepiente y se enoja) ¡bravo! exclama.

El corazon palpita de Kerima,
Púrpura ardiente su semblante esmalta,
Y va á aplaudir; pero la accion suspende,
Y los ojos temblando al suelo baja.

— Por competencias de poder y mando,
Con la familia de Zeir estaba
Desabrido Almanzor, y ve gozoso
Su orgullosa altiveza desairada.

Ensaltar quiere al Huérfano, y honrarle,
Y resuelto prorumpe en voces altas:
«Giafar, dar algun premio es necesario
Al que es tan diestro en manejar la lanza.

»Venga á nuestro balcon, y de su cuello
Colguemos esta corva cimitarra.»
Dijo, y la suya se quitó, la suya,
Par casi al Zualfiker (17) en gloria y fama.

Giafar con gran frialdad, «Ambas cuadrillas,
Dice, han ganado prez en esta plaza:
Si vos premiais al jefe de la una,
Yo al otro premiaré.» De estas palabras

No hizo caso Almanzor: en el momento
Que el jóven suba á su presencia manda;
Y la prenda del triunfo atada al brazo,
Tímido en el balcon entró Mudarra.

De pié los personajes le reciben,
El Hagib Almanzor tierno le abraza.
Y va á echarle en el cuello el talabarte
De que pende la rica cimitarra;

Mas lo suspende, y á Kerima dice:
«La dicha y la destreza de las armas
De la beldad tan sólo por la mano
Deben, señora, ser recompensadas;»

Y en las de la hermosísima doncella
El rico alfanje pone. Demudada,
Los ojos ella vuelve hácia su padre,
Cuyo semblante enciende horrenda rabia,

Y de rubor cubiertas las mejillas,
De gozo y miedo el corazón, turbada,
Al mancebo, que tiembla palpitante,
Entrega el premio con modesta gracia.

Que el jóven á sus piés la banda ponga,
Todos, y aun Almanzor, acaso aguardan;
Mas no la puso, que á distinto objeto,
Desde que la ganó, la destinara.

Tornó el alegre pueblo á sus hogares,
Almanzor con el Huérfano á su alcázar,
Y Giafar á Zeir por premio envía
Un arco persa con su rica aljaba.

Kerima en su magnífico aposento
Entre confusos pensamientos vaga:
Ya amor su corazón enseñorea,
Y ella aún lo ignora, aunque en amor se abrasa.

La fiesta popular, la augusta boda,
Los banquetes, las músicas, las danzas,
El concurso y los lances del torneo,
Todo en su mente revolando pasa;

Mas siempre en ella, entre el tropel confuso
De recuerdos sin fin, mira á Mudarra,
Que es el blanco de todas sus ideas,
Que es el anhelo solo de su alma.

Ya la anciana nodriza de sus brazos,
De su frente y blanquísima garganta,
Besando cariñosa sus mejillas,
Las espléndidas joyas le desata:

Y al verla tan suspensa, se sonríe,
Y con malicia, de su edad no extraña,
«¡Ay, Kerima! le dice, ¿de las fiestas
Vuelves tan pensativa y tan turbada?...»

»¡Hija de mi cariño!... ¿qué te aflige?...
Tu tierno corazón conmigo ensancha.
¿Has por ventura visto á otra doncella
Más ricas joyas ó mejores galas?...»

»Más beldad no es posible, pues tú eres
La rosa de oro y el ciprés de plata
Del imperio andaluz... Y en la riqueza,
En perlas y almalzares ¿quién te iguala?...»

»¿No respondes?... De fiestas y torneos,
Y de banquetes públicos se saca...
Cansancio... nada más... En otros tiempos
Mayor recogimiento se estilaba.

»Cuando Alhaken, cuando Alhaken vivía,
Una ilustre doncella no pisaba
Jamás la calle... siempre en sus jardines...
Siempre... mas todo en este mundo cambia...

»Matar infieles era el solo empleo
De nuestros buenos padres... sí... ¡Mal haya
Quien inventó las justas y festines,
Las músicas, los versos y las zambras!»

La inocente Kerima con zozobra
Oye de su nodriza las palabras,
Y tiembla silenciosa, recelando
Que encubre mal lo que en su pecho guarda.

En un baño de pórvido recuesta
El cuerpo hermoso, y olorosas aguas,
De regalado temple, refrigerio
Dan á sus blancas formas delicadas.

Ya sus oscuras prolongadas trenzas
Deshacen con primor diestras esclavas,
Y las recogen en ligera toca,
Y en aceite de rosa las empapan.

En femenil curiosidad ardiendo
Todas, la hostigan con preguntas varias,
Y quieren que les cuente de la boda
Hasta las más pequeñas circunstancias;

Y los varios colores y divisas:
 Quién lució en la corrida de las cañas,
 Y con quién ha danzado, y cuáles fueron
 Las más vistosas y elegantes galas.

Ella responde á todo, y nombra á todos
 Los que en aquellas fiestas se encontraran;
 Pero porque su rostro no la venda,
 Evita siempre el nombre de Mudarra.

Queda sola en su lecho, y la dulzura
 Del sueño bienhechor inquieta aguarda:
 ¡Ay! sus enamorados pensamientos
 De sus ojos lo ahuyentan y separan.

«¿Quién este jóven es?—Deudo, no hay duda,
 Del insigne Almanzor.—Mas ¿qué palabras
 De tósigo mortal entre los labios
 De mi padre escuché?... ¿Por qué su saña?...

»*¡Expósito infeliz!!! ¡Huérfano infame!!!...*
 No lo dijo por él... Su ilustre alma
 Brilla en su faz, su estirpe generosa
 En su disposicion noble y gallarda.

»Y ¿á quién, á quién el venturoso jóven
 La prenda que ganó, ¡cielos! consagra?...

Así dice entre sí, y acerbo llanto
 De sus ojos bellísimos derrama.

¡Infeliz!... ¡Infeliz!... su tierno pecho
 Apenas siente del amor la llama,
 Y la horrible ponzoña de los celos
 Ejercita ya en él su ardiente rabia.

¡Cómo se ofusca, cuánto desvaría
 Una imaginacion acalorada!
 ¡Y cuánto el noble pecho de Kerima
 Aplaudiera el intento de Mudarra!

Pues luégo que tendió tranquila noche
 Su manto oscuro por la tierra opaca,
 Al rayo hermoso de naciente luna,
 Que entre celajes plácidos se alzaba.

Dirigió el jóven con plausible anhelo
 Al sacro bosque la piadosa planta,
 Donde la sepultura de Zahíra
 Entre cipreses lúgubres estaba;

Y de un lauro lozano que sobre ella,
 Cual rústico dosel, frondosas ramas
 Extendía, con lágrimas los ojos,
 Colgó el anillo y enlazó la banda.



NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(1) Se empezó esta obra en la isla de Malta, en una casa de campo que está á la orilla del mar, por el mes de setiembre del año 1829.

(2) *Hagib* ó *Alhagib* equivale á ministro principal de palacio, ó primer ministro del imperio. Fué el cargo que obtuvo Almanzor en el reinado de Hixcen, sin que fuera nunca rey ni emperador, como le titulan nuestras historias y antiguos romances; aunque gobernó el imperio muchos años casi exclusivamente, tanto por su valor y entendimiento, como por el genio indolente y oscuro de Hixcen, tercero de su nombre, de quien dice Conde en su *Historia de la dominación de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas*, lo que sigue: «El rey Hixcen, así por los pocos años como por su natural inclinacion, no pensaba sino en sus juegos é inocentes placeres; no salía de sus alcázares y deliciosos jardines, ni deseaba otras distracciones ni recreos, que no conocia... Sabur, el persiano, que habia sido camarero del rey Alhakem, y habia venido de Mérida para la jura del rey Hixcen, quiso hablar con él antes de su partida, y la sultana Sobeiha le excusó la visita de acuerdo con el Hagib Muhammad (Almanzor), y luego partió para Algarbe, y los demás Walies á sus provincias.»

(3) *Azrael* era, segun la creencia musulmana, el ángel que separaba en la hora de la muerte el alma del cuerpo.

(4) *Wali*, prefecto ó gobernador de provincia.

(5) Los nombres de los meses ó lunas entre los árabes eran los siguientes, por este orden: *Muharram, Safer, Rabi' primera, Rabi' segunda, Giumada primera, Giumada segunda, Regeb, Naban, Ramazan* (este era el mes de penitencia, ayuno y expiacion): *Nawal, Dylcada y Dylhagia*.

(6) *Almueden*, sacristan, mullidor de mezquita, que pregona y llama con grandes voces á la oracion desde lo alto del *alminar* ó torre.

(7) *Huris* eran las doncellas inmortales, habitadoras del paraíso, destinadas para ser allí compañeras eternas de los buenos musulmanes.

(8) *Cadi*, gran juez, presidente del consejo.

(9) *Acidaque*, la dote.

(10) El templo de la Caaba, ó la casa cuadrada, era un templo antiquísimo de la Meca, que se dice fundado por Abraham, ó por Ismael, al que hacian los musulmanes su peregrinacion santa. Fundóla el rey Abderrahman el año 786 de nuestra era. El mismo trazó el plan de la obra, que se propuso fuese semejante á la de Damasco, superior á la de Bagdad y comparable á la Alaksá en la Casa santa de Jerusalem. Gastó en ella más de cien mil doblas de oro, y murió antes de acabarla.—CONDE en la obra citada.

Convertido este suntuoso y extraño edificio en catedral, se conserva hoy casi intacto, sin más variaciones que las que han sido indispensables para el culto católico.

(11) *Azali*, oracion. Eran cinco: *Azohbi*, del alba; *Adohar*, del medio dia; *Alasar*, de la tarde; *Almagrib*, al ponerse el sol, y *Alatema*, al anochecer.

(12) *Almimbar*, púlpito.

(13) *Almocrí*, lector de mezquita.

(14) *Amir* ó *Emir*, jefe, general, príncipe.

(15) *Wacir*, ministro principal, gobernador de ciudad.

(16) Grande era el aprecio que se hacia de los poetas entre los árabes de Córdoba, donde habia academia pública de poesia, y donde los ingenios estaban muy festejados y recompensados por los príncipes y caballeros. El citado compilador de los manuscritos árabes dice en el cap. 92 de la segunda parte: «Dio en Zahrá una hermosa casa al céle. bre historiador Ahmed ben Said el Hamdani, que se ocupaba en escribir la historia de España: asimismo dió el rey «casa cerca del alcázar á Jusuf ben Harún, el Arramedí, conocido por Abu Amar, el mejor ingenio de cuantos en este «tiempo florecian en Córdoba: habia presentado al rey dos elegantes poemas, uno de la casa y otro de la caballería. «Refiere de él Abulwalid ben el Fardi, que él mismo contaba esto: Salí un dia despues de la zala del juma, y pasé el «rio de Córdoba, y andaba en los jardines de Beni Meruán, y encontré en ellos una doncella esclava, que nunca en «toda mi vida habia yo visto otra de tal gentileza, ni tan hermosa como ella; la saludé, y me respondió con mucha gra- «cia, pues no sólo era afable, sino tambien en extremo discreta. El tono de su habla era de tanta dulzura, que regalaba «los oidos, y se entraba por ellos en el alma; de suerte que su gentileza, su hablar y sus razones, me rindieron el cora- «zon. La dije yo: Por Alá, ¿te podré llamar hermana ó madre?—y ella me respondió: Madre, si quisieres.—Y dije «entonces: ¿De gracia, mereceré saber cómo te llaman?—y me respondió: Llámame Halewa.—Con buenas fadas, dije «yo, te pusieron tan dulce nombre, etc., etc.» Por huir la prolijidad, no copiamos el resto, en que se refiere cómo el poeta enamorado de la esclava, hizo un viaje á Zaragoza para pedir á un amigo la cantidad necesaria para comprar á la doncella, la que por desgracia tenia ya otro dueño, cuando volvió á Córdoba su amante. De aquí nacieron disgustos y

hablillas, que despertando la curiosidad del rey, quiso ver á Halewa, y enamorado de su belleza, pasó con ella una mañana, mientras su amo estaba en la mezquita, oyendo el sermón del famoso Mondhir ben Said, que de acuerdo con el rey se dilató más de lo regular en su plática. Esto produjo al cabo nuevos disgustos para nuestro poeta, que estaba preso y sufrió una larga persecución.

Hablando dicho autor de la jura del príncipe Hixen, dice: «También manifestó su ingenio y gratitud al rey en esta ocasión el granadino *Aben Isá* el Gasani, que acababa de llegar de Egipto y de otros países de Oriente, donde »había viajado de orden del rey Alhaken, y le presentó su geografía y una elegante descripción de la comarca de »Elvira.» Y más adelante: «Como en este tiempo era tan estimada la erudición y la poesía en España, hasta las mujeres »en su retiro eran estudiosas, y muchas se distinguían por su ingenio y buenos conocimientos. El rey tenía en su alcazar »á *Lobna*, doncella muy hermosa, docta en gramática y poesía, en aritmética y otras ciencias. Escribía con singular »elegancia y muy bellas letras, y el rey Alhaken se valía de ella para escribir sus cosas reservadas. No había en el pa- »lacio quien la igualara en agudeza de conceptos y suavidad de metros.»

Alhasan fué un poeta sevillano; *Albuker*, otro de Damasco, y ambos florecieron por aquella época.

En la obra citada, tratando en el cap. 98 de cómo Almanzor honraba á los doctos, se lee: «Se detenía poco tiempo »Almanzor en las fronteras, y mientras estaba en Córdoba, su casa era como una academia de sabios y de hombres de »ingenio. La frecuentaba el malagueño *Obada* ben Abdala, que era de los mejores poetas de este tiempo en Andalucía, »y escribió la historia de los poetas españoles y una célebre borda ó elogio de Anabí Muhamad.... Hizo unos versos »muy elegantes de improviso, y le dió el wacir cien dinares de oro y su casa franca á todas horas.... Estableció Alman- »zor una academia de humanidades, y sólo tenían asiento en ella hombres doctos, ya conocidos por obras útiles é »ingeniosas de varia erudición en prosa ó en verso. Visitaba las madrisas ó escuelas, y las aljamas y colegios, y se sentaba »entre los discípulos, y no permitía que se interrumpiese la enseñanza á su entrada ni á su salida. Daba premios á los »maestros y á los discípulos más sobresalientes, etc.»

Es muy curiosa la descripción que se halla en esta obra de Conde, de la boda del hijo de Almanzor, que se celebró en la *Almunia*, en su palacio y jardines. Aunque se ignora el sitio de estos, sospecho que sea el mismo donde hoy está la *alameda del Obispo*.

(17) *Zualfakér* era el nombre del alfanje de Mahoma, que decía haberlo recibido del arcángel Gabriel, y lo dejó en herencia á su yerno Alí.



ROMANCE SEGUNDO

Funestos y altos cipreses,
Frondosas y verdes hayas
Cercan un campo cubierto
De abrojos y yerba larga:
En medio estaba un sepulcro.

.....
La noche estaba en su filo,
Fría, medrosa y helada,
Y la siniestra corneja
Hecha centinela y guarda;
Cuando al rayo de la luna,
Que bajaba entre las ramas,
Vi salir un bulto negro.

Romance antiguo.

GIAFAR, en cuyos ojos centellea
Siniestra lumbré de terrible agüero,
Cuyo vigor los años no enflaquecen,
Ni calman los furores de su pecho,

Dado á la caza y ejercicios duros,
Y de la corte docto en los manejos;
Es por sangre, riqueza y poderío
La persona segunda del imperio.

Alguna vez ha sido la primera,
De Hagib desempeñando el cargo excelso
En tiempo de Alhaken, y aún vivos duran
De época tan terrible los recuerdos.

Dígalo el Almagreb, que osó hasta el trono
Alzar desesperado sus lamentos;
Y torrentes de sangre lo inundaron,
Y tronchadas cabezas lo cubrieron.

Los cristianos pacíficos lo digan
Sometidos al árabe gobierno,
A quienes de Giafar el fanatismo
Cargó de oprobio, de miseria y hierros;

Dígalo el reino todo, de cadalsos
Y de bárbaras cárceles cubierto;
Dígalo en fin, España, que ni un día
De bienhechora paz gozó el consuelo.

Azote de su siglo y detestado
De su patria y de todo el universo,
Se sostuvo en el mando y poderío,
Y en el favor del rey por algún tiempo;

Pues hipócrita astuto aparentando
Por la ley musulmana ardiente celo,
Tuvo en los Alimanes y Alfaquies (18)
Apoyo firme y partidarios ciegos.

Sus riquezas también y la fortuna,
Que coronó constante sus esfuerzos
Con continuas victorias, le ayudaron,
Y en el primer lugar le mantuvieron.

Conservaba de Hagib el alto cargo,
Cuando jóven Hixcen empuñó el cetro;
Mas desplomóse al cabo su grandeza
Como abrumada de su propio peso.

Al frente de las hueste musulmanas
Taló del Tormes, del Arlanza y Duero
Los fértiles contornos, exterminio,
Muertes y esclavitud dejando en ellos:

Incendió villas, arrasó palacios,
Destruyó fortalezas, y de miedo
Temblaron Leon y Burgos, cuyas torres
De un mar de sangre los escollos fueron.

El poder de Castilla derribado
Quedó; su conde en la batalla muerto,
Y el monarca leonés de las Asturias
Buscando asilo en los peñascos yertos.

Rico de gloria y rico de despojos,
Si no saciado de matar su pecho,
Y gozoso de ver seis mil cautivos
Seguir sus huellas entre duros hierros;

Giafar ufano á Córdoba volvía,
Sus sienes á ceñir de lauro eterno,
A afirmar con tal triunfo el alto mando,
Y á hollar el orbe, á su ambición estrecho.

Alá empero lo quiso de otro modo:
Un castellano, insigne caballero,
Por vengar á su patria ó lograr muerte,
Pues la muerte es mejor que el vituperio;

De pocos aunque buenos, ayudado,
Le alcanzó en Guadarrama; y sorprendiendo
Al musulmico campo, parecía
Rayo de las venganzas del Eterno.

Las cordobesas numerosas haces,
Que cuando dejan el poder deshecho
De los cristianos, y detrás la muerte,
Y lagunas de sangre, y campos yermos.

Del alba á los escasos resplandores
Se ven acometer con tal denuedo:
Pásmanse, y en desórden se amontonan,
Dudosas del peligro y del remedio.

Con la codicia de guardar la presa,
Lo fragoso del áspero terreno,
Y la gran muchedumbre de cautivos,
Crecen la confusion y desaliento;

Mientras el valeroso castellano,
La lanza en ristre y del broquel cubierto,
Acomete, destroza y atropella,
Cual onza entre los tímidos corderos.

Sólo un valiente Amir osa atrevido
Al héroe contrastar, y su denuedo
En duda pone un rato la victoria
Con fuerte diestra y con gallardo esfuerzo;

Mas derribado al fin, nada resiste
Al cristiano escuadron, aunque pequeño;
Pues derrama en el campo el exterminio
Que en miés tostada devorante el fuego.

Giafar ardiendo en rabia, intenta en vano
Sus huestes ordenar: con ronco acento
Llama á sus capitanes, y sus voces
Sólo acrecientan el confuso estruendo.

Corriendo á un lado y otro, donde quiera
Desaliento y terror ve, y vano ensueño
Le parece el combate, ó que fantasmas
Que la tierra abortó, son los guerreros.

En tanto los cautivos, que conocen
Al héroe triunfador, rompen los hierros,
Y con las armas que el furor les presta,
Cargan á los turbados sarracenos.

El numeroso ejército, que altivo,
Ufano, rico, vencedor, soberbio,
Cantaba alegres himnos de victoria,
Hollando ya en seguro el patrio suelo;

Desapareció como las nubes densas,
Que están la esfera toda oscureciendo,
Se rompen, vuelan, se deshacen, huyen
Al repentino aparecer del cierzo.

Quién busca las fragosas espesuras
Por salvar el botín; cuál, como el viento,
Destrozando al caballo los ijares,
En cercano castillo busca puerto.

El que osa resistir, la muerte encuentra,
Que al fugitivo alcanza, y bajo el peso
Infame del tesoro, furibunda
Da al codicioso el merecido premio.

Giafar, que desplomarse ve su gloria,
Que para sostenerla sus esfuerzos
En vano son, y que tan corta hueste
Le roba tantos lauros y trofeos;

Corre furioso en contra del caudillo
Del cristiano escuadron, y de su pecho,
Encendido volcan, lanzan los ojos
Aterradores el terrible fuego.

Aún espera deber sólo á su brazo
Dulce venganza, cuando no remedio,
Y sostener su gloria por sí solo,
U honrada muerte conseguir al ménos;

Mas ¡ay! que la fortuna caprichosa
La espalda y rostro con desden le ha vuelto,
Y con la pica poderosa en ristre
Le espera el castellano caballero,

Que en tierra lo derriba, y lo abandona,
O por no conocerle, ó por desprecio.
Llama luego á los suyos, y la turba
De rescatados con presura uniendo,

Vencedor se retira y orgulloso
Del campo de cadáveres cubierto;
De la fe y de Castilla restaurada
La gloria, y de venganza satisfecho.

De tal desastre á Cordoba la nueva
Llegó en las alas rápidas del viento,
Y de luto, dolor, llanto, amargura
Llenó, y de asombro el andaluz imperio.

Los enemigos de Giafar se alzaron
En contra suya sin tenerle miedo,
Se esforzaron sin fruto sus parciales,
Y fué de maldicion su nombre objeto.

La sultana Sabeya, madre altiva
De Hixcen, que siempre con disgusto y ceño
Miró á Giafar, gozóse en su infortunio,
Que lo precipitó del alto puesto;

Pues cuando enfermo, herido, despechado,
En sed de sangre y de venganza ardiendo,
Del poderoso ejército perdido
Con miserables y afrentados restos,

A Córdoba volvió; de Hagib el cargo,
De Hixcen la gracia y el amor del pueblo
Disfrutaba Almanzor, y hermosos días
De justicia y saber amanecieron.

Giafar en vano desplegó sus artes,
Apeló al disimulo sin efecto,
Apénas encontró con partidarios,
Sin resultado usó de sus manejos;

Y en una torre suya, que entre bosques
Incultos dominaba un campo yermo
(Que hoy Campo-bajo llaman, y aún existen
De ella, en la altura, fulminados restos),

Se refugió, de su ambicion burlada
A consumirse en el insano fuego;
O más bien á trazar planes astutos
Para al mando y favor tornar de nuevo.

Muy pronto sus riquezas y su sangre,
Su antigua gloria y el inlujo inmenso
De Ulemas, Alimanes y Alfaquies,
Su fina astucia y religioso celo,

Le procuraron el segundo cargo
En honra y en poder, que era el gobierno
De la ciudad de Córdoba, reunido
Con la alcaldía del alcázar regio:

Y cuando á alguna expedicion guerrera,
O á correr las provincias del imperio
Se alejaba Almanzor, él de la corte:
Tomaba el mando con poder supremo.

¡Epocas siempre de rigor y espanto!...
Al partir Almanzor quedaba el pueblo,
Que padre y gloria suya le aclamaba,
En silencioso afan y en desconsuelo;

Como al hundirse el sol en el ocaso,
Queda en el ancho mar el marinero,
Que ve en oriente el manto de la noche
De espesas nubes y borrascas lleno.

Tuvo hijos diferentes; mas gozarlos
Nunca le concedió sañudo el cielo,
Y en la tranquila cuna muerte airada
Cebó su diente destructor en ellos.

Kerima sola fué más venturosa
(Si es que quedar en este mundo es serlo)
Tal vez porque en su madre desdichada
Se embotó de Azrael el crudo hierro.

Giafar nunca olvidando su derrota,
Aunque ya de venganza satisfecho
Debiera estar y de inocente sangre,
Profesa á los cristianos odio eterno:

Cuantas veces tornaba al alto mando
Lo demostraba con atroces hechos,
Y era de los mozárabes (19) azote,
Horrorosas violencias ejerciendo.

De esta mísera estirpe honra, fortuna,
Libertad, vida, todo era el objeto
De la venganza audaz de tal contrario,
De su codicia, rabia y desenfreno.

Entre inocentes tantas que á la furia
Del terrible Giafar víctimas fueron,
Lo fué Gala infeliz, tierna doncella
A quien dió por su mal belleza el cielo.

Tranquilo y en oscura medianía,
Del fausto y pompa cortesana léjos,
El mozárabe Egidio disfrutaba
La edad madura en el hogar paterno.

De una antigua familia ilustre y goda
Era este anciano el vástago postrero;
Su esposa ya tambien de los sepuleros
La quietud disfrutaba y el silencio.

En prácticas cristianas embebido,
Y en educar con afanoso esmero
En la fe y la virtud á su hija Gala,
Hija que sólo concedióle el cielo:

Gozaba en paz de venturosos dias,
Solo con ella en retirado albergó,
De la filial ternura coronado,
Del corazon de Gala satisfecho;

Cuando al volver en una tarde aciaga
De un campo suyo, que el feliz sustento
Le tributaba con opimos frutos,
Producto de su afan y su desvelo:

Se halló desierta la tranquila estancia,
Los muebles derribados y deshechos,
Robado el ajuar, y ¡ay! sin la prenda,
De su amor fruto, de su edad consuelo.

¡Desdichado!... ¡Qué golpe!... Como loco
Giró por la ciudad; y conociendo
Cuál era su desastre, y que justicia
Sólo podia esperar del alto cielo,

Incendió su heredad y humilde casa,
Destruyó sus ganados y su apero,
Y desapareció de Andalucía,
De su infortunio y de sí mismo huyendo.

Giafar fué el forzador, Giafar tirano
Con tropa audaz de forajidos siervos,
Robó la hija del honrado Egidio,
Y á su palacio la arrastró violento.

En él antes de un año hundióse Gala,
Dando á Kerima á luz, en sueño eterno;
Aterrada sin duda la infelice
De ver la sucesion de un monstruo horrendo

De padre tan feroz muy diferente
Salió la tierna niña, en quien el cielo
A manos llenas derramó los dones
De belleza y virtud, gracia y talento.

Sus ojos eran encendidos soles,
 Pero templados de pudor modesto.
 Y sus negras pestañas daban sombra
 A un rostro de jazmin y rosas hecho.

Nieve era su garganta, y alabastro
 Los tiernos brazos y el sensible seno,
 Gentil su talle, estrecha su cintura,
 Breve la planta y torneado el cuerpo.

No la hermosa azucena más lozana
 La blanca frente y el erguido cuello,
 Reina de los jardines, alza en mayo,
 De la risueña aurora á los destellos;

No más gentil orillas del arroyo,
 Precursor de las flores, el almendro
 Se mece ufano en tarde sosegada
 De las auras de abril al blando aliento.

Mas á tanta beldad y gallardía
 El candor, la inocencia y el ingenio
 Ganan la palma en la gentil doncella,
 Cautivando las almas y los pechos.

Su compasion benéfica merece
 Despertar de Zahira los recuerdos,
 Y con ella encantado acaso olvida
 Al feroz padre agradecido el pueblo.

Como ella nadie un almaizar tejía,
 O de oro y sirgo recamaba un velo,
 O una manga labraba, los matices
 Del hermoso verjel oscureciendo.

Aunque Giafar fanático desprecia
 Las artes y las ciencias, de aquel tiempo
 La costumbre observando, dió á su hija
 Del humano saber doctos maestros.

A encantar con su voz las leves auras,
 Y á prorumpir en deliciosos versos
 Del arpa melancólica al sonido,
 La adiestró Obada, el sabio malagueño;

Y el insigne Aberróes, á quien grata
 Abrió naturaleza sus secretos,
 Comentador del sabio de Estagira (20),
 Y cuya fama vive en claros ecos;

Le enseñó á conocer el mudo giro
 De los lucientes astros, sus aspectos,
 Sus influencias, su poder, las causas
 Que alteran entre sí los elementos:

Las virtudes de plantas y de flores,
 De metales, de piedras y de insectos;
 Y á elaborar mil bálsamos preciosos,
 De las miserias del mortal remedios.

Esta la ciencia fué que cautivara
 La atencion de Kerima, y el deseo
 De consolar la humanidad doliente
 Hizo de ciencia tal todo su anhelo;

Logrando en ella tanta nombradía,
 Y su docto saber tales efectos,
 Que eran sus confecciones admiradas,
 Y con afan buscados sus consejos.

Recorrer selvas, montes y verjeles
 Salutíferas plantas recogiendo,
 Era su ocupacion, y cultivarlas
 En sus propios jardines, su recreo.

¡Ay! ¡Que las más hermosas y floridas,
 Las que más necesitan de su esmero,
 Sedientas en los vasos de alabastro,
 Marchitas con el sol doblan el cuello!

Pues tres veces hiriólas desde oriente,
 Y tres desde zenit con vivo fuego,
 Y tres desde el ocaso, sin que logren
 De la mano benéfica consuelo.

¿Cómo lo han de tener?... Su bienhechora,
 La que les consagraba sus desvelos,
 Las tiene ¡desdichadas! en olvido,
 Víctima triste de cuidados nuevos.

¡Infelice! Tres dias retirada
 Estuvo en su magnífico aposento,
 Tres largos dias, que jamás son breves
 Los que en dolor se pasan y en tormentos.

Kerima en vano el nombre de Mudarra
 Negó á su labio con prudente esfuerzo,
 Al contar los festejos de la boda,
 Al referir los lances del torneo;

Pues las locuaces siervas que la asisten,
Y la vieja nodriza, repitiendo
Las voces que por Córdoba volaban,
Despedazaron su oprimido pecho.

Esta le ponderaba el entusiasmo
De que era el jóven triunfador objeto;
Aquella lamentaba que su origen
Tal beldad malograra y tal desnudo;

Otra, informada de envidioso labio,
O de Giafar atenta á los preceptos,
Le retrataba con las negras sombras
De lástima, de afrenta y de desprecio.



La nodriza, con pláticas difusas,
Viejas historias y mohosos cuentos,
Todo lo que es antiguo ponderaba,
Y mezclando malicias y consejos,

Dijo: «Aún no estaba mi semblante arado,
Ni convertido en nieve mi cabello,
Pues fué poco despues que de los Laras
Las cabezas á Córdoba trajeron;

»Cuando recién nacido le encontraron
En los jardines de Almanzor expuesto:
De algun cautivo vil é infame esclava
Fruto infeliz, y maldición del cielo.

TOMO I

»La princesa Zahira en su palacio,
Por caridad ó por capricho necio,
Le acogió... ¡Qué mujer!... Era muy linda,
Y compasiva, y generosa, es cierto;

»Pero tan rara... En fin, en protegerle
Cifró todo su afán, todo su empeño;
Y en vez de acostumbrarle desde niño
A ser humilde, y á servir cual siervo,

»Crióle con tal pompa y tal regalo,
Como si fuera un claro caballero;
Y hasta el momento de morir estubo
De caricias colmándole y de obsequios.

»¡Locuras de mujer!... Y Zaide, Zaide,
Ese incrédulo altivo, satisfecho
De sus vanos saberes, del Mudarra
Ha sido el consultor, ayo y maestro.

»Con un principio tal, con tal doctrina,
¿Qué se puede esperar de ese mancebo?...
Yo extraño que Almanzor... pero ¿qué digo?
¿Qué se debe extrañar en estos tiempos?...

»¡Un expósito vil, de los donceles,
De la flor y esperanza del imperio
Ser capitán en tan famoso día!...
En la mesa del rey tener asiento!...

»¡Con Kerima danzar el miserable!
¡En competencia entrar en el torneo
Con el noble Zeir, con el que aclama
Por su señor el tunecino pueblo!...»

Así decía, y una esclava jóven
La interrumpió con prontitud diciendo:
«Pero ganó la banda y la sortija,
Y con aplauso universal el premio.»

Repúsole la vieja: «Sí, fortuna,
Mera casualidad... Y ¡á digno objeto
Habrá la rica prenda dedicado!...
¡A alguna esclava de Almanzor su dueño!!!»

No pudo más Kerima; á todas ellas
Mandó callar con desabrido aspecto,
Y mostrando cansancio de escucharlas,
Que al punto despejasen su aposento.

Apénas sola, hondísimos gemidos
Lanzó el volcan de su abismado seno;
Cruzó su estancia con inciertos pasos;
Alzó los brazos y la faz al cielo.

Derribóse por fin, de fuerzas falta,
Sobre un rico almohadon, en gran silencio
Sus labios frios, é inclinó la frente,
Hinchado el corazon, los ojos secos.

De la anciana nodriza las palabras
Un mar de confusiones extendieron
Ante su vista de esperanzas dulces
El cuadro engañador oscureciendo.

Un expósito vil, dijo su padre,
Y un expósito vil es en efecto
El que su corazon ha sorprendido,
Para abrasarle en vergonzoso fuego.

Se afrenta de sí misma, y orgullosa,
Animada de su alto nacimiento,
Abomina el instante desdichado
En que pudo pararse en tal objeto.

Llora luégo, y llorando, en su alma herida
La ternura recobra el dulce imperio;
Pero al pensar que la preciosa banda
De una esclava tal vez adorna el cuello,

Arde en furor, y jura en altas voces
Odio al Huérfano vil, no ya desprecio,
Indignada de haber á tal persona
Humillado sus altos pensamientos.

Sí, tomó su partido, está resuelta;
Ya aborrece á Mudarra; por lo ménos
Lo imagina: triunfante se figura,
Mira su amor como un delirio necio;

Mas fatigada de vencer, oprime
Su corazon tan angustiado peso,
Que anhela respirar el aire puro
So la bóveda inmensa de los cielos.

Baja al verjel de su soberbio alcázar,
A buscar en las flores el consuelo,
Pensando, ¡simplecilla! que en las flores
Va á encontrar como siempre su recreo.

¡Ah! no lo encuentra en su jardin cercado,
Del que con dos esclavas y en silencio
Sale al campo, y se pierde en las florestas,
Que de Guadalquivir gozan el riego.

Entónces se le acuerda de repente,
Que oyó elogiar en el banquete regio
Las flores que en la tumba de Zahira
Daban su aroma delicioso al viento.

Verlas desea, y con ligera planta
Corre inocente en pos de su deseo,
Ignorando quién es de aquellas flores
El piadoso cultor y jardinero.

El sol al occidente descendia,
Y á su brillante luz formaba velo
Un celaje sutil de oro y violado,
Que templaba su ardor y sus reflejos:

Nubes de ardiente grana enriquecian
El ancho espacio, vaporoso á trechos,
Jazmin y azahares respiraba el aura,
Y entre las flores reposaba el viento.

Era una dulce y sosegada tarde
De las que en aquel clima y grato suelo
Naturaleza ostenta, y con que encanta
Las tiernas almas, los sensibles pechos.

De Arrizafa en los campos desiguales,
Donde hoy descuella un santo monasterio (21),
En un bosque de adelfas y naranjos,
Un corto espacio circundaba un seto;

Y allí un cuadrado mármol custodiaba
De la princesa los mortales restos.
Cuatro cipreses lúgubres en torno
Sus puntas elevaban por el viento:

Un lozano laurel le daba sombra,
Y en derredor brillaban, esparciendo
Su embalsamado aroma, lindas flores,
Que ni agostaba el sol, ni helaba el cierzo.

—Huella Kerima el lúgubre recinto,
Penetrada de asombro y de respeto:
Se acerca muda y palpitante al mármol,
Do logra la virtud tranquilo sueño.

Los ojos alza y con sorpresa mira,
Ondean suave al hálito del viento,
Enlazada al laurel la roja banda,
Que Mudarra ganara en el torneo:

Y ve de ella pender el rico anillo,
Al que del sol los últimos reflejos
Daban, reverberando en los diamantes,
La apariencia de un mágico lucero.

¿Qué voz humana retratar pudiera
Lo que pasó en Kerima, en el momento
De ver en tal lugar aquella prenda,
Y desmentidos sus soñados celos?...

Dió un grito agudo, vaciló su planta,
Y en uno de los árboles funestos
Apoyó el brazo y la sudosa frente,
De lágrimas de amor los ojos llenos.

De lágrimas de amor, dulces, preciosas;
Lágrimas tiernas, que del grave peso
De haber dudado un punto de Mudarra,
Libran su corazón, de amores centro.

Olvidando el origen de su amante,
Su propio orgullo y el furor paterno,
De la vieja nodriza las palabras,
Y cuanto existe entre la tierra y cielo;

Tan sólo ve á Mudarra ante sus ojos;
Derrítese el alma de su pecho
En el volcán; Mudarra es su existencia,
En Mudarra se cifra su universo.

Mas no el rostro gentil y gallardía,
Ni el triunfo allá en la justa del mancebo,
Ni la pasión que descubrió en su frente,
Su mente exaltan en aquel momento.

Es más noble la llama en que se quema:
No es una chispa vil de tal incendio
La causa, no es centella voladora,
De oscura nube parto pasajero;

Es el sol puro, el sol es quien la abrasa,
Pues sólo tiene fijo el pensamiento
En la virtud insigne de su amante,
Que conserva á Zahira tal respeto.

«¡Feliz, feliz, en su entusiasmo exclama,
Quien logre ser de su ternura centro!...
Pues yo la conseguí, ni por un trono
La cederé: lo juro ante el Eterno.»

Dijo: ferviente amor brilla en sus ojos,
Púrpura tiñe su semblante bello,
Llama consoladora su alma enciende,
Su corazón palpita satisfecho.

Pero cual de repente nube parda,
Que sigue el curso rápido del viento,
Del sol ofusca la radiante lumbre,
La risueña pradera oscureciendo;

Así de pronto una confusa idea
Llena su mente de escondido miedo,
De sus ojos marchita el claro brillo,
Torna el ardor en palidez y en hielo.

—Ya el sol estaba en los remotos mares;
Del crepúsculo escaso los reflejos
Y una ligera niebla confundían
De aquella muda escena los objetos;

Y la hermosa Kerima, yerta, inmoble,
Cubierta del cendal de un blanco velo,
El alma de Zahira asemejaba
Tornando á unirse á sus mortales restos.

Quedó suspensa un rato, y de repente
Volviendo en sí, desata de su cuello
Una sarta de perlas, cuyo broche
Tiene su nombre en filigrana puesto;

Y sin saber lo mismo que ejecuta,
Arrebatada de un poder secreto,
La entreteje en la banda, y se retira
Del fúnebre lugar con pié ligero.

Júntase á sus esclavas, que esperando
La están con impaciencia á corto trecho,
Y al débil rayo de naciente luna
Retírase á su alcázar en silencio.

De flecha un tiro apenas estaría,
Cuando Mudarra por camino opuesto
Llegó al sepulcro, pálido, turbado,
Marchito el rostro, el alma sin aliento.

Un bulto blanco cerca de la tumba
Ha visto entre los troncos desde léjos:
No le ha engañado, no, la fantasía:
Y á nadie encuentra á su llegada... «Cielos,

»¿Era la sombra de Zahira, exclama,
Que de estas flores que sembró mi esmero,
Viene á gozar?... Amada sombra, vuelve,
Mis lágrimas acoge y mi respeto.

»¡Ay!... huyó... ¿disipóse al acercarme?...
¿Y qué otra cosa, ¡miseró! merezco,
Yo, que casi en olvido su memoria
Por una pasión loca ingrato tengo?

»Sí, de un delirio en pos, que en mi alma débil
Reína, aunque á mi pesar, me arrojo ciego;
Y de saber la obligacion sagrada,
Que á otra region me está llamando, tiemblo.»

Enmudeció su labio, y en la yerba
Sentóse, faltos de vigor sus miembros,
Y lanzando suspiros y sollozos,
Que reprodujo en voz sumisa el eco.

¡Oh Mudarra infeliz!... tres largos días
Privado ha estado de los ojos bellos
De su ídolo Kerima, y esta ausencia
Ha acrecentado el amoroso incendio.

El pensar que el destino inexorable
Le llama misterioso hácia otro suelo,
Do no estará Kerima, sumergióle
En el mar borrascoso del despecho.

¡Ah!... de Guadalquivir nunca alejarse,
Ni jamás indagar el gran secreto,
Casi ha jurado... y hora en aquel sitio...
¡Qué horroroso contraste está sufriendo!

Así al tierno laurel en la montaña,
En noche oscura de sañudo invierno,
Combaten con furor por todos lados
Lluvias, granizos, terremoto y vientos.

Desahoga al fin su corazón mezquino
Derramando sus ojos lloro acerbo;
Poco á poco las auras de la noche
Nueva vida le dan y refrigerio,

Y ya la luna en el zenit brillaba,
Bajel de plata, que en el mar inmenso
Del espacio navega; cuando el jóven
Se alzó, con su aflicción treguas haciendo.

Dirigióse á un arroyo cristalino,
Que sobre guijas cándidas no léjos
Serpenteaba con murmurio manso,
Entre adelfas y frágiles helechos;

Y robando al raudal pequeña parte,
Tornó á las flores que sembró su anhelo,
Y con la actividad cobrando fuerzas,
Les dió socorro de abundante riego.

Después registra la preciosa banda,
Por ver si ultraje recibió del viento;
Y al apretar las ramas con los lazos,
Hiere sus ojos un extraño objeto.

Halla el collar de perlas; se sorprende,
Aunque pronto le dice el pensamiento,
Que será á la memoria de Zahira
Un don de gratitud y de respeto.

No es la primera vez, no, que sus ojos
Han visto aquel collar: reconocerlo
Quiere, lo alcanza, atento lo examina,
Ve caracteres en el broche puestos;

Va cuidadoso á leer, cuando sus luces
Robó á la luna nubarrón espeso,
Y en la sombra no puede distinguirse
Escrito en filigrana aquel letrado.

Vuela por fin la inoportuna nube,
Torna la luna á esclarecer el cielo,
Y el nombre de KERIMA lee Mudarra,
Y otra vez y otra vez torna á leerlo.

El corazón le late sorprendido,
De agitación inexplicable lleno,
Apénas se sostiene, tiembla todo,
Y queda en un estúpido silencio.

Mas pronto recobrándose, «¿Qué, exclama,
Kerima ha estado aquí?... Kerima!... Ciertamente,
Ella fué la que vi junto á esta tumba...
¿Por qué tardé en llegar tan largo tiempo?...»

Inclinase en la yerba venturosa
Las huellas á buscar de los piés bellos,
Y donde se estamparon, le demuestra
Recientemente ajada trecho á trecho.

Enajenado bésala mil veces,
Y el collar apretando contra el seno,
Se alza, y, «¡Oh prenda, oh cara prenda! dice,
Que has enlazado aquel divino cuello,

»Signo de esclavitud, enlaza el mio,
Formando nudo que jamás romperlo
Pueda el ciego Destino, ni la ausencia,
Ni los rigores del airado tiempo.»

Y de un amor frenético embriagado,
Va á ponerse el collar, cuando violento
Agitó un soplo rauda y repentino
Las cimas de los árboles funestos;

Y un cárafo, que acaso entre los ramos
Anidaba, gritó y extendió el vuelo.
El súbito rumor heló á Mudarra,
Su acción apasionada suspendiendo.

Recuerda que en la tumba de Zahira
Tiene en un loco amor el pensamiento;
Que va á robar un don, un don precioso,
Que la virtud á la virtud ha hecho;

Y que una prenda pura sin mancilla,
Que la inocencia consagró al respeto
Debido de Zahira á la memoria,
Prenda la quiere hacer de amor siniestro.

De terror se estremece, se le erizan
En la ardorosa frente los cabellos,
Y la imaginación acalorada
Le presenta en reedor torvos espectros.

Sobre la losa helada del sepulcro
Deja el collar precioso, y huye léjos
Del sitio aquel, que profanado juzga,
De aquel sitio, do siempre halló consuelo.

—¡Oh Mudarra! ¡oh Kerima!... desdichados!
¿Qué extraño instinto habita en vuestros pechos,
Que os descubre fantasmas espantosos
Al esplendor del amoroso incendio?

Parece que la voz del otro mundo
Os está inexorable repitiendo:
Que un mar de sangre entre vosotros brama,
Que se alza un muro de insepultos huesos.

Mas ¿qué pueden presagios y terrores,
De la razón que alcanzan los esfuerzos,
Los mayores obstáculos que sirven
Contra el Amor, que es rey del universo?

¡Ay! Kerima después de aquella tarde
Solamente dirige sus paseos
De Zahira á la tumba, y nunca en ella
Pasó más largas horas el mancebo.

En aquel sitio pronto se encontraron,
Y allí la turbación, allí el respeto,
Que en almas puras, jóvenes, sencillas
Caracterizan el amor sincero;

Ambas lenguas ataron, á ambos rostros
Ya de clavel, de gualda ya vistieron,
Hasta que por los ojos y los labios
Brotó de la pasión ardiente el fuego.

Brotó por fin, y con palabras tiernas,
Que aquellas flores con asombro oyeron,
Se declararon sus sencillas almas
La mutua llama en que se ven ardiendo;

Y con lágrimas dulces se juraron,
A pesar del Destino, amor eterno;
Y el sepulcro fué altar de los amores,
Pronunciando sobre él su juramento.

Era en aquella edad Córdoba insigne
De los placeres y riquezas centro,
Y en la alta cumbre de esplendor y gloria
Resplandecía el musulmán imperio.

Las artes, el saber y la opulencia
De la hermosa ciudad su trono hicieron,
A la par que el valor y la fortuna
La adornaban de triunfos y trofeos.

Los festines, las zambras, los banquetes,
Las justas, y los bailes, y torneos
Continuos eran; y los dos amantes
Sólo llamaban la atención en ellos.

La corte, el pueblo, todos celebraban
Tan intensa pasión, y satisfecho
El Hagib Almanzor los protegía,
Y tal vez proyectaba su himeneo.

Zeir, señor de Túnez, que á la corte,
Llamado por Giafar, trajo el intento
De conquistar las gracias de Kerima,
Arde feroz en ponzoñosos celos.

Giafar el furibundo, que reputa
Por negra afrenta, que el Hagib soberbio
Ose pensar que pueda de Kerima
El Expósito vil llamarse dueño;

Y que ve en la pasión de la doncella
Un atroz crimen á su sangre hecho,
Y obstáculo tambien al alto enlace
En que fundaba osados pensamientos;



Devorado de rabia se consume,
Y allá en su corazón, horrible infierno,
De sangre, de venganza, de exterminio
Revuelve sin cesar varios proyectos.

Mas teme, como astuto cortesano
El poder del Hagib, y reprimiendo
Su terrible rencor, traza y combina
Para salir del laberinto, medio.

No hostiga á la doncella desdichada,
Busca para Zeir vanos pretextos,
Tranquilidad ostenta en el semblante,
Y madura sus planes en silencio.

Zaide tan sólo ignora los amores
Del gallardo garzon: del mundo léjos
Vive siempre en la Albaida retirado,
Y allí no llega el cortesano estruendo.

Advierte, sí, que reina gran trastorno
Y gran agitación en el mancebo;
Y aunque prudente nada le pregunta,
Cautó le observa con afán paterno.

Frecuentes, como siempre, las visitas
Son de Mudarra á su castillo: pero
Ya inquietas, cortas, mudas y turbadas,
Pues del ayo á los ojos tiene miedo.

Ya no pasa las noches apacibles
Por aquellos contornos, persiguiendo
Al resplandor tranquilo de la luna
Con sus lebreles al gallardo ciervo:

Ya no admira las flores que retoñan
De aquel castillo en el jardín y el huerto,
Ni sentado en la alberca, de los peces
El matiz argentado y los destellos:

Ya apenas nombra el jóven á Zahira,
Ya no importuna á Zaide, cual de hacerlo
Nunca hasta entónces descuidó, buscando
Luz en las sombras con que se halla envuelto.

Y si el anciano sus discursos mueve
A tan importantísimo argumento,
Indicándole acaso que se acerca
El olvidado fin de sus anhelos:

Mudarra tiembla y palidece, dando
Al penoso discurso un giro nuevo,
O bien para dejar la Albaida busca,
Y á Córdoba tornar, vanos pretextos.

Síntomas que conoce y que lamenta
Allá en su corazón el docto viejo,
Y muertas teme ya las esperanzas,
Fin honrado de todos sus desvelos.

Ya el otoño espiraba, y rebramando
Arrebatada el aquilon violento
Las hojas de los árboles, con ellas
De parda alfombra entapizando el suelo;

Cuando turbó las fiestas de la corte
De la africana costa un mensajero,
Que vino á demandar presto socorro
Para aquellas provincias del imperio.

Un impostor sagaz nuevas doctrinas
Predicó en ellas con feliz suceso:
Los incautos que fueron á escucharle,
Fanáticos audaces se volvieron;

Y cuando vió el hipócrita la turba
Inflamada y sumisa á sus acentos,
Alzó de rebelion el estandarte,
De escondida ambicion tronando el fuego.

Tal vez seria miserable aborto,
O principio infeliz de los proyectos
Por que Giafar el pérfido ajustara
De Kerima y Zeir el himeneo.

—Almanzor, que seguro de su gloria,
De su saber y de su heróico esfuerzo,
Conoce que es bastante su presencia
Para apagar el peligroso incendio;

Dispone su partida sin tardanza,
Y prepara bajeles y guerreros,
Que con él de las playas de Tarifa
Lleven quietud al africano suelo.

Del agosto Monarca se despide,
Con la Sultana madre sus secretos
Planes combina, instruye á sus amigos,
Con ricos dones se asegura el pueblo;

Y al tiempo de partir, aunque á disgusto
Dando á Giafar las riendas del gobierno,
Con amarga sonrisa le promete
Pronto librarle de tan grave peso.

Tambien abraza al Huérfano, y aparte
Le dice acariciándole risueño:
«¿Qué?... ¿No me pides el venir conmigo,
Como otras veces con fervor has hecho?

»Cuando apénas la lanza sostenias,
Ni avasallabas el corcel soberbio,
Quisiste acompañarme á la frontera,
Y un Tarif te juzgabas en esfuerzo;

»Y ahora que en la destreza y lozania
Eres de nuestros jóvenes modelo...
Mas olvido que te hallas encantado,
Y de un círculo mágico en el centro.»

Del generoso jóven las mejillas
Con ruborosa grana se encendieron,
Y una lágrima pronta á derramarse
Aumentó el brillo de sus ojos negros.

Siente el Hagib el verle tan turbado,
Y de sus burlas el penoso efecto,
Y le dice amoroso: «Sé que anhelas
A tu patria servir, lidiar cual bueno.

»Esta empresa, que al Africa me llama,
Exigirá más que valor, consejo,
Y en Alá espero, que mi corvo alfanje
No brillará desnudo ni un momento.

»Otras empresas de valor y gloria
Pronto me ocurrirán; y tú el primero
A mi lado vendrás, donde tu brio
Tu frente adorne de laurel eterno;

»Y cuando ufano y victorioso tornes,
Recibirás por merecido premio
La mano que eligiere tu cariño,
Aunque alta sea; yo te lo prometo.

»Quédate pues, y rinde á la hermosura
El homenaje que envidioso apruebo,
Porque sé que de amor la ardiente fragua
Da el mejor temple á un corazon guerrero.

»Pero entre tanto que mi ausencia dura,
Retirarte á la Albaida te aconsejo,
Donde con Zaide vivirás seguro
Del oculto furor de los perversos.»—

El corazon palpita de Mudarra,
La perspectiva hermosa recorriendo
Que las palabras de Almanzor ofrecen
A sus enamorados pensamientos;

Y de su bienhechor la mano besa.
A abrazarle el Hagib torna de nuevo,
Y ocupando el arzon deja el alcázar
De taciturna muchedumbre en medio;

De Córdoba saliendo acompañado
Con seis ancianos jeques, cuyo esfuerzo,
Experiencia y lealtad aseguraban
De todas sus empresas el acierto.

Dejó Mudarra á Córdoba, obediente
De su alto protector á los deseos;
Aunque siente salir de las murallas
Donde respira su adorado dueño.

En el castillo de la Albaida Zaide
Le recibió con paternal afecto,
Bien que notó en su frente oscurecida,
Que deja la ciudad con desconsuelo.

Entre la Albaida y Córdoba pequeña
Distancia corre, y se dilata en medio
Un apacible llano, donde hoy pastan
Vacas hermosas, cándidos corderos.

De las altas almenas del castillo
La ciudad se descubre, del risueño
Guadalquivir en la feraz ribera,
Gigantes torres elevando al viento.

Oyense rimbombar los sacros bronces,
Que en la que fué mezquita, y hoy es templo,
Han reemplazado con mejor destino
Del árabe Almuheden el ministerio;

Y desde la ciudad se ve la Albaida (22)
Entre encinas y olivos verdinegros,
Al pié de la alta sierra, coronando
Un pardo risco entre apacibles huertos.

Este espacio tan corto y agradable
El jóven lo reputa por inmenso,
Pues el que le divide de su amada,
Jamás el amador lo halla pequeño.

¡Ay, cuánto más terrible lo juzgara,
Si penetrase el triste los decretos
Del Destino inmutable!... Por fortuna
No alcanza tanto del amor el vuelo.

Ver espera á Kerima cada tarde
(Y esta esperanza es todo su consuelo)
De Zahira en la tumba, y en los bosques,
A do siempre dirige sus paseos.

El bárbaro Giafar que en las revueltas
De la costa africana sus proyectos
De ambicion insaciable funda altivo,
Y tal vez el trastorno del imperio;

Y que del Almanzor la alta fortuna,
El saber, la influencia y los esfuerzos
Espera que naufraguen en la empresa,
A que partió con tanto menosprecio;

Juzga en su mano para siempre firmes
El alto mando y el poder supremo,
Y en pos de gigantescas esperanzas
Por abismos sin fin se arroja ciego.

¡Ah! ¡que si eran falaces las del jóven,
Las del anciano audaz no lo son ménos!
Pues si no sabe amor lo que está escrito,
Tampoco la ambicion logra saberlo.

Trazan los hombres sus diversos planes,
Juzgando realidades sus deseos;
Y en tanto de su necia confianza
Inexorables burlanse los cielos.

Nunca juzgó Giafar más necesario
De Kerima y Zeir el himeneo,
Para llegar al fin de sus afanes;
Y á todo trance se resuelve á hacerlo.

La ausencia de Almanzor, que juzga eterna,
Libra su corazon de todo miedo;
Y es ya su voluntad raudo torrente,
Que mira roto el malecon opuesto.

¿Quién podrá resistirle?... Ama á su hija
(Que ama el tigre tambien á sus hijuclos),
Mas la ambicion sacrificarla exige,
Y cede á la ambicion todo otro afecto.

«Hágase al punto la precisa boda;
Hágase al punto sin pararse en medios;
Todo obstáculo ceda.» Dice, y vase
A buscar á Kerima luego luego.

—En su estrado magnífico, que adornan
Alfombras del oriente, por asiento
Un almohadon de seda de Damasco,
De blanda pluma tingitana lleno;

Bordando con aljófar y con sirgo
Una manga de verde terciopelo,
Halla el tirano padre á la hija hermosa,
Sola con sus amantes pensamientos;

Y ajustando á su rígido semblante
La máscara falaz de un dulce afecto,
Le declaró templado sus ideas,
Aunque con tono de quien va resuelto.

Tembló Kerima, y pálida escuchóle,
Muda y sin respirar por un momento;
Mas pronto un mar de lloro derramando,
Apuró excusas, y apeló á los ruegos.

Giafar, inexorable á sus gemidos,
A sus tiernas caricias y lamentos,
Que un peñasco de bronce conmovieran,
Se alzó impaciente, y respirando fuego:

«Basta, gritóle; obedecer te cumple;
Ni lágrimas ni súplicas tolero:
Tu suerte fija está... Sólo seis días,
Para que te prepares, te concedo.»

De su alcázar la bárbara opulencia,
La pompa, la riqueza y el respeto
De que se halló Kerima circundada
Desde que vió en la cuna el sol primero;

El encontrarse desde niña tierna
Sola, sin madre, y absoluto dueño
De sí, de su palacio, de sus siervas,
Y todo siempre á su querer sujeto;

El poder de su padre, la alta estirpe,
La beldad, el saber, el claro ingenio,
La adulacion continua y los aplausos,
Su cándida virtud no corrompieron;

Pero aumentaron el teson constante
De la firmeza, dote de su pecho,
Carácter que exaltaba nuevamente
De contrariado amor el noble esfuerzo.

Carácter, que cobrando su energía
Del fiero padre al despiadado aspecto,
Y al escuchar el bárbaro mandato,
Y el fijo plazo á sus desdichas puesto;

Hizo á Kerima contener el lloro,
Alzarse repentina, y con acento
De alta resolucion, solemnemente
Jurar desobediencia á tal precepto.

A su turno turbóse el fiero padre,
Guardó un instante sepulcral silencio,
Al puñal vengador llevó la mano,
Temblando de furor todos sus miembros;

Y dando pronto la expresion siniestra
De amarga risa á su semblante horrendo,
«Seis días... nada más... Tiembla, infelice;
Y tiembla de tu amor el vil objeto.»

Clamó, volvió la espalda, y ausentóse,
Y la puerta cerró con tal denuedo,
Que del vasto edificio retumbaron
Los artesones de dorado cedro.

En prision se trasforma aquella estancia,
Do tiene sola la nodriza acceso;
Vigilan á la entrada seis esclavos,
Y custodian la puerta cien guerreros.

El venturoso Exposito entre tanto
En vivas ansias del amor ardiendo,
Cada tarde al sepulcro de Zahira
Acude en busca de su amado dueño;

Encuentra siempre el fúnebre recinto
Solo: sin fruto espera largo tiempo,
Y en vano corre las vecinas selvas,
Pues lo halla todo á su anhelar desierto.

Penetrar osa al cabo la muralla
De la insigne ciudad, y al fin envuelto
Con su albornoz, se acerca recatado
Al alcázar, prision de su embeleso.

Al través de las verjas los jardines
Observa y reconoce sin efecto;
Los ojos alza á torres y azoteas,
Y no ve indicio alguno de consuelo.

Pasó tres días en tan triste ausencia
En larga noche de dolor envuelto;
Y el cuarto hácia la tumba de Zahira,
Aun á esperar, el paso dirigiendo;

Se le acercó turbado y misterioso,
Con arco y flechas, un esclavo negro,
A quien de plata una bruñida argolla
Cercaba en torno el atezado cuello,

Y con sumisa voz, «en cuanto brillen
Del manto de la noche los luceros,
Solo, en la fuente del Amir espera:
Tendrá allí tu afanar cumplido premio.»

Dijo, y sin esperar respuesta alguna
Tornó la espalda, y en el bosque espeso,
Como el que de ser visto se recela,
Entró, y los troncos le ocultaron luégo.

Quedó Mudarra sorprendido, mudo,
Sin saber qué pensar de tal encuentro,
Aunque no duda que es de su Kerima,
Fiel servidor y reverente siervo.

«Sí, conozco á este moro: es un esclavo
De Giafar, y diestrisimo flechero;
Pero es la primer vez que en mis amores
Sirve de confidente el arduo empleo.

«Y Kerima... ¿á tal hora?... ¿en aquel sitio
Inculto y apartado?... mas ¿qué temo?...
¿Quién sabe los peligros que la cercan?
¿Quién los rigores de su padre fiero?»

Así dice; y ocupa su alma toda
El solo delicioso pensamiento
De que va á ver á su gentil Kerima,
Aunque oculta inquietud le agita el seno.

Se emboza en su albornoz, y por el llano
Que la Albaida domina, á paso lento
Vaga, y espera la anhelada noche,
Que nunca tanto retardara el vuelo.

Afanoso miraba al sol ardiente
Descender al ocaso, apareciendo
Disco de sangre entre las nubes rotas,
Que iba esmaltando con matiz diverso;

Y cuando ya pasado el horizonte,
Dejaba sólo al vaporoso cielo
Varios leves celajes de oro y grana
Y una lista no más de vivo fuego;

Cercano mira el jóven el instante
Que esperaba con tal desasosiego,
Y al indicado sitio alarga el paso,
Mientras se iba el crepúsculo extinguiendo.

Poco más de mil pasos de la Albaida,
Hácia poniente, entre árboles espesos,
Una rambla de arena se conserva,
Madre de claro arroyo en otro tiempo.

Un solitario risco la corona,
De pardo musgo entapizado á trechos,
En torno hay hondas quiebras y barrancos,
Desnudas peñas y frondosos fresnos.

Allí la fuente del Amir estaba
(Hoy es un sitio temeroso y seco);
Y allí llegó Mudarra, cuando el día
Retiraba sus últimos reflejos.

La perspectiva hermosa que se ofrece
A la curiosa vista en aquel puesto,
Girando mudo en derredor los ojos,
Parado el jóven contempló un momento.

Ve al frente la ciudad majestuosa,
Que sobre el fondo del oscuro cielo
Aún más oscuras sus excelsas torres
Dibuja, y sus alcázares soberbios.

Vió á su diestra de Zahara los jardines,
Los pórticos, palacios y liceos;
Y hoy un desnudo llano sólo viera,
Pues hasta las ruinas perecieron (23).

Ve á la siniestra la tranquila Albaida,
Que pudiera llamar su hogar paterno,
Y á la espalda la sierra que se encumbra,
De poniente á levante, al firmamento.

Pronto las sombras tan soberbia escena
Delante de su vista confundieron,
Y junto al tronco de acopada encina,
Sobre la yerba se asentó el mancebo.

Aun de la gran ciudad á sus oídos
Llega el ronco bullicio de gran pueblo,
Y desde Zahara por el viento cunde
Són confuso de suaves instrumentos.

Una luz relucir mira en la Albaida,
La que alumbra de Zaide el aposento;
Y oyó en el llano pastoriles voces,
Fieles ladridos y balar corderos.

Era una noche de la fin de otoño:
La luna se elevaba á paso lento,
Pero oculta entre espesos nubarrones,
Rotos por partes, y por partes densos.

El reposo del orbe se aumentaba
Turbando sólo el general silencio
De las áridas hojas el murmurio,
O de nocturnos pájaros el vuelo.

Recostado en el tronco de la encina,
Agitado de varios pensamientos,
Y aún de terror oculto poseído,
Pasó el jóven Mudarra largo tiempo;

Cuando el veloz galope de un caballo,
Que se paró de pronto, oyó á lo léjos:
Después moverse jaras y malezas,
Cual si alguien se acercara hácia aquel puesto;

Y pasos, y... Mas cesa de repente
Todo rumor, y el estridor violento
Le sucede de un arco sacudido
Y de flecha veloz el silbo horrendo,

De una flecha, que rauda resbalando
Por el turbante de Mudarra, el hierro
Clavó en el tronco á que la espalda apoya,
Toscas cortezas derribando al suelo.

Álzase el jóven sorprendido, helado:
Grita: «¡traición!» y le responde el eco,
El albornoz á la siniestra envuelve,
Y con la diestra desnudó el acero;

Y oye cerca á una voz áspera, airada:
«¿Es esta tu destreza?... toma el premio:
»No errarás otro golpe... te lo juro...
»Yo solo basto... Muere, infame negro.»

Un ay profundo, y el pesado golpe
Sonó en seguida de quien cae al suelo,
Y un bulto blanco ante Mudarra sale,
Y de un desnudo alfanje el centelleo.

«¡Asesino!... ¡asesino!» el jóven grita,
Y al fantasma se arroja con denuedo,
Pues fantasma parece su enemigo,
De pié á cabeza en un barnuz envuelto.

Trábase horrenda lid: sólo retumba
De ambas cuchillas el sonoro encuentro:
El incógnito pone gran cuidado
En encubrirse y en guardar silencio.

Fuerte en las armas es, y ágil pelea
Con ira tal y con furor tan ciego,
Que más que defenderse, herir procura,
Y tiene al jóven en terrible aprieto.

Mas este que ocupado en su defensa,
Ve que reputacion pierde y terreno,
Pára con la siniestra un tajo, y pone
La aguda punta del contrario al pecho:

Del contrario tenaz, que furibundo
Se arroja sin pensar sobre el acero,
De negra sangre cálido torrente
Del traspasado corazón vertiendo.

Súbito el hierro matador retira
Asustado Mudarra: hondo silencio
Reinó un instante: un horrible alarido
Lanzó el feroz fantasma, y cayó muerto.

El jóven retrocede horrorizado:
Mas su noble valor recobra luego,
Y quiere conocer al enemigo
Que en tal peligro y trance tal le ha puesto.

Se acerca palpitante, desenvuelve
El rostro que el barnuz tiene aún cubierto,
Y á un rayo de la luna que resbala
Por rotas nubes, reconoce... ¡oh cielos!

Al cruel Gíafar, al padre de Kerima,
Al primer personaje del imperio.
No sabe dónde está, torna á mirarle;
De su cabeza crízase el cabello;

Queda cual jóven escolar de un mago,
Que ignorante en los libros del maestro,
Halla un conjuro, y sin pensarlo evoca
Sombra infernal ó aterrador espectro.

Álzase de repente, y á la Albaida
Huye veloz, como cobarde ciervo,
Que estando descuidado en el arroyo,
Ve aparecer al tigre carnicero.



NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(18) *Aliman*, prefecto de la oracion en la mezquita.—*Alfaquí*, doctor de la ley.

(19) Llamáronse *mozárabes* los cristianos que quedaron conservando su industria, propiedades y religion en las provincias de España invadidas por los árabes, sometiéndose á su gobierno. Los que permancieron así en Toledo, fueron los que alcanzaron mayores privilegios y proteccion, pues consiguieron seis iglesias, donde se celebraban los divinos oficios, y se administraban los Sacramentos, con la misa y el rezo ordenados por San Ildefonso. Esto prueba que no eran aquellos dominadores muy intolerantes. Aún hoy se conserva en la catedral de Toledo una capilla dicha *mozárabe*, donde se sigue aquel antiguo rito.

La palabra *mozárabe* es corrupcion de *mixtárrabe*, y segun otros, de *mustárrabe*, voz arábica que significa vivir con árabes. Véanse Aldrete, en sus *Antigüedades de España*, el *Chronicon* de Genebrardo, Mondéjar y otros autores.

(20) *Aberroes*, filósofo y médico cordobés, célebre por su obra de medicina titulada *El Colliget*, y por sus comentarios á Aristóteles y á Platon, floreció casi siglo y medio despues de Almanzor. Pero si Rafael de Urbino le colocó entre los antiguos filósofos en su gran cuadro de la *Escuela de Atenas*, bien puede disimularse al poeta el anacronismo de hacerle maestro de la hija de Giafar, por el gusto de mencionar á este esclarecido paisano suyo.

(21) El convento de la Arrizafa está poco más de un cuarto de legua al NO. de Córdoba, casi á la falda de la sierra, en un sitio apacible y ameno. Por allí debían de tener los moros un cementerio, como lo demuestran varias losas halladas en aquel lugar con un turbante esculpido.

Conde, traduciendo los manuscritos árabes, dice: «Este año (756) mandó Abderrahman labrar la Rusafa, construyó y renovó la Calzada antigua, y plantó allí una huerta muy amena: edificó en ella una torre que la descubria toda, y tenia maravillosas vistas, y en esta huerta plantó una palma, que era entónces única, y de ella procedieron todas las que hay en España. Cuéntase que desde la torre solía contemplar aquella palma el rey Abderrahman; la cual acrecentaba más que templaba su melancolía, por los recuerdos y memorias de su patria, y en estas ocasiones hubo de hacer aquellos versos suyos de la palma, que andan en boca de todos.

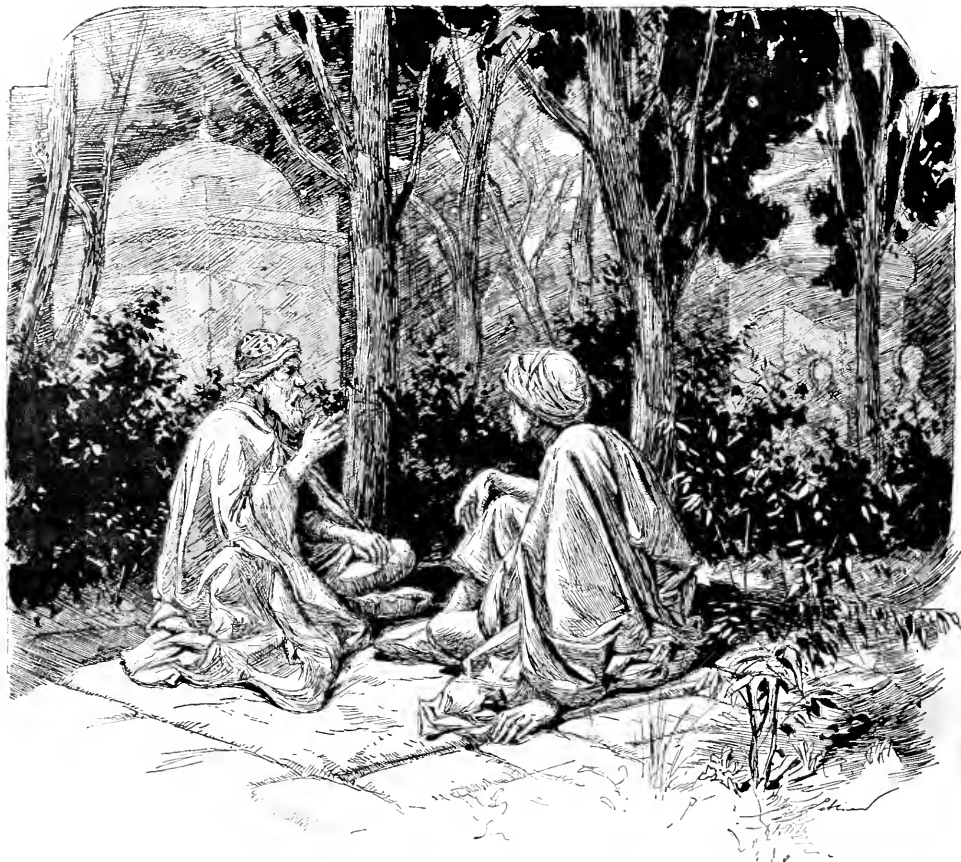
«Tú también, insigne palma,
 »Eres aquí forastera,
 »De Algarbe las dulces auras
 »Tu pompa halagan y besan:
 »En fecundo suelo arraigas,
 »Y al cielo tu cima elevas:
 »Tristes lágrimas lloraras,
 »Si cual yo sentir pudieras.
 »Tú no sientes contratiempos,
 »Como yo, de suerte aviesa:
 »A mí de pena y dolor
 »Continuas lluvias me anegan.

»Con mis lágrimas regué
 »Las palmas que el Forat riega,
 »Pero las palmas y el río
 »Se olvidaron de mis penas,
 »Cuando mis infaustos hados
 »Y de Alabás la fuerza
 »Me forzaron a dejar
 »Del alma las dulces prendas.
 »A tí de mi patria amada
 »Ningun recuerdo te queda;
 »Pero yo triste no puedo
 »Dejar de llorar por ella.»

(22) Aún se llama *Castillo de Albaida* una casa de campo fundada sobre antiguas ruinas, situada según se describe en este pasaje del poema, y perteneciente á los condes de Hornachuelos.

(23) Parece increíble que no existan ya ni vestigios de la ciudad de Zahara. Veamos lo que de ella dicen los manuscritos árabes traducidos por Conde. «El rey Abderrahman Anasir solía pasar las temporadas de primavera y otoño en un apacible sitio á cinco millas de Córdoba, Guadalquivir abajo; y por la frescura y amenidad del lugar, por sus alamedas y y espeso bosque mandó edificar allí un alcázar, con muchos edificios magníficos y muy hermosos jardines contiguos; y lo que ántes había sido una casa de campo, se trasformó en una ciudad. En medio de ella estaba el real alcázar, obra grande y de elegante fábrica. Mandó poner en él cuatro mil y trescientas columnas de preciosos mármoles, todas de maravillosa labor. Entraban cada día en la obra seis mil piedras labradas, sin las de mampostería, que eran infinitas. Todos los pavimentos de sus tarbeas ó cuabras estaban enlosados de mármol con diferentes alicatados ó artificiosos cortes: las paredes asimismo cubiertas de mármol con varios alizares ó fajas de maravillosos colores: los techos pintados de oro y azul con elegantes ataujas y enlazadas labores: sus vigas, traveses y artesonados de madera de alerce de prolijo y delicado trabajo. En algunas de sus grandes cuabras había hermosas fuentes de agua dulce y cristalina en pilas, conchas y tazones de mármol de elegantes y varias formas. En medio de la sala que llamaban del Califa, había una fuente de jaspe, que tenía un cisne de oro en medio, de maravillosa labor, que se había trabajado en Constantina, y sobre la fuente del cisne pendía del techo la insigne perla que había regalado á Anasir el emperador griego. Contiguos al alcázar estaban los grandes jardines con diversidad de árboles frutales y bosquecillos partidos de laureles, mirtos y arrayanes, ceñidos algunos de curvos y claros lagos, que ofrecían á la vista pintados los hermosos árboles, el cielo y sus arreboladas nubes. En medio de los jardines, en una altura que los dominaba y descubría, estaba el pabellón del rey, donde descansaba cuando venía de caza. Estaba sostenido de columnas de mármol blanco con muy bellos capiteles dorados. Cuentan que en medio del pabellón había una grande concha de pórvido, llena de azogue vivo que fluía y refluía artificiosamente, como si fuera de agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un resplandor que deslumbraba. Tenía en los jardines diferentes baños en pilas de mármol de mucha comodidad y hermosura. Las alcáfitas, cortinas y velos, tejidos de oro y seda con figuras de flores, selvas y animales, eran de maravillosa labor, que parecían vivas y naturales á los que las miraban. En suma, dentro y fuera del alcázar estaban abreviadas las riquezas y delicias del mundo, que puede gozar un poderoso rey. Se llamó esta ciudad Medina Azahrá, del nombre de una hermosa esclava del rey, á la cual amaba y distinguía entre todas las otras de su harem. Edificó en Medina Azahrá una mezquita, que en preciosidad y elegancia aventajaba á la grande de Córdoba, y construyó también en ella la Zeca, ó casa de moneda, y otros grandes edificios para estancias de sus guardias y caballería. Acabóse la obra principal el año 325: y dice Xaquiqui, que costó sumas inmensas, etc., etc.»

Por muy exagerada que se suponga esta descripción, no parece que pueda revocarse en duda la existencia de la ciudad llamada Medina Azahrá, ni es fácil explicar cómo ha desaparecido tan completamente. El sitio que ocupó, es hoy una dehesa entre los llanos de la Albaida y los de las cuevas, en la que no se descubren ruinas, ni cimientos, ni vestigio alguno, y que sólo tiene una cerca moderna con establos para la cría de potros. El recinto lleva el nombre de *Córdoba la vieja*.



ROMANCE TERCERO

«Valiente eres, capitán,
Y cortés como valiente:
Con tu espada y con tu trato
Me has cautivado dos veces.»

Góngora.

Inquieto Zaide está: vió en occidente
Hundirse el sol, y descoger su manto
La oscura noche, y vió sobre las nubes
La luna alzarse en su argentino carro;

Y aún no parece el Huérfano querido
En el tranquilo hogar. Ya el cuerdo anciano
De sus amores penetró el secreto,
Y le da su tardanza sobresalto.

Una vez y otra vez desde la torre
La vista tiende á los vecinos campos:
Sube á su estancia, baja á los jardines,
Por Mudarra pregunta á sus esclavos.

Al fin sale á esperarle á la plazuela,
Do salta un surtidor, y cuyos arcos
Arreboleras, hiedras y jazmines
Visten entretejidos y encañados.

La noche avanza, su inquietud se aumenta,
No parece el garzon, quiere buscarlo;
Y descende á los bosques convecinos,
Y entre los rudos troncos gira un rato;

Quando oye por la senda, que á la fuente
Del Amir va, los presurosos pasos
De alguno que á la Albaida se encamina
Sobre la muerta pompa del verano;

Y luégo ve acercarse de carrera
Un bulto que el rumor viene causando.
Pronto le reconoce... sí... Mudarra!
Ya le recibe mudo en su regazo.

Mas ¡en qué situación llega el mancebo!
¡Oh santo Dios, en qué terrible estado!
Pálido, alienta apenas, en torno gira
Los ojos, que terror pintan y espanto;

Desceñido el turbante al viento ondea,
Desnudo el hierro muéstrase en su mano;
Y hierro, y mano, y manga es negra sangre,
Y sus miembros temblor, nieve su tacto.

Todo al punto lo advierte Zaide, y todo
Le está de horror el corazón ahogando:
Cuájasele la sangre, y confundido,
Prorrumpe así con balbuciente labio:

«¡Oh Mudarra!... ¿qué es esto?... ¡ay hijo mío!...
¿Qué golpe amaga á este infelice anciano?
¡Mudarra!... ¿no respondes?»—El mancebo,
Al conocido acento en sí tornando,

Alza la faz, lanza un gemido, y dice:
«Al padre de Kerima muerte he dado.»
Y con nuevo terror quiere esconderse
Del tierno Zaide en los amigos brazos.

«¿Cómo? pregunta el viejo, has dado muerte
A Gíafar!—A Gíafar,» responde ahogado
El mísero garzón; y Zaide exclama:
«¿Quién penetra tus miras, cielo santo?

»Oh poderoso Alá... ciertas, terribles
Son tus venganzas: sí, la eterna mano
Que las estrellas rige, inexorable
Pesa sobre la frente del malvado.

»¡Oh jóven! de las iras del Eterno
Es ya ministro tu inocente brazo.
Álzate, torna en tí; noble principio
Á tus venganzas sin saberlo has dado.

»Álzate, torna en tí: llegó el momento
De la revelación; llena los altos
Destinos á que el cielo te encamina;
Cúmplanse sus decretos soberanos.»

Tales palabras del turbado jóven
El corazón confuso reanimaron;
Lumbre de gloria relució en sus ojos,
Cesó de pronto su abatido espanto:

Sintió su sangre hervir, miró el anillo,
El misterioso anillo que la mano
Adornó de Zahira; estremeciósese,
Y la diestra estrechó del viejo sabio.

Este, resuelto, «sígueme, le dice:
Ven conmigo al jardín, y de los astros
Allí en presencia, con el fiero adorno
De esas ropas que sangre están manando,

»Y con esa invencible cimitarra
Firme en tu diestra; escucha de mi labio
La maldad de los hombres, los desastres
Que presidieron á tu origen claro,

»Y la alta obligación que el cielo impuso
A tu nacer. El tiempo no perdamos,
Pues debes para siempre estas riberas
Dejar ántes que el sol tienda sus rayos.»

¡Ay!... las palabras últimas de Zaide
El pecho de Mudarra traspasaron.
Tembló, fijó la planta, quedó inmóvil,
Y un suspiro lanzó. Viéndolo el ayo,

Con gran resolución y fuerte diestra
Le ase y sacude la siniestra mano,
Y «¡Oh Mudarra!... ¡oh Mudarra!... en este instante
No vil temblor, esfuerzo es necesario.»

Gritale, y ante sí firme le impele:
Y entrambos pasan del castillo el atrio,
Y en gran silencio, del jardín caminan
Por las calles de adelfas y naranjos.

Llegan á un sitio de él, donde sus puntas
Siete cipreses jóvenes alzando,
Una cuadrada losa circundaban
Bruñida y sin emblema ni epítafio;

Sitio donde Mudarra muchas veces,
Con la atención de los primeros años,
Del docto Zaide oyó doctos consejos,
Y de honra y de virtud sublimes rasgos;

Y do siempre curioso preguntara
Lo que guardaba aquel pulido mármol,
Recibiendo tan sólo por respuesta
Tiernas caricias, lágrimas y abrazos.

Páranse pues allí; sobre la losa
Se asientan mudos y abatidos ambos,
Y alza la faz al vaporoso cielo,
Sin prorumpir palabra, el noble anciano.

Su marchito semblante iluminaba,
Por la cándida barba resbalando,
El claror de la luna, que triunfante
De las nubes reinaba en el espacio.

Su venerable rostro las señales,
Y los ojos de lágrimas preñados,
Daban de quien recuerda atroces hechos,
Y le falta la voz para contarlos.

Mudarra en sus facciones juveniles,
Vuelta la espalda al disco plateado,
De oscuridad cubiertas, escondía
Inquietud, atencion, dolor y espanto.

Estaba el viento en calma; blandamente
El aura heria los desnudos ramos;
Reinaba hondo silencio; pero Zaide
Rompiólo al fin de esta manera hablando.

«Muerto el rey Alhaken, Giafar, ansioso
De conservar de Hagib el sumo cargo
Con nuevos triunfos, emprendió la guerra,
Y á Castilla y Leon cubrió de espanto.

»Yo seguí sus pendones victoriosos
En el vigor de mis robustos años,
Y fui parte y testigo de una empresa,
Que tuvo cual injusta el resultado;

»Pues, como sabes, al volver triunfantes,
De horror, de sangre y de victorias hartos,
Y de despojos ricos, y oprimiendo,
Turba infeliz de míseros esclavos;

»Un digno caballero de Castilla
Con pequeño escuadron de sus vasallos,
Nos siguió y sorprendió, del Guadarrama
Entre los bosques, quiebras y peñascos.

»Y los que vencedores é invencibles,
Cual rápido torrente, derribamos
El poder colosal del cristianismo,
El esfuerzo leonés y el castellano;

»Fuímos vencidos, rotos y deshechos
Por tan escasa hueste, y por el brazo
De un solo caballero, que de luto
Cubrió á su turno nuestro suelo patrio.

»¡Terrible y desastroso fué aquel día,
Para el imperio musulman aciago!
¿Dó el esfuerzo andaluz?... sólo un guerrero
Tronchó sus palmas, agostó sus lauros.

»Yo combatí cual bueno: lanza á lanza
Embestí al generoso castellano,
Que un escollo de acero parecia,
Y lidiamos los dos un largo espacio.

»Le encontré irresistible, y á sus golpes
Herido yo, sin fuerzas mi caballo,
Cedí, cayendo en la menuda yerba,
Su verdor con mi sangre marchitando.

»No ví más la matanza, pues mis ojos
Oscurecidos con letal desmayo,
Cuando á la vida y á la luz se abrieron,
En un albergue pastoril me hallaron.

»Me encontré con asombro en pobre lecho,
Do una tosca zagala y un anciano
Me prodigaban útiles socorros,
Gran interés en mi vivir mostrando.

»¡Oh, cuán injustos son nuestros juicios,
Cuando en la diferencia los fundamos
De usos y religion!... Pues fué el primero
Que á mi mente ocurrióse en aquel caso,

»El que estaba cautivo, la asistencia
Atribuyendo de los dos villanos
Al afan de obtener con mi persona
Rescate rico ó vigoroso esclavo.

»Casi á la muerte me tornó esta idea;
Mas ¿cuál fué ¡cielos! mi sorpresa y pasmio,
Al ver aquel que suspendido habia
Sobre mi frente de Azrael el brazo?»

Hallé á Nuño Salido junto al lecho,
De gozo, al verme vivo, enajenado,
Que con grande ternura, ¡oh Zaide! dijo,
¡Oh noble bienhechor! no eres esclavo.

»En cuanto ayer á mi señor osaste
Acometer con ánimo gallardo,
Te conocí. Al mirarte en tierra herido,
Quién eras, le grité; y él ya prendado

»De tu gentil aspecto y bizarria,
Mandóme socorrerte, del estrago
Sacarte, y conducirte á su presencia,
Do hallarás libertad, honra y aplausos.

»Animo, Zaide bueno; tus heridas
Peligrosas no son. Al punto vamos
A ver á mi señor, que honrarte anhela
Con su noble amistad y dulce trato.

»Yo al conocer á Nuño, al escucharle,
Al ver su rostro en lágrimas bañado,
Fuí á arrojarle á sus plantas desde el lecho,
Y me encontré en su seno y en sus brazos.»

Aquí el discurso enternecido Zaide
Suspendió, á tal recuerdo suspirando;
Pero anudóle al punto, y de este modo
Tornó á alentar su venerable labio:

«Era Nuño un ilustre caballero,
Que por mí en otra guerra cautivado,
Vino conmigo á Córdoba; y halléme
Con un amigo, en quien pensé un esclavo.

»Ya su destreza en las guerreras armas,
Su noble aspecto y su valor bizarro
Llamaron mi atención, desde el momento
Que lanza á lanza le apresé en el campo;

»Y luégo su entereza en la desgracia,
Su extrema rectitud, su ingenio claro,
Su excelente carácter, sus virtudes,
Y su rara instrucción me cautivaron.

»Él me enseñó caballerescas artes,
Al mismo tiempo que su idioma patrio;
En un grande infortunio fué mi apoyo,
Y siempre amigo y consejero sabio.

»Quince dichosas lunas que nos vieron
Siempre juntos, veloces se pasaron...
Mas ¿cómo yo abusar de sus bondades,
Ni él llamarse feliz en suelo extraño?

»Al fin era un cautivo, y en su frente
Divisaba los hórridos nublados
De quien se encuentra de su hogar paterno,
De sus deudos y amores apartado;

»Y libre y rico le torné á su patria.
El cielo bienhechor allí le trajo,
Do de la esclavitud y de la muerte
Libre me viera por su amigo amparo.

»—En nudo estrecho, y desahogando el alma
Una gran pieza con sollozos blandos
Permanecemos... ¿qué medicamento
Pudiera haber tan saludable y grato?

»Restauradas sentí mis fuerzas todas,
Y oprimiendo los lomos de un caballo,
Que Nuño á pié del diestro dirigía,
A un castillo partimos inmediato.

»El valiente adalid en él estaba
Con los suyos, gozoso celebrando
El banquete del triunfo, en el momento
Que á su vista los dos nos presentamos.

»Cuarenta primaveras contaría...
La edad que entónces yo. Fuerte y gallardo
Era su talle, su semblante hermoso,
Sus grandes ojos rutilantes astros.

»Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Eran su nombre y título. Al mirarnos
Interrumpió el festín, y recibíome
Con franco aspecto, y me alargó la mano.

»Siete hermosos mancebos coronaban
La sobria mesa: apenas quince años
Contaría el menor, de cuyo rostro
Y gentil corpulencia eres retrato:

»Veintidos el mayor. Eran los hijos
Del noble valentísimo Gonzalo;
Y Nuño, mi constante y generoso
Amigo, de ellos preceptor y ayo.

«Sus brazos nos robaron la victoria,
Siendo la prez y honor de los cristianos:
¡Mancebos generosos! dignos eran
De haber nacido con mejores hados.

«El padre en medio de ellos parecia
Noble leon, que en los masilios campos
Invencible su régia pompa ostenta,
De sus fuertes cachorros circundado;

«Oh generosa palma del desierto,
Cuyos renuevos á su pié lozanos
Ofrecen la esperanza al peregrino
De darle, un tiempo, bienhechor restauo.

«Obsequios y caricias recibiendo
Del padre y de los jóvenes gallardos,
Permanecí hasta el punto en que su lumbre
Templaba el sol en el remoto ocaso:

«Que afaile entónces el señor de Lara
Se alzó, y me dijo, asiéndome la mano:
*¡É en paz, valiente Amir, que yo á Castilla
Torno, pues ya su conde está vengado.*

«*¡Vuelve á tu patria; pero nunca olvides
La estimación que á tu valor consagro,
Y plegue á Dios iluminar tu mente
De la fe sacrosanta con los rayos.*

«Y yo le respondí: *Caudillo insigne,
Me has dos veces vencido y cautivado,
Una con tu desnudo y fuerte lanza,
Otra con tu presencia y noble trato.*

«*¡Allá te guarde, y de tus nobles hijos
En medio ricas los eternos años
Que en el Libano el cedro generoso,
Para ser de guerreros el dechado.*

«Me abrazó el héroe, y como firme prenda
Me dió esta daga, que de mí no aparto:
Yo coloqué en su diestra un rico anillo...
Ese mismo que tienes en tu mano.»

Calló un momento Zaide: estremeciósse
Mudarra, y lleno de sorpresa y pismo
Miró el anillo, en cuyas ricas piedras
Las luces de la luna riclaron;

Y concibiendo por la prenda rara
Mayor respeto y misterioso espanto,
Iba á hacer mil preguntas anheloso:
Mas de este modo lo impidió el anciano:

«Me encontré á la salida del castillo
Con dos ilustres moros, libertados
Tambien por Lara, para escolta mia,
Con armas, provisiones y caballos;

«Y emprendí á estas riberas mi regreso
A cortas marchas y con lentò paso,
Pues bien que leves mis heridas fueran,
Necesité remedios y descanso.



«Entré por fin en Córdoba, aún cubierta
De luto, de terror, de angustia y llanto;
Aunque era gran consuelo en tal desastre
Ver á Giafar depuesto y humillado.

«Almanzor generoso ya ocupaba
De excelso Hagib el merecido cargo,
Y viendo en mí á su amigo de la infancia,
Caricias mil me prodigó y aplausos.

«A restaurar el vacilante imperio
Aplicó su saber, y sospechando
Que la pasada rota alentaria
A los siempre rebeldes mauritanos;

»Trató de asegurar paz duradera
Con Castilla y Leon, para á su salvo
El Africa observar; y de entablarla
Me dió al momento el importante encargo.

»Restablecido apénas, el recinto
Dejó de esta ciudad, acompañado,
Por séquito y decoro en mi embajada,
De doce musulmanes ilustrados.

»De tejidos de Persia, de jaces,
De damasquinas armas, de caballos
Árabes y andaluces, y de alfombras,
Filigranas, perfumes y penachos.

»Llevé rico presente; y de Toledo
Las gigantescas torres saludando,
Y las nevadas cumbres de Fonfría,
El confin penetré del castellano.

»Pronto avisté de Burgos las almenas;
Y su nuevo señor, el conde Sancho,
Asistido de nobles y magnates,
Agradable recibíome en su palacio.

»Era don Sancho el sucesor y el hijo
Del conde don García, que lidiando
Murió en la última guerra, y tan mancebo,
Que aún el cetro regir no le era dado.

»El gobierno supremo de Castilla,
Aunque siempre en su nombre, estaba á cargo
De su madre doña Ava, del Ulema,
Que llaman arzobispo los cristianos,

»Y del gran Gustios, el señor de Lara,
Mi amigo y vencedor, por cuyo amparo
Hallé grata acogida, y cuyo influjo
Facilitó la paz que fui buscando.

»Los usos y costumbres castellanás,
Sus raras leyes y su rito extraño,
Que observé á mi placer aquellos días,
De admiración y asombro me llenaron.

»Advertí la ignorancia y la rudeza
De aquel naciente reino, que fundado
A fuerza de valor y de altos hechos,
Hierro y ferocidad son sus ornatos.

»¡Ay de nuestro florido y ancho imperio,
Si ántes de corromperse los cristianos,
Sus discordias domésticas olvidan,
Y procuran unidos derribarlo!

»Ajustada la paz, Gonzalo Gustios
Me llevó á la cabeza de su estado,
A la villa de Salas, do tenía
Su alcázar, su familia y sus vasallos.

»Allí torné á encontrar sus siete hijos,
En Castilla y Leon apellidados
LOS INFANTES DE LARA, y del buen Nuño
Volvíme á ver en los amigos brazos.

»¡Oh, qué hospitalidad, franca y sencilla,
Fieles, infieles, moros, castellanos,
Y nobles y plebeyos encontraban
En el soberbio alcázar de Gonzalo!

»En él me hallé y en un banquete, el día
Que el cielo con certísimos presagios
Anunció á la familia sin ventura
El recio temporal do ha naufragado.

»A la mesa cubierta de viandas,
Coronada de nobles y de hidalgos,
Y por Lara y sus hijos presidida,
Me hallaba yo contento y descuidado,

»Con varios extranjeros, y dos moros
De mi acompañamiento, insignes ambos,
Uno en alquimia, plantas y elementos,
Otro en la oculta ciencia de los astros.

»De altos hechos tratábamos, de guerras,
Y de los lances de la caza; cuando
Desprendido cayó del alto muro,
Y á tierra vino con rumor extraño

»El fuerte escudo del señor de Lara,
Que un dorado castillo en rojo campo,
Blason de su linaje esclarecido,
Ostentaba en su centro; y que colgado

»Sobre pendones, lanzas y despojos,
Coronaba un trofeo. El sobresalto
Fué general; y de Gonzalo Gustios
El hijo más pequeño (que Gonzalo

»Se llamaba tambien, y de quien eres,
Como torno á decirte, fiel retrato),
Al tiempo de volver el cuerpo y rostro,
Un salero volcó sin repararlo.

»Nótanlo todos; y las dos señales,
Funestas en Castilla, asombro helado
Dieron al corazon de los presentes,
Como silencio fúnebre á sus labios.

»Gustios, aunque tan grande en fortaleza,
Tembló tambien, y no alentó; y pasmado
Miró al bueno y fiel Nuño, cuyos ojos
A la muda pregunta se arrasaron.

»Yo alcéme pronto, y sin saber qué hacia,
Cogí el volcado escudo, y con mis manos
Lo torné al alto sitio... El cielo ahora
Me descubre tambien que fué presagio.

»El uno de mis moros, el que era
En las ciencias ocultas extremado,
La hora y el día en que nació el mancebo
Preguntó, le pidió la diestra mano,

»Y en su palma observó ciertas señales,
Misteriosas palabras murmurando.
Todos en derredor con gran silencio
Y gran curiosidad nos agolpamos;

»Pero él, mudada la color del rostro,
Clavó la vista en el garzon gallardo:
No osó pronosticar: sacó del seno
Una bolsa de cuero y de recamos,

»Y de ella un pequenuelo pergamino
Con signos cabalísticos marcado:
Se lo dió, y le encargó tenerlo siempre
Sin jamás de su cuerpo separarlo.

»Sonrióse el jóven, pero cuerdo el padre
Admitiólo cortés; miéntras mostraron
En la faz los que en torno se encontraban,
Disgusto insultador, desprecio amargo.

»Un peregrino que asistió á la mesa
Griego, segun el traje, penetrando
Hasta do estaban Gustios y sus hijos,
Desprendióse del cuello un relicario,

»Que una astilla de leño contenía,
Imperceptible casi, y con extraño
Lenguaje prorumpió: *Dios me concede
A la hospitalidad mostrarme grato.*

*»De tu sangre te guarda, hermoso jóven,
¡Una gran fiesta abortará mil daños!...
Suelta el vil talisman, toma esta prenda,
Que es prenda santa y te dará su amparo.*

»Dijo, y colgóla al pecho del mancebo,
Quien reverente la llevó á los labios;
Y con gran devocion, al verla, todos
Humildes á adorarla se postraron.

»Mas ¡ay! ni al talisman ni á la reliquia
En nuestros pechos reponer fué dado
La dulce calma y plácido contento,
Que á la par del broquel se desplomaron.

»Ya era Salas mansion desapacible
Por tal suceso, y porque á paso largo
Con nieve y lluvias avanzó el invierno;
Y á la corte de Burgos regresamos.

»A poco tiempo celebró sus bodas
El noble Rui-Velazquez, un hermano
De la esposa de Gustios, y orgulloso
Ostentó en ellas su grandeza y fausto.

»Era el tal Rui-Velazquez el caudillo,
Que faltó de experiencia, aunque bizarro,
Llevó á la muerte al conde don García,
De Castilla el valor desperdiciando;

»Pues jóven, sin consejo ni experiencia,
A Gustios antepuesto, el sumo mando
Logró obtener en la postrer campaña,
Por ser lucido y diestro cortesano.

»Y como al mismo ejército y pendones,
Que él con todo el poder de los cristianos
No pudo resistir, venció en seguida
Con tan escasa hueste su cuñado;

»De envidia lleno el corazon maligno,
Le detesta feroz, pues los aplausos
Que tributó Castilla á la alta hazaña,
Los juzga de su honor en menoscabo.

»Al verle con doña Ava y el Ulema
El cetro gobernar del conde Sancho,
Premio digno al valor con que á su patria
Salvó glorioso del postrer estrago;

»Arde en saña su pecho, y sólo anhela,
Bien que escondiendo su furor insano,
Al héroe derribar, que á su derrota
Dió noble enmienda con robusto brazo.

»Trató su enlace pues con doña Lambra,
Dama de gran linaje y rico estado,
Aunque hermosa y gallarda, altiva y fiera,
Y no en la flor de los primeros años.

»En el templo de Burgos fué la boda,
Con pompa y con magnífico aparato,
Y magníficos fueron los convites,
Los festejos, las danzas y saraos.

»Gustios de Lara con los siete Infantes
Asistió, de Velazquez siempre al lado,
Y él, y sus hijos, y sus deudos todos
Ricamente á los novios regalaron.

»Las extremas caricias, los obsequios,
Los elogios sin cuento y los abrazos,
Que estaban Rui-Velazquez y los suyos
A Gustios y á sus hijos prodigando,

»Fueron entónces tales, que mi pecho
Con sospecha y temor atribularon;
Pues los que aborreciendo, tanto halagan,
De saciar su furor están cercanos.

»—Los deudos de la novia una gran justa
En la plaza de Burgos convocaron,
Empresas y ropajes dispusieron,
Cotas, paveses, lanzas y caballos.

»De doña Lambra primo Alvaro Sanchez,
El montañés gigante apellidado
Por su vigor y prócer estatura,
Era el mantenedor con otros cuatro;

»De lanza á lanza sostener debiendo
Con cuanto guerreador viniese al paso,
Que ninguna á la novia aventajaba
En sangre ilustre, en hermosura y garbo.

»Publicóse el cartel á media noche,
Y se fijó en las puertas del palacio,
De cien antorchas á la roja lumbre,
Al són de trompas y á la voz de heraldos.

»Hirvió la sangre juvenil, ardieron
Los nobles pechos de los siete hermanos,
Y ya gozosos entre sí trataban
De armaduras, divisas y penachos;

»Cuando el sesudo padre en mi presencia,
Y del discreto Nuño aconsejado,
Los reunió y abrazó, y afable y tierno
Así les dijo con prudente labio:

*»Hijos, templad vuestros fogosos pechos,
No requirais las armas y caballos,
Que no es para vosotros esta justa,
Y no debeis en ella presentaros.*

*»Sostener de su esposa la belleza
Y la alcurnia, á vosotros no ha encargado
Vuestro tío Rui-Velazquez: los parientes
De ella la empresa toman á su cargo.*

*»Ajeno es de vosotros combatirla,
Dejad que la combatan los extraños:
Sed sólo espectadores de una lucha,
En que fuera perder, ganar el lauro.*

*»No, no es para vosotros, hijos míos...
¡Ay!... ¡Aquel peregrino!... ¡Los presagios!...
Parte no tomareis en la tal fiesta:
Si no basta mi ruego, yo os lo mando.*

»Dijo el padre, y quedaron los manechos
Con la impaciencia de corcel gallardo
Que va suelto á arrojarle á la carrera,
Y le contiene la prudente mano.

»Llegó el día fatal: la extensa plaza
Inundó ansioso pueblo, y por tabladós,
Antepechos, terrados y barreras
Fuése á la luz primera acomodando.

»En un balcón, donde de seda y oro
Descollaba un dosel, el conde Sancho,
Su madre, el arzobispo y el de Lara
Los supremos sillones ocuparon;

»Y en el opuesto frente, los esposos,
De joyas y de plumas adornados,
Un espacioso corredor, vestido
De yerba y flores, y de emblemas varios.

»Por séquito llevaban veinte pajes,
Escuderos y damas, diez hidalgos
Eran su escolta, y deudos y parientes
En derredor con ellos se asentaron.

»De allí no muy distante honrado puesto
Yo con los míos ocupé, y al lado
Caballeros leoneses lo tenían,
Extranjeros ilustres y prelados.

»Los siete Infantes, con lucidas galas
Y con gallardas plumas muy bizarros,
Andaban recorriendo entre el bullicio
La extensa plaza, pórticos y andamios;

»Y cada cual, al punto del despejo,
Segun su inclinacion se fué buscando,
Escaso asiento junto á alguna hermosa,
Y en la barrera lo encontró Gonzalo.

»Se asordó el viento con los recios sonos
De timbales y trompas; los heraldos
El cartel y las leyes de la justa
De nuevo en alto acento pregonaron;

»Y los mantenedores á la liza,
De pajes y padrinos rodeados,
Cañidos de magníficos arneses,
Salieron en fortísimos caballos.

»El gigante orgulloso, Alvaro Sanchez,
Sobresalía entre los otros cuatro,
Como alta torre entre los altos muros,
Una fornida lanza manejando.

»Luengas espadas ostentaban todos,
Anchos escudos, y pendiente al lado
Del dorado borren la fuerte maza,
Y por empresa un sol, rey de los astros.

»El combate empezó: lances diversos
En él hicieron caballeros varios.
Allí dos de Alafranc y dos leoneses
Con la espalda midieron el estadio;

»Y cuantos guerreadores en la arena
Conquistar intentaron aquel paso,
Las lanzas rotas, los corceles muertos,
Vencidos fueron y por tierra echados.

»Aunque de los que el puesto mantenían,
También cayeron á su vez los cuatro;
Vengólos Alvar Sanchez, que invencible
Derribó fuerte cuanto vino al campo.

»No era noble y gentil su continente,
No diestro se mostraba ni gallardo;
Pero era emblema de la fuerza, estaba
Más firme que los toros de Guisando (24).

»La torre de Carrahola (25) parecía,
Cuando la tempestad la embiste en vano,
Y en ella el huracan embravecido
Se estrella, ronco de furor bramando.

»Doce conquistadores ya vencidos,
De arneses, mallas, plumas y penachos,
Y de astillas y sangre la ancha plaza
Toda cubierta estaba, y al ocase

»Se retiraba el sol. En la ancha arena
A Castilla y al orbe provocando,
Los cinco justadores persistían
En ocio por la falta de contrarios.

»Alvar, enardecido y orgulloso,
Ronco gritaba así de cuando en cuando:
*¿No hay ya quien ose combatir conmigo?...
Salga el que no me tema, aquí le aguardo.*

»Mas como nadie á responder saliese,
Para dar diversion al vulgo vano,
Un juglar que servía á doña Lambra,
No sé si malicioso ó mentecato,

»En quien tenía su privanza ella
Por regocijador de su palacio (26);
Dejando el escabel de su señora,
Do el tiempo había de la justa estado,

»Bajó á la plaza, del bonete rojo
Los gruesos cascabeles repicando,
Y de su traje de botarga haciendo
Ostentacion con gestos y con saltos,

»Empezó á recorrer la extensa liza,
Una hinchada vejiga atada á un palo
Revolviendo en el aire, ó ya con ella
El suelo y los puntales golpeando.

»Fué universal la risa: le tiraban
Bollos, frutas, confites; y él, ufano,
Ya afrentaba insolente á los vencidos,
Ya daba al vencedor necios aplausos.

»Al pasar inmediato al antepecho,
Do sin mirarle hallábase Gonzalo,
Haciendo contorsiones y figuras,
Prorumpió así con atrevido labio:

*»¿Qué tal, qué tal, mancebo? Allí no hay trampa,
Ni gallardías, ni impotente garbo:
Todo allí es corazon, y todo es puño,
Y los ojos cerrar, y dar trancazos.*

*»Mi alma con la suya... Dios nos libre
De que enarbole en contra nuestra el brazo:
No es un galán de alcorza... Dijo y fué,
Cabriolas mil y carcajadas dando.*

»Furioso á castigarle se arrojava,
Encendido de cólera Gonzalo;
Pero respeto al padre le contuvo,
Y alzóse de su puesto despechado,

»Cuando al llegar á un corro en otra parte,
Oyó decir á un labrador anciano:
*Ya no se halla en Castilla quien compita
En fuerza y en poder con ese hidalgo.*

*»Es un jayan, repuso otro del pueblo,
Que pudiera de un soplo hacer pedazos
La mezquita de Córdoba. Los Laras
Lo aciertan con estarse en los andamios.*

»Prosiguió el labrador: *Muy bien han hecho,
Aunque hubieran salido del engaño
De que son invencibles. Otro dijo:
Harta disculpa tienen, son muchachos.*

»Colmóse la medida, ardió en el pecho
Del jóven un volcan, y rebramando,
Ni vió más, ni oyó más; y del concurso
Y de la plaza huyóse sofocado.

»Mas nadie lo notó. Los justadores
En inacción siguieron grande rato,
Y ya el vulgo impaciente se mostraba
Del vil juglar y de sus chistes harto;

»Cuando las huecas trompas y timbales
Con general contento resonaron,
La llegada anunciando de un guerrero
Que viene á combatir. Por los tablados

»Cundió el rumor confuso de gran pueblo,
Que se fué nuevamente acomodando,
Y que hundióse en silencio al punto mismo
Que el nuevo guerreador entró en el campo.

»Toscas vulgares armas, ni áun lucientes,
Sin plumas ni labores pobre casco,
Calada la visera, y un escudo
Liso, sin mote, ni blason, ni ornato,

»Sacaba el caballero, y en la cuja
Una lanza de guerra, y un caballo,
No de tendida crin y noble aspecto,
Aunque ligero y dócil al bocado.



»Del peto y espaldar hebillas varias
Sin abrochar estaban demostrando,
Que acababa de armarse á toda prisa,
Como todos al punto lo notamos.

»Eran tales su gracia y gentileza,
Tanta la habilidad, soltura y garbo
Con que regía el pisador, y tales
Su noble talle y cabalgar gallardo;

»Que adiviné quién era en el momento,
Y todos ó los más lo adivinaron.
Mas por aquel instinto que resalta
Siempre en la muchedumbre, no hubo un labio

»Que imprudente su nombre pronunciase,
Y fué el silencio universal, tornando
Todos la vista hácia el señor de Lara,
Que escondió el rostro con entrambas manos.

»Yo miré á Rui-Velazquez, cuyos ojos
Ardieron de furor, y con recato
Habló algunas palabras al oído
De doña Lambra, que su faz turbaron.

»Dió el caballero en torno á la estacada
Un airoso paseo, acreditando
Quién era más y más, y haciendo pruebas
Del poder y obediencia del caballo;

»Y parándose en medio, en voz sonora
Pidió con Sanchez combatir. Negado
Por los jueces le fué, por no ser Sanchez
El que debía sostener el campo,

»Pues ántes de su turno, lo tenían
Para entrar en la lid dos de los cuatro.
La ley fué obedecida, y presentóse
Aquel á quien tocaba, muy ufano;

»Pero apénas salió, vióse en la arena
Con potro, escudo y lanza derribado,
Al choque del incógnito, que mudo
Tornó á ocupar su puesto á lento paso.

»Salió el segundo, las primeras lanzas
Valiente resistió de brazo á brazo:
No fué tan venturoso en las segundas,
Y vencido cayó del potro abajo.

»El pueblo lleno de sorpresa estaba,
Faltándole la voz para el aplauso,
Porque ve con pavor llegado el punto
De que éntre el fuerte Sanchez al estadio.

»Cubierto estaba de sudor y espuma
El corcel del incógnito. Saltado
Habian las hebillas de su almete:
Gritale el pueblo: *Toma otro caballo.*

»Mas él nada responde; y firme espera
A Sanchez, que en la plaza entró bizarro,
En un morcillo que la llena toda,
Y la estremece al golpe de sus cascos.

»¡Ay!... yo vi entónces del señor de Lara
Demudarse la faz, y vi bañado
De amarga risa el pérfido semblante
De Velazquez tambien, y que la mano

»Tomó á su esposa, y que miró á los suyos,
Desprecio y confianza demostrando,
Mientras la muchedumbre en gran silencio,
Ni aún osa respirar de miedo y pasmo.

»Sonó el clarín, partieron como flechas
Sanchez y el caballero; se encontraron,
Y en el opuesto escudo cada lanza
Tocó, dió lumbre, y resbaló, dejando

»Honda señal. Los potros revolvieron,
Ambas picas rompiéronse en pedazos:
Continuaron con otras el combate,
Y pretal con pretal al fin se hallaron.

»El corcel del incógnito el empuje
Sufrir no pudo del corcel contrario;
Dobló las piernas, y en la ardiente arena
Los corvejones estampó. A espolazos

»Sostúvolo el jinete, y como el viento
Le hizo arrancar, y separarse á saltos.
Sanchez buscó otro choque; mas no era
Tan diestro en el manejo del caballo

»Cual su competidor, que lo evitaba
Con gran saber, y que le dió á soslayo
Un duro bote, que abolló el peto,
Sin que el broquel pudiese repararlo.

»Entónces advirtiéndolo Alvaro Sanchez,
Que un solo broche sujetaba el casco
Del justador, dirígale la punta
Con tanta furia y con acierto tanto,

»Que dejó descubierto el rostro hermoso
Del noble mozo, del gentil Gonzalo,
Quien en furor ardiendo, la cabeza
Con el escudo esconde, y como un rayo,

»Acomete al jayan á todo trance,
Por tierra le derriba, retumbando
La plaza toda al ponderoso golpe;
Y ensordécese el viento con aplausos.

»Apénas el gigante tocó el suelo,
Púsose en pié, denuestos vomitando
Contra su vencedor, y con gran furia
Desvainó la espada. Sosegado

»El jóven reclamó las condiciones;
Pide lo mismo el pueblo en gritos altos.
Y todo es confusion. Luégo á la arena
Los jueces descendieron de su escaño,

»Y declaran que está Sanchez vencido,
Y que el conquistador debe en el campo
Aún con los otros dos mantenedores,
Cual previene el cartel, seguir lidiando.

»No sin dificultad plegóse Sanchez:
Tal vez alguna seña del airado
Velazquez le obligó. Tornó á su puesto,
Y otra celada se ciñó Gonzalo.

»El caballero á quien tocaba el turno,
Fué á cabalgar; mas por su bien faltaron
De su corcel las cinchas, accidente
Que dió á la fiera lid corto intervalo.

»En el cual doña Lambra la orgullosa,
De acuerdo con su esposo, y deseando
Su furor desahogar: *Anda*, le dijo
Al bufon, que á sus piés había tornado,

»*Anda, y hazle una afrenta á ese mancebo
La que encuentre mayor tu ingenio claro.
Hazla pues sin temor, y á mí te acoge;
Mi respeto y poder serán tu amparo.*

»El escabel dejó de su señora
El juglar, y en la plaza á corto rato
Se presentó, con nuevas contorsiones,
Aunque escondiendo entre sus ropas algo.

»Se acercó al vencedor, y con despejo,
Muy bien lo has hecho, dijo. *¡bravo! ¡bravo!*
Mas yo quiero tambien justar contigo:
Esta es mi lanza... ahí va... ¡guarte, sco guapo.

»Y un verde cohombro tinto en fresca sangre
Le tiró al rostro, con fealdad manchando
Todo el arnés, y huyóse á gran carrera,
Dejando al pueblo todo horrorizado.

»Es esta accion mirada allí en Castilla
Por la afrenta mayor (27): tal que el hidalgo
Que al agresor no mata al mismo instante,
Queda en infamia eterna sepultado.

»El ilustre mancebo ardiendo en ira
Se arroja en pos del vil que hacía sus amos
Rápido vuela; tírale la lanza
Al punto en que trepaba á los andamios.

»Y de la espalda al pecho atravesóle,
De modo que sin vida en el regazo
Cayó de su señora, con su sangre
Veste, brazos y pechos salpicando (28).

»Pálida doña Lambra un alarido
Lanzó, y vencida de letal desmayo,
Cayera del sitial, si no encontrara
De sus dueñas y damas con los brazos.

»Velazquez furibundo ronco grita:
Llegó el momento, ¡á la venganza, hidalgos!...
Muera, muera. Y con todos sus parientes
Ciego se arroja dentro del estadio.

»Al jóven vencedor cercan al punto,
De otros muchos seguidos, sus hermanos,
Y los estoques de festejo y gala
Desnudos centellean por el campo.

»Cunde la confusion, suenan las trompas,
Gritan los jueces; su gritar es vano:
Tira su cetro en medio de la arena,
Y es hollado y no visto, el conde Sancho.

»Se asustan las mujeres, y los niños
Contra el seno escondiendo entre los brazos,
Huyen y dejan la confusa plaza:
Tiemblan y huyen con ellas los ancianos.

»Crecen los valedores de ambas partes,
Trábase horrenda lid. La daga en mano
A ella corre Velazquez: el de Lara
Que entró en la liza por distinto lado,

»Sólo paz anhelando, que era padre,
Quiere todo á la paz sacrificarlo;
Y le sale al encuentro, á contenerle
Con blando ruego y amistoso abrazo.

»Mas, ¡ay!... ¡al abrazarle, una coraza
Oculta bajo sedas y brocados
Apretó!... Se cuajó su sangre toda,
Y un vuelco dióle el corazón llagado.

»¿Pudo quedarle duda?... No, no era
La infantil imprudencia de Gonzalo
Más que un fútil pretexto; la vil trama
Estaba ya dispuesta de antemano.

»Deudos, parientes, escuderos, pajes,
Todo el séquito en fin de su cuñado,
Cubiertos van de redoblado acero,
Vilmente oculto so los ricos sayos.

»¡Miseró padre!... la traición patente,
¿Qué le queda que hacer?... Con duro brazo
Ayudar á sus hijos... A ellos vuela,
Ánima de su casa á los hidalgos,

»Y métese sañudo en la batalla:
Todo es sangre y horror. Torna á caballo
Con los suyos furioso Alvaro Sanchez,
El pendon de Velazquez tremolando.

»La destreza y valor eran de parte
De los de Gustios; pero el otro bando
Armado iba y dispuesto. Una lanzada
A un Infante tocóle de soslayo:

»También Velazquez recibió otra herida,
Y estaba como tigre, fuego echando
Por los feroces ojos: el de Lara
Lidiaba firme como león bizarro.

»La condesa doña Ava... ¡ilustre dueña!
Sí, yo la ví del uno al otro lado
Correr, gritar, y en medio del peligro
Pedir paz y quietud á sus vasallos.

»Al meterse una vez en la pelea,
Tocó una punta al jóven conde Sancho,
Que con gentil esfuerzo la seguía,
Sumision y obediencia reclamando.

»Leve su herida fué; pero al mirarle
La faz marchita, el pecho ensangrentado,
De terror ambas turbas se cubrieron,
Y en el momento de lidiar cesaron;

»Momento de quietud, que el Arzobispo,
Cual discreto y prudente, aprovechando,
Con sus insignias y sagradas ropas,
Que son de gran respeto entre cristianos,

»Lanzóse en medio, y con terrible frente
Amenazó del cielo con los rayos
A uno y otro partido, si al momento
No dejaban la lid, y libre el campo.

»Sus amenazas, y el pavor y susto
Que al ver herido á su señor helaron
Al feroz vulgo, y el postrer reflejo
Que el crepúsculo daba desde ocaso,

»A ambas ciegas facciones contuvieron;
Y de la plaza por distintos lados,
Siguiendo cada cual á su caudillo,
Salieron, y de Burgos se alejaron.

»Gonzalo Gustios con los siete infantes,
Y con todo el tropel de sus vasallos
Fué á Salas: Rui-Velazquez con los suyos
A Barbadillo, centro de su estado.

»En Burgos fué terrible aquella noche:
Del Arzobispo el Conde acompañado
Y de su madre, se encerró en su alcázar,
Levado el puente, los rastrillos bajos,

»Y llenos de hombres de armas decididos,
De fieles caballeros y de hidalgos,
A defender á su señor resueltos,
Los torreones, pórticos y patios.

»Ardian fogatas en diversos sitios,
A las que se arrimaban embozados
Recelosos, con armas escondidas,
Aún no resueltos á seguir un bando.

»Mas á pocas palabras, los puñales
Y las ocultas dagas en sus manos,
Defendiendo uno ú otro, relucian,
Por amistad y deudo atropellando.

»*Viva el señor de Salas*, resonaba
En algun arrabal; en otro barrio,
Viva el de Barbadillo. Aquí una trompa,
Allá de espadas el rumor lejano;

»Tal vez las luengas calles recorria
O piedra ó flecha rápida, silbando
Entre las sombras, sin saberse á dónde,
Ni qué ballesta la tiró, ó qué mano.

»Tal vez reinaba hondísimo silencio,
Roto por el galope de un caballo;
Y ya en las torres los reflejos daban
De algun incendio en los vecinos campos.

»¡Tremenda noche! La primera aurora
Mayores sustos y congojas trajo;
Y los siguientes días todos fueron
A cual más angustioso y más amargo.

»Uno y otro partido en rabia ardian;
Enfurecidos se aprestaban ambos
A guerra de exterminio, y se engrosaban
Con armas y con nuevos partidarios.

»Los de Velazquez á talar salieron
De Salas rica los feraces campos;
Defendieron valientes los de Lara
Sus arboledas, mieses y ganados.

»Un mar corrió de sangre. ¡Ay de Castilla,
Si audaz entónces enemigo extraño
La hubiese acometido!... ¡Ay de los reinos
Que de discordias tales son teatro!

»La buena suerte por aquellos días
De desórden y horror á Burgos trajo
A un extranjero ilustre. Era otro Ulema,
Del que ellos llaman Vice-Dios, legado;

»Que de Roma á Leon se encaminaba
A cobrar un tributo; y recelando
Con las fieras discordias de Castilla
La total perdicion de los cristianos,

»Con el buen arzobispo entró en consejo.
Y uno y otro castillo visitaron,
De la paz las benéficas semillas
En uno y otro con fervor sembrando.

—»El vulgo, ya extinguido el primer fuego,
Ansía sólo quietud, busca trabajo;
De la patria el peligro asusta siempre
A los hombres de bien y á los hidalgos.

»Del gran Gonzalo Gustios era el alma
Noble y leal, y nada sanguinario
Su corazon: los pechos de sus hijos
Ardientes y violentos, pero francos;

»Y Rui-Velazquez, aunque altivo y fiero,
A traicion y á discordias avezado,
Conoció que ceder entónces era,
Para lograr sus planes necesario.

»Circunstancias que abrieron el camino
De la negociacion. A pocos pasos
Vinieron ambas partes á concierto.
A deponer las armas se obligaron,

»Y á concurrir á Burgos los dos jefes
Bajo seguro, y sólo acompañados
Cada cual de seis deudos, á jurarse
Amistad ante el conde Soberano;

»Con sola condicion, de que á la corte
No volviesen en término de un año,
Ni doña Lambra, ni los siete Infantes,
Ni Alvaro Sanchez, ni los otros cuatro.

»Dado el seguro, por diversas partes
Vinieron al alcázar de don Sancho
Rui-Velazquez y Gustios. Yo y los míos,
Con otros extranjeros, convidados

»Fuimos á presenciar la ceremonia,
Celebrada del modo más extraño
En el salon del trono, do asistieron
Todos los Ricos-hombres castellanos.

»En su dosel sentóse el jóven Conde,
El Ulema de Roma al diestro lado;
Y por distintas puertas en la sala
Los dos caudillos á la par entraron.

»Por la que estaba al frente, al mismo tiempo
Con cuatro dueñas y catorce hidalgos
Presentóse doña Ava, blancas tocas
Y ricas negras ropas arrastrando.

»Entró tambien con ella el Arzobispo,
Con todas las insignias de su cargo,
Y dos pajes en pos. Uno traía,
De oro en salvilla y entre lienzo blancos,

»Un pan pequeño; el otro una gran taza
De oro y piedras preciosas, rebosando
Ardiente vino; y á los piés del trono
Todos en gran silencio se acercaron.

»Allí tomó la copa la Condesa,
Y el Conde tomó el pan, y en tres pedazos
En el vino lo echó, y el Arzobispo,
Haciendo ciertos signos con la mano,

»Murmuró varios salmos y oraciones,
A todos los presentes demostrando,

Que en la copa no había ni conjuro,
Ni veneno encubierto, ni otro engaño.

»Un pedazo del pan mojado en vino
Comió con gravedad el conde Sancho;
Y mandó á Rui-Velazquez y al de Lara,
Que cada cual comiera otro pedazo.

»Hiciéronlo al momento, una rodilla
Hincada en tierra; luego se abrazaron,
Al templo fueron á jurar las paces,
Y en seguida un festin hubo en palacio.

»Tornó Castilla á verse en quieta calma,
Mas fué calma de mar, que pronto airado
Turba el austro otra vez, y en que el piloto
De otra mayor borrasca ve el presagio.»

Quedó en silencio Zaide, y en silencio
Quedó tambien Mudarra, que pasmado,
La relacion á descubrir no acierta,
Que con él tienen lances tan extraños.



NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(24) D. Antonio Ponz, en su *Viaje de España*, hecho en 1795, dice en la carta séptima del tomo II: «Pasado un riachuelo, llamado *Tórtolas*, descubrí en una viña, perteneciente á los religiosos, los celebrados toros de Guisando; pero no hallé ningun rastro de la venta que habia junto á ellos, en donde fué reconocida y jurada por heredera de los reinos de Castilla la reina católica Doña Isabel. Me acerqué al paraje en donde están los toros, y son cuatro, de los cuales uno está medio hundido en la tierra. Ya se conoce poco su forma, por estar muy gastados, y desgranada la piedra barroqueña, de que son. Con dificultad se lee alguna letra de antiguas inscripciones que tenían en el cuerpo; pero despues en la celda prioral del monasterio ví una explicacion de los mismos y de sus letreros, que decian estar allí desde muy antiguo. La tal explicacion era, que en la Valle Bastetana dió el ejército de Julio César la gran batalla, en la cual, despues de haber vencido á Pompeyo Magno en Farsalia, deshizo aquí á sus hijos, llamados Sexto Pompeyo y Gneo Pompeyo; que la pelea fué muy dudosa; pero que animado César por su capitan Prisco Calecio, la consiguió; que los hijos de Pompeyo, desamparados de sus soldados, se retiraron, llenos de heridas, á las cuevas del inmediato monte, junto al paraje del monasterio, y que en celebridad de tanto triunfo, hicieron los cesarianos un sacrificio á los dioses, llamado *Ecatombe*, por el número de cien toros que para el sacrificio se destinaban; y que por medio de estos toros de piedra que allí dejaron, habian perpetuado aquel suceso. Las inscripciones se leen en aquel papel de esta manera:

1.^a

BELLUM CESARIS ET PATRIE EX MAGNA PARTE
CONFECTUM FUIT S. ET GN. M. POMPEII FILIIS HIC
IN AGRO BASTETANO PROFLIGATIS.

2.^a

LONGINUS PRISCO CALECIO PATRI
F. C.

3.^a

CECILIO METELLO
CONSULI H. VICTORI.

4.^a

EXERCITUS VICTOR
HOSTIUS EFFUSIS.

5.^a

L. PORCIO
OB PROVINCIAM OPTIME ADMINISTRATAM
BASTETANI POPULI F. C.

»Se cree que ántes hubiese más toros de los que ahora se ven sobre la tierra. Usted sabrá si esta es la Valle y region de los bastetanos, y el paraje donde se acabó la guerra civil de Pompeyo y César: si estos son elefantes, y no toros, de los que algunos dicen, que dejaron los cartagineses en varias partes de España, á donde llegaban con sus conquistas; y si son toros, conocerá cuán grande disparate sería en traerlos desde Andalucía, como algunos quieren componerle, sin embargo de que serían tan grandes como toros naturales, ántes de haberlos desgranado el tiempo, como se ve. A mi me parecen toros, y por algun rastro que queda de las letras, se conoce que fueron romanas.»

Es digno de copiarse lo que sobre los mismos opina Masdeu en el párrafo 334 del tomo IV de su *Historia crítica de España*. «Una de las antigüedades más célebres de España, dice, son cuatro toros que existen en el monasterio de Padres de S. Jerónimo de Guisando, á veintiocho millas del Escorial. Sin duda Metelo mostró complacencia de que le dedicasen uno de estos en memoria de las victorias referidas.... Morales y Mariana juzgan que la inscripcion se debe referir á la rota de los irtuleyos, que por eso trasfiere Morales de Andalucía á Extremadura en mayor cercanía de los citados toros. Pero Itálica y Segovia, únicas ciudades en cuyas vecindades, según los escritores antiguos, Quinto Ce-

«cilio Metelo venció á los ituleyos, distan mucho de aquella provincia; además estas rotas no fueron el motivo de la «vanidad y complacencia de aquel general, aunque así lo pensaron Morales, Mariana, y últimamente Jovenazo: lo que «dió fomento á su orgullo, fueron las batallas que ganó al temido Sertorio, como atestigua Plutarco.» Y más adelante, en el parrafo 394, hablando de los monumentos de las victorias de César que existen en España: «Son más famosas las «inscripciones de los célebres *Toros de Guisando*.... La primera pertenece á la batalla de *Munda*, que se puede llamar «la corona de todas las victorias de César. En ella se lee claramente, que Sexto y Gneo Pompeyo fueron derrotados en «el campo bastetano: de lo que se deduce, que los toros que existen á poca distancia del Escorial, estaban antiguamente «en el paraje mismo de la batalla, cuyo lugar podía entonces llamarse *Campo bastetano*, mientras los habitantes á lo «largo de las costas desde la mitad del Estrecho á Cartagena, eran denominados *bastetanos y bástulo-fénices*. Ha pare- «cido inverosímil al estudioso Sr. Ponz y á otros modernos escritores, que cuatro toros de piedra de ajustada propor- «cion, fuesen trasportados de Munda á Guisando. No sabemos las razones que tuvieron los romanos para transferirlos; «pero no hay dificultad que lo practicasen, aunque hubiesen de hacer más de trescientas millas, que se cuentan de «Munda á Guisando: mayores dificultades han vencido los antiguos romanos. Para no difundirme en una prolija narra- «tiva, véanse aquí en Roma los obeliscos de altura enorme trasportados de Egipto.»

También hace Cervantes en su inmortal *Quijote* mencion de estos toros, pues el caballero de los Espejos, dice (capítulo XIV de la segunda parte), que *el tomarlos en peso*, era una de las hazañas que le había mandado hacer su señora. Es muy extraño que el erudito y diligente Pellicer dejara sin nota alguna este punto, cuando no se descuidó de poner- las en otros más sabidos y ménos interesantes, y cuando Bowles, de quien tanto se aprovechó, copia la razon que da de ellos Covarrubias en el *Tesoro de la lengua castellana*.

(25) Torre romana muy fuerte que defiende la cabeza del puente de Córdoba.

(26) Le hace cocinero de Doña Lambra un romance antiguo, en que pidiendo venganza á su marido de los insultos que le han hecho los de Lara, entre otras cosas, dice:

«Matáronme un cocinero
So faldas de mi brial:
Si de esto no me vengades,
Yo mora me iré á tornar; etc.»

(27) «Grave injuria y ultraje conforme á la costumbre de España,» la llama Mariana, como se verá en la nota siguiente.

(28) Mariana, copiando casi á Garibay y Morales, refiere este suceso en su *Historia de España*, lib. VIII, cap. IX, del modo siguiente: «Aconteció que Rui-Velazquez, señor de Billaren, celebraba sus bodas en Burgos con Doña Lambra, natural de tierra de Bribiesca, mujer principal, y aun prima carnal del conde Garcí-Fernandez. Las fiestas fueron «grandes, y el concurso á ellas de gente principal. Halláronse presentes el conde Garcí-Fernandez y los siete hermanos «con su padre Gonzalo Gustio. Encendióse una cuestion, por pequeña ocasion, entre Gonzalo, el menor de los siete «hermanos, y un pariente de Doña Lambra, que se decia Alvar Sanchez, sin que sucediese algun daño notable, salvo «que Lambra, como la que se tenia por agraviada con aquella riña, para vengar su saña.... mandó á un esclavo que «tirase á Gonzalo un cohombro, mojado ó lleno de sangre: grave injuria y ultraje conforme á la costumbre de España. «El esclavo se quiso valer de su señora Doña Lambra: no le prestó, que en su mismo regazo le quitaron la vida, etc.» Sigue contando la venganza de Rui-Velazquez poco más ó ménos, como se refiere en esta leyenda.

Dos romances, compuestos por Sepúlveda, pintan esta contienda como sigue:

Rui-Velazquez es de Lara
El que ha de ser desposado:
Casóse con Doña Lambra,
Mujer es de gran estado.
Gonzalo Gustios el Bueno
A las bodas es legado:
Cuñado es de Rui-Velazquez,
Con la su hermana casado.
Trae consigo siete infantes,
Que de Lara se han nombrado,
Hijos de Gonzalo Gustios,
S'orinos del desposado.
Criólos Nuño Salido,

Caballero muy honrado.
.....
Un primo de Doña Lambra,
Que Alvar Sanchez es llamado,
Vió que caballero alguno
No alcanzaba en el tablado.
.....
Doña Sancha y los sus hijos
Riendo de ello han estado;
Ninguno dió miente á ello,
Que están las tablas jugando:
Sólo Gonzalo Gonzalez,
El menor de los hermanos,

Que á furto de todos cilos
 Cabalgaba en su caballo.

 Aivar Sanchez con pesar
 Al Infante ha denostado.
 Él respondió á sus palabras,
 A las manos han llegado.
 Gran ferida dió el Infante
 A Alvar Sanchez su contrario.

 Doña Lambra que lo vido,
 Grandes voces está dando,
 Feriase en el su rostro
 Con las manos arañando,
 Diciendo: ¿qué dueña alguna
 Así se habia deshonrado
 En bodas que fuesen hechas,
 Sino á ella sólo en su cabo?
 Rui-Velazquez que lo oyó,
 Luego habia cabalgado,
 Tomó un astil de la lanza,
 Fué donde está Don Gonzalo, etc., etc.

Doña Lambra que lo vido,
 Como muy mal lo queria,
 Llamado habia un criado,
 Desta suerte le decia:
 «Toma agora tú un cohombro,
 «Finchelo de sangre viva,
 »Y arrójaselo á Gonzalo.»

 El hombre tomó un cohombro,
 Y de sangre lo teñia,
 Dió con él á Don Gonzalo,
 En sangre untado lo habia.

 Acogióse á Doña Lambra,
 So su brial se metia.
 Lo Infantes con braveza

 Mataron el hombre allí,
 Ante ella que lo veia,
 Y con la sangre del hombre
 Sus tocas se las teñian.
 Los Infantes cabalgaron, etc., etc.



ROMANCE CUARTO

Grande rumor se levanta
De gritos, armas y voces
En el palacio de Burgos,
Donde están los ricos-homes.

Romancero del Cid.

El que empuñado en áspero camino,
De entre peñascos sale y de entre breñas,
Y á entrar va en precipicios espantosos,
Raudos torrentes y confusas selvas;

Si un prado, aunque pequeño, y una fuente,
Mansa, aunque cenagosa, al paso encuentra,
Allí se pára á respirar un rato,
Y á re-taurar las fatigadas fuerzas.

Así Zaide, al hallar en su memoria
Que desastres y horrores le recuerda,
Un momento de paz, con breve pausa
En él un rato á descansar se asienta.

Corto el reposo fué, y hondo silencio
Reinó entre tanto; pues Mudarra, llena
De confusion y asombro el alma toda,
De aquella narracion el fin anhela.

Zaide fijó los ojos inflamados
En la argentada luna y las estrellas,
Lanzó un suspiro, y prosiguió la historia
Con sosegada voz de esta manera:

«En paz quedó Castilla: los Infantes
Con Nuño fueron á la corte régia
Del monarca leonés; y doña Lambra
A un su palacio orillas del Esgüeva.

»Pasó una luna en gran quietud: Velazquez
Y Gustios de amistad se daban pruebas,
Y yo, cumplido el plazo á mi embajada,
Dispuse mi regreso á estas riberas.

»Ya me faltaban sólo cuatro días
Para dejar de Burgos las almenas,
Cuando á la hora en que en mitad del cielo
Su ardiente y viva lumbre el sol ostenta,

»Estando yo tranquilo en el palacio,
Que por embajador mi albergue fuera;
Rumor lejano de alterada plebe
De repente escuché, no sin sorpresa.

»Salí al balcon; el espantoso estruendo
De armas y voces distinguí más cerca;
A poco vi de airada muchedumbre
Inundarse las calles y plazuelas,

»De léjos un cadáver, que arrastrando
Llevaba el pueblo: disparadas piedras
Vinieron á perderse en mis paredes,
Las voces escuché de *mueran, mueran*.

»Y ví venir huyendo del tumulto,
Por la ancha calle enfrente de mis puertas,
A dos de mis esclavos anhelantes,
Que consiguen salvarlas y las cierran.

»Absorto estaba: entréme, y á los míos
Convoco al punto, sin saber cuál fuera
La causa del furor de los cristianos;
Cuando á mis plantas los esclavos llegan,

»Los mismos dos que de salvarse acaban;
Y sin color y con heladas lenguas,
Que á asesinarlos corre el pueblo todo,
Dicen, y nuestro asombro se acrecienta.

»Incrédulo, indeciso, nuevamente
Me puse en el balcon, cuando á gran prisa
Llegó á caballo, trémulo, abatido,
De Lara un paje, y *Mi señor os ruega*

*»Que al punto huyaís. Tomad vuestros caballos
Y asilo pronto en la vecina huerta,
De donde valerosos caballeros
En salvo os sacarán á viva fuerza.*

»Dijo, y desapareció. Yo quedé mudo
Sin acertar á resolver: la fiera
Muchedumbre al momento del palacio
Ocupó la gran plaza, y tuve apénas

»Tiempo de retirarme de su vista.
Todos los míos con pavor me ruegan
Que me salve, y los salve sin tardanza,
Y á los esclavos ensillar ordenan.

»Infamia fuga tal me parecía:
Resistir imposible... A la escalera
Me dejo arrebatar, cuando echo ménos
Dos de mi comitiva: el uno era

»Un mi escudero, Aben-Harin el otro,
El cordobés, antorcha de las ciencias.
Pregunto por los dos, y no hallo nadie
Que acierte á darme de su suerte nuevas.

»El ágil escudero acostumbraba
Adiestrar al bocado y á la espuela
Los caballos del Conde, y casi siempre
El sabio acompañaba á la Condesa.

»Sin ellos resolví no retirarme,
Y ansioso de atisbar si acaso llegan,
A una gran claraboya, que á la plaza
Daba, me aproximé no sin cautela.

»¡Oh poderoso Alá! Ví en una pica,
Sirviendo á los cristianos de bandera
(¡De horror al recordarlo me estremecí!)
Del docto amigo la infeliz cabeza,

»Y su cuerpo en mil partes destrozado
Entre la turba, que con una cuerda
Le arrastraba; y al lado, medio vivo,
Al escudero sin ventura en tierra.

»Bramando de furor la vista extendo,
Y al Arzobispo ví... ¡quién lo creyera!
A aquel que tan prudente se mostrara
De Velazquez y Lara en la contienda,

»Acalorar el bárbaro gentío,
La insignia de su rito y su creencia,
Cual de exterminio y furia enarbolando,
Y lanzando espantosos anatemas.

»Si álguien templar mi saña en aquel punto
Y á los cristianos mi rencor pudiera,
Hubiese Lara el generoso sido,
Que con la espada en alto, dando pruebas

»De noble esfuerzo y de honradez gritaba:
*¡Castellanos!... ¿qué hacéis?... De infamia eterna
Hoy cubris vuestro nombre... Los cobardes
Así á los desarmados atropellan.*

»Mas su voz se perdía entre el tumulto,
Cual la razón se pierde en la tormenta
De las pasiones, y era un hombre solo
Dique impotente á inundación tan recia.

»Al ver yo al uno, al otro, á los dos míos
En trance tan fatal, sentí mis venas
Encenderse, cegué, grité venganza,
Y el alfanje empuñé con firme diestra.

»Del puesto aquel me arrancan mis amigos,
Y los caballos á encontrar me llevan,
A montar obligándome en el punto
Que el populacho derribó las puertas.

»El jardín á galope atravesamos,
Y salvando el postigo de la verja,
Al arrabal salimos, consiguiendo
Ganar al fin las indicadas huertas.

»Ya el palacio del vulgo era despojo,
Cuando unos doce caballeros llegan,
Por el valiente, gustos destinados
Para sernos de amparo y de defensa.

»Con gran facilidad pasar pudimos
Las murallas y fosos, pues si alerta
Los que las custodiaban, al mirarnos,
De prohibirnos el paso dieron señas;

»Eran muy pocos y al notar la insignia
De la casa de Lara en las cimeras,
El puente echaron, el rastrillo abrieron,
Y al campo nos lanzamos de carrera.

»Por él en gran silencio á toda brida
A buscar fuimos la inmediata selva,
En donde aliento á los corceles dando,
Hablé al caudillo de la escolta nuestra;

»Y de él supe la causa del tumulto,
Del pérfido Velazquez trama nueva,
Para perder á mi valiente amigo,
Y cima dar á su venganza horrenda.

»Desde que yo en la corte de Castilla
Me presenté, de Aben-Harin la ciencia
De alto don celestial consiguió fama,
Por su acierto en curar graves dolencias.

»La condesa doña Ava, que abatida
Con las desgracias y viudez, enferma
Cayó por aquel tiempo, á su cuidado
Y dirección también se sometiera;

»Y recobrando prodigiosamente
En breve espacio la salud, excelsa
La gloria fué del musulmán, logrando
Caricias, honra, aplausos y riqueza.

»Lo que era asombro en la ignorante plebe,
Fué gratitud y aprecio en la Condesa,
Si pronto envidia de la infame corte,
Y del vil fanatismo furia ciega.

»Doña Ava al cordobés agradecida,
Como tan alta y generosa dueña,
Lo honró con su amistad, y le escuchaba
Explicar su saber, grata y atenta;

»Y ansiando entusiasmada los secretos
De la alquimia, en que el moro insigne era,
Penetrar, le dispuso en su palacio
Cámara, donde hacer sus experiencias.

»Tan alta protección y las consultas,
Siempre inocentes, sí, pero secretas,
Que con él celebraba, dieron campo,
Sin yo saberlo, á habillitas y á sospechas;

»Dádoselo también á Rui-Velazquez
Para perder á la infeliz Condesa
Y al noble Gustios, y el favor del Conde
Conquistar, y el partido del Ulema.

»En aquel día por industria suya
(Tan grande es en maldad), cuando á la mesa
Con su madre y con Lara el jóven Sancho
Apénas se asentó, la voz funesta

»Se oyó y cundió por el palacio todo,
Llenándolo de asombro y de sorpresa,
De que del Conde estaba envenenada
La régia copa. A tan horrible nueva

»Todo fué espanto y confusion: doña Ava
Desmayada quedó, sus damas yertas,
Confundidos los pajes; y al momento
Sin buscar al rumor mayores pruebas,

»Se dió, ¡qué horror! por cierto, que la madre
Envenenar al hijo dispusiera,
De Aben-Harin apasionada, ansiando
Ceñirle de Castilla la diadema;

»Y que el veneno elaborado estaba
Por el supuesto amante. Tal idea
Crece en el pueblo, que el palacio allana,
Y entre alambiques, bálsamos y esencias

»Al descuidado Aben-Harin sorprende,
Y á la garganta echándole una cuerda,
Le arrastra sin piedad. Cunde el tumulto,
En otra parte al escudero encuentran,

»Con cien puñales el inerme pecho,
Bañándose en su sangre, le atraviesan;
Y en ambos con furor la insana turba
Su saña horrible y ciego encono ceba.

»Velazquez se aparece, y acalora
El horrible tumulto, y acrecienta
La atroz calumnia, contra mí la empuja,
Y mi palacio acometer ordena.

»¡Ah! bien sabia que el honrado Lara
Abrazaría al punto la defensa
De la justicia y la verdad, y sólo
Comprometerle así su empeño era.

»Logrólo, pues entrando en el alcázar,
La confusion y la calumnia aumenta,
Y aquel supuesto crimen vengar jura,
E incita astuto al indeciso Ulema.

»Este, ó bien ya de acuerdo, ó engañado,
Y al ciego fanatismo dando rienda,
A predicar se arroja el exterminio
De hombres que de su fe contrarios eran;

»Y con Velazquez y con él al frente,
Sin que Lara calmarla consiguiera,
Corrió á saciar en mí y en mis secuaces
Su bárbaro furor la plebe ciega.

—»Al saber yo de boca del guerrero
Trama tan infernal, en furia nueva
Sentí mi pecho arder, y hubiera dado
Por verme allí mil lanzas cordobesas,

»El resto de mi vida, Enfurecido,
A la inicua ciudad volví las riendas;
Pero ¿qué aprovechara?... Nuestra fuga
Por agrios montes y escondidas sendas

»Proseguimos, llevando á los guerreros
De Lara siempre para escolta nuestra,
Hasta que el Guadarrama atravesando,
Nos dejaron en salvo en la frontera.

»A Córdoba llegamos, do la fama
Ya divulgara la aventura nuestra,
Y la ciudad ardió, y ardió el imperio
En justa indignacion, al ver deshechas

»De modo tan atroz solemnes paces,
De embajador la inmunidad suprema
Profanada, y vertida alevemente
Por cristianos la sangre sarracena.

»Gritó el pueblo musulmico venganza,
A Castilla maldijo, pidió guerra,
Y decretóla Hixcen... Mas no regía
En momentos tan críticos las riendas

»Del gobierno Almanzor. Se hallaba entónces
Del rico Oriente en las lejanas tierras;
Y Giafar (como ayer) el sumo mando
Desempeñaba el tiempo de su ausencia.

»Giafar, que recobrado el poderío
Por sus antiguos triunfos y proezas,
Y por su astucia aún más, ya de la corte
Wacir y Alcaide del alcázar era,

»Si bien nunca aprobar las paces pudo,
Ni olvidar el mal fin de sus empresas;
De reparar el descalabro antiguo
Vió con gozo ocasion tan lisonjera,

»Y para castigar al castellano
Armas y tropas sin tardanza apresta;
Al bárbaro Juzef el mando encarga,
Y el exterminio de Castilla ordena.

»Allá en Burgos en tanto con mi fuga
Aquietada la turba y satisfecha,
Tornó Velazquez del airado Conde
El furor contra Lara y la Condesa.

»Don Sancho... ¡incauto jóven!... á Velazquez
Creyéndose deudor de su existencia,
El gobierno entrególe del Estado,
Y fué su voluntad la ley primera.

»Mayor de edad al punto se declara:
A la madre infeliz prende y encierra
En estrecha prision, donde la muerte
Pronto el consuelo fué de su inocencia;

»Y aunque al de Lara atropellar no osa,
Porque es grande en poder como en nobleza;
Lo desaira, á Salas lo retira,
Y á merced de Velazquez todo queda.

»Mas, ¡ay! que la ambicion y la venganza
Son pasiones que nunca satisfechas
Logran mirarse, y cual del mar las olas,
Van creciendo hasta el punto en que se estrellan.

»Pronto llegaron á la infame Burgos
Los clamores, los llantos y las quejas
De los míseros pueblos fronterizos,
De nuestra furia víctimas primeras;

»Y advirtiendo Castilla que era en vano
Contrarestar las musulmanas fuerzas,
Cayó en abatimiento, y en la corte
Todo fué confusion, miedo y vileza.

»Ricos-hombres, Abades y Prelados
Llevando al Arzobispo á su cabeza,
Demandaron al Conde que al momento
Satisfaccion á nuestro imperio diera,

»Tal que bastase á contener el curso,
Del torrente de lanzas y banderas,
Que iba á inundar á la infeliz Castilla,
Y á arrastrarla á su fin. Esta propuesta

»Fué muy grata á Velazquez, que anhelaba
Gozar en paz la autoridad suprema,
Y que le presentó nuevo camino
De asegurarse para siempre en ella.

»Del ofendido Lara harto temible
El nombre y el poder aún considera,
Y el mismo infierno le inspiró la trama
Más espantosa, abominable y negra.

»Pensó, y dijo entre sí, de fiero gozo
Palpitándole el pecho: *Giafar tregua
Me acordará sin duda, si le entrego
Al que humilló en el campo su soberbia.*

»*Marche pues Lara á Córdoba, y á un tiempo
Negociador y víctima allá sea.*
Lumbre infernal resplandeció en su frente,
Bañó su torva faz sonrisa horrenda,

»Y propuso á don Sancho, que al momento
A nuestra corte el noble Lara venga
A negociar la paz. Pasmóse el Conde
A tal proposicion, pues le profesa

»A Lara odio de muerte, no dudando
Que del supuesto crimen fué cabeza;
Pero astuto Velazquez le convence,
Y aún con nuevos temores le amedrenta.

»Al Arzobispo encargan al instante
De hablar con Gustios, y aún de hacerle fuerza
Para que la embajada desempeñe,
Sin tener ya de sus agravios cuenta.

»Lara, que por su patria siempre estaba
Pronto á sacrificarlo todo, deja
Al punto á Salas, y á la corte torna,
Donde todos le halagan y festejan.

»Casi se reconcilia con Velazquez;
Sólo le ocupa la gloriosa idea
De salvar á Castilla, y dar reparo
Al crimen cometido con mi ofensa;

»Y con ricos presentes se encamina
A estas murallas. ¡Desdichado! A ellas
Antes llegó Eliazim, astuto hebreo,
Que confidente de Velazquez era.

»Y con Giafar oculto y sigiloso
Tuvo larga entrevista, y dió la vuelta

A Burgos al momento... Muchos años
Después lo supe yo... ¡Si lo supiera

»En aquel punto! ¡Oh, cuántos infortunios!
Mas ¿quién detiene el curso á las estrellas?
¿Qué mísero mortal mudar consigue
Lo que está escrito en imborrables letras?

»Llega de embajador el noble Lara
A esta insigne ciudad, y se presenta
Al irritado Hixcen, que al recibirle
Admiró su gallarda gentileza.



»Giafar... (sí, de Giafar y de Velazquez
Las almas se entendían; tal vez era
Uno mismo el demonio que guiaba
A ambos á un tiempo por distinta senda)

»Giafar le vió con el placer amargo
Del que á gozar venganza va completa
De aquel á quien envidia, y que á despecho
Le admira casi más que le detesta.

»Le tiene en su poder... Mas ¿por ventura
Querrá á Velazquez contentar, la guerra
Suspendiendo?... Jamás, jamás. *Castilla*
Debería de nuevo su existencia

»De Lara el sacrificio generoso,
Si otra vez á su esfuerzo la debiera.
Cual mártir le adoraba el pueblo hispano,
Toda la cristiandad... No en su cabeza.

*»En su nombre, en su nombre mi venganza
Para que digna de mí encono sea,
Se saciará, poniéndole el vil sello
De maldición sin fin, de infamia eterna.*

»Así pensó Giafar: su fantasía
Abrazó con placer tales ideas,
Y al aprestarse á darles cumplimiento,
El éxito terrible saborea.

»Grandes obsequios y afectada pompa
De Lara el noble en derredor despliega:
Oye atento y afable su embajada,
Y que á todo se allana, le demuestra,

»Por respeto á su nombre y su persona,
Y con elogios mil lo lisonjea.
Establecióse un armisticio, y luego
Solemnes pactos de inviolable tregua,

»Exigiendo tan sólo de Castilla
Corto tributo á fuer de recompensa,
Y en rehenes del tratado dos presidios,
Que ocupaba el cristiano en la frontera.

»Del éxito feliz de su mensaje
Ufano Gustios, regresar anhela
Para anunciarlo á Burgos por sí mismo;
Mas Giafar le detiene, le sujeta

»Con fingido pretexto, y le decide
A enviar un caballero con presteza,
Que lleve al conde Sancho de Castilla
De la ajustada paz la ansiada nueva.

»Yo en tanto disfrutar la compañía
Pude en mi patria de mi amigo apenas.
Giafar sabia mi amistad con Lara,
Y la temió; y habiéndose en Valencia

»Por aquel tiempo un jeque declarado
En rebelion, mandóme á toda prisa
Marchar á sujetarlo; cargo honroso,
Que renunciar no pude, aunque quisiera.

»Al dejar estos muros, en mis brazos
Estreché á Gustios con el alma llena
De atroz presentimiento; y, *parte pronto*,
Le dijo sólo mi afligida lengua.

»Quedóse á mi pesar. Llegó el tratado
A Burgos, que gozosa con la tregua,
Se alzó del hondo espanto en que yacía
Cesando sus aprestos de defensa.

»Entregó los castillos concertados,
El tributo tambien, y las banderas
Dispersó ya reunidas en los campos,
Y al dulce sueño de la paz se entrega.

»¡Oh Castilla infeliz y descuidada!
Por Giafar avisados con reserva
Juzef y los caudillos, que escondidos
Se mantuvieron siempre en la frontera;

»En cuanto desarmados á los pueblos
Vieron, y sus mesnadas ya dispersas,
Entraron furibundos á mansalva,
Fuego, sangre, exterminio, muerte, guerra,

»Y esclavitud sembrando hasta la orilla
Del claro Arlanza; y al clamor que suena,
Présago de ruina inevitable,
De Burgos retemblaron las almenas.

»El Conde, el Arzobispo, el pueblo todo,
Que es de Lara traicion al punto piensan;
De Lara que ha querido adormecerlos,
Para vengar á salvo sus ofensas;

»Mas del último apuro los cristianos
Sacando nuevo ardor y saña nueva,
Resuélvense á morir como valientes
En noble y obstinada resistencia.

»En tanto la invasion de nuestras huestes,
Sus rápidas victorias y proezas
En Córdoba muy luego resonaron,
Llenando á Lara de mortal sorpresa.

»Corre al alcázar, á Giafar pregunta,
Si de atentado tal la fama es cierta;
Y Giafar con frialdad y atroz sonrisa,
Con tono de desprecio le contesta:

*»La paz reinaba, cuando allá en tu corte
Derramasteis la sangre sarracena:
No es extraño que corra la cristiana,
Cuando aún no bien segura está una tregua.*

»Gustios de indignacion tiembla, y sañudo
Iba á dar al Wacir noble respuesta,
Cuando de una victoria conseguida
Por los cristianos arribó la nueva.

»Irritado Giafar al recibirla,
Prender á Lara el denodado ordena,
En una honda mazmorra sepultarle,
Abrumarle de hierros y cadenas.

»Y pasar á cuchillo á los cristianos
De su séquito. En vano en la alta diestra
De Gustios un instante ardió la espada,
Y aún se tiñó de sangre. Le rodea

»Armada turba, que le arrastra al punto
Al hondo seno de prision estrecha,
Mientras que de los suyos descuidados
Saltaron de los hombros las cabezas.

»Fué la noticia del cristiano triunfo
Que causó tal trastorno, verdadera:
La desesperacion dió al castellano
Aquel valor que todo lo atropella,

»Se armaron en tumulto, sus campiñas
Talaron, escondieron en la sierra
Sus ancianos, sus niños, sus mujeres:
Y jurando morir en la defensa

»De su Dios, de sus leyes, de su patria,
Con Velazquez y el Conde á la cabeza,
A la lid se arrojaron cual leones,
Y la victoria fué su recompensa.

»Pero aunque remediaron su peligro
Rechazando á Juzef, quedó una guerra
Empeñada, de fin incierto y largo,
Costosa á entrambos pueblos, y molesta.

»Burgos, exhausta y pobre, no podia
Sin nuevos descalabros sostenerla;
Y á Córdoba, perdido el primer golpe,
Y con serios disturbios en Valencia,

»Donde eran vanos mis esfuerzos todos
Proseguirla tambien difícil era,
De paz y de quietud necesitaban
Ambas naciones... Pero ¿cómo haberlas?

»De Lara la prision y el exterminio
De los suyos de Arlanza en las riberas
Resonaron muy pronto; mas no hicieron
En Castilla impresion. La falsa idea,

»Por el mismo Giafar acalorada,
De que traidor con engañosas nuevas
Vender á su nacion habia intentado,
No estaba desmentida ni deshecha;

»Antes bien apoyada por Velazquez,
Que enajenado contemplaba en ella
Un campo dilatado y abundoso,
En que dar pasto á su venganza horrenda.

»Donde llenó de indignacion los pechos.
Fué allá en Leon, en que adorados eran
Los siete Infantes, los gallardos hijos
Del infeliz que estaba entre cadenas.

»Ellos, apenas la cruel noticia
El corazon les traspasó cual flecha,
No lágrimas inútiles vertieron,
No al cielo alzaron impotentes quejas;

»La libertad del padre y la venganza
Juraron, de furor las almas llenas:
Su pendon arbolaron; noble hueste
De la florida juventud leonesa

»Y de fieles vasallos de su padre,
Que al són de sus clarines se reunieran,
Juntaron con presura; y se arrojaron,
En el Eterno su esperanza puesta,

»A arrollar nuestro imperio poderoso.
Esperando plantar en las almenas
De Córdoba triunfantes sus pendones,
Y al padre rescatar á viva fuerza.

»¿Disculpable arrogancia, pues nacia
De justa indignacion!... Pero no era,
Por fortuna de Córdoba, á sus brios
Y á su noble furor igual la empresa.

»Los jóvenes incautos los consejos
Despreciando de Nuño y la experiencia,
Que temió con razon que al precipicio
Su arrojó y ciego ardor los condujera:

»Como torrente que bramando rompe
Hinchado y ronco el cauce que lo enfrena,
Pasaron nuestro término... ¡Infelices!...
¡Qué sima estaba ante sus piés abierta!

— »Giafar, que informe recibió al momento
De sus nobles designios, con reserva
A Burgos despachó su confidente,
Para hacer á Eliazim la atroz propuesta

»De entablar paz segura con Velazquez,
Si los hijos de Lara se le entregan.
No fué preciso más: un negro crimen
A otro, y á otro, y á mil abre la puerta;

»Pues como el risco, así que se desprende
De la ardua cumbre de empinada sierra,
Crece en velocidad, en peso, en furia,
Al bajar despeñado por la cuesta;

»El mortal que se arroja de delitos
Y atrocidades á la sima horrenda,
Mientras comete más, más se enfurece,
Y mientras se hunde más, más los anhela.

— »Los siete hermanos, ¡miseros! principio
A su noble venganza heróico dieran:
Todo á sus lanzas invencibles cede,
Y todo sus caballos lo atropellan;

»Mas ni una sola voz ni un solo paso
Daban, sin que al momento lo supiera
El sagaz Abdalá, feroz guerrero,
A quien Giafar mandara á toda priesa

»A observarlos astuto y destruirlos,
Con órdenes atroces y secretas.
¡Dos traidores ganados por Velazquez
Los confidentes de sus planes eran!!!

»Tres lunas entre tanto Gustios Lara
Pasado habia en la prision estrecha,
En donde del quebranto, de la angustia
Y del despecho victima cayera,

»Si un Genio bienhechor de tiempo en tiempo
No bajara á endulzar su suerte acerba,
Y á hacerle tolerable por lo ménos
El peso abrumador de las cadenas;

»Cuando á deshora oyó las fuertes barras
Correrse y los cerrojos; vió la puerta
Abrirse de repente, y dos esclavos
Entrando, darle de respeto muestras.

»Quedó absorto al mirarlos, y pasmóse
Al escuchar que libre está, y que ordena
El potente Giafar que de allí salga,
Y que al punto se ponga en su presencia.

»El sol ardía en la mitad del cielo,
Y al bañarle la faz, á las tinieblas
Acostumbrada, deslumbróle á punto
Que de venir al suelo estuvo cerca.

»Fué socorrido por los dos esclavos.
Un corredor larguísimo atraviesa,
Un patio solitario y una arcada,
Luégo un jardin, y al regio alcázar llega.

»En un salon turbado le recibe,
Y áun trémulo, Giafar, que al verle afecta
Interés y respeto, y á su lado
En almohadon de púrpura lo asienta,

»Y procurando dar á su semblante
La expresion grata de amistad sincera.
Así le dice con confuso acento,
Actitud de raposa, ojos de hiena:

*»Razon de Estado tu prision tan sólo
Podido ha motivar... Los que gobiernan,
Harto lo sabes tú, viven sujetos
A obrar tal vez lo mismo que condenan.*

*»Pero otro tiempo es ya... tiempo dichoso,
Pues que me proporciona darte pruebas
De que no olvido que tu heróico esfuerzo
Una vez consiguió la gloria excelsa*

*»Dcarrancarme un laurel, robarme un triunfo.
Sí... los guerreros, que cual tú pelean,
Honran á los que vencen... ¡Gustios Lara!
Desde el día fatal con impaciencia*

*»He esperado el momento que ya toco,
De entablar amistad contigo eterna!!!
Ya no eres mi cautivo: entre Castilla
Y el imperio andaluz las paces reinan:*

»Torna á lograr de tu valor el premio.
Mas ántes tu constancia y fortaleza
Voy á probar, haciéndote un presente
Digno de tí y de mí. Calló, y respuesta

»No recibió de Gustios, que dudoso,
Por más que quiere, á responder no acierta.
Y el asiento dejando, en otra sala,
Precediendo Giafar, entrambos entran.

»Solitaria y magnífica, cual todas,
Tenia en medio una espaciosa mesa,
En donde varios bultos ocultaba
De damasco ormesí rica cubierta.

»Gustios la mira, y le palpita el pecho;
Con el dedo Giafar se la demuestra;
Y, *allí el regalo está*, con risa amarga
Dice, y del brazo asiéndole, lo acerca;

»Y de pronto tirando del tapete,
Hé aquí de mi amistad la sola prenda,
Grita con voz de trueno, y muestra al padre
De los amados hijos las cabezas. »—

¡*Qué horror! ¡Qué horror!*... al escuchar Mu-
Atrocidad tan detestable y negra, darra
Exclamó; y levantóse, retremblando,
Del mármol que de asiento le sirviera.

Zaide quedó en silencio, las mejillas
De amarillez y lágrimas cubiertas,
Y los siete cipreses que cercaban
El sitio aquel, sus puntas verlinegras

Agitaron á un soplo repentino
Con lúgubre rumor, cual si tuvieran
Instinto de tomar en tal momento
Parte también en la solemne escena.

Quedando en pié Mudarra, hondo suspiro
Arrojó Zaide; y con cansada lengua
Anudó el hilo de la horrible historia,
Y prosiguió en decir de esta manera:

«Sí, el noble Lara, el desdichado padre
Vió de sus siete hijos las cabezas,
Encima del bufete, en una fila,
Y por órden de edad ¡ay triste! puestas.

»Aunque desfiguradas y espantable
Cual de léjos traídas, y entre yerbas,
Espíritus y sales conservadas,
Distinguió en cada cual las propias señas.

»En estatua de hielo convertido,
Fijos los ojos, sin moverse, en ellas,
Y los latidos del hinchado pecho
Dando tan sólo en él de vida muestras.

»Quedó Lara infeliz... ¡Ah! ¿cómo puede
Mi débil voz la situación horrenda
Con palabras pintar?... Padre es preciso,
Padre es preciso ser, para entenderla.

»Un esclavo que oculto allí con otros,
Por órden de Giafar, estaba alerta,
Mil veces me ha contado de aquel día
Hasta las circunstancias más pequeñas.

»Sin habla Gustios, ó mejor, sin vida,
Estuvo sin moverse una gran pieza:
Luégo un temblor ligero, imperceptible
Apareció en sus miembros, y en violenta

»Convulsion terminó; pero tornando
A la inmovilidad, gira y pasea
Los ojos, cual los ojos de un espectro,
Por una y otra de las siete prendas.

»Sonrisa amarga agita un breve instante
Sus labios sin color, y en tanto queman
Sus mejillas dos lágrimas, y luégo
Los tiernos hijos á nombrar comienza,

»Los ojos enclavando en el que nombra,
Y esperando tal vez, ¡ay! su respuesta:
¡*Diego!*... ¡*Martin!*... ¡*Fernando!*... ¡*Suero!*... ¡*En-*
¡*fermundo!*... ¡*Gonzalo!*... y cuando llega *ricio!*...

»A este nombre, dos veces lo repite:
Y recobrando esfuerzo y vida nueva,
Entrambas manos trémulas extiende,
Agarra de Gonzalo la cabeza,

»Y la alza; pero al verla sin el cuerpo,
Un grito arroja, y súbito la suelta,
Cual si hecha de encendido hierro fuese.
Empero torna á asirla, se la lleva

»A los labios, y un beso en la insensible
Mejilla imprime... La frialdad horrenda,
La ascosa fetidez sufrir no pudo,
Y como cuerpo muerto cayó en tierra:

»Aquel resto infeliz del hijo suyo
Cayó sobre su pecho, y desde él rueda
Por la alfombra, dejando sucio rastro
De sangre helada, corrompida y negra.

»Ni aún Giafar, ya saciado de venganza,
Pudo aguantar más tiempo tal escena;
Y huyó á esconderse, cual se esconde el tigre,
Cansado de exterminio, en su caverna.»

Quedó Zaide en silencio, y en silencio
Trémulo, confundido, helado, queda
También, cubierto de sudor, Mudarra,
Y con el alma de terror deshecha.

Mas al cabo repúsose, exclamando:
«Gracias, cielos, os doy de que la empresa
Guardasteis para estreno al brazo mio,
De libertar de monstruo tal la tierra!!!

»¿Zaide!... ¿Zaide! ¿es posible que los hombres
De tanta atrocidad capaces sean?...
Mas decidme, decidme: ¿el noble Lara
Tornó á la vida?—Sí; y aún mejor fuera

»Que no tornara, respondióle Zaide;
Y prosiguió diciendo: Las tinieblas
Reinaban de la noche, cuando el triste
En sí volvió, y atado con cadenas

»Se halla en mediodel campo, y en los hombros
De dos esclavos negros, que á gran priesa
Cercado de una escolta silenciosa,
De los muros de Córdoba le alejan.

»Mas no estaban del todo sus sentidos
Despiertos, ni expeditas sus potencias;
Y en desórden su mísero cerebro,
Ya de impresion ninguna capaz era.

»Nada pregunta; nadie le hace caso;
Llévanle cual vil fardo; y triste presa
Del mental desarreglo, ni aún memoria
De lo que acaba de pasar, conserva.

»Unas veces tomaba el alimento,
Otras lo rechazaba con violencia;
Ya prorumpe en horrendos alaridos,
Ya insensible cadáver ni aún alienta.

»Al confin castellano á pocos dias
Así llegó, y al punto de él se entregán
Armígeros dispuestos de antemano,
Que también mudos y con gran presteza,

»A un lejano castillo le conducen,
Dominio de Velazquez, y lo encierran
En solitaria torre, al mismo tiempo
Que por traidor en Burgos le condenan.



»Veinte crudos inviernos han cercado
De nieves, lluvias, tempestades, nieblas
La prision, donde gime el noble Lara,
Y aguarda al vengador de su inocencia.—

»¿Y qué! gritó Mudarra: ¿en los cristianos
No hay honra, no hay valor, no hay quien em-
De tan esclarecido caballero, (prenda
Ya que no la venganza, la defensa?

»Yo volaré á Castilla, y lanza á lanza,
A Velazquez, al Conde, á cuantos sean
De tanto crimen y crueldad culpables,
Combatiré cual bueno... Tal empresa,

»A que el honor y la virtud me llaman,
El cielo mismo acometer me ordena.
Sí, volaré á vengar al noble anciano...» —
No pudo proseguir, porque le estrecha

Entre los brazos Zaide, que mil besos
Le imprime en la mejilla, se la riega
Con llanto copiosísimo, y le dice:
«Tal es tu obligacion, cumple con ella.

»Hijo eres tú del desdichado Lara,
Que de tí solo su remedio espera.—
¿Yo su hijo?... ¡Gran Dios!... ¡Zaide!» el mancebo
Exclama absorto, helado, y manifiesta

Tan grande agitacion, que más no puede
Su labio articular; y calla, y tiembla.
Respóndele el anciano: «Sí, hijo suyo,
Y de Zahira.»—A nombre tal se llena

La medida del pecho de Mudarra,
Casi pierde el sentido, y dice apénas:
«Mi leal corazon ya lo sabia...
¡Madre!... ¡ay de mí infelice!... ¡madre tierna!...

»¿Qué destino cruel tan dulce nombre,
Entre tus brazos le negó á mi lengua?»
Su voz ahogóse en lágrimas; y Zaide
Repuesto, prosiguió de esta manera

«La hermosa flor del cordobés imperio,
Zahira, de virtud y gracias reina,
La tierna hermana de Almanzor glorioso,
Astro de la bondad y la belleza,

»Por mí informada de la ilustre sangre,
De la gloria, valor y gentileza
Del noble Gustios, del señor de Lara,
Le admiró, cuando vino á estas riberas,

»Concibiendo al mirarle el entusiasmo,
Que en las almas sensibles, en las hembras
De estima y de valor, la vista sólo
De un héroe generoso al punto engendra.

»Cuando á partir de pronto me obligaron
Los civiles disturbios á Valencia,
Temiendo de Gíafar la atroz perfidia,
Manifestéle cauto mis sospechas,

»Que la hicieron temblar y demudarse
Aumentar su interés, y estar alerta
Sobre la suerte de mi ilustre amigo,
Blanco infeliz de tramas encubiertas.

»Prendió Gíafar al desdichado Lara;
Y al momento Zahira, ansiosa, piensa,
Ya que la libertad darle no puede,
El modo al ménos de aliviar sus penas.

»Hermana de Almanzor el poderoso,
Adorada del pueblo, de opulencia
Gozando sin igual, jóven y hermosa;
¿Qué guardia sus encantos resistiera?

»¿Qué carcelero sus cuantiosos dones?...
¿O qué prision las redobladas puertas,
De su mano al impulso, á su voz sola,
No allanara cerrojos y cadenas?...

»Penetró pues en la mazmorra oscura
Donde yacía Lara, y su presencia,
Cual la de un númen celestial, tornara
En luz consoladora las tinieblas.

»Al cabo convirtióse aquel recinto,
Mansion de horrores, llantos y miserias,
En templo del amor, de amor sublime,
De amor que concertaron las estrellas.

»De amor que te dió el sér, para que el nombre
De una insigne familia no perezca,
Dar reparo á gravísimos desastres,
Y al abatido mundo clara prueba

»De que los justos cielos sin castigo
Los crímenes atroces nunca dejan,
Y que á los inocentes desdichados
Consuelo siempre y vengador reservan.

»El gran Gonzalo... ¡ay triste! aún no sabia
Que de sus siete hijos las cabezas
Iba á ver de sus cuerpos arrancadas)
Tornando padre á ser, con alma llena

»De tierno gozo, en manos de Zahira
Puso ese rico anillo, que mi diestra
Otro tiempo adornó, y ahora la tuya,
De indisoluble amor sagrada prenda.

»Signo tambien que el adorado fruto
A conocer en todo evento diera.
¡Tal vez presagio oscuro debió al cielo
Del porvenir oculto en vaga idea!

»Pronto, harto pronto, sí, llegó el horrible
Término á su prision; y la princesa,
Al saber de Giafar la atroz barbarie,
Del noble amante la forzada ausencia,

»Y la persecucion que el infelice
Halló de nuevo en su traidora tierra;
Víctima del despecho y amargura,
De bajar al sepulcro estuvo cerca,

»Quedando como rosa del desierto,
Que cuando más gallarda y más risueña,
Granizo aterrador la embiste, rompe
Su tallo, y su esplendor marchito deja.

»Mas si tal vez á Gustios desdichado
Le dió en tan recio golpe resistencia
La esperanza de haber un hijo fuerte,
Que su venganza, andando el tiempo, fuera;

»El mismo pensamiento dió á Zahira
Para luchar con su infortunio fuerza,
Y cuidar aquel seno, que albergaba
De esperanzas altísimas la prenda.

»A Córdoba tornó por aquel tiempo
El insigne Almanzor, y en la suprema
Autoridad repuesto, con enojo
Vió la conducta de Giafar horrenda.

»Del Guadalaviar tambien yo entonces
Regresé á estas murallas, y tu bella
Madre me confió todo el secreto,
Que de su hermano reservó discreta.

»Llegó el término en fin, saliste al mundo
En manos de una esclava confidenta
De Zahira infeliz; y yo, yo mismo,
Segun dispuesto de antemano fuera,

»Te llevé á los jardines del alcázar,
Do concertado estaba con destreza
Tu pronto hallazgo. Almanzor al punto
Te puso en brazos de su hermana; sea

»Que noble y generoso, un desvalido
Vió en tí con interés, ó que su extrema
Penetracion de la verdad le impuso,
Como su amor á tí lo manifiesta.

»Desde el instante aquel mi afan primero
Fué, y el anhelo de tu madre tierna,
Dar lo más pronto al desdichado Lara
Del suceso feliz la dulce nueva.

»Pero ¡ay! que desde entónces hasta ahora
La suerte inexorable que le aqueja,
Se opuso á que le llegue tal consuelo,
Y aún ignora que existes. En la tierra

»Jamás mejor servido que Velazquez
Se vió ningun tirano: las ofertas,
La astucia, el ruego, todo en vano ha sido
Probado con teson veces diversas.

»Ni aún he vuelto á saber del docto Nuño:
Vaga tal vez por apartadas tierras,
Si es que el peso de tantas desventuras
No ha dado oscuro fin á su existencia.

»En varias ocasiones desechada
Quiso dejar Zahira estas riberas,
Llevándote consigo, y en Castilla
Implorar de don Sancho la clemencia;

»Pero siempre me opuse: que á Velazquez
Conozco, y paso tal sólo sirviera
Para entregarle la preciosa tabla,
Que en su triste naufragio á Lara queda.

»Tantos años de llanto y de aflicciones,
De esperanzas remotas, si no inciertas,
De amarguras y afanes, marchitaron
En su fresco verdor la primavera

»De tu amorosa madre, y á la tumba... —
¡No más, no más... buen Zaidel... basta, cesa,
Interrumpióle el misero Mudarra:
¡Harto mi corazon destroza, y llena

»De espanto y de dolor ese recuerdo,
Que ni un instante de oprimirme deja!...
¡Ay! yo escuché sus últimas palabras,
Que aquí en mi corazon están impresas:

»Palabras, que mis años juveniles
Han llenado de afán, y que ahora incendian
Mi pecho con el ansia de cumplirlas,
Ya que he debido al cielo el comprenderlas.

»Sí, exclamó Zaide: sí, jóven gallardo:
Llegado el tiempo es ya; claro lo prueba
Esa sangre que mancha tus vestidos,
Y el aspecto feliz de las estrellas,

»Que el camino te allanan. En Castilla
El débil conde Sancho ya no reina:
Acaba de morir: debe aquel trono
Un jóven ocupar de heroicas prendas;

»Y si los sucesores de los reyes
El cetro y el poder supremo heredan,
Nunca heredan también los favoritos,
Y rara vez los odios y las quejas.

»A Castilla, á Castilla, entusiasmado
Con los altos destinos que le esperan,
Gritó Mudarra: los momentos urgen;
Crímen perderlos es, mi padre espera.

»Volemos, dice Zaide: yo contigo
Tornaré del Arlanza á las riberas,
Te entregaré á tu padre; y presenciando
Su venganza, su paz y tus proezas,

»Bendeciré la mano omnipotente
Que alargó mi vejez, para que viera
Cumplidos mis afanes, y tranquilo
Hallaré en el sepulcro paz eterna.

»Volemos, sí... Mas ántes de este mármol,
Que tu curiosidad tuvo despierta
Por un presentimiento indescifrable,
Saquemos el depósito que encierra,

»Para llevarle con nosotros... ¡Hola!
Caleb... Isman.» Al punto se presentan
A la voz obedientes dos esclavos;
A quienes pide para alzar la piedra

Los útiles precisos. Presurosos
Caleb é Isman á obedecerle vuelan;
Y el anciano y el jóven en silencio
Como clavados en su sitio quedan.

Volvieron los esclavos, y la losa
Levantando forzados, descubierta
Quedó un arca de cedro y ataújia,
En una alfombra tunecina envuelta.

Viéndola, dijo Zaide: «Aquí, Mudarra,
Están de tus hermanos las cabezas,
Que Gíafar como bárbaro trofeo
Colocó de su alcázar en las puertas.

»Yo las quité de allí, y en esta caja
Las encerré entre aromas, y esta huesa
Mandé labrar, plantando en su memoria
Estos siete cipreses que nos cercan.

»Llevemos á tu padre estos despojos:
Dulce reposo allá en su patria tengan:
Que aún después de la muerte es gran desdich
Sufrir el peso de la extraña tierra.»

Arrojóse Mudarra sollozando
Sobre el arca magnífica, la besa
Y la humedece con su llanto. Zaide
La alza y prosigue: «El tiempo no se pierda.

»Vamos, vamos al punto. La mañana
Anuncia con su soplo el aura fresca:
Y no es prudente que el cercano día
Dentro de este castillo nos sorprenda.»

Ambos dejaron el jardín, siguiendo
La caja funeral, y al patio llegan,
Do á los preparativos del viaje
Con grande actividad Zaide se entrega.

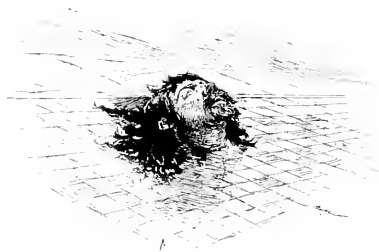
Las varias y terribles sensaciones,
Que en el espacio de la noche aquella
El alma generosa de Mudarra
Sacudieron con rápida violencia,

Su vigor agotaron; y abatido
En el moral cansancio, que la fuerza
A la imaginación roba, yacía
Entre el tropel confuso que le cerca.

La muerte de Gíafar, la suspirada
Revelación de horrores tantos llena;
El hallarse de pronto un personaje
De alto nombre, de sangre tan excelsa,

De tan grande importancia, destinado
De monstruos á purgar la esclava tierra,
Y á ejercer la venganza de los cielos
Por gloriosos peligros de alta prueba;

Forman un monte inmenso, que separa
Pasado y porvenir de su existencia,
Y lo que fué, ocultando, un mar descubre
Borrascoso y envuelto en vaga niebla.





ROMANCE QUINTO

En medio de los jinetes
Viene un monumento armado,
Y dentro del monumento
Viene un ataúd de palo,
Y dentro del ataúd
Venía un cuerpo finado.

Romance antiguo.

Leída la carta ó letra, cayo
En tierra, privada de fábula y sentido,
Y de todo punto el ánima dió,
Non menos llagada que la triste Dila.
E luego las otras el mas dolorido
Duelo comenzaron, que jamas se falla
Ser fecho en el mundo...

*Comedia de Penza, en la casa
del marqués de Santillana.*

La fresca aurora de risueño nácar
Tinó las nieblas, que del ancho río
A coronar se alzarón en la noche
De la ciudad los régios edificios;

Y sus primeros rayos, en la cima
De la alta sierra al matizar los riscos,
La caravana fugitiva vieron,
En que Mudarra va tras su destino.

Con el primer crepúsculo en la falda
Un bulto descubrióse al tiempo mismo,
De hácia la fuente del Amir bajando
Entre los madroñales y lentiscos.

Los pastores del llano, que tornaban
A su inocente y plácido ejercicio,
Después de haber pasado en blando sueño
La sosegada noche, al descubrirlo,

Y al ver se acerca con incierta planta,
Sin seguir senda alguna, dando giros,
Cayendo y levantando; en él los ojos
Casi con sobresalto tienen fijos.

Los mastines también que lo advirtieron,
Vigilantes alzando sus ladridos,
A encontrarle volaron. Dos zagales
Con piedras contenerlos y con silbos

No pudiendo lograr, tras ellos corren;
Y al acercarse al sospechoso sitio,
Ven que el bulto es un negro de anchos hombros,
Que arrastraba un ropón medio caído.

Aproxímanse más, y con asombro
Encuéntranlo espirante y semivivo,
La frente hendida de furioso golpe,
Y cuerpo y ropa y todo en sangre tinto.

Al escucharle con penoso labio,
«¿Dónde estoy? exclamar, ¡socorro, amigos!»
En lástima tornando el miedo, pronto
Se llegan y le ayudan compasivos;

Y calmando el furor de los mastines,
Sobre los hombros sácanle al camino,
Y no sin gran trabajo le conducen
Con lento paso al pastoril abrigo.

Pronto fué en él de todos los pastores,
Ya extendida la luz, reconocido
Por Muley, el diestrísimo flechero,
Eslavo de Giafar y favorito.

Pámanse al verle en tan terrible estado,
Y el viejo mayoral de aquel aprisco
Examina la herida peligrosa,
Que mana sangre entre los toscos rizos

De la hirsuta cabeza, y aún le aplica
Bálsamo de romero y de tomillo;
Refrigerando al triste moribundo
Con tibia leche el labio blanquecino.

El infeliz, que estaba ya luchando
Con las postreras ansias, sumergido
En desmayo letal, por un momento
Da corta muestra de engañoso alivio;

Para aumentar las dudas y el asombro
De los que en torno están, ansiando indicios
Que aclaren, si la herida del esclavo
Es golpe vil de bárbaro asesino.

Abre los ojos pues, ya con las sombras
De la muerte vidriados y marchitos:
Los gira en rededor, y no conoce
Al viejo mayoral que le da asilo.

Tuerce los brazos, hierva su hondo pecho.
Tiemblan ya sin vigor los miembros fríos,
Y haciendo esfuerzos impotentes, lanza
Agudos ayes, roncós alaridos;

Y de repente alzarse procurando,
Con claras muestras de mortal delirio,
Tales palabras dislocadas dice,
Interrumpidas con horrendos gritos:

«Mandado fuí... ¿quién resistir pudiera
Su omnipotente voz?... ¿quién?... yo... yo el tiro
Erré con voluntad... ¡Jóven gallardo!
No era dado matarte al brazo mío.

»Mas ¡ay! yo le engañé... ¡qué horror!»... Tor-
Su débil voz en áspero alarido, (nóse
Y derribóse sobre toscas pieles,
Envuelto en espantoso parasismo.

El viejo mayoral de nuevo aplica
Leche á los labios, y con un rocío
De agua fresca humedece el negro rostro
Del infeliz, que helado y convulsivo

Da vuelcos, sin que puedan dos pastores
Sus miembros sujetar. Al fin rendido,
Quedó como un cadáver: luégo vuelve
En sí más sosegado, más tranquilo,

Y muestras da de conocer la choza,
Y al mayoral tambien. Lanza un suspiro,
Y con voz desmayada: «Sí, prosigue,
No es sueño, ni ilusion... ¡ah! yo lo he visto.—

»¿Qué? le preguntan. Escuchad, responde:
Despues que el brazo injusto y vengativo
Hendió mi frente y confundióme en tierra,
Sonaron dos alfanjes, y un gemido.

»Luégo reinó silencio... En sed ardía,
Y en la cercana fuente hallar alivio
Quise... Me esfuerzo, y sin vigor arrastro
Mi cuerpo por las ramas y los riscos.

»Llego al lugar ansiado, y de repente
En tierra desangrado... ¡qué horror!... miro
A Giafar!—¡A Giafar!» los circunstantes
Repiten á una voz despavoridos,

Al escuchar tan poderoso nombre.
«Sí, prosigue Muley; Giafar, amigos,
Giafar, no me engañe, que en su semblante
Daba la luna; y á su lado mismo

»En pié se alzaba formidable espectro,
Con los desnudos brazos extendidos,
Y con tal apariencia, que yo al verle,
Quisiera confundirme en el abismo.

»Y torné á desmayarme, ya olvidado
De la sed que abrasaba el pecho mio,
Y de nuevo quedé como sin vida,
Sobre las hojas áridas tendido.

»Mas despues de un gran rato recobréme,
Volví á ver á Giafar claro y distinto,
Entre confusa turba de fantasmas,
Que le arrastraban, prurumpiendo en gritos

»De gozoso furor, por un gran lago
De sangre, que inundaba aquel recinto;
Y las palmas batian, con risadas
Del otro mundo; y con los labios fijos

»Ví muchas de ellas en la horrenda herida
Del pecho de Giafar cárdeno y frio
Beber la sangre; y otras desgarraban
La llaga, ya honda sima.» El semi-vivo

Tomo I

Negro no pudo más: terror helado
Le atajó las palabras; confundidos
Quedaron de escucharle los pastores,
Y en nueva convulsion se hundió el mezuquino.—

¡Oh justo cielo! ¿tan terrible escena
Vió en realidad? ¿Acaso los sentidos
De Muley, perturbados con la herida,
Cómplice de Giafar en los delitos,

Sus bárbaras crueldades no ignorando,
Y entregado al influjo de un delirio,
Miró cual ciertos en aquel instante
De su imaginacion los extravíos?

¿Acaso de la sierra leñadores,
O habitantes tal vez desconocidos,
De Giafar el cadáver circundaron;
Y el negro, desangrado y sin juicio,

Víctima del terror, sombras, fantasmas
Los juzgó sin cordura? ¿Acaso quiso
La justicia tremenda del Eterno
Las terribles venganzas y castigos,

Que á los tiranos sanguinarios guarda,
Descubrir á un esclavo; y darle aviso
Por medio tal al mundo?... ¡Quién penetra
Del Sér omnipotente los designios!

No volvió á hablar Muley: la helada muerte
Tomó pronto completo señorío
De su mísero cuerpo. Los pastores,
Pasmados de terror, y á un tiempo mismo

De confusion dudosa, nada pueden
Con certeza inferir de lo que ha dicho,
Que Giafar está muerto, y su cadáver
Insepulto no léjos de aquel sitio,

Coligen sólo; pero ¿quién dió el golpe?
¿Quién ha sido el mortal de tanto brio,
Que á tal coloso hirió? Quieren incautos
Los zagales, cual jóvenes sencillos,

Ir á buscar los míseros despojos
Del supremo Wacir; mas, advertido,
El mayoral anciano los contiene,
Temiendo de tal paso los peligros.

Ya el sol sus claras luces extendía
 Por la inmensa llanura, y el bullicio
 De la noble ciudad llenaba el aura;
 Cuando de los mastines los ladridos,

Y de hombres, de caballos, de lebreles
 El confuso rumor que allí vecino
 Retumba, los pastores escuchando,
 A Muley dejan, que el postrer suspiro

Lanzaba en aquel punto. De la choza
 Salen curiosos, y de flecha á un tiro
 Ven tropa de gallardos cazadores,
 Que á la ciudad dirigen su camino

En desórden confuso, y que pasaron
 Junto al redil. En ayes y alaridos
 Van desahogando el corazon algunos;
 Otros al alto cielo y hondo abismo

Van pidiendo venganza. Entre la turba
 Seis esclavos á pié, de tosco pino
 En palanquin humilde, con ramajes
 Formado, blandas jaras y carrizos,

Llevan sobre los hombros un cadáver
 De formidable aspecto, en sangre tinto,
 Desgarradas las ropas, descubierto
 El semblante, marcado con el signo

De la reprobacion. ¡Ay! Giafar era,
 Que aunque muerto, inspiraba el miedo mismo,
 Que cuando el cetro ó la invencible lanza
 Empuñando, era númen de exterminio.

De aquella tropa que el cadáver lleva,
 Era jefe Zeir el tuncino,
 Al que ofreciera el bárbaro difunto
 A Kerima inocente en sacrificio.

La anterior tarde en que citó á Mudarra,
 Por medio de Muley, Giafar inicuo
 Para la fuente del Amir, creyendo
 Que iba en salvo á lograr su atroz designio;

Fingió que á disponer iba en la sierra
 Una gran caza, y á Zeir le dijo,
 Que á la mañana con los suyos fuese
 A reunirse con él en aquel sitio.

Sin duda que encontraran del flechazo
 Allí á Mudarra traspasado, quiso;
 Así encubrir el alevoso golpe,
 Y achacarle del monte á forajidos;

Mas la trama execrable el justo cielo
 Omnipotente y vengador previno,
 Y do creyó Giafar lograr un crimen,
 Halló su confusion y su castigo.

A la primera luz de aquella aurora
 El gallardo Zeir, que en el castillo
 De Almodóvar gozaba el dulce otoño;
 De un loco amor jamás correspondido

La posesion tiránica y terrible
 Esperando lograr; con sus amigos,
 Cazadores, ballestas y lebreles,
 De la cita al lugar corre prescrito.

Agil adelantándose á su tropa,
 Al avistar los árboles altivos,
 Que del Amir la fuente sombreaban,
 Puso á galope el potro berberisco;

Y sonando entre jaras y mimbreras
 El dorado metal de los estribos,
 Y hollando juncias y húmedos helechos,
 Llegó solo hasta el rústico recinto,

De do asustado con su estruendo, alzóse
 Volando un buitre, ensangrentado el pico,
 Y un voraz lobo huyó por las malezas;
 El potro al verlos, receloso, esquivo,

Ambas orejas adelante inclina,
 Lanza por la nariz de fuego un rio,
 En las flexibles piernas derribado,
 Pone los brazos cual puntales fijos,

Y espeluzna la crin. Al punto siente
 Del agudo acicate el duro aviso,
 Y se enarmona, y resoplando fiero,
 Un matorral espeso y de un gran pino

El derribado tronco salva, y entra
 De la fuente en el corto circuito.
 Asombrado Zeir, halla un cadáver
 Ante sí de repente: compasivo,

Más bien horrorizado, los arzones
Desocupa ligero: confundido
Reconoce á Giafar nadando en sangre,
Y la sierra atronó con ronco grito.

¡Oh, cuál halló al Wacir!... Que reluchando
Con ansias espantosas y martirios,
En desesperacion arrojó el alma,
Cualquiera, al encontrarle, hubiera dicho:

Segun los rastros de esparcida sangre
Que cruzaban el prado, al ver teñidos
Tambien de sangre de la humilde fuente
Las flores y raudales cristalinos,

Tronchados los arbustos, arrancadas
Las cortezas de sauces y lentiscos,
Y el lívido cadáver destrozado,
Casi desnudo del ropaje rico,

La barba llena de sangriento lodo,
Con mil cárdenos golpes contundido,
El pecho hinchado, y la espantosa herida
Destrozada en reedor. Tal el navío,

Que asombro fué de mares y riberas,
Extendiendo soberbio su dominio
Por cuanto alumbra el sol, y que potente
Pavor impuso al cielo y al abismo;

Del rugiente huracan arrebatado,
De un rayo vengador al cabo herido,
Y de las ondas con furor hinchadas
Tornado en ira su respeto antiguo,

Azotado; al través sobre la costa
Da en noche oscura, entre ásperos bajíos:
Y á la mañana encuéntrase volcado,
Trizas hecho el velámen, los erguidos

Mástiles rotos, el costado abierto,
Solo y abandonado, del Destino
Inexorable misero despojo,
Del ponto que humilló, burla y ludibrio.

Llegó de bulliciosos cazadores
Pronto la alegre turba, y mudo y frío
Halla, el horrendo cuerpo contemplando,
Sin aliento y color á su caudillo.

En todos difundiéndose al instante
Igual terror y un pensamiento mismo,
En silencio circundan el cadáver,
Sobre él los ojos espantados fijos.



Tal turba de pastores, en la orilla
Del mar, desde las rocas el navío
Naufragado miraran, contemplando
Cuán grandes y tremendos habrán sido

De los descadenados elementos
El esfuerzo, el furor y el poderío,
Cuando vencer lograron tal coloso,
Y al mundo libartar con su exterminio.

Pasado el estupor y asombro incierto,
Que un horrible espectáculo imprevisto
Siempre ocasiona, procuraron todos
Buscar del matador algun indicio.

Una flecha clavada está en un tronco;
Mas no hay otro ninguno en aquel sitio,
Y parece la herida ser de alfanje
De aguda punta y de delgado filo.

Entre los matorrales otro lago
De fresca sangre encuentran, y caidos
En ella un arco y un careaj: dos prendas
Que conocidas fueron al proviso

Por del negro Muley, aquel flechero
En Córdoba famoso por sus tiros,
Y á quien trajo el Wacir de Mauritania,
Con plaza en su favor y en su servicio.

Hallazgo tal, y la sangrienta estampa
De una mano en el tronco de un aliso,
Junto á la senda de la Albaida, aumentan
La comun confusion. Cerca un relincho

Escuchan; corren, y hallan el caballo
De Gíafar, por la rienda atado á un pino.
Recógenlo; registran cuidadosos
Las cuevas, espesura y precipicios,

Y aún quedándose algunos en la sierra,
Por si pueden topar algun testigo
Y hacer nuevas pesquisas; los restantes
Reuniéndose á Zeir, el cuerpo frio

De Gíafar á su alcázar conduciendo,
El llano atravesaron y el rastrillo
De la ciudad, y en funeral comparsa
De sus calles y plazas el bullicio.

Kerima en tanto en letargoso sueño
Templaba los afanes y martirios
De su pecho infeliz. Sólo dos días
Quedaban ya del término prescrito

Por su padre cruel (plazo harto breve,
En que debe fijarse su destino).
Y ha cuatro que ni aún sabe qué es del jóven,
A quien rindiera el alma y albedrío.

Sola, encerrada, y escuchando siempre
Los consejos y cuentos desabridos
De la vieja nodriza, que empleaba
En cuerda de tormento su cariño;

Sin hallar un consuelo, una esperanza,
Yace desventurada en un abismo
De desesperacion. La alta firmeza
De su carácter, y la fuerza y brío

Del noble amor, que contrariado crece,
No alcanzan á ofrecerle ni un resquicio
De salvacion. La abruma su existencia;
Y sólo en el veneno ú el cuchillo

Recurso encuentra... ¡Miséra!... Privada
De sus siervas tambien, ni aún el respiro
Logra de que álguien su lamento escuche
Con semblante y silencio compasivos.

La nodriza, no más, á todas horas
Tiene á su lado, y de ambas al servicio
Sólo admitida estaba una cautiva,
A quien jamás la desdichada ha visto

Antes de su prision. Era cristiana
Y María su nombre, habiendo sido
Aprisionada en la invasion y saco
De un lugar castellano fronterizo.

Silenciosa á arreglar el aposento,
Cumpliendo silenciosa con su oficio,
En la cámara entraba; pero siempre
Teniendo á la nodriza por testigo.

La anterior tarde consiguió un momento
Hallar sola á Kerima de improviso;
Y con los ojos demostrarle supo
La compasion y el interés más vivo.

No tardó la doncella sin ventura,
Llena de gratitud, en descubrirlo;
Y de una vil cautiva las miradas
Para ella fueron celestial alivio.

Una alma destrozada lo halla siempre
Al ver un solo asomo, un leve signo
De tierna simpatía en el semblante,
Aun del sér más abyecto y abatido.

No era ya jóven la infeliz cristiana,
Y de beldad y de vigor marchito
Por los desastres, más que por los años,
Su angustiado semblante daba indicios.

Tornaron á mirarse ella y Kerima,
Y una y otra lanzaron un suspiro;
Y la cristiana la primera el labio
Movió, y turbada estas palabras dijo:

(Palabras, que si al pronto no entendidas,
Y en tal boca escuchadas, el principio
En la gentil doncella acaso fueron
De afectos de tan alto poderío,

Que su alma destrozada á nueva senda
Encaminaron por extraño giro,
Fijando de manera inesperada
Su oscuro porvenir y sus destinos.

Hay críticos momentos de la vida,
En que el objeto más trivial, ó el dicho
Más insignificante, en nuestras almas
Ejercen un tiránico dominio.

Así tal vez hácia fecundo suelo,
Cuando las lluvias, nieves y granizos
Preparado lo tienen, de otro clima
Arrastra el viento en raudos torbellinos.

Despreciable semilla, ó la conduce
Ave ligera en el delgado pico;
Y en la tierra cayendo, encuentra en ella
Para desarrollarse grato abrigo;

Y prende, y nace despreciable tallo,
Que es pronto arbusto, y que despues rollizo
Tronco á miles su especie multiplica,
Tornando el que fué prado, en bosque umbrío.)

Dijo pues la cristiana compasiva
A Kerima infeliz: «Dios es benigno:
Él puede remediar tus infortunios;
Pon tu esperanza en él, tendrás alivio.

»Si fueras de mi ley... si tú á la Madre
De nuestro Redentor, el que á su Hijo
Por tí rogase, humilde le pidieras,
Siendo justos, lograras tus designios.

»En ella tengo yo mi confianza:
Mira, mira su imágen, que conmigo
Sobre mi corazón llevo, y en ella
Cobrar mi patria y libertad confío.»

Diciendo así del seno una medalla
Sacó, do en cobre estaban esculpidos
Toscamente una Virgen por un lado,
Y por otro un pequeño Crucifijo.

Como un extraño talisman Kerima
La miró con respeto y con prestigio,
Pues en grandes apuros y aflicciones
Cuando cerrado está todo camino,

Es propio alimentar aún esperanzas
En secretos influjos y en prodigios.
Y la cautiva continuó: «Señora,
Por todas las ajorcas y los ricos

»Joyeles de preciosa pedrería
Con que al sol deslumbrar, tal vez te he visto,
No trocará esta prenda... Mas si quieres,
Mientras que dure tu aflicción, contigo

»Conservarla, gustosa te la dejo.» —
Kerima la tomó dando un suspiro,
Al cuello se la puso; y á su mente
Ocurrió el pensamiento al tiempo mismo,

De que tal vez en la mujer aquella
Medio le daba el cielo, más propicio,
De escribir á su amante, y en el caso
De apelar á la fuga, algun arbitrio.

Iba por estas nuevas esperanzas
A dar el primer paso, cuando vino
La nodriza importuna; y advirtiéndolo
Que ambas hablaban, con encono dijo

A la infeliz cristiana: «¿Cómo, perra,
Osas mover aquí tu labio indigno?
Trabajar y temblar te cumple sólo;
Pon que tuviste lengua en el olvido.

»Huye de mi presencia. Y tú, hija mía,
Prosiguió con Kerima, los oídos
¿Has podido prestar á las palabras
De esa idólatra vil?... Por cierto digno

»Es de tu alto nacer y de tus prendas
Permitir tal audacia.» — Un ceño altivo
Fué de Kerima la respuesta sólo,
Y la cristiana huyó dando un gemido.

La anciana lenguaraz larga corriente
Dió á sus discursos necios y proljos,
Ya los tiempos presentes despreciando,
Ya elogios tributando á los antiguos:

Prodigó reprensiones y consejos,
Encomios al manecbo tunecino,
Injurias contra el Huérfano, y elogios
De Giafar al orgullo y poderío.

Refirió á la doncella, que su padre
En aquel punto, de Muley seguido,
Iba á la sierra, donde ya tenia
Citados á Zeir y á sus amigos

Para una caza; y le pintó indiscreta
El banquete, el festejo y regocijo,
Que para celebrar se preparaban.
Su boda, ó aún mejor, su sacrificio.

La infelice Kerima en tales cuentos
Sólo hallando tormentos y martirios,
Permaneció sobre su lecho, muda,
El rostro vuelto á la pared. Tendido

Estaba el manto de la noche, cuando
Creyendo la nodriza ya en tranquilo
Sueño á Kerima, acomodó cuidosa
La lámpara de bálsamo y el rico

Pabellon ormesí, y á lento paso
Fué á buscar en el salon contiguo
Nueva conversacion con las esclavas,
O de reñir y murmurar motivos.

Libre de ella Kerima, largo curso
Dió á su imaginacion: ya entre peligros
Ve á su amante infelice, pues presente
De su terrible padre los designios;

Ya piensa en que á gozar dos veces solas
Va del eterno sol el claro brillo,
Resuelta á que sus bodas y su muerte
Tengan efecto en un momento mismo.

Ya en volcánico amor arde su pecho,
Y le da para todo aliento y brio:
Ya en confuso terror se hunde mezquina,
Y encuentra por do quiera precipicios.

Está como el que cuenta los instantes
Que de vida le quedan, el suplicio
Inevitable ante sus ojos viendo,
Sin humano recurso. En sudor frío

Ora se inundan trémulos sus miembros,
Ora inmóviles quedan, convertidos
En insensible mármol. Ya sus ojos
En lágrimas prorumpen, como en gritos

Los ardorosos labios; ó ya aquellos,
Secos, se niegan al sabroso alivio
De lloro derramar, y estos, helados,
No permiten el paso ni á un suspiro.

En tan terrible estado, como suele
En el desierto inmenso al peregrino
De léjos ofrecerse un pobre arbusto,
O como en noche lóbrega al perdido

Caminante de luz harto lejana
Entre vapores el confuso brillo;
O como una remota hinchada vela
Al náufrago infeliz de un leño asido;

A la doncella se le ofrece acaso,
Por única esperanza en su conflicto,
La cristiana cautiva. Mas ¿qué puede
Un sér tan infeliz contra el Destino?

¡Ay!... el arbusto tierno, que verdea
En mitad del desierto, ni aún rocío
Tiene en sus ramas; la lejana lumbre
Es fuego fatuo, leve y fugitivo:

La vela que en el férvido horizonte
Preséntase indicando algun navío,
Es fantástica nube; y la cautiva
Consuelo harto impotente en tal peligro.

Si al ménos con Zelima, aquella esclava
Que era de sus secretos el archivo,
Y que de juventud, gracia y talento
Goza los poderosos atractivos,

Pudiera concertar... Acaso... acaso...
Pero ¡ay, que es la primera á quien prohibido
Le fué el comunicar con su señora,
Y su favor mirado cual delito!

No, no le queda á la infeliz Kerima
Ni el más remoto rayo, ni un resquicio
De terrestre esperanza... ¿Qué viviente
Puede en apuro tal serle de auxilio?

Harto la infortunada lo conoce;
Mas como la esperanza, del mezquino
Mortal inseparable compañera,
Con él camina hasta el sepulcro frío;

Quien la pierde en la tierra, la coloca
En el cielo, y aguarda algun prodigio
Que remedie sus males, trastornando
De la natura el uniforme giro.

Tal sucede á Kerima: su esperanza
Se acoge á los extraños desvarios,
De encantos, talismanes y conjuros,
Y piérdese en un cáos de delirios.

Cuantas necias patrañas ha escuchado,
Con desprecio sin duda y con desvío,
A su nodriza y á sus siervas todas,
En su mente revuelve sin juicio;

Y torna su atencion á la medalla
De la cautiva, donde ve esculpidos
De figuras humanas los contornos,
Grave profanacion segun su rito (29):

Extrañeza tambien que da más peso
En su imaginacion á aquellos signos,
Pues al númen que rudos representan,
Con fervor pide proteccion y auxilio.

Como la arista, que á merced del viento
En la tormenta del ardiente estío,
Envuelta en blanco polvo leve gira
Entre los encontrados torbellinos,

Ya hasta las leves nubes se levanta
Salvando montes y hondos precipicios,
Ya por la seca tierra va arrastrando
Al través de llanuras y de riscos;

Pasó la noche toda la doncella
Luchando con su mísero destino,
Alzándose en falaces esperanzas,
Y hundiéndose en un ciego y hondo abismo;

Y cuando de la aurora mensajero
Apareció el lucero matutino,
Rendida de penar, en un letargo
Cayó, y templóse un rato su martirio.

Pues por más que, fantasmas voladoras,
En espectros informes y en vestiglos,
Al reedor de su lecho se agolparon
En gran tropel sus pensamientos mismos;

Al fin tornóse su letargo en sueño,
Por profundo y pesado harto tranquilo,
En que si no remedio á sus afanes,
El descanso logró que da el olvido.

Dormía pues, cuando el rumor confuso
De clamores, de llantos y alaridos,
Que al llegar de Giafar el cuerpo helado,
Retumbó en el magnífico edificio,



La despertó. Alzóse pavorosa,
Cual liebre que dormida entre tomillos
Oye el latir de galgos corredores,
Y del potro ligero los relinchos.

Vistióse de sus ropas más precisas,
Sin cuidar de pomposos atavíos,
Y fué á llamar, cuando se abrió la puerta,
Y la nodriza entró, que roncós gritos

Lanzando, y de dolor, de espanto y rabia,
En gesto y actitudes, dando indicios,
Así con voz ahogada, interrumpida,
Y de temblor no inteligible, dijo:

«El soberbio Almanzor logró su anhelo,
El triunfo consiguieron los impíos.
Corre, hija mía, corre, y que venganza
Te dé al punto Zeir del caso inicuo.

»¡Ay del imperio cordobés!... Kerima,
Si es el monarca Hixcen del cetro digno,
Dénos reparacion... ¡Ay hija amada!!!
Perezcan los infames asesinos...

»Oh gran Profeta!«—Aquí llegaba, cuando
Con extraño rumor y de improviso
La turba entró de sus esclavas todas,
Sobre sus frentes el terror escrito.

Kerima no comprende ni las voces
De la vieja irascible, ni el motivo
De tanta confusion; y á sus preguntas
Nadie osa responder. En tal conflicto

El primer pensamiento que le ocurre,
Es que de Hixcen renace el odio antiguo
Contra Giafar su padre, y que le quita
De nuevo su esplendor y poderío.

Sale pues presurosa de su estancia,
Que ya no es reclusion, y aunque impedirlo
Procura la nodriza, con sus siervas
Corre hácia donde suena el gran bullicio;

Y halla al fin el cadáver de su padre,
Sobre la alfombra en el salon tendido,
Do en otro tiempo el sin ventura Lara
Vió las siete cabezas de sus hijos.

Lo que pasó en Kerima en aquel punto,
No es mi labio capaz de describirlo:
De afectos tan contrarios fué su pecho
Alternativamente combatido,

Que imposible es, no sólo retratarlos,
Mas tambien comprenderlos: el permiso
De penetrar, está negado al hombre,
En tan ciego y confuso laberinto.

De dolor y de espanto fué aquel dia,
Y el siguiente ofreció nuevos motivos
De confusion, de horror y de despecho
A Kerima infeliz: pues cuando el brillo

Primero de la aurora en el oriente
Apareció, paróse ante el postigo
Del jardin del alcázar un caballo
Cubierto de sudor, y un campesino

Moro bajando de él, con gran presura
En los patios entró del edificio,
Preguntó por Zelima, y un instante
Le habló, y dióle una cosa. Al punto mismo

La favorita, sin perder momento,
Subió, y á su señora un rollo escrito,
Con un negro cordon en torno atado,
Entregó, y retiróse. Temblor frio

A Kerima agitó, y un largo espacio
Ni áun fuerza halló para romper el hilo
Que cerraba la carta misteriosa,
Dándole el corazon grandes latidos.

Repuesta al fin de la primer sorpresa,
Desarrolló el delgado pergamino,
Y leyó estos renglones espantosos,
Por una mano tembladora escritos:

*Kerima: yo á tu padre he dado muerte;
Mas no fué yo, fué sólo su Destino.
Le herí sin conocerle, defendiendo
La vida, que arrancarme alexe miso.*

*Perdóname, mi bien: el justo ciclo
Dirigió el duro golpe... Mas ¿qué digo?...
Para matarle sólo fué engendrado:
Soy del noble señor de Lara hijo.*

*Yace en prisiones, y á salvarle vuelo,
A combatir al pérfido enemigo
De mi estirpe infeliz... Adios, Kerima.
En dando cumplimiento al deber mio,*

*La muerte buscaré: la muerte anhelo...
¿Cómo sin tí vivir? Aborrecido
Te debe ser quien te privó de padre...
¡Aborreceme!!!... Sí, yo, yo á mí mismo*

*Me aborrezco tambien. ¿Por qué aún no ignoro
La insigne sangre que en mi pecho abrigo?...
Adios, adios... Mi madre fué Zahira...
Que no pierda, por serlo, el merecido*

*Respeto que á su nombre tributaste.
Las flores, que circundan el recinto
De su sagrada tumba, no perezcan...
Pronto mi sombra en él buscará asilo.*

Kerima apénas concluyó la carta,
Con desmayo letal á tierra vino,
En insensible mármol convertida,
Privada de calor y de sentidos.

¡Infelice!... ¡Mas, ay, no es más dichoso
El que la carta apasionada ha escrito,
Y que á Burgos camina á largo paso,
Con veinte esclavos y su anciano amigo!

Cuando al doblar la sierra, en su alta cumbre,
Volvió Mudarra el rostro enardecido
A la insigne ciudad, y entre la niebla
Descubrió los gigantes edificios,

La gran mezquita, las flexibles palmas,
El dorado alminar, y el claro río
Serpenteando plácido y risueño
Entre verjeles, huertas y molinos;

Un vuelco dióle el corazón cuitado,
Y recobraron de él todo el dominio
En tropel los recuerdos de la infancia,
Y de su ardiente amor el fuego vivo;

Cual rey, que destronado algunas horas,
Torna triunfante en nuevo poderío
A sentarse en su trono. Los afectos
De horror, piedad, orgullo y heroísmo,

Que al teñirse de sangre, al oír absorto
De su padre y familia los destinos,
Al saber su alto nombre, al consagrarse
A un gran deber cercado de peligros,

Se apoderaron de su pecho; al punto
De dar su adiós postrero al patrio nido,
Y de darle también á su querida,
Desaparecieron. Uno de los riscos

Que en torno lo cercaban, ser quisiera,
Para jamás moverse de aquel sitio,
En que plantado, envidia las raíces
Del grueso roble y del gigante pino.

Zaide prudente, sin decirle nada,
De su caballo asiendo, enternecido
Le hizo pasar la cumbre, y á sus ojos
Córdoba se ocultó. Lanzó un suspiro

El garzón angustiado: todo el día
Guardó tenaz silencio, sumergido
En un mar de dolor. Las más violentas
Pasiones, los afectos más distintos

Juntábanse, ó tal vez se sucedían,
Cual las olas del mar embravecido,
O cual las nubes rápidas de otoño,
Que el cielo cruzan con incierto giro

En fantásticas formas; y apurando
Del infierno implacable los suplicios,
Concibe al porvenir horror y tedio,
Y por lo que pasó, ciego delirio.

Cerca del Carpio les cogió la noche:
Un pariente de Zaide su castillo,
Inexpugnable entonces, gobernaba,
Y en él se recogieron sin peligro.

Allí el mancebo faltó de reposo,
A Kerima escribió, y á un campesino
Despachó á toda brida, y encargóle
Dar la carta á Zelima con sigilo.

Aquellos cazadores, que en la sierra
Quedaron á buscar rastros ó indicios
De quién mató al Wacir, al fin tornaron
A Córdoba alterada, al tiempo mismo

Que entró en ella del Carpio el mensajero.
Y refieren el viaje repentino
De Mudarra con Zaide, y las palabras
Y muerte de Muley en el aprisco.

Y cuentan vagas nuevas, que en la selva
A varios leñadores han oído,
De cómo hallaron á la media noche
El cuerpo helado en el lugar sombrío.

De un solitario, que de luengos años
Habita de la sierra entre los riscos,
Dicen, que oyó también el sordo estruendo
De dos alfanjes, que bajó á aquel sitio,

Halló muerto al Wacir, y oyó los pasos
De alguien que se alejaba fugitivo
Hacia la Albuja; y sobre todo afirmó
Que hay un pastor, que del Amir ha visto

En la fuente á Mudarra, cuando el día
Se ocultaba en ocaso.—En los corrillos
Del pueblo estas noticias se difunden,
Y se aumentan con cuentos y prodigios;

Y toda la ciudad, con fundamento
Sospecha ya quién de Giafar ha sido
El matador, y en su enlutado alcázar
Se asegura por cierto y positivo,

Que es Mudarra. Furiosa con tal nueva
Lanzando la nodriza roncós gritos,
Y maldiciendo al Huérfano infelice,
Y á Zaide, y á Almanzor, y á los impíos,

Sube á martirizar con la noticia,
Con sus imprecaciones y delirios
A Kerima inocente. En su aposento
La halla rendida en tierra, sin sentido,

La hermosa faz helada, las mejillas
Sin color y sin luz, secos, marchitos
Los ojos, y en sus labios anhelantes
Sonando apenas sepulcral quejido.

Y la que á procurar iba imprudente
Con su cólera necia el daño mismo.
Hecho hallándolo ya, de horror se pasma,
Grita, llama á las siervas, su cariño

Por la infeliz exhala en tierno lloro,
Estréchala en su seno, el rostro frío
Le sella con los labios, y la nombra
Con maternal amor. De sus gemidos

Asustadas acorren con presura
Las esclavas, colocan sobre el rico
Lecho á su yerta exánime señora,
Y dánle los socorros más precisos.

Sobre la alfombra en tanto alguna de ellas
Ve acaso de Mudarra el pergamino,
Curiosa lo recorre, y asombrada
Al encontrar en él tan buen testigo

De aquel suceso, y claros y patentes
Traz extraños secretos; al proviso
Corre al salón, donde aún estaba el cuerpo
Cercado de parientes y de amigos,

Guardias y esclavos; y mostró la carta,
Que de horror y sorpresa en un abismo
Hundió los corazones, descubriendo
Misterios tales.—Que Mudarra es hijo

De Lara y de Zahira, se difunde
Pronto por la ciudad; y los antiguos
Sucesos recordando, admiran todos
Del cielo inescrutable los juicios.

Kerima, ¡desdichada! de sus siervas
Y nodriza en los brazos, los sentidos
Poco á poco cobró; mas ¡ay! hundida
En mortífera fiebre, que el maligno

Influjo en sus entrañas ejerciendo,
Entregando su mente á atroz delirio,
Y el corazón quemándole, postrada
Dejóla y en gravísimo peligro.

Confusion nueva en el doliente alcázar
Este nuevo desastre repentino,
Y en Córdoba esparció; pues la doncella
Era con gran respeto y gran cariño

Adorada, no sólo en su palacio,
Sino también en la ciudad. Reunidos
Fueron todos los físicos más doctos,
Y los más poderosos y exquisitos

Remedios practicados. ¡Ah! diez veces
El sol bajó al ocaso sin que alivio
Hallase la infeliz... ¡Cuántos trastornos
Empeoraron en tanto su destino!

La pompa funeral con que el cadáver
Del Wacir fué al sepulcro conducido,
Se vió atacada por furiosa plebe,
Que en el cuerpo insensible saciar quiso

El odio y el rencor, que le inspirara
Con sus atrocidades cuando vivo;
Y dispersando el fúnebre cortejo,
Despedazó feroz los restos fríos.

De Alcaide y de Wacir los graves cargos
A Abdimelek, el sucesor y el hijo
Del Hagib Almanzor, al punto fueron
Por Hixcen y Sabeya conferidos:

Último golpe al poderoso bando
De Giafar, y á su excelso poderío,
Pues los primeros cargos del imperio
Reuniéronse por fin en su enemigo.

El opulento alcázar sin cabeza
Fué escena de desórden inaudito,
Y su inmenso tesoro saqueado
Por una turba vil de advenedizos,

Que deudos se llamaban y parientes,
Sin haber quien pudiese reprimirlos;
A la par que de esclavos y libertos
Codicioso escuadron, roto el prestigio

De obediencia y temor, dió larga rienda
A escándalo, insolencia y latrocinio.
La fiel nodriza y un liberto honrado,
De la familia servidor antiguo,

Sin poder oponerse á tal torrente
De iniquidad, llorábanlo, y aviso
Dieron á Osman, un respetable anciano,
Aunque contrario de Giafar, su primo.



Este, que retirado de la corte
Habitaba de Estepa en el castillo,
A mirar por la huérfana infelice,
Y á remediar tanto desórden, vino.

A la décima luz logró Kerima
De sus dolencias físicas alivio;
Despareció la fiebre abrasadora,
De sueño disfrutó dulce y tranquilo;

Y poco á poco recobró la vida,
Tornando á la salud. ¡Cielo benigno!
¡Qué vida y qué salud!... ¿Dónde las rosas
De sus tersas mejillas?... ¿Dónde el brillo

De sus radiantes ojos?... ¿De sus labios
Dónde el fresco jazmín?... Y el expresivo
Fuego celeste que en su todo ardía,
¿Cómo así se apagó, y es hielo frío?...

El cáncer destructor quedó en su alma,
Devorándola está furioso y vivo,
Y más y más ahondándose: su mente
Desarreglada, su carácter mismo

Trocado lo demuestran. Vaga idea
Conserva de sus males: siempre fijo
Un pensamiento solo la domina;
Madarra, nada más. Sí, de continuo

Le tiene ante sus ojos, en mil formas,
En situaciones mil. Ya su delirio
Es á todos patente. Aunque en silencio
Pasa los largos días, sus caprichos

Extraños, y el romper tal vez en lloro,
En risadas tal vez, tal vez en gritos;
Y sus raras preguntas y ademanes
Dan de su estado miserable indicios.

Tan sólo la cautiva castellana
Admite con placer á su servicio,
Y embebida, pendiente de su labio,
La escucha de su tierra mil prodigios.

Milagros y fantásticas escenas,
Apariciones, prácticas y ritos,
Y los bandos de Lara y de Velazquez,
Lances, batallas, muertes y amores.

Con grande afán conserva siempre al cuello
La medalla de cobre, aunque sombrío
Terror le inspira, sin dudar un punto,
Cuán terrible poder le es concedido.

La nodriza gimiendo, á su Kerima
Ve en situacion tan misera: su tio
Con dolor la contempla; el pueblo todo
Con lástima y asombro compasivo.

El mancebo Zeir, aquel amante
Tan ardiente y tenaz, comienza tibio
A demostrarse, y del empeño cede,
Que sostener con tanta fuerza quiso.

Pasaba en el jardin la desdichada
Continuas horas; mas su afán prolijo
Por las flores tampoco ya la anima,
Y con indiferencia y ceño esquivo

Muertas las ve en los vasos de alabastro,
Sin tener más consuelo que el rocío,
Y por los descuidados arriates,
Los tallos secos y el verdor marchito.

Una tarde que sola recorria,
Con planta incierta y con los ojos fijos
En tierra, su verjel, acaso abierto
De la extendida cerca halló el postigo;

Y como suele de la jaula estrecha,
Donde más que cantó, lloró cautivo,
Si la puerta quebranta, al manso viento
Lanzarse en vuelo raudó el pajarrillo;

Rápida así lanzóse de carrera
En la selva inmediata, y el contiguo
Campo cruzó veloce, de Zahira
Dirigiendo á la tumba su camino.

Allá llegó anhelante y sudorosa,
Y al entrar en el lúgubre recinto,
De rodillas cayó sobre la yerba,
Tendió los ojos, y rompió en gemidos.

¡Cuánto afán, cuánto dulce pensamiento,
Cuánta memoria amarga, en aquel sitio
Invadieron su pecho, destrozado
Del infortunio por el crudo filo!

El mármol que á la tierna madre cubre
Del objeto que el alma le ha encendido;
Las flores á su amor recomendadas,
Y que faltas de riego y de cultivo,

Yacen ahogadas en bastardas yerbas;
Los fúnebres cipreses, que testigos
Fueron de la embriaguez con que su pecho
Se abrió á un amor funesto, que el Destino

Inexorable contrarió; y la banda,
Aunque rasgada y el color perdido
Por los vientos y lluvias, todavía
Ondeando atada en el laurel altivo;

Todo lo mira con turbados ojos;
Y los recuerdos donde quiera escritos
De su pasión desventurada hallando,
Y de sus infortunios el principio;

La faz bañada en lágrimas inclina,
Y soltando la rienda á sus delirios,
Sueña despierta, y con la mente vaga
Por ciegos y confusos laberintos.

Mas ¡ay! no solamente lo pasado
En su imaginacion claro y distinto
Cual presente se pinta: cual presente
Tambien un porvenir, ó un desvario

En ella se figura... ¡Oh Dios!... la sombra
De su adorado amante (él se lo ha dicho)
Allí el reposo buscará... Su amante
Corrió en pos de venganzas y peligros. .

Cielos! Llegó el momento? Llegó el punto
En que ya leve sombra, aquel recinto,
Impalpable, invisible acaso habite,
Y en torno de ella vuele en mudo giro?...

Al concebir tan hondo pensamiento,
De terror y consuelo á un tiempo mismo,
Alza la faz, retiembla, en torno mueve
Espantados los ojos, y el oído

Aplica con afán al rumor vago
Que formaba en los árboles sombríos
El viento que arreciaba, y á unos golpes
Que sonaban lejanos y distintos.

Eran estos causados por las varas
Con que el bosque de acebos y de olivos
Despojaba la turba labradora,
En cosecha feliz, del fruto opimo.

Escuchó á poco la infeliz Kerima
De los toscos cantares el sonido,
Con que estando la tarde ya mediada,
Se daba fin al rústico ejercicio.

Una voz, aunque recia, muy sonora,
Y cuyos dejes fueron repetidos
Por los ecos del monte, así cantando
Resonó por las selvas y los riscos:



nocente tortolilla,
¿Qué buscas entre estos ramos?
¿A quién, ¡desdichada! arrullas
En un nido solitario?

En donde tus dichas fueron,
Sólo hay recuerdos amargos;
Y es el vivir de memorias
El tormento más pesado.

Aquel árbol, que pomposo
Os dió fresca sombra, ufano
De saber vuestros secretos,
De ocultar vuestros halagos;

Héle allí negro, desnudo,
El grueso tronco quemado..
Bramó ronca la tormenta,
Y cebóse en él un rayo.

El cristalino arroyuelo,
Que entre hermosas flores manso
Templó vuestro fuego ardiente,
De vuestros besos gozando:

Es ya una rambla de arena
De tal aridez y espanto,
Que esmaltan su seca orilla
En vez de flores, lagartos.

Mas, ¡cuitada!... ¿qué te importa
Ni el arroyuelo, ni el árbol,
Si sólo á tu amante buscas
Y gimes por él en vano?

Pronto para tí cobraran,
Si consiguieses hallarlo,
Este su lozana pompa,
Aquel sus raudales claros.

¡Ay, que el sañudo Destino
Que al uno abrasó tirano,
Que al otro secó inclemente,
A tí te robó tu encanto!

Por un huracan deshecho,
Tu bien de tí separado
Llorando tu ausencia vaga
Solo, por bosques extraños,

Donde el cazador astuto,
Tendida la cuerda al arco,
Le acecha, y de roja sangre
Manchará su pecho blanco.

Vuela, pobre tortolilla,
Vuela á morir á su lado;
Que si una flecha os da muerte,
Morireis dichosos ambos.

Cesó la voz, y en armonioso coro
La turba repitió de campesinos
Los cuatro últimos versos. En seguida
Todo quedó en silencio sumergido.

En su imaginacion acalorada
A la doncella celestial aviso
El rústico cantar se le figura.
Retiembla, y en sudor se inunda frio.

Vuela, pobre tortolilla,
Vuela á morir á su lado;
Que si una flecha os da muerte,
Morireis dichosos ambos:

Repite en hondo acento, y entregada
A frenesí vehemente y repentino,
Álzase, del laurel la banda quita,
Ronca gritando: « Este despojo es mio. »

Se la terea en el pecho, salta fuera
Con ágil pié del fúnebre recinto,
Y veloz hácia el monte se dirige,
Sin buscar senda ni seguir camino.

Quien la hubiese encontrado de repente,
Desnuda el cuello, desceñida el cinto,
Sueta y volando á par de sus cabellos
La blanca toca de delgado lino.

Pendiente al hombro la rompida banda,
Y en medio de su pecho, fugitivos
Relámpagos formando el sol poniente
De la medalla en el pequeño disco;

Y sus ojos brillantes y espantados,
Y sus aéreas formas; en tal sitio,
Y en tal momento, y en aquella tarde;
Que era una aparicion hubiera dicho.

El sol al occidente declinaba:
En ráfagas violentas nuevo brio
Cobraba el viento, alzando en la llanura
De seco polvo blancos remolinos.

Cruzaban el espacio densas nubes,
Y se iban apiñando, al modo mismo
Que se apiñan los tristes pensamientos
En la mente infeliz del afligido.

Gruesas gotas escasas, esparcidas,
Azotaban el suelo: repentinos
Lampos el horizonte amedrentaban;
Y cual en selva oscura los rugidos

Retumban de un leon, lejanos truenos
En la turbada atmósfera. El abrigo
Buscaban de las peñas los ganados,
Los hombres de sus techos el asilo:

Sólo Kerima impávida prosigue.
En saliendo del bosque, ve el castillo
De la Albaúda inmediato; se acrecienta
Su frenesí; trepando por los riscos,

Corre á lanzarse en él... Mas de repente,
Que no está ya su amante en aquel sitio,
Le dice su memoria; y despechada,
A la siniestra mano, entre lentiscos,

Madroñales y zarzas, una senda
Toma, por do cansada y sin respiro,
Sube la falda de la sierra. En tanto
Creció la tempestad: ya gruesos ríos

Tornados con la lluvia los arroyos,
Bramaban en los hondos precipicios:
Silbaba el huracan, y furibundo
Desarraigaba los añosos pinos;

Y allá en la excelsa y erizada cumbre
Sacaba los peñascos de sus quicios:
Tales los truenos eran, que turbado
El orbe retemblaba á su estampido.

Un mar de fuego era el espacio á veces,
A veces ciega noche, á que mezquino
Rayo de sol, muriendo en el ocaso,
Daba de horrenda luz pálidos visos.

Tiembla por fin Kerima; ansiosa busca
En donde guarecerse: allí vecinos
Ve unos árboles altos y pomposos;
Corre á encontrar bajo el ramaje abrigo.

Oh Dios! á dónde entró!!! dónde? En la fuente
Del Amir. Aunque rara vez ha visto
Aquel lugar terrible, lo conoce
Por desdicha al momento. En el abismo

Mejor quisiera haber entrado. ¡Cielos!
Un piélago de sangre es aquel sitio
A sus ojos, y en medio ve el espectro
De su padre feroz, que vengativo

La acusa, y la maldice, y la señala
Al cielo como objeto de exterminio,
Víctima de expiacion. La sin ventura
Se siente convertir en mármol frio,

Y escondiendo la frente con los brazos
Apóyase en el tronco de un gran pino,
Al mismo tiempo que el sañudo viento
Tronchó bramando su ramaje altivo,

Con horrendo fragor. ¡Pobre Kerima!
En pánico terror su pecho hundido,
Juzga que el cielo y tierra conjurados
De su loca pasion le dan castigo,

Y que allí la confunden, porque huella
La sangre de su padre, al asesino
Ciega buscando allí. Tal pensamiento,
Al par que la horroriza, le da brios

Para ponerse en fuga, y por lo ménos
Lograr la muerte léjos de aquel sitio;
Y huye veloce con incierta planta,
Por la intrincada sierra, cuando un grito

Oyó, que «¡Gala!... ¡Gala!» repetía.
Este era el nombre de su madre: oírlo
De consuelo le fué. Torna la frente,
Y ve detrás de sí claro y distinto

Un verdadero espectro. Era un anciano
De edad muy avanzada, pero erguido,
Agil y fuerte. Su cabello y barba
Blancos como la nieve, en crespos rizos

Inundaban su cuello y su cintura,
En la lluvia empapados. Su vestido
Era una parda túnica y un manto,
Cuyos pliegues, del viento sacudidos,

El agua de las nubes goteaban;
Y al través de malezas y de riscos
Corría en pos de la infeliz Kerima,
A quien ya ataja el paso un precipicio.

Al réprobo monarca de Judea
Así tal vez en más remoto siglo,

Se apareció de Samuel la sombra,
De la maga de Endor por los hechizos.

La doncella infelice ya no pudo
Resistir el terror: un alarido
Lanzó al verle llegar, y desmayada
Le faltaron los piés, y á tierra vino.

Llegó el anciano, en su turbado aspecto
Mil afectos notándose distintos:
En la doncella inmoble un breve instante
Clavó los ojos con espanto fijos;

Y de pronto doblando una rodilla,
La faz rugosa, do el dolor más vivo
Pintado estaba, los desnudos brazos,
Descarnados y secos, y un gemido

Levantó al cielo tronador. Y luego
Cuidoso, sobre el cuerpo yerto y frío
De Kerima infeliz, suspendió el manto,
Del recio temporal dándole abrigo.

Ma 4a, 1820

NOTA DEL PRECEDENTE ROMANCE

(29) La ley de Mahoma prohíbe expresamente, con el objeto sin duda de evitar la idolatría, el esculpir ó pintar figuras humanas.





ROMANCE SEXTO

En el castillo de Luna
Teneis al anciano preso.
.....
Cansadas ya las paredes
De guardar tan largo tiempo
A quien recibieron mozo,
Y ya le ven cano y ciego.

Romancero de Bernardo del Carpio.

Otra escena se ofrece ante mis ojos:
Ya no son las florestas y campiñas
Por donde el curso majestoso extiende
Guadalquivir, gran rey de Andalucía;

Ni la sierra feraz, que al puro cielo,
Ignorando que hay nieve, alza la cima
De peñascos y musgo coronada,
De flores odorantes y de olivas;

Mientras verjeles, huertas y jardines
Sus deliciosas faldas entapizan,
Embalsamando el vaporoso ambiente,
Que azahares y jazmin blando respira;

Ni la insigne ciudad, cuyo alto nombre,
Gigantesco poder y gloria antigua
La fama ensalza, las historias cuentan,
Y su templo y sus muros testifican.

¡Córdoba insigne!... ¡Oh patria, dulce patria!
En cuyo seno de la luz del día
Gocé la primer vez, en cuyo seno
Disfruté el tierno amor y las caricias,

Tesoro de la infancia. Si en tus bosques,
Encantadas llanuras y colinas,
De mi niñez y juventud llenaron
Las horas, que han pasado fugitivas,

De tu grandeza insigne los recuerdos;
Volando en torno de la mente mía
Las sombras de tus héroes generosos,
Cual de una planta nueva en torno giran

Las mariposas del risueño mayo;
Jamás mi amor á tí, jamás se entibía,
Ni de mi pensamiento un punto sales,
Desde que arrastro en extranjeros climas

La vida, ha tantos años sustentada
Con el amargo pan de la desdicha,
Y aún más con la esperanza de que al cabo
Logren en tí reposo mis cenizas.

Tú reinas en mi pecho, aunque mi mente,
De tus héroes en pos, hoy por distintas
Tierras se espacie, y por remotos siglos,
Sus hazañas buscando esclarecidas.

Sí, de Mudarra y del prudente Zaide
Se arroja en pos mi suelta fantasía,
Del imperio andaluz salva los lindes,
Y vuela por los campos de Castilla.

Oscuro el cielo entre reacias nubes,
Y entre nieblas oculto blanquecinas;
Desnudo el suelo, donde invierno crudo
Su rigor y sus sañas ejercita;

Y un horizonte de hórridas montañas,
Que con peñascos áridos se erizan,
Do nacen sólo verdinegros pinos,
Y que abruman las nieves me lo indican.

Allí el Arlanza, allí: si en el estío
Ufano se corona con espigas,
Ahora entre hielos ásperos sus aguas,
Turbias y perezosas se deslizan.

Ya la ciudad descubro belicosa,
Que es de los Condes castellanos silla;
¡De la corte de Hixen el poderoso,
En todo cuán diversa y cuán distinta!

No, cual Córdoba, al cielo de zafiro
Alza opulenta las gallardas cimbrias
Burgos naciente, ni de mármol y oro
Alminares altísimos empina.

Gruesos muros levanta y torreones
De tosca piedra, donde el sol no brilla;
Pero que á las tormentas y huracanes,
Y al furor de la guerra desafían.

No de riquezas bárbaras henchidos
Sus palacios están, ni de exquisitas
Telas del rico oriente entapizados,
Ni el regalo y las ciencias los habitan.

No suena, al despuntar la clara aurora,
La voz del Almuheden, que el nuevo día,
Anunciando á los hombres, á que acudan
Con sus ruegos al templo, les convida.

En su lugar la atmósfera ensordecen
Gruesas campanas de metal, que vibran
Melancólicos sonos, convocando
A celebrar las prácticas divinas.

No en las calles la voz de las escuelas
Se escucha, ni el bullicio y alegría
En abundantes plazas, ni el estruendo
De talleres, telares y oficinas;

Sólo resuena en Burgos el martillo,
Que sobre el duro ayunque se ejercita,
En arneses tornando el fuerte acero,
Ya templado en las fraguas encendidas;

El monótono canto de los coros
De conventos, parroquias y capillas,
Y el confuso rumor de un pueblo pobre
Y taciturno, que en las calles gira.

Y los campos... ¡oh Dios, cuán diferentes!
Allá los labradores en cuadrilla,
Casi desnudos, y cantando ledos
Tras de los tardos bueyes fecundizan

Los pingües sulcos, y feroz cosecha,
Premio de su sudor, segura miran;
Mientras pobre gañan aquí, luchando
Con tierra ingrata y con adusto clima.

En pos de ágiles mulas rompe el suelo,
Temiendo de su afán y su fatiga
El fruto ver en su verdor talado
Por invasoras huestes enemigas;

O robado si no, cuando maduro,
 Por el monje sagaz, por la codicia
 Del tirano señor, ó con violencia
 Por forajidos que en el monte habitan.

Finalmente, aquel siglo el sol eterno
 En las tierras de Bétis descubría
 Un imperio ilustrado y poderoso,
 Una grande nacion, acorde y rica,

Ya en la alta cumbre, y anunciando acaso
 Su próximo descenso y su ruina
 El supremo poder de sus monarcas,
 Y del pueblo el amor á las delicias;

Y en la que Arlanza con sus aguas mide,
 Un estado naciente, una conquista,
 Gobierno sin vigor, inciertas leyes,
 Crasa ignorancia á la pobreza unida,

Bandos feroces; mas tan noble brio,
 Constancia tal y tanta valentía
 Que presagiaban la grandeza inmensa
 Que los cielos guardaban á Castilla.

Nueve leguas de Burgos en un llano,
 Del Arlanza ocupando ambas orillas,
 Descubro á Salas. De ladrillo y piedra
 Una puente sus barrios comunica;

Y á un lado miro con soberbias torres,
 El palacio de Lara. De aquel dia
 En que en medio de fiestas y banquetes,
 Vió Zaide los agüeros que advertian

Tanto desastre al infelice dueño,
 Tanta desolacion á su familia,
 ¡Cuán distinto se ve!... Ciegan los fosos
 Matorrales incultos, derruida

Está la poderosa barbacana,
 El grueso muro abierto, de bravías
 Hiedras vestido, y entre almenas rotas
 Roncos los vientos en la cumbre silban.

Del homenaje la elevada torre,
 Que tremoló, entre nieves y ventiscas,
 Del linaje de Lara la bandera,
 Es nido de las aves de rapiña.

El interior en todo corresponde
 A tal desolacion: cardos y ortigas
 Cubren el ancho patio, en que sacando
 Con el ferrado pié del suelo chispas,

Los corceles de guerra se domaban,
 Sufriendo apénas la apretada cincha,
 Y do ladrando galgos y lebreles,
 La hueca voz del caracol seguian.

La fuente rota está y enloda el suelo;
 Desierta la escalera, donde un día
 De escuderos y pajes resonaban
 Las voces, las risadas y las riñas.

De polvo entapizado el astillero,
 Y ni una lanza en él: solas, vacías
 Alcándaras, que ufanas encerraron
 De azor y de neblí razas distintas.

Los cuadrados salones, que armaduras
 Y pendones vistieron, sólo indican
 Con mohosas escarpías, ya desnudos,
 Cuánto templado acero los cubria.

Los altos artesones y techumbres,
 Albergue de africanas golondrinas,
 Dejan paso á las nieves y á los soles,
 Rota la trabazon, pandas las vigas.

El estruendo sonoro del convite,
 Cantos y juveniles alegrías,
 Que en su cóncavo oscuro resonaron,
 ¿Cómo es silencio así de tumba fria?

Silencio que tan sólo interrumpido,
 Para mayor horror tal vez, se mira
 Con el quejido en la espantosa noche
 Del buho y del murciélago; y de día

Del gorrión con el osado vuelo
 Que al pararse atrevido en la cornisa,
 Le asusta el desconchado ó piedrezuela,
 Que él mismo al suelo con rumor derriba.

Pero ¿qué importa, qué, tanto abandono?...
 ¿Qué donde quiera hallar muerte y ruina,
 Si angustia aún más los ojos y la mente
 Ver manchado con signo de ignominia,

De vil traicion con la espantosa marca,
Edificio de fama tan antigua?
La puerta principal y ventanaje
Están tapiados, y con negra tinta

Tiznados por la mano del verdugo
Los esmaltes, cuarteles y divisas
Del ancho escudo, honor del frontispicio;
El morrion en la elevada cima,

Tiene rotas las plumas y follajes,
Y de la gola en derredor ceñida
Una vil cuerda, que de infame muerte
Ser reo su señor al mundo indica.

Abandonado y yermo veinte años
Salas su antiguo alcázar visto habia,
Juzgando el necio vulgo que fantasmas,
Larvas y espectros su recinto habitan:

Cuando en una mañana del invierno,
Mientras devoto el pueblo estaba en misa,
Tres hombres, en tres mulas y embozados,
Atravesaron sin rumor la villa;

Y evitando la plaza del castillo,
Donde estaban los signos de ignominia,
Y la murada puerta, en él entraron
Por la espalda, pasando las hundidas

Tapias de unos corrales, y un postigo,
Que entre escombros, maderos y ruinas
Dejaba paso al interior. Apenas
En el patio los tres, sueltan las bridas,

Apéanse, las capas de agua y nieve
Empapadas se dejan en la silla;
Y quedando en custodia de las mulas
El que mozo de campo parecía,

Debajo de unos anchos soportales
Las guarece del agua y las abriga;
Mientras los otros dos en gran silencio
Por los salones silenciosos giran.

Con la escena terrible que presenta
El edificio á la angustiada vista,
Los dos raros y extraños personajes
Están en completísima armonía.

Del primer fundador la sombra helada
Y la de su escudero parecian,
Que aquel trastorno á contemplar vinieran,
Y á llorar la extincion de la familia.

Precoz decrepitud, apresurada,
Aún más que por la edad, por las desdichas,
Agobia á aquel que de los dos parece
Ser el primero; y sin vigor inclina

Una estatura, excelsa en otro tiempo.
Con gran dificultad el paso afirma,
Que ambas piernas hinchadas entorpecen
Su tardo andar. De noble y masculina

Belleza aún tiene restos el semblante,
En cuya frente y pálidas mejillas
Las profundas arrugas, de pasiones
Violentas, de desgracias infinitas,

De luengo padecer seguras huellas,
Una existencia trabajada indican.
Sin luz en noche eterna entrambos ojos
(Circunstancia felice, que le priva

Del desconsuelo de notar la escena
Que le circunda); de penosa y fría
Timidez la expresion dan á su rostro.
Alba como la nieve, hasta la cinta

Su barba ondea; su espaciosa calva
Un birreton de oscura piel abriga,
Y es su vestido un sayo de velludo
Negro con franjas de oro, deslucidas

Como el total del traje. El otro anciano,
Que de sosten sirviéndole y de guía,
Por el siniestro brazo le conduce
Con gran respeto y compasion, distinta

Presencia tiene; y aunque no tan noble,
Que es la de un caballero testifica,
En robusta vejez. Barba y cabellos
Cortos, espesos y aplomados, brillan

En torno á su semblante, endurecido
Con la intemperie y sol de extraños climas;
Y las arrugas de él meditaciones
Profundas y pesares acreditan;

Como sus negros ojos expresivos
Y preñados de lágrimas, indican
Gran sensibilidad, y que recuerdos
De penoso dolor le martirizan.

Viste un ropon de tosca lana pardo;
Y de cuero rojizo una esclavina,
Adornada de conchas diferentes
De las remotas playas de la Siria,

Cubre sus hombros y su espalda y pecho,
Sobre el cual va colgada una reliquia
En una caja de oro y filigrana;
Y en la siniestra mano (pues se había

Descubierto al entrar so las techumbres)
Lleva un raro sombrero de tendidas
Alas, también de conchas guarnecido,
Y con medallas y diversas cintas.

Estos dos personajes el palacio
Recorren en silencio, aunque se oían
En sus labios ahogados los suspiros.
Mas de pronto el primero los piés fija

En medio de un salón, á todos lados
Torna la ciega faz, cual si la vista
No le faltase, y conocer pudiera
El sitio aquel; y luego en abatida

Voz prorumpió, lanzando un ay profundo:
«¿Es sueño?... ¿Es ilusión?... ¿Mis plantas pisan
El palacio de Salas?... ¿Estoy libre
De la larga prision, donde las iras,

»Siempre justas, del cielo han castigado
Mis muchas culpas?... ¿Y tu mano amiga,
Solo consuelo que á mis ansias queda,
Torna á estrechar la moribunda mía?»

«Sí señor, el segundo le responde,
En lágrimas bañadas las mejillas,
Y á los labios llevándose la mano
Del otro viejo trémula y marchita:

»Sí, señor, libre estás, y en los salones
Del palacio de Salas, y benignas
Las estrellas permiten que á tu lado
Tengas en mí un esclavo que te sirva,

»Y que contigo llore.—¡Oh fiel amigo!
El primero repuso: en mis desdichas
Sólo por tí no me es indiferente
Estar aquí ó allá: cerrar mis días

»En libertad ó en la prision... ¿Qué espero
En este mundo ya?... ¿Cómo la antigua
Felicidad de que en aquesta casa,
Cercado de mis hijos?...» Confundida

Su voz tornóse en ásperos gemidos,
Que el artesón oscuro repetía.
Mas sosegado luego, y recobrando
La palabra, siguió: «Ni aun de la vista

»De estos lugares, donde fui dichoso,
Me es dado disfrutar... Con tu divina
Voluntad, santo Dios, mi humilde pecho,
Y con tu providencia se resigna.

»Al ver esta mansion desierta y sola,
Mayores fueran, sí, las penas mías...
¿Está el palacio muy mudado?... dime...
Dímelo, amigo tierno, por tu vida.»

El segundo enjugando en su semblante
Las lágrimas copiosas, le replica:
«¿Cómo ha de estar despues de tantos años,
En que nadie lo cuida ni lo habita?»

«Dices bien, dijo el de la barba blanca:
Al pasar la escalera y galerías,
Dieron el viento y lluvia en mi semblante,
Y he notado, al pisar, losas hundidas

»Y escombros. Dime, ¿en qué salón estamos?»
El viejo respondió de la esclavina:
—Señor, en el salón de los festines.—
«¡Ay!... ¿te recuerdas del tremendo día,

»Prosiguió el otro, en que asombrados vimos
Los presagios aquí, que predecían
Tanto desastre?... Aquel ilustre moro,
Que como embajador vino á Castilla,

»Los presenció también... Sácame, amigo,
De este salón infausto, y me encamina
A la estancia inmediata, en que otro tiempo
Mis dulces hijos habitar solían,

»Donde... Mas no... ¿Qué busco en tal estancia?
Sácame del palacio á toda prisa:
Tórname á la prision, y en ella, y pronto
Terminen con la muerte mis desdichas.»

Así diciendo el venerable anciano,
Su turbada presencia, su expresiva
Faz y el temblor de sus helados miembros
Los tormentos horribles descubrian,

Que su angustiado pecho destrozaban.
Su acompañante con dolor le mira,
Y haciendo esfuerzos porque no descubra
En su acento la pena que le agita,

De consolarle trata, y así dice:
«En tí vuelve, señor: con la divina
Voluntad es forzoso conformarse,
Pues que somos cristianos. La alegría,

»La riqueza, el poder, los hijos, todo
Viene de Dios, y Dios lo da y lo quita.
Humilde resignarse debe el hombre
Con su misericordia ó su justicia.

»Tus hijos con infieles peleando,
Cual cristianos murieron. Hoy habitan
El cielo entre los mártires gloriosos,
Y con palma y laurel, que no marchita

»El curso de los siglos, la presencia
Del que los astros rige, el mar humilla
Y enfrena el huracan, están gozando;
¿Y tú su suerte lloras?... ¡Hoy benigna

»La mano del Eterno te conduce
A tu casa á morir: ¿y tú querías
Tornar á la prision?» — El triste padre
De sí propio se espanta y se horroriza,

Tales reconvenciones escuchando,
Y con la voz entera y más tranquila
A su consolador así interrumpe:
«Tienes razon, amigo; no prosigas:

»Soy pecador... Es cierto, todo, todo
Nos lo da Dios: como lo da, lo quita.
Bendíganos su nombre... Basta, basta:
Llévame del palacio á la capilla.

»En ella celebráronse mis bodas...
Tambien siete bautismos... ¡dulces días!
Se celebraron... ¡Mártires gloriosos!
Mis ruegos elevad á las divinas

»Plantas del alto Dios omnipotente,
Y pedidle que pronto me permita
Con vos unirne, y que me saque pronto
De este mar de desastres y desdichas.»

Calló, y calló tambien el otro, y ambos
Al antiguo oratorio dirigían
El tardo paso, cuando el ronco estruendo,
El confuso rumor y gritería

Llenó del pueblo el edificio todo,
Y entre las voces claras y distintas,
Que más y más cundiendo se acercaban,
Repetir se escuchaba: *viva, viva.*

Reunidos en contorno del palacio
Los habitantes todos de la villa,
Daban aquellas voces, pues saliendo
Del santo templo, al terminar la misa,



Se divulgó al instante la llegada
De los tres embozados. La noticia
Dió á temores ridículos origen
Entre el vulgo ignorante: quién decía,

Que eran encantadores y hechiceros:
 Quién malignos espíritus que habían
 Venido por los aires. Una vieja,
 Que desde su ventana y celosías

Los vió pasar, tenaz aseguraba,
 Por testigos llamando á sus vecinas,
 Que cuernos, y no orejas, vió á las mulas,
 Y que las lenguas capas encubrían

Tres descarnados esqueletos. Otros
 (Los discretos sin duda de la villa)
 Sospechaban que fueran tres hebreos,
 Que de entre los escombros y ruinas

Trataban de sacar algun tesoro;
 Y ya los codiciosos con envidia
 A impedir tal hallazgo se aprestaban.
 El sacristan constante sostenia

Que eran almas en pena, proponiendo
 Una colecta á las personas ricas,
 Y que se celebrasen por sufragio
 Oficio de difuntos y seis misas,

Dos para cada cual. En tanto empero
 Un valenton del pueblo en compañía
 De un codicioso, armados de broqueles
 Y de sendas espadas y reliquias,

Al postigo acercáronse medrosos,
 Y por entre maderos y ruinas
 Deslizándose, así como el lagarto
 Que dentro del vivar se precipita,

Entraron en el patio. Pronto vieron
 Al mozo con las tres caballerías
 Bajo los cobertizos, y al instante
 Conociéronle entrambos, y de antigua

Amistad refrescaron la memoria;
 Pues era un maragato que solía
 A Salas concurrir, y á los mercados
 De todas las ciudades convecinas.

De él supieron al punto, quiénes eran
 Las dos personas que con él venían:
 Gonzalo Gustios una, que ya libre
 De su larga prision no merecida,

A su alcázar tornaba y á su estado;
 La otra Nuño Salido. Esta noticia
 Los dos exploradores al instante
 Esparcieron ufanos por la villa,

Pidiendo á los antiguos servidores
 De la casa de Lara las albricias.
 Estos, que siempre fieles á su dueño,
 Su prision lamentaban y desdichas.

No olvidando ni un punto en tantos años
 De sus señores la infeliz familia;
 Dudando al pronto tan ansiada nueva,
 Vuelan á cerciorarse á toda prisa;

Y viéndola patente, enajenados
 De placer, de consuelo y de alegría,
 Corren aquí y allí, y al pueblo todo
 Su gozoso entusiasmo comunican.

En torno del palacio el gran gentío,
 Ver anhelando á su señor, en vivas
 Y de júbilo en voces prorumpieron,
 Mientras que al interior por las ruinas

Entran varios hidalgos, y al fin hallan
 A Gonzalo y á Nuño. De rodillas
 Se arrojan á las plantas del primero,
 Y al notar tan mudada y abatida

Su gallarda presencia, y al mirarlo
 Ciego, pobre y doliente; la más viva
 Compasion de sus almas se apodera,
 Y deshechos en lágrimas, la pintan

En sus desconsoladas actitudes
 Y en sus palabras de dolor. La vista
 Nunca echó ménos como entónces Lara,
 Y tras de tantos años aquel día

Y aquel instante el único, el primero
 Fué, en que agradable aún encontró la vida,
 Y en que sintió su pecho palpitante
 Abrirse del consuelo á las delicias.

Enternecido Nuño, por sus nombres
 Le va diciendo los que allí se miran;
 Y cada cual en pos del suyo añade
 Algun recuerdo de lealtad antigua,

De hazañas en la guerra, de servicios
En los disturbios de pasados días,
Y de constante amor y de respeto
A la casa de Lara perseguida.

Gustios, todas sus penas un instante
Olvidando tal vez, y la marcha
Frente alzando, y su faz resplandeciendo
Con la grandeza y dignidad antiguas;

Con los trémulos brazos corresponde
A amor tan firme y á lealtad tan viva
De aquellos servidores y vasallos,
Que su pendon siguiendo, de Castilla

Fueron en otro tiempo apoyo y honra,
Exterminio y terror de la morisma.
Palpándoles los pechos y las diestras
De la manopla y lanza endurecidas,

Les recuerda las guerras ya olvidadas,
Los peligros, las bélicas fatigas:
A todos nombra, reconoce á todos,
Aún sueña triunfos, mando, gloria y dichas;

Y de ellos rodeado, y sostenido
De su fiel Nuño, sale y se encamina
A la gran plaza del castillo, donde
El impaciente vulgo le atendia.

Fué el gozo general, aunque mezclado
De dolor y de asombro, tan distinta
Viendo aquella persona venerable,
De lo que fué cuando rigió á Castilla.

Si su pasada gloria y sus grandezas
En los ancianos pechos aún tenían
Hondas raíces; su tremenda suerte,
Su excelsa fama y su presencia misma

Entusiasmó á la juventud. A todos
Con afables palabras y benigna
Faz agradece Lara aquellas muestras,
Que respeto y amor le testifican;

Y pide, su cascada voz calmando
Los confusos aplausos y los vivas,
Que á dar gracias al Sér omnipotente
A la iglesia de Salas le dirijan.

Mientras que prosternado ante el Eterno,
Formando coro con el pueblo, hacia
Su ferviente oracion, el Arcipreste
Manda en su casa disponer aprisa

Un festin abundante. Ya hacendosa
El ama convocando á las vecinas,
Su inteligencia y celo demostrando,
En los preparativos se fatiga.

Ya sueña en el corral el cacareo
Con que los tiernos pollos y gallinas,
Huyendo entre la leña y las tinajas,
Piensan ¡cuidados! que su suerte evitan.

Las ollas, las sartenes y peroles
Circundan el hogar, do un monte ardía,
De roja luz con la esplendente llama
Llenando, y de humo espeso, la cocina.

A un lado el almirez sonoro aturde
El barrio todo; en otro la cuchilla,
Que una moza robusta ágil esgrime,
Carne de cerdo y de ternera pica.

Una aquí las legumbres preparando,
Pencas y hojas inútiles les quita;
Otra allí amasa en cóncavas artesas,
Con aceite y con miel, cándida harina.

Quién despluma las aves, quién al fuego
Ramas secas añade, quién lo atiza,
Quién va y viene á la fuente presuroso;
Quién friega los pucheros y vasijas.

Ábrese la despensa, y aunque el ama
De las llaves encarga á la sobrina,
Que es vigilante asaz; alguna vieja
Mete en el delantal una morcilla:

Otra roba un solomo; y un muchacho
A la tinaja de la miel aplica
Goloso el dedo, mientras otro el labio
De navarro aguardiente á la botija:

Pues en tales momentos en las casas,
Con tanta confusion y tanta prisa,
Es el desórden cosa inevitable,
Y advierte ménos el que más vigila.

A todas partes asistir procura,
Y todo disponerlo el ama activa,
Que ganó entónces esplendente fama
Despliegando su celo y su pericia.

Se la vió á un mismo tiempo diligente
Sazonar un guisado, á una vecina
Reñir, porque volcaba los pucheros;
Una quantada dar á una chiquilla,

Que el asador pringoso descuidaba;
A un gatazo escaldar, que se comia
Medio pichon, y levantar el grito
A un zagaleta, que con charla y risa

Se puso á retozar con las mozuelas.
La bodega abrió luego, y la delicia,
Que sudan los lagares de Alaejos
Con fragancia que muertos resucita,

Sacó; despues, de un gigantesco armario
Conservas, fruta seca y golosinas,
Y de una arca de pino las toallas,
Con que la mesa primorosa alista.

Una fuente de plata y una copa,
Para que á nadie más que á Lara sirvan,
Pone á la cabecera; y allí ensaya
Al sacristan, que debe en aquel día

Tener de maestre-sala el grave empleo,
Y al monaguillo, á quien atusa y limpia,
Para que ejerza el de pulido paje;
Y cómo han de portarse, les explica.

Libre de estos cuidados, afanosa
Torna la fresca dueña á la cocina.
Que aún hay harto qué hacer, y es corto el tiempo;
Pero á fuerza de afanes y fatigas,

A fuerza de trabajos y peleas,
Y de sofocaciones y de riñas,
Unas cosas quemadas y otras crudas,
Todas consigue ver al cabo listas.

El fruto recogió de su tarea,
Pues fué el festin famoso, y de sí misma
Muy satisfecha se quedó, escuchando
Cuál todos la elogiaron con justicia.

Aunque llegó á una edad muy avanzada,
En tanto que vivió, diz que ni un día
Dejó de recordar el tal convite,
El estupendo gasto, y la excesiva

Revolucion en que dejó la casa;
Afirmando que nunca vió la villa
Más espléndida mesa. Y aún se añade,
Por tradicion remota que lo afirma,

Que quedó algo menguado su juicio,
Que era claro además, desde aquel día,
Por lo que trabajó su entendimiento,
O con el gran calor de la cocina.

Discreto, para darle el Arcipreste
El tiempo indispensable, concluidas
De Gustios y del pueblo las plegarias,
Con gran solemnidad y melodía

Cantó un largo *Te Deum*, y un discurso
O plática muy larga y muy prolija
Hizo á sus feligreses, que ignorantes
Bostezaron tal vez, aunque de citas

De la santa Escritura estaba llena,
Que era gran sabidor. Despues aplica
A los ojos inútiles del viejo
Salmos, y bendiciones, y reliquias,

Y da con ellas paz á los hidalgos;
Y por ganar más tiempo, á una capilla
Conduce á Gustios y á otros personajes,
Y allí difusamente traza y pinta

Los reparos y nuevos ornamentos
De que la iglesia aquella necesita;
Entablando sagaz de estas materias
Una conversacion entretenida.

Llegó por fin el suspirado aviso
De estar la mesa ya dispuesta y lista,
Y el cortés Arcipreste á Lara y Nuño,
Capellanes é hidalgos les suplica,

Que con él hagan penitencia. Todos
Aceptan el convite, y se encaminan
Hácia la casa arciprestal, en donde
El ama, tan oronda como limpia,

Con tocas de cendal cual nieve pura,
Que las castañas trenzas mal cubrian,
Un brial de paño verde, guarnecido
De franjas de oro, mangas con prolijas

Bordaduras de azul, de rojo y negro,
Y aljófares al cuello, y varias cintas
Y medallas, y cruces de azabache,
Señala á cada huésped puesto y silla.

Fué harto largo el festin: en él tuvieron
Lugar escenas varias y distintas
De disgusto y placer, como acontece
En todos los sucesos de la vida.

Lara apénas gustaba los manjares,
Y si una ú otra vez dulce sonrisa
Sus labios desplegó, más á menudo
Ofuscaron su faz nubes sombrías.

Alzados los manteles, á las manos
Agua, y gracias á Dios dadas, se inclina
El Arcipreste á Lara, y en el nombre
De todos los presentes, le suplica,

Que alguna relacion, aunque ligera,
De su larga prision hacer se sirva;
Y cortésmente luégo á Nuño pide,
Que en pos de su señor tambien les diga

Algo de sus larguísimos viajes,
Y de su vuelta rápida á Castilla.—
Como es tan agradable de sí mismo
Hablar, aunque pesares y desdichas

Sólo haya que decir, Gonzalo y Nuño
No se hacen de rogar; y al ver que indica
El primero que á hablar va sin demora,
Silencio demandando, mayor grita

En el salon se alzó por un momento:
Y á dos ó tres que estaban de tal guisa,
Que era imposible que callar pudiesen,
En hombros á sus casas los envían.

Abrense las ventanas y las puertas,
Por las que el pueblo audaz se precipita
En silenciosa confusion, ansiando
Escuchar portentosas maravillas.

Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Que tiene la atencion de todos fija
En el silencio universal conoce,
Y así dice con voz desfallecida:



«No hablaré de mis penas y desastres,
Ni de aquellas desgracias inauditas
Que destrozaron mi infelice pecho,
Allá en la capital de Andalucía.

«Fueron de tal grandeza, que en el mundo
No habrá quien las ignore, y repetirlas
Renovara el horror en los presentes,
Aumentando el rigor de mis desdichas.

»¡Ah! ¿qué digo?... ¡infeliz! ¿pueden acaso
Más aumento tener?... Aunque resista
Mi lengua el recordarlas, ¿su memoria
Destrozándome el alma no está viva?...

«Basta, basta... ¡oh dolor! ¡Ay! que mis labios
Nombres y circunstancias no repitan,
Que á la naturaleza estremeciendo,
De escándalo y terror al orbe sirvan.

«De mi larga prision hablaré sólo:
Será mi relacion breve y sucinta,
Pues poco hay que decir, si en veinte años
Uniformes han sido horas y días:

»Y siempre de dolor. Como de un sueño,
Tal estaba mi mente oscurecida:
Recuerdo que al llegar á los confines
Del imperio andaluz y de Castilla,

»La escolta silenciosa sarracena
En escolta no ménos enemiga
Se cambió de cristianos, que en silencio,
Y con crueldad mayor y mayor prisa

»Al castillo de Lerma me llevaron,
Y con fiero ademan y faz altiva
Me recibió su Alcaide, que al momento
En una estancia lóbrega y sombría

»Me encerró, redoblando los cerrojos
De la ferrada puerta. ¡Ay!... de mi vida
La flor y robustez entre las garras
De la miseria y aflicción continuas

»Se quedaron allí, y allí de arrugas
Se han cubierto mi frente y mis mejillas:
Que la vejez allí vino á buscarme,
Desnudó mi cabeza, y en ceniza

»Tornó mi fuego, cual mi barba en nieve;
Dejando al corazon y al alma mia
Sólo vigor y juventud robusta,
Para el rigor sentir de las desdichas.

»Todas mis facultades perecieron
Al lento curso de pesados días,
Que veinte años eternos completaron,
Y mis penas no más aún quedan vivas.

»Un zafio endurecido carcelero,
Eternamente mudo, en la mezquina
Prision cada mañana entraba solo,
Tomando precauciones exquisitas

»Para no verse nunca sorprendido;
El sustento abundante me traía,
Cuidaba el lecho, y dábame las ropas,
Que segun la estacion eran precisas,

»Pues los que allí con tan horrenda furia
Sepultado por siempre me tenían,
Para que no acabasen mis tormentos,
Con cruel piedad cuidaban de mi vida,

»Mas para que ni el sueño treguas diese
A mi dolor, desde el primero día
Hasta el último, siempre á media noche...
¡Oh bárbara crueldad, de hombres indigna!

»Siete piedras á la alta claraboya
De mi prision tirando, interrumpian
Con siete golpes claros y distintos
De la noche el silencio... Al alma mia,

»Y no á la claraboya las tiraban,
Y el corazon y el pecho me rompian,
Recordando que tuve siete prendas,
Que eran pasto á las aves de rapiña,

»Siete insepultos cuerpos; y que siete
Cabezas adornaban la mezquita
Y el alcázar de Córdoba... ¡Hijos míos!...»
Aquí la voz del viejo, convertida

En ásperos sollozos, confundióse
Con un grito de horror, que las distintas
Personas que escuchaban en silencio,
Al oír ferocidad tan inaudita,

A un tiempo levantaron. Gustios Lara
Convulso, apenas tiénese en la silla,
Y en su faz, en su pecho y en sus manos
Se ve el dolor agudo que le agita.

Al fin la multitud llorosa calla:
Lara deshecho en lágrimas suspira,
Y torna á suspirar, y de este modo
La narracion anuda interrumpida:

«Una tan sola vez acento humano,
En tantos años de prision prolija,
He escuchado, y no más. Hondo silencio
Guardó por siempre con tenaz porfía

»Mi duro carcelero: los malvados
Que en tan horrible estado me tenían,
Dispusiéronlo así. La vez que sólo
Permitieron hablarme... ¡oh gente inicua!

»Fué para dar el golpe postrimero
A este infeliz, para en la horrenda sima
Del último dolor por siempre hundirlo,
Para hacerle saber que no tenía

»Nada en la tierra, y que su mismo nombre
Era nombre de afrenta y de ignominia.
Sí; como al mes de hallarme en el encierro,
Una mañana, con feroz sonrisa

»Entró el feroz alcaide, y, *Gustios Lara,*
Me dijo, *el alto conde de Castilla*
Don Sancho, tu señor, con el acuerdo
De sus hombres de guerra y de justicia,

»*Reo de alta traicion te ha declarado,*
Confiscando tus tierras y tus villas,
Y mandando poner en tus solares
Los signos viles que traicion indican.

»*Tambien te ha condenado á infame muerte;*
Mas del gran Rui-Velazquez por la amiga
Intercesion, que pases, te permite,
En esta torre el resto de tus dias.

»Dijo, y desapareció: con alto estruendo,
En losa de sepulcro convertida,
Cerró la puerta, y barras y cerrojos,
Cadenas y candados multiplica.

»Quedé yo como un mármol: por mis venas
Hielo, no ardiente sangre, discurria:
Sin respirar ahogábase mi pecho,
Y espantados mis ojos no veían.

»Estuve así gran rato; mas de pronto
Retemblando mis nervios y mis fibras;
Fuerzas, cual de gigante recobrando
Y fuego de volcan la sangre misma

»Que un momento fué nieve, tal exceso
En mí sentí de actividad y vida,
Tal rabia y tal furor, que engrandecido,
Era á mi aliento aquella estancia chica.

»Derribé el lecho, y espapé en pedazos
Los muebles por el suelo; las macizas
Paredes desconché con mano dura;
Dí golpes en la puerta, que en astillas,

»A no ser por las barras y cerrojos,
Tornarla consiguieran; llamas vivas
Mi pecho respiró, y en roncadas voces
Tronó el volcan de mis furiosas iras.

»A los hombres maldije, á las estrella
La hora de horror en que salí á la vida:
Pedi venganza hasta al infierno mismo...
¡Oh Dios!... ¡Dios bondadoso!... las impías

»Blasfemias que mis labios pronunciaron
En aquella ocasion, benigno olvida.
Perdónalas, gran Dios: al recordarlas,
Se confunde mi pecho y se horroriza.

»Tan negra furia y ceguedad culpable
No fueron duraderas por mi dicha:
Y en tal abatimiento se trocaron,
Que vine á tierra envuelto en sombra fria.

»Los siete golpes de las siete piedras,
Que en la alta claraboya, cual solían,
Dieron, del profundísimo letargo
Sacáronme por fin. Torné á la vida,

»O por mejor decir, cobré el sentido
Para apurar las ansias y fatigas
De una existencia atroz. Yerto, postrado
Mi cuerpo en tierra, sin vigor yacía:

»Mas no postrada mi alma ni mi mente,
Sueltas como jamás y enardecidas,
Volaban por horrendos precipicios,
Y en escenas terribles se perdían.

»Las lóbregas tinieblas de la noche,
Que inundaban mi cámara mezuquina,
Llenas me aparecieron de prodigios,
Y visiones tremendas. Ya veía

»Siete cabezas pálidas, sin cuerpo,
Que de lóbregas nubes despedidas
Y por ronco huracan arrebatadas,
Contra mi pecho mismo se rompían:

»Ya de fuego una atmósfera, y de sangre
Un mar rugiente en mi reedor tenía,
Y en las llamas ardiendo mis palacios,
Las armas y el pendon de mi familia:

»Mientras que siete cuerpos sin cabezas
En las hinchadas ondas purpúrnas
Nadaban, y pidiéndome socorro,
A mí, ¡qué horror! los brazos extendían.

»Ya la espantosa escena se mudaba,
Y un llano presentábase á mi vista
De ardiente arena, y alumbrado sólo
Por una niebla vaporosa y fria,

»Y cruzaban por él, en sordos gritos,
Venganza demandando, blanquecinas
Siete fantasmas, y si huyendo acaso
De cada cual de estas visiones, iba

»A revolver la faz hácia otra parte,
Siempre á mi lado, siempre, ¡oh Dios! tenia
Un coloso infernal, que me alargaba
Un hierro matador con fiera risa,

»Y, *Toma, no te queda otro consuelo*,
Con penetrante voz me repetia.
¡Oh, qué noche!... ¡oh, qué noche! De la aurora
El esplendor primero le dió cima.

»De mi imaginacion el desarreglo,
Por mi atroz situacion clavada y fija
Siempre en mi mente, fuera de juicio
Me tuvo, aunque postrado, largos dias.

»Siempre las noches espantosas eran
Con escenas fantásticas continuas:
Siempre eran de dolor y acerbo llanto
Las mañanas y tardes. Persistia

»Siempre, que ni un momento me dejaba,
Junto á mí, armando á mi constancia insidias
El infernal coloso, y ofreciendo
La daga por consuelo á mis fatigas.

»Era el maligno espíritu, encargado
De procurar mi perdicion. Benigna
Empero del Señor la santa diestra
Acorrióme piadosa, y compasiva,

»Me libró del furor de los infiernos,
Me contuvo en el borde de la sima.
¡Tu omnipotencia y tu bondad, Dios mio,
Los hombres y los ángeles bendigan!

»Mas donde claramente relucieron
La providencia y la piedad divinas,
Fué en la vision con que cobré el juicio,
Y la razon mi mente oscurecida;

»Y que á mi corazon despedazado
Todo el consuelo dió, que mis desdichas
Capaces eran de tener, abriendo
A la resignacion el alma mia.

»Despues de algunos meses de espantosos
Accesos de furor y de vigalias
Tenaces, de mi cuerpo apoderóse
Con ardoroso afan fiebre maligna,

»Que consumió mis fuerzas y en el lecho
Postrado me dejó por cinco dias.
Pero en sudor copioso terminando,
Despareció por fin; tan abatida

»Debilidad dejándome, que apenas
Un momento tenerme en pié podia.
En postracion tan grande, de un profundo
Sueño no interrumpió las delicias

»Conseguí disfrutar; y cuando estaba
En su dulce descanso, ante mi vista
Magnífico espectáculo ofrecióse,
Que ni un momento mi memoria olvida.

»Víme pues entre nubes y celajes,
Que de oro el sol y de risueñas tintas
Matizaba esplendente: en un abismo
Bajo mis piés al mundo descubria,

»Envuelto en sombras densas; y un torrente
De purísimas luces difundian
Sobre mí las estrellas. Luégo escucho
Són celestial de música divina,

»Y abriéndose los cielos, entre un coro
De eternals espíritus, divisan
Mis ojos siete jóvenes gallardos,
Que en esplendor al mismo sol vencian.

»Eran sus vestes como nieve puras,
Azucenas que el tiempo no marchita
Coronaban sus frentes; en sus manos
Palmas eternas, venerable insignia

»De los mártires santos ostentaban;
Y en sus cuellos brillaba, como brillan
De esposa en cuello virginal rubíes,
La huella de una bárbara cuchilla.

»Conocílos al punto: eran mis hijos,
Mis hijos felicísimos que habitan
La mansion celestial. Estremecíme
De gozo, y desperté. La luz del día

»Llenaba mi prision: salté del lecho,
Arrojéme en el suelo de rodillas,
Consoladoras lágrimas bañando
Mi confundida faz. En voz sumisa

»Oré por largo rato ante el Eterno;
Y al mismo tiempo en mi interior sentía
Un bálsamo celeste difundirse,
Y mi alma humilde descansar tranquila.

»Ya no ví más al tentador coloso,
Que hasta entónces las noches y los días
Me atormentó tenaz; y aunque en mi pecho
Siempre estaban grabadas mis desdichas,

»De Dios con los decretos resignado,
Hallé constancia en mí para sufrirlas.
Pasáronse los años; presurosa
Vino á mí la vejez; sus manos frías

»De mi vigor los restos me robaron,
Y todos los achaques y fatigas,
Que su cortejo forman, se reunieron
Y descargaron sobre mí sus iras.

»Inflamacion terrible y dolorosa
Con agudas punzadas, repentina
Mis ojos atacó, debilitados
Con mi largo llorar. La luz del día,

»Que fué hasta entónces mi mayor consuelo,
Se tornó mi más bárbara enemiga;
Porque sus penetrantes resplandores
Destrozaban mis débiles pupilas.

»Pedí á mi carcelero algun socorro;
El cual, feroz como las fieras mismas,
Persistió en su silencio, sin mostrarme
Ni siquiera la frente compasiva.

»Abandonado así, con mis clamores
El alcázar soberbio estremecía,
Privado no tan sólo de consuelo,
Sino tambien de auxilio y medicinas.

»Con tormentos de rabia me arrastraba
Fuera del lecho por las losas frías,
Buscando una postura que aliviase
Mi punzante dolor, y la vasija

»Del agua derramaba sobre el rostro.
Esto aumentó la enfermedad maligna,
Que terminó por fin, en noche eterna
Sumergido dejándome sin vista,

»Cual me mirais. ¡Terrible fué este golpe!
Mas para soportarlo, la divina
Misericordia suficiente fuerza
Me concedió tambien. Esta excesiva

»Desgracia amortiguó completamente,
Y destruyó mi ansiosa fantasía;
Y falta de esperanzas y deseos,
Carga ya inútil, arrastré la vida.

»Los siete golpes de las siete piedras,
Que la alta claraboya siempre herian,
Me daban á entender que era de noche:
De la puerta las barras y aldabillas,

»Y la entrada del mudo carcelero
Me daban á entender que era de día;
Y por ambos estruendos computaba
El tiempo perezoso. En mi mezuquina

»Mente aún alguna vez cierta vislumbre
De esperanza falaz y fugitiva
Tornó á brillar; pero extinguióse al punto,
Y mi labio osa apenas referirla.

»Cuando salí de Córdoba, la tuve
De dejar un sosten de mi familia,
Y acaso un vengador... Mas ¡ay! el fruto
De un afecto culpable, de una indigna

Pasion para un cristiano hubiera sido;
Y del cielo irritado la justicia
Un consuelo, producto de las culpas,
Por que tan sábiamente me castiga,

»No me ha querido conceder... No existe...
Plegue á la Providencia... Me horroriza
Que un pecho acaso, de mi sangre hierva,
De Dios blasfeme ciego en la mezuquita!"

»¡Piedad!... ¡piedad, Señor!» Aquí el anciano
La voz ahogada, el alma confundida
Con súbito terror, quedó en silencio;
Y con las manos trémulas y frías

La faz rugosa se cubrió. La turba,
Que toda la atención clavada y fija
Tiene en su rostro y en su labio, calla,
Y de su mudo acento participa.



Nadie alentó. Después de un corto rato
De estar la narración interrumpida,
Lanzando un profundísimo suspiro,
El gran Gustos así tornó á seguirla.

«Ciego estaba, agobiado por los años,
Mas resignado en la suerte mía,
Sin deseos, temores ni esperanzas,
Y ya sin fuerza hasta mis penas mismas,

»Siendo más bien que un hombre, un frío ca-
Que respiraba acaso y se movía. (dáver
Horas y meses, estaciones y años,
Como sobre un sepulcro, discurrían

»Sobre la torre en que encerrado estaba,
Cuando por fin (hoy hace nueve días),
Al entrar como siempre el carcelero
Por la mañana en mi prisión mezquina,

»Escuché humano acento con sorpresa,
Y acento de una voz grata y benigna.
La fuerte conmoción que aquí en el pecho
Sentí, no me es posible describirla.

»Tardo el oído, apenas las palabras
Que escuchaba, entendió; pero á gran prisa
Salté del lecho y extendí ambas manos,
Hacia do el són casi olvidado oía;

»Y mi nombre escuché, y un gran gemido,
Y me sentí abrazar... ¡Oh gozo!... ¡oh dicha!
Reconocí la voz... era de Nuño,
Del generoso Nuño... Alguna insidia

»Que á mi constancia el tentador tramaba,
Aún pude sospechar; mas las amigas
Expresiones dulcísimas y tiernas,
Que encantándose el alma repetían

»Los fieles labios del discreto Nuño,
Y el raudal de preguntas, de noticias
Confusas todas, de ásperos recuerdos,
De nuevas esperanzas y alegrías,

»Que de su boca rápido brotaba;
Y sus tiernos abrazos y caricias,
El tono con que hablaba al carcelero,
Y su empeño en sacarme á toda prisa

»De aquella torre, me indicaron pronto
Favorable mudanza repentina;
Y quedé en un estúpido silencio,
En inacción completa. No podían

»Mis piés andar, y en cuanto el aire libre
Mi pecho respiró, como sin vida
Me hundí en letal desmayo. Al recobrarme,
Me hallé en un lecho cómodo, y la amiga

»Voz de Nuño escuché, con otras voces
Gratas, aunque por mí no conocidas.
Sirviéronme exquisitos alimentos,
Restauradas sentí las fuerzas mías,

»Dí gracias al Señor omnipotente,
Y con Nuño entablé larga y prolija
Conversación, para saber la causa
Que libre y á su lado me tenía.

»Contóme, pues, la muerte de Don Sancho...
 ¡Dios en el tribunal de su justicia
 Le haya mirado con benignos ojos,
 Y en la mansion celeste lo reciba!)

»Y que Fernan-Gonzalez, á quien niño
 En Burgos conocí, ya de Castilla
 Era Conde supremo, el cual clemente
 Ponerme en libertad mandado habia.

»¡Ah! de perdon el humillante nombre,
 Que para el inocente es de ignominia,
 En su decreto está, y al escucharlo,
 Noté que hartó incompleta era mi dicha.

»Bienes y libertad me vuelve, amigos,
 No la honra, no la fama... Aún la divisa
 De traicion mis palacios ennegrece...
 Rui-Velazquez gobierna todavía...

»Y pasarán á los remotos siglos
 La afrenta y el baldon de mi familia...
 ¿Qué pronuncio?... ¡Infeliz! ¿La tengo acaso?...
 Yo soy de ella el postrero... ¡Oh Dios!... bendita

»Tu mano sabia y bondadosa sea,
 Que me ha privado de la inútil vista,
 Libertándome así de ver la marca
 Injusta, atroz y nunca merecida,

»Mas siempre infame, que en mis puertas dice,
 Cuán grande es de los hombres la perfidia,
 Y ¿por qué no ha dejado al pecho mio
 Fuerzas para borrarla y confundirla?...

»¡Oh Dios! ¡Oh Dios!... A Salas anheloso
 Venir mi pecho ansió, y á los tres dias
 De haber salido de la torre, en marcha
 Me puse, y hoy llegué, no sin fatiga.

»Libre en Salas estoy, sí... ¡Cielo santo!
 ¿Es un bien, ó es un mal?... ¿Es una dicha,
 O un infortunio nuevo haber salido
 De la estrecha prision?... Allí vivia,

»O, por mejor decir, ya muerto estaba
 (Que no siempre está vivo el que respira).
 Sin placer ni dolor, pues la costumbre
 De padecer y de sufrir nos quita

»La sensacion al cabo, y adormece...
 Y el tormento más áspero amortigua;
 Mas ahora nuevamente se han abierto
 A mis pasos las puertas de la vida,

»Y por ella camino sobre abrojos,
 Encontrando pasiones ya perdidas,
 Lo pasado anulando á lo presente,
 Solo, entre precipicios y ruinas.»

Quedó en silencio el venerable anciano.
 Al terminar su relacion sucinta.
 El confuso rumor del auditorio
 Mostró el gran interés y simpatía

Que en los pechos de todos encontrara.
 El discreto Arcipreste una prolija
 Plática de conforto y de consuelo,
 Toda empedrada de oportunas citas

De la santa Escritura, dirigióle,
 Y luego los hidalgos de la villa
 Respetuosas ofertas; y entre el pueblo
 Resonaron de nuevo aplauso y vivas.

En tanto el ana, que con gran conato
 Y con lágrimas siempre las mejillas
 (Pues era tan curiosa como fresca,
 Y á la par de hacendosa compasiva),

Oyó la narracion; sale un momento
 Y primorosa y pulcra, en la cocina
 Con miel, vino y naranja confecciona
 Para el buen viejo una cordial bebida;

Y al comedor tornando, en una taza
 De plata, acomodada en su salvilla,
 Se la ofrece, rogándole la acepte
 Como una imponderable medicina.

De ella bebió algun sorbo el noble anciano
 Dando á la dueña gracias expresivas.
 Aquietóse la turba nuevamente,
 Y en Nuño todos sus miradas fijan.

Este saciando el general deseo,
 Contó la historia larga y peregrina
 De sus raros sucesos y aventuras,
 En los lejanos orientales climas.

Empezó refiriendo que en el campo,
Do los infantes perecido habian,
Quedó bañado en sangre, moribundo,
Destrozado el arnés, lleno de heridas,

De que mostró las hondas cicatrices.
Recordó, que llevado á una alquería,
Encontró grato auxilio; y que curado,
Tornó sin detenerse hácia Castilla,

Donde sabiendo la prision de Lara,
A Lerma fué, juzgando que podria
Verle y hablarle; mas que vanas fueron
Todas sus diferentes tentativas.

Con lo que despachado, fuése á Burgos
Para implorar del Conde la justicia;
Y allí en prision estrecha le encerraron,
De que logró fugarse á pocos dias,

Huyéndose á Leon, porque esperaba
Tal vez hallar la proteccion antigua;
Pero hecho monje Alfonso, y la corona
Por el audaz Ordoño pretendida,

Encontró el reino aquel mísera presa
De discordias y guerras intestinas.
Y pasó al de Navarra, en cuya corte
El indolente y sin valor García

Sus ruegos desoyó. Buscó en la Francia
Amparo y proteccion; pero fatiga
Inútil fué, porque su rey huyendo
Del conde de Paris, y de la altiva

Ambicion de los duques de Borgoña,
Allende el mar en las britanas islas
Asilo y vengador buscó, llevando
Sus tesoros consigo y su familia.

Dijo Nuño, que entónces ir á Roma
Determinó, por ver si lograria
La proteccion del jefe de la Iglesia
Para el señor de Lara; y cómo habia

Visto al paso en Milan la ceremonia
Con que de hierro la corona antigua
Tomó el conde de Arlés, cual rey de Italia,
Refirió largamente (lo enemiga

Que fué la suerte injusta demostrando
A todas sus honradas tentativas,
Y cómo inexorables las estrellas
En contrariar su plan se complacian),

Que llegó á Roma en el fatal momento,
En que el décimo Juan, por la perfidia
De Marozzia, de Guido de Toscana
Esposa, sí del padre concubina,

Cayó al golpe traidor de daga infame
Por sacrílegas manos esgrimida:
Dejando yermo el solio pontificio
Y despierta la cólera divina.

Prosiguió Nuño, que cansado entónces
De mirar tan sin fruto sus fatigas,
Y despechado de encontrar doquiera
En el orbe cristiano alevosias,

Guerras, ferocidad, asesinatos,
Perjueros, parricidios y ruina;
Resolvió abandonar por siempre á Europa,
Y dirigirse á los remotos climas,

El gran sepulcro á visitar de Cristo,
Y los lugares do nació la vida:
Buscando luégo paz en los desiertos,
Entre los penitentes cenobitas.

En tal resolucion sus culpas todas
Con un prelado de virtud eximia
Humilde confesó, y en griega nave
Zarpó de Ancona con el rumbo á Siria.

Pero aún no satisfecha la Fortuna
Ni las estrellas ver logró propicias:
Del Adriático mar las bravas olas
De invierno duro las tonantes iras

Le opusieron constantes; y en el punto
En que calmado el tiempo, de Corcira
Saludaba los montes, fué cautivo
De una armada galera berberisca:

Y á Malta conducido, donde esclavo
De Sarracenos, que de aquellas islas
Eran dominadores, largo tiempo
Arrastró hierros y apuró desdichas.

Arrebatado yo tambien, ¡oh Malta!
 Por las borrascas de la suerte impía,
 Harto, aunque jóven, de encontrar á Europa
 Poblada de traiciones y perfidias,

Huyendo de mi patria y de la tierra,
 Tumba de gloria y de grandeza antigua,
 Que el Arno, como un huérfano el sepulcro
 De sus padres, con flores entapiza;

Sin más bien que mi amor, en rota nave,
 Del viento y mar luchando con las iras,
 A tí llegué, y en tus doradas rocas
 Ví de mi juventud volar los días (30).

Mas no hallé, como Nuño, en tí cadenas
 Ni sarracenos bárbaros: delicias,
 Obsequios, compasion, tiernos amigos,
 Alivio grato de las penas mías,

Venturoso encontré. Tu ardiente suelo,
 Ya florido jardin por las fatigas
 Del diestro agricultor, tus altas torres,
 Que periodos de gloria testifican,

Y tus buenos y honrados habitantes
 Bajo el dominio hallé de la más rica,
 Libre, ilustrada, noble y poderosa
 Nacion, que el sol desde el zodiaco admira.

Allí me recibiste, tú, y me honraste,
 ¡Oh venerable anciano, que las Indias
 Venturosas hiciste, Hástings ilustre!...
 Mas, ¡ay! que de dolor pronto la isla

Ví cubierta, y de luto. Airada muerte
 A su amor te robó... ¡tremendo día!
 Con el pueblo lloroso, hasta la tumba
 Yo acompañé lloroso tus cenizas.

Woodford, Frere, Ponsonby, Zammit, Stílon,
 Y tú que á Sancio tan de cerca imitas,
 Hayzler, vuestra amistad, dulce consuelo
 De todos mis afanes, está viva

En mi alma toda, y lo estará por siempre.
 Si de llegar á vos logra la dicha
 Esta historia, empezada entre vosotros,
 Continuada del Sena en las orillas,

Y que dó tendrá fin el cielo sabe (31).
 Aquestos versos de mostráros sirvan,
 Que el bálsamo que disteis á mis penas,
 Eterno vive en la memoria mía.

Y tú, risueña y deliciosa roca,
 Asilo encantador, mansion tranquila,
 Tú eres la patria de mis tiernos hijos.
 Y podrás serlo para mi adoptiva.

¡Ay! si el destino inexorable y duro
 (Tanto rigor el cielo no permita)
 Me robase del todo la esperanza
 De hollar del Bétis la region florida,

Y de aún gozar en sus frondosos bosques,
 Gallarda sierra y fértiles campiñas,
 Dulce vejez y paz; al punto, al punto
 En tí ¡oh Malta! el sepulcro buscaria.

Mas tornemos á Nuño, y á su historia,
 Que tiene la atencion de Salas fija,
 Y halle gracia y disculpa mi extravió,
 Por efusion de un alma agradecida.

Refirió Nuño pues, cómo amarrado
 Al banco de un bajel por largos días,
 Sirviendo á los piratas sarracenos,
 Ayudó con un remo á sus rapiñas,

Hasta que en noche oscura y borrascosa
 Naufragando en las costas de la Libia,
 En un mástil salvóse, á la mañana
 Hallando á un tiempo libertad y vida:

Y que errante por montes y desiertos,
 Apurando peligros y desdichas,
 Tomó la direccion hácia el Oriente,
 Y á los muros llegó de Alejandría.

Era el momento en que invadió el Egipto
 Mahomad-al-Ashked, el ikshidita;
 Y aunque halló Nuño en confusion la tierra,
 Tuvo la proteccion y la acogida

Del patriarca Macario; sin peligro
 Vió del fecundo Nilo las orillas,
 Visitó las pirámides, y luego
 Prosiguió su camino á Palestina.

Contó cómo entre varios peregrinos,
Que ruta igual en caravana hacían,
Encontró con Egidio, un noble anciano
Mozárabe de Córdoba, que había

Su hogar abandonado y patria hermosa.
Huyendo de Giafar la furia altiva,
Que cubriendo sus canas de amargura,
Robóle audaz una inocente hija;

Y vagaba sin sombra el desdichado.
Nuño con él en los pasados días,
En que á Córdoba fué con Zaide, tuvo
Estrecha conexión; y de la antigua

Amistad renovó la confianza
La mutua relación de sus desdichas.
Este imprevisto encuentro para entrambos
Fué de grande consuelo en las fatigas

De peregrinación tan dilatada.
Se ofrecieron correr la suerte misma.
Juntos atravesaron los desiertos,
Pasaron el Jordan, y á la cautiva

Jerusalén llegaron. Contó Nuño
Las grandes vejaciones que sufrían
Los cristianos en ella, y lamentóse
De que ciudad de tan sagrada estima

Gimiese entre las bárbaras cadenas
Del fiero musulmán. Hizo prolija
Relación de las raras ceremonias,
Y de las penitencias y vigiliás,

Con que entrambos allí se prepararon
Para entrar del Sepulcro en la capilla,
Y cómo al fin la santa losa vieron,
Que el cuerpo santo custodió tres días.

Del Calvario, Betlén, y otros lugares
(Santos, porque lograron la divina
Presencia), refirió las circunstancias,
Y milagros que en ellos sucedían.

Contó cómo después fué con Egidio
A buscar del Mar Muerto las orillas,
En donde un solitario penitente,
De extrema santidad, en una ermita

Largo tiempo habitaba. Recibidos
Fueron por él con gusto y alegría,
Y tres años allí lejos del mundo,
Bajo su dirección, dulce y tranquila

Existencia gozaron. Pero muerto
Por extrema vejez el cenobita,
Y el sitio aquel expuesto á los furoros
De las armadas hordas beduinas;

El desierto dejar determinaron,
Y guarecerse en Jope algunos días.
Así lo hicieron: en el puerto estaba
Una hermosa galera de Sevilla,

Que cargada de bálsamos y aromas
Para Gebhel-Tareck á partir iba;
Y esta ocasión del cordobés Egidio
La constancia tentó. Veces distintas

Habló con el arráez, y á su patria
Determinó tornar, pues de la hija
Se refrescó el amor. Recordó Nuño
Lo que afligió su pecho la partida

Del venerable anciano, cuyas prendas
Eran de amor y de respeto dignas;
Y mostrando el curioso relicario,
Que colgado en su pecho se veía,

Dijo habérselo dado aquel amigo,
Al despedirse de él, en la marina.
Y prosiguió contando, que al hallarse
Aislado, solo, y la salud perdida,

No se atrevió á tornar á los desiertos;
Y que en un monasterio, do en la cima
Del Carmelo habitaban religiosos,
Buscó, y halló consuelo y acogida.

Al cabo de diez años un incendio
El edificio resolvió en cenizas,
Por lo que dispersándose los monjes,
Nuño con el abad á Alejandría

Se dirigió. Recuerdos de la patria,
Anhelo de saber si ya propicia
Con Gustos era la mudable suerte,
Y cansancio y horror de aquellos climas,

Le decidieron á volver á España;
Mas no pudo encontrar armada y lista
Nave alguna en el puerto, que á poniente
Enderezase el rumbo. Largos dias

En vano la esperó, y al fin cansado,
Se hizo á la mar en una barca egipcia,
Y á la ciudad llegó de Constantino
A visitar el templo de Sofia.

Desde allí una galera veneciana,
Recorriendo las costas de Sicilia,
Y el mar tirreno, le condujo en salvo
Al puerto antiguo de Provenza rica.

Recordó pues que al punto el Pirineo
Pasando, fué á Sobrarve, y de Castilla
Pisó la tierra al fin con pié turbado,
Y con alma embargada de alegría.

Sin detenerse dirigióse á Burgos,
Y en todo una ciudad halló distinta
De aquella que dejó... ¡tantas mudanzas
Diez y ocho años producido habian!

Dijo que se encontró como extranjero
En medio de su patria... ¡Gran desdicha,
Que acontece despues de larga ausencia,
Y que al más duro corazon lastima!

Sí; los recuerdos dulces de la patria
Léjos del propio hogar se fortifican;
Que en ella es todo eterno imaginamos,
Y la vuelta se anhela y se suspira,

Pensando hallarlo sin mudanza todo,
De tornar á la patria llega el dia;
Lo que en ella dejamos, ya no existe,
Y realidades nuevas y distintas

Se encuentran sólo. Con asombro vemos
Toda nuestra ilusion desvanecida;
Y extraños somos en la propia tierra,
Que es la mayor de todas las desdichas.

Así á Nuño ocurrió; cual peregrino
Vagó por Burgos, donde todo habia
Sufrido alteracion. Sólo en el pecho
Del ciego conde Sancho estaba viva

La indignacion contra el señor de Lara,
Y firme el gran favor y necia estima,
Con que dejaba en manos de Velazquez
El cetro del condado de Castilla.

Encontrándolo todo tan mudado,
Excepto los rencores y perfidias,
Dejó la corte, y hácia Lerma fuése,
Para tener de su señor noticia.

Supo que continuaba en su hondo encierro
Y privado por siempre de la vista;
Y, como en tiempo antiguo, fueron vanas
Para verle sus nuevas tentativas.

Dijo Nuño que pronto despechado
Al ver sus esperanzas destruidas,
Y de haberse alejado arrepentido
De las remotas tierras, do tenia

Ya amigos, conexiones y habitudes,
Para errar sin objeto por Castilla,
Que un vasto cementerio era á sus ojos;
Determinó pasar á Andalucía,

Para saber de Zaide, y si su amigo
Y compañero en los lejanos climas,
El mozárabe Egídio, aún disfrutaba
Allá en su patria de sosiego y vida.

La guerra que entre moros y cristianos
Entónces se encendió, y una maligna
Enfermedad, contó, que se opusieron
A su resolucion. Fuése á Galicia,

Y allí despues de visitar la tumba
Del santo Apóstol, á acabar sus dias
Se encerró en un aislado monasterio,
Del mar de Atlante en la escarpada orilla.

A dos años de estar en tal retiro,
De que el conde Don Sancho muerto habia
La nueva recibió; y en el momento
Con ciertas esperanzas y á gran prisa

A Burgos vino, y ante el nuevo Conde
Pidió reparacion de la injusticia
Con que era perseguido Gustios Lara,
Consiguió que con faz grata y benigna

El gran Fernan-Gonzalez le acogiese;
Y á pesar de Velazquez, que aún tenía
El supremo poder, logró dichoso
La libertad de Lara. Conseguida,

A Lerma voló Nuño, y olvidando
Todas sus ansias, penas y agonías,
Halló de todas ellas recompensa,
Cuando gozoso con su mano misma

Abrió la puerta á la prision de Lara,
La libertad tornándole, de guía
Sirviéndole, y cual siervo reverente,
Consagrándole el resto de su vida.—

El buen Nuño Salido, aquí indicando
Que segun la presencia, y la benigna
Condicion que mostraba el nuevo Conde,
Para Lara esperaba mayor dicha;

Y dando (era discreto) al auditorio
Gracias por su atencion, á la prolija
Historia de sus raras aventuras
Puso con labio fatigado cima.

Sonó el rumor por la espaciosa cuadra,
Que admiracion y que respeto indica;
Pues los que el patrio hogar nunca han dejado,
Semejantes afectos siempre abrigan

Por los que el ancho mundo recorriendo,
Arrostrando peligros y fatigas,
Otros pueblos han visto, otras costumbres,
Grandes sucesos, raras maravillas.

El Arcipreste demandó silencio,
Y su elocuencia demostró en seguida,
Dándole enhorabuena y áun elogios
Porque el Santo Sepulcro visto habia,

Mezclando como siempre, en su discurso
De las sagradas Letras doctas citas,
Los hidalgos despues, y capellanes
Mil congratulaciones y muy finas

Ofertas á los dos nobles ancianos
Dirigieron tambien; en nuevos vivas
Prorumpió el vulgo; circuló en la turba
De navarro aguardiente la botija;

Y todos se marcharon, de ambos viejos
A repetir la historia á sus familias;
Añadiendo sin duda circunstancias
Que mayor interés excitarian.

Pues muchos del concurso echaron ménos
Que en una y otra historia peregrinas,
Ni encantadores, brujas, ni gigantes,
Ni dragones de fuego intervenian;

Y de propio caudal tales filetes,
Y otras alteraciones inauditas
En sus repeticiones añadieron;
Tanto, que Lara y Nuño á pocos dias,

Oyendo referir sus propios lances,
Casi reconocerlos no podian,
Y de su gravedad diz que á despecho
Ambos soltaron riendas á la risa.

Ya era entrada la noche, cuando Nuño
Dió á su relato fin: roncas crujian
Las techumbres, del viento contrastadas,
Al peso de la nieve, que caía

En gruesos copos desde media tarde;
Y de Lara y de Nuño solicita,
Que honren aquella choza el Arcipreste;
Porque desmantelado y á ruinas

Reducido el palacio, poco abrigo
A tales personajes dar podia.
Aceptó Lara tan cordial convite:
Lo que dió nuevo campo al ama activa,

De aumentar de su fama los aplausos,
Demostrando tener igual pericia
En aprestar las cámaras y lechos,
Que en fraguar de repente una comida.

NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(30) Habiendo dejado el seguro asilo de Inglaterra, me encaminaba hacia Roma, para lo cual había obtenido especial pasaporte pontificio y toda suerte de seguridades de aquella corte, y desembarqué en Liorna por el mes de julio de 1825. Concluida mi cuarentena, me presenté al cónsul romano, para que refrendara mi pasaporte, á lo que se negó absolutamente, diciéndome, tener orden para no refrendar ninguno, sin enviarlo ántes á Roma, á que fuese reconocido. Remitió, pues, el mio, y fué devuelto con terminante negativa. Representé al cardenal de la Somaglia, y contestó por medio del cónsul, que sin embargo de que mi pasaporte estaba en regla, y dado de orden de Su Santidad, me expondría á *grave dispiacenza*, si ponía los piés en los dominios apostólicos. Esta inesperada repulsa fué inmediatamente seguida de la más encarnizada persecucion por parte del gobierno toscano, llegando la policía de Liorna á aprestar la fuerza armada para arrojar me de aquel Estado. En tanto apuro recurrí al cónsul británico Mr. Falconar, quien apoyado en un pasaporte inglés que me habia dado lord Chatham á mi paso por Gibraltar, no omitió diligencia alguna para contener la persecucion, y logrando ganar tiempo, me embarcó en un bergantin goleta inglés, que despues de borrascosa travesía, me condujo á Malta. En aquella isla hallé grata hospitalidad y toda suerte de consideraciones, tanto en los ingleses como en los naturales; y allí concluí la *Florinda*, escribí otras obras, y empecé esta leyenda. Permaneci en aquel grato y seguro asilo hasta Marzo de 1830, en que me trasladé con mi familia á Marsella en el yate *Lady Emily*, que puso generosamente á mi disposicion el teniente gobernador, el general Ponsonby.

(31) Se concluyó esta obra, despues de una larga interrupcion, en Tours, el año 1832.



ROMANCE SÉTIMO

«Por el alto Dios del cielo
Y en fe que soy vuestro fijo,
Que os he de facer vengado,
O me mataré á mí mismo.»

Romancero del Cid.

Tras granizos y nieves importunas
El cierzo despejó los horizontes,
Y una bóveda inmensa de zafiro
Llenó con sus hermosos resplandores

Limpio y ardiente el sol. Las altas cumbres
De plata aparecieron, y del bosque,
Carámbanos en vez de verdes hojas,
En el yerto ramaje. Esclarecióse

La ribera de Arlanza con un día
De los que en las hispánicas regiones
Brillan en medio del invierno crudo,
Y los más claros son que admira el orbe.

Ya estaba en su palacio Gustios Lara,
Y á su fiel Nuño pide le coloque
Do al aire abierto los ardientes rayos
Del vivífico sol tranquilo goce.

Nuño al momento fuera del postigo,
Ya escombrado de leños y cascote,
Que era la sola entrada del palacio.
Un gran sillón de tosca encina, sobre

Blancas zaleas en lugar de alfombra,
Para dar gusto á su señor, dispone;
Y allí despues del brazo lo condujo,
Y con grande respeto acomodóle.

Sentado el ciego Lara, entrambas manos
 Extendió en las rodillas, y gozóse
 Con el dulce calor que difundía
 Sobre él el padre de la luz, que entónces

Caminaba al zenit. La espalda al muro
 Y de pié quedó Nuño, y cruza y pone
 Sobre el pecho los brazos. Los contornos
 La sombra oscura dibujó conformes

En los toscos sillares de ambos viejos.
 A quienes largo espacio se les oye
 Tan sólo respirar. Lara afanoso
 La faz alzó, tal vez los resplandores

Para buscar del astro refulgente
 Esperando, ¡infeliz! la larga noche
 Moderar de sus ojos, y á lo ménos
 Ver tibia claridad. Desengañóle

Empero la experiencia: aunque á torrentes
 Su lumbré, no ya un sol, sino mil soles
 Derramaran sobre él, siempre su vista
 Fuera más insensible que los bronce.

Conociólo el anciano, y abatido
 Inclinando la frente, conformóse,
 Y empezó á susurrar en voz sumisa
 Sus rezos y continuas devociones.

Nuño entre tanto inmóvil espaciaba
 Los ojos por los llanos y los bosques,
 O por la inmensa bóveda celeste:
 Y varios pensamientos voladores

En su mente cruzaban. Ya recuerdos
 De su primera edad, de los veloces,
 Fugaces días, cuando aquellos campos,
 Floridas selvas y lejanos montes

Donde quiera contentos le ofrecían:
 Ya de aquellos que, armado, los furores
 Del combate arrostró: ya aquellas horas,
 En que educando á los Infantes nobles,

De la paz, de la guerra y de la caza
 Desvelado les dió doctas lecciones;
 De que cogió tan regalados frutos,
 En pos del lobo y jabalí feroces

Viéndoles recorrer aquellas cumbres,
 Mostrarse en las batallas los mejores,
 Y lucir en las justas y festines
 De discrecion y agilidad los dotes.

De tal meditacion, en que sumido
 Estuvo largo tiempo, al fin sacóle
 Con abatida voz, así diciendo,
 De su ciego señor el labio torpe:

«Desde que libre estoy, ¡oh, amigo Nuño!
 No hay un solo momento en que se borre
 Córdoba de mi mente. Ya te he dicho
 Cuanto allí me ocurrió... Culpas enormes

»Contra mi Dios en la mazmorra horrenda
 Es cierto cometí, que los rigores
 De la justicia eterna provocaron.
 Mas ¡ay!... era preciso no ser hombre.

»Sino un ángel de luz para librarse
 En mi terrible situacion de entónces
 De las insidias del astuto infierno.
 ¡Pequé, Señor, pequé!... Sí, ardí en amores

»Por una infiel beldad... ¡Pobre Zahira!
 Si como nació en Córdoba, de Tormes
 O de Arlanza, en las márgenes naciera,
 De cristianas virtudes fuera norte...

»Mas, soy, ¡ay Nuño! criminal mil veces.
 Aquel dominio que en su pecho noble
 El cielo me acordó, fué, bien lo alcanzo,
 Para su alma sacar de los errores.

»Y á la fe conquistarla: y yo, protervo,
 Obrando á la razon poco conforme,
 Me aproveché de aquel dominio sólo
 Para abusar de su inocencia... ¡Atroces

»Son los remordimientos que me acosan,
 Y que mi corazón mezuquino rompen!
 Cesó el anciano en lágrimas deshecho,
 Y el compasivo Nuño le responde:

«Gran yerro fué, señor, de tal manera
 Del cielo santo corromper los dones;
 Mas su misericordia es infinita,
 Y al pecador arrepentido acoge.»

«Arrepentido está mi humilde pecho,»
Lara con un sollozo interrumpióle. —
«Y perdonado estás, prosiguió Nuño:
¿Quién los designios del Señor conoce?

»Tal vez la llama misma, que encendiste
Allá en el alma de la ilustre jóven,
La abrió á la fe; y es hoy apóstol santo
Que en Córdoba predica en altas voces

»El Evangelio. Si las claras prendas
De la Princesa mora son conformes
Con lo que tú relatas. ¿fuera extraño
Que el justo cielo así las galardone?

»Su ardiente caridad me referiste,
Y que de los cautivos y los pobres
Era madre comun: virtud tan grande,
La primera de todas, que á los hombres

»Iguala con los ángeles, sin premio
Nunca quedó, jamás.» — Estremeciése
De gozo Lara y prorumpió llorando:
«¿Por qué quieres con tales ilusiones

»Acallar mi tenaz remordimiento,
Y aquietar mi conciencia?... Bien conoces
Que no es posible tanto, no: á la hermana
Del potente Almanzor, de aquella corte

»En la atmósfera impura, ¿quién pudiera
De su secta mostrarle los errores,
Nuestros altos misterios explicarle,
Y el agua santa que los lazos rompe

»Del pecado esparcir sobre su frente?...
Yo, solo, yo... ¡infeliz!... mil ocasiones
De hacerlo tuve, y las perdí... ¡Dios mío!
¿De su condenación quién te responde?

»¿Quién te responde, sino yo?» — Convulso
Quedó el misero anciano: convirtiése
En gemidos su voz, y vacilando
Iba á caer; mas Nuño le socorre,

Con palabras de afecto le sosiega;
Y oportuno con sábias reflexiones
Le exhorta á que, olvidando lo pasado,
De lo presente, cual se muestra, goce.

Levanta hinchado el mar su turbio espacio
En negras olas y movibles montes,
Cuando vestidos de tonantes nubes
Braman los encontrados aquilones:

Pero si el blando céfiro aparece,
Y luz remota anuncia el horizonte,
Toman las ondas diferente aspecto,
Y bien que aún agitadas, se conoce

Que es más blando el impulso que las mueve,
Y que á amansar su furia se disponen.
Así acontece á los humanos pechos,
Segun cambian de giro las pasiones,

Y así su agitacion el ciego Lara
Calmó, y en blando lloro desahogóse,
Cambiando de repente sus ideas;
Y continuó, sumiso y más conforme:

«¡Ay, Nuño!... ¡amigo Nuño!... Grato el cielo
Aún reparo tal vez á mis enormes
Culpas pudiera dar... Si tiene vida
La hermana de Almanzor... ¡Era tan jóven!

»¿Por qué no ha de vivir?... ¡Ah! si enterada
De que ya libre estoy... viniera... Entónces
El agua del bautismo, el santo nudo
Que bendice de Dios el sacerdote,

»Pudieran, sí, santificarlo todo.
De ella una santa hicieran, y la noche
En que vivo, tornaran claro día,
Y esperara sin susto el postrer golpe.»

Calló el anciano, y suspiró, la rienda
Soltando á sus falaces ilusiones,
Lleno de vida el venerable rostro,
Y de expresivo fuego. Bien conoce,

Observándole atento el docto Nuño,
Las regiones extrañas que recorre
De su señor la mente; y que á despecho
De todas sus desdichas y aliecciones,

Y del curso del tiempo, aún su alma oculta
Una pasión antigua, los amores
Que las delicias postrimeras fueron
De su pecho infeliz. Las reflexiones

Que este atisbo al buen Nuño sugería,
Lara, tornando á hablar, pronto interrompe,
Pues dijo así, sus vagos pensamientos
Tomando de repente otros colores:

«Era infiel, era infiel; y mi cariño
Réprobo y criminal. Lo reconoce
Harto mi corazon; mas, ¡ay! su fruto
Era inocente, sí... Me faltan voces

»Para expresar lo que en el alma siento
Al recordarme de él... ¿Con fiero golpe,
Le hundi6 la muerte en el voraz sepulcro,
Al punto de nacer?... ¿O en ciega noche

»De horror, de iniquidad, de idolatría
Vive, y blasfema de mi Dios el nombre?
¡Nuño!... ¡Qué horror!!! ¿Tal vez hembra infelice
En brazos de un infiel?... Mi alma se rompe.

»En tantos años, ¡ah! nueva ninguna
Ha llegado hasta mí... Zaide, aquel noble
Y valeroso Amir, y que me debe
La libertad y vida, corresponde

»Mal con su obligacion, pues no ha buscado
Modo de penetrar hasta la torre,
En donde tantos años he vivido,
Para darme las nuevas...» Atájole

Nuño en defensa de su amigo Zaide
Con gran calor diciendo: «Desconoces
Cuál fué tu situacion, si á Zaide culpas,
Y olvidas la estrechez y los rigores

»Con que estabas guardado.—Es cierto, Nu-
Prosiguió Lara, el cielo me perdone. ¿ño,
Mas tú, ¿por qué hacía Córdoba no fuiste,
En vez de recorrer tantas regiones?»—

Nuño le respondió: «Tú, señor, sabes
Que no pude tener ni indicio entonces
De los lazos que en Córdoba dejabas;
Y hubiera fuerza dado á las atroces

»Calumnias, con que viles enemigos
Manchar osaron tu glorioso nombre,
El que un tu servidor y confidente,
Cual yo, á Córdoba fuese.—Tus razones

»Son de gran peso, Nuño,» dijo Lara,
Y en profundo silencio sumergi6se,
Inclinando el semblante sobre el pecho
Que con la barba venerable esconde.»

Grande rumor en esto, repentino,
Súbita confusion y roncás voces
Resonaron en torno, á Nuño y Lara
De sobresalto, dudas y temores

Llenando á un tiempo, El ciego los oídos
Atento aplica: el otro se dispone
Las causas á inquirir, y gira y torna
Los ojos en reedor, y entrambos oyen

¡Moros!... ¡moros! gritar, y que se aumentan
La agitacion, los llantos y clamores
En Salas toda. Por delante de ellos
Varios villanos, pálidos, veloces,

Cruzan despavoridos: quién buscando
Cercanas breñas y vecinos bosques,
En donde refugiar familia y bienes;
Quién á advertir al punto á sus pastores,

Que dejando cabañas y rediles
Huyan con los ganados á los montes;
Quién á esparcir la alarma en las aldeas,
Y á reunir lanzas y jinetes, corre.

Nuño pregunta en alta voz á algunos
La causa de la fuga, y le responden
Sin detenerse, que los moros cargan,
Con sus huestes cubriendo el horizonte:

Nueva que corrobora de la villa
El campanario, cuyos huecos bronces
A vuelo publicando el arrebato,
El viento asordan con sus recios sonos.

Quedó suspenso Nuño; pero Lara
Al bélico rumor estremeci6se,
Y animoso exclamó: «¿Por qué los cieles
Me tienen condenado á eterna noche?

»Si ojos tuviera yo (la edad ¿qué importa!)
De un caballo ocupara los arzones,
Empuñara una lanza, y mis vasallos
No huyeran de los moros invasores.

»Del bárbaro Giafar puede que sean
Los satélites viles y feroces:
De Giafar, que sabiendo estoy ya libre,
Quiere que á ser esclavo suyo torne.

«¡Ah!... si tuviera vista!...—No la tienes,
Dijo al momento Nuño, á quien el nombre
De Giafar, y de Lara la ocurrencia
Heló la sangre. No la tienes... ponte,

»Ponte, señor, en salvo.—Amigo Nuño,
Tranquilo Lara continuó, y ¿en dónde
O cómo? dí... Moverme puedo apenas...
Con mi estrella infeliz estoy conforme.

«Corre á tomar noticias más exactas.»—
Nuño á dos escuderos llama, y órden
Da de que á su señor cuiden y asistan,
Y que ni un solo instante le abandonen.

Manda poner á punto los caballos,
Y que las armas una escolta tome,
Y á adquirir por sí mismo la certeza
De lo que ocurre, por la villa entróse.

La confusion que reina en el navío,
Si al mismo tiempo que bramando rompe
El huracan sus mástiles, la quilla
Toca en las peñas ásperas que esconde

Entumecido el mar; encuentra Nuño
Por calles y plazuelas. Era entónces
Tal la inseguridad, y tan frecuentes
En plena paz rebatos é invasiones,

Que no era extraño el popular asombro.
Con algunos hidalgos y otros hombres
De cuenta Nuño habló, que apresurados
Aprestaban sus armas y trotones.

Todos le afirman que los moros vienen,
Y que las vegas inmediatas corren;
Mas de su intento y fuerza las noticias
No son ni positivas ni conformes.

Nuño y el Arcipreste, y dos personas
De autoridad resuelven á la torre
De la iglesia mayor, que dominaba
En torno las llanuras y los bosques,

Subir á cerciorarse por sus ojos
Del peligro, que tiene en tal desórden
Y terror la comarca. Lo ejecutan,
Y sólo ven á gran distancia, á trote

Veinte moros venir hácia la villa;
Sin parecer en todo el horizonte
Ni más armadas huestes, ni banderas,
Ni polvo, ni aún rumor. Los resplandores

Del sol demuestran que con armas vienen;
Mas ni furor ni hostiles intenciones
Su modo de marchar. No de milanos
Banda voraz, que hambrienta reconoce,

Y el indefenso palomar embiste,
Parecian los moros trotadores;
Sino banda pacífica y alegre
De apacibles cigüeñas, que los montes

Del Africa dejando en primavera,
Un alto pino ó solitaria torre
Buscan, para anidar en nuestro clima,
Y pasar la estacion de los calores.

Nuño y los que con él observan, luégo
Lo advierten todo; su temor calmóse,
Y mandando cesar del campanario
Los alarmantes y molestos toques,

Vuelto curiosidad el miedo, bajan,
Refieren lo que han visto, y los temores
Procuran aquietar del necio vulgo;
Y treinta hidalgos se arman y disponen

A salir al encuentro de los moros,
Para inquirir mejor sus intenciones;
Mientras Nuño á informar de todo á Lara,
Y su inquietud á sosegar volvióse.

Los árabes jinetes conocieron,
Al salir á lo llano desde el monte,
El gran terror que su presencia daba;
Y la llanura atravesar á trote,

Para abreviar su marcha, dispusieron;
Y ya en la villa entraban, cuando en órden
Los treinta hidalgos vieron. Asustados
A su turno, detiénense, y á voces

Paz... amistad, repiten; blancos lienzos
Sobre los hierros de sus lanzas ponen
Y los dos que los jefes parecían,
Sin sacar los alfanjes, á galope

Avanzan á encontrar á los armados:
Los cuales al momento que conocen
Las señales pacíficas, esperan,
Y las armas mortíferas deponen.

Los dos caudillos de la gente mora
Asaz diversos eran: un jóven,
De extremada beldad y gentileza:
El otro, anciano, venerando y noble.

Armas ricas y ricas vestiduras
Ostentan ambos con ilustre porte,
Sobre sendos caballos cordobeses,
Fuerter, revueltos, ágiles, veloces.

El segundo, en lenguaje de Castilla,
Dijo á los castellanos: «Bien, señores,
En vuestras armas y apostura veo,
Que enemigas juzgáis las intenciones

Con que á Salas venimos; pero os juro,
Que son sólo de paz. Fuerzas mayores
Que esta tropa no vienen con nosotros,
Y esta no es de soldados lidiadores;

»Es sólo de pacíficos esclavos,
Gente, cual veis, sin disciplina y órden:
Y las armas escasas que traemos,
Son armas de viandantes, que agrios montes

»Y solitarias selvas han pasado.
Mas si recelo os dan, estoy conforme
En deponerlas al momento. Somos
Amigos y rendidos servidores

»De vuestro alto señor Gustios de Lara;
Y sabiendo ha salido de la torre,
Donde fué injustamente aprisionado,
A presentarle el homenaje y dones

»Venimos de amistad. A su presencia
Llegar nos permitid.» — Dijo y alzóse
Vago rumor entre los treinta hidalgos,
Que, un instante indecisos, no responden.

Uno de ellos astuto recelando
De infieles sólo engaños y traiciones,
Con ronca voz le preguntó sañudo:
«¿Vienes de parte de Gíafar?» — El jóven

Con el rostro alterado, ántes que el viejo,
Contestó: «¿Acaso nos juzgáis traidores?...
Ya no vive Gíafar, gracias al cielo.»
—Otros al ver, que ápenas de prisiones

Lara está libre, mensajeros moros
Con tal empeño hablarle se proponen,
Dan á recelos y á sospechas viles
Entrada; y casi del difunto Conde

Y del señor de Barbadillo aprueban
La gran severidad y los rígores.
Mas al fin todos el temor perdiendo,
Y cautivados del aspecto noble

Y generoso del infiel anciano,
Y del semblante y actitud del jóven;
Replican á una voz, que entren en Salas
Con su acompañamiento. Se disponen

A servirles de guía hasta el palacio,
Y por la villa entraron en buen órden.
Mezclados los cristinos con los moros
En tranquila amistad y unión conformes.

Todos los habitantes de la villa,
Que tan despavoridos á los montes
Trataban de acogerse, larga rienda
Sin más exámen dando á sus terrores:

Seguros ya de que infundados eran,
Tornado el miedo confianza, corren
Para verlos pasar, con gran bullicio
Ocupando las calles y balcones.

Muchos ancianos al mirar los rostros
Del mancebo y del viejo, reconocen
Personajes que han visto en otro tiempo,
Pero sin recordar cómo ni dónde:

Y un mendigo andrajoso, que á los Laras
Sirvió de podenquero, y que entregóse,
Cuando luégo fué echado del palacio,
A la embriaguez continua, desde entónces

Acá creciendo con la edad el vicio;
Dando traspies, codazos, pisotones,
De borracho y mendigo con la audacia
Penetró entre la turba. Aproximóse

A los dos personajes cordobeses,
Y mirando al mancebo, en roncas voces
Mal pronunciadas exclamó: «¡Milagro!!!
¡Y milagro patente!!!!... Este es, señores,

»Gonzalo, de mis amos el más chico.
Vedle tan mozo y de tan sano porte,
Como aquel día que venció en la justa
Al montañés gigante; y este noble

»Anciano que amoroso le conduce,
Es el patriarca Abran. Los reconocen
Mis ojos, y los ven sin estrellitas,
Pues no he catado el vino desde anoche.

»¡Milagro!!! sí... ¡milagro, y gran milagro!!!»
A tan extraños gritos levantóse
Sordo rumor entre la espesa turba,
Y apiñándose todos en desórden

Sobre aquel que los daba, al conocerle,
Rompen en carcajadas. Mas el pobre,
A quien más que los pies la frente pesa,
Entre tantos vaivenes y estrechones

No pudiendo tenerse, cayó al suelo,
Y lo regó del vino, que la noche
Anterior se bebiera, según dijo,
Y á que debió su perspicacia entónces.

Efecto sin embargo produjeron
Su extraña idea y balbucientes voces.
El cordobés mancebo, al escucharlas,
De púrpura esmaltó su rostro noble:

El del anciano se cubrió de gozo;
Y á varios de la villa despertóles
Recuerdos de lo antiguo; pues al punto
La semejanza extraña reconocen,

Que hay en talle, semblante y apostura
Entre Gonzalo Lara y aquel jóven.
Otros que al viejo musulman observan,
Notan que su figura es muy conforme

A una estatua antiquísima de mármol,
De senador ó cónsul, que de poste
En una esquina de la iglesia estaba,
Y á quien de Abran le daba el vulgo nombre (32).

Advirtióse tambien, que por las calles
Con la certeza va de quien conoce
Perfectamente el sitio: circunstancias,
Que tomando al momento los colores,

Con que las cosas más comunes vuelve
Prodigios la ignorancia de los hombres;
Hace de aquellos huéspedes personas
Del otro mundo. Pronto acrecentóse

Tan rara especie, y adquirió gran cuerpo
En la imaginacion y en las pasiones
Femeniles; pues viejas y muchachas,
Que es Gonzalo aseguran y suponen;

El alma de Gonzalo, que vestida
De fantásticas formas, y por órden
Del justo cielo, á consolar al padre
Viene, y á castigar calumniadores.

Ya entre la muchedumbre circulaba
Con gran asombro de *Gonzalo* el nombre;
Cuando la cabalgada del palacio
Llegó á la plaza, y al entrar, paróse.

El viejo cordobés, notando al punto
Tapiados la alta puerta y los balcones,
Y los signos de afrenta y de ignominia
(Que al momento cual tales reconoce),

Retembló, suspiró, y algo le dijo
En su arábica lengua al tierno jóven,
Que grande agitacion tambien mostraba.
Y picando de nuevo, dirigióse,

Sin preguntar á nadie, del palacio
El postigo á buscar, cual quien conoce
Perfectamente el edificio; y muda
La turba inmensa en confusion siguióle.

En conjeturas varias divertido
Aún Lara estaba en su sillón de roble,
Disputando con Nuño, y rodeado
De escuderos y armados servidores;

Pero el vecino estruendo de herraduras,
El crujir de las armas, los rumores
De la confusa muchedumbre oyendo,
A retirarse cauto se dispone;

Y por dos escuderos sostenido
Estaba ya de pié, cuando en desórden
Ante él la mora y castellana gente,
Y la caterva popular paróse.

Lo advirtió, y levantando la cabeza,
Vistió de dignidad su aspecto noble;
Y el anciano andaluz en él los ojos
Clavando ansioso, en resonantes voces

Dijo al tierno mancebo: «Este es tu padre:
Ante sus plantas á arrojarle corre,
Y absorto el mundo al verte entre sus brazos,
La Providencia omnipotente adore.»

No había terminado estas palabras,
Cuando el mozo, dejando los arzones,
Exclamó: ¡Padre!!! y prosternado en tierra,
Del ciego á las rodillas abrazóse.

Al mismo tiempo conociendo Nuño
Al anciano, cual fuera de sí, rompe:
«Oh Zaidel... oh bienhechor!... oh tierno amigo!»
Y se arroja en sus brazos. Yerto, inmóvil

Lara quedó. La falta de los ojos
Le sumerge en un mar de confusiones.
De ambos moros la voz no le es extraña...
Mas cuando al docto Zaidel nombrar oye,

Y siente que le estrechan unos brazos,
Y repetir de *padre* el dulce nombre,
Y que en sus manos trémulas se imprimen
Unos labios de fuego; reconoce

Toda su dicha, y embargada el alma,
En el sillón sin fuerzas derribóse.
Mudarra, Zaidel, Nuño, el Arcipreste
A darle auxilio en derredor se ponen;

Callando el pueblo, que asombrado mira
Prodigios donde quiera y confusiones.
Mas no volviendo Lara del desmayo,
Retirarle de allí Nuño dispone;

Y él y Mudarra del sillón asiendo,
Al palacio lo suben. Varios hombres
De cuenta, el Arcipreste y los hidalgos
Le siguieron en pos. Zaidel la órden

De entrar en el gran patio da á los suyos.
Y Nuño, de que al punto se coloquen
En el postigo aquel dos hombres de armas
Y que á la multitud el paso estorben.

De gran dicha la luz inesperada,
De gran desastre el impensado golpe,
Hacen por lo comun el mismo efecto
En el sensible corazón del hombre;

Que es, sorprenderlo y embargarlo todo,
Confundiendo su aliento y sensaciones
En tan hondo estupor, que hasta peligro
Hay de que en muerte súbita se torne.

Así el anciano Lara, en el momento
Que de su confusión pasó el desórden,
Y conoció que estaba en su presencia
El hijo aquel, de sus afanes norte;

Exánime cayó, y en largo rato
Más insensible que el helado bronce,
Ni el labio alienta, ni los brazos mueve,
Ni á las personas que le cercan, oye.

En un salón sobre su tosca silla,
En que tiembla tan sólo se conoce,
Y en el calor de sus flexibles miembros,
Que aún sangre y vida por sus venas corren.

El Arcipreste confundido apela
A salmos y á devotas oraciones;
Vinagre y agua en el marchito rostro
Esparce Nuño; viejos servidores

Desalentados giran; y en el seno
De Zaidel atigüidísimo se esconde
Mudarra, hundido en el terror. Muy pronto
La agitación universal calmóse.

Viendo moverse al respetable anciano,
Y que el letargo, que le oprime, rompe,
Pues lanzando un suspiro, de repente
Se incorpora, vivisimas colores

Dando á su faz, y en derredor tendiendo
Los brazos exclamó: «¿Dónde está, dónde
El hijo de mi amor?—¿quí, á tus plantas,»
En ellas arrojándose veloce,



Le respondió Mudarra. Y el anciano
A buscarle inclinándose, estrechóle
Contra su seno, alzándolo de tierra,
Y, «Ven, le dijo, ¡oh dulce prenda!... ponte,

«Siéntate en estas débiles rodillas,
Pues les da el cielo bienhechor que gocen
El dulce peso de mi amado hijo:
Reclínate en mi pecho, y que recobre

«Con tu fuego calor... ¡Hijo del alma!
¿Hay más feliz que yo nadie en el orbe?...
¡Hijo mio!... ¡mi bien!... ¡hijo! Mi labio
Saber no quiere articular tu nombre:

«Diego, Martín, Fernando, Suero, Enrico,
Veremundo, Gonzalo... aquel que brote
De estos primero mi memoria, el tuyo
Será, y feliz en mis delirios logre

«En tí á los siete recobrar.» Diciendo
Así, cubría del hermoso joven
Con lágrimas y besos el semblante;
Mas cesó de repente y anublóse

Su venerable faz, alzó los brazos,
Y con voz que partió los corazones,
«¡Oh cielos! exclamó; dadme la vista
Un momento, no más, no más... que logre

«Ver yo, sólo un instante, al hijo mio,
Y vuelva á hundirme en sempiterna noche.»
Quedó en silencio, y en silencio todos
Los presentes también. Pero tornóse

De nuevo el padre al hijo idolatrado,
Otra vez en su seno reclinóle,
Respirando su aliento embebecido;
Y con las manos trémulas, que entónces

El oficio llenaban de la vista,
Le palpaba del rostro las facciones,
La robusta cerviz, los anchos hombros,
Y los nervudos brazos. Reconoce

El traje musulmán, y, «oh Dios, prorumpe;
Nacido del pecado en los errores.
No quiero verle hasta que vuestro sea.
Al venir á mis brazos, ¿fué tu norte,

«Hijo, la santa fe de tus abuelos?...
¿Vienes para abjurar la secta torpe,
Que, ¡infelice! profesas?»—«Padre mio,
Le responde Mudarra, que hasta entónces

Embargado de gozo y de ternura
Apénas alentó: no reconoce
Más voluntad mi pecho que la vuestra;
Obedeceros es mi único norte,

«Mi solo afán el ser vuestro consuelo;
Y vengándoos de pérfidos traidores,
Vuestra inocencia demostrando al mundo,
La gloria restaurar de vuestro nombre.»

Tembló el anciano al escuchar al hijo:
De gozo y de terror su faz cubrióse
Alternativamente; y en un punto
Brillaron los fulgentes arrebóles

De esperanzas altísimas en ella,
Y del espanto y desaliento atroces
Las pavorosas nubes la cubrieron.
Quedóse mudo un breve espacio, inmóvil.

Mas triunfando en su pecho las ideas
De religion, ó acaso los temores
De aún perder aquel hijo inesperado,
De nuevo entre sus brazos estrechóle,

Cual si esconderle en ellos pretendiera;
Y girando la faz sin vista, donde
Se pintaba el horror de quien en torno
Los puñales descubre y gritos oye

De alevos asesinos, que venganza
Escuchando anunciar, tiemblan y corren
A exterminar al vengador, ocultos
Entre las densas sombras de la noche;

«No pienses tal, mi bien; nunca, hijo mio,
Le contestó con penetrantes voces:
¡Exponer tu existencia por vengarme!
Jamás, jamás... ¿Qué importa de los hombres

»La opinion, si los cielos mi inocencia
Y mi lealtad, y mi honradez conocen?
No quiero, no, venganzas, hijo mio,
Funestas siempre á quien tras de ellas corre.

»Perdonados están mis enemigos:
Perdonados están. ¡Dios me perdone
Como yo los perdono, hijo del alma!...
¿Tú exponerte? jamás!!!—Padre, responde

»El gallardo mancebo, padre mio!...
¿Y vengo á pronunciar tan dulce nombre,
Para que el hijo del traidor me llamen,
Y ser ludibrio y maldicion del orbe?

»¿Para al triunfo servir de la impostura,
Y perpetuar, en vez de sangre noble,
Una sangre afrentada, envilecida?...
¿Para heredar en fin esos borrones,

»Que de este alcázar la fachada enlutan
Gritando *infamia* con eternas voces?»
Se escandeció la faz del ciego Lara
Al escuchar al generoso jóven,

Cuyas palabras como rayos fueron
Que penetrando en el helado bosque,
Por más que esté de nieves abrumado,
Lo incendian al momento. Estremeciése

Gustios de Lara: el fuego de su hijo
Fulminante abrasó su pecho noble;
Y la resignacion ó indiferencia,
Que el padecer, la edad, las alicciones,

La religion, y hasta el despecho mismo
Dieron á su alma helada, disipóse,
En aquel tiempo renaciendo en ella
El amor á la gloria. De su nombre

La infamia y el baldon de su familia,
Que ya en él no concluye, y los horrores
De su afrentosa situacion de pronto
Descubre, y asombrado reconoce;

Y que ni hijos, ni bienes, ni descanso
La deshonra compensan.—Encaróse
(Cual pudiera gozando de la vista)
Con Mudarra, del seno separóle,

Poniéndole ambas manos en los hombros,
Y dijo en voz solemne: «¿Eres tú, oh jóven,
Ministro de las iras del Eterno?
¿Será tu esfuerzo tal, dí, que me borre

»Esos signos de afrenta, y que restaure
De mi familia el calumniado nombre?...»
No pudo proseguir; fué harto violento
El cambio repentino de pasiones

Que su cascado corazon sintiera.
Agitacion terrible conmovióle,
Y embargada la voz, convulso todo,
En el cuello del hijo reclinóse.

Tomando la palabra en aquel punto
Zaide, el prudente Zaide, que hasta entónces
En ternísimas lágrimas deshecho,
Mudo, cual los demás espectadores,

De hijo y padre la escena contemplaba,
Prorumpió en firme acento: «Reconoce,
Oh Lara insigne, al que en tus brazos tienes
Cual mensajero del Autor del orbe.

»Él te lo envía á demostrar al mundo
Que nunca deja impunes los atroces
Crímenes, y que siempre á la inocencia
Da su eterna justicia vengadores.

»El cielo con prodigios lo ha mostrado,
Y alto principio ha dado ya este jóven
A su santa mision. Sí, Gustios Lara,
Para que le dé cima y la corone,

»A tus plantas lo traigo. Es hijo tuyo;
Mas sólo fuera un infortunio enorme
Un hijo, en tus terribles circunstancias,
Si de tu casa, de tu gloria y nombre

»Restaurador no fuera. Ánimo, amigo:
Hijo y vengador tienes. Lo dispone
Así el Omnipotente, y sus decretos
Se cumplen á despecho de los hombres.»

Al acento de Zaide, recobrado
Tornó en sí Lara, y extendiendo, adonde
La voz oyó, los brazos, «¡Zaide, grita,
Mi generoso Zaide!... llega, corre

A abrazarme... Despues de á Dios, amigo,
A tí sólo deudor se reconoce
Este anciano infeliz de la alta dicha,
Que fin á todos sus desastres pone.

»Llega á mis brazos, vuela... Y tú, fiel Nuño,
Ven y estrecha en los tuyos á este jóven.
Hermano es ¡ay! de aquellos que educaste;
Reciba tambien este tus lecciones.

»Vos, ¡oh Arcipreste! al Dios de tierra y cielo
Con sacros himnos y con santas voces
Gracias solemnes dad, y suplicadle
Que á este hijo de mi amor nunca abandone.

»Y vosotros, oh ilustres caballeros,
Mis parientes y fieles servidores,
Ved al que el brazo del Señor me envía
Para heredero de mi casa y nombre.

»Reconocidle como á tal: de Salas
Será, como lo fueron sus mayores,
El padre y defensor; y vuestros hijos
La victoria hallarán tras sus pendones.»

Dijo el anciano: enmudecido Zaide
En sus trémulos brazos arrojóse:
Nuño con gran cariño de Mudarra
Besó la ardiente faz. El sacerdote

Al arteson las palmas levantando,
En un *Te Deum* prorumpió; y al jóven
Cercando los hidalgos y escuderos,
Hincada una rodilla, en altas voces

Le rinden de lealtad el homenaje,
Y futuro señor le reconocen
Del estado de Salas: ofreciendo
La antigua estancia, á media luz entónces,

Un cuadro digno de que el gran Velazquez,
Gloria de los pinceles españoles,
O el insigne Rembrandt, ejercitaran
En él su ingenio y mágicos colores.

Referir del anciano y ciego Lara
Las palabras y varias sensaciones,
Al recibir el misterioso anillo,
Que el discreto mancebo presentóle,

Reconociendo al punto con el tacto
Sus combinadas piedras y labores;
Y contar el horror, pasmo y asombro
Que muestra, cuando á Zaide contar oye

Del tirano Giafar la horrenda muerte,
Primera hazaña del mancebo noble;
Y su llanto pintar y desconsuelo
Al escuchar, pues fué terrible golpe

Para su corazon, que no existia
El astro de sus últimos amores;
Y repetir de Zaide y de Salido
Los recuerdos, preguntas é ilusiones;

Y del docto Arcipreste las arengas;
De las dueñas y antiguos servidores
Del palacio el contento y esperanzas;
Y las patrañas necias y discordes

Que en Salas discurrieron aquel día,
Fuera perderse en intrincados montes,
Y navegar un piélago insondable,
Sin hallar puerto, ni encontrar el norte.

—Ya el sol hacía el ocaso declinaba
A esconderse en nevados horizontes,
Cuando nuevo rumor nació en la villa,
Y nueva confusion en ella alzóse,

Llegando hasta el palacio el vago estruendo
De festivas carreras y de voces,
En que, si ántes sonaba *moros, moros*,
Ahora sólo se escucha *¡el Conde! ¡el Conde!*

El nuevo soberano de Castilla,
Fernan-Gonzalez de glorioso nombre,
A gozar de aquel día delicioso,
Tregua del crudo invierno, por los bosques

Y llanuras que Salas señorea,
Corriendo galgos y volando azores,
Con sus pajes andaba y ballesteros,
Y con lo más granado de su corte.



Rui-Velazquez tambien le acompañaba;
Pues aunque ni el favor ni gracias goce
De su nuevo señor, aún el gobierno
Conserva del Estado; porque á un hombre,

Que con tan gran poder por tantos años
Rigió las riendas de él, en el desórden
De aquellos tiempos, peligroso fuera
Intentar arrancárselas de un golpe.

Gozaba pues del campo los placeres,
Y de abundante caza el nuevo Conde,
Por aquellos contornos; cuando el eco
Con que los huecos y agitados broncees

Tocaban á rebato resonantes
De la iglesia de Salas en la torre,
Escuchó con sorpresa. Luégo al punto
Los fugitivos pálidos que al monte,

Томо I

Se refugiaban, diéronle la nueva
De que los Sarracenos invasores
Atacaban la villa. Con desprecio
La recibió al principio; por entónces

Reinaba paz, y la frontera estaba
Léjos, y defendida de agrios montes
Erizados de nieve. Pero llegan
Más y más fugitivos, que conformes

La noticia repiten, y la afirman
Los lejanos lamentos y clamores,
Que ensordecen la atmósfera, mezclados
De las campanas con los recios sonos.

Se enardeció del gran Fernan-Gonzalez
La sangre juvenil y el pecho noble,
Al pensar que tan cerca de sí tiene
Al enemigo del cristiano nombre;

Y de su alto valor arrebatado,
Valor que en aquel siglo fué del orbe
Admiracion, y que en el nuestro aún vive,
En fama duradera más que el bronce;

Quiere á Salas volar. A los monteros
Y á los pajes reuniendo, se dispone,
Sin más armas que sólo su venablo,
A embestir con los moros invasores.

Velazquez y los otros caballeros
De edad madura y de experiencia, acordes
Tan ciego ardor prudentes desaprueban;
A su gallarda decision se oponen,

Hasta tener noticias más exactas;
Consiguen contenerlo, y á galope
Un escudero diligente envían,
Que llegue á Salas, y que lengua tome.

Quedó entre tanto, á su pesar, el fuego
De su alma noble conteniendo el Conde,
Como el lebrél gallardo en la trailla,
Cuando ve al jabalí cruzar el monte.

Pronto cesó el clamor de las campanas,
Y el estruendo lejano; por el bosque
No se vieron cruzar más fugitivos,
Y todo indicio de terror calmóse.

Quién que la alarma fué falsa, presume;
 Quién teme que los moros invasores
 Dueños son de la villa... todos ansian
 Que el escudero explorador retorne.

Al cabo de gran rato, á toda rienda
 Le ven llegar, y en su reedor se ponen;
 Y él refirió, que veinte Sarracenos
 El rebato causaron y el desórden:

Mas que luégo se supo que venian
 De paz, y con amigas intenciones,
 A ver á Gustios, al señor de Lara,
 Y que con él y con algunos nobles

Quedaban en su alcázar encerrados.
 Calló, suspenso con la nueva, el Conde,
 Y de curiosidad extraña llena
 Su comitiva se mostró. Cubrióse

La frente de Velazquez de una nube.
 Ardió un rayo infernal en sus traidores
 Ojos, y con voz ronca y fiero orgullo
 Así á Fernan-Gonzalez dirigióse:

«Ya lo escuchais, señor: mirad ahora
 Si eran tan infundadas las razones
 Por que me opuse á la bondad incauta
 Con que á Gustios sacasteis de la torre.

«Que debiera haber sido su sepulcro.
 Porque conozco el corazon del hombre,
 Y que el de ese infeliz es la guarida
 De la loca ambicion y las traiciones;

«Que le dejaseis ahorrado quise,
 Como deben estar tigres feroces.
 Vos despreciasteis mi experiencia... vedle
 Apenas libre, aunque tan viejo y torpe,

«La antigua trama renovar. Miradle
 Por los infieles, del cristiano nombre
 Constantes enemigos, visitado;
 Y ya tal vez el pérfido dispone

«Y traza de Castilla el exterminio,
 Cual lo trazó ayudado de traidores,
 Cuando sin esta espada y este brazo
 El trono vuestro no existiera.»—El Conde,

Que con frente ceñuda le escuchara,
 Con amarga sonrisa respondióle:
 «Tal vez será inocente la visita
 Que hacen los Sarracenos á ese pobre

»Y ciego anciano; á consolarle puede
 Que ya amigos, ya viejos servidores,
 Que allá en Córdoba tuvo, vengan sólo:
 Sospechas no son pruebas.» Asustóse

Velazquez, ya coloso á quien flaquea
 Por el cimientó la cuadrada mole
 En que la planta estriba, y encubriendo
 Su turbacion, contesta: «Se conoce

Que os ciega la bondad por Gustios Lara;
 Que la experiencia os falta, y que sois jóven.
 ¿Inocente juzgais esta consulta
 De los moros con él?... Exploradores,

»Satélites infames son sin duda
 Del infame Almanzor.»—Escandecióse
 El señor de Castilla, así escuchando
 Dar de infame á Almanzor el sobrenombre.

Admiraba á aquel héroe sarraceno,
 Aunque infiel y enemigo, allá en su noble
 Pecho de ser rival de sus hazañas
 Nutriendo la ambicion; y así responde

A Velazquez: «Si acaso son espías,
 Si enemigos cubiertos y traidores
 Esos moros, que á Salas han venido,
 A fe de caballero y por mi nombre

»Te juro, que serán esclavos viles
 De tu amigo Giafar, no servidores
 Del glorioso Almanzor.»—Desconcertado
 Velazquez más y más, su faz cubrióse

De amarillez siniestra; pero al punto
 Con labio balbuciente replicóle:
 «De Giafar ó Almanzor, sólo paganos,
 De Castilla enemigos á esos hombres

»Contemplo; y como á tales, anatema
 Sobre ellos, sus parciales y fautores
 Debe al punto caer. Señor, permite
 Que vaya, y por mí mismo me cerciore

»De sus intentos, sorprendiendo á Lara,
Mientras con ellos conferencia acorde;
Y dejad á mis años y experiencia
El que segun las circunstancias obre,

»Como al bien de la fe, y al del Estado,
Y al de vuestra persona más importe.»—
Dijo, y sin esperar respuesta alguna,
A partir para Salas se dispone;

Pero Fernan-Gonzalez le detiene,
Diciendo: «Iré con vos;» y da la orden
A cuantos le circundan, de seguirle,
Poniendo al punto su caballo á trote.

Todos le obedecieron silenciosos;
Cruza la cabalgada por el bosque,
Y Velazquez confuso, despedido
En pos de su señor, y mudo corre,

Cual demonio que atado á los conjuros
De un mago bienhechor, tras él veloce
Va, á su pesar, á deshacer la trama,
De que se prometió daños enormes.

Al entrar en la villa el Soberano,
Alegre el pueblo prorumpió en las voces,
Que del palacio del señor de Lara
Llenó los patios y altos corredores;

Y á poco del salon, donde el anciano
Con el hijo, el amigo y servidores,
Todos sus infortunios olvidaba,
La doble puerta con estruendo abrióse.

Tras de seis ballesteros y dos pajes
Entró gallardo de Castilla el Conde,
En su talle gentil y faz hermosa
Mostrando el temple de su pecho noble.

Un sayo carmesí de oro bordado,
Una ancha cuera recamada, y sobre
El pecho un primoroso talabarte
Con castillos de plata por botones,

Una ligera toca de velludo
Adornada de plumas de colores,
Y de piel de pantera las abarcas,
Eran el traje del augusto jóven.

Un venablo empuñaba con la diestra,
Y con su cascabel y capirote
En el puño siniestro sustentaba
Un fiero azor. Algunos ricos-hombres

Entraron en pos de él, y Rui-Velazquez
Con aspecto feroz y altivo porte;
Pero al poner en el salon la planta,
Quedó cual asesino, que en el monte

De su víctima encuentra de repente
El vengador espectro á media noche.
—Gustios de Lara, entrambos sarracenos,
Y los hidalgos, al entrar el Conde,

Quedaron en silencio respetoso;
Y el ciego anciano del sillón alzóse,
Por Nuño y por Mudarra sostenido.
Fernan-Gonzalez calla, y reconoce

Con penetrantes ojos en un punto
Cuanto le cerca. El venerando y noble
Aspecto admira del señor de Lara,
Con honda compasion; del moro jóven

El abierto semblante y gallardía,
Con vehemente interés; el grave porte
Del moro anciano, con respeto; y halla
En los hidalgos conocidos nombres

De lealtad y valor. Con suave acento
Así el silencio que reinaba, rompe:
«¿Qué es esto, Gustios Lara?... Estos infieles
¿Con qué objeto, decid, con qué intenciones

»A Salas han venido?» El ciego ilustre,
Con gran respeto, la firmeza noble,
Que es sólo propiedad de la inocencia,
Dejando ver, tranquilo respondióle:

«Que estoy en la presencia soberana
De mi señor, del castellano Conde,
Me dicen las preguntas que he escuchado:
El solo puede hacérmelas; y pone

»En su punto la santa Providencia
Hácia mí, desdichado, sus favores,
Trayéndole á este alcázar en el día,
En que piadosa y justa me socorre.

«Esto es, señor, que el brazo del Eterno
Siempre da á la inocencia vengadores,
Y que por más que la maldad tolere,
Al fin las tramas del inicuo rompe.

«De estos huéspedes son, pues lo preguntas,
El objeto y las altas intenciones
El pedirnos justicia, reclamando
La honra y la fama de mi antiguo nombre;

«Y lanza á lanza, á todo trance, á muerte,
Con el inicuo acusador, que ose
Sustentar las calumnias que me han hecho
El más desventurado de los hombres,

«Combatiendo con prueba irresistible,
Con la prueba de sangre, que responde
Siempre al juicio del cielo, mi inocencia
Hacer patente y mi lealtad al orbe.

«De los dos el anciano es Zaide, Zaide...
Basta nombrarle; España le conoce:
Y este mancebo cordobés, ¡mi hijo!
Sangre de Lara por sus venas corre.—

Gran conmocion, sorpresa, mudo asombro
Pintaron actitudes y facciones,
Oyendo tal, de pajes, ballesteros
Y magnates del séquito del Conde.

Este quedó cual suele el que perdido
Por intrincada selva en negra noche,
Al resplandor de inesperada lumbre
El camino anhelado reconoce:

Y Velazquez, que al punto en que la planta
Puso en la estancia aquella, yerto, inmoble
Clavó en tierra la vista, y que al momento
Que Lara empezó á hablar, estremeciósse,

Todos sus miembros el temblor mostrando
Que las hojas del álamo en el monte,
Cuando le da una ráfaga de viento;
Apénas pronunciar á Gustios oye,

Este es mi hijo, levantó los ojos
(Hubiera dado su existencia entónces,
Por que del basilisco el fiero influjo
Tuvieran), enclavólos en el joven,

Y vió una aparicion, viendo la imágen
De Gonzalo. Su sangre toda helóse,
Se le erizó el cabello, un alarido
Lanzó que hizo tronar los artesones.

Diz que la garza, que orgullosa al aire
En la region suprema cruza y rompe,
Burlando altiva con ligero vuelo
La destreza y furor de los azores,

Cuando aquel que ha de darle cruda muerte,
Del puño parte, al punto lo conoce
Por un instinto peculiar, y asorda
Las altas nubes con dolientes voces.

—Aquel momento de sorpresa y pasmo
Universal no pierde Zaide, y corre
A Mudarra, á quien tiene prevenido
De antemano con sábias instrucciones;

Y le anima, y le impele por la espalda
Hácia las plantas del gallardo Conde,
Al cual de esta manera con despejo
Habló, doblando una rodilla, el joven:

«Inclito soberano de Castilla,
A quien los cielos de ventura colmen:
Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Vítima de malvados y traidores,

»Es mi padre: mi madre fué Zahira,
Hermana de Almanzor. La sangre noble,
Que arde en mi pecho, restaurar me manda
De mi familia el mancillado nombre;

»Y vengo á vuestras plantas, la inocencia
Y la lealtad á demostrar al orbe
Del que me ha dado el ser, del padre mio,
Con la prueba de sangre. En vuestra corte

»Está el acusador, está el alevé,
Que con calumnias bárbaras y atroces,
De vuestro antecesor la alta justicia
Sorprendió con engaños y traiciones.

»Rui-Velazquez se llama; yo le emplazo
A combate de muerte. Egregio Conde,
No me podeis negar campo seguro
Dentro de vuestras tierras, si conforme

»A las leyes reíais, y yo os lo pido.» —
No dijo más el agitado jóven:
Quedó en silencio la espaciosa cuadra,
De Velazquez la estrella oscurecióse.

El más vivo interés, el entusiasmo
Más puro en la actitud y en las facciones
Del gran Fernan-Gonzalez relucieron;
Simpatizando con el alma noble

De Mudarra la suya. Y envidiando
Casi tal ocasion de alto renombre
Conseguir, combatiendo con justicia,
Por la virtud hollada, respondióle,

Teniendo que esforzarse y contenerse,
Por no echarle los brazos: «Corresponde
A la sagrada obligacion de hijo
A su padre vengar, y á todo coste

»Aclarar su inocencia. Vuestro intento
Es heróico y es santo; pero, jóven,
Ved que aquel que se arroja temerario
A la alta empresa de mostrar al orbe

»Los júicios de Dios, si muy seguro
No está de la verdad ¡qué horror! se expone
A que el cielo confunda su osadía.
Campo seguro me pedís, conforme

»A los usos y leyes de mi estado;
Yo os le concedo en medio de mi corte,
En la plaza de Burgos. Mas primero
Diga vuestro contrario, qué responde:

»Rui-Velazquez, hablad.» —Al oír Mudarra
De su enemigo pronunciar el nombre,
Y al mirarle salir de entre la turba,
Lanza un ronco alarido, en pié se pone,

Y pálido y temblando, «¡Qué...! ¡Aquí estaba!
¡Y en mi presencia!... ¿y vive?» grita, rompe
El albornoz, y al puño del alfanje
Lleva la diestra. Zaide se interpone,

Y le arrebató, y le retira, y dice:
«¿Qué vas á hacer, mancebo?» —Levantóse
Rumor sordo y confuso, semejante
Al subterráneo aterrador que se oye

Antes de un terremoto; y todos clavan
Los ojos en Velazquez, que del Conde
Aparece á la voz, como el cadáver
Que obediente al conjuro, en pié se pone.

Dejóse en medio ver, y cuando advierte
Que la atencion universal absorbe,
De su altivez sacando nuevo brio,
Dominarse logró (que era al fin hombre

Endurecido en crímenes, valiente,
Y á mandar avezado), y á su porte
Dando tranquilidad, y á su semblante.
De sardónica risa los colores;

Enmascarando su furor, cual vemos
Allá en Sicilia al empinado monte
Con engañosa faz de helada nieve,
Negar que en sus entrañas fuego esconde;

«Si es cosa extraña, con desprecio dijo,
El que escuches las necias pretensiones
De ese loco rapaz, aún más extraño
Es, señor, que me llames y provoques

»Para darle respuesta. ¿Por ventura
De Castilla han de estar los ricos-hombres
A la disposicion de advenedizos,
Y á la merced de viles impostores?

»Mira por tí, señor, y sin tardanza
Da á tus armados ballesteros órden
De que á esos dos infieles sospechosos
De los confines de Castilla arrojen.» —

Grito de indignacion sonó en la cuadra:
Quedó Velazquez como escollo inmóvil,
Y Zaide adelantando algunos pasos,
De esta manera con reposo hablóle:

»¿Aún de insultar al cielo no te cansas?
¡Ay, que apresta sus rayos vengadores!...
Me llamas impostor; ¿cuándo lo he sido?...
Mírame, Zaide soy... Bien me conoces.

»Llamas advenedizo á este mancebo...
Y ¿por qué de mirarle, aunque lo escondes
Con mentido desprecio y falsa risa,
Tiemblas y te confundes?... ¿Sus facciones

»Las de una de tus víctimas te copian?...
Hijo es de Lara, sí: con mudas voces
El cielo te lo dice; hijo es de Lara,
De Lara, el inocente, y de la noble

»Hermana de Almanzor.—Astuto moro,
Furibundo Velazquez atájole:
De una infiel y un traidor el hijo sea;
Mas te engañas, si piensas corresponde

»Con un bastardo vil medir su lanza
A un caballero de mi sangre y porte.»—
Nuevo rumor de indignacion resuena;
Del terremoto es ya. Los servidores

De la casa de Lara están á punto
De atropellar por todo, los estoques
Y dagas requiriendo; cuando el ciego,
Por Nuño dirigido, va del Conde

A arrojarse á las plantas, y lanzando
Gemidos, que los mármoles y bronces
Pudieran conmover, «¡Señor! exclama,
Miente quien de bastardo le da el nombre.

»Es mi hijo natural, que yo era libre.
Libre su madre.—Enternecido el Conde,
Y yo le legitimo, como puedo
Cual señor soberano, respondióle;

»Y aquel ceremonial con que en Castilla
Pueden reconocer los ricos-hombres

Por buenos á sus hijos naturales,
Os autorizo á celebrar.» Entónces

Rui-Velazquez, espíritu maligno
A quien compele, apremia, liga y pone
En el último trance el exorcista
Con la cruz santa y santas oraciones;

De espantosos relámpagos la lumbre
Dió á sus ojos siniestros y feroces,
Y ahogado de terror, tornado en Furia,
Así gritó con voz agria y disorde:

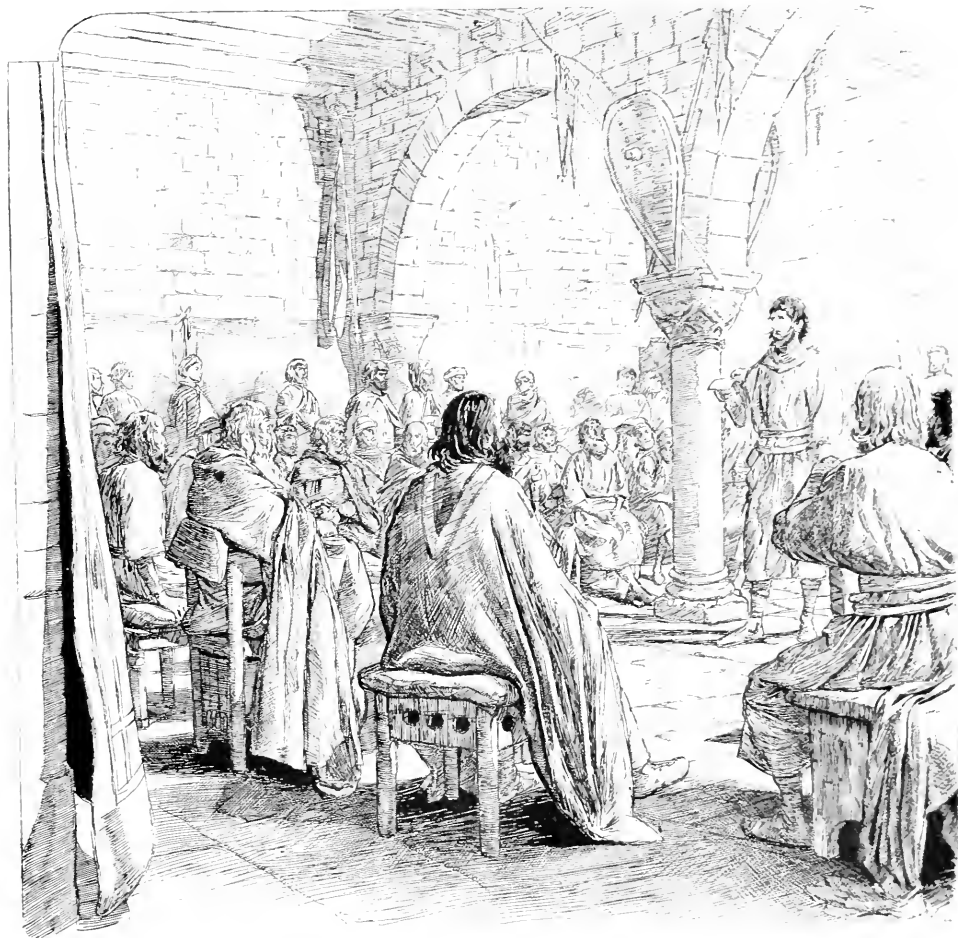
«Legítimo ó bastardo, ¿qué me importa?
Perezca, pues el cielo me lo pone
En las manos. Acepto el desafío:
Dentro de un mes, en medio de la corte,

»En la plaza de Burgos, con mi lanza
Te daré la respuesta, incauto jóven.»
Dijo, y desapareció con sus secuaces:
Al punto de caballos el galope

Afirmó su partida: cuantos cercan
Al ciego Lara y al agosto Conde,
Quedaron en el ancho desahogo
Con que respira turba de pastores,

Si el meteoro aterrador, que acaso
Angustiada la tuvo larga noche
Con su infausta presencia, se disipa,
O al occidente rápido traspone.

(32) Cualquiera que haya recorrido á España, habrá visto la abundancia de estatuas romanas que se encuentran, más ó ménos destrozadas, y que sirven de postes, sillares y cantoneras. Recuerdo que en Carmona hay á la puerta de un meson, empleado como poyo, un cónsul de mármol boca abajo; y durante la guerra de la independencia ví en un pueblo de Castilla otros tres empotrados en la pared de la iglesia, á los que llamaban *los santos patronos*. Ni hay que extrañar estas equivocaciones piadosas, cuando en la misma Roma llaman *Pasquino* á una estatua de Ajax, y *San Pedro*, en el Vaticano, á un Júpiter capitolino.



ROMANCE OCTAVO

Metiéndolo por la manga, y salirse s'ha por el
cabezon. *Travésalo ante tu vista.*

Sobre sí le es el puño,
O sobre sí s'ha el de.

.....
Hubo mientes como el puño,
Hubo puño como el mientes,
Diluvio de sombrazos,
Granizada de cachetes.

QUINTO, M. 177.

De la villa de Salas el palacio
Contraste singular y extraño ofrece:
De su fachada principal se elevan
Afrentadas y ciegas las paredes,

Y las macizas torres, dominando
Una desierta plaza, donde crecen
Bastarda yerba y cardos espinosos
Sobre helados fangales y entre nieves;

Mientras los toscos muros de la espalda,
Hoy adornados con guirnalda verde,
Señorean gozosos un espacio,
Que si un tiempo corral, ora aparece

Escombrado, regado con arena,
Y ocupado en reedior por turba alegre
De bullicioso pueblo. Y el postigo,
Aquel postigo humilde, que la suerte

Hizo la sola entrada del palacio,
Se ve guardado por armada gente;
Y en el patio interior cruzar los pajes
Y antiguos servidores, con sus vestes

De gala, aunque sin cifras ni blasones:
Todo en fin el apresto de un solemne
Ceremonial anuncia. A poco rato
Entre la multitud, que alzara al verle

Gozosos vivas, se acercó al postigo
Un mensajero que de Burgos viene.
Es heraldo del conde de Castilla,
Segun dice su traje, y le preceden

Tamboril y maceros. Danle entrada
Honrosa los armados, él descende
De la gallarda mula allá en el patio,
Y pajes y escuderos reverentes

Le conducen al punto á la escalera,
Do veinte hidalgos su llegada atienden,
Y hácia el salon con ellos se encamina
En que se celebraban los banquetes.

Era aquel mismo en que hace pocos dias
El conde y Rui-Velazquez diferentes
Afectos desplegaron, descubriendo
De Lara al hijo vengador. Mas tiene

Hoy mayor aparato y compostura:
Hojas de pino, arena y juncias verdes
Le dan alfombra, y á sus toscos muros
Adorno ricos paños y doseles.

En medio, en un sillón, que en parte cubre
Con groseros recamos un tapete,
Aunque de luto con flamantes ropas
En torno orladas de trencilla y pieles,

Sentado el ciego Lara está: á su diestra
Ocupa otro sillón el Arcipreste,
Y otro á la izquierda Zaide, y á los lados
Sendos escaños hay, do asiento tienen,

Tambien de luto y con primor vestidos,
De la casa de Lara los parientes.
Seis armados custodian la gran puerta;
Y de pié y en la mano los birretes,

Están tras el sillón de Gustios Lara
Escuderos y pajes, á su frente
Con pértiga de plata el mayordomo:
Inmóviles todos sin hablar parecen

Las figuras de un cuadro. A poco oyóse
Grande rumor de pueblo, cunde, crece
Por patios y escaleras, y se escucha
Fuera gritar: *En hora buena llegue*

Mensajero del Conde soberano
De Salas al castillo; y cual si hubiese
Un mágico poder en tales voces
Cuanto están en el salón, se mueven.

Quién ajusta su barba, toca y traje,
Quién hace rechinar su taburete,
Quién habla en voz sumisa á su vecino,
Y quién los ojos á la entrada vuelve.

Lara la faz alzó, en que los afectos
De inquietud, gozo y pena se suceden;
Y por órden que dicta el mayordomo,
La puerta abren los guardias. Aparece

El heraldo del conde de Castilla,
Que entrando á paso grave, con solemne
Acento, en la mitad del ancho estrado,
Salud, paz, atencion, grita tres veces.

Desarrolla un delgado pergamino,
Del que un sello de plomo atado pende
Con un listón dorado, y en voz clara,
Tras de un saludo al auditorio, lee

Un privilegio, por el cual el Conde
Permiso á Gustios Lara le concede
Para legitimar al hijo suyo,
Y como á sucesor reconocerle;

Y haciendo seña de que á leer llegaba
Las firmas, todos se alzan reverentes,
Y él se inclina, y pronuncia el alto nombre
Del señor de Castilla, y otros siete

De ilustres ricos-homes y prelados,
Que el privilegio afirman y sostienen.
Besa en seguida el blanco pergamino,
Lo lleva al pecho, aplícalo á la frente,

Y tras una profunda reverencia,
Lo entrega con respeto á Gustios. Este,
«Pues me autoriza mi señor, responde,
Para que al hijo natural eleve

»Al grado de legítimo, al momento
La usada ceremonia se celebre.»
El mayordomo al punto con dos pajes,
Mudo y con gran prosopopeya fuése

Hácia una puerta lateral, abríola,
Y por ella al salon seis dueñas vienen
Que parecen fantasmas; y en seguida,
Con largas tocas como pura nieve,

Y una bordada ropa rozagante,
La viuda del señor de Benavente,
Doña Guiomar, del noble ciego hermana,
Y que hoy cumplir con las funciones debe

De señora de Salas. Por la diestra
A Mudarra conduce; y la precede
Una jóven doncella, que en las manos
Saca un gran azafate con tapete

De damasco cubierto. A entrambas partes
Las dueñas en dos filas se detienen,
Y la anciana señora, cuyo aspecto
Ilustre y cuyo grave continente

El respeto inspiraban más profundo,
En medio del salon luégo procede
A ejecutar la usada ceremonia,
Que si hoy rara y áun necia nos parece,

Porque usos y costumbres han mudado,
Era tan importante y tan corriente,
Que aún vive en nuestros labios el proverbio
Que nació de ella, y á ella se refiere.

La ilustre dueña pues, tras las preguntas
De fórmula á su hermano y asistentes,
Tomó del azafate una camisa
De lienzo, y de grandeza tal, que hubiese

Sobrado para el cuerpo de un gigante;
Y por Nuño ayudada, que allí ejerce
La parte del padrino, por la manga
La cabeza del jóven moro mete,

Y por el ancho cuello se la saca (33).
Y hasta los piés el camison desciende.
Al ver salir como de entre una nube,
De en medio de aquel lienzo y grandes pliegues

Al mancebo gentil, gritó la dueña,
Vuelta al señor de Lara: «Hoy te concede
Dios un hijo legítimo, heredero
De tu alto nombre, de tu sangre y bienes.

»Héle aquí; como tal lo reconozco,
Y lo presento al mundo.»—Así el solemne
Acto dió fin: el ciego venerable
Abraza al hijo y bésale mil veces;

Abrázale tambien la anciana tia,
Por el órden de grado los parientes;
Y pajes, dueñas, guardias y escuderos
Su pleitesía le presentan fieles;

Y fervorosos vivas levantaron,
Que pasando artesones y paredes,
Hallaron ecos mil en el concurso
Que cercaba el palacio. El Arcipreste

Al punto en un delgado pergamino
Un testimonio en toda forma extiende,
Donde los caballeros que allí habia
De la casa de Lara, cual presentes

Al acto, trazan una cruz, sus nombres
Escribir no sabiendo. Gustios este
Documento al heraldo entrega, manda
Que al Conde soberano se lo lleve,

Y una salva de plata y una copa
Le regaló. Despues un gran banquete
En aquel salon mismo se dispuso,
Do no tuvieron silla solamente

Los deudos, caballeros é hijosdalgo,
Sino tambien los servidores fieles
De la casa; y en patios y portales
Dejando entrar la bulliciosa plebe,

Con larga profusion se repartieron
En confuso desórden, aunque alegre,
Blanco pan, duro queso, varias frutas,
Terneras, cerdos, zaques y toneles.

— Pronto dejó el festín el ciego padre,
 Por más que ya risueña se le muestre
 La inconstante Fortuna: sus recuerdos,
 Sus achaques, su edad y los crueles

Sobresaltos y dudas que aún le cercan
 Del porvenir, y el gran pesar que tiene
 De que el hijo se niega á ser cristiano,
 Hasta que en dura lid su nombre venga;

Le privan de contento y de reposo,
 Le amargan los instantes más alegres,
 Atormentan doquier su alma cascada,
 Y en el bullicio estar no le consienten.

Dejó la presidencia del convite,
 Muy capaz de llevarla, al Arcipreste,
 Y con Nuño á su estancia retiróse,
 Rogando á todos que en la mesa queden.

No por muy largo tiempo estuvo en ella
 Mudarra, activo y sobrio: á diferentes
 Costumbres avezado, aquellos brindis
 Y extraños usos poco le divierten;

Y dejando su asiento, los portales
 Atravesando y patios, do la gente
 Se entregaba al desórden y alegría,
 Solo á vagar por los contornos fué.

Desque á Salas llegó, correr los campos
 Y por sus quebras ásperas perderse,
 Ora con un azor ó una ballesta,
 Ora con cazadores y lebreles,

Es su contento y diversion. El cuadro
 Que la naturaleza allí le ofrece,
 Y que el influjo del invierno atrista,
 Le interesa, le exalta y le suspende.

El gran sacudimiento que á su alma,
 Buena y sensible cuanto noble y fuerte,
 Diera en tan corto espacio de sucesos
 Extraños y terribles la creciente,

Que á un mar desconocido le arrastraba,
 Acrecentó los grados de su temple.
 Los pelados peñascos y los riscos
 Áridos, donde el viento se embravece;

De yertos pinos los oscuros bosques,
 Que de voraces lobos son albergue;
 Las gargantas y horrendos precipicios
 Y valles sepultados bajo nieve,

En que algun corzo ó ganadillo pobre
 En vano busca abrigo, sol y verde;
 Y hasta el mismo respeto y el asombro
 Con que se apartan de él y huyen al verle

Pastores y labriegos (pues la fama
 De que es el alma de Gonzalo crece
 En el vulgo ignorante cada día);
 Un total tan fantástico y solemne

Forman, que con los nuevos pensamientos
 Del jóven cordobés sin duda tienen
 Armonía mayor que tus encantos,
 Claro Guadalquivir, y tus verjeles.

Se halla en una existencia tan distinta
 De la que acaba de tener, y vese
 En escena tan nueva, tan extraña,
 Y allá en su corazon y activa mente

Ha habido en pensamientos y afecciones
 Tan súbita mudanza, que se puede
 Asegurar, ser otro muy diverso
 Del que era allá en los campos cordobeses.

Sólo en su corazon (que están grabados
 Con un buril de fuego) permanecen
 Dos antiguos afectos, y han crecido
 Con las mudanzas mismas de la suerte.

Si apacibles nacieron en las flores
 Que de Guadalquivir las auras mecen,
 Son un volcan de Arlanza entre los hielos,
 Do el cierzo bramador su saña ejerce;

Pues jamás en el pecho de Mudarra
 Tanto poder tuvieron, como tienen
 El respeto á la sombra de su madre,
 Y hácia Kerima su pasión ardiente.

Aquel, con los sucesos, las fortunas
 Y esperanzas, de que es blanco y juguete,
 Ligado está con vínculos estrechos;
 Y esta, á que tantas ilusiones debe,

Esta tierna pasión correspondida,
Tan contrariada estaba por la suerte,
Por el cielo y el mundo inexorables,
Que era imposible que domada fuese.

Cuando corre el arroyo en la llanura,
Cualquier frágil estorbo lo detiene;
Mas cuando entre los riscos y malezas
Cobrando furia, tórnase torrente,

Todo lo arrastra, y troncos y peñascos
Azota, salva, y rebramando tuerce
Sobre ellos su raudal, sin que haya cauce
Que su ímpetu feroz dome y sujete.

Pero... ¡lo que es el corazón del hombre!
¿Quién penetrar su laberinto puede?...
Esta pasión profunda, inarrancable,
Que todo el corazón cautivo tiene

Del cordobés Expósito, borrada,
Olvidada, y aún casi muerta á verse
Ha llegado á tal punto, que cualquiera
Juzgara, que tornar nunca pudiese.—

El impensado cambio de fortuna,
Del padre fiero de su bien la muerte,
La historia atroz de su infeliz familia,
La inopinada ausencia; el ver patente

A su amor tanto obstáculo invencible,
Su larga marcha, y encontrando siempre
Nuevos objetos, situaciones nuevas;
Los abrazos del padre, y finalmente

El retar al traidor, á quien le manda
El cielo exterminar; llegó á tenerle
Tan ocupadas alma y fantasía,
Que en ellas el amor creyera verse

Ahogado, y de Kerima la memoria
Ya reducida á pasajero y leve
Recuerdo, cual de sueño fugitivo,
Que á la luz de la aurora desaparece.

Mas ¡ay! era un amor que concertaron
Los astros á despecho de la suerte,
Y un amor tal su presa no abandona,
Por más que abandonarla un punto muestre.

Un súbito relámpago confunde
A medio día, ofusca y oscurece
El claro resplandor del sol eterno;
El trueno retumbante acalla y vence

Por el momento que la nube rasga,
De la gran catarata, que desciende
Del monte, la alta voz con que los valles,
Campos y selvas turba y ensordece;

Pero pasa el relámpago, y el trueno
Calla también, y á su grandeza vuelve
El inmutable sol, y los bramidos
Del raudal tornan á reinar cual siempre.

Así ya que Mudarra en ocio espera
El plazo del combate, y que su mente
Torna á encontrarse en calma; de Kerima
El amor, más tenaz, más vivo y fuerte

Tornó en su corazón á levantarse;
Al paso que imposible, más ardiente
Y más constante con la ausencia eterna,
Y en frenesí continuo al jóven pierde.

Ya los helados troncos de los bosques
Que á Salas cercan, entallado tienen
El nombre de Kerima en sus cortezas;
Y ha escrito y ha borrado muchas veces

La punta de una flecha dulces versos,
Con árabes extraños caracteres,
En el musgo que viste los peñascos,
Y en el papel de inmaculada nieve;

Y han sonado en las grutas, en los montes,
Y en las góticas cimbrias, del rugiente
Silbido de aquilon acompañados,
Los sabrosos cantares, que ha dos meses

Sonaban en la tumba de Zahira,
Y de la Albaida en huertos y paredes,
Al blando susurrar del aura suave,
Entre jazmines, nardos y claveles.

La soledad, que el campo le presenta
Para entregarse á sus delirios, mueve
Al mancebo gentil enamorado,
A anhelar cada instante recorrerle;

Y el primero que en él tuvo por guía,
Que le indicó las sendas y vertientes,
Y los sitios do acaso se encamaban
El jabalí cerdoso, el gamo y liebre,

Fué su acompañador, el podenquero,
Aquel mendigo que del vino alegre
Bajo el influjo, descubrió en Mudarra
El alma de Gonzalo. Vasco Perez



Era su nombre; y aunque el torpe vicio
Acomodo tener no le consiente,
Lograba fama en adiestrar halcones,
En armar lazos á la caza y redes,

En adobar ballestas y venablos,
Y en amaestrar pachones y lebreles;
Y los momentos, en verdad muy pocos,
En que en sana razon llegaba á verse,

Era tan servicial y entretenido,
Cantaba tantas trovas y motetes
De la pasada edad, que recogia
Abundante limosna; y era huésped

Recibido con gusto en las tabernas.
Tras de él andaban los muchachos siempre,
O á escuchar boquiabiertos sus romances,
Cuando estaba en ayunas; ó á romperle

La cabeza con grita y con pedradas,
Rasgarle los andrajos, y en la nieve
O en el lodo más sucio á revolcarlo,
Cuando estaba de vino hasta el gollete.

Pero, bebido ó sin beber, guardaba
Tanta lealtad, amor tan reverente
A la casa de Lara, á los Infantes
Sin ventura, y al que era de los siete

El menor, sobre todos, á Gonzalo,
De quien tambien hermano fué de leche
Y favorito, y diversion; que el pobre
Tuvo persecuciones diferentes,

Sufrió cárcel y azotes, porque osado
Insultó á Rui-Velazquez varias veces:
Hallando acaso en la embriaguez disculpa
Para el cuello librar de los cordeles.

Esta lealtad y amor le compelieron
Desque llegó Mudarra (pues no puede
Nadie, nadie en el mundo disuadirlo
De que es Gonzalo, que á la vida vuelve,

O por disposicion del justo cielo,
O por mágicas artes) á ofrecerle
Sus servicios en todo, y á seguirlo,
Como el fiel can seguir al dueño suele;

Y aún se notó empezaba á dar enmienda
A su antigua aficion. Aunque le viese
Con desprecio Mudarra en el principio,
Supo el sagaz borracho merecerse

Su atencion y su gracia en el momento,
Cantándole en romances diferentes,
Del conde de Saldaña y de Jimena
El amor infeliz, encierro y muerte;

Y de Bernardo los famosos hechos,
Y cómo exterminó de los franceses
El poder y orgullosos paladines,
Con que inflamó del cordobés la mente.

Ganado su favor y confianza,
Una tarde tambien logró traerle
A un chozo, que á una legua de la villa
Daba en el bosque abrigo y pobre albergue

A su madre infeliz. Era una vieja,
Rústica y montaraz, de extraño temple,
Que es al hijo deudora del sustento;
Mas que le riñe por sus vicios siempre.

Elvida se llamaba: en el castillo
De Salas se crió, cuando en su oriente
Brilló la casa del señor de Lara;
Y siendo muy hermosa y muy alegre,

Corrió en su juventud varias fortunas,
Hasta que se casó, ya no muy verde,
Con un anciano, jardinero, y tuvo
A Vasco de este enlace. Justamente

Nació Gonzalo entónces, postrer hijo
De Lara; y como al darle á luz, muriese
Su madre, al punto fué llamada Elvida,
Para ser del infante ama de leche.

Con gran cariño le crió, con grande
Esmero le cuidó, y un ascendiente
Sin límite ejerció con sus señores:
Y tal amor y afan por ella siempre

Tuvo y guardó Gonzalo, que la hicieron
Orgullosa además, y sus sandeces,
Impertinencias, gustos y caprichos
Hallaron proteccion y apoyo fuerte.

Pronto al hijo introdujo en el palacio,
Y si él hubiese sido de otro temple,
Más dócil y aplicado, acaso hubiera
Llegado á un puesto en que envidiado fuese;

Pero salió tan díscolo y travieso,
Que á pesar del favor harto eminente
Que alcanzaba su madre, nunca pudo
De su esfera salir. Ora, de muerte

Con peligro cercano, á las almenas
Trepaba y á los altos chapiteles,
Para nidos buscar de gorriones;
Ora en la huerta tras la fruta verde,

O dejando sin agua los estanques,
Para coger galápagos y peces,
Se pasaba los días. Ya en los patios,
Cuadras y corredores á cachetes

Andaba con los pajes; ya basura
En las ollas echaba, y con aceite
Escaldaba á los gatos, y con mazas
Acosaba á podencos y lebreles.

Ya con raros visajes en la iglesia
La devocion turbaba de la gente,
Arremedando el canto y el ganguco
Del necio sacristan, del viejo preste.

Y ni azotes, ni tundas consiguieron
Su condicion templar y contenerle;
Ni con los años mejoró tampoco,
Pues ya de zagalon y mozalbete,

Salió tan pendenciero y tan osado;
Inventó tantas burlas insolentes,
Se atrevió á las doncellas de la casa,
Y aún á las mismas dueñas de tal suerte,

Que por gracia especial, de podenquero
Pudo lograr la plaza solamente;
Y aún en ella inventó mil travesuras,
Que turbaron la villa varias veces.

Despues cuando el favor de las estrellas
A la casa de Lara y á sus gentes
Se oscureció, y airada la Fortuna
Las dejó abandonadas á la peste

De la calumnia y la traicion; Elvida,
Viuda ya y vieja, aunque robusta y fuerte,
Y su hijo Vasco, en el comun naufragio
Tambien se hundieron. En los campos este

Se halló, do perecieron los Infantes,
Y allí se comportó como valiente,
Logrando mal herido, por milagro,
De aquella gran matanza salvo verse.

Regresó á su lugar, y desde entónces
Diz que empezó á entregarse casi siempre
A la torpe embriaguez, bien que ántes de esto
Inclinacion marcada le tuviese.

— Su madre, ¡destichada!... Desde el día
De la justa de Burgos, de do vienen
Todos los infortunios de los Laras,
Le apretó el corazon nudo tan fuerte,

Que en silencio tenaz quedóse hundida
Sin comer ni dormir, hechos dos fuentes
De lágrimas sus ojos; y al momento
De ausentarse Gonzalo, á conmove

Llegó, y á trastornarse su juicio
A extremo tal, que físicos y prestes
De Salas la juzgaron poseida,
Y exorcizada fué dos ó tres veces.

Mas cuando vuelto el hijo, por él supo
De su Gonzalo la espantosa muerte,
Concibió tal furor, que á sofocarlo
Con ambas manos se arrojó valiente,

Y, «Vasco, le gritó, yo te maldigo.
¿Por qué, traidor, has vuelto?... ¿por qué, aleve,
Al lado de tus amos no quedaste,
Como deben quedar los siervos fieles?»—

Odio indecible le cobró, sentía
Un tormento furioso sólo al verle,
Y lanzaba el aullido que una loba,
Cuando el cachorro por los montes pierde.

Fué despues arrojada del castillo,
Como otras dueñas, pajes y sirvientes,
Así que preso el calumniado Lara,
Su estado confiscaron y sus bienes.

Llevó este golpe con firmeza heróica:
Ni lloró, ni rogó. «Pues no he de verte
Jamás, oh mi Gonzalo, oh niño hermoso,
A quien aquestos pechos dieron leche,

»Ni he de sentarte más en mi regazo,
Do pasaste tu infancia, y para siempre
Perdí tu dulce afan por mis desvelos;
¿Qué me importa dejar estas paredes?»—

Exclamó, y al momento del palacio
Salió, ni un solo instante detenerse
Quiso, y abandonando ropa y lecho,
Huyó á los campos sin buscar albergue.

En ellos largo tiempo se mantuvo,
Vagando como fiera á la intemperie,
Despreciando los soles y las lluvias,
Las tormentas, los vientos y las nieves.

Ora trepaba á las fragosas cumbres
De día ó de noche, y de exterminio y muerte
Entonaba, con voz que ensordecía
Al huracan, al trueno y al torrente,

Lúgubres cantos; ora sus gemidos
Sonaban espantosos, como suelen
Los de herido leon por espesuras
Y hondas cavernas. Montaraz y agreste

Se hizo su aspecto: si álguien la veía
En una helada noche de diciembre,
De pié en un risco, y su contorno oscuro
Dibujarse en las nubes trasparentes,

Que la luna argentaba detrás de ella;
Cosa del otro mundo, que las leyes
Del orbe á turbar iba, la juzgaba,
Sobrecogido de terror solemne.

Y el que la viera en el sediento estío,
Atravesar las selvas y las mieses,
Lanzarse á los arroyos, y en las grutas
O en los bosques de pronto aparecerse;

Con aquel gesto y ademan extraños,
Desnuda brazo y pechos, y dolientes
Gemidos arrojando; la creyera
Maga, que de fortuna los reveses

Apuraba infelice, siendo nido
Su corazon de envenenadas sierpes,
Y de venganza sin poder, su pecho;
Porque otra maga más dichosa y fuerte

O más sábia, deshizo sus conjuros,
A su amador prendió con dulces redes,
Rompió su vara mágica, y en polvo
Tornó su alcázar, baños y verjeles.

Era pues reputada su presencia
Por de siniestro agüero; y diligentes,
Viandantes y labriegos la evitaban,
Y los pastores colocaban siempre

Algun sustento en grutas y veredas,
Para que lo tomase, y no viniese
Al aprisco á buscarlo, cual solía,
Y á hacer mal ojo á las paridas reses.

Así vivió dos años; al tercero
Tomó otro giro su enfermiza mente,
Como veleta que, si el viento muda,
Hácia otra direccion torna y revuelve.

A Salas regresó la pobre Elvida
Taciturna, espantada: luégo fuéce
Al castillo, que estaba ya tapiado,
Y se arrojó sobre la yerba verde,

Que á brotar empezaban los cimientos;
Y allí gimiendo estuvo, como suele
El perro fiel junto al sepulcro helado,
Do su señor el sueño eterno duerme.

Tal vez pudo lograr introducirse,
O salvando atrevida las paredes,
O por algun postigo abandonado,
En la parte interior; y sus dolientes

Lamentos en la noche, y sus pisadas
Dieron fundado origen á la especie,
Que por entónces se extendió en Castilla,
De que habitaban el palacio duendes.

Luégo desapareció la miserable
Por tantos años, que llegó á perderse
De sus extravagancias la memoria,
Juzgándola en el reino de la muerte;

Mas hace poco tiempo aparecióse
En Salas otra vez, muy diferente,
Enferma, descarnada y apacible,
Y hubo pocos que así la conociesen.

Hizo entónces las paces con el hijo;
Tierna le acarició, volvió á encenderse
El maternal amor en sus entrañas,
Y mendigó con él algunos meses

Por monasterios, ventas y alquerías;
Aunque humilde y tranquila, con la mente
Confusa y soñadora, y dando indicios
De estar fuera de caja casi siempre.

Tuvo un ataque al fin de perlesía;
Quedó baldada, y resolvió acogerse
A aquella choza, de que nunca sale,
Y que ántes fuera pastoril albergue.

Sus espantados ojos, que conservan
Del entusiasmo y de locura ardientes
Todo el fuego vivaz, y que contrastan
Con su semblante de ceniza y nieve,

De forma cadavérica, inmóvil
Y arado de hondos sulcos, do se advierten
De pasiones tremendas los vestigios;
Sus cabellos de plata, que descienden

Por el cuello y los hombros derramados;
Sus brazos, ya compuestos solamente
De huesos y tendones; su estatura,
Su voz ronca y profunda algunas veces,

Otras aguda y agria; el lloro escaso,
Que, cuando está en silencio hundida, vierte
Inmóvil y yerta; y el extraño modo,
Singular y fantástico, que tiene

De ajustar á su cuerpo los andrajos
De colores y tiempos diferentes;
Causan tal impresion en quien la mira,
Que la lengua explicarla apénas puede:

Pero que no se borra en largo tiempo,
Que harto á menudo renovarse suele,
Y que en la soledad y en los insomnios
A la imaginacion se ocurre siempre.

Cuando aquel dia en que llegó Mudarra
Al palacio paterno, Vasco Perez
Contó en su choza con turbada lengua,
Aunque con ojos por demás alegres,

Que en carne humana el alma de Gonzalo,
O Gonzalo encantado y jóven siempre
Como el dia que partió, se hallaba en Salas
Con el patriarca Abran y veinte duendes;

Y que ya en el castillo el ciego padre,
Y Nuño, y los hidalgos, y Arcipreste
Le habían reconocido y abrazado,
Pasmando á todos escucharle y verle;

Elvida oyó con espantados ojos,
Abierta boca y corazon latiente
Tan impensada nueva. Repetirla
Hizo al hijo, borracho, muchas veces;

Y cuando pudo de que estaba en seso
Por sus repeticiones convencerse,
Y persuadirse de que no soñaba
Ella misma tampoco: un punto breve

Quedó en silencio, estremeciósse, á tierra
Como muerta cayó. Temblando Perez
La socorrió como le fué posible,
Y agua le echó en el pecho y en las sienes.

Volvió la vieja en sí, lanzó un suspiro,
Y gritó: «¿Es cierto?... ¡He de tornar á verle!...
¡A abrazarle!... ¡A gozar de sus caricias!...
Volemos, hijo, pues... ¿Qué nos detiene?»—

Arrastrósse á la puerta de la choza;
Mas la desventurada ya no puede
Adelantar un paso, ni en las piernas
Baldadas y sin fuerza sostenerse.

La profunda impresion que ha recibido,
Todos sus males aumentó de suerte,
Que tuvo el hijo que llevarla á fuerza
A su mezquino lecho, do la fiebre

Delirante invadióla de tal modo,
Dió tan raros aullidos, tan crueles
Accesos de furor y de alegría,
De esperanza y recuerdos, de su mente

Se apoderaron, que pasó infelice
Sólo en dos dias en compendio breve
Todos los infortunios de su vida,
Y casi estuvo en brazos de la muerte.

Al cabo de ellos consiguió llevarle
Vasco á Mudarra. De que el pobre albergue
Era el de la nodriza de su hermano,
Y de sus aventuras y su temple

Informado ya estaba el jóven moro,
Y quiso ver y conocer á un ente
Tan raro y singular. Entró en la choza,
Acompañado del borracho Perez:

Al rumor de su entrada la cabeza,
Como la de un cadáver que se mueve
Escuchando el conjuro, alzó el vestiglo,
Los ojos espantados y lucientes

Clavó en el jóven, al semblante dando
Color, vida, expresion, y de repente
Se alzó, con tanta actividad y brio,
Que al hijo horrorizó. Dió un grito fuerte

De sorpresa, exclamando: «Él es, no hay duda!»
Y con los brazos extendidos fuése
Al jóven, le estrechó, de llanto y besos
Las mejillas cubriéndole y la frente.

No pareció al Expósito gustoso
Recibimiento tal, que no fué breve;
Y creyéndose en brazos de una bruja,
Empezó á trasudar y á estremecerse.

Soltóle al fin la vieja, entrambas manos
Contra el pecho le puso, atentamente
Examinóle el rostro, y á abrazarlo
Volvió: «¡No hay duda, él es!» gritando siempre.

Tornó á observarle y prosiguió: «A mis ojos
Está más espigado... Me parece
Más moreno de rostro... ¡Mi Gonzalo!!!
¿Por qué en el traje de los perros vienes?

»Ponte tu cuera y sayo... ¡Ay, hijo mio!
¡Niño del alma!... Muestra las crueles
Heridas que los bárbaros te han hecho,
Y deja que mis labios te las besen.

»¿No me respondes?... ¡Hijo!... Soy Elvida,
Elvida, que te dió su alma y su leche.
¿Te acuerdas, Gonzalvico, dí, te acuerdas
Cuánto te aperreabas, y las veces

»Que te canté el romance de Jimena,
Para que te acallaras y durmieses?
¿Te acuerdas que si el amo te reñía,
Eran mis faldas tu refugio siempre;

»Y que del capellan y del buen Nuño
Era sólo mi afan el defenderte?
¿Te acuerdas, hijo mio, del gran golpe
Que te dió el potro aquel?... ¡Ah!... si no hubiese

»Sido por Mendo el picador... Yo sola,
Yo sola te curé, pues que perene
Permanecí junto á tu lecho, y puse
En tus heridas el bendito aceite,

»Que me dió el peregrino.»—Así charlaba
La vieja, y sin saber qué responderle,
El cordobés atónito la mira,
Y su hablar y actitudes le suspenden.

La sorpresa y asombro del mancebo
Pronto á la pobre vieja heló; y al verle
Callar á sus preguntas, un instante
Quedó confusa, se anubló su frente,

Y se murieron sus vivaces ojos;
Y con voz sepulcral, «¡Ay!... ¡cuál le tienen,
Exclamó, los maléficos encantos!
Desventurada yo!... Ni aún conocerme

»Le dejan los espíritus malignos.
¿De qué me sirve recobrarlo y verle,
Si le recobro y miro en tal estado?
Jóven se ha conservado, sí; parece

»Que no pasó por él ni un solo instante;
Mas su alma envejeció: claro se advierte
En su olvido y frialdad... ¡Ama infelice!
¡Vieja infelice yo!... que no merece

»Ni una sola caricia... ¡ni un recuerdo!«—
No pudo continuar, desfalleciente,
Ahogada en llanto y de dolor rendida
Cayó en su lecho, sin poder valerse.

Darle anhela Mudarra algun consuelo,
Y alivio á su afliccion; pero no quiere
Su error alimentar, aunque conoce
Que es el sacarla de él, golpe de muerte,

Las dulces ilusiones destruyendo
Que aún momentos de dicha darle pueden.
Se acercó y abrazóla; mas palabras
Hallar le fué imposible que concierten

Con los recuerdos de la pobre Elvida.
De la choza salió con un vehemente
Interés por su anciana habitadora;
Y con socorros mejoró su suerte,

Hablando al tierno padre en favor de ella;
Y ropa, lecho y los precisos muebles
Le procuró, y á verla cada día
Va por la tarde, y divertido suele

Pasar allí gran rato. Aquel cariño
Que le demuestra tan sincero siempre:
Aquél hablarle de la edad pasada,
Inmutable en su empeño de tenerle

Por una aparición; las menudencias
Que á su casa y hermanos pertenecen.
Referidas cual cosas que él no ignora;
Y su dificultad de responderle;

A su conversacion con la nodriza
Dan un confuso vago, y otras veces
Tan misteriosa oscuridad, y un giro
Tan tierno y melancólico, que ejercen

Gran poder en el pecho de Mudarra,
Y en su imaginacion rica y ardiente.
Elvida por su parte sólo anhela
Que de la tarde el término se acerque,

Para que venga á su apartada choza.
Pues vive sólo para amarle y verle.
Siempre al llegar, lo abraza y acaricia,
Y preparado algun refresco tiene:

Ya dulces limas, peros ó naranjas.
Ya requesones ó cuajada leche,
Ya bollos, blanca miel y seca fruta,
U otra cualquiera pequeñez, que suele

Vasco buscar por su mandato en Salas,
Y que Mudarra acepta y agradece;
Aunque ve con dolor que al retirarse,
Como de sus respuestas nunca quede

Satisfecha la pobre, se la deja
Atormentada y pesarosa siempre,
Y con llanto en las áridas mejillas,
Porque ya su Gonzalo no la entiende.

—La tarde pues á que llegado habemos,
Que es la del día clásico y solemne
En que se celebró la ceremonia
De legitimacion, cuando impaciente

Dejó la mesa y los cansados brindis
Mudarra, y á vagar al campo fuése:
Pensó á la choza de la pobre Elvida,
En declinando el sol, ir como suele.

Pero á sus varios pensamientos dando
Larga rienda en los bosques, á perderse
Llegó en su laberinto, persiguiendo
A través de malezas y vertientes

Una ave extraña de gallarda pluma,
Que de una en otra rama el vuelo tiende,
Al espirar la luz, se halló enselvado,
Y tuvo que pensar en recogerse.

Dejémosle alejado de la choza,
Pues lo dispone así su buena suerte;
Y volvamos á Salas y al palacio,
Donde aún siguen las fiestas y banquetes.

El que se celebraba con gran pompa
En el alto salon de los doseles,
Duró, aunque sin el ciego y sin el moro,
A fuerza de brindar grato y alegre.

Se habló de guerra, pesca y cetrería,
De halcones, galgos, armas y corceles:
Se contaron hazañas de otros tiempos,
Se trató de navarros y leoneses;

Y tambien pronunció largos discursos,
Con general aplauso, el Arcipreste,
Citando las sagradas Escrituras,
Que, cual habemos dicho, era su fuerte.

El que se celebraba á cielo abierto
En el gran patio á do acudió la plebe,
Como gárrula banda de pardales
Al volcado costal de trigo suele;

No fué tan ordenado y tan tranquilo,
Sí más alborotado y más alegre,
A medida que se iban agotando
Las botijas, los zaques y toneles.

En él regocijados asistian
Con todas sus familias los sirvientes
Antiguos del palacio, labradores,
Hombres de armas, sus hijos y mujeres;

Del heraldo del conde de Castilla
Los maceros y guardas, y la gente
Perdida del lugar, entre los cuales
Figuraba el primero Vasco Perez;

Gañanes y pastores del contorno,
Y tambien los esclavos cordobeses,
Que vinieron con Zaide y con Mudarra,
Y que vivienda en el castillo tienen.

Estos de un gran disgusto y de discordias
Fueron la causa entónces.—Como hubiese
Cobrado en toda Salas, y aún en toda
Castilla gran valor la extraña especie

De que era el jóven cordobés Gonzalo,
Que por mágicas artes y celeste
Disposicion, para vengar al padre,
Tornaba al mundo; y como todos viesen

En Zaide un sabio encantador; juzgaban
A los siervos humildes y obedientes,
Que le acompañan por doquier, demonios,
Espíritus, fantasmas, que parecen

Hombres y no lo son; y con sospecha
Eran mirados y evitados siempre,
Cual entónces se vió, pues todos, todos
Huyeron su contacto en el banquete.

Mas cuando los manjares humeando,
Y el olor del aloque y del clarete
El apetito universal abrieron,
Y los más avisados, sin hacerles

Melindres, se arrojaron decididos
A ejercitar las garras y los dientes,
Olvidóse el temor de los fantasmas,
Y aunáronse cristianos con infieles.

De estos algunos, sin hacer memoria
Ni del Coran ni del Profeta, alegres
Se arrojaron al vino y al torrezno,
Como á pasas ó á dátiles silvestres.

Pero otros á agua pura y carne seca,
Haciendo á lo demás ascos y dengues,
Se atuvieron, y sobrios se mostraron,
Guardando sus costumbres y sus leyes.

Caleb, el más anciano y de más cuenta,
Favorito de Zaide, cabo y jefe
De todos los demás, y cuya barba
La edad ha convertido en plata ó nieve,

Rígido observador de los preceptos
De la ley musulmana, al punto advierte
La prevaricacion de aquellos viles,
Y el buen comportamiento de estos fieles.

Elogiando á los unos, á los otros
Con palabras durísimas reprende;
Y arrastrado de ciego fanatismo,
Les manda retirarse del banquete.

Causó escándalo grande en los cristianos
La disciplina rígida del jeque;
Y salieron á plaza aquellos chistes,
De *alcuzcus*, *zancarron*, y otras sandeces.

Caleb, en alta voz y en chapurrado,
Quiso probar á la indignada gente,
Ser los cerdos inmundos animales,
Y el vino pernicioso y vil deleite:

Pero Sancho, el porquero de la villa,
A quien asunto tal la honra le hicie,
La defensa tomó de su ganado
Con gran calor; y áun procedido hubiese

A enarbolar el puño, si Melendo,
Tabernero de Salas, hombre fuerte
Y de gran voz, entre él y su contrario,
El vino defendiendo, no se mete.

Un anciano escudero, de la fiesta
Director, encargado y presidente,
Logró aquietar los ánimos, y pudo
Ver la tranquilidad restablecerse.

Al cabo de buen rato, cuando habia
Echado algunos tragos Vasco Perez,
Dos rábanos se ató largos y gruesos,
A guisa de dos cuernos, en las sienes:

Tocó del capador el agrio pito
Formado de cañutos diferentes,
Y haciendo contorsiones y visajes,
Llamó á sí la atencion, y al pueblo ofrece

Cantar alguna jácara ó letrilla,
Que á nadie ofenda, y que al concurso alegre,
Si es que el porquero con su ronco cuerno
Hacerle són y acompañarlo quiere.

Se aceptó la propuesta con aplauso;
El porquero prestóse, y hechos fuele
Sus labios del remate retorcido
De su vil instrumento, hace que suene.

El bellacon de Vasco al punto entona,
Con gran silencio y gusto de la gente,
Este romance necio, inoportuno,
Pero que estaba en boga con la plebe.

El valeroso Pelayo
Cercado está en Covadonga
Por cuatrocientos mil moros,
Que en el zancarron adoran.

Sólo cuarenta cristianos
Tiene, y áun veinte le sobran;
Pues la Virgen le ha ofrecido
Darle completa victoria.

Sale de la cueva un día,
Sus pendones enarbola,
Y con espadas y chuzos
Al campo moro se arroja;

Pero resistir no puede
A los perros de Mahoma,
Y á la cueva se retira
Con pérdida, aunque con gloria.

Tornó á salir otra tarde,
Y tampoco el triunfo logra;
Y retiróse, la espada
Teñida de sangre mora.

Por tercera vez intenta
La batalla peligrosa,
Y tambien que recogerse
Tuvo, mas con fama y honra

Entónces muy angustiado,
De la Virgen santa implora,
Que la palabra le cumpla,
Y que le dé la victoria.

Y la Virgen le responde:
Mañana de Covadonga
Saldrás, querido Pelayo,
Si es que mis consejos tomas:

En vez del rojo estandarte,
Medio marrano enarbola,
Y en vez de dardos y flechas,
Huesos de jamon arroja:

Y esgrime botas de vino,
En vez de espadas y azonas:
Vénis como á la morisma
Vences, rindes y acogotas.

Hizolo así el buen Pelayo,
Y al ver las moriscas tropas
Que tocinos por enseñas
Saca la hueste española,

Quedáronse boquiabiertos,
Y en sus tripas se alborota
El alcuzcuz trasnochado,
Y la sangre se les corta.

Al ver llover zancarrones
De perniles, se acongojan;
Y para que no les pringuen,
Con las adargas se embozan:

Y llegando ya á los golpes,
Al sabroso olor que brotan
Empinadas por cristianos
Las cristianísimas botas:

Las ranas, que de los moros
En el vientre el agua forma,
Alzaron tal chichirreo
Que los confunde y atonta.

Entónces desenvainando
Las espadas cortadoras,
Cuatrocientas mil cabezas
De los perros de Mahoma

Los valerosos cristianos
Siegan, hienden y destrozan;
Concediendo así la Virgen
Al gran Pelayo victoria.

Con gran grita, palmadas y contento
Se recibió el romance impertinente
Por los cristianos; mas con negro encono
Y furor por los moros cordobeses.

Caleb, ardiendo en ira y blasfemando,
Con ambos puños para Vasco fuése;
Vasco con una lonja de tocino,
Dando risadas, adargarse quiere.

A su defensa acuden el porquero
Y Melendo el jayan, dos matasietes,
De una gorda cachera aquel armado,
Y de un dornajo de madera este.

Empuñan los alarbes sus gumías;
Cuchillos y asadores diligentes
Empuñan los de Salas; de ambas partes
Vuelan jarros, botijas y zoquetes.

El sacristan trepando en una mesa,
Arroja por el aire su bonete;
«¡Anatema!» pronuncia en roncás voces;
«El antiguo milagro se renueva.»

Y arbolando un pernil ó pestorejo,
Grita: *In hoc signo vinces*. Cunde y crece
Súbita confusion: lloran chiquillos,
Chillan y se desmayan las mujeres;

Y los pajes solícitos retiran
A las más asustadas y más verdes,
A los rincones del establo oscuro,
Tras los pozos, pilares y pesebres.

Sus alas de murciélago, bramando
Por todas partes la Discordia extiende;
Y más de mil cristianos tal vez iban
A ejecutar en musulmanes veinte,

Lo que ayudado de cuarenta amigos,
Con cuatrocientos mil hizo en allende
El glorioso Pelayo; pues las voces
Del anciano escudero nada pueden;

Cuando de los señores á la mesa
Llegó el estruendo de la airada gente,
Y la noticia de que al punto en sangre
Iba inundado el ancho patio á verse.

Nuño, que al ciego padre acompañaba,
Del retiro salió, y el Arcipreste
Dejó la presidencia del convite,
Y Zaide el noble asiento que en él tiene;

Y arrójanse los tres á la escalera,
Hácia la escena trágica descenden,
Y entre la confusion y muchedumbre,
Tranquilidad pidiendo y paz, se meten.

Su presencia y su voz calmó á la turba,
Como calmarse de repente suele
Alborotada escuela de muchachos,
Cuando el dómíne y férula aparecen.

En gran silencio y cabizbajos todos
Quedan, aquellas armas diferentes
Que ministró el furor, pasmados sueltan,
Y de su necio encono se arrepienten.

Zaide á los suyos con airado rostro,
Trémulos labios, arrugada frente
Y palabras durísimas, recuerda
Cómo portarse en casa extraña deben

Los huéspedes honrados; y les manda
Que ó bien allá en sus cámaras se encierren,
O que de buena gracia y fe á los usos
Del pueblo donde están, todos se presten.

Nuño, ménos mirado (está en su casa)
Reparte sendos palos y cachetes,
De los que por su mal no se escaparon
Ni el sacristan, ni el atrevido Perez,

Ni Melendo, ni Sancho. Furibundo
Recuerda al pueblo todos los deberes
De la hospitalidad franca y sencilla,
A que derecho el extranjero tiene;

Y amenaza á la turba consternada,
Con que, si acaso á desmandarse vuelven,
La echará á puntillones del palacio,
Y cerrará las puertas y cancelos.

Cuando Zaide y Salido concluyeron,
Tomó en todo la mano el Arcipreste,
Y echó á los dos partidos ya aquietados
Una florida plática no breve:

Con citas de las santas Escrituras,
De la paz demostró los dulces bienes,
Y matando dos pájaros de un golpe,
Convenció á los paganos y á los fieles.

En esto aparecieron por fortuna
La gaita, el tamboril y el panderete;
Y al agrio tono, al golpe mesurado,
Y al repicar sonaja y cascabeles,

Renació más lozana la alegría
En la, si ántes feroz, ya humilde gente.
El pasado disgusto fué una nube
De verano, que rápida ennegrece,

Turba y confunde el cielo, truena y arde,
Centellea, graniza, silba y llueve;
Y cuando los ganados y los hombres
Ser llegada la fin del mundo temen,

Vuela, pasa, se rompe, se disipa,
Más hermoso á brillar el aire vuelve
Más azul el zafir del puro cielo,
Y el sol canicular muy más ardiente.

Al rumor de los toscos instrumentos
La turba juvenil dispone en breve
La danza prima, y en gozosa rueda
Los pajes y robustos mozalbetes



Con las mozas del pueblo hacen alarde
De sus ágiles piernas; se entretejen
En vistosas figuras, y siguiendo
El medido compás, el paso mueven.

Los hombres ya machuchos regresaron,
Seguidos de sus madres y mujeres,
A las volcadas mesas y á los restos,
Que en desórden quedaron del banquete.

Todo es ya paz, cordialidad y gozo:
Nadie guarda rencor; todos parecen
Una familia. El Sancho y el Melendo
(Aún la lección de Nuño les escuece)

No piensan ya en reñir, y más sesudos
En repasar los huesos y toneles
Se ocupan, y en reparo de sus iras,
Con sus contrarios mano á mano beben.

Caleb, habiendo visto que no agrada
A su señor el celo impertinente,
La austeridad depuso, y hay quien dice,
Que se le vió brindar con Vasco Perez.

Lo cierto es que ya estaban tan unidos
Los cristianos y alarbes, que el bonete
Del sacristan andaba en la cabeza
De uno de los esclavos cordobeses.

Disfrazar se dispuso al podenquero
De moro; y empezó la turba alegre
Con grandes carcajadas á vestirle,
Como en carnestolendas al pelele.

Su gordo, cascarrioso y roto sayo
Con remiendos de telas diferentes,
En una airosa juba recamada
De purpurino paño se convierte.

Las anchas bragas de listado lino
Sus toscas piernas, sin abrigo siempre,
Cubren, y datilados borceguies
De sus piés sucios callos y juanetes.

En vez de la mugrienta caperuza,
En torno á la cabeza le revuelven,
Sobre casqueta de risueña grana,
Una pintada tela del oriente;

Le cuelgan un tajan y una gumia,
Ambos pendiendo de cordones verdes;
Y un albornoz sobre sus hombros echan,
Que baja en nobles y anchurosos pliegues.

Y como una mozuela reparase,
Que el *Cide* podenquero, *Abenju*-Perez,
Era lampiño, al punto le embadurnan
Barba y labios con tizna de sartenes.

Muy bebido está, sí, mas no borracho,
Porque ha comido mucho: está cual deben
Los buenos divertidos bebedores,
Esto es, nada pesado, sino alegre.

Se le ocurrieron tan agudos chistes,
Aunque acaso picantes y soeces,
En general tan nuevos y oportunos;
Discurrió tales burlas inocentes,

Y remedó con perfeccion tan grande
A Mudarra y á Zaide, que merece
Aplauso universal, y fué el encanto
La tarde toda de la turba alegre.

Yéndose en tanto el sol á otro hemisferio
Cercano andaba ya del occidente,
Y el término llegó de aquella fiesta:
Que cuanto el mundo ve, término tiene.

Con pértiga de plata el mayordomo
Puesto en un corredor, grita á la gente
Mandando despejar, por ser la hora
De que el palacio sosegado quede.

Recogen pues los padres sus familias,
A poner todo en órden los sirvientes
Comienzan, y pasando por el patio
Los nobles, los hidalgos y Arcipreste,

A sus casas é iglesia se retiran,
Seguidos de los suyos. Los canceles
Del postigo la turba al fin traspasa,
Y á la desierta villa el pueblo vuelve.

El podenquero entónces solicita
Del dueño del vestido, que le deje
Ir á ver á su madre en aquel traje,
Y en el momento regresar ofrece.

Accedió el musulman; y el disfrazado
Del palacio salió sin detenerse,
Y la senda tomó que va á su choza,
Agil, sin tropezar ni dar traspieses.

Engañar á la vieja á su llegada,
Y que le tenga por Gonzalo quiere;
Puesto que en contrahacer su aire y su porte,
Le han elogiado todos de eminente.

Iba ensayando el modo en que Mudarra
Con el ancho albornoz el cuerpo envuelve,
Y su andar, y el mover de la cabeza,
Y aquel aspecto soñador que tiene,

Y habiéndose encontrado en el camino
Dos hombres, forasteros le parecen,
Que le observan tal vez como turbados,
Y que se apartan con sospecha al verle;

Recuerda que hacen esto mismo todos
Cuantos hallarse con el jóven suelen,
Sabiendo que es fantástica figura,
O prodigioso encanto; y muy alegre

Se persuadió que ya lo contrahacia
Con tal primor y tan exactamente,
Que por el mismo original que copia
Aquellos dos incógnitos le tienen.

Siguió ufano con este pensamiento,
 Pero aún más se alborozó y se envanece,
 Cuando en el mismo error puso á su madre,
 Al punto de llegar al pobre albergue.

Pues la infeliz Elvida, que á la puerta
 Viendo ser ya muy tarde y que no viene
 Mudarra, ó segun ella su Gonzalo,
 Estaba cuidadosa; cuando tiende

Por la senda la vista, y aquel moro
 Ve por ella venir, no se detiene
 En hacer mil extremos con los brazos,
 Y en esforzar la voz lo más que puede

Con tiernas expresiones de cariño.
 Y al llegar Vasco, abrázale de suerte
 Que completó su engaño doloroso;
 Saliendo de él tan sólo, cuando hieren

Su torpe oído las risadas necias
 De aquel farsante, máscara ó pelele.
 Al conocer la burla, y cerciorarse
 De que es al hijo al que abrazado tiene,

Ardió en tal rabia la burlada Elvida,
 Que ciega de furor soltó un torrente
 Sobre el buen disfrazado, de improprios.
 Pero viendo la vieja que no puede

Reñirle por la infame borrachera,
 Porque en su seso el podenquero viene;
 Ni por olvidadizo, pues el pobre
 Le trae una fineza del banquete;

Para dar á su cólera desfogo
 Halló en el traje asunto suficiente.
 Y á la juba, alquicel, faja y turbante
 Con desatada lengua echó mil pestes.

Y en lugar de gritar por el engaño,
 Que fué lo que sintió, gritó por verle
 Vestido como infiel, con atavíos
 Que el demonio trazó para su gente:

Porque es hartó comun, si por aquello
 Que de veras nos pica y nos ofende,
 No queremos reñir ó no es posible,
 Reñir por otra cosa, sea cual fuere.

Sufrió la tempestad el pobre Vasco
 Con mansedumbre grande, y no comprende
 Cómo lo que en la fiesta mereciera
 Del pueblo todo los aplausos, puede

Merecer en su choza tal disgusto;
 Sin ocurrir á su infeliz calletre,
 Que son de tiempo y de lugar las gracias;
 Que el donaire de aquí ser allá suele

Insulto ó necesidad, y que el chistoso
 Lo es para su familia raras veces.
 Calló pues, que era humilde con su madre,
 Y no se atrevió nunca á responderle.

—Empezaba la noche destemplada,
 Y al palacio tornar Vasco resuelve;
 Mas de la airada vieja al despedirse,
 Remedar se le ocurre nuevamente,

El modo de ausentarse de Mudarra
 Y las palabras que le dice siempre,
 Pues se lo han aplaudido y regañado,
 Cosas ambas que excitan y promueven

Cualquiera propension: y tras la suya
 De tal manera sin sentirlo fuése,
 Que la madre, que estaba ya en silencio
 (Aunque mohina porque no parece

Su encantado garzon, y es casi noche),
 Otra vez en tal ira el pecho enciende,
 Que está el hijo á cien pasos, y aún furiosa,
 Con sus voces las sombras ensordece.

A la mitad de la escabrosa senda,
 Que desde Salas á la choza viene,
 Hay un desfiladero y estrechura,
 Que por un lado cierran las paredes

De una incendiada quinta y los escombros,
 Y por otro barrancas, donde crecen
 Árboles gigantescos y zarzales,
 Sitio escondido y temeroso siempre.

Llegó á aquel sitio Vasco, cuando apenas
 En las lejanas cumbres de occidente
 Un escaso crepúsculo quedaba,
 Pronto entre negras nubes á perderse,

A la postrer mirada semejante
De un moribundo. En cuanto puso Perez
El pié en lo estrecho, los escombros salvan
Dos hombres, cuyos rostros ver no puede,

Aunque sí fulgurar sendos puñales
En sus manos. Osados le acometen
En gran silencio; mas con tanto arrojo
Que en tierra le derriban y le hieren.

Le valió al desdichado su turbante,
Y del ancho albornoz los dobles pliegues,
O acaso más los gritos y las voces
Con que el campo atronó; pues de repente

De las barrancas, troncos y malezas
Un blanco bulto sale y aparece,
Que esgrimiendo un alfanje con gran brio
A los dos asesinos arremete.

Estos, sobrecogidos, sin aliento
Huyen al punto, abandonando á Perez;
Como tal vez dos lobos que voraces
Un tierno recental rendido tienen,

Cobardes huyen del mastin gallardo,
Que de improviso llega y los sorprende.
El vencedor los sigue; pero pronto
Entre escombros y sombras se le pierden;

Y como oyó al momento dos caballos
Alejarse á galope, envaina y vuelve
A la senda, donde halla al podenquero,
Puesto ya en pié, con dos heridas leves;

El cual turbado entre el dolor y el susto,
A su libertador, al que le debe
La vida, reconoce. Era Mudarra
Que habiéndose alejado más que suele,

Y viendo entrada ya la noche oscura,
Atravesando eriales, diligente
Se retiraba á su palacio, y pudo
Los gritos escuchar de Vasco Perez.

Indignó á toda Salas tal suceso;
Mas á los pocos días acontece
Otro, que consternó los corazones
De cuantos interés por Lara tienen.

Acercóse á la puerta de la choza
De Elvída á prima tarde un penitente
Devoto peregrino. Allí en voz alta
Entonó varios cánticos y preces,

Y despues pide humilde y compungido
Que calentarse en el hogar le dejen.
Compasiva la vieja le da entrada,
Y un asiento solícita le ofrece.

El tal huésped al punto con gran arte
Sobre recuerdos de los Laras mueve
La plática, y al cabo sobre el moro,
De quien tantos prodigios se refieren.

Tragó el anzuelo la infeliz nodriza:
Que era Gonzalo aseguró mil veces,
Y empezó á lamentarse (que es su tema)
De que ya la ha olvidado y no la quiere;

Y de que el raro encanto con que vive,
Tanto dominio en su memoria ejerce
Que apenas guarda ya recuerdo alguno
De aquel tiempo feliz de sus niñeces.

Sobre lo cual la pobre insiste y llora,
Afligida diciendo, que por verle
Recordarse con ella de los días
Pasados, diera con placer los breves

Años que le quedaban de existencia,
Y así lograra sosegada muerte.
El sagaz peregrino acalorando
A la infeliz, se porta como suele

El pescador, que al grueso pez que pica
Y se clava el anzuelo, del carrete
Suelta todo el torzal, para que nade
Y trague más y más el cebo aleve.

Dióle pues cuerda larga á su manía:
De su afliccion mostrando conmoverse
Y querer reparar su desventura,
Así al cabo le dice: «Tal vez puede

»Remediarse el olvido en que el encanto,
Para con vos á ese mancebo tiene.
Yo mismo... pero no... no me es posible...
Cantidad corta traje, y tantas veces

»He dado en varias partes de limosna
Grandes porciones, y con fruto siempre,
Que no puedo dar más...»—«¡Qué! interrumpe
La nodriza, ¿remedio hallarse puede?

»¿Y vos?... ¿Vos lo teneis?»—«Sí, yo lo tengo.
Y eficaz, respondióle el penitente;
Pero no lo daré, que es gran reliquia:
Arena es del Jordan, cogida en viérnes

»Del sitio en que Jesus fué bautizado.
Polvos de alta virtud, que si los bebe
Un muerto, como Lázaro, al instante,
En robustez completa á vida vuelve.

»El encantado que á probarlos llega,
Se encuentra en libertad salvo, y no pierde
El poder que el encanto le prestaba,
Pues si era con buen fin, se aumenta y crece.»

Esto oyendo, á sus plantas arrojóse
La desdichada Elvida, y con vehementes
Expresiones le pide alguna parte
De tan santa reliquia, porque quiere

Dársela á su Gonzalo. Como bronce
El hombre se sostuvo, y muchas veces
Se la negó, logrando que otras tantas
La importuna nodriza se lo ruegue.

Mostró ablandarse al cabo, y le pregunta
Si agua, vino ó manjar alguno tiene,
De que segura esté que su Gonzalo
Solo haya de probar, no otro viviente.

Ella al punto delante le presenta
Una escudilla con migada leche,
Diciendo se la tiene preparada
Para que aquella tarde la meriende.

Incorpórase al punto el peregrino,
Dentro de su zurrón la mano mete,
Y sacando una caja, en la escudilla
Gran cantidad de polvos blancos vierte:

Y encargando á la vieja que ninguno
Sino Gonzalo, coma aquella leche,
Oyendo que álguien se acercaba al chozo,
Se inmutó, despidióse y listo fué.

Era quien se acercaba, el podenquero.
Cantando en alta voz, y muy alegre
Entró á anunciar á su contenta madre,
Que á verla, detrás de él, Mudarra viene.

Salió Elvida á la puerta de la choza
A esperar su llegada como siempre,
Y en tanto un galgo corredor, que acaso
Ha venido siguiendo á Vasco Perez.

Saltó sobre la mesa donde estaba
La escudilla, que al punto atisba y huele,
Y de dos tragantadas deposita
El contenido en su insaciable vientre.

Al rumor que causó, tornó la vieja
La faz, y al ver deshechas de tal suerte
Sus esperanzas todas, lanza un grito,
Y va á ver si salvar aún algo puede:

Y mientras Vasco en carcajadas rompe,
Ella en el robador, que huye y se mete
Bajo del tosco lecho, furibunda,
Ya que no golpes, maldiciones llueve.

Pero quedóse helada, cuando mira,
Como si algun poder ellas tuviesen,
Salir con ambos ojos hechos brasas
De su refugio al perro de repente,

Y que lanza un aullido doloroso;
Da tres rápidas vueltas, se estremece,
El pelo se le eriza, cae al suelo,
Revuélcase convulso, y gime, y muere.

Blanca espuma arrojando por la boca,
Con un palmo de lengua seca y verde,
Y quedándose yerto, hinchado, hirsuto,
Con muestras de empezar á corromperse.

Llegó de dos monteros escoltado
Mudarra en aquel punto, y le suspende
Hallar en tanta confusion la choza,
El perro muerto, sollozando á Perez,

Consternada á la vieja. Les pregunta
De aquel desmán la causa, y varias veces
Lo torna á preguntar. Al cabo Elvida,
Con tan simple candor y tan patente

Sencillez y franqueza, todo el caso,
Sin callar circunstancia, le refiere,
Que quedó su inocencia acrisolada
Y su sana intencion: pues aún mantiene

El pensamiento mismo, y como prueba
Del poder santo que los polvos tienen,
El reventar el animal con ellos
Por la profanacion, la tonta ofrece.

Demudóse Mudarra, penetrando
Cuál su peligro ha sido: no se mete
En sacar de su error á la nodriza,
Y á los dos ballesteros manda vuelen

Al punto en sus caballos, que recorran
Montes, valles y selvas, que se esfuercen
Por descubrir doquiera al peregrino,
Y que si hallarle por ventura pueden,

Le detengan, le amarren, y al momento
Al castillo de Salas se le lleven.
Obedecieron sin chistar: Mudarra
Abraza á Elvida; más de lo que suele,

La acaricia y consuela, y recogiendo
La taza, que del polvo aún restos tiene,
Del podenquero acompañado parte,
Y á su palacio presuroso vuelve.

Habló al punto con Zaide y con Salido,
Y aquel en los residuos de la leche
Descubrió un activísimo veneno,
Que rompe las entrañas de repente.

Los dos abrazan al garzon, y tiemblan:
Ocultar el suceso ambos resuelven
Al ciego padre, y con afan esperan
Que los monteros en la selva encuentren

Al envenenador. A media noche
Regresan estos, pero solos vienen:
No han encontrado á nadie en los contornos,
Y á unos pastores la noticia deben

De que un hombre embozado, á media tarde,
En un caballo negro, diligente
Salió del bosque donde está la choza
De la nodriza, y hácia Burgos fuése

Como una exhalacion, atravesando
Campos y selvas. Las sospechas crecen
De Zaide y Nuño, y cautos determinan
Jamás de vista, ni un momento breve,

A Mudarra perder, y que una escolta
De hombres armados le acompañe siempre
Los pocos dias que tan sólo faltan,
Para que el plazo del combate llegue.

(33) «Prohijóle otrosi doña Sancha, su madrastra: la adopcion se hizo de esta manera, aunque grosera, pero memorable... Metióle por la manga de una muy ancha camisa, y sacóle la cabeza por el cabezon; dióle paz en el rostro, con que le pasó á su familia, y recibió por su hijo. De esta costumbre salió el refran vulgar: *Entra por la manga y sale por el cabezon*. Dícese del que siendo recibido á trato familiar, cada día se ensancha más.» (MARIANA, lib. VIII, cap. IX.) Ambrosio de Morales dice, que la camisa la tenía puesta la madrastra, y que con ella puesta hizo la ceremonia de meterle por la manga y sacarle por el cabezon; cosa que no se comprende cómo puede ser.

Yo me he descartado de doña Sancha, por ser figura que no me hacia buen juego en el cuadro, y pongo á una hermana de Gustios Lara desempeñando la ceremonia de la adopcion.



ROMANCE NOVENO

Catal que son diez vestigios,
Non cosas del mundo non,
Contra quien fallecen lanzas
E no arremete el troton.

Roman, e ant. que.

Todo cuanto escucho y veo,
Son imágenes, son sombras
De mi desdicha.

Zamora.

DE fortuna y poder en la alta cumbre
Veinte años ha que vive Rui-Velazquez:
Más que señor, hallando esclavo humilde
En el conde don Sancho, adquirió tales

Riquezas, importancia y poderío,
Mientras rigió su cetro, que la márgen
Traspassó de vasallo. Leyes fueron
Supremas sus caprichos, sin que osase

El valor, la virtud ó la nobleza
Cortar los vuelos á poder tan grande:
O imponer á ambicion tan peligrosa,
Si no barrera, moderado cauce.

Aunque lo maldijeran en secreto
Prelados, ricos-hombres y magnates,
De rodillas su gracia mendigando,
Le incensaban sumisos y cobardes;

Y hasta le procuró la ciega suerte
Con dos altas victorias afirmarse,
Una ganada al guerreador navarro,
Otra á los poderosos musulmanes.

Mas ¿fué dichoso?—No: de su grandeza
El árbol colosal creció con sangre;
Y que lluvia de sangre lo derribe,
Teme su corazon á cada instante.

La mole donde estriba su arrogancia,
Se amasó y se asentó tambien con sangre;
Y tiembla que de sangre una avenida
La embista y vuelque, y rápida la arrastre.

¡Ah! no le muerden sólo y le devoran,
Convertidos en víboras voraces,
Hondos remordimientos; no tan sólo
Los fantasmas le afligen formidables,

Que el sueño al poderoso turban siempre,
Que siempre le envenenan los manjares:
No, la oculta justicia de los cielos
Tambien quiso oprimirle y castigarle

Con disgustos domésticos, los goces
De esposo tierno y de amoroso padre
Robándole tenaz, sin permitirle
Dejar un sucesor de su linaje.

—Su mujer doña Lambra, instigadora,
Si es que origen no fué de sus crueldades,
Hermosa, aunque pasado el fresco brillo
De la primera juventud, carácter

Desde luego mostró tan orgulloso,
Altivez tan feroz é intolerable,
Que de esposo y familia la opresora
No tardó mucho tiempo en declararse.

Amor, halagos, sumision, caricias
Fueron, para amansar su pecho, en balde;
Telas, joyas, poder y rico Estado
No lograron saciar sus vanidades;

Adulacion, inciensos y festines
No consiguieron dar á su semblante
El hermoso matiz de la alegría,
Ni sonrisa á sus labios de corales.

Deudos, amigos, siervos y vasallos
Huyeron su presencia formidable,
Y el alcázar quedó solo y desierto,
De discordia y tristezas hospedaje.

Si convertido en tentador demonio
Vió con asombro el triste Rui-Velazquez,
La que juzgó, de amor en los delirios,
Iris de paz y de virtudes ángel;

Aún fiel esposa hallaba en su consorte;
Y á la propia mujer da tal realce
Cumplir con esta obligacion sagrada,
Que á su sombra encontrar suele bastante

Disculpa ante los ojos del prudente
De otros deslices y defectos graves;
Como el soldado que en valor descuella,
La encuentra de sus vicios y maldades.

Fruto logró su union á los dos años
En un hermoso y delicado infante,
Que dió, naciendo en robustez lozana,
Esperanzas altísimas al padre.

En Barbadillo y en Castilla toda,
Siendo padrino el Conde al cristianarle,
Fué su venida al mundo celebrada
Con iluminacion, repique y baile.

Suelen los hijos ser vínculo estrecho
Que liga las opuestas voluntades,
Y encanto de tan alto poderío,
Que borra los enconos más tenaces;

Porque en dos corazones que á un objeto
Consagran su ternura y sus afanes,
De la conformidad de sensaciones
Mutuo cariño, union, amores nacen.

Mas era el corazon de doña Lambra
Compuesto de venenos infernales,
Y del niño inocente la presencia
En vez de corregirle y aplacarle,

Pareció que su fiera altanería
Y condicion terrible acrecentase.
Creyó sin duda su beldad ajada
Por haber dado fruto, su semblante

Y su seno marchitos, esta idea
Era para su orgullo insoportable.
Desde el principio con atroz despego
Vió al inocente niño, sin dignarse

De ponérsele al pecho una vez sola,
De dormirle en sus brazos y arrullarle.
Aquella dulce prenda parecía
Ser objeto que sólo le inspirase

Mayor odio y desprecio á su marido,
Aspereza mayor, nuevas maldades;
Pues la sola virtud que fué su escudo,
Dió á poco tiempo de repente al traste.

No amor, viles caprichos la asaltaron,
Tal vez probar queriendo, si aún bastante
Atractivo y belleza mantenía;
Y el lecho conyugal manchó la infame.

—Aunque ya treinta y cinco primaveras
Contado hubiese, y aunque fuera madre,
Fresca se conservaba su hermosura:
Era su boca perlas y corales,

Sus ojos dos luceros refulgentes,
Nieve y rosa su faz, y de azabache
Las luengas trenzas, que su frente orlaban
Descendiendo gallardas hasta el talle.

Alabastro bruñido parecían
Garganta y pechos, y de formas tales,
Que no hubiera buscado Praxiteles
Otras que colocar en sus deidades.

Breves el pié y cintura, de jazmines
Las delicadas manos, el donaire
Y estatura gentil un todo hacían,
Cuales los vió el ingenio y trazó el arte

Del inmortal pintor, gloria de Urbino.
¿Por qué en tal solio una alma noble y grande
No puso el cielo, generosa y digna
De tan bello y magnífico hospedaje?

Era un sepulcro de luciente mármol,
De podredumbre y de gusanos cárcel;
Era un palacio hermoso, do brillaban
Bruñido el bronce, cincelado el jaspé,

De proporcion sublime, enriquecido
Con columnas, relieves y follajes;
Habitado por hienas furibundas,
Hambrientos lobos y arrabiados canes.

Puso los ojos pues en un mancebo,
Imberbe y lindo, de su alcázar paje,
Que apenas veinte abriles contaría,
Y no tardó sagaz en enlazarle.

¿Quién su presencia hermosa resistiera,
De su grandeza el brillo deslumbrante,
Su pompa, su magnífico atavío,
Su poder, su riqueza y sus avances?

Cayó al punto en la red el mozo incauto,
A amor con vanidad, que es muy bastante
A trastornar un gigantesco escollo,
Entregándose ciego á todo trance.

Pronto, si fué fortuna, su fortuna
Y de la dama la conducta infame
Se descubrieron (nunca en los palacios
Largo tiempo se esconden cosas tales),

Y pronto entre las dueñas y escuderos
A escándalos y hablillas dieron margen,
Corriendo en Barbadillo la noticia,
Sin tardar por el mundo en divulgarse.

El último en saber tanto desórden
Fué, cual siempre acontece, Rui-Velazquez:
Mas ó la desvergüenza de su esposa,
O bien la inexperiencia del amante,

O de algun favorito malicioso
Inoportuno chiste, ó los mordaces
Labios de una envidiosa, ó que los cielos
Queriendo á un mismo tiempo castigarle,

Y castigar á entrambos delincuentes,
Con roedoras sospechas le avisase:
Tuvo por fin noticia del exceso,
Y pruebas luégo del horrendo ultraje:

Y lo vengó. Vengólo, sí: furioso
Bañó sus manos en la torpe sangre
Del adúltero, haciéndole pedazos
El corazón, de la perjuría infame

Ante los ojos; y la ardiente daga,
Enrojecida toda y humeante,
Vibró en seguida contra el pecho de ella.
Pero cuando iba el golpe á descargarle,

Viéndola dar en tierra desmayada,
Suspendió el brazo; y en su atroz semblante
Brillaron, cual relámpago en la nube,
De inspiracion horrenda las señales;

Y llamando á sus fieles servidores,
Con voces al graznido semejantes
Que lanza el cuervo, cuando hambriento encuen-
En la desierta playa algun cadáver; (tra

Mandó arrastrar al punto del castillo
A un subterráneo al desangrado paje
Y á la perjura infiel; y allí encerrada
Dejóla con los restos de su amante.

Por aquel tiempo se encendió una guerra
Con Navarra, y al frente de las haces
De Castilla, á los límites del Ebro
Marchó de adelantado Rui-Velazquez;

Y consiguió feliz una victoria,
Que produciendo ventajosas paces,
Le dió renombre y esplendente brillo,
Y á su excelso poder mayor ensanche.

Tornó orgulloso á Burgos con la pompa,
Que siempre cerca al capitan triunfante,
Y apoyado en sus glorias y laureles,
Dió á su hinchada ambicion más amplia calle.

Mientras estuvo ausente, doña Lambra
Consiguió quebrantar su horrenda cárcel,
Seduciendo á sus guardas, y á Galicia,
Acompañada de un abad, fugarse.

Bramó Velazquez de furor, con muerte
Castigó fiero al sobornado alcaide;
Mas luego se templó, todo embebido
Del mando y del dominio en los afanes,

Y en el que demostraba al hijo tierno,
Objeto de esperanzas colosales.
De la cuna este ya salido habia,
Como lozano en la floresta sale

Un vástago robusto, en quien espera
Ver el agricultor cedro gigante,
Que sombra dé y amparo á las labores,
Y que rey sea del fecundo valle;

Mas ¡ay! á Gustios Lara le ha robado
Siete hijos, ya mancebos, Rui-Velazquez,
Y ver logrado el suyo, es imposible
Que quiera el justo cielo tolerarle.

Llegó una aciaga noche, y en su lecho
De un hondo sueño en el descanso suave
Estaba ya el señor de Barbadillo,
Después de haber revuelto locos planes

De orgullo y de ambicion allá en su mente;
Y soñaba tal vez que con sus artes
Colocaba en el trono de Castilla
Al hijo: que á sus plantas los magnates,

Prelados y justicias le juraban
Humildes obediencia y vasallaje;
Y escuchaba del pueblo los aplausos,
Y alegres vivas asordar el aire;

Cuando de pronto despertó. Las voces
Oyó de turba inmensa, y asordarse
Todo el palacio con rumor confuso:
Restregóse los ojos, anhelante

Descorrió las cortinas, con asombro
Vió por las claraboyas derramarse
Un rojo resplandor que iluminaba
El aposento, y empezó á turbarle

El conocer que respiraba humo.
Un vuelco dióle el corazon cobarde;
Salta del lecho, envuélvese en su manto,
Coge una daga, de la alcoba sale,

Y halla el palacio en combustion horrible,
Presa de ardientes llamas, que voraces
Taladrando artesones y techumbres,
Por las tinieblas lóbregas se esparcen.

— Por sueño, ó por descuido, alguna dueña
Que en la antesala del pequeño infante
Se quedaba á velar, dejó una antorcha
Inmediata á un movable cortinaje,

Donde prendió la llama voladora,
Que subió por molduras y pilares,
Cebándose furiosa en las maderas,
Del artesón, y en las tendidas trabes;

Y agitada del viento que soplabá,
Corrió el incendio á pasos de gigante
Por todo el edificio. No respeta
Ni de las fuertes torres los sillares;

Alza hasta el alto cielo remolinos
De humo y de espesas chispas, que combaten
A los astros y ofuscan sus fulgores,
Con luz siniestra iluminando valles,

Y selvas, y apartados caseríos,
Y en las lejanas cumbres desiguales
Reflejando del último horizonte,
Cual suelen encendidos los volcanes.

—Toda la poblacion de Barbadoillo
Acudiera solícita al desastre,
Y de los dependientes del palacio
Tornan la confusion más ciega y grande.

Todos se mezclan, corren, gritan, mandan,
Disponen, bajan, suben, entran, salen;
La muchedumbre acrece el embarazo,
Y al fuego tronador no hay quien ataje.

La confusion aumenta y el asombro
La súbita presencia de Velazquez,
Que en roncás voces, émulas del trueno,
Vuelto del edificio hácia la parte

De la ruina mayor, pregunta á todos,
¿Dónde está el hijo? y no responde nadie.
Adivinó que estaba en su aposento,
Y vuela denodado (que era padre),

Despreciando su vida en tal conflicto,
A tentar el camino de salvarle.
Dos fieles escuderos tras de él siguen:
Se lanza á los escombros humeantes,

Salta de viga en viga, que á su planta
Ceden, y sin temer precipitarse
Dentro de un mar de fuego á cada paso,
Senda por medio de las llamas abre;

Y á la cámara llega de su hijo,
En el momento mismo en que lo grande
Del incendio voraz en ella estaba:
Ya las molduras que la adornan, arden,

Y vuelan en ceniza y humo leve.
La dorada techumbre á desplomarse:
Va al momento: del suelo, quebrantado
Por las grietas, el humo empieza á alzarse,

Y acaso llamas: crujen las paredes,
Y aún está en un rincón el rico catre,
Y el niño en él. De despertar acaba,
Cuando iba ya el vapor á sofocarle,

Porque una brasa ó chispa le ha caído
En el pecho inocente. Rui-Velazquez
Lo ve al través del humo, oye su llanto,
Mira sus manecitas levantarse.

Respira el padre; es suyo: corre, vuela...
Pero en el punto mismo de salvarle,
Una viga del suelo en aquel lado
Falta, se troncha con fragor, y el catre,

Y el niño, y la bordada colgadura
Se hunden en un abismo y hondo cráter,
Por do rompe de llamas un torrente,
Que todo lo consume en el instante.

Tras del hijo inocente, despechado
Fuése á arrojar el desdichado padre;
Mas firmes lo detienen y sujetan
Entrambos escuderos, que constantes

Hasta aquel sitio horrendo lo han seguido:
Y desmayado logran retirarle,
Y atravesando por peligros nuevos,
Quemados los cabellos, barba y trajes,

Con él en hombros, como muerto, pronto
Salvos al patio del castillo salen.
La muchedumbre á su señor circunda,
Y él, en cuanto en el rostro le dió el aire

A cielo abierto, y respiró el ambiente,
Tornó en sí, y furibundo á levantarse,
Maldijo, blasfemó, con roncás voces
Aterró á los confusos circunstantes;

Llamó al hijo mil veces, anheloso
Corrió ligero de una en otra parte,
Y en tronador acento, que vencía
Del incendio el rumor, y el espantable

Estruendo que los muros y techumbres
Formaban al hundirse y desplomarse;
Gritó á sus servidores y vasallos:
«Fuera, canalla vil... fuera, cobardes:

»Dejad, dejad arder estas ruinas;
Muerte á quien una chispa sola apague.
Arda el palacio, y arda Barbadillo,
Y Castilla, y el mundo... Si abrasarse

»He visto mi esperanza, ¿qué me importa
Que el universo mísero se abraze?»—
Gritando así furioso se metía
En pórticos, salones y desvanes,

Y á los que aún se afanaban denodados
Por atajar el fuego, á retirarse
Con golpes y amenazas compelia;
Mas aunque trabajando continuasen,

Nada lograr pudieran. Del incendio,
Descuidado al principio, eran ya tales
Los rápidos progresos, que no había
Manera de extinguirle ó de cortarle.

—Salió el sol entre cárdenos vapores,
Que dieron á su faz color de sangre,
Y pálido y sin brillo, en el espacio,
Cual si una gasa densa lo ofuscase,

Se alzó, y siguió su curso. A su presencia,
Si no furor, perdieron las voraces
Llamas su resplandor, miéntras el humo
Cobró aspecto más negro y formidable,

Cubriendo con fantásticos colosos
Del cielo azul el empañado esmalte.
Y entre ruinas y escombros se veía
Aparecer al despechado padre.

Ora al hundirse una maciza torre,
Ora al volar el humo hácia otra parte:
Ser el Genio del mal se hubiera dicho
Que presidía destrucción tan grande.

Duró el incendio en su furor tres días,
Y por muchos despues quedó constante
Una columna de humo, que se alzaba
Hasta los cielos recta por el aire,

Cual si fuese un puntal del firmamento;
U ondeaba en brazos del ambiente suave;
O rota por el viento, se esparcía,
En niebla leve por los hondos valles.

Cuando al conde don Sancho de Castilla
La noticia llegó de tal desastre,
Voló en persona á dar al favorito
Consuelo, y del estrago á retirarle;

Y un palacio magnífico, que estaba
Entre florestas y extendidos parques
A dos leguas de Burgos, regalóle,
Para que le sirviera de hospedaje.

De él hizo su mansion casi continúa
Desde aquella desgracia Rui-Velazquez,
O por estar más cerca de la corte,
O porque Barbadillo y los lugares

Donde perdió el honor, y los tesoros,
Y al hijo, centro de esperanzas tales;
Contrarios á su nombre y su fortuna,
Y de siniestro agüero los juzgase.

El tiempo, á cuyo curso todo cede,
Consolador de penas y de males,
Llegó á calmar su pecho, destrozado
Con tantos contratiempos y desastres;

Mas quedó tan acedo, que por puntos
La violencia aumentó de su carácter;
Y si ántes sanguinario por venganza,
Despues lo fué por ansia de crueldades.

El afán de dejar un heredero
A su poder, á su fortuna y sangre,
Viéndolo por el cielo contrariado,
De la ciega ambicion en maridaje,

Le inspiró el atrevido pensamiento
De al punto celebrar segundo enlace
Con doña Sol, hermana de don Sancho;
Que ya no aspira á ménos tal magnate.

No halló en el Conde obstáculo ninguno;
Mas lo halló, sin poder sobrepujarle,
En la tenacidad del Arzobispo,
Y de su esposa infiel en los parciales.

Aquel (aunque frecuente entónces fuera
Para príncipes y altos personajes
Del matrimonio relajar los nudos,
Y aunque desde el tumulto contra Zaide,

Hácia el noble señor de Barbadillo
Complaciente en extremo se mostrase),
De celo religioso dominado,
Negóse á permitirle inexorable

Los vínculos romper del sacramento,
Y para nueva boda autorizarle.
Con este firme apoyo, los parientes
De doña Lambra osaron declararse,

Dispuestos á oponerse áun con la fuerza
A ver en su familia tal desaire;
Empezándose á alzar tan gran borrasca
Contra el omnipotente gobernante,

Que se encontró obligado por entónces
A diferir sus orgullosos planes,
Y al puerto se acogió de la prudencia,
Para salvar de su ambicion la nave.

Vióse en tan grandes sustos y zozobras,
Temió tantos venenos y puñales
En aquella ocasion, que ardió en el ansia
De arrancar á las lumbres celestiales,

Del porvenir oscuro el gran secreto,
Apelando al poder de ocultas artes;
Pues querer penetrar en lo futuro,
Es propio de ambiciosos y cobardes.

—Por aquel tiempo se mostró en Castilla
Un extraño y famoso personaje,
Dálmata de nacion, de noble aspecto,
Astrólogo sublime y nigromante.

Europa estaba de su nombre llena,
Y corriendo sus varias capitales,
Después de haber en Africa y en Asia
Dado fin á larguísimos viajes;

Томо I

Hizo de su saber pasmosas pruebas,
Predijo con acierto acasos graves,
Y ganó cuantiosísimo tesoro,
Vendiendo raras drogas y brebajes.

Príncipes y monarcas á porfía
Tenerle en su servicio y sujetarle
En su corte quisieron, con halagos
Y con ofertas de riquezas grandes;

Mas él, independiente, jamás quiso
Ni hacer larga mansion en una parte,
Ni á servir solamente á un soberano
Y á una sola nacion acomodarse,

Diciendo ser universal su ciencia,
Y que por todo el orbe derramarse
Debía su excelso influjo, cual derrama
La luz el sol, á quien llamaba padre.

Con grande autoridad y altanería
Trataba á los guerreros y magnates,
Sentando, que la ciencia es don del cielo,
Don más sublime que poder y sangre.

Unas veces tenaz se desdenaba
De hacer un vaticinio, aunque rogarle
Viera á sus pies á un príncipe; mas otras
Vaticinaba sin pedirlo nadie.

Curaba con ensalmos las heridas,
Y como por milagro enfermedades
De inminente peligro; ya exigiendo
Sumas extraordinarias, ya de balde.

Acaso regalaba generoso
Amuletos, reliquias, talismanes,
Y armas forjadas bajo tal aspecto,
De temples encantados y metales;

Y tal vez codicioso las vendía,
Exigiendo crecidas cantidades.
Irregular en fin y caprichoso,
Y de contradicciones y contrastes

Tan lleno se mostraba, que imposible
Era el saber de fijo su carácter,
Ni el modo de lograr su amor y estima,
Ni el modo de tenerle y de obligarle.

Obra como suele un inspirado,
Ciego instrumento de poder más grande,
Y que de mano tal recibe impulso,
Que no está de los hombres al alcance.

—Este dalmata pues llegó de paso
A Burgos, donde el Conde y personajes
De admiración y obsequios el tributo
Le dieron, que lograba en todas partes.

El Arzobispo sólo demostróle
O desprecio ú horror, por contemplarle
Agente del demonio y hechicero,
Y sus ciencias ocultas condenables.

Quien con mayor afán y más estima
Se empeñó en recibirle y obsequiarle,
Dándole alojamiento en su palacio
Y un asiento en su mesa, fué Velazquez.

Una lanza compróle á peso de oro,
Obra de un sabio armenio nigromante,
De tal virtud que si tocara un monte,
Lograra confundirle y derribarle;

Y le pidió de su futura suerte
Alguna clara luz. Dificultades
Encontró el sabio en complacerle: sólo,
Movido de sus dádivas constantes,

Al tiempo de partir, con gran misterio
Le dijo estas palabras: «¡Rui-Velazquez!
No temas asesinos ni envidiosos;
De Almanzor teme el damasquino alfanje.

»En la presencia de una ilustre mora,
Jóven, doncella, hermosa, no batalles,
Si el que ella logre una corona excelsa
En el éxito estriba del combate.»—

No complació al señor de Barbadillo
Ni uno ni otro consejo, que triviales
Y vagos le parecen. Era tanta
La fama de Almanzor, eran tan grandes

Su valor, su destreza y su fortuna,
Que todos procuraban no encontrarle;
Y el combatir á vista de una mora
Para ceñirle una corona, lance

Era extraño además, y en que no había
Personalmente él mismo de empeñarse;
Ni, si acaso, poner más que el influjo
De su excelso poder y de su clase.

Despreció pues del sabio los avisos;
Mas como á poco tiempo declarasen
Guerra los moros, se quedó en la corte,
Hasta tener noticia y cerciorarse

De si Almanzor estaba en la frontera.
Al saber que se hallaba muy distante,
Del Africa corriendo las provincias,
Fué; y con una victoria asegurarse

Logró de nuevo en el poder, quedando
De enemigos y de émulos triunfante.
Varios años despues un reyezuelo
Moro vino favor á demandarle,

De una hija muy hermosa acompañado,
Contra un usurpador; y él sin mezclarse
En lucha alguna, le volvió su cetro
Con su influjo, poder, astucia y arte;

Y juzgando pasados de este modo,
Sin el menor peligro, los dos lances
A que pudo aludir el vaticinio,
Ni aún se volvió á acordar del nigromante,

Siguió siendo el tirano de Castilla,
Y cada día su favor más grande
Con el Conde don Sancho, sin que hubiese
Fuerzas que de él pudiesen derribarle.

Como entónces muriese doña Lambra,
Tornó á entablar los suspendidos planes;
Y sin temer contradicción ninguna,
Trató con doña Sol su nuevo enlace;

Mas de don Sancho la impensada muerte
Derribó sus proyectos colosales,
Como un soplo derriba los palacios
Que hacen los niños con ligeros naipes.

Subió al excelso trono de Castilla
Y á gobernar por sí Fernán-González,
Y de sol tan radiante á la presencia
La estrella se apagó de Rui-Velazquez.

Pero era su poder tan gigantesco,
Tan antiguo, tan fuertes sus parciales,
Que de pronto y de un golpe derribarlo,
Daños ocasionar pudiera graves.

—En medio del jardin descuella un olmo,
Que como al dueño por capricho agrade,
Y como lo cultive, la alta pompa
Tiende creciendo en tronco y en ramaje:

De sol y jugos el terreno priva,
Con su sombra enfermando á los frutales,
Y robando al pensil el rico adorno
De flores, murtas, césped y arrayanes;

Mientras el cultivador enamorado
De su árbol predilecto, se complace
En verlo á costa de las otras plantas
Alzar la excelsa cima por los aires;

Durmiéndose á su sombra, y no cuidando
Que esteriliza cuanto en torno nace.
Pasa el verjel á manos de otro dueño,
El cual quiere al momento libertarle

De aquel tirano que lo asombra y seca;
Mas no fuera prudente, si intentase
Por el pié á golpe de segur cortarlo;
Porque los edificios y tapiales

Arruinara tal vez á su caída,
Causando en rededor estragos grandes.
Trata pues de cortar brazos y ramas,
De trozar luego el grueso tronco en partes,

Y de irle destruyendo poco á poco,
Sin que ruinas ni peligros cause,
Aprovechando su bambolla en leña,
Y sus ramas y cuerpo en maderámen.

Así con el antiguo favorito
Obligado se mira á manejarse
El nuevo Conde, y si aún el árbol vive,
De muerte tiene el sello irrevocable.

La libertad del noble Gustios Lara
El primer golpe fué: de lo restante,
Trayendo el Moro Expósito á Castilla,
El cielo vengador quiso encargarse.

Desde que allá de Salas en la villa,
Y en el palacio del anciano padre
Halló á Mudarra, y recibió su reto,
Temblando el orgulloso Rui-Velazquez;

Huyó la corte, y en su propio alcázar
A dos leguas de Burgos, sin mostrarse
Sino á sus confidentes, encerróse;
Combinando tal vez inicuos planes

Para impedir el que tuviese cima
La batalla aceptada á todo trance;
Pues que legitimado ya el mancebo,
Era de todo punto inevitable.

Mas pasó el mes de término, pasóse
La víspera también, y entre celajes
Bajó al ocaso el sol, que al otro día
Iba á prestar sus luces al combate.

Empezó triste y destemplada noche,
Nubarrones cruzaban por el aire,
Y una ligera niebla coronaba
Las torres del castillo de Velazquez,

Que sobre una colina y entre selvas,
Mole oscura se alzaba, de la margen
Del Arlanzon vecino; y al reflejo,
Pálido y débil ya, de la menguante

Luna, que media faz sólo asomaba
De oriente tras las cumbres desiguales,
Divisábanse en la alta plataforma,
Al través del altísimo almenaje,

Dos ó tres hombres de armas, vagos bultos,
Que cual fantasmas de una en otra parte
Con paso igual y lento se movían:
Y de sus altas lanzas los remates

A veces fulgurando, asemejaban
Los fuegos fatuos que movibles arden
Encima de un sepulcro. Del palacio
En lo interior se vieron un instante

Cruzar varias antorchas: pero luego
Cerrado el corredor y ventanaje,
Sólo en el edificio dos lumbreras
O claraboyas altas, circulares,

Con labores de piedra compartidas,
Mostraban dentro luz, y semejantes
A los ojos de un lobo, relumbraban
Al través de las sombras impalpables.

Eran ventanas de un salon, do ardía,
Reflejando en los timbres y follajes
Del dorado arteson, rojiza tea.
Y donde estaba solo Rui-Velazquez.

—Este, delgado y alto, y que tendria
Cincuenta años lo más, en su semblante,
Enjuto y macilento, demostraba
Temores, dudas é inquietudes grandes;

Y cruzados los brazos sobre el pecho,
Y embozado en su manto, á desiguales
Pasos la sala toda recorria,
Formando en suelo y muro una gigante

Sombra, que era mayor ó más pequeña,
Al venir á la luz ó al retirarse.
Mas como si el rumor de sus pisadas
Pudiese sorprenderle y asustarle,

Alguna vez apresuraba el curso,
Volviendo atrás el rostro. Otras pararse
Intentaba en mitad del ancho espacio,
La faz alzando á las labradas trabes

De la techumbre. Por acaso en ella
El humo de la antorcha y los esmaltes
De las toscas labores á sus ojos
Presentaban figuras espantables;

Pues lanzaba un horrisono alarido,
Al que el réprobo lanza semejante
Al tiempo de morir, viendo cerrados
De la Misericordia los umbrales.

El pequeño rumor á poco tiempo
Se oyó de lentos pasos acercarse,
Y sonar una puerta y otra puerta.
Aunque estaba seguro el personaje

De que sólo pudiera su valido
En hora tal y en sitio tal buscarle;
Se estremeció al pensar que álguien venia,
Y huyendo del salon hacía la parte

Más remota y oscura, con presteza
Se desembarazó de su ropaje
Y la daga empuñó. Pronto tres golpes
Se oyeron en la puerta; y á embozarse

Tornando en ronco acento: «¿Eres Rodrigo?»
Gritó. Y como de afuera contestasen,
«Rodrigo soy, señor, y vengo solo;—
Harto estaba ya, dijo, de esperarte:

»Entra y cierra tras tí;» y entró Rodrigo.
—Era uno de los dos que libertarle
Lograron del incendio del palacio,
Cuando del hijo en pos quiso abrasarse;

Y su primer valido y confidente,
Creciendo en el favor desde aquel lance.
La misma edad que su señor tendria;
Era de cuerpo chico y tosco empaque,

Su faz siniestra y áspera, sus ojos
En extremo mezquinos y vivaces,
Crespo y ralo el cabello, pero espesas
Las blanquecinas barbas; y su traje

Un sayo gris, con una doble cuera
Ceñida y ajustada sobre el talle
Por un cinto bordado, en que colgaban
Con una argolla diferentes llaves.

—Cerró al entrar la puerta, y en silencio
Junto al umbral quedóse. Rui-Velazquez
Se adelantó hasta en medio de la sala,
Y así hablaron los dos sin acercarse:

«¿Qué nuevas traes, Rodrigo? ¿Ha vuelto el
—Acaba de llegar en este instante.— (Zurdo)
¿Y qué noticias da?—Que Gustios Lara
Y su hijo, ó lo que sea, y Nuño, y Zaide,

»Con gran escolta y séquito, y á salvo
En Burgos han entrado á media tarde.—
¡Maldito el Zurdo seal!... ¡Los infiernos
Se abran, y como á suyo se lo tragen!

»¡Maldita la hora en que nació!... Y al Zurdo
¿Pudo su astucia y su valor faltarle
Sólo en tal ocasion?... ¿No le siguieron
Los bandidos del monte, esos infames,

»En quienes apoyó sus esperanzas
De poderme servir á todo trance?—
Sí, señor, lo siguieron; pero dice
Que ocurrieron despues dificultades...—

»Miedo, vileza, infamia, cobardía:
Mi venganza verán los miserables...
¿Me habrá el Zurdo vendido?... ¿Descubierto
Tal vez á alguno mis ocultos planes?...

»Muera esta noche.—Muera; pero advierte
Que es reservado, fiel, y que con nadie
Ha hecho nunca mención de aquella empresa
A que fuimos los dos.—¿Le ha visto álguien

»Ahora al volver? ¿Habló?...—Varios le han
Mas con ninguno habló. Vino á buscarme ¿visto,
Al punto de llegar, y en mi aposento
Seguro le dejé bajo de llave.—

»Y ¿por qué no ha cumplido mis mandatos?
Dí, ¿qué disculpa da?—Que él propio os hable
Permitidle, señor, y por vos mismo
Con más exactitud...—¿Y ha de acercarse

»De noche ese ente vil á mi persona?—
Yo le traeré sin armas, y bastantes
Vos y yo, señor, somos contra un hombre
En cualquiera ocasion.—Anda á buscarle.»

Desapareció Rodrigo: su amo al punto
Que vió la puerta sin rumor cerrarse,
Abrió un armero que en la sala habia;
Una cota de malla impenetrable

Sacó, se la vistió con gran presura;
Desvainó la daga relumbrante,
Y escondió entrambas cosas con cautela
Bajo del manto, en que tornó á embozarse.

Sonaron de allí á poco las pisadas,
Y en la puerta los golpes; y cual ántes
Preguntando, y oyendo por respuesta:
«Soy Rodrigo.—Entra pues.» dijo Velazquez.

Apareció otra vez el escudero,
Sin otra diferencia que notarse
El pomo de un puñal en su cintura,
Y el Zurdo entró tras de él, mudo y temblante.

Era un hombron robusto y de anchos hombros,
Cuyas toscas facciones dos señales
De horrendas cicatrices afeaban,
Y sobre un sayo de gamuza ó ante

Llevaba un peto mohoso y abollado,
Sin más grebas, manoplas ó brazales,
Ni arma ofensiva alguna, y se mostraba
Lleno de sangre y lodo. Quien lo hallase,

Por saltador del monte le tendria,
No por fiel servidor de tal magnate.
Pálido, confundido, silencioso
Clavó en tierra los ojos. Rui-Velazquez,

Observándole atento, así le dijo,
De furor concentrado su semblante
Dando, y sus ojos encendidos muestra:
«Hola, señor valiente, ¿qué nos traes?

»A ese viejo caduco y á su gente
¿Por qué en Burgos entrar salvos dejaste?...
Los bravos de que tanto blasonabas,
¿Qué han hecho? Habla... respóndeme, vergante.

»Habla, fruta mezquina de la horca,
Cuéntanos tu traición, cuéntala, infame,
Antes que para hundirla en los infiernos,
Yo mismo el alma pérdida te arranque.»—

Diciendo así, acercóse algunos pasos,
Y dió un golpe tan duro sobre el jasje
Del suelo con la planta, que al ruido
Crujió de la techumbre el maderámen.

A la luz roja de la opaca tea
Que aclaraba el salon, ya relumbrante
Ardiendo la resina, ya ofuscada
Con el humo y pavesas, personajes

Raros y de otro mundo aparecian
Los tres, que con aspectos desiguales
Ocupaban la escena. Sus tres sombras,
Que la luz dibujaba en los sillares

Del muro, acaso vagas é indecisas
Al undular la llama, acaso estables
Y en gigantesca proporcion, copiando
Los duros movimientos y ademanes

De los que las causaban; parecían
Los tres réprobos entes infernales,
Que á aquellos tres malvados inspiraban
Tanto crimen, tan bárbaras crueldades.



Furia y terror en boca, ojos y frente
Mostraba el orgulloso Rui-Velazquez:
Honda inquietud Rodrigo; y se notaba
Tanto temor y confusion tan grande

En el rostro feroz y en la persona
Del Zurdo, que con su áspero semblante,
Y con su corpulencia, y apostura,
Y su todo brutal, raro contraste

Formaban; y aún más raro lo hallaría
Quien supiese sus vicios y maldades,
Y que el asesinato y el incendio
Eran cosas para él tan familiares.

Mas suelen estos bárbaros que sirven
Al furor de un altivo personaje,
Burlándose del cielo y de la tierra,
Comiendo iniquidad, bebiendo sangre,

A un ceño del motor de sus delitos
Confundirse sumisos y cobardes.
Pálido pues como la muerte el Zurdo,
Y cual las hojas del flexible sauce

Temblando todo en actitud grotesca
Clemencia demandando á Rui-Velazquez,
Con voz agria, aunque humilde y confundida,
Rompió por fin de esta manera á hablarle:

« Señor, señor, piedad... traidor no he sido:
Dios, y la Virgen, y los cielos saben,
Que servidor más fiel que yo, en el mundo
Jamás se halló, ni puede serlo nadie;

»Salvo el señor Rodrigo, que me escucha,
Y á quien pido me valga en este trance.
Mis valientes amigos me siguieron,
Y han puesto cuanto estaba de su parte;

»Mas fué imposible... El cielo ha destruido
Y la mágica negra nuestros planes.» —
Interrumpióle, dando otra patada
Su señor irritado sobre el jaspe,

Y le dijo: «¡Por vida de mí mismo!
¿Qué dices, infeliz?... ¿qué, miserable?...
¿Piensas, necio, ocultar tu cobardía
Viniedo á referirme disparates?» —

El Zurdo continuó más alentado:
«Os digo la verdad: Dios así os guarde.
Asesinar al Conde de Castilla,
Sentado en su dosel, señor, mandadme;

«Y os juro que lo haré, como lo hice
Con el abad Elgardo, en el instante
Que estaba con sus monjes en el coro.
Disponed, si quereis, que al punto abrase

»A toda Burgos, y esta noche misma
De sus techos vereis la llama alzarse,
Como aún no hace seis meses que se alzaba
Por cima del castillo de Alvar-Fañez.

»Mandadme acometer á hombres armados,
Redes á hombres tender, entrar lugares
Donde hombres vivan, volaré á servirlos;
Mas lidiar y embestir con nigromantes,

»Engañar á fantasmas y á demonios,
Y entrar do sólo encantamientos valen;
No puedo yo, señor, ni mis amigos,
Ni Rodrigo, ni vos, ni puede nadie.» —

Un grito de terror ó de despecho,
Que lanzó furibundo el personaje,
Interrumpió de nuevo á aquel valiente,
Que jamás hasta entónces explicarse

Supo con tanta copia de palabras:
Cosa que pudo la atencion llamarle
Al turbado señor de Barbadillo,
Y pensar que alto impulso le guiase;

Pues viéndole callar, tras un momento
De suspension confusa, «Sigue, infame,
Sigue, le dijo: cuenta las patrañas
Que te han vuelto tan vil... Puede que alcances,

»En lugar de castigo, mi desprecio.—
Señor, continuó el Zurdo sin turbarse,
Pues parecia que supremo inlujo
Al paso que iba hablando, le animase;

»No me tengais por loco: cuanto os hablo
Es la pura verdad. Cuando mandaste
Que fuera acompañando al seor Rodrigo
(No dejará que mienta, está delante),

»Habrá unos veinte dias á dar muerte
A ese moro, ó prodigio, fuí á buscarle,
Y entre Salas y el chozo de la bruja
Le sorprendimos ambos, como sabe

»Aquí el señor Rodrigo, y muy bien puede
Decir, si anduve lerdo en aquel lance;
Y cómo le embestí y eché por tierra,
Y que le herí tambien, pues que de sangre

»Saqué lleno el puñal. Pero de pronto
Salió un demonio, cual sabeis, ó un ángel...—
Calla, menguado; le gritó su dueño:
¿Qué tiene eso que ver con hoy, cobarde?»

Y el Zurdo continuó: «Lo recordaba
Porque á pesar, señor, de aquel percance,
En cuanto me mandasteis que dar fuego
Al palacio de Salas intentase,

Y si no lo lograba, que ayudado
De la tropa del monte, en el paraje
Más áspero y oculto del camino,
Entre Salas y Burgos, esta tarde

»A la gente de Lara acometiese;
Procurando matar á todo trance
Al ciego y á Gonzalo... al jóven, digo,
Y al moro viejo que se llama... Zaide,

»Y á Nuño el peregrino; á obedeceros
Volé; y os dí, es verdad, seguridades
De que una ú otra empresa lograría
Con la gente del monte, pues se sabe

»Que son mozos de pro, que nada temen,
Que se duelen muy poco de sus carnes,
Y que á dos hombres de armas cada uno
Acomete sin miedo. Mas las artes

»Del demonio, señor, ni con espada,
Ni con lanza y esfuerzo se deshacen.
Y cuando el cielo mismo ú el infierno
Por alguna persona toma parte,

»Y en proteger se empeña á una familia,
El valor de los hombres nada vale,
Y es preciso acudir á un hechicero,
Que con otros encantos... ó entregarse

»Al demonio, y que ayude... ó á la Virgen,
O á un poderoso santo demandarle
Auxilio y proteccion, porque las armas
Del mundo pueden poco en casos tales.

»Por cierto y en verdad yo nada valgo;
Mas si yo fuera vos... Para el combate
De mañana... Señor, ese mancebo
No es cosa de este mundo. Es... ¿quién lo sabe?»

Hizo una pausa el Zurdo, y aterrado,
En silencio quedóse Rui-Velazquez,
Cuyos trémulos miembros empezaban
En helado sudor á desatarse.

El bravo continuó: «Si lo que digo,
Poneis, señor, en duda, aunque verdades
Son que dijera á la hora de mi muerte,
Al Mellado y al Pocho preguntalles;

»Dirán aún más que yo. Ya no está Salas
Conocida, señor; ni en ella hay nadie
Que nos quiera ayudar.—¿Qué? preguntóle
Atónito y confuso Rui-Velazquez:

»Isac y Alfonso Deza ¿han olvidado
Los beneficios que me deben grandes?—
Los primeros han sido, dijo el Zurdo,
Con otros de su bando, en declararme,

»Que incendiar el castillo era imposible;
Y que ellos ya no osaban arriesgarse
A ninguna otra empresa contra Lara,
Puesto que Dios se empeña en ayudarle.

»Parece que esos moros noche y día
Guardaban el palacio, y que los tales
Son malignos espíritus, no moros;
Pues diz que cuando en torres y almenaje

»Hacen la ronda en torno del castillo,
Alzan los piés del suelo, y por el aire
Van como los cernícalos; que siempre,
Ya en los vecinos campos, ya en las calles

»De Salas, sin saber por do vinieron,
Y de repente suelen encontrarse
A todas horas; y el morazo viejo,
Amo de todos, y que llaman Zaide...

»Tan Zaide es como yo, Dios me perdone.
Yo le he visto de piedra, al ménos hace
Veinte años, en la esquina de la iglesia,
Y ahora le he vuelto á ver... El mismo traje,

»La misma barba... Sí, pues el tal Nuño..
Diz que allá en unas tierras muy distantes,
Donde sólo hay paganos, ha aprendido
Mágica negra, endemoniadas artes.

»Todito lo penetra y lo descubre...
Fué imposible, señor.—Pero, cobarde,
Su dueño le gritó; ¿cómo has perdido
Hoy el golpe también?... ¿Do te apostaste?—

»Cerca de Burgos, respondió; en el paso
Que cierran á una mano los tapiales
De la arruinada ermita, y á la otra
El espeso encinar. Es el paraje

»Donde puede mejor una emboscada
Contra todo un ejército ocultarse.
Allí permanecimos todo el día,
Y en el momento de empezar la tarde,

»Se oyó rumor. Salimos, y á la bruja,
A la vieja maldita que años hace
Endemoniada estuvo, y que ahora vive
En aquella chozuela miserable

»Cerca de Salas, detuvimos. Iba,
Por estar que no puede menearse,
En unas parihuelas hácia Burgos,
Llevándola pastores y gañanes.

»Yo la quise matar, porque temía
Que con sus roncós gritos infernales,
Nos iba á descubrir; pero el Mellado,
A quien ella en Simancas de la cárcel

»Sacó tiempos atrás (yo no sé cómo,
Aunque sospecho que con malas artes),
El brazo me detuvo. Muy mal hizo,
Pues al momento la hechicera infame,

»Astuta descubrió nuestros intentos,
Como si algun demonio ó algun ángel
Se los hubiese dicho; y la maldita
Nos hizo á todos amenazas tales,

»Y contó de ese moro, ó lo que sea
(Diciendo era el menor de los Infantes,
Que al mundo Dios de nuevo le enviaba),
Portentos tan extraños y tan grandes,

»Que llenó á todos de terror y asombro.
Y cantó luégo coplas y romances
De venganzas del cielo, y de fantasmas
Con tan raros aullidos y visajes,

»Que se erizaba el pelo. Miéntras tanto,
No sé cómo, lograron escaparse
Dos de los que con ella habían venido,
Aunque estaba borracho como un zaque

»Uno de ellos. A poco nos hallamos
Embestidos, señor, por todas partes
De los malditos moros y otra gente,
Cual si fueran venidos por el aire.

»Yo de pronto conté como unos treinta.
Mas que eran mil, con raros ademanes
De contento gritó la fiera bruja,
Afirmando tenaz, que cien gigantes

»Descollar entre todos descubria.
El valiente Mellado, sin turbarse,
Mandó á los suyos embestir, y al punto
Trabóse un reñidísimo combate.

»Pero éramos, señor, veinte hombres solos,
Y ¿cómo resistir?... Impenetrables
Parecían las adargas y armaduras
De nuestros enemigos; era en balde

»El intentar herirlos, y al momento
Quedamos destrozados, con su sangre
Regando aquellos riscos, de los nuestros
Doce, los más valientes y capaces;

»Y los demás huyeron á los montes.
El Mellado salió con dos mortales
Lanzadas; ¡plegue á Dios que con la vida,
Pues es bravo además, el pobre escape!

»Junto á mí murió Brito de un flechazo:
Al Pocho un brazo le quitó el alfanje
De ese mancebo, aparición ó duende,
Que en destreza y valor no hay quien le iguale;

»Y á mí me echó por tierra, y el caballo
De una lanzada me mató ese Zaide,
Que es Abran, cual lo dice su denuedo,
Y su fuerza mayor de la que cabe

»En el puño y el pecho de un anciano,
Y lo muestra también, el que mirarle
Yo, que nunca fui mandria, no podía,
Sin que todo mi cuerpo se me helase.

»De seguro, señor, no lo contara,
Segun él se empeñaba en acabarme,
A no haberme escondido entre unas peñas,
Desde donde al momento retirarse

»Ví á nuestros vencedores, á la bruja
Llevándose consigo. Yo en su alcance
Me puse, y nunca los perdí de vista,
Arrastrando por riscos y zarzales.

»Iba, pues, en su mula el ciego Lara,
Su hijo á caballo; Nuño, el moro, pajes,
Escuderos, hidalgos de la villa,
En pos el escuadron de los alarbes,

»Y un gran repuesto de armas y caballos.
Cuando estuvieron ya poco distantes
De Burgos, como á tiro de ballesta,
El Conde de Castilla, los magnates

»De la corte, el Abad, el Arzobispo
Y una gran muchedumbre de habitantes
Salieron al encuentro de los Laras;
Y al viejo, y á sus hombres, y secuaces

»Recibieron gozosos con abrazos,
Y de amor é interés con pruebas grandes;
Mientras el pueblo como loco en vivas,
Voces y aplausos inundó los aires.» —

Trémulo, y abatido, y aterrado
Tan larga relacion sufrió el magnate;
Mas las últimas nuevas de improviso
Despertaron su furia inexorable.

Se estremeció; tornaron á encenderse
Sus ojos, y sus miembros á agrandarse:
Los dientes rechinó, crujieron todos
Sus huesos, y rasgando su ropaje,

Gritó con voz tremenda: «No, no teme
Ni al cielo, ni al infierno Rui-Velazquez.
Mañana, sí, mi brazo y mi fortuna
Van de laurel eterno á coronarme.

»Tiemble Castilla, España, el orbe entero:
¿Quién de mi saña puede libertarle?
De engañosos prodigios é imposturas
Necia se asuste la canalla infame;

»Mas burlense los hombres de mi esfera...
Rodrigo, á ese infeliz lleva al instante
A la más honda cava del castillo,
Sin que persona viva con él hable.

»Espere allí cargado de cadenas
El galardón debido á los cobardes. —
«¡Señor, señor!... piedad.» clamaba el Zurdo,
Echándose por tierra, tan en balde

Como clama *piedad* en la otra vida,
En presencia del juez inexorable,
El alma del malvado impenitente;
Pues el señor de Barbadillo, «Baste,»

Gritó, y le enmudeció: «Calla, ó al punto
Mancho mis propias manos con tu sangre.
¡Rodrigo! sú, sin réplica obedece;
Quítame á ese malvado de delante.

»Dispon que den dos piensos al tordillo,
Pon á punto el arnés de los engastes,
La espada de Bernardo, que en presente
Me dió el rey de Leon cuando las paces;

»Y la encantada lanza prodigiosa,
Cuya funda es la piel de una ceraste.
¿Qué puedo yo temer con tal caballo?...
¿Quién me puede vencer con armas tales?

»¡Ay de los que provocan mi alto brio!...
Conocerán mañana lo que vale.—
Hizo una larga pausa el orgulloso,
Y despues continuó: Tal vez que darte

»Más órdenes tendré: deja en seguro
A ese vil delincuente, y torna á hablarme.»—
Despareció sumiso el escudero,
Llevando al Zurdo trémulo delante

Con la siniestra asido, y con la diestra
Preparado el puñal. Se oyó alejarse
El rumor de los pasos de uno y otro,
Y al fin cerrar las puertas más distantes.



Quedó un momento como mármol, mudo
Y clavado en su puesto Rui-Velazquez;
Mas pronto, cual frenético, girando
Por la sala, en acentos discordantes

Consigo continuó: «No hay otro medio:
Aventurarlo todo en el combate
Es el solo recurso que me resta:
No querrá la fortuna abandonarme.

»Ya está echada la suerte... ¿Guarda acaso
A mi brazo el placer de que derrame,
Afirmando por siempre mi dominio,
De ese Lara infeliz la última sangre?»—

Dijo, y quedó en silencio largo rato,
Y tornando su rostro á demudarse,
Se dió en la frente una palmada, y luégo,
Revolviendo los ojos espantables,

Abatido exclamó: «¿Por qué la tierra
No me traga y confunde?... ¿Aventurarme
Puedo en batalla tal?... ¡Horrenda suerte!...
¿Quién es, quién este oscuro personaje,

»Que osa ponerme en tan estrecho apuro,
Que triunfa de venenos y puñales,
Y á quien dirige tan potente mano,
Que de mi gran poder burla los planes?

«¿Será un fantasma que el encanto mueve?...
¿Será una aparicion?... Sus ademanes,
Sus facciones, su voz y su osadía
Son las de aquel Gonzalo detestable.

»¿Lo ha vuelto el cielo vengador al mundo?...
¿Yo, como el vulgo vil, he de llevarme
De sueños y de vagas ilusiones?...
Es un bastardo, es un bastardo infame.

»Un hijo... ¡cielos!... hijo de la hermana
Del terrible Almanzor. ¿Traerá su alfanje
Cual prenda de victoria?... ¿El que el Destino,
Segun predijo el sabio nigromante,

»En mi daño forjó?... ¿Será que al verlo
Se me hiele de horror toda mi sangre?...
No, no entraré en la lid, de que depende
Que la verdad tremenda se declare.

»¿Puedo tal prueba resistir?... Huyamos:
Sólo una pronta fuga libertarme
Puede de tal conflicto. ¿A dónde?... ¿A dónde?—
A Córdoba, á Navarra, y de sus haces

»Venir al frente, á ser el exterminio
De Castilla. Sí, á Córdoba: negarme
Nunca podrá Gíafar... ¿Qué digo?... ¡ay necio!
Ministro de las iras celestiales,

»Ese mancebo, aparicion ó encanto,
O de venganzas y exterminios ángel,
O demonio salido del infierno,
Le ha dado muerte, cual á mí ha de darme

»Tambien mañana... Pues Navarra sea
Mi asilo, mi refugio... ¿Quién fiarse
Puede del alevoso don García?
El verme desvalido y suplicante

»Fuera su mayor triunfo... Francia... Italia...
¡Prófugo!... ¡desvalido!... ¡miserable!...
No, prefiero la muerte.»—Quedó inmóvil
Y otra vez en silencio Rui-Velazquez;

Mas un rayo de luz brilló en su frente,
Aunque fué pasajera; á reanimarse
Tornó, y á hablar consigo de este modo:
«Si aún la ciega fortuna ha de ayudarme,

»Aquí mismo ha de ser; aquí en Castilla,
En donde aún cuento amigos y parciales.
¿Por qué, necio, he perdido tiempo tanto
En los medios ocultos, en infames

»Empresas de hombres viles?... Todo, todo
Debe en momento tal aventurarse.
Hay muchos descontentos en Castilla:
Aún pudiera mañana á fuego y sangre

»Entrar en Burgos... El señor de Aranda,
El abad de Cardena, Payo Sanchez,
Fortun Rodriguez, Alvaro Meneses,
Todos ellos... ¡cuán cortos los instantes

»Son que me restan! ¡Ah!... si cuatro dias,
Si dos... Ya no es posible: en el combate
Cual valiente morir: no hay más remedio,
Y ser execracion de las edades.»—

Quedó en hondo silencio, y arrojóse
(Ahogado, yerto de furor, su sangre
Encendida tan pronto como helada
De pánico terror, ansias mortales

Destrozándole el alma y miembros duros)
Sobre un escaño. ¡Sin ventura! es nave
Volcada entre arrecifes y bajíos,
Y á quien las olas con furor deshacen:

Es un cedro tronchado en la alta cumbre,
Ludibrio de los roncós huracanes:
Es un malvado en fin á quien abruman
Sus crímenes horrendos y crueldades.

¿Do el rostro volverá?... Lo eleva al cielo,
Y ve sobre su frente desplomarse
Un rayo vengador. Lo inclina á tierra,
Y ve que se abre ya para tragarle.

Lo vuelve al tiempo que pasó, y lo mira
Hondo mar de traiciones y maldades:
Al porvenir lo torna, y muerte, infamia
Y tormentos sin fin halla delante.

¡Oh Dios, lo que pasó! Pero su mente,
Aunque pocas, oscuras y fugaces,
Sin duda aún vió vislumbres de esperanza
(En los más duros y apurados trances

Siempre las ve el mortal); y dieron tregua
En el alma infelice de Velazquez.
Tras dos ó tres hondísimos suspiros,
A todos los tormentos infernales,

Que bramando apuró, pues poco á poco
Se calmó su temblor, más regulares
Su actitud y su gesto aparecieron:
Sentóse y ajustó la barba y traje;

Miró en torno de sí, con el embozo
Del manto se cubrió todo el semblante;
E inmóvil como un tronco, sumergiéndose
En tal meditacion, profunda y grande,

Que volvió á entrar en el salon Rodrigo,
Sin que de ella ni un punto le sacase
El rumor de la puerta, y de los pasos,
Que tanto susto le inspiraban ántes.

En el umbral, confuso el escudero,
Sin osar del arrobó despertarle,
Quedó algunos momentos. Mas al cabo,
«Señor,» dijo en voz baja. Rui-Velazquez,

Como si un trueno oyera, sorprendido,
Pavoroso se alzó; pero al instante,
Conociendo quién era el que le hablaba,
Orgulloso encubriendo sus afanes,

Y que dormido estaba, aparentando:
«Hola, Rodrigo, prorumpió; ¿encerraste
Al Zurdo, cual mandé?... Diste la orden
De que el tordo rodado me preparen?»—

Contestó el escudero en voz sumisa:
«Seguro el Zurdo está bajo tres llaves;
Pero el tordo rodado.. el más hermoso
Caballo de Castilla... está... ¿quién sabe?»—

»Explicate, ¿qué dices? abatido
Su dueño se aventura á preguntarle:
¿No está el tordillo atado en su pesebre
Con los demás?— Señor, á media tarde,

»Prosiguió el escudero, sacó Lope
A beber al tordillo, rozagante,
Fogoso como nunca. A los pretiles
Todos, todos salimos á admirarle.

»Su cola y crin, movidas por el viento,
Formaban la apariencia de un plumaje;
Con el cuello enarcado relinchaba
Atronando en reedor montes y valles.

»Ya estampaba los cascos en la tierra
Con corvetas y saltos desiguales;
Ya moviendo á compás el paso lento,
El arena esparcía por el aire.

»Bebió en la fuente, y al volver, al punto
De llegar á la puerta, á recelarse
Comenzó y á temblar; perdió su garbo,
Y como si una sombra ó un cadáver

»Se le opusiese al paso, dió un bufido,
Inclinó ambas orejas adelante,
Se empinó, y se plantó. Lope, que es diestro,
Quiso á entrar por la bóveda obligarle

»Con palabras, halagos, y áun por fuerza;
Pero atligido el tordo, á rebelarse
Comenzó, se crizó, y al fin rompiendo,
Sin ser cosa posible el sujetarle,

»Cabezada y ronza, brincó y huyóse,
Desatentado atravesando el parque,
Como si lo siguiera hambriento lobo:
El arroyo salvó de parte á parte,

»Y entró en el bosque espeso, do su curso
La maleza agitada y el ramaje
Un momento indicaron. A carrera
Seguirle quiso Lope, mas fué en balde.

»Regresó sin aliento, y el cervuno
Y una lanza tomó, partiendo á escape
A alcanzar al tordillo, y á traerle;
Pero aún no ha parecido, y es ya tarde.»—

Este acontecimiento poco extraño,
Para el pecho infeliz de aquel magnate
Fué la gota de líquido, que llena
Un vaso, y que le obliga á rebosarse;

Pues si su orgullo y su altivez le dieron
Hasta el momento aquel fuerza bastante
Para esconder su abatimiento y susto,
De modo tal que no los viese nadie;

Logrando alucinar hasta á Rodrigo,
Astuto por demás y penetrante,
Y brazo, y consultor, y confidente
De sus crímenes todos y crueldades;

Al escuchar la fuga del caballo,
Que presagio patente de desastres
Y exterminio juzgó su fantasía,
A tal punto de sí llegó á olvidarse,

Que deshecho en temblor y en sudor frio,
Y en toda su grandeza miserable,
Demostrando el terror que le abrumaba
(No hay en el mundo alguno que se iguale

Al que al malvado abruma), desplomóse
De nuevo en el escaño, rompió en grandes
Alaridos, cerró los muertos ojos,
Y abatido exclamó: «¿Qué más señales

»Puedo tener de mi espantosa suerte?»
Y se quedó en silencio. Aproximarse
Osó entónces Rodrigo, aunque turbado,
Sabiendo es peligroso de un magnate

Momentos presenciar, de que algun día
Pueda, al ver el testigo, avergonzarse.
Mas como él mismo allí participaba
Del pasmo y del terror, palabras tales

En voz humilde aventuró: «No hay duda; Desde que al trono subió Fernan-Gonzalez, Se ven raros prodigios... No soy hombre, A quien cosas comunes acobarden,

»Ni que dé pronto asenso á maravillas; Pero os juro, que empieza á conturbarme Ver cuál protege á ese mancebo moro, O bien algun demonio, ó algun ángel.

»De las manos del Zurdo y de las mias Escapó por milagro. La otra tarde Que disfrazado fui de peregrino A la choza de Elvida á envenenarle,

»Tambien salvóse por extraño modo. Ahora el Zurdo (que al fin no es un cobarde, Ni tampoco lo son los forajidos Que consigo llevó) no encontró en nadie

»Amparo y proteccion, ni en el camino Ha podido lograr más que desastres; Y sólo se oyen referir portentos, Que erizan el cabello, en todas partes.

»Yo, á la verdad, señor, valgo bien poco, Pero en lealtad á vos, no cedo á nadie: Y á rogaros me atrevo... que... mañana No os presenteis al singular combate.

»Sé que á vuestro valor y fuerte brazo Es, querer resistir, empresa grande: Sé que á vuestra destreza y poderío La fortuna jamás pudo negarle

»Seguro triunfó en las batallas todas; Y que de cuerpo á cuerpo quien os gane No se puede encontrar, ni quien en armas, Y caballos de lid os aventaje;

»¡Pero mañana!!!!... ¡ah!... no, señor... creedme, No os presenteis al singular combate.— ¿Y queda otro remedio? consternado Le preguntó y confuso Rui-Velazquez;

»Dí, ¿queda otro remedio?—Engrandecióse El astuto Rodrigo; en su semblante Pintóse la osadía, y con acento Seguro y decidido, sin pararse

Repuso: «Sí, señor; acaso queda: Aún sentado no está Fernan-Gonzalez Muy de firme en su trono, y en Castilla Vuestro influjo y poder aún son muy grandes.

»Hay pobreza, hay envidia, hay descontento: Teneis muchos amigos y parciales... Y... todavía, señor... y todavía... Si yo en vez de escudero, un personaje

»Con vasallos, guerreros y castillos Me encontrara, partido de este lance Sacaría tal vez... ó pereciera Con las ruinas de Burgos.— Me acertaste,

»Amigo, el pensamiento, interrumpióle Su amo fuera de sí. Mas á angustiarse Tornó, y dijo: «No hay tiempo ya, no hay tiempo: Es imposible, sí.— Tiempo hay bastante, »

Contestó el confidente. Y como al punto El toque de las ánimas sonase De un cercano convento en la alta torre Prosiguió: «Ya lo veis: de Payo Sanchez

»Legua y media lo más está el castillo. En él estar podeis buen rato ántes De que toquen maitines; allí tiene Cien hombres de armas de los más audaces.

»Si se decide, al punto un mensajero, Su propio capellan, puede avisarle Al abad de Cardena; á media noche Vos aquí regresar, y en el instante,

»Sin esperar á que amanezca... á Burgos, Y allí...»—Todo su fuego Rui-Velazquez Recobró, y abrazando al escudero; «Sin duda, dijo, por tu boca un ángel

»Me acaba de animar. Al punto sea; No perdamos, amigo, ni un instante. Corre con gran silencio, y de tal modo Que no lo advierta ni sospeche nadie;

»El alazan ensilla, y el postigo Que está á la espalda del palacio, abre. Allí con el caballo espera, al punto Partiré; al punto, amigo: vé, no tardes.

»Pues qué, ¿no he de ir con vos?» dijo el criado;
Y el amo replicó: «No, que importante
Más que nunca esta noche tu presencia
Es aquí, en el castillo. En cuanto marche,

»La voz de que en tranquilo, en hondo sueño
Me dejas reposando, astuto esparce.
En movimiento pon la gente toda,
Junta á los escuderos y á los pajes:

»Dispon armas, pendones y libreas,
Todo el séquito aquel que acompañarme
Debiera á la batalla. Muy alegre
Muéstrate, como cosa indubitable

»Asegura mi triunfo, y áun, que tengo
Algun aviso celestial, añade.
Desmiente y pon en burla los prodigios,
Que de Salas tal vez puedan contarse.

»Saca de la bodega el vino añejo,
Entre los hombres de armas lo reparte:
Anima en fin la gente, y tenla á punto
De que ciega se arroje á cualquier lance.»—

«Os entiendo, señor, id descuidado;
Contestó el escudero: los instantes
Úrgen, en el postigo sin tardanza
Con el caballo me hallareis.»—Velazquez,

Viendo desaparecer al fiel Rodrigo,
Hacia el armero apresurado vase,
Pónese una armadura empavonada,
Un casco sin cimera ni plumaje,

Una daga se ciñe y un estoque;
Se echa un ropón de caza, y despues abre
Una pequeña puerta, escucha atento;
No oyendo nada, de la estancia parte;

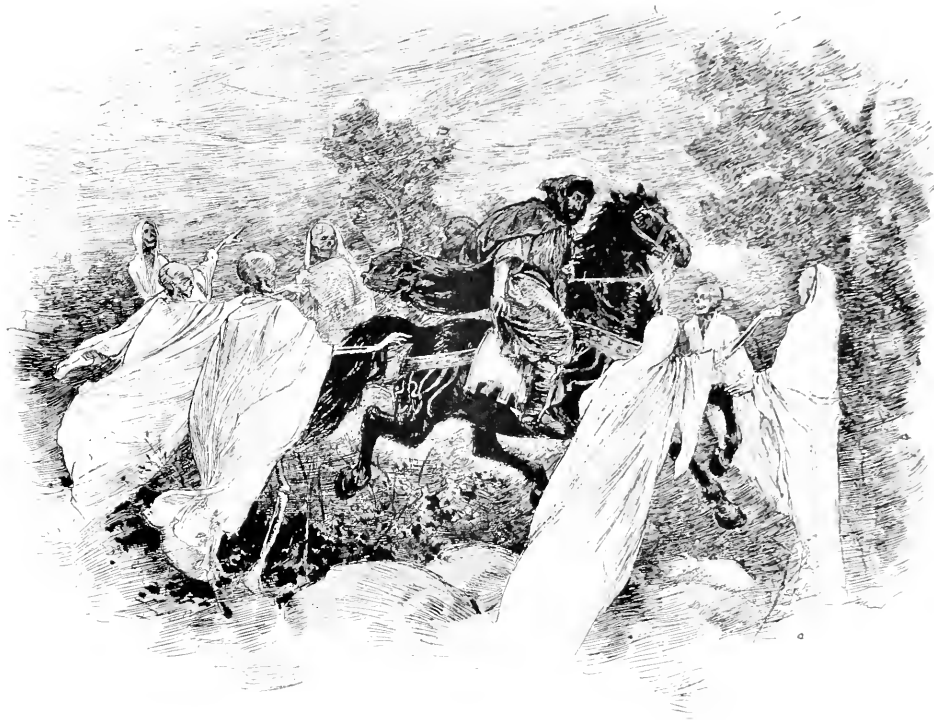
Pasa un estrecho corredor, y torna
A escuchar otra vez: sigue adelante,
Baja una escalerilla retorcida,
Cruza un patio y oscuros soportales,

Llega al postigo, la ferrada puerta
Encontrando encajada, al campo sale,
Halla en él á Rodrigo y al caballo,
Reconoce las cinchas y el rendaje

A tientas, y cabalga en gran silencio.
—Animo,—dice el confidente, al darle
El estribo:—Prudencia y vigilancia,
Amigo,—le responde Rui-Velazquez.

Al fogoso alazan la espuela arrima,
A trote cruza el extendido parque,
Y se mete en el bosque por la senda
Que hacia el castillo va de Payo Sanchez.





ROMANCE DÉCIMO

RUGERIO,

A la escasa luz que asoma
Entre los rotos nublados,
Veo dos senderos trillados:
¿Cuál será?...

ÁNGEL DE LA GUARDA.

Rugerio, toma
El de la derecha.

EL DEMONIO,

Sigue
El de la siniestra, amigo.

(Versos de antigua comedia.)

SUELEN las gigantescas esperanzas
Que de horrendo infortunio en las congojas
Animan de repente al pecho humano,
Ser, al par de brillantes, ilusorias;

Y el que engañado de su aspecto hermoso
Sin más reflexionar en pos se arroja,
Encuentra al primer paso una barrera.
O se pierde infeliz tras vanas sombras.

Así en la noche, por el monte espeso,
Perseguido de fieras bramadoras,
O de los salteadores asesinos,
Perdido caminante se acongoja;

Y de pronto al través de los peñascos
Una brillante luz poco remota
Advierte, y reconoce ser la lumbre
De amigo albergue y conocida choza.

Ya se figura en salvo, hácia el señuelo
Se dirige anhelante, sus zozobras
Y temores olvida; y en su idea
El grato hogar y la abrigada alcoba.

Sabrosa cena y amigable abrazo
El abatido pecho le confortan.
Pero, ¡ay desventurado! apenas mueve,
Encarado á la luz, la planta, toca

El borde de espantosos precipicios,
La cumbre de agrias peñas, que coronan
La dilatada márgen de ancho río,
Cuya sesga corriente el paso corta,

Sin barca, vado ó puente á la esperanza;
Y ve el desventurado que no hay otra
Sino arrojarle en la veloz corriente,
O estrellarse cayendo de las rocas;

O ser despedazado en la espesura
Por el colmillo agudo y garra corva
Del lobo rabiador, ó ser despojo
Del bandolero y de su inicua tropa.

Aún mil pasos no está de su castillo
Alongado Velazquez, y su propia
Experiencia del mundo y de los hombres
Con amargo rigor le desconhorta;

Mostrándole cuán vano y aún funesto
Es el recurso á que se acoge, y todas
Sus ansias y tormentos se renuevan,
Y en desesperacion á hundirlo tornan.

Ambicioso y osado es Payo Sanchez,
Sostener quiere pretensiones locas,
Y no empleará su fuerza y sus amigos
En las ajenas, quien las tiene propias.

La tumba de Velazquez puede sólo
La basa ser de su grandeza, roca
Donde encuentre cimientó el poderío,
Que en Castilla ejercer ciego ambiciona.

¿Querrá, pues, sostenerle en su caída?...
Mientras subsista en pié, no es fácil cosa,
No ya sobrepujarle, sino aún verse
A su nivel; y poco ó nada importa

A ninguna ambicion, que la familia
De Lara torne á su grandeza y pompa.
Gustios, anciano, ciego, enfermo, inútil,
Con recuerdos no más y antiguas glorias

Puede, y poco vivir; y ese Mudarra,
O es una aparición y vana sombra,
Que se dispará, cuando las miras
Cumpla de quien le ha dado cuerpo y forma,

O es un mancebo ardiente, que nacido
Y educado en regiones muy remotas,
Con otros usos, religion y lengua,
Puede brillar, pero en esfera corta.

¿Quién ha de ser tan necio que aventure
Sus planes, esperanzas, fama y honra,
Abrazándose á aquel, que, abandonado,
De la tierra y del cielo, se desploma?

¿Quién, que avanzar en el poder pretenda,
Se pondrá en lucha con Castilla toda,
Contra la inclinacion del nuevo Conde,
Contra el brazo invencible en fin, que obra

Tales portentos á favor de Lara?
Reflexiones, tan justas y tan obvias,
En el entendimiento de Velazquez,
Abrumándole el alma, se amontonan;

Sacando la juiciosa consecuencia,
Que el confundido pecho le destroza,
De que va á prosternarse ante las plantas
De un rival inferior; á hacer notoria

Su impotencia y patentes sus terrores;
A descubrir secretos de alta monta,
A proponerle peligrosos planes,
A hacerle dueño en fin de su persona;

Para lograr, ó lástima, ó desprecio,
Si es que cadenas y prision no logra;
Y muerte, no en la lid, en el cadalso,
Siendo abominacion de España toda.

Acosado el señor de Barbadillo
De tales pensamientos, abandona
La empresa de tentar á Payo Sanchez,
Y el paso y rienda á su alazan acorta.

Suspenso queda; se le ocurre acaso,
Si aún fuerza podrá hallar que le socorra
En algunos oscuros caballeros,
De él casi dependientes, pues que moran

En aquellos contornos, gente armada
Manteniendo por fausto para escolta.
A un lado y otro el alazan revuelve;
Mas pronto ve que á semejantes horas

Socorro mendigar de puerta en puerta,
No puede producir más que deshonra;
Y que do halló obediencia poderoso,
Cercado de esplendor y régia pompa;

Trémulo, fugitivo, disfrazado,
Va insolencia á encontrar ignominiosa.
Velazquez á los hombres conocía,
Y no se alucinaba en causa propia.

—Dominador de la feraz llanura
Por los aires ativo se remonta.
Y en el tronco robusto y las raíces
Profundas apoyado la alta copa

Extiende en derredor árbol gigante.
Anidan aves mil entre sus hojas,
Abrigo en él ganados y pastores
Buscan de invierno, y de verano sombra;

Sin que ose sospechar que son sus tallos
Grato cebo, la cabra trepadora.
Ni el gañan, que sus ramas dar pudieran,
O lumbre, ó techo á su infelice choza.

Pero truenas encendida oscura nube;
Derriba el árbol, con su ruina asombra
Un momento la selva, huyen las aves
Para nunca volver, y las personas,

Y áun los brutos tambien, viéndole en tierra,
Casi en desprecio el culto antiguo tornan;
Que es más útil tendido reconocen,
Y aquellos pronto las segures toman,

Aprovechan en leño su ramaje,
Hasta de las cortezas lo despojan.
Y estos sin susto y con osado diente
Le arrancan los renuevos y las hojas.

—Desesperado cual jamás Velazquez,
Viendo cerradas en la tierra todas
Las puertas de socorro en tanto apuro,
Con llanto de despecho la faz moja.

En el espeso monte incierto vaga,
Y al caballo las riendas abandona.
A su alcázar tornar, terror le infunde:
En los desiertos esperar la aurora,

Le horroriza tambien. Ya es media noche,
Vuelan fugaces las ligeras horas...
A la mañana... ¡Oh Dios!... En tal conflicto
Por la primera vez al cielo torna

El pensamiento. ¡Desdichado!... ¿Cómo
Favor le pide, proteccion le implora?
¿Cómo, cómo, infeliz!—Por tal camino,
Que más la eterna cólera provoca.

Juzgan ciegos los hombres que allá reinan
Las pasiones de acá, que es fácil cosa
Capitular con Dios, y que oraciones,
Y dádivas, y ofertas engañosas

Para el delito, la maldad, el crimen,
Ya que no amparo, tolerancia logran.
Así obcecado el mísero Velazquez
De tal modo consigo reflexiona:

«Si el cielo poderoso concediera
A mi lanza mañana la victoria,
Un santo monasterio yo fundara,
Diera mis bienes todos de limosna,

»Y las vanas grandezas renunciando
Y del mundo falaz la necia pompa,
A recibir de mi pasada vida
La absolucion, me encaminara á Roma.

»Para morir despues en un desierto.
Déme mañana, sí, déme la gloria
Del triunfo, mi secreto oculto quede,
Derrame yo en la lid la postrer gota

»De la sangre de Lara, y mis pecados
En penitencias y con santas obras
De tal modo expiaré, que pueda al mundo
Servir mi austeridad de ejemplo y norma.

»Si un santo sacerdote hallar me es dado...
Un monje penitente, que interponga
En mi favor ayunos y oraciones,
Dueño será de mis riquezas todas.

»Hay en estas montañas una ermita,
Do un solitario penitente mora...
Si la pudiera hallar... Un monasterio
Cerca de mi palacio... su abad goza

»Fama de sabidor... amigo es mio...
Les abriré mi pecho. ¿Qué me importa
De confesion bajo el sigilo?... Sea,
Si logro yo mañana la victoria.»

Así el precito habla entre sí, y en tanto
A paso lento el alazan se embosca,
Sin que rienda ni espuela le dirija,
Por una áspera senda tortuosa.

Era oscura la noche; pero á veces
La escasa luna entre las nubes rotas
Derramaba su luz. El recio viento
En los desnudos árboles y toscas

Peñas silbaba ronco. Algunos ratos
Copiosa lluvia con espesas gotas
A trechos las colinas azotaba;
Otras todo era calma y densa sombra.

Embebido en sus vanos pensamientos,
Y apurando martirios y congojas
Iba sin saber dónde Rui-Velazquez,
Cuando al salir á un raso, que espaciosa

Vista lograba, y al momento justo
De pasajera claridad, le azora
Del alazan un súbito relincho,
Que por los valles y cavernas hondas

El eco repitió. Sobresaltado
Coge las riendas, se detiene, torna
Los ojos en reedor, y de repente
Mira asomar en la vecina loma,

Bien que en incierto y ciego bulto, un hombre
A caballo y con lanza, que galopa
Como á su encuentro, dando voces vagas
Que el viento silbador confunde y borra.

Aunque no era cobarde, los cabellos
Se le erizaron, y la sangre toda
En sus venas se heló. Tan llena estaba
Su mente de terrores, de espantosas

Fantasmas, y tan débiles sus miembros
Con tantos padeceres y zozobras;
Que ve en aquel jinete un enemigo,
Que de repente la montaña aborta,

O á Mudarra el fantástico, que viene
A saciar sus venganzas. Se abandona
Al pánico pavor, ambos ijares
Del fogoso alazan pica y destroza:

Huye á escape al través de las malezas,
Por agrias cuevas y escarpadas trochas,
Y como con la fuga el miedo crece,
Sobre la crin del pisador se encorva,

La aguja más y más, y se figura,
Una vez que hacía atrás el rostro torna,
Que sobre siete ciervos descarnados
Siete esqueletos hórridos lo acosan,

Y que los Laras son. Cierra los ojos,
Desatentado ya, ciego se arroja
Por precipicios, setos y barrancas
Con su caballo que, cual suelta corza,

Salva troncos, torrentes y peñascos,
Sacando chispas cuando encuentra y topa
So la herradura pedernales duros;
Con su ímpetu veloz y cascos forma

De tormenta lejana estruendo sordo,
Y de la noche las tinieblas corta,
Como los aires rápida saeta,
Sin dejar tras de sí rastro ni sombra.

—El jinete tal vez, de quien va huyendo,
Era Lope, que andaba á aquellas horas
Aún buscando al tordillo; ó bien seria
Uno de los malvados de la tropa,

Que al Zurdo acompañara aquella tarde,
Y que al monte se huyó, mermada y rota;
O algun perdido viajador. Quien fuese,
No siguió al fugitivo. ¿Qué persona

Que en su seso estuviera, se arrojara
En los ramblares y en las quiebras hondas,
Por do desapareció? Mas cual si fueran
Alas sus piés, el alazan no acorta

El raudo curso, y síguele buen rato,
Hasta que al fin desfallecido choca
Con un troncon volcado, y al empuje
Que en una lastra resbaliza y monda

Hace para saltarlo se desliza,
Con su jinete en tierra se desploma,
Y el monte oscuro con el golpe atruena,
Y con su peso un matorral agobia.

En el fango tendido Rui-Velazquez
Permaneció por largo tiempo, todas
Sus facultades muertas. Pero al cabo
Un turbion recio, que las densas sombras

Hendiendo, lanza pasajera nube,
El pecho y rostro pálido le azota,
Y en sí le vuelve, cual si de hondo sueño
Tremendo despertara. Se incorpora;

En pié se pone, temeroso duda,
Si aún está en este mundo y en su propia
Carne mortal. Su pensamiento llena,
Pero en confusas y embrolladas formas,

Cuanto ha pasado aquella noche. Envuelto
Se ve en densas tinieblas, y le acosa
La fuerte lluvia. En dónde está, no sabe,
Ni cómo allí ha venido. Que ya mora

La region infernal, que ya principian
Sus tormentos, sospecha, y casi torna
A perder los sentidos, yerto, helado
Y de dolores lleno. Voladora

Pasa en tanto la nube, aclara, cesa
El aguacero, media faz asoma
Por el roto celaje clara luna,
Y vida con su luz los campos cobran.

La claridad, la calma y los objetos,
Que se muestran cual son, á las congojas
De Velazquez dan tregua, le reaniman,
Y su abatido espíritu confortan.

A coordinarse empiezan sus ideas,
Vienen la fuga y golpe á su memoria,
Y el caballo echa ménos. Anhelante
Vuelve los ojos á una parte y otra,

Avanza algunos pasos, y descubre
Casi á su frente, y á distancia corta,
Un pequeño edificio, en el que indica,
Que hay luz ú hogar, una alta claraboya.

Animoso se acerca, ve un caballo
Pacer la yerba que al abrigo brota
Del toscó muro; al punto reconoce
A su corcel. Con tal hallazgo todas

Sus fuerzas se reaniman; silla y freno,
Que estaban ya en desórden, le acomoda,
Y con él de las riendas examina
El edificio todo á la redonda.

Halla pronto la puerta, aunque cerrada,
Y oye dentro una voz que armoniosa
Los salmos y las santas oraciones,
Que á maitines la Iglesia reza, entona.

Al momento conoce que es la ermita,
Do el solitario penitente mora,
Y á quien pensó buscar há poco rato
Para pedir al cielo la victoria.

No duda pues que el cielo, el mismo cielo
A que á tal santo y proteccion se acoja,
Por tan extraño modo le ha traído;
Y sin pensarlo más, la puerta toca,

Que cediendo al impulso, ábrese lenta,
Y se halló Rui-Velazquez en la gloria.
Nada ménos creyó, viéndose dentro
De una limpia capilla primorosa,

Cuyas blancas paredes relucian
Al claro resplandor de dos antorchas,
Que en un altar de piedra iluminaban
La imágen hermosísima y devota

De una Virgen de cedro, colorido
El rostro, y de oro y de trasflor las ropas:
Escultura de aquella que los griegos,
En aquel siglo de barbarie y sombras,

Dichosos los reflejos conservando
De otra más culta edad y más remota,
Industriosos labraban y esparcian
Con grande lucro en la cristiana Europa (34):

Y de las cuales, aunque raras, duran
Algunas con gran culto y luenga historia,
Del curso de la edad ennegrecidas,
Mas venerables siempre y milagrosas.

Ornaban el altar vasos diversos
De extraño esmalte y peregrina forma,
Con siemprevivas, juncias, brezo y yerbas,
Que el rigor invernal no descolora.

A un lado y otro en sendos braserillos
Humo apacible y delicioso aroma
Queimadas esparcian por el aire
Ramas de enebro y escogidas gomas.

Enfrente del altar, arrodillado
En medio de la ermita, el alma toda
Embebida en las santas oraciones
Que entonaba con voz clara y sonora.

Fijos los ojos en la sacra imagen
Con expresion sublime, y las rugosas
Manos puestas en cruz, absorto estaba
El solitario. Augusta su persona,

Y larga era su edad, noble su rostro,
Tranquilo y venerable. En blancas ondas
Su barba y sus cabellos descendian,
Y una túnica blanca y una estola

Eran su traje. Sus fervientes rezos
Ni el rumor de la puerta, ni á tal hora
La entrada de un incógnito turbaron.
Pues ni aún volvió la faz. Todo lo nota

Velazquez, y embargado de respeto,
Quédase en el umbral, y calla, y dobla
Ambas rodillas, la cabeza inclina,
Del acerado almete la despoja,

Y cruzando los brazos sobre el pecho
Con humilde actitud en él impropia,
Lucha con los terrores y esperanzas
Que en su confusa mente se amontonan.

Era Ildovaldo el nombre que se daba
El santo anacoreta; mas su historia
Desconocida casi, aunque en el vulgo
Fábulas, entre sí contradictorias

Y llenas de portentos ó milagros,
Se refiriesen de él. Eran notorias
Su alta sangre, y su cuna en Lombardía.
Por qué empero dejó su patria propia,

Y cuáles desengaños le trajeron
A aquella vida solitaria, cosas
Fueron siempre escondidas. Vino á España,
A Castilla y á Burgos desde Roma,



Cuando dejaron huérfana la Iglesia
Las sacrílegas tramas de Marozzia;
Y aunque solo llegó, consigo trajo
Grandes riquezas y soberbias joyas.

Recibióle en su casa el Arzobispo
Con altas muestras de respeto y honra,
Y ambos tuvieron conferencias largas
De gran secreto y traza misteriosa;

Y aunque de Burgos la atencion llamaron,
La de don Sancho, de la corte toda,
Y de Velazquez mismo, impenetrables
Quedaron y escondidas entre sombras.

Vivió Ildovaldo pues en el palacio
Arzobispal, y en gran retiro: á pocas
Semanas, en el monte aquella ermita
Trazó por sí y edificó á su costa;

Y establecido en ella, repartiendo
Antes grandes riquezas en limosnas,
Renunció al mundo, y consagróse todo
A ejemplar vida, penitente y sola.

No tornó más á Burgos: en las granjas,
Altos palacios, miserables chozas,
Aldeas y alquerías del contorno
Se le vió raras veces; y las pocas

Que en tales sitios se mostró, fué siempre
A ser íris de paz en las discordias
Domésticas, auxilio en un incendio,
O consuelo de angustias y congojas.

Era grande su ciencia y su doctrina,
Sólida su virtud, conmovedora
Su elocuencia, y ardiente y extremada
Su caridad. Tal vez de la redonda

Solían concurrir los labradores,
Y en torno de él, á la apacible sombra
De algun árbol del bosque, ó en la ermita
Recibir embebidos de su boca

La palabra de Dios. Y tal respeto,
Tanta veneracion lograba en toda
La comarca, tal fama y santo nombre
En Castilla tambien, que aún hubo locas

Ambiciones, que osaron un apoyo
Buscar en su influencia poderosa;
Pero el anacoreta, sin airarse
Contra tales propuestas, desechólas,

Mostrando, que el varon que el siglo deja,
Y que renuncia á las mundanas pompas,
Profesando en la vida retirada
La penitencia y prácticas devotas;

A los hombres y á Dios engaña, rompe
Sus votos y en demonio se trasforma.
En cuanto parte en cosas de este mundo,
Y en las pasiones de la tierra toma.

Tal era el venerable penitente,
A cuyo umbral postrada la persona,
Más soberbia y audaz que vió Castilla,
Ni respirar, ni alzar los ojos osa.

Acabó sus maitines Ildovaldo,
Quedó inmóvil un momento, con la boca
Selló la tierra, santiguóse, y luégo
Se alzó, y con faz tranquila y voz melosa,

«La paz de Dios en vuestro pecho sea,»
Dijo vuelto hácia el huésped. «¿A estas horas,
Hermano, qué buscáis en mi retiro?»
A su acento Velazquez se recobra,

Y en pié se pone, mas turbado calla.
El solitario continuó: «¿Las sombras
Espesas de la noche os han borrado
Las sendas, los caminos y las trochas,

»Y perdido vagáis por la montaña?...
Aquí hallareis descanso hasta la aurora,
Y con la nueva luz vuestro camino
Volveréis á encontrar... Mas si tan corta

»Detencion os molesta, en el momento
Yo, que conozco las veredas todas
De esta comarca, os serviré de guía.»
Velazquez, cuya mente estaba absorta

Imaginando cómo sus temores,
A tal varon, sus ansias y zozobras
Referir, y empeñarle á que á los cielos
En su favor arranque la victoria

Del tremendo combate, no responde.
El ermitaño, que en su frente nota
La terrible inquietud que lo domina,
La turbacion y espanto que lo agobian,

Un instante lo observa en gran silencio,
Y así con interés á hablarle torna:
«Sí, forajidos hay en estos montes,
Fieras tambien que al caminante acosan;

»Tal vez la insana furia de los unos
Y la voraz audacia de las otras
A buscar este asilo os compelieron;
Y á él, hermano, llegasteis en buen hora.

«Seguro estais aquí, bajo el amparo
De la que de luceros se corona,
Y cuya planta la feroz cabeza
Del dragon infernal quebranta y postra.»

Rompió entónces Velazquez el silencio
Que han menester alivio sus congojas,
Y como á su pesar, «¡Oh padre! dice,
No de bandidos, ni de fieras torvas

»Huyendo vine aquí; sí de fantasmas,
De terribles espectros que me asombran
Y persiguen doquier... Del cielo airado...
De una suerte infeliz y desastrosa...

»Y de mí, de mí mismo.» —Aquí atájole
Un helado temblor. Pero le toma
La mano, y se la aprieta el penitente,
Y en caridad ardiendo su alma toda,

Le anima de esta suerte: «Si infortunios,
Si de este valle de dolor agobian
Vuestro pecho infelice las desdichas,
En buen puerto os hallais. Consoladora

»La Madre de Dios es del afligido,
Fuente de celestial misericordia.
Postraos, pedidle su favor, y al punto
Su favor obtendreis. Nunca lo implora

»El pecador en vano.» —Rui-Velazquez
Fuerzas y aliento de repente cobra:
Con ambas manos á su pecho aprieta
La de Ildovaldo trémula y rugosa,

Clava los ojos en la santa imágen,
Y exclama en ronca voz: «Si la victoria
Me concede mañana, yo hago voto
De tornar esta ermita, á toda costa,

»En magnífico templo, cuyas torres
Allá en las nubes su remate escondan.
Jaspe y bronce serán los ricos muros,
De cedro las techumbres: cien antorchas,

»En blandones de plata, noche y día
Reflejarán sobre las ricas joyas
Del ara santa. Veinte capellanes,
Y á su cabeza vos, dueño de todas

»Mis riquezas, señor de mis estados,
Al culto de tan alta protectora
Consagrarán...» —«¡Callad, basta, infelice!!!»
Diciendo, el voto del malvado corta

Con firme voz el santo anacoreta:
«Basta, no blasfeméis. ¡Qué! ¿se soborna
Por ventura á la Reina de los cielos,
Y su divina protección se compra?

»Las ofertas, los dones, de este mundo
La vanidad y fugitivas pompas,
Arrastran á los míseros mortales;
Mas de la Omnipotencia nada logran.

»Un corazón sin mancha, una alma pura
Son su altar y su templo: buenas obras,
Y caridad, y rectas intenciones
Son su culto mejor. Las voces solas

»Que desarmen el brazo de sus iras,
Que abren la celestial misericordia,
Son la del pecador arrepentido
Y la de la inocencia candorosa.»

A medida que hablaba el penitente,
Todo su aspecto, sus facciones todas
Cobran tal grandeza y fuego santo,
Que era ya más que humana su persona;

Un verdadero apóstol, un profeta.
Al par oscuras, infernales sombras
Ofuscaban el rostro de Velazquez,
Lívido y cadavérico, la copia

De un criminal convicto presentando,
Que su sentencia escucha. En cuanto nota
Su abatimiento el santo solitario,
El celo y voz enérgica reporta

Con caridad cristiana, y otro giro.
Otro ademan más compasivo toma.
Prosiguiendo: «Sí, hermano; nadie,
En el seno de Dios eterno logra

»Acogida más tierna que el contrito.
Un gemido, una lágrima tan sola
De sincero dolor al juez airado
En padre amorosísimo trasforma.

»El pecador, por pecador que sea,
Seguro está de hallar misericordia;
Pero ¡ay, si se descuida! vuela el tiempo,
Frágil es nuestra vida, y harto corta.

»No hay momento seguro: hermano mío,
Acudid al Señor... Si es que os agobia
El peso de la culpa, alzad al cielo
Vuestra alma arrepentida: al punto todas

»Vuestras penas veréis dulcificadas;
Sea cual fuere el conflicto que acongoja
Vuestro pecho, pedidle á Dios ayuda,
Os la dará amoroso... ¿La victoria

»De una lid pretendéis?—Sí, padre mío,
Velazquez le responde: la victoria
De una batalla horrible, de un combate,
En que no sólo va la fama y honra,

»Sino tambien condenacion eterna...
Sí, que es prueba de sangre, en que notoria
Ha de quedar del cielo...» Aquí embargóse
Su voz. Apresurada y anhelosa

La de Ildovaldo continuó: «¿Sin duda
Al aceptarlo, ni la más remota
Sospecha, ni el escrúpulo más leve
Os quedó de si estaban triunfadoras

»La razon y justicia á vuestro lado?—
¡Razon!!!!... ¡Justicia!!!» repitió la boca
De Velazquez helada, cual repite
El eco oscuro en las cavernas hondas

Los gritos del pastor. Y el potentado,
El guerreador, el fuerte, el que de roca
Tiene su corazon, el que de hierro
Vestido y con espada cortadora

En la cinta se muestra; confundido
Tiembla, duda, anonádase, y se apoya
Sobre el anciano débil, desarmado,
Pacífico y humilde; heladas gotas

De sudor, no de lágrimas, mojando
La blanca barba y la bendita estola
Del solitario, que afligido calla,
De una torre que se abre y se desploma,

Frágil puntal. Despues de algun momento
Ildovaldo piadoso junta todas
Sus fuerzas, á su huésped en los brazos
Mueve, sobre un escaño lo acomoda.

Socórrelo solícito, lo anima,
Que al cabo cobre sus sentidos logra,
Y con tal caridad le habla y consuela,
Y con tan dulce persuasion le exhorta,

Que en un momento de expansion Velazquez
Le abre su pecho, y la infernal historia
De sus odios y bárbaras venganzas,
Y del reto aceptado que lo ahoga,

Con terror tan horrendo le refiere,
Como al médico docto, en quien coloca
Su esperanza final, cuenta el doliente
Su aguda enfermedad hora por hora.

Si exacta fué la relacion prolija,
Si confesó las circunstancias todas
De sus tramas atroces, Dios lo sabe
¿Pues quién de tanta ingenuidad blasona

Que no disculpe ó palic sus delitos,
Cuando la acusacion emprende propia?
Con horror y con lástima escuchóle
El pálido ermitaño; y la espantosa

Confesion terminada, así prorumpe:
«¡Cuán grande es la eternal misericordia!
¡Ay, cuán grande es con vos, hermano mío!
Tras tan largo esperar no proporciona

»A todos tantos medios de reparo:
No los desperdiciéis. Una victoria
Pedís á Dios, y Dios está dispuesto
A daros una tan cumplida y pronta,

»Tan grande, tan magnífica, que os haga
Del orbe absorto admiracion y norma,
Un astro refulgente de los cielos,
Un potentado excelso de la gloria.

»¡Oh cuán felice sois!... Hollad la senda;
Despreciable barrera el paso os corta.
Arrostradla, lidiad... vuestro es el triunfo,
Con él os brinda el cielo á poca costa.»

Velazquez, confundido y enfangado
En el cieno del mundo, no remonta
Su alma precita á comprender tan altas,
Magníficas ofertas, como brotan

Del inspirado labio. Sólo en ellas
Halla de sus pasiones la lisonja.
Y con vehemencia, «¡Oh padre! le interrumpe,
Pues tan segura tengo la victoria,

»¿Qué debo hacer?... Decid... Mis pasos guíe
De vuestra santidad la clara antorcha.»
Contestó el ermitaño: «¿Qué?... un cristiano
Que ha confesado ya sus culpas todas,

»Que demanda piedad al santo cielo,
Y que á la Virgen sin mancilla toma
Por escudo y amparo; ¿lo que puede,
Lo que tan sólo hacer le es dado, ignora?

»Volad, que urge ya el tiempo: de ese anciano,
De ese anciano inocente, en quien rabiosa
Se cebó vuestra furia; á quien robasteis
Hijos, felicidad, fortuna y honra,

»Arrojaos á las plantas, y pedidle
Perdon: os lo dará. Tal vez piadosa
La mano del Señor guardó su vida,
Para que os dé perdon. Id; sin demora

»Luégo al mundo anunciad, que es inocente
Vuestro enemigo, porque tenga pronta
Reparacion completa. Vuestros bienes
En su esplendor antiguo le repongan,

»En vuestros brazos recibid al jóven
Que os retó denodado. Su persona
Mirad cual si en sus venas circulara,
Siendo hijo vuestro, vuestra sangre propia.

»Tomad á vuestro cargo el que abjurando
Los infernales ritos de Mahoma,
Reciba el agua santa del bautismo,
Y que al Criador consagre su alma heróica.

»Hé aquí lo que el Señor de vos exige;
Hé aquí de un triunfo cierto la corona;
Hé aquí el ancho camino que va al cielo;
Hé aquí de salvacion la senda sola.»

En tanto que así hablaba el solitario
Con celestial fervor, el alma torva
De Velazquez demonio se convierte
Y su pecho volcan. Fiero recobra

Todo el vigor perdido: en un infierno,
A sus ojos, la ermita se transforma.
Álzase furibundo, y dando un grito,
Que sonó como suena entre las rocas

Duro golpe de mar, «Basta, infelice,
Si no quieres morir, sella la boca;
Séllala, infame, dijo al penitente:
¿Sabes tú con quién hablas?... ¿á quién osas

»La infamia proponer?... ¿y tú eres dueño
(Maldita mi imprudencia ciega y loca)
De mis secretos todos?... Don de muerte
De mi confianza el don será.»— Furiosa

Llevó la diestra al pomo de la daga,
Y medio fuera de la vaina forma
Relámpago funesto la cuchilla,
Reflejando la luz de las antorchas;

Pero tornó á esconderla el iracundo,
De ella quitó la mano, y, «¿qué me importa
De tí, extranjero vil? prosiguió altivo:
Sólo eres digno de desprecio y mofa.

»¿Cómo pude obcecado ni un momento
Con mi presencia honrar tu humilde choza?
Abades tiene, príncipes la Iglesia,
Príncipes, que mis votos y limosnas

»Presentarán al cielo, y sus favores
Para mí lograrán. Hasta la hora
En que me has visto, olvida... ¡Desdichado,
Si aún mi nombre conservas en memoria!!!»

Dice, aparta feroz al ermitaño,
Corre á la puerta, la celada toma,
Al campo sale, su caballo busca,
Le halla al momento, apresurado monta;

Aléjase á galope, se confunde
De la montaña en las oscuras sombras,
En la espesura, en las fragosas quiebras,
Y són de trueno su carrera forma.

Inmoble, yerto en medio de la ermita
Quedó el santo varon: que una espantosa
Vision de infierno ha sido todo, juzga.
Mas en sí pronto vuelve, se recobra,

Y su cabeza venerable cubre
Con el gran capuchon, al pié se arroja
Del altar, donde el rostro contra el suelo,
Y en lágrimas deshecho, ardiente implora

De la Virgen santísima, que mire
Con piedad aquella alma pecadora,
Que tan perdida al precipicio corre,
Y que en tales abismos se desploma.

— En tanto Rui-Velazquez el camino
Sin detenerse despechado toma
Del monasterio aquel, que está cercano
De su castillo, y rápido galopa

En busca del Abad, del cual espera,
Que admitiendo sus votos y limosnas,
Arranque á su favor del alto cielo
Segura proteccion, cierta victoria.

Era ya enfermo indómito, que loco
Huye del docto físico, la sola
Medicina eficaz para salvarle
Rehusando, por amarga ó dolorosa;

Y al charlatan empírico se acoge,
Su confianza le da ciego, y coloca
Esperanza funesta en la dulzura
De los venenos y doradas drogas.

El cierzo helado despejado había
La atmósfera de nubes; ya la aurora
Rayaba, y en el último horizonte
El albor del crepúsculo las sombras

Empezaba á arrollar. Lejanas cumbres,
Anchas llanuras y peladas rocas
Borradas entre niebla aparecían;
Cuerpo tomaban las vecinas lomas,

Y los cercanos bosques, aún envueltos
En vapor blanquecino, gruesas gotas
De la pasada lluvia destilaban.
Retumbaban en torno las sonoras

Campanas del vecino monasterio,
Que saludan al alba, y que convocan
A la oracion de la mañana; y vense
Que, descollando entre la selva, asoman

Dos gigantescas puntiagudas torres,
Que de cruces de fierro se coronan.
El réprobo, al mirarlas, animoso
De su alazan el ímpetu redobla:

Metióse entre los árboles desnudos,
Y al salir de ellos, á distancia corta
El soberbio vastísimo edificio
Tiene á la vista, y se la llena toda.

Varios tristes cipreses verdinegros,
Gigantes silenciosos que custodian
La plaza donde se alza la gran mole,
Adustos por el aire se remontan,

Y marcan el tranquilo cementerio,
Donde, en hileras, funerales losas,
O encierran á los monjes que han vivido,
O están llamando á los que aún vida gozan.

Ya se descubre la soberbia puerta
De la iglesia, arco osado que se apoya
En dos gruesos altísimos pilares,
Y que con gusto escaso en torno adornan

Escudos, mitras, nichos y trofeos,
Entre follajes y labores toscas;
Dejando ver el interior oscuro,
Y en perspectiva entre sus vagas sombras

Alzarse, cual fantasmas colosales,
Los enhiestos machones, que soportan
El pesado cimborio; y al fin de ellos,
Al través de una verja primorosa,

El dorado retablo se columbra,
Al trémulo fulgor de las antorchas.
— Llega Velazquez, pues, las riendas suelta,
Se ase á las crines, del arzon se arroja;

Y miéntras su alazan ijadeando,
Por la nariz hinchada se desfoga,
De humo, de espuma y de sudor cubierto.
Y lánguido á rascarse cuello y cola

Va al tronco de un ciprés, y de la yerba
Pace que en torno á los lucillos brota;
Él traspasa el umbral, y á paso lento
Entra en la inmensa nave, húmeda y sola,

Sus pasos resonando y sus espuelas
Del pavimento en las cuadradas losas.
A la mitad del templo al fin se pára,
So la eminente bóveda, y se apoya

Del fundador contra el sepulcro helado,
Trozo de mármol con labores toscas,
Sobre el que una armadura, un rojo manto
Y dos banderas desgarradas posan.

Las varias voces del disorde coro
Por las cimbrias altísimas rimbomban,
Y suena alguna tos de cuando en cuando
En las capillas lóbregas. Asoma

Allá en el presbiterio, semejante
A una fantasma, con sus blancas ropas
Un monje, que cruzando á lento paso,
Vigila los blandones, acomoda

Sobre el altar misal y vinajeras,
Apresta el incensario, las alfombras
Extiende, muelle del Abad la silla,
Y las lámparas baja y las adoba.

De prima la oracion luégo concluye,
Y la comunidad desciende toda,
Precedida de cruz y de ciriales:
Atraviesa la iglesia, en voces sordas

Y sumisas un salmo murmurando.
Marcha en dos largas filas, y las forman
Unos cincuenta monjes, presididos
Por el potente Abad, que con gran pompa

Va detrás de su grey, bien abrigadas
Frente y orejas bajo negra gorra;
Y el cuerpo en un forrado y rico manto
De nobles pliegues y de luenga cola.

Dos legos le acompañan; lleva el uno
La mitra ornada de soberbias joyas,
Otro el báculo: en pos dos escuderos;
Este una espada y un estandarte arbola;

Aquel lleva un escudo y capacete:
Seis hombres de armas sírvenle de escolta;
Después dos monacillos y dos pajes
Un gran sillón y un escabel trasportan.

Raro acompañamiento, do resaltan
Insignias entre sí contradictorias
De pastor y guerrero, de prelado
Y de rico-home. Muestra su persona

Sexagenaria edad, pero robusta,
Regular talla, obesidad notoria,
Gravedad afectada, paso tardo,
Fuerte respiracion, mas trabajosa.



Son sus ojos alegres y vivaces,
Brotó salud su faz fresca y redonda,
Y sus anchas mejillas rubicundas,
Y su nariz, hácia la punta roja,

Que sabrosos manjares, succulentos
Y abundantes, su pasto son, denotan;
Y que á sus digestiones siempre ayudan
Vinos añejos de poder y aroma.

De condicion benigna y apacible,
Jamás tomaba parte en las discordias
Y manejos políticos de corte;
Obsequiar al poder tiene por norma.

Era todo su afán del monasterio
Aumentar los dominios, y su sola
Ambición disfrutarlos en reposo;
Gozando las ventajas deliciosas

Que el derecho feudal le concedía,
A la verdad extrañas y no pocas:
Y su gusto, asistir á los banquetes,
Y también darlos en su celda propia.

—Al pasar el prelado y su comparsa
Junto á Velazquez, que se humilla y postra,
No dió de conocerle muestra alguna;
O tal vez por tener la vista corta,

O porque era difícil en tal porte,
En tanta lobreguez y á aquellas horas;
Pero le echó su bendición. Velazquez
Intenta el acercarse; mas la escolta

Se lo impide; y confuso, despechado
Sigue la procesion, que desemboca
La nave principal, al presbiterio
Hace la reverencia, y se entra toda

Allá en la sacristía. Sus cancelles
Va el caballero á penetrar, y estorban
El paso los armígeros. Entónces
Humillado se siente, y en voz ronca

Pronunciando su nombre, airado dice,
Que al punto hablar con el Abad le importa.
El conocerle, turba á los armados
Y le dejan entrada. No fué poca

Del Abad la sorpresa. El tiempo todo
Que del poder en la grandeza y pompa
Vivió el señor de Barbadillo, estuvo
Con él en amistad: desde la hora

En que murió don Sancho, más remiso
Comenzóle á tratar; y cuando rotas
Las cadenas de Lara, vió por tierra
A Velazquez, y claro que no logra

La gracia y el favor del nuevo Conde,
Cortó con él sus relaciones todas.
Por lo que, ante sí viéndole, turbado,
En traje tal y en tal momento ahora,

No sabe qué pensar de su venida;
Y se le ocurren súbito dos cosas,
Ambas desagradables: ó que viene
Con la sed de venganza que le ahoga,

A tentarlo y pedirle tome parte
En algun plan osado de discordias
Y de guerra civil, con el que intenta
Recobrar el poder; ó á que lo esconda

Dentro del monasterio, y lo liberte
Del corvo alfanje y saña vengadora
Del moro ú del prodigio, que aquel día
Emplazado le tiene. Se acongoja

El prudente varon, imaginando
Que muy bien puede de una suerte ó otra
Salir perjudicado su peculio,
O la quietud de que el convento goza.

Y la visita inoportuna acoge
Con aquel embarazo, que no logra
La prudencia evitar, porque en el rostro
Y en la actitud, á su despecho asoma.

Velazquez, sólo porque está ocupado
En sus terribles inquietudes propias,
La del Abad no advierte. Se aproxima,
Una mano solícito le toma,

La besa, y le suplica que lo escuche
Por un momento en confesion á solas,
Para hacerle sumiso una consulta
Del mayor interés. Aún más se azora

Con esta pretension el buen prelado,
Bien que hecha en tono humilde; pues la foscá
Facha de aquel demonio en carne humana
Su sangre hielá, sus palabras corta.

Falto de aliento pues para excusarse,
Y maldiciendo en su interior la hora
En que se abrió la puerta de la iglesia,
Y el caballo que trajo á tal persona,

Y que no la dejó perniquebrada
Del agrio monte por las quiebras hondas;
Álzase, y con recato y disimulo
A fray Ambrosio, un monje, cuyas formas

Eran las de un jayan, al paso dice,
Que se quede á la mira y se disponga
A entrar con una tranca en todo evento;
Y á un oratorio ó capillita angosta,

Que estaba allí en la misma sacristía,
Fuése con Rui-Velazquez. Se coloca
En un confesonario, que pudiera
De castillo servir: una poltrona.

Que cede rechinando al peso, oprime:
Se hace un ovillo con el manto, y toma
La actitud del que escucha. El caballero
Delante de él una rodilla dobla.

Y le refiere su pasada vida,
Llena de atrocidades, que no ignora
El padre espiritual, pero á que cauto,
Severo demostrarse apénas osa.

Así, cuando hace pausa el penitente,
Un *pues* ó un *ya* entremete y acomoda;
Bien un suspiro ó tos, ó alguna frase,
Tan insignificante como corta.

Pero cuando Velazquez, dando cima
A su infernal y abominable historia,
Pasó á mostrarle que dispuesto estaba
A dar todos sus bienes de limosna,

Como compensacion de sus pecados,
Para lograr que el cielo le socorra
En el presente apuro; y que al momento
Hará cesion de sus riquezas todas

Al monasterio aquel, si se le aplican
Las penitencias y las santas obras
De la comunidad, para alcanzarle
En la lid inminente la victoria; -

Volvióle el alma al cuerpo al buen prelado,
Descuajóse su sangre, se recobra
Su ahogado corazon, y se convierten
Las gualdas de su faz en frescas rosas.

Y bendiciendo en su interior el punto
En que se abrió la iglesia á tales horas,
Y al caballo que trajo tal visita,
Salva á través de tierra tan fragosa;

Ya como aquel que marcha sin cuidado
Por senda conocida y tierra propia,
Se deja arrebatar del santo celo,
Y reprendiendo al pecador, lo exhorta

A penitencia y contricion, é insiste
En que para encontrar misericordia,
Cumpla su buen propósito al momento,
Pues mueren las palabras sin las obras.

—Velazquez ansia el verse descargado
Del voto aquel, con que presume logra
Celeste proteccion; mas aún pregunta:
«¿Y qué, será segura la victoria?»

El buen Abad desconcertóse un poco;
Pero le respondió: «Todo se logra
Con la ayuda de Dios. Grandes, enormes
Vuestras culpas han sido; mas las borra

»Vuestro arrepentimiento, y las compensa
La renuncia que haceis de vanas pompas
Y riquezas mundanas, todo, todo
Cediéndolo al Señor. Muy poderosas

»Por otra parte son las oraciones
De esta comunidad, de que la gloria
Tengo, aunque indigno, yo de ser prelado.
En ella hay almas de primera nota.

»Angeles en la tierra, santos tales,
De virtud tan eximia y portentosa,
Y de tan dura y penitente vida,
Que influjo grande con el cielo gozan.

»Todos por vos en oracion al punto
El coro ocuparán. Yo cien antorchas
Mandaré que se enciendan: imposible
Es que la Omnipotencia quede sorda

»A tantos ruegos, y que auxilio niegue
A quien, cual vos, por medio tal lo implora.
Reconciliado con el cielo, nada
Os debe ya asustar. Es bien notoria

»Vuestra destreza en justas y combates;
Vuestro claro valor al mundo asombra:
El mancebo que os reta y os emplaza,
Es un pagano, un perro de Mahoma,

»A quien falta la gracia; y aunque tenga
Más ó ménos razon, no ha de ser cosa
De que vencer consiga á un buen cristiano,
Al momento en que acaba de dar todas

»Sus riquezas á un santo monasterio;
Que es la mayor de las piadosas obras.
Animo pues, el tiempo no perdamos,
Firmadme al punto donacion en forma;

»Y confiando en el cielo y en las preces
De mis monjes, volad y sin zozobra
Entrad en lid, y fulminad la lanza,
Que aunque aprieta el Señor, jamás ahoga.»

Dijo, y sin dejar réplica á Velazquez,
A fray Ambrosio llama en voz sonora.
Ambrosio entró al momento preparado
Con una tranca; pero así que nota

Que todo en orden va, diestro la esconde,
Y actitud santa y compungida toma.
El buen Abad su vigilancia y tacto
Con una sonrisita galardona,

Y le dice: «Al momento al secretario
Busca, y para mi celda le convoca.
Los padres receptor y despensero
Vayan tambien con él, y sin demora.»

Despareció obediente fray Ambrosio.
El prelado dejando la poltrona,
Apóyase en el brazo de Velazquez,
Sale á la iglesia, y con la armada escolta,

Los pajes y los legos, sube al claustro,
A su huésped contando las historias
De los grandes milagros que el convento
Ha obrado, y del poder de la limosna;

Y entró en su celda, que en verdad parece,
Más la mansion extensa y suntuosa
De un poderoso rey, que la vivienda
De un penitente, reducida y sola.

En medio de una cuadra, cuyos muros
Ricas molduras y follaje adornan,
Cuyo artesón altísimo de cedro
Timbres ostenta de mundana pompa,

Y cuyos muebles eran los más ricos
De aquella edad; estaba una redonda
Mesa entallada con primor y esmero,
A su frente un sillón de rara forma,

Y sobre ella un jamón, pan como nieve,
Un ánade, dos truchas y una torta,
Todo en fuentes de plata repartido;
Y al lado del cubierto una gran copa

De oro, y que media azumbre contendría,
Según era capaz, erguida y honda;
Con un frasco de vino de Alaejos,
Y de leche de anís una redoma.

Resplandeció de júbilo la frente
Del Abad á la vista apetitosa
De su ordinario desayuno. Manda
Otro sillón poner y franco exhorta

Al huésped á que tome alguna parte
De su almuerzo frugal, diciendo: «Todas
Las penas, los cuidados más enormes,
Así que llegas de yantar las horas,

»Deben desaparecer, ponerse á un lado.
Tener el vientre lleno, es lo que importa
En cualquiera ocasión: con él vacío
El más leve trabajo nos agobia (35).

»Ánimo, caballero, llegad, ea,
Una presa y un trago, y luego corra
La suerte que Dios quiera. Ambos habemos
Menester fuerzas, y en verdad no cortas;

»Yo para la oración y penitencias,
Y vos para lidiar.»—Con frente torva
Rehusó Velazquez el convite, y mudo
Va á un lejano sitio, y en él se arroja.

El Abad embistió con el almuerzo;
Y á corto rato por la puerta asoman
Receptor, despensero y secretario,
Que á un lado con respeto se colocan.

Eran tres monjes de distinto empaque:
El padre receptor es de persona
Alta y recia, de rostro macilento,
Aguda la nariz, la barba roja,

Los ojos pensadores y sumisos,
Ágiles miembros, mas presencia tosca.
El padre despensero era rechoncho,
Su panza abultadísima y redonda,

Y cuellicroto tanto, que empotrada
Iba en los hombros su cabeza gorda;
Su corte todo en fin tal, que cualquiera,
De las despensas y bodegas hondas

Mirándole salir, pensar podía
Ver un pipote, una tinaja ú orza,
Que por arte diabólica ó encanto,
Lograba andar como andan las personas.

Su ancho rostro bermejo y rubicundo,
La nariz chata, respingada y roma,
Los ojazos alegres y brillantes,
Negras pobladas cejas, y la boca

Espumosa, grandísima, con dientes
Ralos y llenos de amarilla toba,
Su condicion pacífica mostraban,
Y que era hombre de chiste, risa y broma.

Que estaba, es lo seguro, tan ufano
Del alto cargo y dignidad que goza,
Que ni por las dos llaves de San Pedro
Cambiará aquellas que su cinto adornan.

El padre secretario era el más joven
Y de más fina y delicada estofa:
Su faz muy avispada y expresiva,
Talle gentil y delicadas formas,

Y en su porte total y en su semblante
Alguna semejanza, aunque remota,
Tiene con el Abad, cuyo cariño
Por él era sin límite. En sus ropas,

Sin ser más que la túnica y el manto,
Se descubre elegancia primorosa;
Y fuera su presencia sorprendente,
Y de grande atractivo, si una sombra,

Un filete no más de suficiencia,
De presuncion impertinente y tonta
No le diera aquel aire seco y duro,
Que á la primera vista tanto choca.

Sin dejar el prelado su tarea,
Despejar manda á la comparsa toda
De tiernos pajes y robustos legos,
Y las puertas cerrar. En cuanto á solas

Queda con las tres altas dignidades,
En brevedad sucinta les informa,
De que quiere el presente caballero,
Con libre voluntad madura y propia,

Donar al monasterio sus estados,
Todos sus bienes, sus riquezas todas;
Y al Abad entregar cuanto posee
En numerario, frutos, mueble y joyas,

Para que con prudencia y con buen tino
Lo reparta en sufragios y limosnas;
Y así lograr del cielo ayuda en vida,
Y en la muerte eternal misericordia.

En virtud de lo cual al secretario
Extender manda el documento en forma,
Y al padre receptor y al despensero,
Que sirvan de testigos. Les rebosa

La sorpresa y contento á los tres monjes,
Y el primero, en silencio y sin demora,
Se acerca al escritorio, un pergamino
Prepara, y pone manos á la obra.

Despues de haber escrito aquellas frases,
Pesadas, mazorrales y devotas,
Y aún de seguridad (de que mil muestras
Se hallan en los archivos muy curiosas;

Y de las cuales se conservan muchas,
Que aún nuestras escrituras emborronan,
Porque son de provecho al escribano,
Cuyo interese es aumentar las fojas).

Ruega á los dos testigos que se acerquen,
Y con cortés desembarazo nombra
Al señor otorgante, y le convida
A que las varias fincas de que constan

Sus estados le indique, porque quede
De todo escrita competente nota.
Obedeciendo al punto Rui-Velazquez,
Deja su asiento, y va como una sombra,

Como un espectro, que a la voz se mueve
Del poderoso mago que lo evoca;
Y uno por uno sus castillos todos,
Sus feudos y lugares con voz honda

Y sepulcral pronuncia. Miéntras tanto
Que el ágil secretario con pasmosa
Rapidez los apunta, el despensero,
Restregando sus manos mantecosas,

A cada posesion, pago y terruño,
Que oye nombrar y ve escribir, elogia
Y echa un dulce requiebro. Ora prorumpe:
«¡Suelo de caza y buenas truchas!» Ora,

«¡Sabroso queso y potenciosos vinos!»
O bien, «¡Tierra de leña y lindas mozas!»
Ya, «¡Brevas como el puño y buen carnero!»
O, «¡Famosos jamones, que hay bellota!»

De tal modo risueño califica
Los diversos estados, y se goza
En los sabrosos frutos que producen,
Y que han de dar á sus despensas honra.

Sus frases y sus gestos expresivos,
Del padre receptor contraste forman
Con la meditacion inmoble y muda,
En que puesto el pulgar dentro la boca,

Blandamente cogido con los labios,
Y la otra mano recogiendo motas
Por la túnica y manto distraída;
Calcula, cuenta y suma de memoria

La renta de las varias posesiones,
Y el nuevo capital á cuánto monta.
El que al fin de esta escena ya parece
Que ni interés ni parte en ella toma,

Es el bendito Abad, que ó bien poniendo
Su confianza (la razon le sobra)
En los tres respetables dignatarios;
O porque con desprecio ve las pompas

Y riquezas del mundo miserable;
O porque es su costumbre, y no ser cosa
De alterarla por nada; ó bien que acaso
No puede remediarlo á tales horas;

En cuanto concluyó con los manjares,
Aliviando del peso á la redonda
Mesa, donde quedaban en desórden
Sólo huesos pelados, raspas mondas,

Platos vacíos, cáscaras y migas,
Y escurridas y secas las redomas;
Del sillón se extendió sobre el respaldo,
Y á pierna suelta descuidado ronca.

Quedó en fin terminada la escritura,
Leyóla el secretario en voz sonora,
Aunque un poco nasal y recalcada;
Rui-Velazquez con mano algo temblona

Y tarda, por no estar á escribir hecho.
Puso su nombre entero en letras gordas
Como marcas de fardo, mas no claras,
Si apenas descifrables por borrosas.

Firmaron en seguida ambos testigos,
Y al Abad la presentan, que en sí torna
A fuerza de llamarle y de moverle,
Y que al fin bostezando y torpe moja

La pluma, hace una cruz algo torcida,
Seguida de un borron y rayas toscas,
Que él llamaba su firma. Luégo al punto
Las legaliza el secretario todas.

Acabado que fué tan gran negocio,
Velazquez del Abad licencia toma,
Su mano besa y bendicion recibe,
Y se apresta á marchar, que urgen las horas.

El prelado con él al claustro sale,
Donde con su salud cascada y corta,
Y con estar muy fresca la mañana,
Se excusa de seguir. Pero convoca

A la comunidad, que en el momento
Con ciriales, con palio y cruz se forma,
Y á tan gran bienhechor (bien lo merece)
Acompaña y despide con gran pompa

Hasta la puerta principal, do un paje
Tiene el caballo. Apresurado monta
Velazquez, y mirando el sol tendido,
A toda rienda á su palacio torna.

NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(34) El conde de Cicognara dice en el lib. III, cap. 1.º de su *Storia della scultura*, hablando del estado en que se hallaba esta arte en Bizancio en la edad media, lo que sigue: «Presso la corte d'oriente il lusso aveva già invaso i dritti del gusto e d'ogni altro sublime magistero delle arti, e da Constantinopoli venivano tratte opere magnifiche, in cui il lavoro era sempre vinto dalla materia. Si spedivano in regalo dagl'imperatori ai pontefici e alle chiese, ed erano riguardate como oggetti preziosi»

Si conforme nuestra accion pasa en el siglo décimo, pasara en el siguiente, hubiéramos podido hacer mencion de un escultor español llamado Aparicio, cuando apenas lo habia en Italia. Lo recuerdan Cean Bermudez, en su *Diccionario de los profesores de las bellas artes*, y el mismo Cicognara en el libro IV, cap. 7.

(35) No es mi intento satirizar al estado monástico, sino pintar las costumbres del siglo décimo; y cuando introduzco en mi obra soberanos con poder escaso, ricos-hombres feroces y ambiciosos, y pueblos ignorantes y miserables, me tocaba presentar á los monjes segun eran generalmente en aquellos tiempos de tinieblas y de confusion.

Su glotonería y relajacion pueden muy bien inferirse de lo que siglo y medio despues escribia San Bernardo en la *Apologia dirigida á Guillermo, abad de San Teodoro*, al cap. IX. «Entre tanto (dice el Santo hablando de las comidas de los monjes de aquella época) succédense manjares á manjares, y en vez de las carnes solas, de que se abstienen, se multiplican los corpulentos peces. Si cuando estás saciado de los primeros, pruebas otros, te parecerá que aún no has comido pescado, porque tal es el esmero y tal el arte con que todo se prepara en la cocina, que despues de haber devorado de los cuatro ó cinco platos que se han servido, ni impiden los primeros que se coma de los otros, ni el estar harto, embota el apetito.. ¿Quién alcanzará á decir todos los modos de aderezar y batir los huevos (por no tocar otras materias), el prolijo estudio con que saben volverlos, revolverlos, liquidarlos, endurecerlos, consumirlos, en fin, como los sirven, ya fritos, ya asados, ora rellenos, ora juntos, ora separados?... Ni olvidan el adorno en los manjares, pues no piensan ménos en halagar á los ojos, que en lisonjear al paladar; y así aun cuando una tronada de regüeldos anuncia que el estómago está repleto, no por eso queda satisfecha la curiosidad.. ¿Qué diré de la bebida, no ya del agua, sino del vino, que no acostumbran aguar de modo alguno?... ¡Ojalá que nos contentásemos con beberlo solo, aunque puro! Vergüenza es decirlo, pero más vergüenza es hacerlo; y si es vergonzoso oirlo, que no lo sea enmendarse. Repara cómo en una comida desocupan tres y cuatro veces una profunda copa casi llena, y cómo entre los diferentes vinos, más por el olor que por el gusto, y no tanto bebiéndolos, sino oliéndolos apenas, saben con un tino y prontitud admirables escoger el de más cuerpo. ¿Y la costumbre que, segun dicen, tienen algunos monasterios de servir en las grandes festividades vinos adobados con miel y especias, que la comunidad bebe en el refectorio?... ¿Qué se puede hacer al dejar tal mesa más que dormir? Y si al que aún no ha hecho la digestion, le obligas á ir al coro, lo que le arrancarás, será llanto, no canto.»

Luégo añade en el capítulo décimo de la misma *Apologia*: «Buscan para vestirse, no lo que abriga del frio, sino lo que excita el orgullo; no, en fin, lo que, segun la regla, puede comprarse más barato, sino lo que parece más hermoso y vano.»

El mismo San Bernardo me ha sugerido la pintura del lujo y fausto, de que rodeo á mi abad, por la que él hace de los de su tiempo en el cap. XI de la citada *Apologia*, cuando dice: «¿Qué muestra nos ofrecen esos abades de su humildad (por no tocar otros puntos), cuando salea acompañados de tanta pompa, de tantos caballos, y con el cortejo de tantos hombres de armas, pues el séquito de uno solo bastaría para dos obispos? Miento, si no digo haber visto abad con un acompañamiento de sesenta caballos, y tal vez muchos más. Si los vieras caminar, dirías que no eran padres de monasterios, sino señores de castillos; no directores espirituales, sino príncipes de provincias. Disponen además que formen parte de su equipaje servilletas, vasos, calentadores, candeleros, y lios, no con jergones para dormir, sino hasta con adornos para la cama. Apenas cualquiera de ellos se aleja cuatro leguas de su convento, lleva consigo un ajuar completo, como si fuese á la guerra, ó tuviese que atravesar un desierto, donde no pudiera hallarse lo necesario... ¿A qué esa caterva de criados y de acémilas, si aún llevando sólo lo necesario, no dejamos de ser unos huéspedes incómodos?»

Sin salir de las obras de este Santo, hallo en la homilía cuarta *Sobre los loores de la Virgen María*, que reprende así la soberbia y avaricia de ciertos monjes: «Lo que más me duele, es ver á algunos que despues de haber renunciado á las pompas del siglo, aprenden á ser más soberbios en la escuela de la humildad, más insolentes bajo las alas del manso y humilde Maestro, y más insufribles en el claustro que lo habian sido en el mundo. Prueba aún mayor perversidad, que muchos que no quieren ser vilipendiados en la casa de Dios, no podian sino ser despreciables en sus casas..»

Hay otros (lo que no puede verse sin dolor) que después de abrazar la milicia de Cristo, se mezclan de nuevo en los negocios terrenos, enfrascándose otra vez en las pasiones mundanas. So pretexto del bien de la comunidad licorjean, y los ricos, visitan á las matronas, y, aún contra el edicto de su emperador, desean lo ajeno, y lo reclaman en juicio, como si fuese suyo.»

En el sermón 77 *Sobre los Cínticos*, se explica de esta manera acerca de la esplendidez y rapacidad de algunos prelados, que seguirían la misma escuela que el vecino de Velazquez: «Aman los regalos, y no pueden amar al mismo tiempo á Cristo, porque dedicaron sus manos al dinero. Mira cual se presentan de limpios y ataviados, y vestidos con esmero, como una novia que sale de su tocador. ¿No es cierto que, al ver á cualquiera de estos en público, le creerás más bien una esposa, que un guardián de la esposa (*de su iglesia*)? ¿De dónde, pues, te parece que saca él tanta abundancia de cosas, el esplendor de los trajes, el lujo de la mesa, y tanta vajilla de plata y oro, sino de los bienes de la esposa? Así es que ella está pobre, miserable, desnuda, macilenta, sin asco, sin ornato, sin sangre, porque en estos tiempos no se procura adornar á la esposa, sino desnudarla; no guardarla, sino perderla; no defenderla, sino exponerla á peligros; no educarla, sino prostituirla; no apacentar el rebaño, sino degollarlo y devorarlo.»

Semejantes excesos fueron sin duda á ménos en los siglos posteriores; pero aún quedarían de ellos lastimosos vestigios en el décimoquinto, cuando el docto canciller de Castilla, Pero Lopez de Ayala, se lamenta del modo siguiente en el pasaje de su *Rimado del palacio*, que publicó la *Revista española* del 3 de diciembre de 1832:

La nave de Sah Pedro está en gran perdicion
Por los nuestros pecados et la nuestra ocasion.

Mas los nuestros prelados non lo tienen en cura:
Asaz han que facer por la nuestra ventura:
Cohechan los sus súbditos sin ninguna mesura,
E olvidan la conciencia et la Sancta Escripura.

Desque la dignidad una vez han cobrado,
De ordenar la iglesia toman poco cuidado,
Et como serán ricos mas curan (;mal pecado!)
Et non curan como esto les será demandado.

El nombre sacramento que Cristo ordenó,
Quando con sus discípulos en la cena cenó,
Cuales ministros tiene el que por nos murió,
Vergüenza es decirlo quien esta cosa vió.

Unos prestes lo tractan, que verlos es pavor,
Et tómanlo en las manos sin ningunt buen amor,
Sin estar confesados, et aun (que es lo peor)
Que tienen cada noche consigo otro dolor.

Quando van á ordenarse, tanto que tienen plata,
Luego pasan l'exámen sin ninguna barata,
Ca nunca el obispo por tales cosas cata;
Luego les da sus letras con su scello et data:

Non saben las palabras de la consagracion,
Nin curan de saber, nin lo han á corazon.
Si puede haber tres perros, un galgo et un furon,
Clérigo de la aldea tiene que es infanzon.

Luego los feligreses le catan casamiento
D'alguna su vecina: (;mal pecado!) non miento;
Et nunca por tal fecho reciben escarmiento,
Ca el su señor obispo ferido es de tal viento.

Palabras del bautismo, et cuales deben ser,
Uno entre ciento dellos non las quieren saber.

Si estos son ministros, sonlo de Satanás,
Ca nunca buenas obras tú facerlos veras.
Gran cabaña de fijos siempre les fallaras
Derredor de su fuego; que nunca y cabrás.

En toda la aldea non ha tan apostada,
Como la su manceba, et tan bien afeitada:
Quando él canta misa, ella le da el oblada.
Et anda (;mal pecado!) tal orden bellacada.

Prelados sus eglesias debían gobernar:
Per cobdicia del mundo allí quieren morar,
Et ayudan revolver el regno a mas andar,
Como revuelven tordos el pobre palomar.

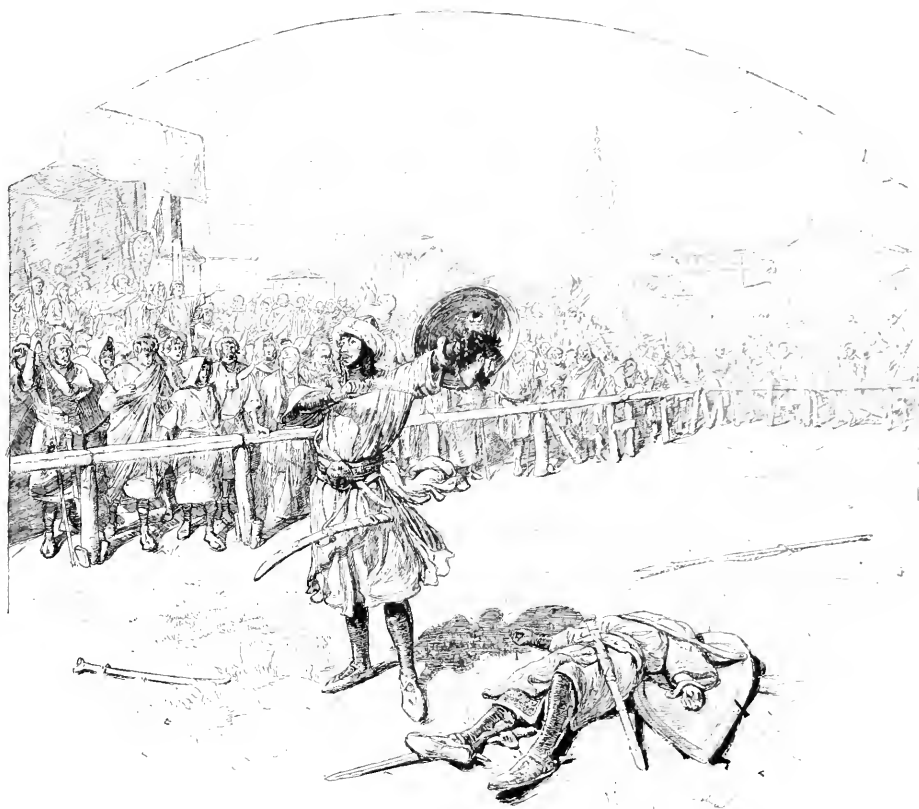
De estas citas puede colegirse, que nada he exagerado en ninguna de las calidades reprehensibles y viciosas que atribuyo á mi abad, ni me he separado de lo que daban de sí aquellos tiempos de corrupción. — En cuanto á los medios que puse para heredar á Velazquez en vida, han declamado contra ellos las personas timoratas de todas las edades, como lo sienta el señor Rodríguez Campomanes en el capítulo primero de su *Tratado de la regala de amortización*, por estas palabras: «Hubo durante esta segunda época (de la Iglesia) en los testamentos y herencias de viudas y pupiles abuso de parte de algunos eclesiásticos y monjes con sugeriones para captar las herencias. No me atrevera á indicar este instantáneo desórden, si las leyes civiles no hiciesen mencion de él, y del dictado de *heredipetas* ó *arráders de herencias*»

con que censuraban y motejaban á los que abusaban de la piedad de las viudas y otras personas devotas: de que dimanó revocar á los eclesiásticos y monjes, y despues á las iglesias, la capacidad de adquirir. No fueron emperadores paganos é impíos los que promulgaron tales leyes, sino religiosísimos y católicos.

«A los santos padres que dan noticia de esta ley, jamás se les ofreció poner en duda la potestad imperial para establecerla... Su amargura consiste en que la avaricia de algunos eclesiásticos hubiese dado causa á la ley revocatoria del privilegio de adquirir. *Nec de lege conqueror, sed doleo, quod meruerimus hanc legem*, dice San Jerónimo.»

El abuso debió en efecto haber llegado á ser tan escandaloso, que don Cárlos III lo calificó de tal en el preámbulo del auto acordado, que es ahora la ley 15 del título XX del libro décimo de la *Novísima recopilación*, en el que se lee: «La ambicion humana ha llegado á corromper aún lo más sagrado, pues muchos confesores, olvidados de su conciencia, con varias sugestiones inducen a los penitentes, y lo que es más, á los que están en artículo de muerte, á que les dejen sus herencias con título de fideicomisos, ó con el de distribuir las en obras pías, ó aplicarlas á las iglesias y conventos de su instituto, fundar capellanías y otras disposiciones pías, de donde proviene, que los legítimos herederos, la jurisdiccion real y derechos de la real Hacienda quedan defraudados, las conciencias de los que esto aconsejan y ejecutan, bastantemente enredadas, y sobre todo, el daño es gravísimo, y mucho mayor el escándalo... Contrayendo la duda á lo particular de algun género de mandas, comprende el Consejo, que las que hacen los fieles á sus confesores, parientes, religiones y conventos en la enfermedad de que mueren, por la mayor parte no son libres, ni con las calidades necesarias; ántes bien muy violentas, y dispuestas con persuasiones y engaños, sin algun consuelo del enfermo que las deja en perjuicio de otros parientes suyos y obras más pías; y así acordó, que no valgan las mandas, que fueren hechas, en la enfermedad de que uno muere, á su confesor, sea clérigo ó religioso, ni á deudo de ellos, ni á su iglesia ó religion, para excusar los fraudes referidos.. De esta suerte se asegura el consuelo del donante en aquel aprieto, y se evitarán las persuasiones, sugestiones y fraudes con que le turban y truecan la voluntad contra la afeccion dictada por la naturaleza en favor de la propia familia.»





ROMANCE UNDÉCIMO

Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador.

Romancero del Cid

BRILLA la luz del apacible cielo,
Tregua logrando breve de la cruda
Estacion invernál, y el aura mansa
Celajes rotos al oriente empuja.

Ya en las gigantes torres que de Burgos
Sobre la catedral se alzan y encumbran,
Las cóncavas campanas el arribo
Del sol inmenso á su zenit saludan;

Y los huecos sonidos que, en las nubes
Y en los montes perdiéndose, retumban,
Mézclanse al sordo estruendo que en la plaza
Inquieta forma la apiñada turba.

No solamente de Castilla toda,
Mas de Galicia, de Leon, de Asturias,
Y de Sobrarbe, y de Navarra llegan
A presenciar tan importante lucha

(Cual suelen por ganar las perdonanzas,
De Compostela á la famosa tumba
Las romerías) tropas de curiosos,
Que en la plaza afanados sitio buscan.

En tablonés, andamios y barreras
La multitud se agolpa, se disputa
Escaso asiento, vase acomodando,
Y una masa compacta, en que confusas

Brillan colores diferentes, forma.
Otras masas se estrechan y se agrupan
En los balcones; otras los terrados
Y altas almenas con su peso abruman,

Hasta se ven las gentes en racimos
Por rejas, frontispicios y molduras,
Quedando aún fuera de la extensa plaza
Gran muchedumbre, que se afana y suda

En vano por entrar, y no pudiendo,
Se acomoda en las calles, y asegura
Ver al ménos pasar los campeones,
Y tener prontas nuevas de la pugna.

—Ya el movimiento universal del circo
Y el alto aplauso popular anuncian,
Con el són de atabales y de trompas,
Del Conde insigne la presencia augusta.

Entra gallardo pues Fernan-Gonzalez,
Y alto sillón bajo el dosel ocupa.
A su diestra un asiento el Arzobispo
Con sus pontificales vestiduras.

Colócanse detrás los Ricos-hombres,
Los Prelados y Alcaldes, y circundan
En torno el balconaje caballeros,
Cuyos arneses fúlgidos deslumbran

Con los rayos del sol, y en cuyos cascos
El viento agita matizadas plumas.
Del frente opuesto en medio se levanta
Ancho tablado en forma de tribuna,

Con paños negros adornado, donde,
El rostro ciego, la color difunta,
Circundado de todos sus parientes,
Y vestido de luto, la profunda

Compasion llama del concurso inmenso,
Y la atencion más reverente y muda,
Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Que abogado el pecho de mortal angustia,

Aunque seguro del cercano triunfo,
Teme nuevos rigores de Fortuna.
De Salas á su lado el Arcipreste
Con Nuño le conforta; y en las puntas

Externas del balcon están dos pajes,
Que enlutados también, mustios empuñan
Dos astas inclinadas contra el suelo,
Para que en él se oculten y confundan

Sus insignes pendones, afrentados
Con el rigor de una sentencia injusta,
Y que no pueden tremolarse al viento,
Sin que ántes en su honor se restituyan.

—Tiene la extensa liza dos entradas
Frente á frente: á la diestra está la una,
Que custodian guerreros de Velazquez,
Y en ella el viento su estandarte undula:

La otra está á la siniestra, en que la insignia
De Mudarra tremola, y do relumbran
De dos gallardos cordobeses moros
Las cimitarras bárbaras desnudas.

—Baja el maestre del campo con dos jueces;
De un lado y otro por la plaza cruzan,
Y de que no hay engaño en el terreno,
Ni celada encubierta se aseguran.

Un rey de armas después bando publica,
En que pena de muerte se pronuncia,
Contra quien ose entrar en la estacada,
O dé á cualquiera combatiente ayuda.

Pronto el són de timbales y añafles
En la parte exterior, la grita y bulla
Que en las calles levanta el gran gentío,
Y el estruendo de arneses y herraduras,

Que llega, dicen, el gallardo moro,
El retador valiente. Expresion una
Y una sola actitud se advierte en todos
Cuantos el ancho circo en torno ocupan;

Y todos de la puerta que en el lado
Siniestro se abre, tornan á la oscura
Bóveda ojos y faz, el cuerpo inclinan,
Y rumor sordo por los aires zumba.

Así súbita ráfaga de viento
Resuena, mueve las ligeras puntas
De los árboles todos de una selva,
Y hácia la misma parte las empuja.

Entran de dos en dos en la estacada,
Con lento paso y grave compostura,
Sobre negros caballos, ocho pajes,
Negras la veste, la gualdrapa y plumas:

Despues cuatro escuderos enlutados,
Y cuatro ancianos caballeros, cuyas
Armas empavonadas, y rodelas
Con negras manchas que el blason ocultan,

Y cuyas picas que por tierra arrastran
Sin pendoncillo la acerada punta,
Que son, van tristemente publicando,
De la casa de Lara y de su alcurnia.

En un bayo cervuno luégo asoma
Caleb, vestido con riqueza suma,
Arbolando en la diestra un estandarte
Azul, y en medio una bordada luna.

A la puerta Mudarra comparece...
Entusiasmada, al verle, alza la turba
Sonoros vivas, que hasta el cielo cunden
Y que repiten las lejanas grutas;

Y en andamios, balcones, galerías,
Los lienzos blancos que en el aire undulan,
Dan movimiento al popular aplauso
Y al valeroso retador saludan.

Sobre una yegua de color de nieve,
Joya de las riberas andaluzas,
Que alienta fuego y que salpica el aura
Con leves grumos de argentada espuma,

Entra pues el Expósito gallardo,
Y su talle gentil y su hermosura
El rumor del encanto justifican,
Y á quien portento le ha llamado, excusan.

Lleva en reedor del casco damasquino,
De una persiana tela, en que fulgura
Tejido el oro entre la lana y seda
Con tintas, que brillantes sobrepujan

A los varios matices de las flores;
A los tersos esmaltes de las frutas,
Ajustado el turbante: rica joya
Sobre la frente con primor lo anuda,

Y de ella una garzota se levanta,
Que trémula del sol el brillo emula.
De entretejida malla el coselete,
La gola y los brazales, do vislumbran

Alternadas escamas de oro y plata,
En parte cubre primorosa juba
De purpurina tela, con recamos
De oro, seda y aljófares menudas.

Las anchas bragas de delgado lino
Y faja azul, que el talle en torno ajusta,
Las grebas y esquinelas buriladas,
Dejando fuera el acicate, ocultan;

Y cual nacido el jóven en la silla
De altos borrenes, muestra la andaluza
Gracia en el cabalgar. Morisca adarga
Lleva al siniestro brazo; con la zurda

El blando freno rige, con la diestra
Una ligera lanza de dos puntas:
Un agudo puñal y una gumia,
Le sujeta la faja en la cintura,

Y al lado izquierdo muéstrase, pendiente
De un cordon verde que su pecho cruza,
La cimitarra que premió su garbo
Con tanta pompa en la primera justa;

La que le fué entregada por Kerima,
La que al fiero Gíafar lanzó en la tumba,
La de Almanzor en fin, la formidable
Árbitra de la bélica fortuna.

Sobre un overo Zaide le acompaña,
Padrino suyo en la inminente lucha:
Síguenle en pos diez moros á caballo;
Y á paso lento, en enlutadas mulas,

De Salas el concejo y capellanes
Cierran la comitiva. De la turba
Recogiendo las pruebas lisonjeras
Del más vivo interés, de la más pura

Admiracion, Mudarra con su gente
Recorre el circo en derredor, saluda
Primero á su señor, luégo á su padre
A galope la extensa plaza cruza,

Y al lado de la puerta por do entrara,
Despues que su comparsa taciturna
Detrás de las barreras se retira,
Queda solo con Zaide. Se desnuda

Del diestro guante, y de la dócil yegua
El cuello halaga y la melena hirsuta;
La rienda afloja, apóyase en su lanza,
Y espera que el contrario al campo acuda.

Pásase largo rato, y no parece;
Ya el sol declina lento, aún no se escucha
Ni lejano rumor; ya es media tarde,
Y no hay de Rui-Velazquez nueva alguna.

Tanto esperar fastidia al gran gentío,
Tardanza tal al retador disgusta,
Y el Conde, el Arzobispo y Ricos-hombres
De que tenga la lid efecto dudan.

Se alza vago rumor entre la plebe
Y noticias extrañas se divulgan,
Que cada cual al darlas y al oirlas,
Segun su antojo ó su pasion abulta.

Uno cuenta haber visto muy temprano
Atravesar del monte la espesura
El famoso caballo de Velazquez,
Aquel caballo sin igual, que nunca

Monta otro que su dueño: que iba, dice,
Mordido por los lobos, sin montura,
Todo enlodado, y tan arisco y fiero
Como un venado montaraz; y funda

En tal encuentro la asercion siniestra
De que precipitado en las profundas
Quebras de la montaña, Rui-Velazquez
Es de las fieras ya pasto sin duda.

Otro noticia tal contradiciendo,
Que ha visto á Rui-Velazquez asegura
Al despuntar la aurora, disfrazado
Salir á escape de la selva inculta,

Y entrar en el famoso monasterio
Que está junto á su alcázar. Se disputa
Por una y otra nueva, y aún algunos
De las dos combinar pretenden una;

Diciendo, que al salir del monasterio,
Pudo tal vez con momentánea furia
Precipitarle el corredor caballo.
Mas tal combinacion vana resulta,

Pues dice el que ha encontrado á Rui-Velaz-
Que iba en un alazan, y en la espesura ¿que,
Un tordillo se vió. Que el caballero
De la noche á favor se ha puesto en fuga,

Parece ya indudable; su tardanza
Lo confirma tambien; pero son muchas
Las opiniones y diversas. Unos
Que huyó, y que yace despeñado, juzgan;

Otros que huyendo se acogió al asilo
Del monasterio, en que el Abad le oculta;
Otros que huyó, mas que se entró de paso
En la iglesia, á pedir al cielo ayuda:

Otros piensan, en fin, que arrepentido,
Y medroso tambien, ha hecho renuncia
De grandeza y poder, y que vistiendo
Sayal bendito y monacal cogulla,



Se encuentra libre de acudir al campo,
Y la venganza celestial excusa.
Reuniéndose los varios pareceres
En lamentar, que al cabo se les frustra

A todos el anhelo y la esperanza
De presenciar tan importante lucha.
Los pocos partidarios de Velazquez
Llaman á estos rumores imposturas,

Y afirman que vendrá, aunque tarde, á tiempo
De acrisolar su honor y su conducta.
Unos de Barbadillo, que han pasado
La noche toda, dicen y aseguran,

De su señor en el palacio; y cuentan
Que han visto preparar las armaduras,
La escolta, las libreas y caballos;
Que al alcaide Rodrigo, el que disfruta

De su dueño la entera confianza,
Han oido repetir, y veces muchas,
Que tranquilo en su lecho Rui-Velazquez
Gozaba dulce sueño: que en gran bulla

Los hombres de armas, pajes y escuderos
Cenaron muy alegres, sendas cubas
Apurando con brindis y canciones,
Teniendo la victoria por segura:

Y que oyeron contar cómo el tordillo
Se huyó, volviendo de beber, por culpa
Del mozo que del diestro le traía:
Y concluyen jurando que no hay duda

En que al amanecer, cuando partieron
Del castillo, ya estaban con presura
Disponiéndose pajes y caballos,
Y armándose la escolta. Estas difusas

Menudencias se acogen con aplauso
Por algunos; mas otros las recusan,
Como meras patrañas de partido,
Como invenciones de verdad desnudas.

Crece la obstinacion, y se divide
Pronto en dos bandos la imprudente turba:
Se hacen apuestas de una parte y otra,
Se argumenta, se arguye, se disputa.

Y aún hay quien su opinion ciego sostiene,
Aún más que con razones con injurias.
En el balcon del Conde tambien anda
De encontrados dictámenes la pugna,

Y propone prudente el Arzobispo,
Que vaya un escudero por la ruta
De la mansion cercana de Velazquez,
A recoger noticias más seguras.

— En esto, estruendo súbito que cunde
En la parte exterior, tregua oportuna
Da al enconado encuentro de opiniones,
Y la atencion universal ocupa.

No hácia la puerta diestra, por do debe
Llegar Velazquez á la lid, se escucha,
Sino hácia la siniestra que es el lado
De que los moros cordobeses curan.

Mas poco importa, pues del vulgo llama,
A quien toda atencion cansa y repugna,
La expectation hácia distinto objeto,
Y de discordia el nubarron conjura.

— Unos cuantos cautivos rescatados,
Que desde las fronteras andaluzas
Llegan en aquel punto, y que á la plaza
Se empeñan en entrar, causan la bulla.

El gran gentío, que en las calles hierve,
El paso les estorba, y aunque es mucha
La deferencia y atencion, que el pueblo
A rescatados con razon tributa;

Se opone á su intencion. Ellos tenaces
Penetrar quieren por la inmensa turba,
Y al cabo forcejando lo consiguen;
Pues hallan conocidos por fortuna

En los moros del séquito de Zaide,
Que les dan proteccion y los ayudan.
Entran, no hallan lugar en los andamios,
En la barrera escaso sitio ocupan;

Y llaman la atencion del gran gentío,
Un decrepito anciano, á quien inunda
La ondosa y cana barba hombros y pecho,
Y cuyo extraño traje con capucha,

Ser un anacoreta, un solitario
De otra region y de otra secta, anuncia;
Un tierno jovencillo, en quien esconden
Facciones femeniles y menudas

La toca ó el turbante descompuesto;
Y una tosca mujer de edad robusta,
Con otros seis ó siete miserables,
En cuyas pobres ropas la confusa

Mezcla se ve del moro y del cristiano,
Y en todos las señales de las muchas
Fatigas de un larguísimo viaje,
Hollando nieves y sufriendo lluvias.

El interés universal despiertan,
Y más de un pecho palpitó... En la turba
Hay tantos que un hermano, un padre lloran,
Un amigo, un esposo, á quien sañuda

De Córdoba en los baños y mazmorras
Tiene la suerte en servidumbre dura!...
Tambien Zaide y Mudarra el rostro vuelven,
Que algunas voces árabes escuchan.

Mudarra al reparar en los cautivos,
Se acuerda de su patria y se demuda...
Tal vez habrán servido á su Kerima...
Noticias le traerán, ó carta suya...

Él mismo puede que conozca á alguno...
De haber visto al anciano apenas duda...
Un interior impulso irresistible
A dirigirse á hablarles, le estimula.

Pero al afan y vagos pensamientos,
Y á los dulces recuerdos que le angustian,
Como al rumor que en el concurso reina,
Pone fin repentino la confusa

Grita, que se alza por el diestro lado
En la parte exterior, y al circo anuncia
Con el són de timbales y clarines,
Que llega Rui-Velazquez á la lucha.

Queda en hondo silencio la gran plaza
Por un momento, y en seguida zumba
La voz universal de *El es, ya sale*;
Y la gran multitud torna á ser muda,

Los ojos fijos en la entrada diestra,
Por donde asoma, y sin tardanza alguna
El séquito orgulloso de Velazquez
La extensa liza, cual torrente, inunda.

Todo el lujo, riqueza y vana pompa
De que un pueblo naciente y sin cultura,
Un estado pequeño, cual Castilla,
Tornado tantas veces en laguna

De sangre por las huestes musulmanas,
O de internas discordias por la furia,
Era capaz, y que ofrecer podia
Aquella edad tan bárbara y tan ruda;

Ostentaba el señor de Barbadillo.
Corceles de poder y de hermosura,
Gran número de pajes y escuderos,
De verde y rojo, y con pintadas plumas:

De tosco hierro y de altivez armados
Ilustres caballeros de su alcurnia,
Con espada, broquel y gruesas lanzas,
Y de seis villas populosas suyas

Los concejos, con todas sus insignias,
En enjaezadas y gallardas mulas,
Forman la escolta, séquito y comparsa,
Que en buen orden le siguen y circundan.

Rodrigo en un peceño, y adornado
Con una cota de armas, do fulguran,
Bien que en toscos recamos, los emblemas
De su señor, delante de él encumbra

Y orgulloso tremola su estandarte,
En cuyo centro brilla la figura
De un leon rampante de oro, en verde campo
Con orla de escarlata que lo ajusta.

En un castaño aragonés, brioso,
De carnosa cerviz, crin guedejada,
Anca redonda y relevado pecho,
Que receloso y comprimido bufa,

Esparciendo la arena por el aura,
Al estampar el casco y herradura
En la tierra á compás, entra Velazquez,
Y la atencion universal subyuga.

Era gallardo, sí, diestro en las armas,
Extremado jinete, y su apostura
Imponedora y noble, aunque altanera.
Refulgente celada penachuda,

Un peto y espaldar de duro temple,
Que rebrunidos, como el sol deslumbran;
Brazales y manoplas enlazados
Sobre afolladas mangas de gamuza;

Y ajustadas las grebas y esquinelas
A las calzas de piel de ciervo cruda,
Completaban su arnés. Era su adorno
Con aforro de malla una purpúrea

Veste ó túnica abierta, guarnecida
Con franjas de oro en bordes y costuras.
Lleva en el brazo izquierdo un ancho escudo;
En un rico tahalí de obra moruna,

Pendiente al lado la famosa espada
De Bernardo del Carpio, honra de Asturias.
(La que el rey de Leon diera á Velazquez)
Y con el regaton puesto en la caja.

Una gruesa, pesada y alta lanza,
En la que toda su esperanza funda.
Por ser aquella del famoso mago,
Y que debe al encanto temple y punta.

Así armado y vestido el personaje
Tres vueltas dió á la plaza, y la sesuda
Muchedumbre en silencio lo contempla,
Sin que suene de aplauso voz alguna.

En cuanto Rui-Velazquez, retirada
Su comitiva toda, vuelve grupa
Al sitio por do entró, queda plantado,
Solo con su padrino, y á la pugna

Dispuesto frente á frente del contrario;
La ronca voz de la trompeta anuncia,
La sangre helando del concurso inmenso,
Que llegó el punto de empezar la lucha.

Entrambos combatientes como rayos
Parten, ardiendo en vengativa furia,
Y trabando la lid más espantosa,
De la gran plaza en la mitad se juntan.

Tremendo fué el combate: de tal modo
En los tostados campos de Getulia
Se embisten furibundos, esgrimiendo
Voraces dientes y encorvadas uñas,

Un nervudo leon y un suelto pardo,
Y este ostentando su valor y astucia,
Aquel su fuerza y su poder, pelean,
Y con rugidos el desierto asustan.

Pesado y fuerte el castellano altivo,
La lanza en ristre, horizontal columna,
Con rapidez y estruendo de peñasco,
Que por las agrias cuestras se derrumba,

Arrollar piensa con su empuje al moro,
Que más ágil que una águila, le burla;
Pues la yegua y el cuerpo separando,
Pasar lo deja, y como leve pluma,

Gallardo por encima del turbante
Revolviendo la lanza de dos puntas,
En el flanco ó la espalda le acomete;
Sin darle tiempo á que á escudarse acuda.

Brama Velazquez, como herido toro:
Otra vez y otra vez furioso busca
Por el frente á Mudarra, que otra y otra
El golpe esquivo de la lanza aguda.

Al cabo viendo que de tal manera
En inútil y larga escaramuza,
Sin conseguir un decidido golpe,
Interminable tornarán la lucha;

A pié firme resuelve el castellano
Un encuentro esperar; y en su bravura
Y en el veloz empuje de su yegua
Confiado el jóven cordobés, no excusa

Dar una arremetida á aquel escollo,
Y despreciar el hierro, que relumbra,
Del mágico lanzon, pues ansia noble
De dar fin al combate lo estimula.

Se aleja, toma campo, se revuelve,
El cuerpo todo con la adarga oculta,
Tiéndese sobre el cuello de la yegua,
La lanza aprieta, y rápido, cual sulca

El aura leve flecha silbadora,
Parte derecho del contrario en busca.
Este, al verle venir, cambia de intento,
Teme esperar parado, y firme empuja

Con las espuelas al corcel castaño,
Que fiero arranca convertido en furia,
Sin respirar los mira el gran gentío,
Hundido en el silencio de las tumbas.

¡Ay!... se encontraron: la morisca adarga
Embotar pudo la cuchilla aguda
De la encantada lanza; pero el choque
De aquel monte de hierro la andaluza



Yegua no pudo resistir, y á tierra
Vino con el jinete: en la llanura
Así al laurel gallardo de repente
Imprevisto huracan abate y trunca.

Un alarido de terror horrendo
Alzó hasta el cielo la angustiada turba,
Y Mudarra enredado en los arzones
Y en los estribos, por zafarse lucha.

Del castaño triunfante enardecido
Fué tan grande el empuje por fortuna,
Que salvando de un salto yegua y moro,
Prosiguió ciego la carrera ruda,

Sacando al caballero de la silla,
Que asido del borren y crines bruscas,
Con gran trabajo firme se sostiene,
Y por pararlo y revolverlo suda.

Lógralo al fin, y furibundo torna
A completar su triunfo; mas rehusa
El corcel receloso de acercarse
A lo que en tierra ve, se espanta y bufa;

Cuando de pronto, «Tente, tente,» grita
Una voz resonante, agria y aguda:
«Tente... ¿no adviertes, monstruo, que á su her-
Socorro dando, en derredor se juntan — ¡mano

»Los Infantes de Lara?... ¿Seis espectros
No ves?... Pues tu caballo sí; y le asustan;
Por eso no se acerca.»—A tales gritos
Consternado Velazquez, se atribula,

Y él y todo el concurso á un mismo tiempo
Tornan la vista á do la voz se escucha,
Y ven alzarse en medio de un andamio
Una horrenda vision de maga ó bruja:

Una vieja espantable, cuya ropa,
Que es una roja saya que se ajusta
De fantástico modo al magro cuerpo,
Un negro manto y una toca sucia,

Todo en desórden y rasgado, añaden
De cosa de otro mundo á su figura
La apariencia siniestra; y cuyos brazos,
Secos, yertos, desnudos gesticulan

De un modo amenazante. Sí, era Elvida,
La nodriza infeliz, á quien, caduca,
De horror ó de demencia ciego acceso
Agita en aquel punto, y la conturba.

Dando pues á sus gritos la cadencia
De una cancion vulgar, cantó convulsa
Con satánica voz luégo estas coplas,
Horrorizando á la azorada turba:

«Al traidor, al asesino
Un mar de sangre circunda,
En las ondas lo sumergen
Sus víctimas insepultas.

»El infierno abre la boca
Para tragarle... ¿No escuchan
De los demonios los gritos,
Con que á tal huésped saludan?»

No prosiguió la vieja, pues su canto
En carcajadas hórridas se muda,
Luégo en un alarido penetrante,
Y desapareció, como difunta

Cayendo desmayada. Helado miedo
Discorre por el circo; tiembla y suda
En inaccion Velazquez. Entre tanto
De la yegua se zafa con presura

El ágil cordobés, la cimitarra
Con firme diestra decidido empuña,
Corre, y de un solo tajo desjarreta
Al castaño feroz, que se derrumba,

Y á tierra cae con su señor armado,
Como encina pomposa, á quien aguda
Segur el tronco parte: con su golpe
Rumor horrendo por las auras zumba.

Este lance imprevisto de repente
La atención llama de la inmensa turba,
Juzgando que ha deshecho á Rui-Velazquez
Del cielo vengador llama trisulca;

Pero al ver al mancebo en pié, y gallardo
Con la cuchilla bárbara desnuda,
Ensangrentada, y rotos los jarretes
Del castaño; se olvidan de la bruja,

Y en aquel grito desahogado rompen,
Que da quien de un gran peso que le abrumba,
Consigue libertarse. El caballero,
Embarazado en lanza y armadura,

Y con las convulsiones del caballo,
En tierra yace; pero á darle ayuda
El generoso moro se aproxima,
«No he menester ventaja en contra tuya,»

Con desprecio gritándole; y al punto
Que en pié le pone, aléjase, y, «Empuña,
Le dice, esa tu espada cortadora,
Y demos fin á tan pesada lucha.»

Velazquez, recobrado de su asombro,
Aunque desalentada su bravura,
Desenvaina la espada refulgente,
Y la batalla proseguir no excusa.

¡Desdichado señor de Barbadillo!
¿Adónde, adónde vas?... ¡Ay! esa curva
Cuchilla que te espera, es la que debes
Evitar cauto, si vivir procuras.

La cimitarra es de Almanzor, aquella
Que una olvidada predicción reputa
Funesta para tí... y ¿estás seguro
De que no encubre acaso la confusa

Muchedumbre que en tí los ojos tiene.
La morisca beldad de noble alcurnia,
Que espera una corona inapreciable
Del éxito que el cielo dé á la pugna?...!

Cuando el sol en ocaso se escondía,
Embistense con rabia furibunda
Los dos contrarios, y brotando chispas
Ambos aceros con fragor se cruzan,

La espada formidable de Bernardo
Y de Almanzor la cimitarra: nunca
Hasta entónces dos hierros de más fama
Disputaron la bélica fortuna.

A pié como á caballo Rui-Velazquez
Fuerte se ostenta y diestro, y aunque duda
De lograr la victoria, despechado
Todas sus fuerzas y su saña junta.

Mudarra, tan gallardo, tan ligero
Como sobre la yegua, con astuta
Destreza manejando la cuchilla,
Ora de filo hiere, ora de punta.

El cristiano defiéndose, y responde
Con tajos ó estocadas furibundas:
Entrambos con su sangre el suelo riegan;
Mas aún no hay de cuidado herida alguna.

De la gola y del yelmo de Velazquez
Acierta el cordobés á la juntura,
Y un espantoso corte da en el cuello,
Que hubiera puesto término á la lucha;

Pero al momento mismo el castellano
Una estocada repentina ajusta
Al pecho del garzon, y le contiene,
Una herida causándole profunda.

Alto alarido de furor Mudarra
Lanza, de sangre cálida se inunda,
Y reuniendo sus fuerzas en un punto,
La victoria ó la muerte ansioso busca.

Sin reparar en la defensa propia,
Carga á Velazquez con audacia suma,
Remolinando la cuchilla corva,
Que cual claro relámpago relumbra.

Velazquez, que juzgaba decidida
Con la estocada en su favor la lucha,
Al mirarse de nuevo amenazado
Con tan firme poder, se hiel y turba.

Por resguardar los hombros y cabeza
De un tajo horrendo, á reparar su furia
Alza el brazo y espada. En el instante
El moro asesta la delgada punta

Al sobaco, que mira descubierto
Del peto y espaldar en la juntura,
Y con veloz empuje la cuchilla
Hasta la guarnicion hunde y sepulta

En el cuerpo infeliz de Rui-Velazquez,
Que vacilante un paso ó dos recula,
Lanza el ronco gemido de la muerte,
Forma en torno de sangre una laguna,

Y cae sin vida en el rojizo lodo,
Crujiendo quebrantada la armadura.
Rauda, como se arroja hambriento buitre,
De corvo pico y de rampantes uñas,

A cebarse voraz en el cadáver
Que ve en la playa entre salobre espuma,
Arrojase Mudarra á su enemigo,
De la gola y del casco le desnuda,

Desenvaina la bárbara gumía
De filo cortador, el cuello trunca
Del cuerpo aún palpitante, le divide
La cabeza espantosa, por la hirsuta

Cabellera la coge, y la levanta,
Cual bandera de triunfo, cual segura
Prenda de la razon y la justicia,
Con que hizo el reto y provocó la lucha,

Y cual irrecusable testimonio
De la inocencia que á su padre ilustra.
Aplauso universal el aura llena,
Los dos pajes que estaban en las puntas

Del balcon enlutado de los Laras,
El pendon restaurado alzan y undulan,
El ciego cae al suelo de rodillas,
Y al ciclo vengador gracias tributa.

Júbilo es todo, confusion y pasmo,
Cándidos lienzos al garzon saludan
Tremolando en andamios y balcones,
Por toda la ciudad vivas retumban.

Queriendo él mismo ante los piés del padre
Ofrecer por despojo de la pugna
La pérfida cabeza desangrada,
El vencedor Mudarra, no sin mucha

Dificultad se mueve, y tiende el paso;
Pero apuradas ¡ay! las fuerzas suyas
Con tan tremenda herida y tal pelea,
Tropieza, se resbala, se le turba

La desmayada vista, á tierra viene.
El entusiasmo universal se muda
En repentino horror y helado espanto,
En inaccion de muerte y en angustia.

Mas aquel jovencillo de facciones
Mezquinas, femeniles y menudas,
Cautivo rescatado, que en la plaza
Con el anciano de la faz caduca

Entró, y que inmoble, cual si fuera mármol,
Atento estuvo á la tremenda pugna;
Al estadio se lanza, y á do yace
El vencedor, á quien escasa ayuda

Daba ya el tardo Zaide, corre; y viendo
La herida atroz, la frente moribunda,
Se derriba en el suelo de rodillas,
Rasga su miserable vestidura,

Su pecho y rostro con las manos hiere,
El ajado turbante desanuda,
En su seno y cerviz negro torrente
De rizos y de trenzas se derrumba,

Y que es, demuestra, una gallarda jóven,
A quien el peso del dolor abruma.
Estrecha entre sus brazos á Mudarra,
Y con llanto su faz helada inunda.

Reconócela Zaide sorprendido,
Y al verla, su esperanza se asegura
De que aún consiga su pupilo amado
De la muerte vencer la saña cruda.

Admirado la observa el gran concurso,
Y del andamio la caterva inculta
Se precipita á presenciar la escena,
Los altos personajes se apresuran,

Y á la plaza tambien bajan ansiosos;
Mientras que Nuño al ciego padre oculta
La causa del rumor y del bullicio,
Que le cuaja la sangre y le atribula.

Del grupo interesante que componen
Zaide, el herido y la doncella, turba
Desordenada en confusion creciente
Se agolpa en rededor, y lo circunda.

La jóven, espantada y afligida,
Varias palabras árabes pronuncia,
Haciendo señas de terror; y Zaide,
De intérprete sirviendo, á la confusa

Muchedumbre suplica se contenga,
Y que guarde silencio la conjura,
Manifestando que el garzon peligra
Entre tanto tropel y tanta bulla.

Pásmase oyendo tal, y se consterna
La multitud, que queda inmoble, muda,
Formando un ancho círculo extendido,
En que ni un solo respirar se escucha.

Tibia luz del crepúsculo espirante
Mayor solemnidad daba á la angustia

Universal; y la gallarda mora
(A quien ya el vulgo soñador reputa

Por una poderosa y sábia maga,
Que viene á dar al encantado ayuda,
O á terminar tal vez de extraño modo
Tan oscuros portentos) se apresura

En restañar la sangre del herido.
De su turbante con la tela ajusta
Diestramente un vendaje; en sus rodillas
La cabeza reclina, que difunta

Parece; un rico pomo de oro saca,
Y con un licor fuerte, que perfuma
Y embalsama la atmósfera, le riega
Las sienes y los pulsos, y aún algunas

Gotas le hace tragar. Al punto mismo
Late el pecho del jóven, su difunta
Tez se matiza... «¡Vive!!! ¡vive!!!» exclama
La mora... «¡Vive!!!» repitió la turba.

Abre Mudarra los marchitos ojos,
En la deidad los clava que le cura,
Y palpitante le extendió los brazos,
Y, «¡Kerima!!!» gritó con voz profunda.

Cayendo nuevamente desmayado
En el regazo de Kerima, á cuya
Ciencia y á cuyo amor concede el cielo
Poder para librarle de la tumba.





ROMANCE DUODÉCIMO

Llegaron á san Dionís
Con música, fiesta y galas,
A cuya puerta el obispo
De pontifical estaba,
Con su guion y gremial,
Alba, mitra, estola y capa.
.....
Hechas ya las oraciones,
Llegan á la pila santa.

EL MARQUÉS DE MANTUA,
comedia de Lope de Vega.

¡Oh infelices mortales!... ¡cuántas veces
El suspirado objeto de sus votos
Origen es de nuevas desventuras,
Y el remedio de un mal fuente de otro!

El castillo de Salas, restaurado
En su antiguo poder, pompa y decoro,
Es mansion de dolor, de afán, de susto,
Más que lo fué en su mísero abandono;

Y de Lara el señor, que ver deshecho
Consigue de fortuna el ceño torvo,
Y acrisoladas su inocencia y honra,
Ahogado yace y sumergido en lloro.

El vencedor gallardo, el hijo suyo,
A quien despues de Dios lo debe todo,
El héroe triunfador, cuyo denuedo
Derribar pudo al bárbaro coloso

De calumnia y traicion que le oprimia,
Y deshacerlo en ignominia y polvo,
Y á Castilla, y á España, y á la tierra
Libres dejar de tan horrendo monstruo;

Un lecho de dolor, lecho que puede
En un sepulcro convertirse pronto,
Logra por carro de victoria, carro
En que va de la muerte al Capitolio.

Mas no, no hay que temer: el justo cielo
Con la piedad filial nunca fué corto;
Y en el momento mismo del peligro,
Le dió oportuno el salvador socorro.

Kerima en sí de la salud y vida
Los elementos trajo portentosos,
La ciencia y el amor: sí, de los brazos
Sacará de la muerte al noble moro.

Ella á su cabecera noche y día,
Sin apartar los penetrantes ojos
De la faz moribunda, inquiere, observa,
Y le aplica los bálsamos ignotos,

Que ó bien trajo consigo, ó que elabora,
Siguiendo experta los preceptos doctos
De Aberróes, su norte y su maestro,
Con las plantas que encuentra en los contornos.

Tal acierto logrando, y de sus mixtos
Siendo el efecto tan visible y pronto,
Que pocas horas, de peligro fuera
Pone al mancebo; y en Kerima, absorto,

Ve el vulgo ciego una potente maga,
O del gallardo Expósito al custodio,
Que porque alcance el agua del bautismo,
Bajó á guardarle de la vida el soplo.

A Salas y á Castilla, de Mudarra
Dándolos fué el alivio poco á poco
Esperanza, consuelo y alegría,
Seguridad al fin, paz y alborozo;

Y lugar al discreto anciano Nuño,
Para entregarse sin ningun estorbo
A los recuerdos, agradables siempre,
De luengas tierras y de tiempos otros,

Con Egidio el mozárabe.—Era Egidio,
De peregrinacion en los remotos
Climas su compañero, aquel anciano
De extraño traje y arrugado rostro,

Que con Kerima de hombre disfrazada,
Llamando la atencion logró acomodo
En la barrera, en el momento mismo
De entrar Velazquez á morir al coso.

Mutuamente se dieron larga cuenta
De sus varias fortunas y trastornos;
Y el mozárabe al noble castellano
El impensado y sorprendente modo

Le refirió, con que dispuso el cielo
Traerle á buscar el último reposo
En tierra de cristianos, do un amigo
Pueda cerrar sus apagados ojos.

Egidio en la ribera que tributa
Aguas del Nilo al egipciano ponto,
Se separó de Nuño; y esperando
Ver aplacado de la suerte el odio,

Y más benevolentes las estrellas,
Tornó á su patria, en que dejó el tesoro
De su hija Gala entre los torpes brazos
Del robador Giafar. Feliz y corto

Su viaje fué; pero al tocar la orilla,
Donde Guadalquivir su curso undoso
Revuelve entre olivares y jardines,
Las altas cimbrias y recuadros de oro

De la insigne mezquita cordobesa
Reverberando en sus cristales hondos;
Hirió su pecho la fatal noticia,
Cual hiere un rayo al combatido escollo,

De que la prenda de su amor paterno
Era en la tumba ya huesos y polvo,
Dejando desdichada en este mundo
El tierno fruto del infame robo.

Al recibir tal nueva el triste padre,
Convulso de terror, ahogado, loco,
Huyó de la ciudad; buscó un asilo
De la sierra en los cerros más remotos,

Y concibiendo el pensamiento amargo
De ver, y de consigo los despojos
Conservar para siempre de su hija;
De la noche á favor turbó el reposo

Del cementerio, abrió el sepulcro helado,
Y de él robando el esqueleto mondo,
En la gruta de que hizo su morada,
Bajo de una cruz tosca sepultólo.

En aquella aspereza, entre los riscos,
Coronados de musgo y de madroños,
De horrendos precipicios circundada,
Y guarnecida de robustos troncos,

Detestando el comercio de los hombres,
Y sin ver más vivientes que los lobos,
Terror de la montaña, ó los milanos,
Despreciadores del rugiente noto;

Largo tiempo vivió. Despues á veces
Dejóse acaso ver en los contornos,
Ora á dar á un perdido caminante
Consuelo y direccion; ora socorro

Al cazador, que en las fragosas quiebras
Se despeñaba persiguiendo corzos;
Ora alivio á los pobres leñadores
Sofocados del recio sol de agosto;

Siempre en fin á hacer bien; y conocido
Del *solitario* con el nombre, todos
Cual númen de la sierra le encontraban
Con gran respeto siempre y con asombro.

—La noche que á Mudarra Giafar quiso,
Del Amir en la fuente, rencoroso
Asesinar, Egidio oraba acaso,
Sentado en un peñasco no remoto;

Y al escuchar los gritos del mancebo,
Y el resonar de los alfanjes corvos,
Corrió, temiendo alguna desventura,
A donde le llamaba el eco sordo.

Llegó cuando el tirano moribundo,
Nadando en sangre, despechado, solo,
Lanzaba el alma horrenda; y á la luna,
Que refulgente entre celajes rotos

Derramaba sus últimos reflejos,
Reconocerle pudo con asombro,
Del cielo vengador la alta justicia
Viendo patente, de terror absorto.

Mas olvidando que era su enemigo,
Causa de su infortunio y de su oprobio,
Trató de darle, en caridad ardiendo,
Aunque fué en vano, el postrimer socorro,

Y en sus brazos murió. Tal vez sería
La fantasma espantosa y el coloso
Que creyó ver Muley, cual moribundo
Refirió á los pastores en el chozo.

—Poco despues, la destemplada tarde,
En que, por despedida del otoño,
Fué la tormenta, que abrasando pinos
Y en torrentes tornando los arroyos,

Sorprendió de la sierra en los senderos
A Kerima, fugada de su propio
Alcázar y jardín; Egidio estaba
Contemplando confuso aquel trastorno,

Y alzando al cielo humildes oraciones
Léjos de su mansion entre unos troncos
O peñas guarecido. Vió asombrado
A la hija de Giafar cruzar de pronto,

Como una aparicion, como la sombra
De su madre infeliz: en talle y rostro
Tanto á la triste madre asemejaba.
El solitario al verla, del angosto

Abrigo sale, y «¡Gala!!!» repitiendo,
Corre en pos de Kerima, cuyo asombro
Fué, como dicho habemos, tal, que en tierra
Cayó: así la dejamos, bajo el toldo

Que con los secos brazos y los pliegues
Del manto que colgaba de sus hombros,
Formó el anciano atónito, queriendo
Del recio temporal darle recobro.

En cuanto Egidio se calmó un momento
Y tornó en sí de su sorpresa un poco,
Se le ocurre (y reanímase), si aquella
Será el fruto inocente de su oprobio;

Mas la medalla que en su pecho advierte,
Le dice ser una cristiana... ¿Cómo
Del musulman Giafar puede la hija
Tener al cuello semejante adorno?

Entró oscura la noche, recio el viento
Barrió las nubes, aclarando el polo,
Calmó la tempestad, y viendo Egidio
Que aún no da señas de salir del hondo

Letargo el ente aquel que lo confunde;
La alza en sus brazos de la yerba y lodo,
Y con tal carga fatigado, lento,
Hollando riscos y venciendo estorbos,

Llegar consigue á su repuesta gruta,
Y colocar sobre su lecho tosco
Aquel cuerpo infeliz, pálido, yerto,
Mas que aún late y respira. Presuroso

A la luz de una lámpara que enciende,
Toda suerte de abrigo y de socorro
Le da, y al cabo de terror ahogado,
Sus esfuerzos mirando infructuosos,

Se arroja de rodillas en la tierra,
Donde yacen de Gala los despojos,
Y encarado á la cruz de toscas ramas,
Al cielo acude con fervientes votos.

—Era ya media noche; gran silencio
Reinaba de la gruta en los contornos,
Turbado solamente con el grito
Del cárabo nocturno, ó de algun lobo

Con el siniestro aullido; y de repente
Lanzando el pecho de Kerima un corto
Quejido, la atencion del solitario
Llama. La ve moverse, abrir los ojos,

Girarlos en reedor como asombrada,
Despues incorporarse. Cual de un hondo
Sueño en sí vuelve la infeliz doncella,
Y, «¿Dónde estás, Mudarra?» grita. Ansioso

Acorre Egidio, y tierno le dirige
Palabras de consuelo y de conforto;
Mas, parada Kerima, inmoble, muda,
Parece no escuchar. Registra en torno

TOMO I

La gruta con la vista, que al fin clava
En la cruz, mide con ardientes ojos
La sombra que esta sobre el suelo forma,
Donde su madre yace. Torna el rostro,

Contempla un rato al venerable viejo,
Y en relacion sin duda encuentra todo
Cuanto ve, con los vagos pensamientos
De su imaginacion, enferma, aborto;

Pues tranquila y en calma demostrando
Un dulce y completísimo abandono,
Exclama de repente: «¡Padre mio!»...
Vos lo sereis, pues no me queda otro.

Sin duda estoy en tierra de Castilla...
Llevadme con Mudarra... Si, le adoro...
¿Dó está?... ¿le conocéis?... No, no es malvado:
Ya no tengo en el mundo más apoyo.»

Estas palabras rotas, el semblante
De Kerima, el faltarle aquel asombro
Que al verse en sitio tal darle debiera,
Su actitud rara y de su voz el tono,

El estado revelan de la jóven
Al solitario compasivo pronto,
Y aumentan su interés, pues que es su nieta
Le dice el alma. Tierno, cariñoso

La acaricia, le lleva la corriente,
Promete darle en su afliccion socorro,
Le hace nuevas preguntas, y escuchando
Al fin que es hija de Giafar, de gozo

Ahogado el corazon, la estrecha al seno:
Cae luego de rodillas, fervoroso
Al Dios omnipotente gracias dando:
Se alza, y torna á abrazar á aquel retoño

De la hija desdichada. Que es su abuelo,
Le explica una y mil veces. — El coloquio
Que pasó entre los dos, es imposible
Que mi voz lo repita. — Sin asombro

Oyó Kerima al venerable anciano,
Aunque no sin sorpresa; pues ya el robo,
A que debió la vida, siendo muerte
De su gallarda madre, y los elogios

53

De ella, y su parte de cristiano origen,
Mil veces repetir de varios modos
Oyó á sus siervas y locuaz nodriza,
Y de su abuelo hablar á unos y á otros.

Si era cristiana, preguntóle Egidio;
Y que no, oyendo disgustado, «¿Cómo
Llevaba, replicóle, puesta al cuello
La imágen santa de la Virgen?»—Pronto

Kerima le contó su amarga historia,
Aunque en desórden y en truncados trozos,
Y con la confusion que demostraba
De su cerebro mísero el trastorno.

De Abdimelik la boda, la gran justa
Le refirió de Córdoba, y el modo
Con que dió el premio al vencedor Mudarra;
El furor de su padre; el matrimonio

Tratado con Zeir; la muerte horrenda
De Giafar, hecha sin saberse cómo
Por el mismo Mudarra, que al momento
Ponerse consiguió con Zaide en cobro.

Aquí ingirió de Lara y de Velazquez
Los antiguos rencores y los odios,
Que oyó contar á la infeliz María,
Su esclava predilecta: el espantoso

Presente que su padre á Lara hizo
De las siete cabezas, cual oyólo
Referir, de prodigios adornado;
Y pasmando al abuelo, que ya absorto

La escuchaba, contóle que Mudarra,
Su dulce amor, su idolatrado novio,
De Zahira y de Lara el castellano
Era hijo y heredero: que animoso

Marchaba hácia la corte de Castilla
A dar venganza con esfuerzo heróico
A sus hermanos, y á sacar al padre
De una torre y horrendo calabozo,

En que el traidor Velazquez lo tenia.
Y sobre sí volviendo, el abandono
Refirió la infeliz, en que se hallaba,
Su aguda enfermedad, y en fin el modo

Con que dejó su alcázar, y á la sierra
Vino á encontrar tan venerable apoyo:
Mezclando en tal relato extravagancias,
Inconexas especies, risa y lloro.

De dudas y de extrañas confusiones
Arrojó al solitario en un mar hondo
La narracion de su perdida nieta;
Parecida á un torrente impetuoso,

Que salta por los riscos, arrastrando
Flores, y pajas, y volcados troncos,
Cadáveres y trozos de cabañas,
En remolinos, entre espuma, y todo

En tal desórden, que los ciegos bultos
Apénas deslindar pueden los ojos,
Ni distinguir sus diferentes formas,
Causando su total pasmo y asombro.

La horrenda historia del señor de Lara
No le es nueva en verdad, puesto que él propio
Le conoció de embajador, y supo
De Giafar la perfidia, el gran destrozo

Que se hizo en los cristianos de órden suya,
Del castellano la prision, y cómo
De sus hijos las miseras cabezas
Le pusieron delante. Ni tampoco

Ignora, que fué preso allá en su patria,
Ni de Velazquez el tenaz encono;
Pues años há que á un noble peregrino,
En los desiertos de la Siria, oyólo.

Tambien recuerda que conoce á Zaide,
Y que ántes de su fuga y de su oprobio,
Oyó hablar de un expósito, encontrado
En casa de Almanzor de extraño modo;

Mas de su mente, estos antiguos datos
La confusion aumentan y el embrollo,
Y para hallar un norte que lo guíe,
Resuelve al cielo demandar socorro.

—Ya la primera luz en el oriente
Iluminaba los celajes rojos,
Cuando Kerima fatigada hundióse
Del sueño bienhechor en el reposo.

Salió de la caverna el solitario,
Al cielo alzando el fatigado rostro,
Y, puesto en cruz y de rodillas, pide
Que le sirva de antorcha y de piloto.

En demandar á Dios potente ayuda,
En planes combinar contradictorios,
Y en hacer mil preguntas á su nieta,
Con las que adelantar consiguió poco,

El mozárabe Egidio pasó el día.
Al declinar el sol, resuelve, ansioso
De abrazar un partido, el acercarse
A Córdoba, pues ya no existe el monstruo,

Causa de su retiro y desventuras:
Coge á su nieta, hácia los llanos pronto
Desciende, y llega á la ciudad al punto
En que extiende la oscura noche el toldo.

—La ausencia de Kerima dado había
Grande susto en su alcázar, y alto gozo
Causó el verla venir con el anciano.
Aún la andaban buscando en los contornos

La nodriza y los fieles servidores;
Y en el palacio se encontraban sólo
María y los esclavos más humildes,
Que llenos de consuelo y de alborozo,

Mostraron gran lealtad á su señora.
De ella encargados sin temor dejólos
El solitario, haciéndoles preguntas
Que le dieron más luz; y presuroso

Fué á ver, si aún encontraba algun amigo
De quien tomar noticias. Encontrólo,
Nada tardó en volver, y ya informado,
Trazó su plan, como discreto, pronto.

Conoce que es su obligacion primera
El sacar de los lazos del demonio
A su nieta infeliz con el bautismo;
Y que cuando lo ve perdido todo

En Córdoba, llevársela á Castilla
Es urgente, do pueda noble esposo
En Mudarra lograr, alto heredero
De un nombre y de un estado poderosos.

Dejar resuelve pues la Andalucía,
Y los escasos restos del tesoro
De Giafar recogiendo, con su nieta,
Y con la predilecta esclava, y pocos

Más cautivos cristianos, para siempre
Dejó su patria, atropellando estorbos,
Logrando al cabo de penosa marcha
Verse en el castellano territorio.

El movimiento de tan gran viaje,
Los distintos objetos, que los ojos
Y la mente ocuparon de Kerima,
Le dieron más salud y más aplomo;

Y el tierno amor al venerable abuelo,
Y un dulce melancólico abandono
Calmaron su exaltada fantasía,
Que en nuevas esperanzas halló apoyo.

Apénas se internó la caravana
Por tierra de Castilla, hablar á todos
De Mudarra, mirado cual prodigio,
Y de su noble reto oyeron sólo;

Y de Egidio y Kerima fué el anhelo
De Salas arribar al territorio,
Antes que venza el plazo del combate,
Que da justa inquietud al uno y otro.

Apresurar la marcha dispusieron
(Que el tiempo era en verdad escaso y corto),
Y las nieves, las lluvias, los torrentes,
Y los montes helados y fragosos

Obstáculos continuos oponian,
Y á su priesa y afan riesgos y estorbos.
En la víspera misma del combate,
Casi al anochecer, los muros toscos

Del castillo de Salas avistaron:
Mas informados por fortuna pronto
De que los Laras en el mismo día
Salieron para Burgos, sin reposo

En la villa buscar, toda la noche
A Burgos caminaron, y tan sólo
Por el retardo del traidor Velazquez,
Llegar lograron, para ser socorro

Del héroe vencedor; pues sin Kerima
Fuera una tumba de su triunfo el trono,
Y la estirpe de Lara el exterminio
Hallara de su honor en el recobro.

Más que las medicinas, la asistencia
De la perdida mora al noble moro
Restablecieron, y en salud robusta
Fué su pecho un volcan de amor dichoso;

Y Kerima cual nunca de su ardiente
Pasion en el sublime y dulce arrobó,
Para adorar á su amador triunfante
Tiene alma, corazon y vida sólo;

Tal que los bosques frígidos de Arlanza,
A los templados apacibles sotos
No tienen que envidiar del Bétis claro,
De amor tan dulce y tan vehemente el solio.



Entre los pinos y peladas peñas,
Nieves esquivas y torrentes roncós,
Lo mismo arde su llama, que entre flores,
Riscos, verdura y plácidos arroyos;

Pero un carácter nuevo de Mudarra
Y de Kerima la pasión (forzoso
Decirlo es) tiene ya. Nuestros afectos,
Y el del amor aún mucho más que todos,

Trasplantados, muy luégo degeneran:
Son de tiempo y lugar: el sello pronto
Admiten de las nuevas circunstancias,
Y de cuantos objetos ven en torno.

Kerima y el Expósito en Castilla
Se aman, se adoran; aunque no del modo
Que se amaban en Córdoba... y ¿acaso
Son las mismas personas uno y otro?

Dónde se amaron más, dónde sus almas
Gozaron más instantes deliciosos,
Dónde de la pasión el alto vuelo
Descubrió más encantos y tesoros;

No me atrevo á decir. Allá en el Bétis
El cielo y tierra con sañudo rostro
Miraba su ternura: sobresaltos,
Contrariedades, despedido lloro,

Y un porvenir cerrado á la esperanza
Pábulo de su amor eran tan sólo.
En Salas el comun consentimiento,
La admiración y el interés de todos,

La gratitud y aprobación de un padre,
Y la seguridad de ver sus votos
Con aplaudido enlace coronados,
Su amor alimentaban venturoso.

Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
En la alta cumbre de la dicha y gozo,
Restablecido en honra y poderío,
Y con un heredero tan heróico,

Premiar resuelve la piedad y esfuerzo
Del hijo amado á quien lo debe todo
Con la mano de aquella, á quien le debe
Verlo de muerte prematura en cobro;

Y con la aprobación del alto Conde
Y de toda Castilla el matrimonio
Y el bautismo solemnes, en un día,
De los amantes decretó amoroso.

A prepararse á entrambos sacramentos,
Y á instruirse en la fe santa, los dos novios
Se iban á consagrar; y Gustios Lara
Quiso ántes celebrar el glorioso

Triunfo de su inocencia en un convite,
En donde fué admitido el pueblo tosco,
A que asistió también Fernán-González,
Y do reinó entusiasmo y alborozo,

Pura cordialidad, paz y alegría,
Sin ocurrir el sinsabor más corto;
Aunque muchas tinajas se agotaron,
Y aunque no anduvo el podenquero sobrio.

En tal contento universal, Mudarra
Fué el que angustiado demostró solo:
A la siguiente luz tornar debía
Su amable director, su amigo docto,

Zaide el bueno, á su patria, y este golpe
Para su corazón era espantoso.
Sí, á la primera luz de la mañana,
En el gran patio del castillo, prontos

Los caballos de Zaide y de su escolta
Fogosos relinchaban, y los moros
De su séquito ataban el bagaje
De fuertes mulos en los altos lomos,

Ayudándoles pajes y escuderos;
Mientras llenos de lágrimas los rostros,
El ciego Lara, Nuño, Egidio abrazan
Al querido viajero; y con sollozos

La voz ahogada, exigiéndole promesas
De aún á Salas volver. Mudarra, á todos
Excediendo en dolor, deshecho en llanto,
Le encargó de las flores y el adorno

Del sepulcro adorado de su madre;
Y de su gratitud en testimonio,
De luenga carta, en que á Almanzor, su tío,
Cuenta exacta y prolija da de todo.

Entre las bendiciones y los vivas
De Castilla y de Salas, tierno lloro
Derramando también, se puso en marcha
El venerable Zaide: dos palomos

Llevándose consigo, que debían
Traer el primer aviso presurosos,
De su llegada á Córdoba, correos
De que usaban los árabes y moros.

—Quedó Mudarra cual la frágil hiedra,
Cuando fiera segur le roba el olmo,
En cuyo seno dilató sus ramas,
Y que le dió para elevarse apoyo.

Ni aún logró dulce llanto, por consuelo,
Derramar en los montes y en los sotos,
De su tierna Kerima acompañado;
Pues en el mismo día separólos

La obligación precisa de aprestarse
A recibir la fe. Dentro en su propio
Palacio, en aposento retirado,
Bajo la dirección de un monje docto,

Encerróse Mudarra. Su Kerima
A un santo monasterio del contorno,
Del cual una parienta de los Laras
Era abadesa, retiróse, sólo

Acompañada de la fiel María,
La que su esclava fué, y ahora es su todo,
Y cuyo ciego fanatismo ejerce
Un dominio sobre ella poderoso.

En la iglesia de Salas por entonces
Se concluyó el sepulcro ó mausoleo.
En aquel siglo bárbaro un portento,
De rico mármol y trabajo tosco,

Mandado fabricar por Gustios Lara,
Para enterrar los miseros despojos
De sus hijos, las siete calaveras
Que trajo Zaide como don precioso.

La primorosa caja de ataúda,
Donde vinieron del país remoto,
Fué al punto colocada por el padre,
Con triste pompa y señorial decoro,

En la antigua capilla del palacio
Sobre un túmulo excelso provisorio;
En tanto que el sepulcro se labraba,
Y hasta que restaurado del oprobio,

En que el traidor Velazquez le tenía,
Pudiera celebrarles un pomposo
Funeral, y esculpir sobre sus losas
Timbres limpios de infamia, y letras de oro.

Restablecido pues en su honra antigua,
Y terminado el monumento, ornólo
De los blasones de su ilustre alcurnia,
Con la nueva cimera y raro adorno

Dado á sus armas por el alto Conde,
De su restauracion en testimonio:
Que eran, un roto círculo anudando,
Dos personajes, castellano y moro.

Fué el funeral magnífico en extremo,
Quedando de él la fama en los contornos,
Y que refieren rancios pergaminos,
Hoy pasto de polilla, y casi polvo.

Escoltada de hidalgos y guerreros,
De cuatro Ricos-homes en los hombros,
Y de escuderos, pajes y alabardas
Con acompañamiento numeroso,

Fué la caja de cedro y ataujía
Conducida á la iglesia, donde el coro
De capellanes la recibe, y pone
Sobre un túmulo rico. Bullicioso

Pueblo de Salas ocupaba el templo,
Y muchos forasteros del contorno,
Que acudieron á honrar los funerales
De aquellos siete mártires gloriosos.

Al terminarse la solemne misa,
Oficio de difuntos y responso,
El Arcipreste al púlpito subiendo,
Hizo de los Infantes el elogio

En un sermon patético, sublime,
Lleno de erudicion, y nada corto,
Con oportunas citas exornado
De la santa Escritura, en que era docto;

Y con el sacristan y Nuño luégo
Se acercó á cerciorarse por sí propio,
De que en la caja estaban las cabezas,
Y dar de ello al concurso testimonio.

Abrióla pues, hallóla compartida
En siete divisiones, de acomodo
Sirviendo cada cual á una cabeza,
Ya blanca calavera y cráneo mondo,

Y al lado de ella escrito el nombre suyo,
En una tarja de delgado plomo.
Una por una el sacristan mostrólas
A la gran multitud, que con asombro

Clavó en aquellos restos venerandos
Con gran silencio los abiertos ojos,
Oyendo pronunciar al Arcipreste
Los no olvidados nombres. Del más mozo,

Del más gallardo de los siete Infantes
Fué la última cabeza, que al absorto
Pueblo se presentó; y al tiempo mismo
De sonar de *Gonzalo* el nombre, un hondo

Horrisono gemido por las cimbrias
Del templo resonó, con grande asombro
Del inmenso concurso, que á la parte
Donde se oyó, se agolpa presuroso;

Y ven en tierra á la baldada Elvida,
A la vieja caduca, ya despojo
Helado de la muerte. En aquel punto
Todas las ilusiones, que el apoyo

Fueran de su existir, desaparecieron,
Como la llama de la luz á un soplo,
Y cayó, cual, si faltan los puntales,
El viejo muro que perdió el aplomo.

Concluye el funeral de los Infantes,
Colocando en el rico mauseolo
La caja en que sus restos aún subsisten (36);
Y al pié de él abren en la tierra un hoyo,

Do los de la nodriza de Gonzalo
Aún yacen en olvido y en reposo;
Y el que, como buen hijo, Vasco Perez,
Muchos años regó con tierno lloro.

Referir que el castillo de los Laras,
Que estuvo tanto tiempo en abandono,
De adulaciones cortesananas era
Ya y de bajeza miserable emporio;

Y que los mismos que al traidor Velazquez
Solicitos cercaban, alto encomio
A sus virtudes dando, ahora aplaudian
Y cercaban á Gustios poderoso;

Y que áun aquellos que tuvieron parte
En su justa sentencia, más orondos
De ser sus partidarios blasonaban,
Maldiciendo al vencido con encono;

No es necesario: sin que yo lo apunte
Muy bien imaginarlo pueden todos,
Pues el décimo siglo eran los hombres
Lo que en el siglo son décimonono.

—Volvamos pues á nuestros dos amantes,
A quien el cielo por tan raros modos
Trajo á abrazar el santo cristianismo
Y á unirse en insoluble matrimonio.

De reclusion dos meses completaron,
Y examinados por varones doctos,
Halláronlos dispuestos dignamente,
Y á recibir el agua santa idóneos.

A Burgos fueron conducidos ambos,
Do el bautismo y ansiado desposorio
En la gran catedral se dispusieron
Con régia pompa y público alborozo.

Del invierno aterido triunfadora,
Sus galas ostentando y sus adornos,
Reinaba la apacible primavera;
En llanos y montañas el favonio

Agitaba encendidas amapolas,
Dulces tomillos y gallardos olmos;
Entre verdura y matizadas flores
Se deslizaban plácidos arroyos,

Que ántes fueran carámbanos inmoles,
Y fundidos despues, torrentes roncós;
Cuando de mayo al ilustrar la aurora
Cumbres azules y celajes rojos,

De las huecas campanas el estruendo,
Que retumbando por los valles hondos,
Una bóveda inmensa de zafiro
Llenaba toda con sus ecos sordos;

En la alta torre pregonó de Burgos
Ser ya llegado el día venturoso,
En que iban á ganarse para el cielo
Dos almas rescatadas del demonio.

Confusas tropas de curiosa gente,
A caballo, y á pié, y en carros toscos,
Se ven llegar á la ciudad, alzando
Por sendas y caminos blanco polvo;



Y no sólo familias castellanas
De las villas y pueblos del contorno,
Sino de las provincias más distantes
Y también de los reinos más remotos.

De Burgos en las calles y en las plazas
Crece el bullicio popular; en torno
Del alcázar del Conde y de la iglesia;
A las plazas se agolpa; y acomodo,

O para ver pasar la comitiva,
O ver la ceremonia, buscan sólo.
La carrera dispuesta de antemano,
Por las más anchas calles, á que adorno

Dan telas de colores diferentes,
Y ramajes de fresnos y de pobos,
Y á que sirven de alfombra, sobre arena,
Verde juncia, mastranzos olorosos;

Sólo está despejada, porque en ella
Desde el amanecer, con ceño torvo,
Espadas cortadoras y alabardas,
Altívez imponente y agrio tono,

Hombres de armas del conde de Castilla
 Ponen al paso de la gente estorbo.
 Pero en rejas, balcones y terrados,
 Y en bocacalles, con estruendo sordo

Se apiña, y forma grupos, y racimos,
 Y enjambres de cabezas y de rostros
 De toda clase, edad, color y sexo,
 Por ver pasar á los gallardos novios.

Derramando su fúlgido torrente
 El sol inmenso, engendrador del oro,
 Por el desierto espacio caminaba
 A ocupar del zenit el alto trono;

Cuando el rumor creciente de las turbas,
 General movimiento, gritos roncoss
 De los que la carrera custodiaban,
 Y de las trompas el clamor sonoro

La salida anunciaron del alcázar
 De los á un tiempo neófitos y esposos,
 Que en medio de comparsa numerosa,
 Al templo van á coronar sus votos.

Seis donceles gallardos de alta alcuña,
 Con limpiass armas, en caballos tordoss
 Abren la comitiva, tremolando
 Blancos pendones y penachos rojos.

Despues los escuderos y los pajes,
 Gobernados por cuatro mayordomos
 Con pértiga de plata, á pié seguían.
 Con grave continente y serio rostro,

De dos en dos, marchaban veinte hidalgoss,
 Y doce caballeros de abolorio
 Y solar conocido en la montaña,
 Bandass blancass pendiendo de sus hombross.

En dos filas en pos, á lento passo,
 Cantando *Hosanna* con berrido ronco,
 Veinte monjess, lass albas descenidass,
 Gruesa la panza, el cerviguillo gordo.

Luégo lass capellans y el concejo
 De la villa de Salass, al sonoro
 Compás del tamboril y de la gaita,
 Con su estandarte, restaurado ha poco;

Y por fin lass maceros de palacio,
 Hombres de armas y guardiass orgullososs
 Circundan á los altos personajess,
 Regioss padrinos y gallardos novios,

Que ostentan en su porte la riqueza,
 Extravagante gala y raro adorno,
 Que edad tan miserable consentía
 A la bárbara estirpe de los godoss.

Iba Fernan-Gonzalez de padrino,
 Robando el alma á sus vasallos todos,
 Con el talle gentil y amable aspecto,
 Nuncios felices de su nombre heróico:

La señora de Aranda por madrina,
 Del Conde hermana y dueña de gran tono,
 Y aunque ya no en la flor de la belleza,
 De presenciass gallardass y grato rostro;

Y en medio de los dos, del gran gentío
 Encantando los pechos y los ojoss,
 Y fervorosos vivass recogiendo,
 Van los dos catecúmenoss y espososs.

Hace un año completo que en tal día,
 En bien distinto estado el uno y otro,
 Y en medio de un bullicio semejante
 De Córdoba cruzar lass calles, víoloss

El sol á la hora misma, festejando
 De Abdimelik y Habiba el desposorio.
 ¡Cuántos diversos lances de fortuna
 Han visto en tan brevísimo período!

Mudarra sobre el traje castellano,
 Que le sienta mejor que el traje moro,
 De neófito la blanca veste lleva,
 Con modesto ademan, turbado y corto.

A Kerima la túnica de lino,
 Puesta con negligenciass y abandono,
 La virginal corona de azucenass
 Y rosass blancass de su frente en torno;

Los nítidos cabellos derramados
 En negrass ondas por el cuello y hombross;
 Y los ojoss á veces cual luceros
 Reverberando, ó cual ardientes hornoss

Encendidos; á veces eclipsados,
Fijos, como sin luz; otras de asombro
Llenos girando en torno, y otras turbios
Con gruesas gotas de salobre lloro,

Y la gran palidez de sus mejillas,
Con la boca entreabierta, cierto modo
De andar y de mover brazos y cuello,
Y el tardo respirar cansado y hondo,

Le dan una apariencia tan extraña,
Tal indeciso y vago á sus contornos,
Que asemejaba cosa de otro mundo,
Aparicion ó sueño vaporoso.

No ha gozado salud dentro del claustro,
Y en él ha dado indicios, y no pocos,
De que aún estaba endeble su cabeza,
Y su imaginacion en desentono.

Accesos ha tenido de despecho
Y de alegría, de terror y arrojó,
Que una terrible lucha demostraban
De encontradas pasiones; pero pronto

En devocion tan honda y compungida,
En entusiasmo tal, en tal arrobó
Por las santas doctrinas terminaban,
Que de las religiosas fué el asombro,

Presagiando que á ser iba un prodigio
De santidad y de fervor devoto,
Un ejemplo sublime de los fieles,
Y de infieles tal vez norma y apóstol.

—De la novia harto cerca va María,
El podenquero va cerca del novio;
En gran silencio aquella, este en voz baja
Diciendo chistes y poniendo apodos.

El noble Gustios, remozado y firme,
De contento bañado el ciego rostro,
Y conducido por el sabio Nuño,
Va en pos del hijo, á quien lo debe todo.

Lleva á su diestra al respetable Egidio,
De solitario con el sayo tosco,
Pues de no desnudarlo hasta la muerte
Hizo á los cielos inmutable voto.

Cuatro pajes por séquito de Lara,
Y cuatro rescatados de los moros
Por séquito de Egidio, y una escolta
La procesion cerraban; numeroso

Tropel siguiendo en pos desordenado,
Que crece á cada bocualle, como
A cada paso crece el raudal río,
Recibiendo en su curso á los arrejos.

De la iglesia mayor la excelsa torre,
Poniendo á vuelo sus metales roncós,
Ensordece la atmósfera, y anuncia
Que ya á sus puertas tiene á los espósos.

Con sus pontificales vestiduras,
Y sacra mitra recamada de oro,
Báculo y cruz, y en derredor servi lo
Por prelados y abades del contorno

(Entre los cuales su lugar tenía
Nuestro buen conocido, el que el tesoro
Y villas de Velazquez ha heredado),
El Arzobispo con afable rostro

A los dos catecúmenos recibe
Del templo en el vestíbulo espacioso,
Cúbrellos con la estola, y les da entrada
En la casa de Dios; cantando el coro

De prestes y canónigos los himnos,
De aquel ceremonial entónces propios;
Y atravesando las oscuras naves,
Donde hierva concurso de curiosos,

Llegan al bautisterio. Cien antorchas
De la fuente de gracia arden en torno,
Y allí convierte el agua de la vida
Dos almas, que eran presa del demonio,

En ángeles, tan puros é inocentes
Como los que de Dios cercan el trono.
Al presbiterio luego conducidos
Los dos nuevos cristianos, bajo el solio

Del Conde oyeron la solemne misa;
Y edificados se quedaron todos,
Al ver el interior recogimiento,
La santa compuncion y ardor devoto

Que mostraba Kerima. El Arcipreste
De Salas, ostentando el gran tesoro
De elocuencia y saber escriturario,
El sermon pronunció, que no fué corto.

Recibieron despues la Eucaristia
De la mano del preste los dos novios;
Y el Arzobispo procedió al momento
A celebrar su union y desposorio.

De pié junto al altar los contrayentes,
Padrinos, padres y testigos prontos,
Cada cual en su puesto, y preparadas
La sortija nupcial, las arras de oro,

Principia la solemne ceremonia.
Del jóven cordobés late anheloso
El encendido corazon, mirando
Llegar sus dichas al ansiado colmo.

La doncella, más pálida que nunca,
Clavados tiene los ardientes ojos
Siempre en su amante; tiembla, sudor frio
La inunda el cuerpo, y le humedece el rostro.

La ungida diestra en alto, el Arzobispo
Va á hacer indisoluble su consorcio
Con santa bendicion, y á entrambos manda
Que las manos se den. La suya ansioso

Tiende Mudarra en fuego convertida;
La de Kerima es crudo hielo, y sólo
Se ve que no es la mano de una muerta,
Por el temblor que la sacude. Poco

Faltaba ya para enlazarse entrambas,
Cuando Kerima con horror los ojos
En la mano, que espera asir la suya,
Pone; da un alarido, aparta el rostro,

Y exclama: «No... jamás!!!... Está manchada
Con sangre de mi padre... La voz oigo
Del cielo, que estos lazos me prohíbe...
Yo me consagro á Dios... Cristo es mi esposo.»

Dijo, resuelta del altar huyóse,
Y de María en el regazo tosco
Desmayada cayó. De mármol quedan
Los circunstantes; sin aliento el novio.

A describir su situacion no alcanza
Humana voz. Si el nombre glorioso,
Que ganó con su hazaña, el rico Estado
Y un padre tal, hallado de tal modo,

Le compensaron el horrendo golpe;
O si la gracia celestial su apoyo
Le dió y resignacion en tal conflicto;
No he podido indagar. Que poco á poco

El tiempo volador le consolase,
Me parece seguro: ello es notorio
Que, ó por razon de Estado ó por amores,
Otro enlace contrajo. Testimonio

Dan de su descendencia las historias,
Y viven en España entre nosotros
Los Manriques de Lara, que se precian
De hallar su origen en tan noble tronco (37).

Tours, Mayo de 1833.



NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(36) Recordando que mi amigo el Exemo. Sr. duque de Frias es el actual poseedor del estado de Salas, le escribí rogándole me comunicara las noticias que se conservasen en su casa, sobre los siete infantes de Lara, y si había algun documento que acreditase la tradicion de existir sus cabezas en aquella villa. Me hizo la fineza de contestar inmediatamente, remitiéndome los dos siguientes extractos de documentos que existen en su archivo.

1.º En un manuscrito, que se dice lo fué por el señor condestable de Castilla, don Pedro Fernandez de Velasco, duque tercero de Frias (el cual falleció en 12 de noviembre de 1559) tratando del origen y genealogia de su gran casa de Velasco, y con relacion á la adquisicion de la villa de Salas de los Infantes, al folio 21 dice entre otras cosas: *Hernan Sanchez de Velasco, hijo de Sancho Sanchez y doña Sancha Carrillo, murió en un combate en el cerco de Algeciras, por los años de 1313 ó 14, casado con doña Mayor de Castañeda, la cual trajo en dote la villa de Palacios de la Sierra, y otros vasallos en la Hoz de Lara, y la casa que tenía en la villa de Salas Gonzalo Gustios, padre de los siete Infantes de Lara. Los cuales ignora por qué se llamaron Infantes, si no era por ser caballeros mancebos: que ni eran hijos, ni nietos de rey, y tampoco dejaron sucesion. Los de Lara descendieron de un hijo bastardo, que Gonzalo Gustios tuvo en una mora, hermana del rey Almanzor de Córdoba, el cual se llamó Mudarra Gonzalez. Vino á Castilla, se hizo cristiano, y tuvo la muerte de sus hermanos, muertos por los moros á instancias de Rui-Vela-quez. Mudarra Gonzalez heredó de su padre la villa de Salas, la casa y toda la otra hacienda que Gonzalo Gustios tenía, etc.*—Más adelante añade el condestable, autor de este manuscrito, que ignoraba si doña Mayor de Castañeda era parienta de los Laras, y cómo hubo aquella casa, que había sido de Gonzalo Gustios, titulada de los Infantes de Lara.

2.º «En 12 de diciembre de 1579 se hizo una informacion de oficio por el gobernador de la expresada villa de Salas, con asistencia de los señores don Pedro de Tovar y doña Maria de Recalde, su mujer, marqueses de Berlanga, ante Miguel Redondo, escribano del número de ella, de la cual resulta, que pues allí había en la iglesia mayor de Santa María, en la pared de la capilla del lado del Evangelio las cabezas de los siete Infantes de la Hoz de Lara, y la de Gustios, su padre, y la de Mudarra Gonzalez, su hijo bastardo, que por haber tantos años que estaban allí, y ser los letteros antiquísimos, dudaban algunas personas, si era verdad; mándase abrir las pinturas de ellas, y armas con que estaba cubierta dicha pared, para saber lo que había dentro y enterarse de la verdad. Y dicho gobernador, poniéndolo en ejecucion, mandó á un oficial que quitase una tabla pintada, que estaba inclusa en la dicha pared, la cual tiene siete cabezas de pintura antigua, al parecer de más cien años, y encima de ellas hay siete letteros, cuyos nombres dicen: *Diego Gonzalez, Martin Gonzalez, Suero Gonzalez, don Fernan Gonzalez, Rui Gonzalez, Gustios Gonzalez, Gonzalo Gonzalez*. Y al cabo de ellas, un poco más abajo, está otra cabeza, que dice el lettero que está sobre ella *Niño Salido*. Y de la otra parte de arriba de las cabezas está un castillo dorado, y encima pintados dos cuerpos de hombres de la cinta arriba: el lettero del uno dice *Gonzalo Gustios*, y el del otro *Mudarra Gonzalez*, los cuales tienen cada uno en la mano medio anillo y le están juntando. Y quitada la dicha tabla, pareció en la pared otra pintura muy antiquísima, con los mismos nombres que la primera, excepto que el nombre de la cabeza que está de la parte de abajo en la primera tabla, dice *Niño Salido*, y en el más antiguo *Niño Sabido*. Y visto que dichas pinturas estaban sobre piedra, y que no había ningun oficial de cantería que rompiese la pared, suspendieron la diligencia. En el día 16 de dicho mes y año de 1579 mandó el propio gobernador á Pedro Saler, cantero, que tentase la dicha pared para saber si estaba hueca; y dando golpes con un martillo donde estaban las armas (que es un castillo dorado), sonó hueco. Y quitando la pintura que estaba sobre la dicha piedra, se halló otra piedra de cerca de media vara de largo y una tercia de alto, que se meneaba y estaba floja. Y dicho cantero, presentes muchos vecinos de la villa, la quitó, y dentro había un hueco grande á manera de capilla, en el cual estaba un arca clavada la cubierta con dos clavos. Y sacada, la pusieron junto á las gradas del altar, donde se desclavó, y pareció dentro de ella un lienzo muy delgado y sano, sin ninguna rotura, en el cual estaban envueltas las dichas cabezas, algo deshechas, desmolidas y descoyuntadas del largo tiempo, aunque las quitadas y cascos están de manera que claramente se conoció ser cabezas antiguas, que estaban en la dicha arca. Y vistas por mucha parte de los vecinos de aquella villa y otros, el dicho gobernador mandó al oficial tornase á clavar el arca, y el lo verificó con cinco ó seis clavos en la cubierta, dejando dentro las dichas cabezas y volviendo á poner el arca en la capilla y lugar donde antes estaba.»

No dejando duda este documento acerca del lugar en que estaban (y aún subsisten hoy día) las cabezas de los siete Infantes de Lara, la de su padre, la de Mudarra y la de Niño Salido, sólo puede ser cierto lo que pretenden los religiosos de San Pedro de Arlanza (aunque igual posesion alegan los de San Millán de la Cogolla), entendiéndose ser los cuerpos de los Infantes sin las cabezas lo que existe en uno de estos dos monasterios. A no ser que esto nazca,

según apunta Garibay, «de querer los religiosos atribuir á sus casas autoridad y antigüedad con las sepulturas de semejantes caballeros, que eran de la mayor estima y valor que habia en Castilla.»

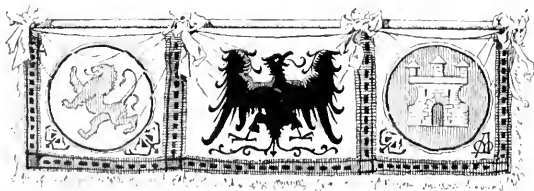
Antes de recibir la carta del duque de Frias, tenia yo presentes los nombres que Morales y otros autores dan á los siete Infantes; pero el llamarse uno Rui Gomez, y haber dos del nombre de Gonzalo Gonzalez, cuadraba mal con mi plan. Méenos me acomoda todavía denominar á ninguno de ellos Rui Gonzalez ó Gustios, porque se les confundiria entónces con su tío y con su padre. He dejado por lo mismo los nombres de *Enrico* y *Veremundo*, que habia sustituido á los de dos de los siete hermanos.

En otras cosas me he desviado tambien de lo que refieren los historiadores: he adoptado la ficcion de Matos Frago en la comedia *El traidor contra su sangre y siete Infantes de Lara*, de presentar ciego al padre por efecto de su larga prision; y porque me hubiera hecho gran falta el personaje de Nuño Salido, le supongo aún vivo al tiempo del bautismo de Mudarra y Kerima, cuando aquellos le dan muerto con los Infantes en el campo de Albácar, Almenar, Almenara ó Arabiana, pues con tanta diversidad lo señalan los antiguos escritores y romances.

(37) Ambrosio de Morales en su *Crónica general de España*, libro XVII, cap. 16, dice: «Notoria cosa es en Castilla, y en que ninguno duda, que Mudarra Gonzalez, como heredero de la casa de Lara, así fué el tronco y principio de los caballeros Manriques, cuyo ínclito linaje está muy extendido por tantas y tan principales casas de grandes y de señores en el reino. Todos en conformidad proceden así, cuando tratan la descendencia. Mudarra Gonzalez, señor de Lara, tuvo por hijo al conde don Ordoño de Lara: hijo de este fué el conde don Diego Ordoñez de Lara, el que reptó á Zamora sobre la muerte del rey don Sancho, y peleó con los hijos de Arias Gonzalo. Y fué tan principal caballero don Diego Ordoñez, que casó con la infanta doña Urraca, hija del rey don García de Navarra, hermano del rey don Fernando el *Magno*, como parece por un privilegio que desto puso Estéban Garibay en su muy diligente *Crónica de Navarra*. Don Diego Ordoñez tuvo por hijo al conde don Pedro de Lara, muy conocido en nuestras historias y en privilegios, en tiempo del emperador don Alonso, hijo de la reina doña Urraca. Su hijo mayor se llamó don Amalarico, ó Amaltrique, ó Manrique de Lara, que pobló á Molina, y tambien es muy conocido en privilegios y en nuestras historias, hasta que lo mataron en la batalla de Huete, en tiempo de la niñez del rey don Alonso, el de las Navas. En todo esto concuerdan todos los que dello escriben.»

Garibay, Argote de Molina, Mariana, Gudiel y otros autores de gran peso aseguran lo mismo. Los obispos Sampiro y Pelayo, casi contemporáneos, y despues don Rodrigo Sanchez y don Alonso de Cartagena, hablan de la muerte de los Infantes, pero sin nombrar á Mudarra: Salazar de Mendoza y Fray Prudencio de Sandoval hacen á los Manriques de Lara descendientes de uno de los siete Infantes.

Don Luis de Salazar y Castro en su *Historia genealógica de la casa de Lara*, libro I, capítulos 11 y 12, combate á los autores mencionados, y en el principio del libro II le da otro origen, aunque tomado siempre de los condes de Castilla.



ÍNDICE

DE LAS COMPOSICIONES CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Páginas		Páginas
PRÓLOGO.	1	<i>La borrasca, á Lauro.</i> —¡Ay, cual el turbio mar hier	
VIDA DEL AUTOR.	IX	ve espumoso.	61
POESIAS SUELTAS Y POEMAS CORTOS		<i>Soneto.</i> —En este bosque por la vez primera.	61
<i>Romance.</i> —En una yegua tordilla.	1	<i>El tiempo.</i> —¡Ay, cuán fugaz el tiempo presuroso.	62
<i>Romance corto.</i> —Hermosa zagala.	2	<i>Romance.</i> —Oculto entre la espesura.	64
<i>Cantilena.</i> —Febo se retiraba.	2	<i>Letrilla.</i> —¿Te vas y me dejas.	65
<i>Romance.</i> —Hermosísima zagala.	2	<i>A Olimpia.</i> —Oye afable, hermosa Olimpia.	66
<i>Soneto.</i> —Mísero leño, destrozado y roto.	3	<i>Soneto.</i> —¡Ay, que de vuestro labio purpurno.	66
<i>Romance.</i> —Hermosísima zagala.	3	<i>A Olimpia.</i> —¡Ay, cuánto tiempo en inquietud som-	
<i>Soneto.</i> —Gallardo alzaba la pomposa frente.	4	bría.	67
<i>Al armamento de las provincias españolas contra los</i>		<i>Elegía.</i> —Noche terrible y tenebrosa, ¿dónde.	69
<i>franceses.</i> —¡A do se encumbra con altivo vuelo.	5	<i>Romance.</i> —Ves, Olimpia encantadora.	70
<i>A la victoria de Bailén.</i> —Horrendas huestes la fra-		<i>Soneto.</i> —Olimpia bella, cual la fresca aurora.	71
gosa cumbre.	7	<i>Romance.</i> —¿Qué importa, adorada Olimpia.	72
<i>Romance.</i> —Con once heridas mortales.	9	<i>A Olimpia.</i> —Dulce señora mía.	72
<i>Romance.</i> —Entre verdes olivares.	10	<i>Cantilena.</i> —Mil veces venturoso.	73
<i>Soneto.</i> —Ojos divinos, luz del alma mía.	10	<i>Soneto.</i> —Jamás marchite tu beldad lozana.	73
<i>Al conde de Noroña.</i> —Oh, Conde, pues tu lira.	11	<i>Adelfa. Elegía.</i> —Si el ronco acento de la lira mía.	74
<i>Soneto.</i> —El oponer mi pecho no me asusta.	12	<i>Cantilena.</i> —Ves, adorada Olimpia.	77
<i>A Amira.</i> —Hondo mar espumoso.	12	<i>Soneto.</i> —Por más que el Noto silbador pelea.	78
<i>Soneto.</i> —Viene en pos del invierno perezoso.	13	<i>Lamento nocturno.</i> —Noche serena y pura.	78
<i>Cantilena.</i> —Por un alegre prado.	13	<i>Romance corto.</i> —Apacible río.	79
<i>Soneto.</i> —Lleno el pecho de orgullo y ufanía.	14	<i>Romance.</i> —¿Por qué pretendes, ingrata.	80
<i>Soneto.</i> —Oh amiga noche, oh noche deliciosa.	14	<i>Lamentación.</i> —¡Ay que en mi labio demudado y	
<i>El paso honroso.</i> —Canto primero.	15	frio.	81
Canto segundo.	23	<i>A Olimpia.</i> —¡Ay que mi pecho misero te adora.	83
Canto tercero.	30	<i>Soneto.</i> —Lauro y triunfos consiga el ambicioso.	85
Canto cuarto.	30	<i>Brevidad de la vida.</i> —De flores odorantes coro	
<i>A la victoria de Arapiles.</i> —Levanta, oh Tormes, la		nada.	85
divina frente.	44	<i>A Olimpia.</i> —Arde el fogoso oriente.	86
<i>Romance corto.</i> —Dulces ilusiones.	45	<i>A las siemprevivas.</i> —Salve, divinas flores.	88
<i>Napoleón destronado.</i> —¿En dónde, en dónde, oh		<i>A Olimpia.</i> —Olimpia, ¿dónde estas?... En vano, en	
Sená esclarecido.	46	vano.	89
<i>Romance.</i> —A esconder su lumbre pura.	48	<i>A la Adelfa.</i> —¿Qué flor de cuantas pinta.	91
<i>España triunfante.</i> —Goza feliz, esclarecida España.	49	<i>Soneto.</i> —Antes de partir.—Ojos divinos, cuya lum-	
<i>Al mismo asunto.</i> —¿Quién podía dignamente.	51	bre pura.	92
<i>Soneto.</i> —Librase al soplo del airado viento.	53	<i>El desterrado.</i> —¡Ay! Que surcando el mar en nave	
<i>Romance.</i> —Por en medio de una vega.	53	ajena.	92
<i>A D. José Vargas y Ponce. Epístola.</i> —He recibido		<i>A las estrellas.</i> —¡Oh refulgentes astros, cuya lum-	
tu donosa carta.	54	bre.	97
<i>Al rey D. Fernando VII.</i> —¡Dad, sagradas deidades		<i>E. sueño del proscrito.</i> —Oh sueño delicioso.	98
de Helicon.	58	<i>Cristóbal Colon.</i> —Un mar desconocido ronco	
<i>Soneto.</i> —Tierno pesar, amargo abatimiento.	60	brama.	99
		<i>Florinda.</i> —Canto 1.º <i>El burlante y la prision.</i>	
		Casi en mitad de la extendida España.	100

	Páginas		Páginas
<i>Canto 2.º Les presagios.</i> —Con un potro, un arnés y un escudero.	108	<i>Retracción.</i> —Al mismo. — Razon tienes, Campagna.	176
<i>Canto 3.º La venganza.</i> —Viento septentrional sopla, y gallardo.	117	<i>La aparición de la Mergelina.</i> —Se esconde tras Posilipo.	178
<i>Canto 4.º La batalla.</i> —La noche horrenda que el monarca hispano.	125	<i>A D. José Zorrilla.</i> —Contestación á los lindos versos que publicó, dedicados al autor, en el <i>Heraldo</i> de 30 de julio de 1844.—En estas risueñas playas.	180
<i>Canto 5.º El exterminio.</i> —A la entrada del campo y llano extenso.	132	<i>A Lucianela.</i> —Soneto 1.º—Cuando el desnudo pié graba en la arena.	182
<i>La maledicencia.</i> —Ya perfume del ambiente.	140	<i>Una declaración.</i> —¡Ay que tus ojos de fuego.	182
<i>Enviando un ramo de flores á una dama enferma.</i> —Den á tus ojos contento.	141	<i>A Lucianela.</i> —Soneto 2.º—Cuando al compás del bandolin sonoro.	183
<i>El faro de Malta.</i> —Envuelve al mundo extenso triste noche.	141	<i>Una noche de verano en el golfo de Nápoles.</i> —Al Excmo. Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa. —Pues no te fatiga el sol.	184
<i>A los Excmos. Sres. Marqueses de Santa Cruz en la boda de su hija tercera Doña Fernanda de Silva y Giron.</i> —No sonará mi acento.	142	<i>Desconsuelo.</i> —Por el campo helado y yerto.	186
<i>La sombra del Trovador.</i> —De luchar fatigado.	145	<i>Soneto.</i> —¡Un amigo!!!—Guarte, ese amigo que te estrecha al seno.	187
<i>El canto del ruiseñor.</i> —¡Qué noche deliciosa!	149	<i>Eleira.</i> —A los señores duques de Bivona, en la muerte de su hija de este nombre, á los siete meses de edad.—El poeta.—¡Ay! con razon mi indócil fantasía.	188
<i>Versos escritos en un álbum.</i> —Si una cosa muybonita.	150	<i>Fantasia nocturna.</i> —Al Excmo. Sr. D. Juan Nicasio Gallego.—El sol siguiendo su eternal viaje.	191
<i>Un gran tormento.</i> —Amar ¡ay! sin ser amado.	150	<i>La vejez.</i> —Al Sr. D. Tomás Rodríguez Rubí.—Placeres, gloria, aplausos y contento.	194
<i>Un padre.</i> —Era oscura la noche, ronco trueno.	151	<i>El campo.</i> —Al duque de Montebello.—¿A esto campo llamais? ¿A los verjeles.	197
<i>A mi hijo Gonzalo de edad de cinco meses.</i> —De tu madre en el seno.	153	<i>A Lucianela.</i> —Soneto 3.º—Deja, deja las redes, Lucianela.	200
<i>El otoño.</i> —Al bosque y al jardín el crudo aliento.	154	<i>Epístola á D. Leopoldo Augusto de Cueto contestándole á una suya de Copenhague.</i> —Recibí tus lindísimos tercetos.	200
<i>Versos escritos en un álbum.</i> —Pues tanto, niña, te empeñas.	155	<i>Soneto.</i> —Al nacimiento de S. A. R. la augusta princesa de Asturias.—Astro consolador, niña inocente.	208
<i>La catedral de Sevilla.</i> —De la fe y del entusiasmo.	156	<i>Soneto.</i> —Al bautismo de S. A. R. la augusta princesa de Asturias.—Cuando en la fuente santa del bautismo.	208
<i>Lucía.</i> —¡Ay!... nació bella cual la flor temprana.	158	<i>La Noche-buena en París y en Madrid el año 1857.</i> —Romance dedicado á la tertulia literaria de los Excmos. Sres. Marqueses de Molins.	209
<i>Soneto. Contra los elogios desmedidos que hoy con tanta facilidad se prodigan.</i> —¡Fortuna grande! ¡Tiempo venturoso!	159	<i>El moro expósito, ó Córdoba y Burgos en el siglo décimo.</i> —Leyenda en doce romances.	215
<i>La cancela.</i> —Peculiar es de Sevilla.	160	Romance primero.	219
<i>Soneto leído en el Liceo de Sevilla la noche del 21 de julio de 1838, días de S. M. la reina gobernadora.</i> —Salve, astro tutelar de las Españas.	162	Romance segundo.	236
<i>A un arroyo.</i> —Pobre arroyo, de una fuente.	162	Romance tercero.	254
<i>Soneto.</i> —Detesta Pero-Anton la aristocracia.	163	Romance cuarto.	272
<i>Lamentación. Fragmentos.</i> —Sí, yo la vi.. Mi patria revestida.	164	Romance quinto.	287
<i>La asonada.</i> —Ronco retumba el pavoroso ambiente.	166	Romance sexto.	304
<i>Soneto.</i> —Receta segura.—Estudia poco ó nada, y la carrera.	167	Romance séptimo.	326
<i>A la Reina Nuestra Señora.</i> —Versos escritos en el álbum que regaló á S. M. el Liceo de Madrid la noche del 15 de Diciembre de 1843.—Angel puro, inocente.	168	Romance octavo.	343
<i>Soneto.</i> —Un buen consejo.—Con voz aguardentosa garla y grita.	169	Romance noveno.	363
<i>La primera vez que vi á M. B.</i> —Sí, la misma es que mis ojos.	169	Romance décimo.	383
<i>No hay reparación.</i> —Con lágrimas inútiles.	170	Romance undécimo.	403
<i>El sol poniente.</i> —A los remotos mares de occidente.	171	Romance duodécimo.	414
<i>Versos escritos en el álbum de P. A.</i> —Tus ojos, ojos no son.	172		
<i>Meditación.</i> —Al insigne poeta napolitano el Sr. Giuseppe Campagna.—¡Ay, con qué confianza.	173		



P4 Rivas, Angel Pérez de
6560 Saavedra Ramirez de Madrid
A1 Remírez de Baquedano
1884 Obras completas
t.1

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 08 21 01 026 7